

MAESTRA VIDA



THORNDIKE



MOSCA AZUL EDITORES

Guillermo Thorndike

Maestra vida

(Novela verdad)

*...Maestra vida, camará
te da y te quita y te quita y te da...*
(Ruben Blades, «Maestra vida»)

Mosca Azul Editores
1997

Primera edición
10,000 ejemplares
Marzo, 1997

Carátula
Diseño y fotografía
Mario Pozzi-Escot
«Niños de Huaraz», 1970

Contraportada
Fotos de Carlos “Chino” Domínguez

Maestra vida
(Novela verdad)

Impreso en el Perú.

Digitalizado en Europa
2009

...El plebeyo de ayer, es el rebelde de hoy...
(Felipe Pinglo, «El Plebeyo»)

...A nosotros no nos alcanza la tristeza de los mistis, de los egoístas; nos llega la tristeza fuerte del pueblo, del mundo, de quienes... sienten el amanecer. Así la muerte y la tristeza no son ni morir ni sufrir.

José María Arguedas
(Carta a Hugo Blanco)

No digo que Dios existe. Afirmino que existe. Pero que no debe existir. Es un ser inmoral porque consiente no el mal sino miles y numerosos males concretos. Me gustaría, como cristiano a la contra que soy, poder elegir el Infierno sin frivolidad en una conversación con Dios. Le diría: «Eres. Te hemos querido amar. No debes ser».

Pablo Macera
(«Mundial», 4 de julio de 1975)

Recuerdo que al acabar los años 70, en las noches de imprenta todos cantaban las historias de Rubén Blades. Los clandestinos de esa década se movían bastante como Pedro Navaja. Muchísimos hemos amado después con las canciones de «Maestra Vida» en los labios. Eran tiempos de amor popular, libre, amor perfecto, amor al prójimo y a toda vida, amor de humanidad, amor cuyos frutos aún habrán de conocerse: Una llamarada que debe disolver la noche de egoísmo ha la que hemos sido precipitados.

No fue el único Rubén Blades, pero fue de los principales. Acuérdate, brother: Blades, Feliciano, Soledad Bravo. También Carlitos Puebla, mi hermano. Pablo Milanés y Silvio Rodríguez. Voces que no se fueron, Piazzola, Zitarroza, Víctor Jara. Voces andinas que no se irán, Amaranto, Montoya, Juan de Dios Rojas. Cantares de Raulfo Fuentes y Manuelcha Prado. Corazón de Luis Abanto Morales. Voz leal de Manuel Acosta Ojeda. Patria cantada por Zambo Cavero, en la que siempre hay lugar para todos, libres, iguales, felices y saciados.

Voces de los años de la esperanza, los 60. Años de combate, los 70. Comienzos de los 80, voces que se escuchaban antes de este largo anochecer. Voces que nos mantuvieron de pie. Voces que nos dieron vida a pesar de tantísima muerte y calamidad.

Esta obra, esta memoria, está dedicada a quienes me enseñaron a cantar cuando hay tristeza. A los maestros de mi patria. Está dedicada a la vida, maestra de todos, en todas las patrias. Dedicada a Maestra Vida, a Blades, a las voces de un pasado que no pasa.

Pues hay que cantar, para que la vida no duela tanto...

Hay que cantar, que los tiempos del amor han de volver.

1

Bienvenida la muerte

¡Qué viejo se ha puesto el sol!...
(«Maestra vida»)

*Remando nuestro ataúd,
volveremos, volveremos...*
(Carlos Huamán)
(Huayno «Maíz»)

HABÍA MUERTO MUCHAS VECES, Horacio Zeballos, y siempre regresaba. La mañana del 7 de marzo no quiso volver. A eso de las nueve se le había parado el corazón exhausto. Tenía que haber sido un corazón grande y laborioso, pues faltaban aún dos semanas para que cumpliese cuarenta y dos años. En sus facciones quedaba el retrato inmóvil de cierta paz final, casi una sonrisa, como si además de morir hubiese llegado a su destino. Aceptó su mala postura, la soledad forzada, el frío inexorable que le crecía por dentro, acomodó sus huesos para un largo tedio y se dejó ir, libre, con alma y memoria, esa disposición que sólo estaba permitida a quienes habían cumplido razonablemente con su deber. Había empezado a morir la víspera temprano. Imposible recibir ayuda, ahora. Debía haberse internado en un hospital el lunes, pero recién había vuelto el martes en la noche. Doce horas atrás sudaba frío. Al rato sintió que por sus ojos resbalaban densos cuajarones. Tenía que ser la agonía. Hasta la medianoche estuvo muriendo en silencio. Entonces gimió horriblemente y despertó a la profesora Amanda Cabezas, en cuya casa se alojaba desde hacía muchos años. Ella quiso llamar a su médico, el camarada César Rojas Huaroto. «No le diga nada al doctorcito, se va a molestar conmigo», dijo Horacio Zeballos. Aceptó un vaso de emoliente. Pronto estaría bien. Siempre volvía. Lo último que recordaba era al gentío celebrando un aniversario del Asentamiento Humano Javier Heraud. Nunca se sabría dónde había estado el domingo y el lunes. Su rostro adquirió el color terroso que oscurecía a los moribundos. Su sangre había alcanzado un contenido de azúcar verdaderamente suicida. Otras veces lo habían salvado con una sola inyección de insulina. En la mañana caliente y ruidosa del 7 de

marzo de 1984, Horacio Zeballos se entregaba gratis a la muerte. Cuando la profesora Amanda Cabezas se levantó a las ocho de la mañana para vigilar el estado de Horacio Zeballos, lo encontró ausente y comatoso, inmóvil, helado. Aún respiraba y su pulso telegrafaba indescifrables mensajes de despedida, con un corazón desbocado. Al fin la mujer decidió llamar al médico, cuando era tarde.

Miércoles de crisis. Se hundía el sol frente al dólar. El dólar a 2,680 soles, la ruina nacional. Las radios anunciaban desórdenes a lo largo de la carretera Panamericana y un paro nacional para el 22 de marzo. A las nueve y veinte de la mañana se apuró el doctor Rojas Huaroto a la habitación casi desnuda donde yacía muerto Horacio Zeballos. Sólo eso tenía al acabar el viaje, media maleta de ropa, los zapatos de domingo, unos cuantos libros, cuadernos donde escribía sus poesías. Estaba muerto de las ganas de morir. Moría de coma hiperglucémico y lejana tuberculosis. También lo mataban el cansancio y las infinitas penurias de la cárcel. Y todos los sufrimientos causados por la persecución de los militares. Muerto apenas, principiante, se lo llevaron en una ambulancia del Seguro Social al hospital Rebagliatti. Pesaba cuarenta y cuatro kilos, a poco más de un kilo por año de vida. A la una de la tarde expedían el certificado de defunción. Lo embalsamaron con una nueva técnica japonesa. Izquierda Unida pagó la cuenta. Costaba el triple pero duraba una eternidad.

«Murió Horacio Zeballos, el fundador del SUTEP», ganó la noticia Radioprogramas del Perú. «Esta mañana falleció el diputado Horacio Zeballos de un paro cardíaco», no tardó la televisión nacional. Pronto apareció el rostro flaco y barbudo en las pantallas del país. Lo creían arequipeño, pero había nacido en Moquegua. Había sido el primer secretario general del Sindicato Unico de Trabajadores de la Educación Peruana y, en 1980, candidato a la presidencia por el UNIR, un movimiento influido por Patria Roja, el Partido Comunista del Perú, maoísta. Pocos sabían que era poeta. Los datos oficiales ignoraban a su segunda mujer, el amor de su vida, y a sus hijos recientes. Tampoco estaba registrada con exactitud su importancia como agitador público y orador de barricadas. Arriba, en los barrios superiores a los que aún no se acercaba el terrorismo, seguramente se encogían de hombros. Murió Zeballos, qué bien. Un extremista menos. Bastaba verlo, con la barba crecida, las mechas negrísimas cayendo a los lados de un rostro pálido y huesudo, para saber que había sido peligroso. Abajo, en el país de los pobres, se propagó un sentimiento de congoja. Había usado su corta vida en conseguir la unidad de ciento cincuenta mil maestros y en la defensa de la educación pública gratuita. A las tres de la tarde de ese 7 de marzo ya se había reunido una pequeña multitud frente al SUTEP en Trujillo. En Iquitos se designaba una comisión que debía llevar el pésame amazónico y acompañar a Zeballos

en su funeral. A las seis, siete de la noche, llegaban las primeras delegaciones provinciales a expresar su congoja. Cusco recibió la noticia cuando se habían reunido más de mil maestros en el paraninfo universitario para un seminario. Esa misma noche partía una numerosa delegación que esperaba el funeral en Arequipa.

Un ataúd de acero llegó a las 7 y 30 de la noche a la sede del UNIR, en un viejo inmueble del jirón Puno, en el corazón de Lima. Contenía los restos embalsamados de Horacio Zeballos, al que habían vestido de difunto dominical, con un traje gris carbón y corbata bien anudada. Así había tenido que vivir, vistiéndose de serio, para cumplir con las formalidades que exigían a los maestros, esa gente a la que él había definido como los «esclavos de corbata». Así también inauguraba la muerte, como quien acude a su clase más importante. Una guardia de honor comunista lo había acompañado toda la noche en la sede del UNIR, a la que llegaron políticos de todas las tiendas a presentar condolencias. A la mañana siguiente, un gentío presionaba para acercarse al ataúd de Zeballos. Cierta misterio acompañaba a los personajes de Patria Roja, que participaban en el UNIR. Al secretario general ni siquiera se le conocía el rostro. El partido pertenecía a la prudencia, el secreto, la clandestinidad. Los habían perseguido hasta las elecciones de 1980. Acaso pronto volviesen a buscar a sus líderes para meterlos en prisión. Esa noche, el secretario general, Alberto Moreno, no se separó de Horacio Zeballos. Al llegar la mañana se disolvió en la multitud que crecía.

Después de las once salió el cortejo rumbo al SUTEP. Con tantísima gente resultaba imposible ser puntuales, pese a que en el Perú sólo los entierros y los barcos partían a la hora exacta. La prensa popular había anunciado la muerte de Horacio Zeballos en primera plana. Los diarios de derecha informaban en letras pequeñas o lo habían ignorado. Arriba, la atención estaba puesta en una vieja discordia dentro del partido del gobierno. Esa mañana de jueves también sería recordada por la desordenada aparición de miles de cambistas que ofrecían dólares de la selva, billetes de narcotráfico, a ciudadanos angustiados por la violenta devaluación de la moneda nacional, que caía de siete a diez soles diarios. Mientras tanto, el ministro de Economía revelaba que el déficit fiscal del año anterior ascendía a tres billones de soles. Un desastre era el Perú. Al UNIR llegó la primera delegación de maestros trujillanos, encabezada por su secretario Isaac Bianchi. ¿Dónde llevan a Zeballos? A la cercana cooperativa magisterial, después al SUTEP. Los maestros de Trujillo se echaron el ataúd al hombro. Cuatro por lado cargaban, era como llevarse un cajón vacío, sólo con la memoria de Horacio Zeballos. No llegaron lejos. A media cuadra de distancia, las maestras se adueñaron del funeral. Horacio Zeballos también era de ellas. Lo habían escuchado y seguido toda una década. Lo habían escondido y alimentado. Había sido jefe,

amigo, pariente, compañero. Lo cuidaban y consentían. Las maestras del Perú habían aprendido a enfrentarse a la policía de asalto en defensa de su sindicato. No pidieron permiso a nadie. Nada más apartaron a los maestros y pusieron sus propios hombros para cargar a Zeballos. Lo llevaban de a diez, como abrazadas al cajón. A trechos caía papel picado. También pétalos de flores. Saludaban su paso con el puño derecho en alto. Se repetía el mismo grito bajo el sol: «Cuando un revolucionario muere, nunca muere».

La multitud aceptaba el entierro comunista porque Horacio Zeballos lo había sido. Ocurría lo mismo dentro del SUTEP. Sólo una parte de los maestros eran comunistas de Patria Roja. Sin embargo el SUTEP era de todo el magisterio. El país no era comunista pero tenía alcaldes de izquierda. Lima, por lo común conservadora, era gobernada por Alfonso Barrantes, que hacía diez años había sido abogado de Horacio Zeballos. Presidía una alianza de comunistas, socialistas, socialdemócratas, velasquistas y cristianos. La mitad de los alcaldes pertenecía a la Izquierda Unida. Uno de cada cinco representaba a Patria Roja. Por fin encontró reposo el ataúd recalentado por el sol. Al otro día lo entregaron al sindicato de los maestros. En ese lugar, la sede del SUTEP, ahí descansó Zeballos hasta el viernes 9 de marzo, cuando de nuevo llegó la muchedumbre para llevarlo al Congreso.

Esa mañana montaba guardia un destacamento de la conservadora Marina de Guerra del Perú. Por primera vez iban a rendir honores a un comunista muerto. La multitud quedó detenida al filo de la plaza Bolívar. Delante de los cartelones que deletreaban SUTEP presentó armas la tiesa marinería con uniformes blancos. El edecán del presidente de la república, un capitán de fragata, presentó las condolencias a Rodolfo Zeballos, hermano mayor del diputado. Diputados y senadores rindieron entonces un homenaje a Horacio Zeballos. Representantes de todos los partidos políticos se unieron a la guardia de honor. También participaba el alcalde Barrantes y representantes de los poderes públicos. A la una de la tarde fue devuelto a la muchedumbre, no sin antes recibir el saludo militar de la guarnición del Congreso.

Las maestras volvieron a cargarlo a lo largo de la avenida Abancay. El ataúd estaba cubierto por una bandera de Patria Roja. En el camino recibió una bandera peruana. Llovían pétalos de flores sobre la caja de acero que quemaba bajo el sol. Seguían numerosos líderes populares, las centrales obreras, los estudiantes universitarios, diputados y senadores de la izquierda, maestros con infinidad de aparatos florales. Cada vez más grande la multitud, gritaba en vano: «no ha muerto, no ha muerto». Y pasaba el cadáver de Horacio Zeballos, la carcasa, la piel embalsamada, ni siquiera sus vísceras, su sangre detenida, su mirada de profeta andino.

Después partió hacia Arequipa, a mil cuatrocientos kilómetros de

distancia por la carretera Panamericana. Los hermanos de Zeballos y el senador Rolando Breña, camarada de Patria Roja, presidían el duelo. No pudo salir de Lima como se había planeado. La gente esperaba en el populoso distrito de San Juan de Miraflores. Llevaron a Zeballos a la municipalidad, donde un alcalde de Izquierda Unida presidió el homenaje popular. Pasó a Villa María del Triunfo, uno de los más pobres distritos de Lima, donde se habían reunido otros alcaldes y unas treinta mil personas. Por fin, a las cuatro y media, la caravana que seguía a Horacio Zeballos pudo acelerar por la autopista al sur.

La multitud no se movía de la carretera Panamericana pese a que crecía la noche en Cañete. Tuvo que entrar a la ciudad el cortejo fúnebre, pues lo esperaban pueblo y maestros encabezados por Carlos Salazar Pasache, el dirigente de las cooperativas magisteriales que había sido amigo de Horacio Zeballos. Maestros, estudiantes, sindicatos, gente común. Delegaciones campesinas, también. Diez mil personas en Chíncha. Tres mil en Pisco. Una multitud que nadie se atrevió a contar en Ica. Bajaron el ataúd para que paseara la Plaza de Armas. Había pasado muchas horas felices en ese lugar, Horacio Zeballos. Los dirigentes del SUTEP consiguieron cargarlo unos minutos. El pueblo se lo llevó después. No era comunista la muchedumbre sino peruana, de una o dos camisas y sólo dos zapatos, de trabajar toda la vida, de puro pueblo y todas las ideas, maoístas, apristas, moscovitas, cristianas y hasta sin otra idea que la de estar aquí, sólo eso, preocupados por la básica supervivencia y la ilusión de la felicidad. Una hora después el senador Rolando Breña y la gente del UNIR rescataron el cajón para seguir viaje.

En Arequipa se habían reunido delegaciones de todo el sur del país. Del Cusco llegaban maestros, el teniente alcalde, delegados de sindicatos, hasta grupos de campesinos. De Puno habían bajado cuatrocientos maestros. Una hilera de autobuses traía gente de Moquegua, la tierra de Horacio Zeballos, una delegación presidida por su alcaldesa, Cristala Constantinides, hermana de Miguel, mártir del magisterio peruano. Pese a que era un día hosco y gris, los arequipeños se congregaban frente al amplio local de la Federación de Empleados Bancarios, donde sería velado Horacio Zeballos. Pero la gran muchedumbre había viajado en toda clase de vehículos al punto donde se encontraban la carretera Panamericana con la variante de Uchumayo. Debía llegar Horacio Zeballos a las nueve de la mañana y no llegó. Estaba secuestrado por el gentío en Camaná.

Cierta tensión se percibía en la atmósfera cargada de Arequipa, un lugar célebre por los cambios de humor de sus habitantes. Esa mañana, el señor prefecto había convocado a una reunión urgente. Asistieron maestros, funcionarios del Congreso que habían viajado de Lima, autoridades. «Tenemos

un problema», había empezado a decir, «la Fuerza Armada considera que Patria Roja es una organización subversiva, así que va a ser difícil que el jefe de línea ordene rendir honores militares al señor Horacio Zeballos». Claro, era un mandato de la ley. Al morir, desempeñaba la función de diputado. A cualquier congresista que muriese en actividad, tendría que rendírsele honores. Los maestros decidieron hablar con el general que estaba al mando de la plaza. Antes de salir, el oficial mayor del Senado, moqueguano, aconsejó firmeza. El propio jefe de la III Región Militar, la más grande y poderosa del país, recibió a la delegación del UNIR. «A las ocho de la mañana, en el cementerio», resumió el general la disponibilidad de sus tropas, «no vamos a estar esperando todo el día». No a las ocho sino a las once, en la Plaza de Armas, explicaron los del UNIR. Ya estaba todo arreglado con el señor prefecto, que era el representante del señor presidente de la república. Ni siquiera iban a enterrarlo el sábado y ya paseaban la ciudad cuarenta mil personas en duelo. Por cierto, el orden público sería respetado. El jefe de la III Región Militar asintió. Exigía tranquilidad en las calles. Una por otra. Sólo así ordenaría que saliesen las tropas a rendir el homenaje.

Se encapotó el cielo, sacudido por truenos distantes. Justamente a la hora en que al fin el cortejo tomaba la variante de Uchumayo, arrancó a llover en Arequipa. Los maestros decían: Hasta el cielo está llorando por Horacio».

Iba a ser una larga noche, golpeada por rachas de un viento borrascoso. La muerte de Horacio Zeballos congregaba a maestros que no se habían visto en muchos años. Mario Salinas Castañeda, el profesor aprista en cuyo automóvil había viajado Zeballos al congreso del Cusco que aprobó el nacimiento del SUTEP, saludaba a Gavino Arenas, socialista, secretario general de los trabajadores de Arequipa. Una televisora local entrevistaba a la alcaldesa moqueguana, Cristala Constantinides, que recordaba así a su hermano Miguel, ya muerto, otro de los fundadores del SUTEP y amigo de juventud de Horacio. La familia, los hermanos, barbudo el mayor de los Zeballos, Rodolfo, también maestro; los amigos de antes, de ahora, los que escribían, los bohemios, también los alcaldes de Arequipa y Cusco de Mollendo, Ilo, Camaná y de los distritos, por centenares los delegados del SUTEP, los dirigentes sindicales del sur de la república, los enviados del Congreso, nadie faltaba. Llegó Horacio Zeballos cinco horas tarde. A las cuatro quedaba instalada la capilla ardiente en la Federación de Empleados Bancarios. Miles de personas se acercaban lentamente al cuerpo expuesto para verlo y despedirse.

Nunca antes se había visto un funeral como ese en Arequipa. Sólo para despedir al doctor Mostajo, personaje memorable, se había reunido tantísimo pueblo en un entierro arequipeño. Por fin, a las once de la mañana

siguiente, un domingo encapotado que también habría de ser lluvioso, salió el ataúd siempre en hombros de maestros y maestras. El reloj de la catedral marcaba las once y treinta cuando el cortejo se acercó a la Municipalidad. El alcalde colocó las banderas de Arequipa y del Perú sobre el féretro cuando el ataúd se sosegó en una capilla ardiente. Por turnos se despidieron de Horacio Zeballos el prefecto, el poderoso jefe de la III Región Militar, el presidente de la Corte Superior de Justicia, el arzobispo Ruiz de Somocurcio, el rector de la Universidad Nacional de San Agustín, la comisión oficial del Congreso presidida por el senador Rolando Breña. Después del discurso del alcalde de Arequipa, los regidores llevaron el ataúd hasta la puerta principal. Entonces se escuchó una marcha fúnebre militar y las tropas presentaron armas al paso de Horacio Zeballos. Siempre cubierto el ataúd por las dos banderas, se reinició el funeral, con las autoridades encabezando el cortejo junto al hermano mayor de Zeballos. Detrás, los cónsules extranjeros, los alcaldes distritales. Los gremios, después. Al llegar a la calle La Merced, calló la banda de músicos militares. Entregaban el ataúd al pueblo, que dio la vuelta a la plaza para detenerse frente a la catedral. Se hizo el silencio mientras un sacerdote entonaba oraciones por el eterno descanso de Zeballos. Ahí mismo, al abrigo de la catedral, rindieron homenaje el SUTEP, la Federación de Estudiantes del Perú y la Izquierda Unida. En representación de la familia habló otro de sus hermanos, Guillermo Zeballos. Después la multitud se llevó lo que quedaba de ese maestro de primaria que prefería la poesía a los negocios, los niños a los poderosos, la pobreza fraternal a la prosperidad de los egoístas. Cinco horas navegó el ataúd cada vez más pequeño sobre el oleaje de una humanidad que ignoraba el cansancio y la lluvia. Ya en el cementerio de La Apacheta hablaron sus camaradas más cercanos: César Barrera, secretario nacional del SUTEP; Jorge Hurtado, a nombre de Patria Roja; y, por Izquierda Unida, el senador Breña. No se habían agotado las palabras. Javier Horacio Zeballos, un niño de diez años, se despidió de su padre con palabras que fueron olvidadas pero que hicieron llorar a la concurrencia. Estaba casi a oscuras el cementerio cuando el ataúd fue puesto en el nicho 445 del pabellón Santa Olivia. Se habría podido creer esa noche que la historia había terminado.

País donde nada se clava y todo se atornilla

*...Maestra vida
de injusticias y justicias
de bondades y malicias
aún no alcanzo a comprenderte...
(Rubén Blades)*

*La rumba de la existencia
la baila la humanidad
(Cheo Feliciano)*

LA PRIMAVERA DE 1963 CONFIRMABA a los normalistas salesianos de Arequipa que el mundo iba a cambiar. Hasta el Perú dejaba de ser una promesa. Pronto habría de ser peruano el petróleo usurpado y sería corregida la vieja y triste servidumbre de pongos y yanaconas. Iba a ser industrial y moderno el Perú, al fin gobernado por un presidente justiciero, de estirpe arequipeña, el arquitecto Fernando Belaunde Terry, que al asumir el cargo había pedido nada más que cien días para liquidar el eterno conflicto del petróleo, ofreciendo un mandato inolvidable que construyese la prosperidad nacional. Pese a las dificultades electorales, con sus fraudes, contrafraudes, vetos y cuartelazos, lo vierto era que un viento de relativa juventud refrescaba las alturas del gobierno. Al fin íbamos a ser distintos. El mando del país había pasado de la vieja y exhausta aristocracia republicana a un breve intermedio de militares conservadores y a una nueva y robusta burguesía decidida a correr los riesgos de la transformación total. Los treinta y cinco normalistas de La Salle que se graduaban ese año, compartían la misma y poderosa sensación de inaugurar una época inolvidable. El año anterior había comenzado el Concilio Vaticano II, evento que absorbía la atención en las religiosas aulas de la Escuela Normal de Varones. El mundo entero se

transformaba. Las marchas por los derechos civiles de los negros desafiaban al poder blanco en Alabama y Martin Luther King pronunciaba un célebre discurso frente a una gigantesca multitud en la ciudad de Washington. Se hablaba de la teología de la liberación, de una iglesia de los pobres, de un harapiento vendaval cristiano opuesto a la pagana grandiosidad de Roma. La Alianza para el Progreso y la Revolución Cubana se erguían frente a frente en América Latina. El espíritu del jubileo tensaba las banderas de la justicia en todos los continentes. En el Perú, la idea de una reparación sosegaba acaso por última vez a millones de mitayos desesperados y siervos a perpetuidad. El 22 de noviembre Kennedy fue asesinado. Diecisiete días más tarde, en el plantel arequipeño administrado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas de La Salle, los treinta y cinco normalistas de la Promoción Juan XXIII recibieron sus títulos de maestros. Por razones de alfabeto, no de nota, el último en tomar su diploma fue un fornido moqueguano llamado Horacio Zeballos Gámez.

En ese tiempo, el pueblo de Pitay ni siquiera figuraba en los mapas de la república, pese a ser la capital del distrito de Santa Isabel de Siguan. Tenía juez, alcalde y gobernador. Le faltaban cura, sanitario y maestro. En verdad era un distrito de última categoría, sin telégrafo, electricidad, agua o desagües, un lugar medio extraviado en la cordillera sin árboles, a cinco horas de viaje en destartalado autobús y otras cinco o seis en burro. Pero Pitay, de piedra y cañas apelmazadas con barro, todo protegido por techumbres latosas que no siempre resistían los ventarrones andinos, existía en el papel como un próspero distrito rural, en la cercana periferia de la civilización sudamericana. En la república imaginaria, a cuyo servicio empezaba a trabajar Horacio Zeballos, Pitay tenía una escuela elemental mixta, la N° 9678, cuya dirección le fue encargada pomposamente por un gobierno igualmente imaginario, que aún no se había enterado de la desaparición física de la escuelita de Pitay, derruida por la edad extrema, las lluvias, los terremotos y, sobre todo, por la falta de uso. Como era costumbre, en 1964 las clases empezaron el primero de abril. Diez días tarde, Horacio Zeballos pudo agregarse al viaje del maestro Acosta, influyente Inspector de Educación del Segundo Sector de la provincia de Arequipa, para que lo instalara en el cargo. Donde concluía la carretera, el inspector despachó a un propio, un mensajero, a que diese aviso anticipado de su presencia. Al otro día entraban a Pitay, el inspector en mula y el novato en burro, para ser recibidos triunfalmente por un gentío de padres de familia y alumnos en asueto forzado. El alcalde Butrón les dio la bienvenida a nombre del pueblo. En presencia del gobernador y del juez, el inspector describió al nuevo maestro como un alma noble, decidida a cumplir con su apostolado a cualquier precio. Después de los discursos y antes de la pachamanca con que saludaban al inspector, el pueblo hizo entrega de la

Escuela Primaria Mixta N° 9678 al nuevo maestro. La sonrisa se coaguló en el rostro del joven Horacio Zeballos. No era más que un sombrero instalado sobre cuatro paredes arruinadas, un hueco oscuro donde tenían que meterse ciento cuatro alumnos.

Una acertada clasificación andina dividía a la gente en ricos-ricos, ricos-pobres, pobres-ricos y pobres-pobres. Horacio Zeballos venía de una familia de pobres-ricos, gente principal del extenso distrito de Carumas, lugar protegido de los volcanes moqueguanos por la santísima cruz de San Felipe, donde sus ancestros se habían instalado desde que los desdichados almagristas se dispersaron por los Andes en 1538. El padre de Horacio, Cerelino Zeballos, había cumplido su servicio militar con los Húsares de Junín en Arequipa. Antes de las carreteras había prosperado con su atrevido negocio de arriero. Usaba caminos de herradura para comerciar con remotas localidades de Arequipa y Puno, lo mismo que otros moqueguanos lo habían hecho durante tres siglos y medio, a menudo llegando a Bolivia y, sobre todo, al legendario Potosí. No era negocio para blandos o asustados eso de viajar por los Andes con cien mulas cargadas de bultos codiciados por toda clase de bandidos. Al llegar la década de los cuarenta, Cerelino Zeballos consideró que había cabalgado suficiente y volvió a Carumas, a echar raíces. Por cierto había comprado varias parcelas, pues ahí todos se dedicaban a la agricultura, pero el principal de sus negocios habría de ser siempre una tienda de abarrotes. No le faltaban latas de manteca, costales repletos de menestras, barricas de vinos y aguardientes moqueguanos, velas de sebo, quesos de la región, leche siempre acabada de ordeñar. Cerelino Zeballos había sido varias veces alcalde, registrador electoral, presidente de la junta de regantes, gobernador y juez de paz. Era uno de los principales de Carumas. Su mujer, Sabina Gámez, venía a ser sobrina nieta del célebre Mariano Melgarejo, dictador de Bolivia en otro siglo. Ocho hijos habían tenido y a todos los habían educado en Carumas primero y en Moquegua después. Conforme aprobaban la secundaria pasaban a Arequipa, a recibir una esforzada educación superior.

Horacio Zeballos se había preparado interiormente para acomodarse a Pitay, un pueblo de pobres-pobres. La ruina de la escuelita estuvo cerca de aplastar su espíritu. Tampoco había donde alojar al maestro. En una casa vecina a la escuela, propiedad de doña Adelaida Hurtado, la mujer más rica del pueblo, existía una habitación disponible. Se la dieron. Era un sitio rústico, con piso de tierra apisonada. El alcalde prestó una cuja y el juez proporcionó un colchón relleno con lana de oveja. El 12 de abril, después de diversas celebraciones, el inspector partió de regreso a Arequipa. Esa mañana Horacio Zeballos agitó la campana de la escuela a las siete. Inauguraba su existencia de maestro.

No se trataba solamente de enseñar las primeras letras, lo principal de la aritmética, la pobre historia del país. Tenía que ser maestro de toda la comunidad. Toda su vida era parte de la enseñanza. En un país tan pobre, había que enseñar a tiempo completo, con el ejemplo. Una semana más tarde, Horacio Zeballos se sintió alcanzado por el olvido nacional. Pitay existía solamente en el papel. Igual que la constitución, lo mismo que las leyes y los derechos de los ciudadanos. En la república verdadera, Pitay era un lugar desconocido, poblado por espectros que querían ser peruanos. Estaba completamente fuera de los caminos. Dos veces en su historia, había sido visitado por un subprefecto. Una vez al año aparecía el ejército en busca de conscriptos. El nuevo maestro decidió empezar declarando la guerra al olvido nacional, a la pobreza y su hermana, la tristeza. Más allá de tremendas dificultades materiales, estaba feliz. Los coritos, como decían a los niños en Arequipa, ansiaban aprender. Los clasificó por edades y conocimientos. Se sentaba en medio de ellos, usando adobes en vez de sillas, a tramar con sus alumnos un plan que sacara a Pitay del marasmo republicano. Además estudiaban. El canto de las criaturas repitiendo las enseñanzas de Horacio Zeballos calentaba los corazones del vecindario. A falta de un campo de deportes, maestro y alumnos jugaban en la plaza. En verdad, la situación era un desastre. No sólo la escuela se caía sobre sus cabezas. Carecían de útiles, libros, pizarrones, láminas y cuadernos. Formó un coro con los niños. A Horacio Zeballos le gustaba cantar. Con entonación de barítono emprendía toda clase de canciones moqueuanas y arequipeñas. Consiguió que lo ayudaran los guitarristas del pueblo. Así fue como las tardes secas y estériles de Pitay se fueron embelleciendo con las voces infantiles que se unían para dar música a un pueblo cuyo único gramófono, una valiosa vitrola a cuerda, se conservaba intacta pero muda en el salón principal de la hacendada doña Adelaida Hurtado.

Era un tipo raro, el maestro. Nunca daba la contraria a los padres de familia. La mayor parte de las veces los convencía suavemente, sin discutir. Quería hacer cosas en beneficio de los coritos, y, además, despertar conciencias. Se hubiese dicho que estaba en contra de la soledad y el aburrimiento, no sólo de la ignorancia. Uno a uno fue convenciendo a los padres para construir una nueva escuela. Sobraban entusiasmos y cholos baratos. Faltaba dinero, como siempre. Empezó por fabricar adobes, con ayuda de los alumnos. Pronto se les unió el vecindario. Organizó después un baile, animado por músicos de Siguas y el coro infantil, que recaudó la astronómica suma de mil soles gracias a la venta de viandas frías y refrescos. Horacio Zeballos inventaba tómbolas, festivales deportivos, rifas, veladas literario-musicales, recitales de poesía. El alcalde Butrón pasó a presidir el «Comité pro-obras de ayuda al centro educativo». Los padres de familia organizaban el trabajo comunal. El

maestro y los alumnos acarreaban cascajo y arena desde el río, amontonaban adobes, abrían zanjas. Al fin echaron los cimientos. El 20 de marzo de 1964, cuando Horacio Zeballos cumplía veintidós años, empezó la construcción de tres aulas grandes, dos baños y una habitación para el maestro. El 28 de julio, el aniversario de la independencia se celebró como nunca antes en Pitay. Quedaba inaugurado el local de la Escuela Primaria Mixta N° 9678 construido por alumnos y familiares. A las diez de la mañana colocaron apuradamente el escudo de la república pintado a mano por un artista de Sigwas y a las once empezó el desfile escolar. En tres Inciertos batallones, los niños marcharon varias veces frente a la multitud reunida en la Plaza de Armas. Hablaron el maestro, un representante de los alumnos, otro de los padres de familia, el gobernador a nombre del señor prefecto de Arequipa, el juez de paz y el señor alcalde. Antes de que el coro infantil obsequiara a la concurrencia un programa de canciones patrióticas, Horacio Zeballos dio a conocer que doña Adelaida Hurtado, la rica del pueblo, había donado un terreno de casi dos mil metros cuadrados, vecino a la nueva escuela, que ahí tendrían pronto un campo deportivo.

En todo el país se había desencadenado la fiebre de las obras comunales. En vez de descansar el séptimo día, los peruanos tenían la costumbre de ocuparse en el bienestar común. En las haciendas se hacía para el patrón. Tiempo atrás, para el encomendero español. Todavía antes era para el ayllu. En 1964, los pueblos andinos iban a la iglesia el domingo y después recogían y quemaban basura y arreglaban los caminos. El presidente Belaunde sustentaba su programa de Cooperación Popular en esa tradición peruana. El gobierno aportaba herramientas y materiales y los pueblos ponían trabajo. No pasó mucho tiempo sin que el distrito de Santa Isabel de Sigwas reclamara su cuota de lampas. Para entonces, Horacio Zeballos había organizado a los agricultores del valle para construir los cinco kilómetros de camino hasta el río Sigwas, donde se conectarían con la carretera Panamericana. Así obtendrían más por sus cosechas. Al mismo tiempo había conseguido que el gobierno enviase a Pitay una ruidosa niveladora a orugas, que convirtió el terreno de doña Adelaida en un perfecto campo deportivo y que también afirmó la nueva carretera. Una tarde de gloria, el agricultor Gonzalo González llegó a Pitay al timón de un pequeño ómnibus que había comprado para dar servicio regular entre el pueblo y la Edad Atómica. Conforme había pedido el maestro a Gonzalo de la Gonzalera, como llamaba al agricultor, traía un aparato de música alquilado en Arequipa, que funcionaba con una batería de automóvil. El siguiente sábado, la población pudo viajar en ómnibus para merendar junto al río Sigwas, de paso contemplando pasar camiones por la carretera Panamericana, y a las siete de la noche sumarse al baile, por primera vez con música verdadera, tocada por grandes orquestas y amplificadas chillonamente

por tres altavoces.

Pitay parecía arrastrado por un torbellino de progreso. Pronto se inauguró el campo deportivo de la Escuela Primaria Mixta N° 9678 con un festival deportivo en el que intervinieron otras escuelas de la comarca y para el cual estrenaron uniformes los de Pitay, que la entusiasmada doña Adelaida había hecho comprar en Arequipa a Gonzalo de la Gonzalera. El «Comité pro-«oras de ayuda al centro educativo» no descansaba. Tan pronto instalaron el telégrafo, después de inaugurado el camino, los padres de familia acosaron con mensajes y peticiones al Segundo Sector de Educación Primaria de la provincia de Arequipa, que acabó por despachar una camionada de muebles y útiles escolares. Los de Pitay ya no eran los mismos niños taciturnos y desalentados que habían recibido a Horacio Zeballos en abril de 1964. Dos años después quedaron vencedores en un concurso provincial de lectura y ortografía. Antes de Navidad, la escolita estrenó su banda de música, ocho tambores, bombo, platillos y doce cornetas, que los niños habían aprendido a tocar bajo la conducción de su maestro único, coach, manager, líder, promotor y director técnico, Horacio Zeballos.

La verdad, había conseguido despertar a las buenas gentes de Pitay. Ahora querían electricidad. Construían su primera posta médica. Otros pueblos limpiaban y apisonaban sus caminos. Gonzalo de la Gonzalera compró un ómnibus más grande para satisfacer el crecimiento de la demanda. Una mañana apareció un sanitario a quedarse en el pueblo. Los visitaban curas una vez al mes. En diciembre de 1965 llegó a Pitay una cámara fotográfica, gracias a la cual podrían recordarse los rostros de la generosa doña Adelaida y del activo alcalde Butrón y, por cierto, del joven y robusto maestro de la escuela primaria, con un mechón de pelo negro sobre la frente tostada, rodeado de alumnas pobremente vestidas de domingo. Justamente en esa época había decidido acabar con la peligrosa discordia existente entre los agricultores de Santa Rita y Santa Isabel de Siguas, que se mataban a palos por controlar la bocatoma y regar primeros sus campos. Para conseguirlo debió reunir a los dirigentes de ambas comunidades. «No es conveniente para Siguas que las santas Rita e Isabel se la pasen peleando, así que vamos a buscarles un árbitro que acabe con las riñas». Así les había dicho. «¿Y quién va a ser ese árbitro?», había preguntado burlón uno de Santa Rita, «¿acaso el señor maestro de la escuela?» Y Horacio Zeballos había sonreído bonachonamente.

«El maestro no está a la altura de las circunstancias. Yo más bien había pensado en un santo para apaciguar a nuestras santas. Aunque bien visto, las santas Rita e Isabel necesitan por lo menos al Señor de los Milagros.» Realmente el encuentro había servido para que firmasen la paz, con un acuerdo escrito que permitía aprovechar mejor las aguas del valle. Horacio

Zeballos no bromeaba, así que, a la hora de firmar las actas, la ceremonia se cumplió frente a una imagen del Señor de los Milagros, cuya devoción pasó a practicarse en Sigüas desde entonces.

En la tarde del 31 de diciembre, cuando recogió los bultos que llevaba el maestro en su viaje a Arequipa, Gonzalo de la Gonzalera descubrió una caja de cartón llena de libros y supo que Horacio Zeballos se marchaba para siempre. Uno a uno informó a los padres de familia. Se habían cumplido los dos años del plazo al que estaba comprometido. Quería estar más cerca de Arequipa y seguir estudios universitarios. En Pitay sabían que el maestro era poeta. En sus ratos libres se sentaba a escribir. Ansiaba estudiar literatura. Más tarde aprendería la profesión de las leyes. Antes de abril llegaría su reemplazo y además un asistente. Podrían pasársela perfectamente bien sin él. Los tomaba por sorpresa a fin de abreviar la despedida. Era un sentimental. Se le anudaba la garganta al alejarse de sus alumnos. Creía adivinar sus vidas futuras y estaba seguro de que eran demasiado buenos para el inexorable destino peruano que habría de aplastarlos. Lo mejor habría sido marcharse en puntillas, en el silencio de la madrugada. Salió despacio, bajo el sol en extinción a las cinco de la tarde, rodeado por escolares y sus padres, mientras Gonzalo de la Gonzalera intentaba ordenar la avalancha de obsequios con que despedían al profesor, la mayor parte comestibles, para acompañar su travesía, aunque también animalitos domésticos y estampitas religiosas y bufandas y colchas tejidas punto a punto por las buenas mujeres de Santa Isabel de Sigüas.

A LOS VEINTIDÓS AÑOS DE EDAD, HORACIO Zeballos no podía saber que en el Perú, donde nada se clava, en el que todo se atornilla, rara vez se había legislado la realidad. Desde que existía memoria, las leyes servían para salvar las apariencias. Se acataba la ley, pero no tenía que cumplirse. Las pobres leyes existían en el papel, no en la conciencia ni en la voluntad de los pueblos. Dicho de otro modo, las leyes se imponían, casi siempre a la contra de la gente. Puesto que era imposible forzarlo a vivir opuesto a costumbres y valores tradicionales, el pueblo terminaba existiendo al margen de las leyes, lo que parecía convenir al sistema, pues así, casi nadie protestaba. Consciente de su ilegalidad, la gente rara vez exigía respeto a sus derechos. Además... ¿Cuáles podían ser esos derechos? ¿Los hermosos derechos de papel? ¿Los grandes derechos a la vida, la justicia y la felicidad? ¿O los pequeños derechos prácticos como el de no ser pateados por la policía? La ley recta, de acero, igual para todos, implacable y afilada, habría tenido que llegar al fondo de la realidad y las conciencias de un solo golpe de comba popular. Nunca en el Perú, donde sólo funcionaban las vueltas del tornillo y

el retorcimiento de las componendas.

La Escuela Primaria de Varones N° 968 a la que fue trasladado Horacio Zeballos, también pertenecía al país de la imaginación. La ley mandaba dar educación gratuita a todos los niños. Otra fantasía. En realidad, maestros, escolares y padres de familia compartían idéntica pobreza mientras luchaban para que las siguientes generaciones de peruanos pudiesen reclamar un poco de justicia. Nada excesivo. Simplemente un mundo mejor que el antiguo. Por cierto, ni los estudiantes ni sus padres se dejaban arrastrar por expectativas tan falsas como inútiles. Estaban gobernados por la imaginación pero existían en la realidad. Y aunque vivían a un paso de Arequipa, la más importante ciudad del sur, a los niños de Sabandía parecía faltarles todo, al menos a quienes asistían a la escolita N° 968, dirigida por el profesor Oporto, con un plantel de seis maestros, al que se había agregado Horacio Zeballos en mayo de 1966. Una solitaria fotografía habría de recordarlos con solemnidad pueblerina, el director al centro, tres maestras sentadas, cuatro profesores de pie, a la derecha Zeballos, un rostro redondo que estrenaba bigote, todos de serio, con corbatas bien anudadas y expresión de formalidad. No sólo parecían una familia, actuaban como parientes. Después de todo, el magisterio constituía una hermandad. Se veían a diario, trabajaban juntos, intercambiaban confianzas, hacían deportes con los niños, enarbolaban la misma bandera distrital de Sabandía. El profesor Oporto pasaba los cuarenta años de edad, lo veían como un viejo. Se le agrisaba la cabeza. Toda la vida había sido maestro. No sabía vivir de otra manera, sin niños, fuera del orden implacable de las campanadas y los horarios. Los sábados por la mañana celebraban eventos deportivos. Al caer la noche, no faltaban reuniones comunitarias o festejos familiares a los que se invitaba siempre a los maestros. Era gente sencilla, que prefería la simplicidad, entrenada para resumir y contar, repetir y enseñar lo mismo siempre, muchísimas veces. Rápidamente Zeballos se incorporó a la luchadora comunidad de Sabandía. Acababa de visitar Carumas, donde el 20 de marzo había cumplido veintitrés años de edad, acompañado por sus padres y la totalidad de sus hermanos. Rodolfo, el mayor, también era maestro. Enseñaba en Ilo. Los demás estudiaban, dos en Arequipa y tres en Moquegua. Solamente uno quedaba en Carumas. Pero ese año habían regresado todos a su pueblo para las vacaciones. Cuando la familia pudo reunirse intacta, Cerelino Zeballos ordenó una misa de acción de gracias. Pero nada era realmente lo mismo ante los ojos de Horacio Zeballos. Muchos de sus amigos de la infancia se habían marchado a trabajar en las grandes minas de cobre, otros emigraban a Arequipa, el animoso valle del Catari daba señales de irse despoblando. Tan pronto en la vida para quienes habían crecido con él y ya conocían historias de desamor y llanto. Cuando al fin volvieron a separarse los Zeballos, estaba seguro Horacio de que la

vida habría de ser más corta de lo que había imaginado, más rápida también, compleja, casi indeseable.

Parecía lejos el Perú de la esperanzada primavera de 1963, cuando el país imaginario había inaugurado el último de sus sueños. A mitad de mandato, tres años después, sonaban a hueco los mensajes presidenciales, perdía su valor el dinero, se achicaban los salarios, se atrasaban los pagos del gobierno, aumentaban los precios, se desbocaba la inflación, crecía el subempleo. A la vez se multiplicaban los niños y los jóvenes que demandaban educación. Un tercio del territorio nacional estaba en emergencia, con once provincias bajo control militar para liquidar las guerrillas del MIR y el Ejército de Liberación Nacional. Se enfriaban las inversiones, disminuía el ahorro, se multiplicaban los paros y las protestas. No alcanzaba el sueldo a los maestros. El año anterior, mientras Horacio Zeballos estaba en Pitay, una huelga nacional de maestros había acabado con un lamentable volteretazo de los dirigentes. El gobierno debía pagar y no pagaba un aumento del 25 por ciento. Por cierto se trataba de un clásico negocio de la república imaginaria, pues se había ordenado pagar sin asegurar los fondos públicos necesarios, de modo que los maestros disfrutaban de un sueldo reajustado en el papel, mientras sus sobres de pago llegaban tan escuálidos como antes. La huelga había durado cinco días en mayo. En vez de negociar con los maestros, el gobierno prefirió entenderse con la coalición política que controlaba el congreso, la unión contra natura de apristas y odríistas, pues eran apristas quienes mandaban en el Sindicato Nacional de Maestros Primarios y en el Sindicato Nacional de Profesores de Educación Secundaria, y así había obtenido fácilmente una transacción y hasta una renuncia sin necesidad de que nadie consultara con las bases. Y, claro, sin cumplir con los pagos que mandaba la ley. Un año después, cuando Horacio Zeballos llegó a Sabandía, continuaba enflaqueciendo el ingreso magisterial. Aún peor, se atrasaba más y más el pago de los salarios. En 1967, el gobierno parecía haberse quedado sin fondos. Dependía de la usura internacional. Siguió hundiéndose la economía peruana mientras el dólar duplicaba su valor. Un campeonato deportivo permitió que se encontraran maestros del sur arequipeño. Llegaban de Characato, de Mollebaya y San Juan de Tarucani, de Sabandía y también de Chiguata y, en fin, maestros de la propia ciudad de Arequipa. Ni estaban organizados, ni tenían representación ante el Sindicato Provincial de Maestros Primarios de Arequipa. Querían defenderse y hacerse escuchar, así que en una sola noche constituyeron el Sindicato de la Zona Sur de Arequipa. Horacio Zeballos había despachado un discurso corto e incendiario. Lo designaron delegado ante el sindicato provincial.

POR CIERTO, TODAS LAS ORGANIZACIONES sindicales parecían ser parte del país imaginario. Hacían huelga y resultaba que los huelguistas estaban dirigidos por aliados del gobierno. Se arreglaban las huelgas secretamente, se negociaban actas en las trastiendas del Ministerio de Trabajo. Para el magisterio, la historia empezaba sobre las ruinas de la invasión chilena, en 1884, cuando los maestros primarios de Lima habían formado la Sociedad Fraternal de Preceptores, una organización de auxilios mutuos.

Daban la impresión de haber sido conservadores, pues habían soportado las tentaciones anarquistas de principios de siglo. Su atrevimiento se había limitado a constituir una liga anticlerical en 1902. Verdaderamente la educación estaba dominada por la religión. Diversas órdenes católicas entrenaban a ricos, aristócratas y burgueses, aún a los jóvenes de una incipiente clase media, dejando que los niños pobres asistieran a sus escuelitas fiscales. Tanta santurronería expresaba una dominación ideológica, además de un buen negocio y una alianza política con la dictadura civil de Leguía que, antes de hacerse reelegir en 1924, quiso dedicar el país al Sagrado Corazón de Jesús. La reacción de obreros y estudiantes sanmarquinos había frustrado esos planes, de paso lanzando a la celebridad al futuro fundador del aprismo, Víctor Raúl Haya de la Torre. Un año después, un célebre moqueguano, José Carlos Mariátegui, fundador del Partido Socialista, más tarde Comunista, y de la Central General de Trabajadores del Perú, CGTP, proponía un sindicato único de maestros. Nunca habían podido ponerse de acuerdo. Los de secundaria se consideraban encima de esforzados maestros de primaria. Siempre habían ganado más que quienes se dedicaban a la enseñanza elemental. Los apristas habían organizado los primeros sindicatos primarios en el norte, en 1930. Pusieron en movimiento hasta cien sindicatos provinciales en todo el país. Y sindicatos secundarios después. También una Federación Nacional de Maestros. En 1931 se había producido la primera huelga. Al gobierno de Sánchez Cerro no le temblaba la mano. Despidió a un tercio de los maestros y amenazó al resto de los revoltosos con cambiarlos de colocación. Antes de eso, un personaje de la III Internacional Comunista había lanzado contra Mariátegui el anatema de «populista». Más tarde, la continuada represión de Sánchez Cerro y Benavides había liquidado temporalmente a la CGTP. Hasta que el comunista Juan P. Luna y el aprista Arturo Sabroso se encontraron en Chile, en 1944, y formaron la Confederación de Trabajadores del Perú, la CTP, cambiando siglas a fin de evitar las furias gobiernistas, aunque poniéndose bajo la influencia de la AFL-CIO. La república imaginaria admitía toda clase de contorsiones ideológicas con tal de que todos se acomodaran. En 1939 el aristócrata Manuel Prado había enarbolado la bandera de las democracias contra el fascismo, así que los comunistas apoyaron su gobierno. Mientras

tanto Prado perseguía a los apristas con experta ferocidad, sólo para amistarlos con ellos en 1945, cuando se hizo evidente que sería elegido el arequipeño Bustamante y Rivero con el masivo apoyo del APRA que salía de sus catacumbas. A partir del 45 los apristas habían pasado a ser una poderosa fuerza legal. Sin embargo, a los tres años, el general Odría ajustaba cuentas con todos, apristas y comunistas que, de nuevo a medias, rencorosamente, trataban de juntarse para sobrevivir a otra dictadura.

El país escapaba de las indigestiones de la realidad. Como nunca antes prevaecía el reino de la imaginación. Cachaco total que prefería esconder la mirada de zorro detrás de espesas gafas ahumadas, Odría se presentaba sin competidores a unas elecciones manejadas por el propio ejército. No podía perder. Todos sus adversarios estaban en la cárcel o desterrados. En el país de la fantasía, era elegido por aclamación ciudadana. La noche después de las elecciones, los militares llenaban las ánforas con votos para Odría, derrotando así a los ausentes y a quienes viciaban sus votos o votaban en blanco. Por supuesto ganó el general. Odría, el restaurador de la democracia. Un servidor de la constitución, el señor presidente. No había sido una mala época para los maestros que quedaban en libertad, pues muchos estaban presos o fugados por haber sido apristas o comunistas. Desde luego la dictadura tenía extensas listas negras que no habían olvidado al peligroso magisterio. Quien figurase entre los réprobos jamás conseguía empleo, no sólo de preceptor sino de barrendero, pues la represión tenía larguísima brazos e imborrable memoria y, sobre todo, un corazón que nunca perdonaba.

Claro, habían sido tiempos de prosperidad en el gran patio trasero sudamericano, pues la guerra en Corea elevaba demanda y precios de las materias primas. Mientras chorreaba dinero en las arcas fiscales, el país imaginario había producido un notable plan nacional que definía la educación como una necesidad social a la que todos tenían derecho. Los valores seguían siendo Dios, patria y familia. La educación dignificaba a los humildes, así que la primaria debía ser universal. Además proponía programas extraordinarios de alfabetización y estimular la llamada educación técnica, destinada a quienes iban a practicar oficios en vez de profesiones. Con rigor castrense, el gobierno de Odría organizaba la administración educativa en regiones idénticas a las militares. Aparecían después las «grandes unidades escolares», en las que debían enseñar los últimos dos años de primaria, la secundaria común y la secundaria técnica, y que además servían como centros comunales para diversas actividades sociales y deportivas. No todo podía ser imaginado, así que la democracia militar de Odría había dedicado parte de sus ganancias por la guerra de Corea a construir colegios: veintiocho grandes unidades escolares, trece colegios nacionales, sesenta y cuatro escuelas primarias, sesenta y cinco núcleos escolares campesinos, treinta

y cinco escuelas bilingües en la selva, dos colegios militares, dos escuelas normales superiores y varios institutos industriales. A la vez se producía una paradoja democrática. El Ministerio de Educación quería dar instrucción primaria a todos, pero el Ministerio de Gobierno seguía persiguiendo a los maestros. Para empezar, fueron desconocidos y recesados los sindicatos y demás asociaciones magisteriales. El motivo: habían estado fuertemente influidas por el aprismo entre 1945 y 1948.

Se hacían elegir los generales por toda América Latina. Odría imitaba a Perón en el peinado a la gomina, las gafas negras, el anillo y la pulsera, a veces hasta en la capa militar y por cierto en el peinado con moño que la señora Odría había copiado de la inolvidable Eva. Los generales intercambiaban visitas, se conferían dignidades, condecoraciones, se hacían obsequios de estado siempre más suntuosos, cargados de imaginación libertaria y voluntad americanista. Amigotes todos, practicaban democracias de papel. Hasta los difuntos votaban por ellos. El fachendoso Somoza había disfrazado a su ejército de legión romana para el matrimonio de su única hija y había llegado más tarde a Lima, en visita oficial, con la robusta doña Salvadorita del brazo, su amada esposa, bien abrigada con estolas de visón salvaje y gargantillas de diamantes. Había sido buen anfitrión, Odría. Recordaban a Somoza por su espléndido estilo para bailar danzón. No había descansado una pieza durante el baile de etiqueta que le habían ofrecido en el palacio de Pizarro. Pérez Jiménez también era feliz en Lima. No sólo la visitó oficialmente. Compraba propiedades limeñas con los fondos de la parranda fiscal venezolana. Rojas Pinilla se convertía en dueño de Colombia. Stroessner se unía a los matones de la democracia hemisférica. El hijo favorito de Trujillo acababa de regalar un abrigo de chinchilla a la actriz Kim Novak mientras su cuñado Rubirosa ponía un ojo negro a la célebre Zsa Zsa Gabor. La juega de los dictadores alimentaba los titulares de primera plana. Al general Odría lo fastidiaba la idea de abandonar la presidencia. Se le vencía el mandato. La ley prohibía reelegirse pero las leyes cambiaban, siempre podían cambiar: era lo bueno del país imaginario. Misteriosamente el general Odría desbarrancó por una escalera, según decían, a mitad de una jarana. Se le hizo pedazos la cadera. Tardaría varios años en caminar defectuosamente, siempre apoyado en un bastón y en la misericordia de sus guardaespaldas. Al rodar por las escaleras el presidente ebrio, cambiaba la historia nacional. Ya no tenía otra opción que no fuese la de llamar a elecciones y dejar el poder al cabo de ocho años en la jefatura suprema.

En el divertido tiiovivo republicano, lo había sucedido don Manuel Prado, el último aristócrata, esta vez asociado a sus antiguos perseguidos, los apristas. Los comunistas, aliados de antes, pasaban ser réprobos y bandidos. En ese tiempo parecía urgente mejorar y reorientar la educación y al mismo

tiempo permitir un explosivo crecimiento de educandos. La mitad de los maestros carecía de título. De los restantes, a un tercio debía considerársele autodidacta. A la vez se duplicaba el número de niños y jóvenes que exigían educación. Empezaba un período de industrialización elemental mientras aumentaba la migración del campo a la ciudad. Tan pronto empezó el gobierno de Prado, se había reunido el Primer Congreso Nacional de Maestros Primarios, que acordó constituir un sindicato nacional y presentar un importante pliego de reclamos. No llegaron lejos, pues los maestros primarios estaban dirigidos por apristas que a su vez eran socios políticos de un gobierno sin dinero. Un ministro de inmenso prestigio, don Jorge Basadre, consiguió financiar un aumento de 30 por ciento. Ocurrió en mayo de 1958, en beneficio de 27 mil maestros. Al año siguiente se había creado la FENEP, Federación Nacional de Educadores del Perú, controlada por apristas. En vano. Presiones políticas hicieron fracasar una huelga magisterial en 1960.

Para sus propios militantes, el APRA se estaba convirtiendo en un partido de renegados. El pacto con el antiguo perseguidor Manuel Prado había producido un cisma profundo. En 1957 se marchaba parte de la juventud aprista y al otro año se formaba el APRA Rebelde, que se transformó en MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, con un jefe que había sido aprista, Luis de la Puente Uceda. Durante los seis años de la llamada convivencia con el gobierno, los apristas habían servido de bomberos que apagaban incendios populares. Pagarian el terrible precio de la soledad. Los sindicatos empezaban a abandonar la CTP aprista para pasarse a la CGTP comunista. En 1962 se produjo la coalición entre el APRA y el peor de sus verdugos, el general Odría, y muchos viejos militantes se alejaron en silencio. Después de la intervención de la Fuerza Armada para corregir el rumbo de la democracia de la imaginación, se había inaugurado el mandato de Belaunde Terry el mismo año en que Horacio Zeballos se graduaba de maestro. Concluía la república aristocrática y empezaba un modelo desarrollista y populista financiado con inversión extranjera y deuda externa. Otro espejismo. La masiva migración del campo a la ciudad y un alto índice de crecimiento demográfico alimentaban el explosivo crecimiento urbano. Hasta el gobierno utilizaba un discurso radical. Con Belaunde volvía la educación primaria universal. En la década del 58 al 68, la población secundaria iba a crecer 165 por ciento y se triplicó la universitaria. En cinco años, del 60 al 65, se duplicaba el número de maestros, que ahora pasaba de 90 mil. Se promulgó entonces la Ley 15215 que resumía las aspiraciones del magisterio. Ordenaba un aumento de salarios del 100 por ciento, que se haría efectivo en cuatro años, a razón de 25 por ciento cada año. Además garantizaba que los maestros titulados tendrían empleo. Establecía un haber mínimo de 4,260 soles, además de diversidad de bonificaciones: por tiempo de servicios, por número de hijos, por servicios

en altura, medio rural, selva o zona de frontera, por matrimonio, vivienda o especialización. Cuando al fin entró en vigor, la pobre Ley 15215 estaba desfinanciada. Existía y no existía. Se acataba pero no podía ser cumplida. El país de la imaginación produjo entonces la antiley 16354, que congelaba los haberes de los maestros y dejaba en suspenso la Ley 15215. Los maestros pasaron una navidad negra en 1966. Antes de que volviesen a clases en marzo del año siguiente, el gobierno había reducido el presupuesto para la educación. Suprimía gratificaciones y bonificaciones, paralizaba los salarios y aumentaba las horas de trabajo de los maestros en toda la república. Para ese tiempo ya se había formado el Sindicato de Maestros Primarios de la Zona Sur, que envió a Horacio Zeballos como delegado ante el Sindicato Provincial de Arequipa.

3

La revolución dividida

*No veo la manera ni la solución
pa podé arreglar el pobre su situación...
si el político ladrón nos entretiene con cuentos
y estadísticas diciendo:
«¡La culpa es de la inflación!»
(«Maestra Vida»)*

*¿Por qué no lanzas contra el cobarde,
que explota al indio, tu maldición?...
(Luis Abanto Morales, «Cielo serrano»)*

EL AÑO EN QUE HORACIO ZEBALLOS RECIBIÓ SU título de maestro primario en la Escuela Normal de los Hermanos Cristianos de La Salle, se partían los partidos comunistas en soviéticos o moscovitas y maoístas o pekineses, según simpatizaran sus afiliados con los grandes centros de poder comunista del mundo, Moscú y Pekín, como entonces se le llamaba, pues aún nadie le decía Beijing. El de Zeballos había sido un hogar aprista, contestatario, radical, al estilo de don Cerelino que entendía el aprismo como una posibilidad revolucionaria, un partido que debía hacer justicia urgente a la miserable realidad nacional. La búsqueda de un mundo mejor había acercado a Juan y Guillermo Zeballos, hijos de don Cerelino, a las propuestas comunistas. La ruptura de 1963 dejó a Horacio Zeballos ante dos posibilidades. Como muchos jóvenes del sur del Perú, sintió que sus simpatías se orientaban por la opción maoísta. No por ello dejó de ser independiente. En realidad no se ofrecía una bifurcación de caminos, ambos con la misma orientación general y un parecido destino revolucionario. Forzaban a los jóvenes a elegir entre una posición antigua, autoritaria,

que simplemente aspiraba a reformar la sociedad; y el atrevimiento de una revolución total, romántica, un verdadero sacrificio personal para inventar un mundo nuevo. La primera, la posibilidad moscovita, soviética, maciza y burocrática. La segunda, el camino guerrillero, la emoción clandestina, la dura marcha del campo a la ciudad, la posibilidad pekinesa, el rumbo maoísta. Quienes ahora se declaraban moscovitas, siempre habían controlado el partido. La crisis coincidía con un fenómeno internacional, el pleito entre la Unión Soviética y China, que a su vez definía dos líneas políticas socialistas mundiales. En Pitay, cuando la visita de otros maestros revivía la discusión ideológica, empezaba a creer Horacio Zeballos que la división expresaba las propias limitaciones históricas del partido, cuyos pensamientos dependían del tamaño de su fuerza y no al revés. Faltaba un pensamiento propio, peruano, independiente, capaz de definir sus propósitos sin dejarse influir por intereses externos. Considerado en frío, las posturas más o menos reformistas y las posiciones radicales venían a ser igualmente dogmáticas, lo cual le producía cierto inevitable desaliento pues en el Perú todos se habían manejado de una manera dogmática, no sólo los marxistas, generando así un drama nacional: la incapacidad de producir una respuesta original a los problemas peruanos y el perpetuo sometimiento a las ideas de afuera, el culto a lo externo. En esos raros encuentros de maestros solía decir Horacio Zeballos que el marxismo debía ser creativo y actuar en función de realidades concretas. No obstante, en la realidad prevalecía una cultura de la dependencia, con marxistas que aparecían subordinados a pensamientos extranjeros.

Durante la breve primavera democrática de los años 46 y 47, el Partido Comunista había crecido hasta tener cincuenta mil afiliados. El golpe del año siguiente y la persecución ordenada por el general Odría, acabaron con ellos. El partido empezaba a rehacerse a fines de los años 50. En 1963 se produjo el rompimiento en el Partido Comunista, influido por el distanciamiento entre Moscú y Pekín. De un lado quedaba el Partido Comunista Unidad, prosoviético, jefaturado por Jorge del Prado; y del otro, el Partido Comunista Bandera Roja, de los prochinos, cuyo jefe principal, Saturnino Paredes, era bien conocido por los jóvenes maestros de escuela arequipeños, lo mismo que sus principales acompañantes, José Sotomayor Pérez y Abimael Guzmán, joven profesor de filosofía formado en la Universidad de San Agustín.

Tres años más tarde, cuando Horacio Zeballos se instalaba en Sabandía, a un paso de Arequipa, Bandera Roja estaba lejos de jefaturar los espíritus marxistas del país. En vez de construir una propuesta peruana, los pekineses se entregaban a la vieja guerra intestina de las ideologías. Los moscovitas seguían siendo el adversario principal. Pero la dirigencia supuestamente maoísta prefería calcar el rumbo y hasta las palabras de la Revolución China que abrir su propio camino. Parecía que las denuncias de

corrupción de los reformistas soviéticos importaban más que una propuesta socialista autóctona. Eran tiempos difíciles para el comunismo chino, al que la revolución cultural devolvía a la aterradora profundidad de los tiempos aún no empezados a vivir, las épocas en que la humanidad reinventaba el futuro. Nada se le parecía en la historia. Un personaje contradictorio, que parecía incapaz de alzar vuelo al encuentro de una sociedad nueva y justa, Saturnino Paredes, se colgaba de la política china como si el Perú Fuese una remota provincia dependiente de Pekín. Por cierto había hecho publicar un librito rojo con «Las citas del camarada Mao», para que los pekineses nacionales pudiesen desfilar mostrándolo en alto. Poco tiempo después circuló otro librito, que también se repartía gratis: «Las citas del camarada Paredes». El rostro de Saturnino Paredes aparecía en marchas y mítines junto al retrato del camarada Mao. Publicaciones chinas eran traducidas al castellano y como si su autor fuese el camarada secretario de Bandera Roja. Poco después se producía la salida de Sotomayor y los teóricos. Nadie entendía bien cómo debía ser la relación con las revoluciones que progresaban en otras partes del mundo. Cuando un grupo de jóvenes latinoamericanos visitó China, un obrero peruano preguntó a Mao cuál era el error más importante que debían evitar. Mao respondió: «No traten de imitar a la China. Las revoluciones no se copian. Cada pueblo tiene su manera de hacer las cosas. Por imitar a los soviéticos, murieron millones de chinos y nuestra revolución demoró muchos años. Busquen su camino en su propia realidad y en su historia». Al despedirlos, Mao insistió: «Olviden China tan pronto vuelvan a sus países, olviden China». A fines de los años 60, de Bandera Roja se marchaba el grueso de la juventud comunista, esta vez a «reconstruir el Partido Comunista» o, en realidad, a formar su propio partido, lo que habría de ser Patria Roja en 1969, alentado, entre otros, por el joven obrero que había dialogado con Mao. Desde luego no había demorado en romperse otra vez Bandera Roja, con la salida de Abimael Guzmán y el grupo de profesores que alentaba la formación de otro partido comunista maoísta. Sobre todo en las universidades circulaban documentos emitidos por los frentes estudiantiles de cada agrupación. Cada quien los adornaba con sus propios lemas y distintivos, para distinguirse de los otros frentes. Cuando apareció el FER de Patria Roja, sus documentos llevaban un libro, un fusil y un martillo y las palabras siguientes: «Por la democracia popular y el socialismo». Los papeles del FER de Abimael Guzmán decían siempre: «Por el luminoso sendero de Mariátegui». Los muchachos preguntaban: ¿de quién es el documento? Si de Patria Roja, decían Patria, a secas. Si de la gente de Abimael Guzmán, decían «los senderos» o «los luminosos». Así pasó a conocerse su partido como Sendero Luminoso.

Sólo en apariencia, el pensamiento marxista radical se había liberado de las tentaciones reformistas. En la realidad, pekineses y moscovitas seguían

atrapados por su propia confrontación. Había sido preciso proponer una actitud de independencia para que se formase Patria Roja. De un lado los muchachos buscaban sus propias respuestas y de otro se sentían empujados por una tendencia extremadamente radical. En verdad creían que estaban maduras las condiciones sociales para una gran revolución. A la vez querían alejarse de la teoría y pasar a la acción organizando las luchas populares. Mientras tanto, el pobre país daba tumbos, se envilecía la moneda, se atrasaban los pagos, iba agotándose el tesoro público. A la primera gran devaluación desde 1958, se sumaban una profunda intranquilidad de los sindicatos, el desorden fiscal, la pérdida de autoridad moral por parte de un gobierno salpicado de escándalos y negociados. Las guerrillas del ELN y del MIR habían sucumbido sangrientamente y nada había cambiado en la inmensidad de la cordillera, donde millones de personas sobrevivían en condiciones de extrema miseria y servidumbre personal. No se había firmado la paz con las comunidades que seguían reconquistando sus tierras en poder de los hacendados. Al menos ahora la Guardia de Asalto se limitaba a contemplar las invasiones que antes había quemado con fuego de mosquetones y ametralladoras. Francamente endeble, el gobierno belaudista no se atrevía a solucionar el viejo problema de los yacimientos petroleros de La Brea y Pariñas, disputados a una empresa estadounidense. Nadie estaba contento. Habría elecciones al otro año y todo permitía suponer que ganarían los apristas casi por fuerza de la gravedad, porque eran los más antiguos y no quedaba nadie que pudiese oponérseles. Irían con su anciano jefe y fundador a la cabeza, Víctor Raúl Haya de la Torre, a quien el ejército había vetado en 1962.

Así llegó el tres de octubre de 1968, un día que no era como cualquier otro. Esa madrugada se cumplían veinte años de la revolución aprista del Callao, donde la marinería se había adueñado de la escuadra y el arsenal y fuerzas populares habían capturado los castillos del Real Felipe. Al mando de dos solitarios oficiales y los contramaestres, los buques habían zarpado mientras en tierra fracasaba una insurrección de corte bolchevique. Al fin habían tenido que rendirse. Empezaba una de las persecuciones políticas más grandes en la historia del país. Tres semanas después Odría tomaba el poder por los siguientes ocho años. El mismo día de 1968, tropas escogidas capturaban a Belaunde, lo llevaban al aeropuerto internacional y lo despachaban a la Argentina, cuya dictadura militar se encargaría de retenerlo. Con un gobierno militar terminaban de reunirse las condiciones teóricas para una situación revolucionaria popular. Pero emergió en la suprema jefatura militar un general desconocido por los civiles, que planeaba cambiar el país. Juan Velasco Alvarado había empezado en el ejército realmente desde abajo, como soldado raso. Había llegado a comandante general y presidente del Comando Conjunto de la Fuerza Armada. Tenía la voz ronca, la mirada

imperiosa, el corazón de infantería. Le temblaban sus compañeros de armas. Su único acto de gobierno importante fue la ocupación militar de los yacimientos de petróleo en el norte y la refinería de Talara, iniciando una atrevida confrontación con intereses estadounidenses que llevó a los militares a inusuales entendimientos con la Unión Soviética y el Partido Comunista Unidad.

El año anterior habían asesinado a Martin Luther King y a Robert Kennedy y los tanques rusos habían invadido Checoslovaquia. Murió Tomás Merton y en Irlanda estallaba la lucha entre católicos y protestantes. Mayo sería recordado por sus barricadas en París y los gritos de «prohibido prohibir» y «la imaginación al poder», un estado de rebeldía cívica que había colocado a la humanidad en la víspera de una revolución desconocida y también de nada, pues había acabado por ser sólo una protesta. En 1969 empezaron a retirarse las tropas estadounidenses de Vietnam. Fue el año en que asesinaron a Bob Kennedy y en que murieron Ho Chi Minh y Eisenhower; el año en que Nixon asumió la presidencia y en que renunció De Gaulle; el año del ascenso de Pompidou, Arafat, Willy Brandt y Golda Meir; el año de la autoinmolación de Jan Palach en Praga y de las inmensas protestas en Estados Unidos contra la guerra en Indochina. El fin de una década en la que todo quería cambiar. El año de Biafra. En el Perú, el gobierno militar emitió el decreto ley 006 que obligaba a pagar cien soles anuales a los estudiantes de secundaria reprobados en uno o más cursos. En el país andino, donde cien soles eran una fortuna y muchísimos alumnos arrastraban cursos, el decreto 006 fue recibido como si hubiesen eliminado la gratuidad de la enseñanza. De inmediato se sintió crecer un espíritu de rebelión. Nadie podía imaginar que se trataba de un paso en falso para Velasco, próximo a dar una ley de reforma agraria que, victoriosa o fracasada, iba a cambiar el rostro nacional. La reforma agraria aún era un secreto, lo mismo que la reforma de la educación. En verdad, era imposible adivinar que el país iba a ser reformado a palos. En cuanto al decreto 006, expresaba bien el modo autoritario con que se pretendía reordenar la educación y cierto espíritu derechista que aún se percibía en las bases de la reforma educativa. Todo cuanto sucedió después permitiría pensar que Velasco era el único de los generales que quería la revolución, pues sólo así se podría explicar que los mismos militares que lo iban a seguir por la izquierda, acabasen marchando por la derecha, deshaciendo lo hecho, con lo que generaron una estafa, no sólo histórica, de la que nadie se haría responsable.

Acaso era verdad que maduraban las condiciones para una revolución andina. Las comunidades indígenas, como se refería la república a los ayllus, estaban en pie de guerra para defender sus tierras y rechazar los impuestos que la economía rural heredaba del belaudismo. Una semana antes de que

se diese la reforma agraria, las leyes y el aparato del gobierno favorecían a los dueños de latifundios y otras modernas encomiendas. En la mayor parte de las haciendas habían dado un trato infame a los campesinos.

Los Andes no eran precisamente una pradera, pero sólo necesitaban una chispa para arder furiosamente. En el crítico departamento de Ayacucho, una paupérrima población pasaba por grandes sacrificios con tal de que los jóvenes se educaran y escapasen de una cadena histórica de penurias y sometimiento. El decreto 006 parecía cerrarles la única puerta de escape que conocían. Ocho de cada diez adultos ayacuchanos eran analfabetos. Siete ni siquiera hablaban castellano. A la población andina la habían tratado como ganado, pues en los inventarios de muchas haciendas aparecían los indios junto con los bueyes y las llamas. Los contaban como bienes semovientes, pobres animales humanizados, pues no llegaban a considerarlos perfectamente humanos, evolucionados, libres y responsables. A mitad de siglo aún existían científicos que llamaban «raza degenerada» a la gente quechua. Habían sido siempre la infantería. Peleaban las guerras, cargaban los bultos, cultivaban los campos, extraían guano de los abismos marinos, generaban riqueza sin participar de ella, pero no eran ciudadanos. Para tener documentos de la república, no los certificados de las haciendas o el salvoconducto de los gobernadores distritales, para ser electores tenían que hablar castellano, leer y escribir en el idioma de los conquistadores.

En Ayacucho no votaban nueve de cada diez habitantes. Los ayacuchanos tenían el penúltimo ingreso del país. Por contraste, en la capital del departamento funcionaba la vieja universidad de Huamanga (reabierta en 1956 después de haber estado cerrada por setenta años), con cuatro mil alumnos en una ciudad de treinta mil habitantes, la mitad de los cuales vivía pobremente en barriadas por los cerros. La cuarta parte de la población del departamento de Ayacucho eran estudiantes de secundaria o universitarios cuando se dio el decreto 006.

LAS NOTICIAS SE MOVÍAN CON LENTITUD por la cordillera. Tenían que viajar por telégrafo y chirriantes alambres telefónicos desde remotas poblaciones andinas en las que se había desencadenado la cólera popular por el decreto 006. No se trataba de una protesta desorganizada. En todo el departamento se formaban frentes de defensa populares, en los que participaban estudiantes, padres de familia, maestros y también profesionales, comerciantes, transportistas, artesanos y la federación campesina ayacuchana.

Esa experiencia originaba una canción que se haría célebre en la cordillera, el huayno «Flor de retama» del maestro Ricardo Dolorier:

*Vengan todos a ver...
 ¡Ay! todos a ver,
 en la plazuela de Huanta
 amarillito flor de retama
 amarillito, amarillando,
 flor de retama...*

Un burócrata del Ministerio de Educación amenazó a los alumnos con cerrar los dieciocho colegios nacionales de la ciudad de Ayacucho, además de ocho planteles secundarios y técnicos en la provincia de Huanta. La respuesta fue un gran mitin en la Plaza de Armas de Huamanga. Cinco días antes de que se diese la reforma agraria continuaba la huelga en los colegios. Tomó la dirección del movimiento el Comité José Carlos Mariátegui, del Partido Comunista Bandera Roja, que en la práctica ya no aceptaba órdenes de Saturnino Paredes pues emprendía su propio rumbo, lo que más tarde se haría célebre como Sendero Luminoso. Por cierto, bases y dirigentes populares no eran necesariamente comunistas. Pero todos se unieron contra el gobierno, aceptando la conducción de quienes iban a ser jefes de Sendero. Empezaba el bloqueo de los caminos provinciales. Las vendedoras de mercados suspendían el abastecimiento de Huamanga. En Huanta se reunía la indiada en los cerros. En todo el departamento ocurrían marchas y demostraciones. En la Prefectura de Ayacucho se generaba una sensación de pánico e impotencia. Existía un batallón de infantería motorizada en el Cuartel de Los Cabitos, pero sólo podía ordenar su intervención el Ministerio de Guerra o el propio presidente de la república. La guarnición de Huamanga no pasaba de doscientos guardias civiles, de los que cuarenta habían sido enviados como refuerzos a Huanta. El gobierno despachó un avión con expertos antisubversivos de Seguridad del Estado. Al día siguiente viajaría todo un batallón de sinchis, los comandos de la Guardia Civil estacionados en la región andina oriental de Mazamari, por donde se bajaba a la selva. Primero capturaban a los dirigentes del Frente de Defensa y después los sinchis «pacificaban» Ayacucho.

En la madrugada del viernes 20 de junio se desencadenó la redada. En Huamanga fueron capturados el profesor universitario Abimael Guzmán, el ingeniero agrónomo Antonio Díaz Martínez, el joven Osmán Morote. En Huanta cayó preso el abogado de la Federación Campesina. Pero muchos escaparon, entre ellos el maestro Teodoro Cárdenas Sulca, figura principal de la protesta. Se habían escabullido profesores, líderes estudiantiles. Los dirigentes campesinos habían pasado la noche en los campos, también estaban libres.

Al ministro del Interior se le agotaba el tiempo. Velasco había entregado el cargo al general de brigada Armando Artola Azcárate porque era un tipo realmente duro, un extremista. Como se le hubiese extendido una prematura calvicie, prefería afeitarse el cráneo. No necesitaba razonar, cumplía órdenes. Había limpiado los Andes centrales de guerrilleros entre 1965 y 1967. Mandaba fusilar sin contemplaciones. Pero apenas le quedaban tres días para tener el país como una taza de leche. El Día del Indio, también día de San Juan, Inti Raymi o fiesta del sol, el 24 de junio sería promulgada y anunciada la gran reforma agraria de Velasco. Y Ayacucho seguía sublevado. El general Artola ordenó trasladar más sinchis a Huamanga y que enviaran a Lima a los revoltosos capturados por la DSE, para entregarlos a un interrogatorio de los servicios de inteligencia.

En la mañana del sábado, los campesinos de Huanta supieron que la policía había capturado a su abogado. Estaba ausente desde la novecita, cuando se agotaban las refriegas entre policías y estudiantes en el puente de Capillapata, vecino al mercado central huantino, donde rebeldes y comerciantes habían sido bombardeados con gases lacrimógenos. Huanta exigía una revancha. El sábado a las nueve, los campesinos secuestraron al subprefecto. Se lo llevaron a la cumbre del Calvario para canjearlo por su abogado. Tarde. Ya lo tenían en Lima. Durante la noche habían llegado refuerzos de la Guardia Civil. El último telegrama de Huanta, despachado antes de que campesinos y estudiantes cortasen las líneas, anunciaba que la ciudad estaba tomada por los indios, que habían hecho prisionero al subprefecto y que las vidas de todos estaban en peligro. En Huamanga, a dos horas de viaje por carretera, se anunciaba un gran mitin en la Plaza de Armas. Donde la sangre del pueblo

*¡Ay! se derrama,
allí mismito florece
amarillito, flor de retama...*

En la década de los 60, muchas celebridades peruanas habían sido atraídas por la Universidad de Huamanga, a la que llegaban estudiantes de todo el país. A pesar de la protesta, ese domingo había empezado perezosamente. Nadie podía imaginar que faltaban dos días para una reforma agraria verdaderamente radical. Al menos en Ayacucho, el gobierno se ponía de espaldas al pueblo. En el lado de la Catedral se alzaba un estrado. En el centro de la Plaza de Armas se congregaban unos cinco mil huamanguinos. Aún llegaban delegaciones para sumarse a la protesta. El pueblo desfogaba sus furias, pedía que fuese derogado el Decreto 006. Viejos vecinos tomaban el sol en el resto de la plaza, como siempre. En ciertas calles se había

interrumpido el tránsito. No funcionaban ni el teléfono ni el telégrafo con Huanta, donde también debían haberse reunido a protestar. Por los portales se movía la gente con pasos de domingo, sin ganas de ir a ninguna parte. A ratos se sentía un olor a pan acabado de hornear. Cerca de la esquina con la calle Asamblea, hacía rato conversaba un grupo de profesores. Nunca recordarían qué hablaban en ese momento, tampoco la hora exacta. El poeta Marco Martos ni siquiera registraría los gritos de la multitud, el espanto de las detonaciones. El poeta Juan Morillo, que estaba junto a Martos, tardó en entender por qué rodaba la gente y nadie se levantaba. En verdad faltaban diez minutos para las once. Trescientos sinchis entraban al ataque por todas las bocacalles. La iluminación de los disparos desafiaba la fuerza del sol. Hacía un rato, varios campanarios llamaban a misa. Pasaban niñas con velos y misales, caballeros con trajes de casimir, muchachos que iban a la protesta como si fuese un partido de fútbol. De pronto, la muerte. Una mañana de domingo con sol y paseantes, súbitamente interrumpida por la muerte militar, rápida, exacta, organizada. No era mala o feroz, sólo era muerte. Eficiente, numerosa, sin aspavientos. Los sinchis vestían uniformes verdes, tensos, boscosos, que contenían su propia sombra, y eran todos grandes, forzudos, realmente altos, de pómulos duros y mandíbulas gruesas, con cabezas al rape protegidas por cascos de acero. Los consideraban soldados perfectos, preparados para matar con las manos desnudas. Su cuartel antisubversivo de Mazamari había sido organizado por expertos estadounidenses de la Zona del Canal. Cada aspirante a sinchi criaba a un perro durante los seis meses que duraba su preparación. No debían tener más amigo que ese cachorro. Ellos mismos recibían un trato de animales durante el entrenamiento. El día final les ordenaban matar al perro y comerse el corazón crudo. No los educaban para la compasión sino para la guerra como un crimen autorizado. En la plaza, la gente se derrumbaba. Caían como si les cortasen de un tajo la cuerda de la vida. Corrían y se iban de bruces. Se agrupaban en vano, se apiñaban sin escape posible, gritaban y no se escuchaban sus voces. En los portales, los paseantes contemplaban los cuerpos caídos, como si al rato hubieran de levantarse e irse andando. Tenían a los sinchis de espaldas o también habrían muerto. Marco Martos y Juan Morillo corrieron a una casa en la calle de la Asamblea. Ahí se escondieron en un zaguán, mudos, sin creer posible lo que habían visto y que habrían tenido que ver dos veces y aún más para tenerlo por ocurrido.

En la pobre plaza salpicada de sangre, la peor parte había sido para quienes se agrupaban cerca del estrado. Algunos habían sido cazados a balazos en la puerta misma de la Catedral. Nadie se atrevió a contar los muertos. No daba tiempo para quejarse, el maldito gobierno. Detrás de los sinchis entraban camiones a los que iban tirando a muertos y casi muertos.

La gente de Huamanga escapaba por los portales, se refugiaba en las iglesias o se escondía en los grandes patios españoles. Nadie se molestó en perseguir a testigos o sobrevivientes. Muerte numerosa, suficiente, acabada muerte militar. Muerte cinematográfica. Había concluido el combate de un solo lado. No quedaba protesta en pie, sólo estupor y llanto. Los sinchis habían ganado su pequeña guerra dominical. Faltaban dos días para que se anunciara la reforma agraria.

Al mismo tiempo se reunía una muchedumbre de campesinos en las afueras de Huanta. No tenían cómo saber lo que estaba pasando en Huamanga. Cerca de las once, la gente marchó hacia la Plaza de Armas. Por delante iban las mujeres, tomadas de los brazos. Seguían los hombres, de rostros atezados, con chullos y sombreros y ponchos de colores sombríos. La indiada se había armado de huaracas. Seguían los estudiantes, muchos de ellos comuneros, de padres campesinos, de modo que toda la movilización era en realidad una sola protesta. Asustaba el tamaño del gentío, unas cinco mil personas que avanzaban por el Jirón Santillana hacia la plaza central.

Nada peor que una policía con miedo. Se veía rostros vidriosos de guardias que habían puesto ametralladoras en los techos de su comandancia. Las mujeres campesinas sólo querían protestar en la Plaza de Armas. El día anterior habían soltado al subprefecto. Pedían la libertad de su abogado y que se suspendiera el decreto 006. Nadie se adelantó a parlamentar. Nadie. Volaron por el aire latas de gases lacrimógenos y en las estrechuras de Huanta retumbaron las armas de fuego, no disparos aislados sino tandas enteras de ametralladoras con trípode. En medio de un banco de gas volaban cuerpos agujereados, aullaban furiosamente hombres y estudiantes al ver como caían las primeras hileras de mujeres. Lejos de dispersarse, la multitud atacó la comandancia. Por el aire llameaban cocteles molotov. Las huaracas disparaban piedras con precisión de fusiles. Después retumbó la dinamita. Se desmoronó un pedazo de comandancia. La policía escapaba por los techos hacia la Plaza de Armas. Entonces, a las once de la mañana, ya no había donde atender a los heridos, pues las cuarenta y cuatro camas del hospital de Huanta estaban ocupadas. Médicos y enfermeras acomodaban a los heridos en colchones puestos en los pasadizos. Urgentemente se necesitaba sangre, materiales quirúrgicos y cirujanos. Un misionero adventista consiguió comunicarse por radio con Lima y pidió ayuda humanitaria.

*Por cinco esquinas están,
los sinchis entrando están,
van a matar estudiantes
huantinos de corazón,
amarillito, amarillando,
flor de retama...*

Mientras tanto el gentío perseguía a los agentes de Seguridad del Estado, a cuyo jefe habían visto rematar a tiros a un estudiante en plena calzada. Detectives y soplones escaparon de su cuartel tan pronto atacó la multitud. En cuestión de minutos se quemaba el edificio. Los estudiantes hicieron hogueras con expedientes y atestados policiales. La Guardia Civil se había hecho fuerte en derredor de la Plaza de Armas. Tenía tiradores en la torre de la catedral y ametralladoras en los techos de la Municipalidad y en los altos de los establecimientos comerciales. El pueblo atacaba con piedras, explosivos y botellas de combustible. Se apuraba la tarde cuando entraron los sinchis procedentes de Huamanga. Repitieron la matanza. Cuando llegó la noche, la indiada se había refugiado en los cerros.

Los profesores se atrevieron a volver a la Plaza de Armas sólo al mediodía. Marco Martos y Juan Morillo la habían visto cubierta de cuerpos quietos. Sólo quedaba un muerto, al que amigos y parientes cargaban entre aullidos, sin saber dónde llevarlo o a quien quejarse. Ni siquiera lo creían totalmente muerto, pues procuraban sostener en alto su cabeza para aliviar sus sufrimientos. Se paseaban sin rumbo con su pobre cadáver bajo el cielo de domingo. Aún quedaban camiones militares en la plaza. Los sinchis obligaban a los comerciantes a echar agua y detergente sobre las piedras con sangre. Los que cargaban al muerto se dirigieron finalmente a la Prefectura. Ahí les quitaron el cadáver. No querían entregarlo. De nada servía ese pobre cuerpo, pero les pertenecía. Al fin se rindieron, rodeados de sinchis. Los soldados aventaron al muerto a la plataforma de un camión.

A las siete de la noche, la indiada se retiró a los cerros de Huanta. Con ellos escapaban muchos estudiantes. En Huamanga seguía un rastrillo policial. La cifra oficial de muertos dio apenas catorce víctimas en Huanta y diez casos fatales en Huamanga. Según los frentes de defensa, en Huanta pasaban de cien y otros cien faltaban en Huamanga. Nunca se supo cuántos heridos habían llegado a los hospitales ayacuchanos. La noticia tardó un día en salir de Ayacucho. Dos días después, cuando empezaba a conocerse en Lima, el General Velasco anunciaba la reforma agraria más radical de Sudamérica. Había abolido el latifundio que existía desde tiempos coloniales. Las grandes haciendas del país eran intervenidas militarmente. La vieja clase dominante, dueña de la tierra y las exportaciones agrícolas, estaba arruinada. La historia de Ayacucho no llegó a publicarse. Acababa de nacer la organización de Sendero Luminoso. Nadie se enteró.

LA VERDAD, NADIE CREÍA POSIBLE que un gobierno militar pudiese generar una profunda reforma educativa en el Perú. Desde luego, sus autores no vestían uniforme, pero las leyes las daban y las hacían cumplir

generales-ministros, muchos de los cuales no sobresalían precisamente por su cultura e inteligencia. Se trataba en realidad de gentes con limitadísimo lenguaje, que pensaban mejor con abreviaturas y resúmenes y que escuchaban con visible desconfianza a los sabios que ellos mismos habían convocado. A principios de 1969, Velasco definía el espíritu humanista y nacionalista de su gobierno, aunque sin mencionar todavía la posibilidad de una «revolución peruana». Después de la reforma agraria, la conducción militar se refería abiertamente al proceso revolucionario de la Fuerza Armada. Velasco quería transformar la sociedad, fomentando la propiedad autogestionaria y las cooperativas y reforzando el antiguo poder de los ayllus, las comunidades que ya no se llamaban indígenas sino campesinas. Los generales-ministros explicaban por negación qué era el gobierno militar: «ni comunista, ni capitalista». Era y no era socialista. Velasco coincidía con muchas de las posiciones del pequeño Partido Social Progresista, que desde 1956 había reunido a un conjunto de admirables inteligencias inclinadas por una revolución socialista, humanista y democrática. Por él habían pasado el jurista Alberto Ruiz Eldredge, los maestros universitarios Alberto Escobar y Abelardo Oquendo, el sociólogo José Matos Mar, el escritor Sebastián Salazar Bondy, el arquitecto Santiago Agurto, el ingeniero Germán Tito Gutiérrez, el periodista y promotor de arte Francisco Moncloa, por un tiempo el gran novelista José María Arguedas, brevemente el joven Mario Vargas Llosa. Había sido una agrupación pequeña pero influyente, que ejercía tenaz oposición al aristocrático gobierno de Manuel Prado y daba impulso al Instituto de Estudios Peruanos, cuyo objetivo había sido proponer soluciones multidisciplinarias a los problemas del Perú.

Augusto Salazar Bondy, verdadero capitán de la reforma educativa velasquista, tenía un espíritu moldeado por sus maestros de filosofía y motivado por su hermano Sebastián y sus amigos socialprogresistas. Se consideraba discípulo de Alejandro Deustua, filósofo a quién preocupaban la ética y la estética, que había enseñado hasta los noventa años y vivido para cumplir un siglo. En la distante época de Leguía, a Deustua lo habían enviado a estudiar la realidad educativa de Europa. A su regreso, después de cuatro años, el gobierno había contratado educadores alemanes e ingleses para conducir los colegios nacionales. Acaso lo que no había podido rehacer Deustua en la universidad peruana, lo había conseguido Augusto Salazar Bondy, que renovó los estudios filosóficos en San Marcos, en cuyos ancianos claustros había sido un extraordinario estudiante. Formado en Francia y México, también discípulo de José Gaos y amigo y seguidor de Leopoldo Zea, sostenía la existencia de un pensamiento original americano. La elección de un rector independiente en San Marcos y la ayuda económica de la Fundación Ford habían hecho posible la primera reforma introducida por

Augusto Salazar Bondy: la creación de la Facultad de Estudios Generales. En ella se estaban preparando setecientos futuros profesores, de tan alto rendimiento académico que en su mayoría disfrutaban de becas. Por cierto, la presencia de la Fundación Ford había disgustado a muchos. A los comunistas de Unidad, desde luego, y furiosamente a los maoístas. El sector aprista, que podría haber apoyado la reforma, lo condenaba por enemistad directa de su dirigente Luis Alberto Sánchez, que barrió con ella tan pronto pudo volver al rectorado.

Cada época del Perú había tenido su propio modelo educativo. La modernidad de Leguía, la despedida aristocrática de Prado, la restauración capitalista de Odría, la fallida sociedad populista e industrial de Belaunde. La revolución velasquista necesitaba su propia reforma de la educación que sirviese de complemento a las reformas estructurales, a fin de consolidarlas. Sólo la reforma agraria había abierto inmensas necesidades educativas al incorporar a la vida activa del país a tres millones de siervos y yanaconas. Las bases de la reforma educativa se debían a Emilio Barrantes y Leopoldo Chiappo. Después se hizo cargo Augusto Salazar Bondy. En 1970, la población comenzaba a percibir la magnitud de las propuestas. Proponía un país con varias lenguas y culturas, pues para ella tenían el mismo valor las culturas quechua y aimara que la republicana occidental y costeña. Aún más, los idiomas nativos del Perú eran reivindicados por la reforma, siguiendo la influencia de Arguedas y Matos Mar. Denunciaba que la cultura de la pobreza producía países desarticulados que no sabían diferenciarse del mundo en pleno desarrollo, así que la educación debía convertirse en instrumento para la liberación de los pueblos. En ese tiempo parecía que todo era posible, cuando América Latina estaba haciéndose un espacio propio en el mundo. El llamado boom ampliaba las fronteras de la cultura regional. El castrismo proponía un marxismo-leninismo distinto al europeo, duro y frío. La reforma educativa soñaba con un pueblo más libre y voz propia, que mejoraba la calidad de su educación gracias a la participación de la comunidad y la «concientización» influida por Paulo Freire. Los núcleos educativos comunales incorporaban a todos, alumnos, padres, maestros, la comunidad organizada.

Hasta ahí la visión idílica de la reforma. Los opositores populares definían la revolución militar como un proceso de reformas burguesas. Puro corporativismo fascista. Por contraste, la vieja derecha, los hacendados ahora sin tierras, calificaban al gobierno de comunista.

Por cierto, la reforma de Salazar Bondy no podía ser la misma que ejecutaban los generales-ministros. Pese a que el país se había convertido en un importante cliente militar de la Unión Soviética, a la que compraba nuevos blindados, aviones de combate y hasta cañones y cohetes, los militares temían que el comunismo les arrebatase la civilidad. Jugaban con

fósforos y no querían quemar la pradera. En realidad combatían la posibilidad de una sociedad organizada por sí misma. La preferían dependiente de la Fuerza Armada, subalterna, bien disciplinada. Puesto que a la reforma debían dársele contenidos culturales, demandaba el re-entrenamiento de los maestros. La utopía: darles un elevado nivel académico e ideológico. A semejante elite magisterial se le destinaban salarios más altos. De inmediato se habían formado grupos dentro de la reforma, manejados por Vanguardia, los trostkistas y los moscovitas. Los comunistas maoístas la combatían abiertamente. Y los generales-ministros implantaban controles y terminaban por encargar la aplicación al célebre SINAMOS, el Sistema Nacional de Movilización Social, responsable de organizar la sociedad según el estricto modelo militar, con todas sus conexiones policiales y sus asesoramientos de la inteligencia militar.

No podía existir una reforma de la educación implantada a la bruta, en medio de persecuciones, delaciones, despidos y arbitrarios cambios de destino. Pero así lo preferían los generales al mando, que, por cierto, estaban lejos de ser personajes iluminados. El más afable de los ministros de educación, un general que se esforzaba por actuar culta y finamente, tenía graves problemas musicales. Había ordenado despedir a Tchaikowski de la Sinfónica porque «con ese apellido seguramente es un infiltrado». Su secretario replicó que «no aparece en la planilla del ministerio». El ministro no se convenció. Los programas mencionaban un concierto suyo, tenía que habersele escondido. Otra vez preguntó por qué en vez de escuchar una nota del piano, la Sinfónica no seguía la misma nota, aunque dada por una flauta, para afinar los instrumentos. No le gustaba el piano y además su hijita estaba aprendiendo a tocar flauta. Cuando la Sinfónica se quejó de que le faltaba un corno, el ministro contestó: «Entonces no toquen corno. Si no tienen, para qué quieren corno». Otro ministro iba a ser recibido por el Santo Padre, a quien regalaría un volumen finamente empastado en cuero con un texto de la reforma de la educación peruana. El embajador que lo acompañaba había sugerido una dedicatoria. Entonces ocurrió la catástrofe diplomática, pues el ministro dedicó el volumen a Juan XXIII cuando ya era pontífice Paulo VI.

Los maestros, mientras tanto, compartían otras preocupaciones. La mayor de todas era la constante pérdida del valor de sus salarios y la debilidad de las reclamaciones que presentaban a través de la Federación Nacional de Educadores del Perú, FENEP, controlada por moscovitas aliados del gobierno militar. La protesta popular contra el decreto 006 había generado frentes de defensa en Puno y Ayacucho, además de fortalecer posiciones políticas radicales. En 1969, cuando se generaba Sendero Luminoso y Patria Roja buscaba su propio rumbo como partido político, los maoístas ganaban las elecciones del Sindicato Regional de Profesores de Educación Secundaria de

la II Región, que abarcaba Lima, Ancash, Ica y Huancavelica. El SIRPES II, como era mejor conocido, tenía ahora una dirigencia «clasista» (opuesta al «sindicalismo libre» de los apristas) presidida por Arturo Sánchez Vicente. Por cierto se trataba de la base más importante del Sindicato Nacional de Profesores de Educación Secundaria, SINPES, que seguía controlado por la línea moscovita.

1970 había sido escenario de una pugna entre las posiciones del SIRPES II y de otro lado el SINPES y la FENEP. Más allá de diferencias políticas e ideológicas estaba la afligida situación de los maestros, cuyos salarios seguían congelados desde 1966. En realidad habían perdido dos tercios de su valor. Sólo en 1968 la moneda nacional se había devaluado en casi noventa por ciento. En octubre de 1970, a falta de congreso, el gobierno militar presentó a la opinión pública su presupuesto para el bienio 71-72 usando anuncios en los diarios. No habría aumento alguno para los maestros. Sus pobres salarios seguirían estancados sólo Dios sabía hasta cuándo. Desde luego mejoraba la situación de los uniformados. Los militares se aumentan sueldos y bonificaciones. Por prestar servicios en zonas de frontera, los militares incrementaban sus ingresos mientras que los maestros de los mismos lugares ganaban lo mismo. El presupuesto no revelaba los gastos militares para la defensa, que eran secretos y no necesitaban la aprobación de nadie. Quedaban dos caminos: acomodarse o protestar. Los maestros estaban furiosos. Lejos de pedir una corrección en el presupuesto, la FENEP declaró que apoyaba al gobierno revolucionario de la Fuerza Armada y al general Velasco.

A fines de mes se reunieron trece bases del SIRPES II en el más importante de los colegios nacionales, Nuestra Señora de Guadalupe, y acordaron convocar una asamblea masiva de maestros para el último día de octubre. Llegaron a Lima delegados de sindicatos de todos los niveles, con el propósito de unirse. Pasaban de mil en la asamblea que aprobó fundar el Comité Magisterial de Unificación y Lucha, COMUL. Ya que la dirigencia no quería defender los derechos del magisterio, el COMUL se proponía asumir el pleito desde abajo. El 13 de noviembre se produjo la primera marcha del magisterio clasista, desautorizada por la Prefectura de Lima y apenas tolerada por la Guardia de Asalto. Ya existía una confrontación abierta entre el COMUL y la FENEP. En enero del año siguiente, las pisadas provincianas de Horacio Zeballos lo condujeron finalmente a la capital de la república imaginaria. Aún en pleno verano se la veía una ciudad gris, con calles estrechas, impregnadas del hollín de viejos y latosos vehículos. Llamó su atención la cantidad de gente que no tenía nada que hacer, quieta en las esquinas, detenida al filo de las veredas, como si no se atreviesen a cruzar a la otra orilla o estuvieran a la espera de una cita incumplida, con sus propias

vidas, vaya uno a saber si con el pobre país, pues parecía que ahí nadie llegaba nunca a ninguna parte. En movimiento y detenida, tragada por sus propias arenas movedizas, en confusión la ciudad imaginaria: el gobierno militar distribuía etiquetas colmadas de dignidad sin que los nuevos nombres llegasen a cambiar la realidad que querían ocultar. La mitad de la población vivía entre paredes de estera y techos de cualquier cosa, latas, plásticos, paja y barro apelmazado, en sitios sin agua y sin luz que habían pasado a llamarse pueblos jóvenes en vez de barriadas. Las comunidades indígenas habían perdido su connotación autóctona para convertirse en comunidades campesinas. No era Lima una ciudad contestataria, de frecuentes barricadas como Arequipa, sino escenario peligroso de intrigas y perfidias y, a veces, de incontrolables explosiones de violencia pública. Lima prefería acomodarse, estar de acuerdo casi hasta las últimas consecuencias. Horacio Zeballos había llegado como subsecretario del Sindicato de Maestros Primarios de Arequipa, en una delegación que presidía la secretaria general, Elba Oviedo. Aparecían maestros primarios de todo el país para la gran confrontación: unirse o seguir divididos en primarios, secundarios, técnicos y de educación física.

Como un animal de muchas cabezas, el gobierno militar incurría en contradicciones. Tenía un discurso subversivo para convocar al pueblo, un libreto autoritario para la propia Fuerza Armada, una imposible neutralidad en sus relaciones internacionales. Producto de la implantación de otros cuerpos, se movía toda contrahecha la pobre revolución, sin dirigirse realmente a ninguna parte. Cambiaba todo y seguía en el mismo sitio, pues el cumplimiento de las órdenes se diluía finalmente en cierta inacción propiciada por el organismo central, el sistema por el que circulaba la linfa invisible del Poder Oculto, lo que juntaba a las instituciones militares, la conciencia rectora, su instinto represivo, el cerebro planificador, la inteligencia central y sus infinitas ramificaciones. Nada escapaba del control definitivo del Poder Oculto, ni Velasco. El gran ensayo de la revolución para que no hubiese revolución, seguía avanzando. Necesitaba organizaciones populares dependientes. Para su generación existía SINAMOS, que facilitaba sin disimulo el traslado de sus aliados moscovitas. Los maestros clasistas e independientes viajaban con su propio dinero o gracias a las colectas hechas por las bases, los pudientes en destartalados autobuses, otros en la carga de los camiones. Ya en Lima, los pobres acampaban en la sede del congreso, el local amplio y frío de los obreros de Construcción Civil. Otros tenían familiares o amigos en la capital. A ese grupo pertenecía Horacio Zeballos. En su primer paseo por la ciudad, fue a descubrir las residencias del poder. El palacio presidencial, el comienzo de todas las distancias, el kilómetro cero y el final de la república, pues ahí empezaban y concluían los caminos del Perú, estaba asentado sobre el mismo

solar de Pizarro, entre el Rímac y la Plaza de Armas, desde el que se había gobernado el imperio conquistado y después el virreinato. Próspero y macizo, con gruesas rejas ornamentales rematadas con lanzas de bronce, el palacio alzaba sus cuatro plantas detrás de un vasto patio de honor donde montaban guardia los lanceros del regimiento Mariscal Nieto, la caballería moqueguana. Aunque acababa de pasar a retiro, Velasco seguía al mando. Nunca había querido mudarse totalmente al palacio de los presidentes. Lo usaba como oficina y para las recepciones oficiales. Ese año se cumplirían ciento cincuenta años de la independencia proclamada por San Martín. No parecía quedar mucha libertad en la ciudad militarizada. La mitad de los peruanos no sabía leer ni escribir. Dos millones sólo hablaban quechua. Otro millón hablaba mejor quechua que castellano. Sin embargo, ni la constitución ni las leyes habían sido jamás traducidas al quechua. No alcanzaban las escuelas para quienes necesitaban educarse. Sin embargo, el edificio más grande de todo el Perú era su Ministerio de Educación, con veinte pisos que subían más alto que ningún otro edificio de la prudente Lima, ciudad de constantes terremotos. Desde ahí se manipulaba el destino de los maestros, según el humor y las necesidades de los gobernantes. La verdad era que los maestros querían unidad. Tenían solamente un patrón, el Estado. Y para el gobierno no existían los sindicatos de trabajadores estatales. A quienes dependían de las planillas públicas no se les toleraba ese derecho. Así, desunidos, rara vez coincidían los cuatro sindicatos nacionales en pedir simultáneamente la revisión de sueldos y fijar nuevas condiciones de trabajo. Ya estaba visto, además, que por las buenas sería imposible mejorar el trato que recibían. El Estado, por desgracia, era el patrón más descuidado y a la vez más duro e intransigente, cuando no el más deshonesto. De otro lado, era tan poderosa la tendencia a la unidad, que muchas delegaciones ya representaban a sindicatos únicos, como la de Chíncha, donde los maestros estaban unidos desde 1969. El secretario general del SUTE chinchano, el joven Olmedo Auris, advirtió a los clasistas que serían arrollados por una alianza de apristas, democristianos, populistas y comunistas moscovitas. En efecto, perdió el COMUL. Sin embargo, ese mismo mes en Huancayo, el congreso de profesores de secundaria se pronunció por la unidad. En abril se producía una marcha silenciosa de maestros que protestaban contra la reforma educativa. El primer ensayo de paro tuvo lugar a fines de mayo. El Día del Maestro, el 6 de julio, realizaron un mitin que la Prefectura de Lima se obstinó en desautorizar. Al fin llegó agosto, oliendo a insurrección en las escuelas del país. SINAMOS se entrometía en la reforma educativa. No alcanzaban los fondos públicos para descongelar los haberes del magisterio, pero no faltaba dinero para premiar a quienes apoyaban la reforma. Empezaban a cancelar a quienes se oponían. A veces los trasladaban, lo que podía ser peor cuando los maestros eran casados y tenían hijos. El 13 de agosto se reunió la primera convención nacional de dirigentes provinciales, departamentales y regionales de

la FENEP. Esta vez COMUL e independientes llegaban preparados. En nombre de Arequipa se oyó a Horacio Zeballos que preguntaba hasta cuándo iban a ser esclavos de corbata los maestros del Perú. Tenía una voz gruesa, cálida, un discurso que chisporroteaba, con profundas reverberaciones de rebeldía. Pedía justicia y unidad. Al día siguiente, la convención nacional del FENEP aprobó una huelga nacional indefinida de maestros que debía empezar el primero de setiembre de 1971.

La huelga traicionada

(setiembre de 1971)

*...Y el tiempo sigue pasando
mi hermano y no hay pa papear..
(«Maestra Vida»)*

*Amor de Guardia Civil mi prima no quiere tener
porque con bomba, con palo, con pito,
dice no sabe querer..
(Huayno cantado por Luis Abanto Morales)*

YA NADIE SE ACORDABA DEL VERDADERO NOMBRE de Zenobio Barrera, uno de muchos coolíes llegados a Chíncha el siglo pasado para reemplazar a los esclavos negros. Decían que había trabajado para la familia Pardo Barreda, uno de cuyos apellidos adoptó al hacerse cristiano en el Perú. El chino Barrera (no estaba bien llamarse exactamente igual que los patrones) jamás había culpado a nadie de su propia desgracia, pues sólo él había decidido viajar a tierras americanas y nadie más podía ser responsable de que hubiese pasado parte de su existencia en lamentable servidumbre. Aunque había trabajado varias campañas en los campos de algodón, se creía que después había servido en la cocina del hacendado, adquiriendo celebridad como autor de memorables banquetes. Posiblemente tardó veinte años en mudarse al puerto de Pisco, después de cumplir su contrato y recobrar la libertad. Para entonces se había casado con una chinchana de apellido Magallanes, chola aunque pariente de otros Magallanes de ancestro africano. Cuando la división chilena de Lynch desembarcó en Pisco e inició su marcha por la costa peruana para atacar Lima en 1881, los chinos abandonaron en masa las haciendas, poniéndose al servicio de la invasión. Los peruanos debían tener la conciencia sucia, con todos los sufrimientos y abusos que habían impuesto a los pobres chinos, pues Lima se horrorizó al saber que

Lynch había organizado un batallón de chinos para que entrase por delante a las batallas. No era verdad. Lynch, que había intervenido en la Guerra del Opio como oficial de la armada británica, hablaba bastante cantonés y mucho mandarín y se llevaba bien con los chinos. Conforme los iba liberando, los chinos se ponían bajo su protección. Preferían alejarse de las haciendas así que viajaban con el ejército chileno, a veces cargando la impedimenta y consiguiendo información. Según ciertos datos, Zenobio Barrera podría haber sido cocinero personal de Lynch. Pura habladuría. Sin embargo, gracias a la invasión, Zenobio Barrera pudo llegar al valle de Casma, al norte de Lima, donde ya se habían establecido algunos de los chinos más ricos del país.

Casma, un valle de algodón y frutales, había servido de refugio a los chinos que terminaban sus contratos con las grandes haciendas azucareras de Supe, Barranca y Pativilca, en dirección de Lima; y de Nepeña, Santa y Pacasmayo, rumbo al norte. A comienzos de siglo, casi todo el valle había sido comprado por agricultores chinos. Preferían alejarse de las ciudades y se sentían protegidos en sus tierras. Pero los fines de semana se daban encuentro en el barrio chino de Casma, donde existía un estable-cimiento, el «Hung», en el que timbeaban toda la noche. Según casmeños que lo sabían todo, detrás del «Hung» existía un fumadero de opio. Por cierto, no faltaba un cementerio chino, cuyas ruinas podrían verse muchos años después, adormecidas por el caluroso viento del desierto. Por ahí, más tarde, serían restauradas las ruinas de Sechín, una ciudadela de tiempos remotos. Eran las mismas que había ayudado a preservar un propietario chino llamado Se-Ching. Nombres que se creían casmeños, Konkán, Tabún, el cerro de arena Manchán, eran en verdad toponimias chinas. Hop On Long, Chang Long, Whu y Escudero Whu, Kong Fat Long, Si Ley Chau, Hop Fung, Win Hop, Wing On Chong, Cheng Hop, Pow Lung, eran algunas de las empresas que se habían establecido en los valles del norte. Pero los chinos de Casma se aletargaron. Era difícil no caer en la tentación de la pereza en un sitio de sol perpetuo, donde hasta las abejas hacían la siesta. No llegaron a engancharse a la locomotora del progreso y fueron vendiendo de a pocos sus tierras. Era una vida fácil y quieta para los chinos casmeños. Por suerte, Zenobio Barrera Magallanes, hijo mayor del chino Barrera, había preferido trabajar en el puerto de Casma como lancharo y estibador. Muerto el viejo, el primogénito pasó a ser conocido como el auténtico Chino Zenobio. Cuando no estaba en el muelle, se dedicaba a la agricultura. Criaba galgos y todos los meses salía a cazar en las Lomas de Casma, un paraíso andino que por suerte pocos conocían y aún menos frecuentaban, donde existían tarucas, osos de anteojos, vizcachas y perdices. Pero el Chino Zenobio adquirió verdadera celebridad en Casma porque había aprendido de su padre los secretos de la cocina. En verdad pocos podían imitarlo, pues el Chino Zenobio sólo cocinaba lo que él mismo cazaba o

pescaba, lo que criaba en sus corrales o cosechaba en sus chacras. Mientras preparaba los alimentos, contaba historias de cada plato, memorias de caza, cuentos que había escuchado de niño. Casó con una casmeña y tuvo cinco hijos, al mayor de los cuales llamó Zenobio. A la muerte de su consorte tomó otras mujeres y tuvo trece hijos más.

Así como el chino había tomado el nombre de los Barreda, los negros Bazán también se habían prestado el apellido del rico cajamarquino que los compró a los traficantes de Lambayeque. Sólo Dios sabía cuántas generaciones se habían sucedido en Cajamarca. El primero en cambiar de residencia había sido don Felipe Bazán, un negro de fuerza prodigiosa que se estableció en Virú y después en el valle del Santa, donde ascendió a capataz pues manejaba las haciendas apenas con la mirada. Se decía que Felipe Bazán había tenido cuarenta hijos, desde luego en muchas mujeres, la última de las cuales había sido una serrana de Wari, una de cuyas hijas casó con el más joven de los Zenobios, que a su vez le dio diez hijos, el cuarto de los cuales se llamó César Barrera Bazán.

A LOS DIECISEIS AÑOS DE EDAD CÉSAR BARRERA HABÍA intervenido en competencias interprovinciales de ciclismo. Tenía una máquina italiana comprada como una ganga en Chimbote, con la que volaba por el asfalto de la carretera Panamericana. Era demasiado joven y esmirriado para ciertas competencias, pero se enfermaron tres de los integrantes del equipo ancashino y fue llamado a participar en una prueba agotadora, de Lima a Chimbote, otra vez a Lima, después a Ica y finalmente a Lima, casi mil seiscientos kilómetros en total. Partieron trescientos. La mitad volvió de Chimbote. Sólo cien llegaron a Ica. En lo peor de los desiertos se decía Barrera que debía estar loco, pedaleando a ninguna parte, sancochado por el sol. Ica le pareció un paraíso. En medio de nada aparecía un valle verde y una ciudad con árboles frondosos. Antes de emprender la etapa final se dijo que volvería a Ica, pues tenía universidad. Por el momento tenía que acabar la competencia. Noventa partieron hacia Lima bajo un sol rojo que cocinaba las dunas. Llegaron sesenta. César Barrera lo hizo en el vigésimo quinto lugar.

Por cierto, volvió a Ica. Antes de que hubiese universidad había sido una ciudad conservadora. Tenía tantas iglesias como Ayacucho y estaba rodeada de haciendas de uva y algodón. Pero la universidad hizo que toda la región diese un salto al futuro. El año anterior, los estudiantes comunistas habían ganado las elecciones de la Federación Universitaria. El APRA había recobrado su control en 1965. Cuando llegó Barrera, la federación estaba al mando un estudiante de medicina talareño. Eran tiempos difíciles para la izquierda, pues llegaba a lo peor el pleito de prosoviéticos y maoístas. Barrera

se alineaba con los jóvenes radicales. Se hizo amigo de un moreno de ojos verdes que fumaba un cigarrillo tras otro. Se llamaba Carlos Salazar Pasache y venía de Cerro Azul, donde eran famosos los Magallanes, forzosos parientes del abuelo Zenobio. También conoció a Olmedo Auris, otro estudiante de la Facultad de Educación. Era chinchano, Auris, del departamento de Ica. A diario se veían, pues los unía la amistad, no sólo la ideología. No todos estaban en la Facultad de Educación, como Víctor Manzur, que estudiaba Ciencias Económicas. Otros, más avanzados, causaban admiración con su habilidad para las confrontaciones políticas universitarias. En esa categoría colocaba Barrera a Aníbal Rebaza, que también estudiaba para maestro. En fin, Ica era residencia temporal de Alberto Moreno, trabajador de la Casa Ferreyros, uno de los dirigentes de la juventud comunista maoísta. En 1965, el Partido Comunista de Saturnino Paredes se había opuesto a participar en la guerrilla. Aún más, negaba toda forma de ayuda a la facción de jóvenes que insistía en emprender la lucha armada. Así había precipitado el alejamiento de la juventud comunista maoísta, que alcanzó ciertos niveles de entendimiento con el MIR y la otra juventud que tampoco quería dar la espalda a los camaradas que se alzaban en armas, la prosoviética.

A los veinticuatro años de edad, Barrera dividía su tiempo entre los estudios, la política y el ciclismo. Cinco años después de llegar a Ica estaba en la víspera de su graduación. Tenía un sitio ganado en la delegación peruana que asistiría a los Juegos Panamericanos de Maracaibo. Se fue de Ica para entrenar todo mayo de 1970 en Casma. El calor norteño se parecía al venezolano. El último día del mes debía regresar a Lima, para viajar a Venezuela con el uniforme deportivo nacional. No parecía un día inolvidable. César Barrera pedaleó 137 kilómetros por el tramo de la carretera al que decían «cuesta a cuesta», de Tortugas a Gritalobos, donde al atardecer se escuchaba un concierto de aullidos de los lobos de mar en las islas vecinas. Le gustaba el olor de los desiertos, la brasa del mediodía calentando el aire que respiraba. De vuelta en casa se había dado un largo baño de agua fría y había almorzado con amigos. Vieron el primer partido del Campeonato Mundial de Fútbol transmitido en directo, México contra Rusia, jugado en el Estadio Azteca. Después Barrera se retiró a descansar. Repasaba los diarios dominicales cuando empezó a sacudirse el mundo. En Casma, al pie de la cordillera, iba a ser el peor de los terremotos. Desde los abismos del planeta se liberaba una energía capaz de desordenar el amontonamiento andino. Las leyes de la naturaleza quedaban en suspenso mientras durase el cataclismo. El suelo saltaba, ondulaba, se rajaba en infinidad de grietas. Las más sólidas paredes se bombeaban y abrían en las esquinas. Grado cinco, grado seis. El agua del subsuelo brotaba en chorros turbios. Diez segundos. Se desmoronó una de las torres de la catedral. En Chimbote, a setenta

kilómetros, la tierra se tragaba a quienes salían corriendo de sus casas. Veinte segundos. Dejaba de ser plano el horizonte. Casma se movía como un barco atrapado por una marejada. Crujían columnas, vigas, tronaba por dentro el mundo en destrucción. Monstruoso grado siete. Se partió en dos la cáscara de hielo perpetuo en la cumbre del Huascarán, el pico más alto de los Andes peruanos. Quinientos millones de toneladas de agua azul y rocas bajaron hacia la ciudad de Yungay. Treinta segundos. Terminaba de caer la catedral que había resistido veintisiete terremotos y más de dos mil grandes temblores desde su construcción española. Cuarenta segundos. Volvía a encrespase el terremoto, como si recién empezara a devastar la región. La vibración pulverizaba vidrios, tumbaba viejas fincas en Lima. Era tan fuerte el cataclismo que en Cañete, a quinientos kilómetros de distancia, la gente se arrodillaba a rezar en los parques. Cincuenta segundos. Un helado huracán de muerte precedía la avalancha más grande de la historia, una masa de lodo de cuarenta metros de altura que bajaba a cuatrocientos kilómetros por hora hacia Yungay. Sesenta segundos. La tercera remecida concluyó de tumbar lo que quedaba de Casma. Quinientos muertos en Chimbote. Setenta segundos. El alud cubrió Yungay y siguió extendiéndose por las tierras bajas. Sólo las palmeras de la Plaza de Armas sobresalían por encima de una inmensa capa de lodo y piedras que aplastaba la ciudad de sesenta mil habitantes. Sesenta mil desaparecidos, ahora. Sólo treinta sobrevivientes apiñados en una colina. Veinte pueblos pequeños arrasados más abajo. Terminó de caerse la ciudad de Casma. Quinientos muertos. En Chimbote y alrededores, mil muertos y dos mil desaparecidos. Si se pegaba una oreja al barro de Yungay, todavía se escuchaba voces de gente atrapada y sin salvación posible.

La casa de Barrera estaba arruinada, pero no se había desmoronado el techo. Cuando al fin se sosegó el universo, pudo ver a su mamá y a una sobrina demacrada por el terror. Salieron todos a la calle. Casma había desaparecido. Gritó pensando en toda su gente, en lo que había sido su vida, irrepensible, ahora irrecuperable. Hasta el paisaje había sido borrado. Se tambaleó hacia un horizonte de escombros, extraviado por la falta de referencias. Lo único que quedaba en pie eran los ficus ahora solitarios en la pobre Plaza de Armas.

Ya nunca más volvió a intervenir Barrera en competencias de ciclismo y sólo al dirigirse al sur y ver Lima intacta y la ciudad de Ica sin una grieta, con su Plaza de Armas completa, sintió que no todo su pasado se había hundido en la desgracia. En octubre de 1970 recibió su título de profesor de Lengua y Literatura y viajó a Lima, a solicitar empleo al gran patrón del magisterio: el Ministerio de Educación.

Sin padrinos no era fácil conseguir plaza de maestro de secundaria. Lo hacían regresar todos los días y nada. En pleno verano de 1971, encontró

en el ministerio a un profesor que volvía de un congreso en Huancayo. Los maestros de secundaria habían aprobado unirse con el sindicato de primaria. Vencía la posición clasista.

Antes de que empezaran las clases, Barrera se reunió con antiguos compañeros y conocidos de Ica. Uno de ellos era secretario del sindicato de secundaria en la Gran Unidad Escolar Pedro A. Labarthe y consiguió que lo contrataran por horas. Al fin tenía un pupitre y tiempo para enseñar. No sospechaba que la tranquila profesión de maestro iba a conducirlo a una existencia llena de turbulencia y sorpresas.

DECÍAN QUE FRED GREENE HABÍA TIRADO la primera bomba atómica sobre Hiroshima y que se había hecho cura en arrepentimiento por sus pecados. Por cierto había sido piloto durante la segunda guerra mundial, aunque sólo había volado aviones de abastecimiento. Sin haber aniquilado ciudades enemigas, volvió a casa confuso y dolorido. Encontró consuelo en la religión católica y entró a la Compañía de Jesús. Años más tarde apareció en Tacna, para fundar un colegio parroquial. El padre Greene, jesuita, pasó a ser un personaje bastante popular en esa ciudad en la que prevalecían los italianos. Unos años antes habían llegado los Hermanos Maristas, que dirigían el colegio Marcelino Champagnat. La escuelita de Cristo Rey, del padre Greene, no podía ser considerada como un plantel privado. Sus alumnos eran niños pobres, de padres obreros o desempleados. Por un convenio con el Ministerio de Educación, el Estado pagaba a sus maestros. Los salarios estaban congelados desde 1966. Ciudad de frontera, con una importante guarnición militar, en 1971 trascendió que la Fuerza Armada se había dado a sí misma generosos aumentos de sueldos. Para los maestros, nada. Ni siquiera una promesa. Se había limitado el gobierno militar a decir que no alcanzaba el dinero. Fin de la discusión. En todo el país crecía el descontento magisterial. El 13 de agosto de ese año, el padre Greene perdió la paciencia. Ya se hablaba de la huelga. Greene decidió escribir una carta abierta al general Velasco. Los diecinueve maestros de la escuela Cristo Rey también firmaron.

«Sin duda usted ha escuchado con frecuencia los reclamos de nuestros colegas en el magisterio: piden aumento. Y es justo, porque ganan un sueldo de hambre. Claro, ellos comprenden que no hay mucho dinero. Siempre suele pasar eso cuando un país inicia un proceso revolucionario profundo que cambia muchas de las estructuras económicas tradicionales. Los reaccionarios resisten, muchos no colaboran, la producción baja.

«Pero la Revolución tiene que seguir, cueste lo que cueste, para que haya un Perú más justo, para que haya una distribución más equitativa de los

bienes materiales, para que todos tengan la oportunidad de vivir con dignidad humana. Creo que la gran mayoría de los maestros en el Perú apoyamos estas metas de la Revolución.

«Una revolución requiere sacrificios. Pero somos débiles, los sacrificios nos cuestan. Tenemos que ser motivados, inspirados por líderes cristianos que hayan aceptado el reto de Cristo: *el que quiera ser grande entre ustedes, debe servir a los demás... el que quiera ser el primero, debe ser el siervo de todos.*

«Hemos puesto gran esperanza en esta Revolución. Por favor, no nos fallen. ¡Inspírennos! Ya han escandalizado a muchos con sus buenos sueldos y privilegios. Pero no es tarde para cambiar eso. Ustedes dicen que no pueden aumentar los sueldos de nuestros colegas. Entonces deben estar dispuestos a aceptar la misma suerte. Que el alférez deje de ganar más de 10,000 soles (seis mil de básico y otros beneficios) y acepte los 4,000 soles del maestro. Entonces, le aseguramos señor presidente, nuestros colegas aceptarán su suerte. No reclamarán más y aún se sacrificarán más. Esto es lo que necesita el Perú: solidaridad en el sacrificio. No se construye nada que valga la pena sino a base de sacrificios.

«¿Cree usted que somos muy exigentes? No nos parece. En China Roja también hay una revolución donde los militares tienen un papel muy importante. Sin embargo, los generales chinos ganan seis mil soles al mes. Y hace dos años aceptaron una rebaja sin quejarse. Ellos son paganos que propugnan una filosofía materialista. Y nosotros, «¿debemos exigir menos a nuestros generales cristianos?»

La primera convención nacional de dirigentes de la FENEP había acordado la huelga nacional indefinida a partir del primero de setiembre. Un aire de revuelta se propagaba por el magisterio. La carta del padre Greene había enfurecido a los jefes del ejército. En verdad se habían dado grandes aumentos a partir de 1971, precisamente cuando Velasco pasaba a la situación de retiro. Por acuerdo excepcional de los generales de división, Velasco seguiría al mando. Siempre. Era el jefe vitalicio de una revolución sin plazo fijo. Semejante decisión coincidía con los aumentos exclusivamente para militares. Una por otra. El padre Greene no sólo atacaba el flanco más sensible del velasquismo. Su carta se reproducía y repartía en todo el país gracias a una rara coalición de católicos y apristas. En Tacna, un prefecto de malas pulgas amenazó al jesuita con meterlo preso. De inmediato le dio respaldo la Federación de Educadores de Tacna, presidida por Gróver Pango, profesor del colegio Bolognesi. Cinco días antes de la huelga nacional, salió una multitud de padres de familia, alumnos y maestros que cantaba el Himno Nacional por las calles principales. La marcha concluía frente al principal periódico tacneño, donde Pango habló a la multitud. A la hora en que se

dispersaban, atacó la Guardia Civil. Metió presos a dos hermanos maristas. Tacna enfureció y el señor prefecto tuvo que soltarlos al cabo de una hora.

AMOISÉS MARROQUÍN LE DECÍAN GATO y un gato parecía con sus raros ojos fosforescentes y verdes y esa expresión suya de estar cazando ratones entre los alumnos distraídos. Había egresado de la Universidad de San Agustín en 1966. Al año siguiente empezaba a trabajar en el centro base Carlos W. Sutton, en La Joya. El padre del Gato Marroquín, zapatero de acendrado civismo, había llegado a ser presidente de la influyente Sociedad de Arte-sanos de la provincia de La Unión. La hermana mayor del Gato Marroquín era maestra titulada. El sexto de diez hermanos, había decidido seguir sus pasos.

El colegio donde enseñaba el Gato Marroquín llevaba el nombre de un ingeniero estadounidense que había proyectado irrigaciones en casi todos los valles de la desértica costa peruana. Sutton era un gringo que soñaba con una inmensa costa tropical, siempre verde a fuerza de extraerle agua a la cordillera o desviando ríos de sus cursos naturales. Como los geólogos y buscadores de minas, había sido un personaje metódico, hecho para la soledad, a quien nada parecía imposible. En verdad, el país habría cuadruplicado sus áreas cultivadas de haberse emprendido todas las irrigaciones recomendadas por Sutton. Una de ellas había sido La Joya, en Arequipa. Pusieron su nombre al colegio local. Ahí llegó el Gato Marroquín unos meses después de congelada la Ley 15215. Pronto se dio a conocer por su sentido práctico de la vida. Otros se las daban de soñadores. Marroquín era como los gatos: realista y atrevido, de alma aventurera.

En el Sutton lo arrinconaron. En la universidad había pertenecido al FER. Tenía puesta la etiqueta de comunista. En el sindicato del colegio mandaban apristas. Los demócrata-cristianos después. Nadie más importante que el profesor Salinas, que reunía todo el poder como director y secretario general del sindicato de profesores de secundaria. Cuando apareció el Gato Marroquín y se supo su pasado en el FER, el director Salinas lo mandó a sentar al otro extremo de la mesa. Sin embargo, pronto empezó a recoger las voces del descontento. El director y los profesores apristas se habían adueñado de los dormitorios en el colegio. El resto tenía que buscárselas. Todo 1967 se había enfrentado el Gato Marroquín al profesor Salinas. Al año siguiente lo eligieron secretario general del sindicato de La Joya y delegado al Sindicato de Educación Secundaria de Arequipa, conocido como SIRPES-A, y también delegado al SIRPES IV, que abarcaba Arequipa, Moquegua y Tacna.

En agosto de 1971, el Gato Marroquín no sólo era partidario de la

huelga sino de realizar demostraciones públicas de protesta. «¿Qué sacaban quedándose con los brazos cruzados, lejos de la atención pública? El gobierno militar haría todo lo posible por ocultar la paralización del magisterio. A través de SINAMOS alentaba la formación de su propio sindicato de maestros. Ya entonces habían empezado a usar la reforma educativa para que los maestros se sumaran al orden militarista. No bastaba detener los colegios en setiembre, a tres meses de los exámenes finales. Era preciso llevar la noticia de la huelga a todos los peruanos. Tenían que liquidar, además, el miedo nacional a Velasco, cuyos ojos bastaban para fulminar a los rebeldes desde la televisión y las primeras planas de los diarios, pues eran tan fuertes que intimidaban por fotografía. Había llegado la hora de desafiar al caudillo y a todo su ejército. Era necesario notificar que el pueblo perdía la paciencia. En las penumbrosas reuniones en las que se preparaba la confrontación con la dictadura, el Gato Marroquín descubrió la simpatía de Horacio Zeballos, subsecretario del Sindicato de Maestros Primarios de Arequipa, que varias veces había actuado como secretario general pues Elba Oviedo, la titular, viajaba a Lima para las coordinaciones con el Comando Nacional de Huelga. La verdad, Horacio Zeballos quería una protesta con todos los que participaban en la educación, padres de familia y alumnos mayores además de los maestros, pues todos debían sentirse afectados por el abandono material de una educación cambiada y olvidada por cada nuevo gobierno. Los militares iban a cumplir tres años al mando. Querían una reforma gratis. Los salarios del magisterio seguían estancados y cada año se destinaba menos dinero al presupuesto nacional de educación. Por el contrario, los gastos del ejército subían como un cohete. En fin, la víspera de su primera gran huelga nacional indefinida, los maestros del sur acordaron emprender toda clase de demostraciones públicas contra la dictadura.

EXISTÍA TAL ESPÍRITU DE HUELGA EN CAÑETE, que a modo de entrenamiento se había producido un paro previo de veinticuatro horas. Debía considerarse una novatada, pues de inmediato la policía salió a rastrear a los culpables. No tendrían que buscar a muchos. Si en otras partes existían cuatro sindicatos, en Cañete se habían unido desde el 19 de diciembre del año anterior. Sin embargo, la población protegía a sus maestros. Tan pronto asomaban las camionetas rurales de la DSE, la temida Seguridad del Estado, corría la voz y el vecindario los ocultaba. Cada vez que agentes de inteligencia militar se acercaban a los colegios, eran despistados por los alumnos. A pesar de constantes rastrillos, ni un dirigente había caído preso.

En todo el país la policía daba muestras de inquietud. En Iquitos, Cusco y Huancayo la DSE interrogaba a los revoltosos. En Lima, en los

últimos días de agosto se ocultó a medias el Comando Nacional de la Huelga por temor a una redada. Julio Pedro Armacanqui Flores, a quien los maestros de secundaria habían elegido secretario general en el congreso de Huancayo, también desempeñaba la secretaría general de la FENEP. Favorecía la unidad de los cuatro niveles de sindicatos. El secretario general de los maestros primarios, Daniel Vásquez Ruiz, moyobambino, había intentado oponerse a la huelga nacional indefinida. Arequipa y el SIRPES IV se hacían representar en el Comando de la Huelga por el profesor Arnaldo Paredes. Por Puno participaba el profesor Hugo Lipa Quina. El SIRPES II estaba liderado por Arturo Sánchez Vicente. Los maestros que entraban y salían del local del magisterio, en el 1093 del Jirón Lampa, en el viejo centro de Lima, avisaban que Seguridad del Estado se movía por el barrio. Pese a todo, los mensajes sobre la huelga seguían viajando bajo las narices de la policía.

Por fin amaneció el primero de setiembre. Pronto empezaría la primavera austral. En los colegios daban la penúltima nota de bimestre. Para muchos escolares la suerte estaba echada. El pobre uniforme único apenas abrigaba sus cuerpos ateridos por la extrema humedad limeña. La mitad salía de sus casas sin desayuno. Del resto, la mayoría sólo tomaba una taza de té o avena con agua y a veces un pan. Debían caminar arenales y pedregosos callejones en la ciudad de los pobres, hasta latosos paraderos donde los choferes de autobuses los miraban fastidiados, pues pagaban tarifa rebajada. Nada tenían, como no fuese la posibilidad de una educación superior para cambiar sus vidas. A las siete de la mañana del primero de setiembre de 1971, casi cinco millones de escolares se dirigieron a sus planteles en todo el país. Los maestros habían avisado que no habría clases. Cada quien tenía que explicar a sus alumnos por qué se unía a la huelga. En realidad era un movimiento que contaba con la aprobación de los niños y sus padres. Pero el gobierno revolucionario había asegurado por la cadena nacional de radio y televisión que las clases no serían interrumpidas. El ministro del ramo había dicho que la porción de maestros huelguistas era «ínfima». La Fuerza Armada garantizaba la paz pública.

En las grandes unidades escolares de Lima no se dictaron clases, aunque algunos centros de primaria siguieron trabajando. En Cañete, los muchachos jugaban fútbol en los patios de sus colegios. No había clases en Imperial. Cerro Azul, lo mismo. Huacho, detenido. Del resto del país llegaban confusas noticias. En las ciudades de la selva se acataba la huelga. Mostraban indecisión en el valle del Mantaro y en el callejón de Huaylas. De Camaná al sur, la huelga de los maestros era total.

En el primer día de huelga, los maestros salieron a marchar por las calles de Arequipa. Los viejos habían autorizado la manifestación siempre y cuando se mostrara el decoro propio del magisterio, así que las

maestras vistieron de domingo, con sus mejores ropas, sus tacones altos y sus carteras, y los maestros como para una fiesta, no para protestar sobre insurrectos adoquines. El decoro permitía pasear ordenadamente, de rato en rato gritando a favor de la huelga. Los viejos habían advertido: «Nada de política». En primera fila, Horacio Zeballos se decía que todo era política en la vida, a veces hasta el amor. Parecían seres de otro tiempo, exhumados para una procesión antigua, tiesos y encorbatados, modosos para caminar, anunciando su propia huelga y la justicia que los asistía. Por cierto, la gente demostraba simpatía. Muchos se habían unido a los maestros en su paseo por la ciudad. De forzoso asueto, los escolares se amontonaban en las veredas para aplaudir su paso. Al rato se dejaron ver hoscas patrullas de la Guardia de Asalto emboscándose en las calles principales y en la Plaza de Armas, pues toda manifestación pública de protesta estaba prohibida. Salían tarde. La marcha de los maestros había concluido.

En Arequipa se olía el peligro como un vaho más pesado que el aire. Flotaba una sensación de electricidad extraviada. El peligro en Arequipa era una calidad de la luz, una profundidad del silencio, un estado de ánimo, unas raras ganas de vivir. La defensa de sus derechos y la causa de la justicia conferían a sus habitantes una animosa actitud cercana a la alegría. El primero de setiembre de 1971 los maestros habían encendido la mecha. Al otro día la ciudad amaneció con voluntad de protesta. A media mañana los universitarios se instalaban en la Plaza de Armas a esperar a los maestros. Como en 1950, cuando el pueblo había levantado barricadas contra otra dictadura militar, los escolares se unían a la lucha. Ese día marchaba Elba Oviedo en vez de Horacio Zeballos. Rara vez salían juntos para evitar a la policía. A mediodía se oyó el coro callejero de maestros acercándose al centro de la ciudad. La multitud aplaudía en las veredas. Como la víspera, pasaban los maestros mayores, las maestras de domingo. Atrás venían los jóvenes, con el Gato Marroquín por delante, de cuello y corbata siempre pero con revoltosa actitud. La víspera, en La Joya, se había formado el Frente de Defensa del Magisterio, al que se sumaban rápidamente obreros y artesanos. Los sindicatos de primarios y secundarios quedaban unidos bajo una sola directiva en el Frente de Defensa. El profesor Alarcón, de secundaria, era secretario general; el Gato Marroquín, de primaria, subsecretario. No tardó el gentío en comprender que los maestros jóvenes querían llevar más lejos su protesta. Alguien gritó muera la dictadura, abajo Velasco, y al rato la mitad de Arequipa profería gritos contra el gobierno.

Las noticias del sur alentaban a los divididos maestros de Lima. Se formó un sindicato único en Canta. El COMUL se echaba a funcionar en la región de la selva. En otras partes los maestros exigían unidad. Mientras tanto, la huelga se extendía peligrosamente. Los maestros de secundaria estaban

decididos a no ceder sin que el gobierno reconociera la vigencia de la Ley 15215. Los de primaria vacilaban, influidos por la dirigencia prosoviética. En Lima, los maestros de secundaria intentaban asistir a las asambleas de primaria. El primer día fueron expulsados. Al otro día los dejaron pasar como espectadores. César Barrera protestó. ¿A quién le importaba si enseñaba primaria o secundaria? Todos eran maestros. Tenían idénticos problemas. Al cuarto día dejaron que hablara un minuto. Al sexto, había sido uno de los oradores principales en el patio del Colegio Lima. A la semana, los maestros habían decidido realizar asambleas unitarias. Al décimo día, votaban a favor de continuar la huelga y constituir un sindicato único. En el patio del Colegio Lima se reunían los maestros de los sectores más populosos de la ciudad. Otras asambleas también se inclinaban por la unidad. La posición de los moscovitas en la FENEP era insostenible. El Partido Comunista Unidad no podía desafinar con la política internacional de la Unión Soviética. El Perú de Velasco había dejado de ser aliado incondicional de Estados Unidos para afincarse entre los 77 países No Alineados. Al mismo tiempo establecía relaciones comerciales y diplomáticas con Moscú, que veía abrirse las puertas de un continente que le había dado la espalda hasta Fidel Castro y Allende. A su vez, Moscú extendía un crédito ilimitado para renovar el equipamiento militar peruano. Pilotos e ingenieros nacionales se entrenaban en las fábricas soviéticas de aviones y tanques. Parte del paquete, los moscovitas debían ayudar política-mente a los militares de Velasco. Pero los habían desbordado. En vez de decaer, la huelga de los maestros crecía cada vez más. Los habían dejado gritar por las calles, discursar en las plazuelas, moverse por el país sin perseguirlos. Y para qué. Para desestabilizar al General Velasco y su gobierno revolucionario.

EL 11 DE SETIEMBRE, EL GOBIERNO MILITAR pasó a la ofensiva. Miles de policías salieron a capturar a los cabecillas de la huelga. Cayó Pedro Julio Armacanqui. Ausente a la fuerza el secretario, asumió el mando el subsecretario Vásquez Ruiz. Salió a la televisión con otros dirigentes moscovitas a decir que la huelga estaba suspendida. Se había torcido el propósito de la protesta magisterial. Al día siguiente todos volverían a clases. El gobierno ofrecía revisar algunas de las demandas planteadas.

Una tumultuosa asamblea se reunió en la calle Lampa. No habían consultado a nadie para levantar la huelga. Era una estafa, una traición. Con Armacanqui preso, Vásquez Ruiz se apropiaba de la FENEP. Bajo lámparas de luz amarilla, los maestros aprobaron la designación de un Comité de Lucha capitaneado por Arturo Sánchez Vicente, el hombre del COMUL y del SIRPES II. El delegado de Arequipa, Arnaldo Paredes, transmitió la

decisión de los maestros sureños de continuar la huelga hasta sus últimas consecuencias. Hugo Lipa Quina y Ulises Riva Oyarce se sumaron al Comité de Lucha. A mitad de los discursos cayó la policía.

Esta vez entraban todos, guardias de asalto, Seguridad del Estado, la soplonería de Asuntos Sociales, misteriosos militares. Habían rodeado la manzana y subido a los techos para controlar patio y escapes por las viejas fincas del vecindario. Hubo pugilatos, balazos al aire, gritos de furia.

—¿Qué pasó? —llegaba César Barrera al jirón Lampa.

—¡Se llevan al Comité de Lucha!

—¿Quiénes quedan?

—Nadie.

—De nuevo hay que reunirse. Llamen a asamblea general.

Se llevaban a Sánchez Vicente, a Lipa Quina, a Riva Oyarce. Hasta el poco conocido arequipeño Arnaldo Paredes había sido capturado en medio del desorden.

Una hora después estaba reconstruido el Comité de Lucha. Un grupo escribía un mensaje al país. Otros prestaban juramento para dirigir la huelga. Barrera despachaba mensajeros con instrucciones para las bases. La policía había olvidado llevarse el mimeógrafo de la FENEP que ahora traqueteaba botando volantes para confirmar la huelga. Entonces reapareció Seguridad del Estado. Nuevamente habían cercado la manzana.

Barrera comprendió que no todos eran maestros en esa multitud. Imposible escapar. Terminaron por entregarse con las manos en la nuca, vergonzosamente. Los hicieron alinearse en varias filas. Conforme salían, eran identificados por los soplones. Con voz monótona calificaban a los maestros. Usted, suba. Usted, váyase. Indecisos, a ratos preguntaban quién era el maestro. A Barrera no lo conocían.

—¿Nombre?

—Maestro de base —fingió Barrera cierta mansedumbre—. Estaba mirando, nomás. Ni siquiera soy dirigente de mi sector, ni activista, nada. Tengo que ir a dormir a mi casa...

—¡Documentos!

Sacaba su libreta electoral y su carnet de maestro cuando un policía bien protegido por un gabán azul se echó a reír.

—¡Cómo estás, Barrera... qué gusto verte!

Era el mayor Fernando Reyes Roca, de Asuntos Sociales. Tenía una mirada fotográfica y un registro cerebral francamente superior a los archivos del ministerio.

—¡Otra vez te encuentro! —siguió el mayor. Le decían el Chato Reyes. Tenía la obsesión de la limpieza. Su camisa irradiaba blancura. No tenía una arruga en las ropas. Debía cambiarse varias veces al día.

—Cómo está, mayor —capituló Barrera. Reyes Roca lo había metido en transitorios calabozos cuando era dirigente estudiantil en Ica. Aún se quiso defender—. Yo estaba acá mirando, es todo.

—¡Queda o se va, mi mayor? —titubeó el que repartía a los presos.

—¡Queda, cholo, semejante ficha!...

—¡A la avenida España?

—No, no. A Monserrate nomás. Nos vemos, Barrera —y rió a solas—. ¡Mirando nomás!...

EL MISMO DÍA HABÍA CUMPLIDO VEINTISIETE años Rolando Breña, presidente de la Federación de Estudiantes del Perú. Aunque nacido en Huancavelica, en la parte más alta, próxima a los cuatro mil metros de altitud sobre el nivel del mar, su familia se había establecido en Lima al empezar los años 60. Habían sido doce hermanos. Nueve quedaban con vida, tres varones y seis mujeres. El padre de Breña había sido empleado de la Superintendencia de Contribuciones toda la vida, un hombre de orden, cumplidor de las leyes. Breña era un revolucionario, la otra cara de la moneda.

Para la mayoría de la gente común, Rolando Breña era un tipo peligroso. En 1962 había ingresado a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en Lima. Venía de terminar la secundaria en el colegio “La Victoria de Ayacucho”, de Huancavelica, y había dudaba entre ser médico o abogado. Al fin en la Facultad de Letras, había militado en el Frente de Unidad Estudiantil, luego en el FIR, después en la Juventud Comunista. Siete años después terminaba sus estudios de Derecho como secretario general del centro federado y presidente de la Federación Universitaria de San Marcos. Mientras preparaba su tesis de abogado, había decidido seguir la carrera de Arqueología, que siempre lo había atraído. Entonces lo eligieron presidente de la Federación de Estudiantes del Perú. A decir verdad, Breña no creía ser peligroso, como afirmaba la policía. Se había opuesto a la intervención del gobierno militar en San Marcos. Durante una semana habían peleado a pedradas con la policía. Como las federaciones estudiantiles estuviesen contra Velasco, las habían puesto fuera de la ley. En lo que iba del año, Breña había viajado por todo el país reconstruyendo la vieja organización de su federación. Producida la huelga nacional indefinida de los maestros, prefirió quedarse en Lima.

El día en que Breña cumplía veintisiete años, no sólo se había interesado la dictadura en la organización de los maestros. A Breña le bastaba pasear por el centro de Lima para constatar que Seguridad del Estado y Asuntos Sociales allanaban los locales sindicales más importantes. Se llevaban a los dirigentes en camionetas de vidrios ahumados, sin decir quiénes eran,

dónde iban o con qué autoridad los detenían. Los pobres dirigentes salían de sus casas y no llegaban a ninguna parte. Se hacían humo a cualquier hora. Nadie revelaba su destino. Los calabozos de las estaciones distritales de la policía estaban repletos. El trajín de vehículos no se detenía en los patios de la Prefectura, en plena avenida España. El gobierno militar ni siquiera disimulaba la redada en desarrollo. Claro, había presos. En su momento daría a conocer sus nombres. En la tarde del mismo día se anunció que quinientos maestros habían sido despedidos. Otros mil sufrirían traslados. Todos eran huelguistas.

El 12 de setiembre, la Federación de Estudiantes condenó la represión. Centenares de maestros y obreros habían desaparecidos. Seguía la persecución contra los huelguistas. De un plumazo habían cesado a todos los profesores de la Normal de Iquitos. Se anunciaba una purga nada menos que en la Cantuta. Muchos colegios perdían a la mitad de sus maestros. Las represalias dejaban ver una oculta furia irracional por parte del gobierno. Al otro día, a veinte pasos de su alojamiento, Rolando Breña fue rodeado por agentes de Seguridad del Estado. Le clavaron el cañón de una pistola en las costillas antes de alzarlo en vilo y arrojarlo dentro de una camioneta policial. No fue difícil. Pesaba menos de sesenta kilos.

Lo peor era no saber qué rumbo tomaría el destino. Se había convertido en una persona sin derechos. Sin juicio y ya estaba sentenciado pues lo trataban como a un réprobo, una fiera peligrosa. Lo tenían esposado y le daban empujones, gritando incoherencias. Al atardecer interrogaron a Breña. No querían respuestas. Sólo ponían a prueba sus propias afirmaciones. Diga usted cómo es cierto que existe una conspiración comunista de maestros y estudiantes contra el gobierno revolucionario de la Fuerza Armada. Diga usted no importa qué, ya la historia estaba escrita. Primero hacían los atestados policiales, después capturaban a la gente. Durmió esa noche en un calabozo helado, abrazándose a sí mismo. A la mañana siguiente lo trasladaron a una habitación del primer piso donde estaban Armacanqui, Sánchez Vicente, el loretano Riva Oyarce, el arequipeño Arnaldo Paredes y el puneño Lipa Quina. Trataban de armar un rompecabezas. Hasta ese día, Velasco no había autorizado deportaciones. Habían escuchado que serían los primeros en sufrir destierro. Lo peor estaba en el Sepa, una colonia penal en las selvas del Urubamba. Ahí solía sepultar a sus peores enemigos la democracia peruana. Acaso siguiera el ejemplo la república militar. Nada estaba decidido. En la mañana del 15 de setiembre exigieron hablar con sus familias. No sería necesario. «Van a quedar libres», dijo un carcelero. El señor ministro del Interior quería verlos. Después, a sus casas. Pero no los llevaron al ministerio sino a la pequeña estación de Carmen de la Legua, tan cercana al aeropuerto internacional que de inmediato adivinaron su destino: el destierro.

Otro detenido, el líder trostkista Hugo Blanco, ya había partido a Panamá.

Dos mil maestros se estaban quedando sin empleo. Seguridad del Estado aprovechaba la persecución para encarcelar a más dirigentes mineros del centro del país.

Se preparaba la cita cumbre de los 77 países No Alineados en Lima. Nos vamos. ¿Adonde? A viajar. Al destierro. ¿A qué país? No se sabía. Los maestros y Breña fueron llevados directamente a la escalera de un avión a punto de partir. Los pasajeros del vuelo de Avianca con destino a Bogotá estaban a bordo. Los deportados tenían poquísimo dinero y nada de ropa, salvo la que llevaban puesta desde hacía cuatro días. ¿Nos dan pasaportes? Los tiene el capitán. Después del último peldaño, recibieron el empujón final. Entraron a la cabina penumbrosa con cierta torpeza, aturcidos. A Breña le daba lo mismo cualquier destino. Tenía que saber. Se sentó junto a una joven distraída.

—Perdone usted, ¿dónde va este avión?

—No lo sé —dijo ella—. Pero yo voy a Bogotá.

Tres veces habían tomado café y dos veces habían comido un pollo grasiento, braseado en una chingana vecina a la Prefectura. Se les veía ajados, barbudos, con la ropa sucia, friolentos. Despacio adquirirían la facha de los delincuentes. Se cerraron las puertas y pareció comprimirse la atmósfera. Los deportados aceptaron ávidamente una escueta merienda. A pesar de sus preocupaciones, Breña se quedó dormido. En Bogotá esperaban nuevas amarguras. La policía peruana había avisado que enviaba a seis peligrosos criminales. No explicaba que eran maestros, huelguistas y deportados. El Departamento Administrativo de Seguridad de Colombia los creía terroristas. Los esposaron para sacarlos toscamente del avión. Así, con las manos en la espalda y fuerte custodia, recorrieron el aeropuerto hasta un lugar de encierro. Breña trataba de imaginarse a sí mismo en los ojos del público. ¿Quién podría ser? ¿Un asesino, un escapado del patíbulo? Al pasar se les apartaba la gente, los niñitos miraban asustados. Pasaron la helada noche serrana de Bogotá en un calabozo.

Armacanqui protestó a la mañana siguiente.

—Somos maestros. Nos echan de nuestro país por una huelga.

—Yo soy estudiante, ni siquiera soy huelguista.

—Tenemos que esposarlos —dijo el que estaba al mando—. Se van en el avión que sale a Barranquilla y Madrid.

En el camino se iluminó Breña.

—Disculpe, señor... ¿podría comprarnos un diario de la mañana?

El policía recogió un ejemplar de «El Tiempo». Con un pequeño titular, informaba en página interior: «Llegan deportados peruanos». Ahí

estaban sus nombres. Maestros de primaria, de secundaria. Y Breña, un dirigente universitario. Eso era todo. Los agentes de la DAS colombiana leyeron por turnos y aflojaron la seguridad.

—No podemos hacer nada por ustedes —dijo el jefe.

Sin embargo les quitaron las esposas y los invitaron a desayunar en la cafetería del DAS. Hasta regalaron cigarrillos. Pero en Madrid empeoró su destino. Llegaban a una España vigilante y desconfiada.

—¿Pasaportes?

No tenían.

—¿Pasajes de regreso?

Nada. Ni siquiera traían equipaje. Corrían peligro de que los embarcaran de regreso al Perú o de acabar en una cárcel española. Armacanqui pidió a las autoridades que se comunicaran con la embajada del Perú.

Cuatro horas más tarde fueron admitidos. Era un viernes. El lunes tenían que presentarse ante la policía. Y todos los lunes que estuviesen en España.

Habían juntado todo su dinero. Poca cosa. Al fin dieron con un hostel de última categoría, donde alcanzaba para dormir una noche amontonados en una sola habitación. Compartieron después su última cena. Temprano el sábado, el hostelero los despidió. El pequeño rebaño fue a instalarse en la embajada del Perú. Era sábado y el general Nicolás Lindley, ex presidente por seis meses en 1963, ahora embajador en España, no tenía ganas de recibirlos. Los hizo atender por un secretario. La verdad, no tenían pasaportes, documentos de identidad, permiso para trabajar. Estaban en Madrid a la fuerza, un verdadero secuestro. Habían decidido quedarse en la embajada, donde al menos estarían abrigados. Pedían documentos a fin de solicitar asilo. Varias horas más tarde el secretario anunció que la embajada garantizaba el pago de sus pensiones en el mismo miserable hostel donde habían pasado su primera noche. Podían irse.

Victoria popular en el sur

*...Hay que vivir,
acepta los problemas,
hay que seguir,
hay que vivir...
(«Maestra vida»)*

*Yo soy como el aguacero
que al soplo del viento crezco.
(Abelardo Gamarra, «El canto de Luis Pardo»)*

EL GENERAL VELASCO DECÍA CHOLO AL GENERAL SALA OROZCO, el experto en inteligencia de la Fuerza Aérea al que había traído de París para darle el crítico Ministerio de Trabajo. Al contrario de lo que afirmaba la propaganda oficialista, la Fuerza Armada estaba lejos de ser un monolito, expresión de unidad absoluta, rocosa, inquebrantable. El más fuerte, el Ejército, había tenido ocho ministerios al comenzar el velasquismo. La Marina de Guerra y la Fuerza Aérea, tres cada uno. Más conservadores, los marinos no mostraban entusiasmo por las reformas de Velasco. (Sus jefes procedían de la burguesía y aún más alto. En 1969, al fundador de la inteligencia naval, un almirante de gran prestigio, le habían expropiado una rica hacienda en el valle de Chancay.) Al contrario, la Fuerza Aérea, aunque burguesa era francamente velasquista. Los aviadores daban mayoría en el poder a Velasco. La Marina tenía que someterse. El Cholo Sala Orozco, agregado a la embajada peruana en Francia, país que vendía aviones Mirage al Perú, no sólo era velasquista. También era amigo personal del presidente.

Comparado con el aviador Sala Orozco, el abogado Genaro Ledesma parecía un serrano simplón, de ojos aguados y andar ceremonioso, demasiado lento para ser un hombre de peligro. Tenía las mejillas coloradotas de los

andinos que vivían a cuatro kilómetros de altura sobre el nivel del mar. Toda la vida había sido defensor de comunidades y sindicatos. Aunque se consideraba un hombre pacífico, con frecuencia aparecía atrapado en grandes conflictos sociales, nunca del lado del gobierno. Sin embargo, en 1970, el doctor Ledesma había sido la sardina que se comió al tiburón.

Ese año se había roto la negociación directa entre los trece sindicatos de mineros y la Cerro Corporation, la empresa estadounidense que desde hacía cien años explotaba prodigiosos yacimientos de minerales en lo alto de la cordillera, a doscientos kilómetros de Lima, así que el expediente había pasado al Ministerio de Trabajo, donde se detuvo, a la espera de que el nuevo ministro, el Cholo Sala Orozco, llegara de París. Los delegados de los trece sindicatos de la Cerro y el asesor legal Ledesma habían sido los primeros en saludar al nuevo ministro. «Yo no quiero conflictos», había dicho el Cholo Sala Orozco, «para qué nos vamos a pelear si todo se puede discutir». Quedaba inaugurada una época de puertas abiertas para los obreros. No era primera vez que escuchaba ese discurso, Genaro Ledesma. Los señores ministros estaban siempre con el pueblo pero al final fallaban a favor de los dueños, no de los asalariados. Pensó que debían aprovechar semejante atmósfera de cordialidad.

—Tenemos un plieguito sin resolver, señor ministro —el doctor Ledesma se sentaba con una pierna cruzada y la espalda encorvada. Su mirada grande y bolsuda, de ojos que se salían, se concentró en la buena disposición ministerial.

—Claro, claro. Estoy enterado —decía el ministro—. Ustedes andan pidiendo huelga con un plieguito de trescientas páginas que parece el nuevo testamento. Vayamos a lo más importante... ¿cuánto quieren de aumento?

No era duro de corazón, el Cholo Sala Orozco. La Cerro Corporation alegaba dificultades financieras, no estaba dispuesta a aumentar más de siete soles diarios. Los sindicatos habían decidido regatear un aumento de quince soles.

—Sesenta y cuatro soles diarios, señor ministro —mandó su estocada a fondo el abogado Ledesma.

El Cholo Sala Orozco paseó por su despacho tan gruesamente alfombrado que los flecos de lana chupaban sus pisadas. Un rato se distrajo mirando por la ventana. Aún no se aclimataba. En su cabeza todavía resonaba cierto aturdimiento parisino. Sesenta y cuatro soles peruanos equivalían a un dólar cincuenta. Siete francos diarios. No era mucho aumento para reventarse los pulmones en la profundidad de los socavones andinos. Los mineros vivían menos que el resto de los peruanos, cuyas vidas ya resultaban atrozmente cortas en comparación con las de otros seres humanos. La Cerro Corporation había dado utilidades todos los años, toda la vida. Durante un

siglo había sido uno de los mejores negocios del mundo. Esta vez los gringos podían sacrificarse un poco.

—Mucho, es una barbaridad —empezó a protestar el ministro. Lanzó una cifra por sorpresa—. Veinte soles ni un centavo más.

A Ledesma no se le movió un músculo de la cara. Los mineros evitaban mirarse. Nunca habían conseguido más de catorce soles. Esta vez empezaban a discutir por encima de veinte. Antes de que terminara la reunión, aparentaron rendirse. La cifra había subido a más de treinta soles.

El mismo día en que había asumido el cargo, el Cholo Sala Orozco solucionaba el más grave de los conflictos laborales pendientes. Velasco lo había felicitado. Por cierto la Cerro Corporation quería irse del Perú. Bajaban los precios de los minerales en el mercado internacional. El aumento significaba un gasto adicional de quince millones de dólares anuales. El ministro peruano había negociado a ciegas. Una barbaridad. Las relaciones entre Estados Unidos y Perú pasaban por una fase crítica. Sin embargo, el modelo estadounidense también cambiaba. En vez de enclaves territoriales, patentes. Y crédito, servicios, tecnología avanzada. De otra parte, el Perú se metía en honduras revolucionarias. No habría más sorpresas como la del petróleo. En 1970 ya se había discutido la posibilidad de comprar la Cerro. Por fin se calmó la empresa. Treinta y dos soles ese año, muy bien. Pero nada de aumentos al año siguiente.

Ya no eran trece sino dieciséis sindicatos cuando los mineros volvieron al despacho del Cholo Sala Orozco en 1971. Traían al mismo asesor legal. Esta vez el ministro no cedía. Ni siquiera quería caer simpático. Todo el gobierno se había endurecido a partir de la huelga nacional indefinida de los maestros. Los deportados seguían en el extranjero. Mil estaban perdonados, pero quinientos habían sido despedidos. A centenares los cambiaban de destino. No podían equivocarse los mineros, no se trataba de un régimen blando de corazón.

Para los dieciséis sindicatos, el de Velasco era un gobierno corporativista y dictatorial, de corte fascista. A nadie se le ocurría verlo con buenos ojos en las minas. A su vez, los militares consideraban que los sindicatos estaban influidos por ultras maoístas.

En su segundo encuentro, el Cholo Sala Orozco dijo que para negociar era preciso suspender la huelga.

—Es una decisión de las bases, usted comprenda —protestaron los mineros.

—Yo quiero solucionar su pliego. Veamos. Punto primero. Piden la estatización de las minas y negocios de la Cerro. No es asunto laboral. Yo no lo puedo resolver. Tendría que contestar el General Velasco.

El Cholo Sala Orozco dejó reservado el primer punto y pasó a

discutir la parte laboral del pliego de los mineros. En total sumaban 141 reclamaciones. Lo más importante era el nuevo salario: cinco dólares con setenta al día por una jornada de seis horas ...y jubilación a los quince años, pues los mineros solían morir antes de haber cumplido los cuarenta. Tres horas más tarde parecía haberse agotado la discusión. Si era para el Perú, los mineros estaban dispuestos a trabajar más sin cobrar sobretiempo. No para los gringos. La solución del conflicto dependía de quién iba a ser el propietario de la empresa.

En esos días empezaban a llegar a Lima los cancilleres latinoamericanos para la XII Reunión de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana, CECLA, a discutir tales utopías como la del «derecho al desarrollo», que comprometía la ayuda de los países grandes a fin de asegurar el progreso y bienestar de todos los pueblos, o el «tratamiento preferencial generalizado», que se refería a la supuesta actitud protectora de los países desarrollados hacia los subdesarrollados. Velasco creía fervorosamente en la importancia de los 77 y sus acuerdos, sólo palabras y papeles, y quería postergar el conflicto con los mineros hasta después de la reunión.

Los dirigentes de los dieciséis sindicatos fueron citados al palacio presidencial el lunes 25 de octubre. A dos por sindicato, además del asesor legal, sumaban treinta y tres personas las que entraron al nuevo Salón Túpac Amaru, donde esperaba el jefe del gobierno. Estaba realmente al mando, Velasco. Gobernaba con la mirada. El resto de los uniformados volaba al escuchar sus órdenes. Se acercaba al metro setenta de estatura y tenía la voz ronca de tanto fumar tabaco negro de Tumbes. Seguía siendo un soldado de infantería. Miraba a los ojos al saludar. Descifraba a la gente por su actitud más que por sus palabras. El cuerpo, los ojos, el apretón de manos, la conducta nunca mentía. Uno a uno saludó a los treinta y tres visitantes y pasó a presidir la reunión.

El Cholo Sala Orozco resumió los acuerdos en la parte laboral. Los mineros estaban dispuestos a trabajar sobretiempo gratis para reflotar la empresa, siempre y cuando perteneciera al Perú. Sin embargo, la empresa y los trabajadores habían rechazado un aumento de once soles diarios. Los trabajadores pedían treinta. La Cerro ofrecía... nada.

Con rostro imperturbable asistía a la reunión el ministro de Energía y Minas, el general moqueguano Jorge Fernández Maldonado. Había sido jefe de la inteligencia militar. Era el hombre de la izquierda. El conflicto en las minas lo forzaba a postergar un viaje a Pekín.

—No podemos expropiar la Cerro —habló al fin Velasco—La hemos investigado y está al día en sus impuestos. Además, parece demasiado arriesgado y complejo estatizar una empresa tan grande, cuyas ganancias dependen del mercado internacional...

Guardó pensativo silencio antes de repetir: «Muy peligroso, muy peligroso».

Al rato siguió:

—Tienen que resolver el pliego sin necesidad de hacer huelga. No podemos darnos el lujo de perder exportaciones.

—Es una decisión de las bases —dijeron los delegados.

—En todo caso, podrían ir los ministros aquí presentes para informar a nuestra asamblea en La Oroya —sugirió el abogado Ledesma. Los mineros asentían. Nadie deseaba volver con las manos vacías. Sala Orozco y Fernández Maldonado estuvieron de acuerdo.

El jueves, en la reunión de los 77 que se celebraba en Lima, Velasco había anunciado que el Perú asumía un rumbo nuevo en el mundo: «sin capitalismo y sin comunismo».

A rachas cambiaban las cosas en el país. Parecía apurarse el tiempo, salirse del control de la gente. De pronto el Perú andaba por su cuenta. En unos días, apenas, se cumplía la reunión de los 77, se establecían relaciones diplomáticas con China, se marchaba el embajador de Taiwán y se rumoreaba la expropiación de radios y televisoras. El general Alfredo Carpio Becerra, ministro de Educación, declaraba que «este gobierno desea que la prensa sea revolucionaria».

Oscurecía el sábado 6 de noviembre cuando llegaron los ministros al Sindicato Metalúrgico de La Oroya. Era un salón de enormes dimensiones, con grandes ventanas, bañado por una luz dura y blanca, en el que se apretaban unos cinco mil trabajadores de los yacimientos y la gigantesca fundición andina. Noche y día, con lluvia, con frío, igual bajaban a los socavones. La edad promedio peruana era de cincuenta años. Los mineros morían a los treinta y seis. Los mataban el frío, las emanaciones de plomo, la humedad de los túneles, el hacinamiento, la tuberculosis. En su mayoría hablaban quechua. Desde hacía un siglo trabajaban para los gringos. Antes habían trabajado para los españoles. Siempre para otros. La posibilidad de que al fin un gobierno los defendiera, alimentó un aplauso atronador cuando entraron los generales.

Ciertamente era una reunión majestuosa. Rostros andinos, rocosos, en silencio, inexpresivos, miles de seres macizos, llenos de paciencia, toda una multitud que parecía trepar por las paredes hasta acomodarse en las ventanas, cinco mil indios vestidos con jeans y casacas, no despegaban los ojos de los generales. Nunca antes habían llegado ministros a conversar con ellos en su propio sindicato.

No traían el mensaje que esperaban. Para otra época se postergaba la expropiación de las minas. Tal vez fuera posible un aumento de quince soles. El general Fernández Maldonado habló sobre el futuro de los yacimientos.

El Cholo Sala Orozco se refirió a los puntos más importantes del pliego de reclamos. La asamblea empezó antes de las siete de la noche. No había concluido cuando llegaron noticias de Cobriza, una de las minas en huelga. El campamento de los mineros, la zona 3, quedaba en la parte baja de Cobriza, casi en la boca de la mina. Los huelguistas habían subido a la zona 1, el campamento de Parco también conocido como zona de la compañía. Querían saber si los funcionarios de la empresa habían abandonado el yacimiento. Parco estaba protegido por alambradas y un pequeño destacamento de Guardia Republicana. Ahí vivían el superintendente, míster Okos, un geólogo y el supervisor. Cuando los huelguistas aparecieron en Parco, dos republicanos salieron al camino con sus fusiles. Los desarmaron. Se habían escapado balazos y cayó herido uno de los huelguistas. Con Okos, el geólogo y los dos guardias de rehenes, los mineros volvieron a la zona 3. De inmediato se realizó una asamblea. La mayoría rehusaba devolver las armas y soltar a los gringos, pero Okos estaba herido y lo enviaron al hospital de la compañía en Chulec, cerca de La Oroya. Los fusiles se guardaron en el local del sindicato.

En la noche del martes 10 de noviembre fuerzas militares tomaron el control de las televisoras y las cadenas de radio en Lima. Al día siguiente, los delegados de los dieciséis sindicatos y su asesor Ledesma fueron recibidos brevemente por el Cholo Sala Orozco.

—Yo no puedo seguir conversando con los sindicatos cuando tienen fusiles en su poder —dijo el general—. Tal como están las cosas, deben reunirse con el ministro del Interior, no conmigo, ¿de acuerdo?

Los delegados asintieron y Sala Orozco utilizó el teléfono del circuito confidencial.

—Hola, tocayo —se dirigió con familiaridad al general Richter, ministro del Interior—. Te estoy enviando a la delegación de las minas que van a conversar contigo sobre los fusiles...

Sonrió después. Antes de colgar la bocina, dijo:

—El ministro los espera.

Viajaron en taxi al ministerio instalado en el antiguo aeropuerto internacional de Limatambo.

A esa hora, sinchis y guardias de asalto entraban disparando a la zona 3 en Cobriza.

Un comandante los aguardaba en la primera entrada al ministerio. Llevaron a los delegados y al asesor Ledesma al cuarto piso, donde quedaba el despacho ministerial. A los diez minutos los hicieron pasar a la oficina del ministro. Vieron el sillón vacío.

—Están detenidos por disposición superior— anunció otro militar con ropa de combate.

En Cobriza reventaban al secretario general Pablo Inza con una descarga de ametralladora. El gobierno declaraba el estado de sitio en la región central del país. Más tarde se hablaría de un «choque armado» en el que habían resultado heridos ocho policías, tres de ellos con impactos de bala. Cinco mineros estaban muriendo y diez caían heridos, según informarían las autoridades.

Cinco policías tomaban los nombres de los dirigentes detenidos en el despacho ministerial. Un coronel con uniforme de campaña se hizo cargo de su destino. Ya esposados, los bajaron de seis en seis al sótano, donde esperaba una caravana de camionetas policiales y patrulleros. Esa noche quedaron repartidos por toda la ciudad. Al amanecer los llevaron al Grupo Ocho, en el aeropuerto internacional. Los contaron mientras abordaban un Hércules de la Fuerza Aérea. Sumaban treinta y tres. Prohibido hablar, fumar, moverse. Seguían con las esposas puestas. No tenían como adivinar su destino. Levantaron vuelo a las nueve y al rato bajaron en un campo bastante conocido, el rústico aeropuerto de jauja. Tampoco ahora los dejaron salir. La pasaron como estatuas hasta las tres de la tarde. Entonces llegaron camiones militares con los mineros de Cobriza. Muchos de ellos traían los rostros golpeados, acabados de coagular. Se acomodaban aturcidos, con sus ropas manchadas de sangre, sin reconocer todavía a los delegados de los sindicatos. Cincuenta obreros de las minas se metieron de cualquier manera en la panza del avión militar. Hicieron una escala en el aeropuerto de Ocopa. Después, al Sepa, la maldita colonia penal en plena selva amazónica, sólo para sentenciados. Ahí los desaparecieron.

RARO PAÍS EL PERÚ, CON TODOS SUS MILITARES embelesados en una revolución que sólo cambiaba las formas pero nunca el fondo mismo de la realidad peruana. Unos seiscientos maestros habían quedado sin empleo por haber hecho huelga. A mil los habían trasladado a sitios alejados, como una suerte de destierro dentro del propio país. Los maestros deportados seguían en España. Un editor amistoso les pagaba el salario mínimo para que empaquetaran libros. Después de la tragedia de Cobriza se había reiniciado la persecución de maestros. Una nueva racha de traslados y subrogaciones castigaba al magisterio. En cuanto a los trabajadores de las minas, ni siquiera se sabía cuántos estaban en el Sepa y quiénes habían quedado dispersos en las estaciones policiales de Lima, que funcionaban como escondidas carceletas distritales. Los diarios habían dado la noticia a partir de un extenso comunicado oficial del Ministerio del Interior que, por cierto, no mencionaba el destino final de los mineros en el Sepa. No tardó en producirse una lamentable división entre mineros y

metalúrgicos. El lunes 15 de noviembre concluía la huelga en las minas de Huaymanta, Chumpi y San Cristóbal. El martes regresaban a trabajar los mineros de Morococha, Yauricocha y Cerro de Pasco. El miércoles volvían los ferrocarrileros. La Fundición de La Oroya quemaba minerales a todo calor. Subían, bajaban jaulas humanas por los socavones. Un dirigente de la Fundición hablaba todas las mañanas por Radio La Oroya, acusando de la tragedia de Cobriza a infiltrados ultraizquierdistas que querían desestabilizar al gobierno revolucionario de Velasco cuando se reunían los 77 en Lima.

Estaban de suerte los militares. Una empresa estatal había encontrado petróleo en la selva amazónica, el mejor de los petróleos, con ínfimo contenido de azufre. Se hablaba de construir un oleoducto entre la selva y el Pacífico, pasando por la cordillera de los Andes. Un ventarrón de benevolencia soplaba sobre la república militar, así que el miércoles 17 de noviembre se abrieron los calabozos para dieciocho mineros de Cobriza. Otros treinta quedaban desperdigados por Lima y ciento treinta seguían en el Sepa. Quienes continuaban presos, no existían verdaderamente. Se hubiese dicho que sus vidas habían quedado en suspenso. Seguro, alguna vez volverían a existir, pero el gobierno no daba muestras de acordarse de ellos. Cobriza se evaporó de las noticias. La huelga en las minas de la Cerro se había extinguido. El primero de diciembre, la CGTP ofrecía una demostración de fuerza política con el Segundo Congreso Nacional de Trabajadores. Asistían 44 federaciones y 152 sindicatos, aparte de delegaciones fraternales de la Unión Soviética, Francia, Yugoslavia, Rumania, Hungría, la República Democrática Alemana, Bulgaria, Checoslovaquia, Chi-le, Bolivia, Colombia y Venezuela. El 3 de diciembre, el Cholo Sala Orozco recibió a todos los delegados en el auditorio del Ministerio de Trabajo. A la mañana siguiente, Fidel Castro aterrizaba en Lima. Había pasado casi un mes en Chile, con su amigo Salvador Allende. De regreso a Cuba, se detenía por una escala técnica. No era una visita oficial sino política. Velasco y sus ministros esperaban en el aeropuerto internacional. Una multitud se había reunido en las terrazas para conocer al conductor de la revolución cubana. A las once de la mañana, Castro y Velasco se habían encontrado en el salón presidencial del aeropuerto. Hasta las dos habían hablado sin más testigos que sus colaboradores de confianza, bebiendo café cusqueño y, después del mediodía, pisco puro de Ica y pisco sour. Más tarde ofreció Fidel Castro una conferencia de prensa. Llegó a decir: «Si yo fuera un revolucionario peruano, apoyaría a este gobierno; no me mantendría al margen, menos lo atacaría. Combatirlo sería hacerle el juego al imperialismo». Pasadas las tres, Fidel Castro y Velasco volvieron a encontrarse en el salón presidencial, esta vez para almorzar juntos. Esa tarde se despidieron como grandes amigos.

POR UN TIEMPO RESULTABAN VENCEDORES quienes habían suspendido la huelga de maestros. Daniel Vásquez Ruiz, de una numerosa familia de maestros de Moyobamba, se mantenía en la presidencia de la FENEP en vez del deportado Armacanqui, a la vez que conservaba la secretaría general del Sindicato Nacional de Profesores de Educación Primaria, SINPEP. Mientras la verdadera directiva de la FENEP estaba en el destierro o perseguida, el grupo de Vásquez Ruiz se codeaba con los generales y daba auspicio a nuevas fantasías políticas que se proponían usurpar el sueño de un sindicato único y nacional para todo el magisterio.

Para la mayoría de los maestros, lo ocurrido con Armacanqui constituía una traición. En muchos sitios, la huelga había titubeado al comienzo, pero al décimo día había conseguido paralizar toda la actividad educativa y movilizar la simpatía pública de alumnos y padres de familia. Donde había demorado en iniciarse la huelga, los maestros se negaban a volver a clases. En más de cien distritos sólo se habían reiniciado los cursos a fines de setiembre. Ni una sola vez el gobierno militar había intentado negociar con los maestros. No les reconocían el derecho a organizarse y hacerse representar. Los generales consideraban la huelga como un acto de insubordinación.

Entonces se oyó a Horacio Zeballos diciendo que la traición de la FENEP era nada más que «material didáctico» y que «los maestros debemos aprender la lección de la unidad». La historia ni siquiera había comenzado. Concluían aporreados al final de su primera huelga, sin haber conseguido ni siquiera un reconocimiento. Simplemente no podían rendirse. Era demasiado pronto. Correspondía extender la organización y promover un congreso para la unificación definitiva. Zeballos predicaba en Arequipa. Su voz llegó a todo el sur del país. A comienzos de 1972 ya lo buscaba Seguridad del Estado, así que había viajado clandestinamente a Ilo, a encontrarse con el presidente aprista de la Federación de Maestros de Tacna, el profesor Gróver Pango, y con los maestros de Moquegua, encabezados por Miguel Constantinides. Se habían citado en el Sindicato de Pescadores de Ilo.

Era afectuoso, desde adentro; no tenía dobleces, Horacio Zeballos. Se esforzaba por persuadir. Mostraba familiaridad en su trato con Constantinides, seguramente porque se habían visto muchas veces. Tenía amistad telefónica con Pango, con quien había hablado con frecuencia durante la huelga de setiembre.

—Los problemas siguen ahí, corito. Ni siquiera está todo igual. Yo veo que las cosas están mucho peor. Ha sido otro año sin aumento. Nuestras familias están sufriendo necesidad. Se niegan a reconocer nuestro derecho a organizarnos, estos militares creen que somos parte de su cuartel. Pero además han deportado a nuestros hermanos, han subrogado a muchos maestros y este

año, cuando empiecen las clases, vamos a ver quienes son contratados y quiénes se quedan en la calle. Corito, todos queremos luchar. No es problema la voluntad de los maestros. Somos mayoría, estoy seguro, pero en muchas partes todavía no se han enterado de nuestra propuesta. Necesitamos unidad, un solo sindicato en todo el país. ¿Cómo lo vamos a lograr?

—No debe pasar este año sin que hagamos el congreso de la unificación —se preocupaba Constantinides.

—De acuerdo —decía el resto de los maestros.

—¿Qué dice el APRA, hermanito? —Horacio Zeballos no dejaba callar a Gróver Pango.

—Un solo sindicato —se escuchaba al tacneño.

—Antes tenemos que obligar al gobierno a que traiga a nuestros deportados y que deje sin efecto los despidos y traslados. En caso contrario, Velasco seguirá siendo más fuerte que todo el magisterio reunido. Imposible negociar de esa manera...

Horacio Zeballos seguía convenciendo.

—Hay que apurarse —decía Constantinides—. Si nos ganan con el sindicato, nunca van a querer reconocernos.

—Sí, ya están avanzados. Quieren su propio sindicato de maestros y atrás todo el aparato de SINAMOS —se preocupaba Gróver Pango—. No hay que permitir esa ventaja.

Del sindicato habían pasado a la casa de un maestro, a dar cuenta de excelentes piscos moqueguanos y a tocar guitarra, cantar y recitar poesías. Ninguno de los presentes tenía más de treinta años. Sus miradas chisporroteaban. En realidad los maestros tenían que ser un poco trotamundos, bastante aventureros y muy sentimentales para dedicar sus vidas a criar hijos ajenos y a enseñar no sólo sus lecciones sino la difícil sabiduría de la supervivencia. Vivía tumultuosamente, Horacio Zeballos, apurado por asuntos que debían quedar terminados en una vida corta y peligrosa. En esos años de última juventud, la poesía había sido más importante que la política para él. No sólo recitaba sus poemas, también repentizaba. Aficionado al teatro, el tacneño Pango disfrutó cada minuto de esa larga hospitalidad moqueguana.

Antes de separarse a las cinco de la mañana, Horacio Zeballos retrocedió a lo que habían conversado en el Sindicato de Pescadores.

—Tenemos que constituir la vanguardia de los trabajado-res —dijo con voz ronca de tanto haber cantado—. Hay que unirnos todos, es lo único que respetan los generales...

Pronto el Partido Comunista Unidad empezó a pagar un terrible precio por haber vendido la huelga de setiembre. Los maestros se le iban en masa. Otros, que siempre habían sido independientes, ahora favorecían

posiciones radicales aunque no alineadas, como la de Horacio Zeballos. En fin, muchos se pasaban al COMUL.

Ese año, Patria Roja constituía formalmente un partido político que funcionaba como una organización clandestina. Lo más probable era que en los primeros meses de 1972 se hubiese instalado en Arequipa el secretario general del partido, Alberto Moreno, al que pocos conocían con el rostro descubierto. La prolongada visita de Moreno coincidió con una rápida expansión partidaria en el sur. En ese tiempo ascendió los primeros peldaños partidarios el joven maestro Bladimiro Begazo, (así escrito, con B peruana en vez de la V de Lenin) que en 1972 había pasado a organizar diez células obreras vinculadas a robustos sindicatos arequipeños. Hijo de un músico que también se desempeñaba como albañil y carpintero, Begazo era el segundo de diez hermanos. Su familia era de la provincia de Sánchez Cerro, en el departamento de Moquegua. En casa, su madre horneaba pan y preparaba chicha para sostener el hogar. A los diez años de edad se había atribuido a Bladimiro una intensa vocación religiosa. Los sacerdotes carmelitas casi se lo llevaron a España. El viejo Santos Begazo se opuso rotundamente. No quería curas en la familia. Despachó a su hijo a estudiar la secundaria en la Gran Unidad Escolar Mariano Melgar de Arequipa. El espíritu rebelde del joven Bladimiro ansiaba relacionarse con una institución. Entonces quiso ser guardia civil. Su padre volvió a negarle el permiso. En 1969 entró a la Universidad de San Agustín y acabó inscribiéndose en el FER maoísta. Después de la huelga de setiembre había conocido a Horacio Zeballos. A comienzos de 1972, los maestros Hernán Vera, Manuel Jiménez y el Gato Marroquín habían formado el primer COMUL de Arequipa. El primer inscrito fue Bladimiro Begazo y el primer invitado para hablar de la unidad, Horacio Zeballos. Entonces llegaron los mineros de Cuchilladas.

Era una mina sin suerte, que alguna vez había conocido prosperidad en la región volcánica de Cailloma. Como era frecuente, habían cerrado la mina de la noche a la mañana, dejando sin empleo a doscientos mineros que quedaban abandonados con sus familias en un miserable campamento andino. No les quedó otra ruta que una larga marcha con su miseria a cuestas, que acabó en la Plaza de Armas de Arequipa. La Federación de Estudiantes los recogió en los claustros de San Agustín. Les dieron sitio para acampar y los alimentaron en el comedor universitario, con las raciones de los alumnos que llegaban tarde.

Casi al mismo tiempo entraba en explotación el yacimiento de Cuajone, donde la firma constructora J. y J. Camet, al término de sus obras, despidió a cuatrocientos obreros que también pedían justicia en Arequipa: salarios vencidos, su liquidación final. Acabaron por encontrarse con los mineros de Cuchilladas y con más mineros sin empleo. En todos sus discursos, Velasco

hablaba de la revolución peruana, humanista y nacionalista, que debía construir una nueva sociedad más justa para los de abajo. Pero en sus relaciones con los trabajadores, el gobierno militar actuaba como un empresario con poderes dictatoriales. Todo el tiempo daban órdenes los pobres generales metidos en la política, rara vez respetaban a sus interlocutores a fin de establecer un verdadero diálogo. Administradores de cuarteles y milicias, no conseguían ascender a gobernadores de su propio pueblo.

El gobierno militar se encargó de provocar el conflicto, pues el 24 de marzo de 1972 ordenó que unos trescientos maestros del Sur fuesen trasladados a otras regiones. En todos los casos se trataba de partidarios del COMUL, que habían favorecido la huelga de setiembre. Era sólo el principio de una nueva ofensiva militar. Habían acabado 1971 con despedidos, trasladados y deportados. Más de la misma hostilidad esperaba al magisterio después de las vacaciones de 1972. Posiblemente creían los generales que la resistencia cívica estaba aplastada después de setiembre. Esta vez se estrellaron contra una verdadera muralla hecha de voluntades. Se llamaba el Frente de Defensa de los Trabajadores del Sur, integrado por mineros, pescadores, comerciantes, campesinos y estudiantes. Los grandes sindicatos de Toquepala, la Leche Gloria, las plantas cerveceras, los obreros textiles, la Sociedad Eléctrica, los empleados bancarios, los trabajadores municipales, los camioneros y transportistas, los choferes de servicio público, todos estaban en el movimiento encabezado por los maestros sureños, con Horacio Zeballos en el comando de la huelga. Se formó el Frente de Defensa de Moquegua, en el que figuraba Cristala Constantinides, hermana de Miguel. En Tacna, los maestros recibían apoyo total de la población. Se formaba un Frente de Defensa de Puno. Al fin se declaró un paro general indefinido en Arequipa.

Bladimiro Begazo había estado cerca de los mineros de Cuchilladas y los obreros de Cuajone desde un comienzo. Cuando se desencadenó el paro arequipeño, la gente de las minas intervino con tanta energía, que consiguió bloquear los puentes al primer intento. No bastaba quedarse con las manos quietas, sin trabajar. El gobierno militar ordenaba sus rastrillos acostumbrados, la caballería salía a galopar las calles, gaseaban a quienes se atrevían a protestar. Al caer la noche, las tropas salían a establecer sus propios puntos de bloqueo y disparaban constantemente al aire para amedrentar a los civiles. Sin embargo, los huelguistas se habían plantado en las principales arterias de Arequipa, interrumpían puentes y carreteras, desafiaban las arremetidas policiales, perseguían a los agentes de Seguridad del Estado que se atrevían a meterse en los claustros de San Agustín. Al segundo día, nadie salía de sus casas. Sólo huelguistas y policías disputaban el uso de las calles. Al tercer día, el paro se extendió a las provincias. Entonces anunciaron que el ministro

de Trabajo visitaría Arequipa para negociar una solución al conflicto.

Acaso el jefe de la III Región se había propuesto obtener la rendición incondicional de los arequipeños, pues el tercer día del paro había sido especialmente violento, con la intervención de tropas militares en tareas netamente policiales. Preocupado por-que los huelguistas seguían dominando plazas y arterias principales, el Cholo Sala Orozco no se embarcó. Al cuarto día, los huelguistas amenazaron con levantar barricadas si no terminaba la brutalidad policial. Al quinto día, los frentes de defensa llamaban a la población para una huelga indefinida. Al sexto día, en Arequipa se sentía palpitar el espíritu de la insurrección. Maestros, obreros, comerciantes, estudiantes marchaban por la ciudad que parecía abandonada por el gobierno. Esa noche la ciudad quedó sin luz. Al séptimo día aterrizó el desencajado Sala Orozco. Entonces lo notificaron de las condiciones que ponían los huelguistas. Tendrían que regresar los deportados. Libertad para todos los trabajadores presos, incluidos los hermanos de Cobriza que estaban en el Sepa. Debían ser anulados todos los traslados de maestros ordenados desde setiembre. El gobierno reponía en sus escuelas a los despedidos. Se revisaría el caso de Cuchilladas y el ministro negociaría la contratación de los despedidos de Cuajone. Al octavo día todo» el sur quedaba paralizado, desde el Lago Titicaca hasta la frontera con Chile. Cusco amenazaba unirse al paro indefinido. El Cholo Sala Orozco recogió sus papeles y corrió al aeropuerto para volar a Lima.

Era tan grande la autocensura de los medios de comunicación aún no intervenidos por el gobierno militar, que ni una sola vez se había informado en Lima sobre el paro general indefinido que afectaba a la ciudad de Arequipa, la segunda más importante del país. Pese al silencio, maestros y trabajadores se mantenían informados. De ahí que pocos se dejasen sorprender por el comunicado que la FENEP gobiernista hizo publicar en el confiscado diario «Expreso», vocero oficioso de militares y moscovitas. En ese documento, los enemigos de la huelga de setiembre y del paro regional se atribuían las concesiones arrancadas al ministro en Arequipa al cabo de siete días de conflicto. Ya que debían capitular, los militares querían que sus aliados cosecharan la ganancia.

Llegó el martes 11 de abril. Numerosos controles policiales convertían el aeropuerto internacional Jorge Chávez en un lugar sigiloso, por el que pasaban viajeros apesadumbrados. Un avión venezolano dejaba esa noche a los maestros deportados, Arturo Sánchez Vicente y Hugo Lipa Quina. En otro vuelo de bandera colombiana llegaban el arequipeño Arnaldo Paredes y el loretoano Ulises Rivas Oyarce. A las diez de la mañana del miércoles 12 de abril bajaba el vuelo de Iberia con el maestro Julio Pedro Armacanqui. Fue el único a quien reconocieron los periodistas apostados en el terminal aéreo. No

mostró ganas de hablar. Sólo los maestros volvían. Hugo Blanco seguía en Estocolmo. En cuanto a Rolando Breña, el profesor Armacanqui lo suponía en Madrid. No podía saber que en esos momentos las autoridades españolas lo estaban deportando a Francia. El mismo día se publicaba una resolución directorial del Ministerio de Educación dejando sin efecto los traslados de los maestros. Como si en vez de un castigo se hubiese tratado de un premio, la resolución explicaba que los maestros sólo podrían ser trasladados si estaban de acuerdo. Esta vez había ganado el magisterio. De inmediato fue convocado un congreso en el Cusco para discutir la unidad sindical de los maestros.

6

Nace un sindicato

*Para empezar, señores
el culpable del infierno
es el maldito gobierno
que ha resultado incapaz...
(«Maestra vida»)*

*Piedra tirada en el camino, ese soy yo...
...Y acaso algún indefenso me lleve pa su defensa
piedra tirada en el camino ya no seré...
(Manuelcha Prado)*

A LOS DESPEDIDOS DE SETIEMBRE no los volvió a contratar el gobierno militar. Sólo trescientos traslados quedaron sin efecto. Ni Rolando Breña ni Hugo Blanco regresaron del destierro. Se cumplían a medias, desganadamente, los acuerdos arrancados al Cholo Sala Orozco después del paro general en el Sur. En todas partes los maestros coincidían: necesitaban unidad. A fines de abril convocaban al congreso que iba a hacer historia en el Cusco, entre el 2 y el 6 de julio de ese mismo año. Todavía un país rural, de pueblos pequeños, en el último medio siglo el Perú (su pueblo, no siempre sus gobernantes) había dado un trato respetuoso a los maestros, que no sólo enseñaban en las escuelas sino que intervenían en las asambleas de ciudadanos, a las que aportaban buenos consejos y sentido común. Los maestros estaban a la altura de gobernadores y alcaldes y por encima de otras autoridades. En las provincias, los directores de colegios se sentaban con los señores subprefectos. Venían a ser los sacerdotes de la civilidad republicana, a quienes se encargaba la formación de niños y jóvenes. De los maestros dependía la rectitud moral y cívica de las nuevas generaciones. Su sabiduría era consultada si faltaban el médico, el ingeniero, el veterinario. De ellos se esperaba que vistieran con seriedad, siempre con corbata. De pronto los trataban a palos. Querían imponerles una organización que no era realmente suya y que aceptaran una reforma educativa en cuya preparación

no habían intervenido. Siete grandes expertos habían tenido que explicar la reforma a mil quinientos maestros de primaria reunidos en Puno. Cada uno de los sabios explicaba una parte de la nueva educación. Todos eran varones. Concluidas las siete exposiciones, el jefe de los sabios había pedido que les hicieran preguntas. Una maestra puneña quiso saber si alguno de los sabios enseñaba primaria. No, ninguno. Eran educadores, sociólogos, doctores, todos. La mujer insistió. ¿No tendría el gobierno un maestro de primaria que pudiese explicar la reforma en términos adecuados a otros maestros de primaria? Los sabios cambiaron miradas de confusión. Y además... ¿por qué no había una mujer entre los siete expositores? No tenían respuesta los pobres sabios. La reunión acabó con silbatinas, no con aplausos. Ahora los maestros anunciaban el congreso para organizar su sindicato único. El pueblo colaboró con tómbolas, parrilladas, bailes y bingos, juntando dinero para que setecientos delegados nacionales del magisterio pudiesen viajar al Cusco.

El Partido Comunista Unidad había intentado orquestar su propio congreso con ayuda del gobierno. Fracasó. Los maestros le daban la espalda. Vásquez Ruiz había levantado la huelga de setiembre. Personificaba la traición.

Dos celebridades concurrían al congreso del Cusco. El más conocido era Arturo Sánchez Vicente, el hombre del COMUL y del SIRPES de Lima. Llegaba rodeado por el prestigio de la deportación. El otro era Horacio Zeballos, apenas subsecretario del sindicato de maestros primarios de Arequipa, incansable animador del paro regional y de los frentes de defensa en el Sur. Horacio Zeballos se había destapado como líder en las horas difíciles. Negociaba con astucia, duramente. No le tenía miedo a los militares. Llegaba al límite mismo de las confrontaciones sin que le temblara la voz. Se declaraba clasista e independiente, algo así como un comunista sin partido. Sánchez Vicente se sentía políticamente superior. Parecía seguro de ganar. Nunca nadie estaba más a la izquierda que él. Era famoso por sus discursos incendiarios y había decidido echarle fuego a las sesiones del congreso. Aparte del COMUL tenía detrás a Patria Roja.

Al interior del APRA desafinaban dos corrientes de maestros. En vez de sindicato único, muchos profesores apristas quería mantener la FENEP tal como estaba, aunque con otros dirigentes. La otra corriente, auspiciada por Dégmar Reátegui Pinedo, prefería el sindicato único, no sólo un cambio de dirigentes sino de programa, proyecto, organización y objetivos. Reátegui, toda su vida aprista, era el nuevo secretario general del poderoso Sindicato Nacional de Maestros Primarios, a quien habían elegido para barrer a los traficantes de huelgas. El profesor Reátegui era otra figura del congreso, igual que don Elvio Delgado, viejo maestro que había definido la posición del APRA con estas palabras: «Vamos al Cusco y allá definimos. Si la mayoría decide que sea SUTEP, SUTEP será. Si la mayoría decide que no queremos nada, entonces nada.» Y así se habían presentado los apristas, dispuestos a aceptar el mandato de la mayoría. Desde luego en el congreso estaban representadas todas las ideologías y tendencias políticas. Interventían moscovitas que no

creían en la FENEP, cristianos, senderistas, unos cuantos belaundistas, simpatizantes de Bandera Roja, hasta un grupo velasquista sin vinculaciones con SINAMOS y por cierto un crecido número de independientes, maestros que sólo eran maestros, gente sin prejuicios políticos. Más fuerte parecía ser el regionalismo de los maestros que sus militancias partidarias. Existía el deseo unánime de poner los intereses magisteriales por encima de toda otra consideración. Por primera vez, además, los delegados habían sido elegidos con escrupulosa limpieza. Uno de los acuerdos no escritos para la convocatoria del congreso había sido proscribir los viejos vicios sindicales en un país de fraudes electorales, donde igual se robaba votos para un secretario general que para un presidente de la república. Llegaban al Cusco sin que se hubiese escuchado una sola denuncia de trampas o falsificaciones. En cuanto a los aguerridos maestros del sur, Arequipa enviaba la delegación más numerosa, vencedora, además, en el paro regional. La presidía otro aprista, Mario Salinas Castañeda. Los del COMUL arequipeño no habían sido elegidos para el congreso. Por los maestros de primaria viajaban Elba Oviedo y Horacio Zeballos.

Los maestros querían una renovación total. Hasta ese 4 de julio de 1972, sus dirigentes habían manejado los asuntos colectivos como si fuesen propios, negociando sin pedir jamás la opinión de las bases. Imponían acuerdos impopulares y rara vez rendían cuentas de sus actos. El magisterio demandaba ahora un sindicato que fuese una verdadera herramienta para defender sus intereses y desarrollarlos y que además sirviera de conexión con otras organizaciones populares. Empezarían por los estatutos y la declaración de principios, para discutir después el futuro del magisterio, sus reclamaciones y cómo luchar por ellas y, por cierto, la situación nacional y el futuro político, pues el SUTEP nacía como un sindicato preocupado por la realidad en la que estaba contenido.

La mayoría de los asistentes al congreso no llegaba a treinta años de edad. Muchos tenían menos de veinticinco años. Cada delegación traía frutos de su tierra, engañosa cachina y piscos los de Ica, yonque generoso los norteños, oscuro ron añejo los de Huánuco y ron transparente los trujillanos, anisados los de Arequipa y los de Moquegua piscos y damascos y aguardientes de pasas los tacneños y de culebra y siete raíces los selváticos. Cada quien traía quesos de su provincia, fiambres, alfajores, golosinas, así que desde el 2 de julio, cuando se abrieron las inscripciones, intercambiaban regalos, se visitaban las delegaciones, de paso tanteando la intensidad de los debates que se avecinaban. Horacio Zeballos llegó el 3 de julio en el automóvil de Mario Salinas Castañeda, el presidente de la delegación arequipeña. Habían viajado juntos desde Arequipa para conversar con toda libertad, pues en esa época no estaba bien visto que se juntaran comunistas con apristas o moscovitas con pekineses y, en fin, izquierdas con derechas. Era uno de los males de la época, el ideologismo. Se confundían los intereses de las personas con la verdad y los principios inspirados en ella. No estaba permitido ser distintos, pensar de otra manera. La enfermedad del ideologismo debía ser parecida a

la epidemia de los dogmas a comienzos de la cristiandad. Cada quien tenía su hoguera para los herejes contemporáneos. Horacio Zeballos creía que si no dejaban de «ideologizar», acabarían divididos. La sola palabra «negociar» tenía una resonancia parecida a la «traición». Por cierto, la posición independiente de Horacio Zeballos facilitaba sus movimientos. No necesitaba fingir. Caía bien a la gente. Era cariñoso, campechano. Esa noche se confirmó que existían dos candidaturas, la del COMUL con Sánchez Vicente y la otra, clasista, también aprista, demócrata cristiana e independiente, con Horacio Zeballos para secretario general.

Después de una solemne inauguración, setecientos delegados entraron de lleno a sus deliberaciones en el paraninfo de la Universidad de San Antonio Abad. Había quienes querían todo: aliarse al gobierno militar y tener SUTEP. A otros les parecía bien la reforma educativa y aprobaban la creación del SUTEP. Unos y otros fueron incluidos en la corriente unificadora. No tardó el congreso en atascarse en una polémica ideológica. Los delegados de Sendero Luminoso demandaban la inclusión de principios en las normas orgánicas. Querían que los maestros se definieran clasistas en su totalidad. Maniobraban con astucia, bien orientados por el profesor Teodoro Cárdenas Sulca, famoso por los sucesos de Huanta en 1969. Sánchez Vicente se colocó entonces a la izquierda de Sendero Luminoso. Imposible darle alcance en semejante competencia pues era impetuoso y peleador. Su discurso era más temperamental que bien arraigado. Para la mitad de los delegados era un debate innecesario, pues los estatutos no eran el lugar más adecuado para una declaración de fe. Sin embargo prevaleció la decisión de tener un sindicato. Empujados por Sendero, los del COMUL siguieron a Sánchez Vicente en la votación y el SUTEP se declaró partidario de la lucha de clases desde el primer párrafo de su existencia. El injerto ideológico en un documento orgánico habría logrado frustrar el congreso en otras circunstancias. Más tarde los apristas debieron soportar la dureza con que muchos oradores recordaban su antigua conducción del magisterio. En cuanto al nombre, SUTEP, Sindicato Único de Trabajadores de la Educación Peruana, no hubo discusión posible, pues los maestros incluían en su agrupación a todos los docentes y también a los auxiliares y aún a los obreros que servían en los planteles. En fin, las representaciones en el congreso del Cusco fueron estrictamente regionales. Ocho regiones, con votos iguales cada una; y más votos Lima, que tenía tres veces más maestros que cualquier región.

El congreso había funcionado con ritmo implacable. Los delegados habían sesionado hasta catorce horas seguidas para aprobar sus estatutos. Empezaban a sonreír los maestros. El noventa por ciento del magisterio había designado a los 700 delegados, que al fin aprobaban la fundación del SUTEP y cantaban de pie el Himno Nacional para después aplaudir largamente su propia obra, un sindicato que nacía con todo en contra, pobreza, persecución, deportaciones. Sólo el nacimiento del SUTEP era una respuesta devastadora a los generales que habían intentado someter a los maestros. El 6 de julio se formó el SUTEP. De inmediato pasó a elegir un comité ejecutivo nacional

que representara el espíritu de las regiones reunidas en el congreso. Como se esperaba, dos propuestas se enfrentaron, Arturo Sánchez Vicente con el COMUL y Horacio Zeballos con el resto. Votaban las bases regionales y, para evitar suspicacias, el voto era nominal, público. En la primera votación acabaron empatados. Sánchez Vicente había votado por Horacio Zeballos, que a su vez dio el voto a Sánchez Vicente. La segunda votación conducía al mismo resultado. Faltaban los votos de los candidatos a secretarios generales.

—Voto por Horacio Zeballos —se oyó a Sánchez Vicente.

Se oyeron aplausos.

—Voto por Horacio Zeballos —dijo Zeballos.

Un sorpresivo aplauso llenó el gran auditorio de la universidad.

Ganaba por un voto, el suyo propio. Nunca antes se había elegido al secretario general de un sindicato importante por un voto de diferencia. Pero así era. Los 700 delegados se pusieron de pie para aplaudir el resultado. Nadie había regalado el SUTEP a los maestros. Era su obra, íntegramente. Lo habían hecho desde abajo, dándole un espíritu que ahora se percibía con claridad: desde su primera hora ya era una institución.

Pese a que le reservaban la condición de subsecretario general del SUTEP, Arturo Sánchez Vicente era el único perdedor en su lista, pues todos los demás delegados del COMUL habían sido elegidos. La elección de Horacio Zeballos estiró el rostro de Sánchez Vicente. «Hemos dado una lección para el futuro», dijo Horacio Zeballos comentando el desarrollo del congreso. «Siempre se ha dicho que en los sindicatos todo vale. No es así en el SUTEP. Hemos recogido la tradición de nuestras asambleas comunales, en las que a nadie se le ocurre hacerle una trampa a la comunidad. Y hemos actuado con amplitud de criterio y con la verdad que nos encargaron las bases.» Más tarde agregó: «Debemos estar orgullosos de nuestro primer congreso.»

De todo el congreso sólo quedarían documentos mimeografiados y dispersas fotografías de grupo, borrosas o apuradas, pues el tiempo parecía licuar imágenes que pronto perdían exactitud y hasta cambiaban de sitio. Muchos años después se vería a los maestros trajeados con característica formalidad, con pantalones campanudos y chaquetas estrechas, inmóviles frente al futuro. Muchos favorecían las patillas largas y los bigotes curvos, en media luna, gruesamente caídos hasta el mentón, que les confería un aspecto de mongoles sudamericanos, de lenines andinos.

El nacimiento del SUTEP mereció un helado interés de los periódicos de circulación nacional. El gobierno militar decidió ignorarlo. Los generales preparaban una segunda batalla con las cooperativas magisteriales, cuyas directivas debían ser elegidas por voto universal de los maestros. Entonces esperaban aplicar una derrota final al SUTEP. A su vez, los sutepistas debían volar a organizarse nacionalmente como un sindicato.

En la última reunión de los maestros, un rato antes de que Horacio Zeballos emprendiera el regreso por tierra a Arequipa, les habían tomado una

foto, en la que varios se veían con los brazos en alto y los puños cerrados: el saludo comunista. Una rara copia de esa despedida mostraba sus rostros enturbiados por un vaho amarillento, como si hubiesen pasado cien y no veinte años desde que la placa fuese impresa por un fotógrafo cusqueño de plazuela. Cerca de Horacio Zeballos aparecía un maestro con rostro angelical, alto, demasiado juvenil, casi adolescente. Se llamaba Carlos Gallardo y en realidad tenía la misma edad que el secretario general. Representaban los dos extremos del magisterio, Horacio Zeballos el normalista provinciano, Gallardo el egresado de la nueva universidad de La Cantuta, igual que el tacneño Gróver Pango, aprista, también integrante de la primera directiva nacional sutepista. Al otro lado de Horacio Zeballos era posible descifrar las facciones de Víctor Manzur y, atrás, algo borroso, a Carlos Salazar Pasache. Junto a Gallardo se veía a Pango, circunspecto. Después aparecía el rostro taciturno de Abel Callirgos, acaso visitado por la premonición de una mala muerte; y, más allá, el cañetano Olmedo Auris Melgar. Una sonrisa adornaba el rostro redondo de Horacio Zeballos. No podían imaginar hasta qué extremo iban a ser perseguidos y famosos, ni que, al ser contada, la historia de esa década tendría que mencionarlos muchas veces.

HORACIO ZEBALLOS SE HABÍA CONVERTIDO en el más poderoso líder sindical del país a los veintinueve años de edad. Nadie como él personificaba el espíritu de la oposición popular. En todo el sur, pueblos y trabajadores reconocían su voz y aceptaban el desafío de seguirlo a las huelgas y a la forzosa abstinencia del desempleo por represalia del gobierno militar. Horacio Zeballos no necesitaba llenarse de razones. Venía del pueblo. No mentía. No pretendía ser distinto o mejor que otros. Sólo eso era: un maestro de primaria con las entrañas quemadas por su amor a la vida y a la gente. Cuando regresó a Arequipa a mediados de julio, era otra su existencia. Lo habían escogido no para someterse al destino sino para cambiarlo. Pero la base de sus actividades, Arequipa, no tenía sindicato. En agosto viajó a Moquegua y después a Lima. En setiembre se elegía a los dirigentes del SUTE arequipeño. Se presentaba una lista demócrata-cristiana con apoyo aprista y belaundista y simpatías moscovitas. La otra lista era del COMUL. Esta vez el peso de la campaña lo llevaban los jóvenes maestros que no habían podido viajar al congreso del Cusco. Pese al pronóstico de la prensa arequipeña, los clasistas de Manuel Jiménez barrieron a sus adversarios. Con esa derrota, desaparecía la influencia de la Democracia Cristiana en el magisterio.

La directiva nacional del SUTEP tenía que instalarse en Lima. Por cierto, el sindicato no tenía dinero ni estaba reconocido por el gobierno, de modo que sus dirigentes no podían solicitar licencia sindical con goce de sueldo. Mientras solucionaban sus problemas materiales, los maestros acabados de elegir tenían que mudarse a la capital con el exclusivo aporte económico de sus bases. El más pobre de todos venía a ser el secretario

general, a quien se entregó una pequeña habitación en el ruinoso local del sindicato en el jirón Lampa. Húmedo y viejo, así era el nuevo hogar de Horacio Zeballos. Toda una hilera de antiguas fincas había sido derruida o rebanada para dar paso a la ampliación innecesaria de una calle pronto invadida por comerciantes sin tienda y artesanos ambulantes. Frente al SUTEP se amontonaban nocturnos emolienteros, vendedores de meriendas baratas, cebolludas y apetitosas. Estaba cerca de la avenida Abancay y el mercado central, con sus estrechos y misteriosos callejones chinos, a un paso de los ministerios y el palacio presidencial y a la vez lejos de los grandes espacios chamuscados por luces neón, bajo las cuales rara vez se detenía la multitud sin prisa y sin sueño. Por grande que fuera el entusiasmo de los maestros, a cierta hora se marchaban los últimos a sus casas y quedaba Horacio Zeballos a solas con su tristeza, entre altas paredes de adobe en una ciudad ajena. Entonces se sentaba al borde de su camastrón, sobre una colcha vistosamente hecha de retazos, a leer o escribir bajo una bombilla de veinticinco vatios que malhería sus ojos fatigados. Pensaba y garabateaba palabras en una sobada libreta con tapas negras, donde iban quedando prisioneros los versos que aún no acababa de vivir.

Así llegó 1973, «el año de la alfabetización», sin que nada se hubiese definido verdaderamente, pues el país seguía tironeado por las indecisiones de una revolución que no llegaba a serlo. Inflamado por un pasado humilde y una pasión de justicia, Velasco creaba las condiciones para una insurrección histórica que después no permitía. Querían estar al mando de todo, los generales, incluido el futuro, comprendida la casualidad. Hasta Dios lo querían subalterno.

Con el nuevo año viajó Horacio Zeballos a visitar sindicatos en toda la región amazónica. En Iquitos lo esperaba Ulises Riva Oyarce, uno de los deportados por la huelga de setiembre. El Ñato Riva era hombre del SUTEP, secretario regional. Había votado por Zeballos. Por todas las radios de Iquitos había llamado a la población para recibir triunfalmente al secretario general. Se reunieron los maestros y también el pueblo. El Ñato Riva lo había presentado ante una multitud en la Plaza de Armas. Después pidieron que hablara el visitante. En verdad, Horacio Zeballos hablaba mejor en trance de indignación. Era un orador de combate. Realmente se le sentía peligroso con la palabra al asalto, como si el discurso pudiese acabar al enemigo. En su presentación en Iquitos, la multitud y Horacio Zeballos se sentían felices. A mitad de un encuentro festivo, a Zeballos se le soltó un gallo. Algunos echaron a reír. «Veo que se han alegrado al escuchar mi gallito,» comentó de inmediato, «ha de ser seguramente porque da muchas satisfacciones a las gallinitas.»

Pero no todo había sido felicidad en tierras amazónicas. Había llegado por tierra a Moyobamba, donde una concentración de maestros lo esperaba en el local del sindicato. Daniel Vásquez Ruiz, el cabecilla de la traición a la huelga de setiembre, era moyobambino. Horacio Zeballos detestaba a los traidores. Sentía desprecio, verdadera repugnancia por los

falsos e inconsecuentes. No se pudo contener a la hora del discurso y se refirió a Vásquez como el Chancho Vásquez, a quien también había llamado Vásquez Ruín. No podía saber que existían seis Vásquez maestros, hermanos de padre y madre, que habían discrepado de la suspensión de la huelga a espaldas del magisterio. Tres de ellos estaban en el auditorio. La gente entendía su apurada situación y los Vásquez procuraban mostrar una cierta independencia de criterio, pero tan duros habían sido los ataques al Chancho Vásquez Ruín que salieron sigilosamente a la puerta a esperar a Horacio Zeballos y apedrearlo con tanta exactitud que le abrieron una enorme herida en el cuero cabelludo, provocándole una caudalosa hemorragia. Estaba furioso. Se paseaba con los puños en alto, los ojos ciegos por la sangre que le corría por el rostro, gritando que ni las piedras ni las balas podrían callarlo.

POR ESOS DÍAS, EL GENERAL VELASCO despachaba en el palacio presidencial cuando sintió un dolor en el vientre. Pensó que podía ser consecuencia del almuerzo, que había terminado tarde. Miró su reloj pulsera. Las cinco. Corría el viernes 23 de febrero. Pidió al edecán que consiguiera unas píldoras e insistió en trabajar. Hombre de infantería, Velasco era un cholo de acero. Fumaba hasta ochenta cigarrillos diarios y bebía de tres a cuatro tazas de café cusqueño por hora. Su estómago jamás protestaba por el incendio de los rocotos y los vapores del pisco puro de Ica que prefería a otras bebidas. Pero Velasco iba a cumplir sesenta y dos años. Al chequearlo mensualmente, los médicos militares solían repetir las mismas palabras: «Tiene usted que cuidarse, mi General.» Y el General no se cuidaba, confiado en su condición de comandante en jefe. Un rato después el dolor se volvió insoportable. En realidad el palacio presidencial era un pequeño cuartel. El general Ibáñez, jefe de la Casa Militar, acudió de inmediato al despacho de Velasco, seguido por un médico con insignias de coronel. Una ambulancia del ejército se estacionaba en el sótano. Cada vez más pálido Velasco, de pronto sin fuerzas, empezaba a morir. El médico militar lo encontró mojado en sudor, con la presión por los suelos. «Pronto, al hospital. Está en shock», dijo. Después explicó: «Se nos muere. Está haciendo un aneurisma.»

El Negro Ibáñez, general de división y paisano de Velasco, tenía que salvar a su jefe y también el gobierno. No existía vicepresidente así que pasaba a dar personalmente las órdenes supremas. Mientras sacaban a Velasco en una camilla, habló por teléfono con el director del Hospital Militar, que a su vez convocó al equipo de cirujanos que debía atender al presidente, encabezado por una eminencia del Hospital Obrero. No quedaba mucho tiempo. Debían evitar un derrame devastador, una hemorragia interna realmente asesina, un coágulo capaz de atascar el corazón o provocar daño cerebral irreparable. La esposa de Velasco autorizó el paso a cirugía. No terminaba de anochecer cuando el General Velasco entraba al quirófano, de pronto convertido en un pálido anciano, desencajado e indefenso, que tenía todas las posibilidades en contra. Esa noche lo salvaron. Descansaba en una

sala especial y nadie aún estaba enterado de la emergencia.

Puntual y metódico, francamente predecible, el gobierno militar funcionaba de lunes a viernes y rigurosamente descansaba sábados y domingos. Tenía horario estricto, como una oficina pública o un cuartel. Nada debía suceder en horas de asueto, así que el desastre personal de Velasco pudo ser inicialmente ocultado, evitando el peligro de una confrontación interna. El sábado, los velasquistas aseguraban una actitud de respeto hacia el viejo jefe. Cualquier discrepancia en la Fuerza Armada sería diferida hasta que estuviese a salvo o liquidado. Corrían rumores dándolo por muerto, así que el Hospital Militar emitió su primer boletín médico. Velasco había sufrido un aneurisma. Lo habían operado. Por el momento estaba a salvo. Domingo, lunes, martes. Se agitaba por dentro la Fuerza Armada. Llegaban mensajes de todo el mundo. Nixon, Podgorni, Chou-En-Lai deseaban a Velasco una rápida recuperación. Se decía que nadie podía gobernar en sus cabales si admitía una crisis de salud como el aneurisma. Tenían que habérsele endurecido las arterias a Velasco, lo que significaba una pérdida de facultades mentales. Se hablaba de relevo militar. Seguiría la «revolución peruana» sin Velasco. Una semana después del aneurisma se anunciaba que había firmado los últimos acuerdos del consejo de ministros. Por los boletines médicos repletos de optimismo se habría podido creer que Velasco saldría andando del hospital una mañana cualquiera. En realidad tenía problemas. Se le gangrenaba la pierna derecha. Unos querían llevarlo al extranjero. Otros proponían la amputación en Lima. Velasco sabía que no podría seguir como presidente si salía del Perú. Además desconfiaba de los hospitales extranjeros. Prefirió perder la pierna.

Dos semanas habían transcurrido desde que Velasco fuera llevado en una ambulancia al Hospital Militar y ni una sola vez se habían atrevido los generales a proponer que uno de ellos ocupara temporalmente la presidencia. Velasco gobernaba de memoria. Bastaba su espectro para alinearlos en posición de firmes. Ahí estaba su rúbrica en los acuerdos del consejo de ministros que había sesionado sin presidente. Sin embargo, ya no podía ser el mismo Velasco de antes. A partir del viernes 9 de marzo se trataba de un inválido. Su pierna de infantería había muerto por delante, así que la extirparon por encima de la rodilla. ¿Qué clase de general podía ser si no era capaz de marchar al frente de sus tropas? Bastó que Velasco se incorporase a medias en su habitación del hospital para que todo descontento quedase aplanado. Los principales jefes militares dijeron entonces que Velasco seguía siendo presidente y jefe de la revolución.

A las palabras se las llevaban los interesados vientos del olvido. Un sector militar conspiraba con la Marina de Guerra. Consideraban que el Perú tenía suficientes cambios con las reformas emprendidas. Al regresar a la vida, Velasco se había mostrado aún más radical que antes. Lo mejor sería apartarlo. Entonces habían reaccionado los coroneles del COAP, el poderoso Comité de Asesores de la Presidencia, organizando con todo su aparato de inteligencia una marcha de apoyo a Velasco, a la que concurrieron sus aliados de la CGTP

y las organizaciones vinculadas al Partido Comunista-Unidad. Podía estar o no de acuerdo con Velasco, pero el pueblo se le había encariñado y en tan dolorosa circunstancia salió a demostrarlo. Más de cien mil personas se reunieron el viernes siguiente ante el Hospital Militar. La esposa de Velasco saludó al pueblo, acompañada por los jefes del ejército. Velasco había escrito un corto mensaje al «pueblo hermano». Que fue leído a la multitud. Decía: *Este es un mensaje de gratitud y de reafirmación revolucionaria. Los trances difíciles prueban a los hombres y a las grandes causas. Cuando son auténticas, las fortalecen. Por eso, nuestra revolución está ahora más fortalecida. Hoy más que nunca siento profundamente enraizada mi vida en la vida misma de esta revolución que construyen el pueblo y los soldados del Perú. No puede haber en mí lugar para la tristeza. Porque, para un hombre, los momentos de prueba son momentos de afirmación y de alegría. Por eso, con optimismo, seguiremos enfrentando el reto del futuro, seguros de vencer. Desde este lugar, que también es un puesto de lucha, abrazo emocionado a cada uno de ustedes y les renuevo la fe en esta revolución que no se detendrá hasta lograr la auténtica libertad del Perú y la justicia de su pueblo.*

CLASISMO. ECONOMICISMO. PAÍS SEMIFEUDAL en tránsito al capitalismo neocolonizado y dependiente del imperialismo yanqui. Masas populares explotadas. Burocratismo. Infantilistas. Aristocratizantes. Coyuntural. Situacional. Derechismos. Así sonaba en parte el idioma político de la izquierda en la década de los 70. Se parecía poco a otras lenguas políticas. Se trataba de organizaciones que actuaban como planetas de órbitas variables, perfectamente contenidos en sí mismos, redondamente autosuficientes, sin otra conexión que la misma fuerza de gravedad central, el agobiado eje de un destino común. Se atraían y rechazaban y subían, bajaban, conforme fuesen la demanda y los sueños del pobre pueblo sin rostro ni edad, el universo mismo. Cada quien tenía su liturgia, sus dogmas, sus misterios, sus jaculatorias y su latín. El siguiente enfrentamiento entre el gobierno militar y los maestros iba a librarse en la gran llanura de las clases antagónicas.

En efecto, 1973 no sólo era el año de una rara alfabetización nacional, sin maestros que saliesen a recorrer la amplitud del Perú para enseñar a leer y escribir a todos sus habitantes, sino también el año de la gran cooperativa de servicios magisteriales, una milagrosa entidad que habría de resolver los problemas de la vivienda, la asistencia médica familiar, el crédito, los seguros y el abastecimiento de los maestros. La gran cooperativa estaba por encima del SUTEP, según el gobierno militar, y la elección por parte de cien mil maestros permitiría demostrar que los sutipistas carecían de auténtica representación. Mayo sería un mes de campaña para la elección de dirigentes

de la cooperativa, que debía producirse el lunes 28.

En el SUTEP estaban furiosos. De inmediato, un sector se entregó a la confrontación ideológica. Las cooperativas, por cierto, no eran un producto comunista sino capitalista. Acusaban al gobierno velasquista de jugar a la paz social mediante la conciliación de clases, distrayendo al magisterio de una lucha histórica al lado del proletariado y los explotados del Perú. Dicho en idioma político, los generales pretendían «modernizar las antiguas formas de explotación de las masas populares, implementando un nuevo tipo de dominación» y el reformismo burgués pro-imperialista quería reorganizar «la modalidad capitalista de propiedad» utilizando el cooperativismo para que el pueblo creyese que se había «liquidado la propiedad privada sobre los medios de producción y los servicios.»

Desde el sindicato en Lima, el sector de Sánchez Vicente planteaba que el auténtico objetivo de las cooperativas era corromper al magisterio, pues lo hacía cómplice de la usura y fomentaba el conformismo. También señalaba que la cooperativa estaba vinculada a la Reforma Educativa y a la nueva ley de la docencia, «pilares de la neocolonización imperialista.»

Pero las cooperativas estaban ahí, esperando a sus conductores. El SUTEP no podía olvidar que su objetivo principal era el bienestar inmediato de los maestros. No intervenir, como querían algunos, significaba regalar las cooperativas a la FENEP y a Vásquez Ruiz. Desde el principio, Horacio Zeballos había intentado cortar las discusiones. En efecto, el SUTEP tenía por delante dos posibilidades: entraba o rehusaba participar en las cooperativas. Si se quedaba afuera, se estaba cerrando la puerta a sí mismo. Entonces el gobierno volcaría todos sus recursos a fomentar la cooperativa y debilitar al sindicato. Si intervenía, tendría que cuidarse de la corrupción. Pero la verdad era que la multitud magisterial deseaba las cooperativas. Era un personaje raro en la izquierda, Horacio Zeballos, que creía innecesario llenarse de tantísimas razones para demostrar una pureza que en verdad se probaba con la conducta en vez de las palabras. En vez de extraviarse en más «ideologizaciones», pidió una consulta a las bases y, desde abajo, los maestros decidieron que el SUTEP interviniera.

Más tarde se diría que los generales querían regalar a Velasco la cabeza del SUTEP antes del 7 de junio, aniversario de la batalla de Arica y día en que estaba prevista la reaparición del presidente, para asistir al juramento de fidelidad a la bandera. SINAMOS se jugaba entero en el asunto de las cooperativas, una confrontación de la que parecían huir los sutepistas hasta abril. Una poderosa propaganda aseguraba que la mayoría de maestros intervendría en las cooperativas. Si el SUTEP quedaba afuera, ya no sería la única representación del magisterio. Como era obligatorio votar, la ausencia de candidatos sutepistas sería interpretada forzosamente como una derrota.

Pero en mayo se presentaron ocho listas, incluida la del SUTEP. Fue preciso asignar números por sorteo. Correspondió a los sutepistas el número 4. A los maestros velasquistas y moscovitas, el número 7. Los apristas no sutepistas, aferrados a la FENEP, recibieron el número 5. El día de las elecciones, el gobierno suspendió las clases. Esa mañana enviaba sus últimos disparos la propaganda gobiernista: «La cooperativa magisterial en manos de sus verdaderos dirigentes significa para el maestro un triunfo sindical.»

No quería fracasar SINAMOS. Los maestros votaban a la fuerza. En caso contrario recibirían una multa equivalente a un tercio de su salario mensual. Sólo en Lima existían mil puntos de votación. En total sufragaban cien mil maestros. Los primeros datos daban un resultado categórico. El SUTEP había barrido en todo el país, menos en Piura y Chiclayo, donde ganaban los gobiernistas. A la mañana siguiente el comité electoral adelantaba la siguiente información: la lista 4 del SUTEP obtenía 80 por ciento de los votos; la lista 7, de gobiernistas, moscovitas y otros aliados, 19 por ciento; la lista 5, de la vieja FENEP, uno por ciento.

Sería difícil entender años más tarde qué ocurrió con ciertos acontecimientos y personajes, pues se hacían humo de la noche a la mañana si es que contrariaban los intereses del gobierno militar. Durante cuatro meses se habían llenado la boca los generales con la propaganda de las cooperativas. Nada podía compararse a esa llave del paraíso que serían las cooperativas magisteriales, gracias a las cuales se daría solución a la falta de vivienda y hasta serían financiados supermercados propios de los maestros. Ganaba el SUTEP y la historia desaparecía de todos los medios, aún de los diarios que se consideraban independientes. Un día primera plana, al otro día silencio y después olvido. Cuando se reunieron en Lima los dirigentes acabados de elegir para designar el consejo administrativo de la central de cooperativas (mejor conocida como CECOOSTEP), la mayoría de votos recayó en otro sutepista, Carlos Salazar Pasache.

No tardó el gobierno militar en denunciar «maniobras políticas» que violaban la autonomía de la central de las cooperativas al dejarse gobernar por afiliados al SUTEP, lo que significaba una subordinación a un sindicato que, de otro lado, no existía, pues el gobierno se negaba a darle reconocimiento. Pronto habría de empeorar la ofensiva al decirse que «la intromisión sindical» propiciaba irregularidades en el manejo de los fondos magisteriales, pues el SUTEP obligaba a las cooperativas «a satisfacer los apetitos políticos y personales de los dirigentes.»

Los sutepistas tenían su propio grito de guerra: «Diez mil o muerte.» Horacio Zeballos había lanzado la voz para resumir lo principal del pliego de reclamos. Diez mil soles mensuales de salario o morir. No era mucho dinero. Era lo que ganaba un subteniente del ejército al salir de la escuela

militar. Otras peticiones del SUTEP eran la liquidación inmediata de la vieja Mutualista Magisterial, el alejamiento de SINAMOS de los organismos sindicales y populares, la moralización del Ministerio de Educación, el reconocimiento legal del SUTEP y la repatriación de Rolando Breña, que seguía olvidado en Europa.

La experiencia demostraba que ninguna demanda se escuchaba sin su respectiva amenaza de huelga. El SUTEP anunció un paro nacional de 24 horas para setiembre de 1973. Acaso celebraran el segundo aniversario de su célebre primera huelga magisterial con un conflicto superior. Nadie mostró deseos de dialogar en el gobierno. Aún peor, los generales ni siquiera recibían el pliego de los maestros, pues procedía de un sindicato al que negaban la existencia. Después se endureció la dictadura. Velasco había re-aparecido en público, para el juramento de lealtad a la bandera. Parecía haber crecido su popularidad y estaba más revolucionario que antes, con un SINAMOS que había aumentado su poder durante la enfermedad presidencial y con todo el gobierno de acuerdo con la calculada transferencia de ciertos poderes a los sectores de la población organizados por la Fuerza Armada y dependientes de ella. Ni comunismo, ni capitalismo, ni partidos políticos, ni nada conocido que pudiese servir de referencia. Andaba Velasco tiesamente, con su pierna artificial en posición de firmes, sobre brillosos zapatos militares. Mientras tanto, después de aplastar a sus rivales en las elecciones de las cooperativas, el SUTEP movilizaba a los maestros con la consigna de «diez mil o muerte».

Aunque se había relacionado con futuros militantes de Patria Roja en Arequipa, Horacio Zeballos recién se integró a sus filas antes de que acabara 1972, en Lima. En realidad, Patria Roja se había organizado como partido político ese mismo año. Antes había sido una posición, una conducta política, un conjunto de propósitos y aspiraciones, una comunidad casi secreta, una disciplina, un sueño. De ser una agrupación de disidentes, habían logrado transformarse en partido desde abajo, no a la inversa, a partir de cúpulas e ideologías construidas arriba, como la mayoría de los partidos políticos en la historia del país. Primero se reunían firmas de personajes y después se llamaba al pueblo, cuando ya las ideas y los programas habían sido aprobados. A Horacio Zeballos no le gustaba dividir las fuerzas políticas en dos bandos, izquierda y derecha, cuando en realidad debían clasificarse de arriba o de abajo. Era preferible preguntar a quién servían en vez de qué pensaban. Mientras Patria Roja se aglutinaba, se dispersaba Bandera Roja, la primera escisión del Partido Comunista original. Sin embargo mantenía su presencia, sobre todo en ciertas regiones andinas. Sendero Luminoso empezaba a existir misteriosamente y procuraba propagarse por las bases magisteriales, aunque parecía olvidar que el SUTEP no debía convertirse en un instrumento partidario pues entonces moriría rápidamente.

A fines de ese año, Horacio Zeballos informó al SUTEP que había pasado a militar en Patria Roja. En una época en que todos «ideologizaban», se llegó a decir que era la oveja negra del partido. Acaso era la oveja roja, según desde donde la estuvieran observando.

LLEGÓ OCTUBRE. SE ACERCABA EL DÍA DEL PARO. No faltaban quienes querían rendirse ante la evidente furia de Velasco. Tenía que ser una conspiración de ultras, los sutepistas serían aplastados. Horacio Zeballos aguantaba un vendaval adverso, empeorado por las innecesarias declaraciones de sus propios extremistas. El ministro de Educación, un general de división con rostro de calavera, tartamudeaba de furia cada vez que hablaba de los sutepistas.

Dijo en televisión: «No hay SUTEP, ya se ha declarado improcedente su reconocimiento y mal pueden convocar un paro estos grupitos a los que yo no llamo maestros.»

El domingo 21 de octubre se publicaba un comunicado de la CGTP en que se decía: «Como carne de cañón quieren usar a los maestros.» El viejo Partido Comunista Unidad también se les volteaba. Según la CGTP (de tendencia moscovita) los «monopolios imperialistas aliados a la oligarquía tradicional» pretendían convertir a los maestros peruanos «en base social de la contrarrevolución y lograr que jueguen el sucio papel que desempeñaron los transportistas de Chile para el advenimiento del fascismo.»

Seguía la CGTP: «El magisterio nacional debe rechazar de plano el intento desplegado por algunos dirigentes del denominado SUTEP de enfrascarlo en una lucha contra el proceso revolucionario, contra los trabajadores y el pueblo, contra los cambios sociales y, en definitiva, a favor de los monopolios imperialistas, de la oligarquía tradicional, de las camarillas que siempre detentaron el poder.»

Insistía la CGTP, a página llena en la prensa gobiernista: «Nadie en el país puede ver con simpatía tal nuevo intento destinado a contraponer al magisterio con sus más legítimos intereses. Solamente el APRA y algunos grupos provocadores de la pseudoizquierda a su servicio, pueden actuar como cómplices de un intento que merecerá el más enérgico rechazo de todos los profesores realmente revolucionarios.»

El lunes subían de tono los ataques al SUTEP. «Traición al país», anunciaba un periódico. Las centrales de trabajadores condenaban al SUTEP. Aparte de la CGTP moscovita se pronunciaba la nueva Central de Trabajadores de la Revolución Peruana, CTRP, controlada por SINAMOS, y la Confederación Nacional de Trabajadoras, demócrata cristiana. La CTP aprista guardaba silencio.

El aparato nacional de SINAMOS disparaba comunicados de «organizaciones populares» que condenaban a los sutepistas en todo el país. También se publicaban cartas de maestros denunciando gravísimas irregularidades en los manejos del SUTEP y las cooperativas.

«El paro magisterial es parte de la escalada contrarrevolucionaria.»

«Engañan a la opinión pública.»

«El paro: una traición al Perú.»

El ministro con rostro de calavera volvía a la carga: «El gobierno no tiene interés en tratar con los maestros politiqueros y huelguistas que representan a la contrarrevolución. Nos interesa la mayoría de buenos maestros para los que estamos realizando proyectos como el de las cooperativas, para obtener su reivindicación profesional, económica y social.»

Y ante los trabajadores de SINAMOS, la misma calavera decía: «Esta es una revolución ni comunista ni capitalista, en la que tenemos conciencia que el maestro peruano siempre ganó poco, pero nosotros estamos afrontando el problema más realista e integralmente que aquellos que siempre hicieron demagogia con sus necesidades y que ahora están al servicio de la antipatria y la contrarrevolución.»

HABÍAADQUIRIDO UNADIABETES VITALICIAa consecuencia de una infección al páncreas adquirida en tierras amazónicas. Tres semanas lo habían tratado en una clínica de Lima. Pero se cumplía el plazo para el paro nacional y Horacio Zeballos dejó todo para ponerse al frente del SUTEP.

En los últimos días, la propaganda del gobierno militar había atacado tan violentamente a los maestros huelguistas, que Horacio Zeballos se preparó para lo peor, una persecución, nuevas deportaciones. Los generales afirmaban que el SUTEP no existía. Que era una fachada para la contrarrevolución aprista. Que verdaderamente era una organización subversiva. «Los maestros complotan contra el Perú», escribió un columnista. «¿Hasta cuándo vamos a soportar el chantaje de la ultraizquierda y la ultraderecha?» Después desapareció el SUTEP de las noticias. Entonces se desconcertó Zeballos, pues parecían haber sido olvidados por el aparato represivo, justamente cuando empezaba el paro. Se hubiese dicho que el Ministerio del Interior prefería darles la espalda. El Comité de Lucha se había dispersado. Una semana antes la tierra se había tragado a los principales dirigentes del SUTEP y a sus enlaces. Se creía que Horacio Zeballos estaba en Arequipa. Lo habían visto en Moquegua. Había pasado por Puno. En la mañana del 23 de octubre, víspera del paro, Horacio Zeballos se embarcaba en el vuelo de Aeroperú de Cusco a Lima, acompañado por Olmedo Auris. Terminaban de recorrer el sur, personalmente impartiendo instrucciones. Todo el tiempo la DSE y la

DAS le habían seguido los pasos.

Como solía ocurrir con los primeros vuelos del día, la mayor parte de los pasajeros eran turistas estadounidenses y europeos. A Olmedo Auris le preocupaba el agotamiento físico de Horacio Zeballos. Cumplían ocho días de viaje por pedregosas carreteras andinas, de bordes carcomidos por la ansiedad de los abismos. Ambos sufrían los efectos de la constante demolición de los baches. Se instalaron en la parte trasera de un avión con tres turbinas.

—Se me cansan mucho las piernas, corito. Me estoy poniendo viejo —se quejó Horacio Zeballos—. A ratos es como si no las tuviera y a ratos no aguanto el dolor.

Trataba de frotarse muslos y pantorrillas mientras el corpulento Olmedo Auris metía forzudamente bajo el asiento una bolsa con piñas de Quillabamba que le habían regalado esa mañana.

El viaje demoraba menos de una hora.

—Duerme, cholito, aprovecha para descansar— dijo Olmedo Auris mientras buscaba como estirar sus propias piernas. Se dio por vencido y observó cierta inocultable congoja en el rostro de Zeballos.

No mata la diabetes, le había dicho el médico, matan sus complicaciones. Nada de emociones fuertes. Cólera, angustia, miedo, hasta la risa hacían subir los azúcares en su organismo. Tendría que vivir apagadamente. No vivir del todo y para qué. Para llegar a viejo sin haber vivido.

Lo postraba un feroz cansancio diabético. Mañana, paro nacional. Sólo Dios podía saber qué esperaba después a Zeballos. Entonces se oyó la voz de una azafata por los altavoces internos.

—Por favor, que el señor Horacio Zeballos Zapata se presente en la puerta del avión...

Repitió el mensaje dos veces.

—Ya me jodieron, corito. Me mandan preso.

—No salgas —apagó su voz Olmedo Auris—. ¿Acaso eres Zeballos Zapata?

Era verdad. Se llamaba Zeballos Gámez.

—Van a estar esperándonos en Lima —se quejó el secretario general del SUTEP.

—Ya veremos qué hacer en Lima. Ahora, quieto. No van a bajar a los pasajeros para buscarte.

—Todavía no soy tan importante —sonrió Zeballos por primera vez en la mañana.

—Señor Horacio Zeballos Zapata, preséntese en la puerta del avión...

—No voy.

—No vayas.

—Por favor, el avión tiene que salir. Estamos esperando al señor Horacio Zeballos Zapata, que se presente en la puerta...

Alargó el cuerpo medio acalambrado y entrecerró los ojos. Habría podido dejarse caer de espaldas en su propia negrura interior, el sueño insatisfecho como una muerte por cuotas adelantadas y hundirse, diluyéndose en la nada de los silencios, el vacío al revés de la luz clausurada. Acaso durmió unos minutos. El golpe de la puerta al cerrarse, cansada de tantísimo esperar al señor Zeballos, lo hizo volver a esa mañana de miércoles en octubre. Olmedo Auris sonrió con expresión de ya lo ves, nadie te molesta. Silbaron las turbinas y partieron.

Por suerte nadie los esperaban en el aeropuerto cuando llegaron a Lima. Posiblemente la policía pensó que Horacio Zeballos no había abordado el avión. Olmedo Auris no abandonaba su bolsa de piñas. Tomaron juntos un taxi.

—Al Jirón Lampa —dijo Auris—. Después me voy a casa a dejar la fruta y te busco a la hora de almuerzo.

—Está bien, corito.

Daban las once de la mañana cuando se apearon en la puerta del SUTEP. El corto descanso durante el viaje parecía haber reanimado a Horacio Zeballos. Llegaban maestros a pedir instrucciones, se marchaban con mensajes para sus respectivos sectores.

Mañana, paro nacional de maestros.

Estuvo tentado de decir que le parecía demasiado respeto por parte del gobierno militar, pero se mordió los labios Olmedo Auris. Hasta ese momento, nadie había sido detenido por la policía. El incidente en el Cusco podía ser una casualidad, una equivocación. Observó a Horacio Zeballos acosado por los visitantes.

Paro nacional. Mañana. Barricadas en el sur. Alumnos y padres de familia manifestando simpatía pública por los profesores. Puentes interrumpidos en Arequipa. Mañana, esta noche a las doce.

—Voy a casa de mi hermano y vuelvo— anunció Olmedo Auris.

—Anda nomás, corito. Yo te espero. Me buscas aquí o en la cooperativa.

Tardó una hora en ir a Lince y regresar. Ya no pudo acercarse a la puerta del SUTEP. Seguridad del Estado había cerrado las calles después de capturar el local del sindicato.

¡Se habían llevado a Horacio Zeballos y a sus acompañantes con destino desconocido!

Olmedo Auris se evaporó rumbo a la central de cooperativas, instalada

en el décimo piso del Banco Comercial, a dos cuadras de distancia. Encontró a Carlos Salazar Pasache en la oficina de la presidencia. Intercambiaron datos. Hasta ese momento, los servicios especiales sólo se habían interesado en Horacio Zeballos. Cuatro maestros habían caído con él, pero al rato estaban sueltos. Salazar Pasache entraba a la clandestinidad. Olmedo Auris decidió acompañarlo.

Al día siguiente, el SUTEP devolvió todos los golpes al gobierno militar. Escuelitas fiscales, viejos colegios nacionales, grandes unidades escolares, escuelas técnicas, nuevos colegios comunales, todo dejó de funcionar por un día. Sólo Piura y parte de Chiclayo desobedecieron el paro sutepista. La región amazónica, recientemente visitada por Horacio Zeballos, no sólo había paralizado la educación sino que había protagonizado protestas públicas con participación popular. En el amplio sur, de Ica a la frontera con Chile y de la costa al Lago Titicaca, se habían sumado otras agrupaciones sindicales, aparte de una nueva federación de estudiantes de secundaria. Después de siete años de miseria y promesas, los maestros querían soluciones, de una vez por todas el aumento de sus salarios. Eran los últimos en el presupuesto de la república. Un director de colegio ganaba menos que un subteniente. ¿Hasta cuándo? El paro nacional de un día sólo era el principio. La causa magisterial se resumía en el grito «¡Diez mil o muerte!» Nada iba a detenerlos.

EN ICA SE HABÍAN INTERRUMPIDO TOTALMENTE las clases. Sin embargo, Víctor Yupanqui Mantarí, secretario de organización del SUTEP regional, estaba furioso. Había tenido que pasársela en cama, tumbado por una bronquitis que sólo empezó a ceder en la noche del miércoles. Al cabo de cuatro inyecciones de penicilina en masa, Yupanqui se sintió con fuerzas para aprovechar el perpetuo sol de Ica y visitar su colegio. Estaban a jueves 25 de octubre. Era día de pago para el magisterio. Aprovecharía para recoger su sueldo.

Cuanto había sucedido le parecía extraño a Yupanqui. Antes del paro, habían acusado de todo a los maestros, hasta de traición a la patria. Los sutepistas iqueños se sabían vigilados por la policía. De pronto los dejaban tranquilos. En Ica habían tenido un paro pacífico, casi una fiesta contra el gobierno militar. Yupanqui pasó por la casa de Néstor Vicente, secretario regional del SUTEP. No lo encontró así que siguió hacia su colegio. Cinco años había trabajado Yupanqui en Palpa, un valle caluroso y distante, donde maestros y autoridades eran tan pocos que todos terminaban por hacerse amigos. Esa mañana, un antiguo conocido de Palpa esperaba a Yupanqui en la puerta de calle. Era subcomisario de la Policía de Investigaciones.

—Qué hay, hermanito, tanto tiempo sin verte— se alegró el policía.

—Bien, bien. ¿Y tú? ¿Dónde andas ahora?

Lo acababan de trasladar a Ica después de una temporada en Ayacucho.

Volverían a verse, para tomar unas cervezas cuando fuese asueto.

—Oye, profe, anoche has estado libando licor con otros profesores y te has pasado de copas...

—¿Yo? —se sorprendió Yupanqui—. ¡Si me acabo de levantar!

—A lo mejor no te acuerdas, profe, pero le has metido un silletazo a un tipo y está todo descachalandrado.

Imposible, cholo. He estado en cama con una bronquitis feroz. Un médico me ha visto.

—El pata está en coma, a lo mejor se muere —siguió implacable el policía—. La familia te ha denunciado.

—¿A mí?

—A ti, pues. Por eso he venido a verte, porque soy tu amigo.

—Pero yo no he sido.

—Justamente, profe, si dices que no tienes la culpa, vienes conmigo, declaras y te vas.

—¿Y mis alumnos? Tengo que dar clases.

—Ya he hablado con el director y dice que vengas nomás. Tomará una hora, profe. De ahí te vienes a tu trabajo.

Se fueron a pie, rumbo a la jefatura de la Policía de Investigaciones, conversando de tiempos pasados, los buenos años en que habían sido jóvenes y solteros en Palpa.

Algo avisaba, pero Yupanqui no escuchó. ¿Qué hacía entrando mansamente a un cuartel policial al día siguiente del paro, Yupanqui? No se detuvo. Pasa hermanito, decía el investigador. Gracias, contestó. Muchas gracias. Qué gentil. En el fondo de la penumbra, dos o tres personas agitaron los brazos. Decían que no, que te vayas, Yupanqui. Pero Yupanqui ya había cruzado el umbral. La puerta se cerró a sus espaldas.

—Lo siento mucho, profe, mejor que hayas venido tranquilo a que te diesen de palos en la DAS...

Yupanqui enmudeció.

—¿Estoy preso? ¿De qué me acusan?

—No importa, hermanito. Te han pedido de Lima. Seguridad del Estado te quiere conocer.

Temporada en el infierno

*Déjenme reír, para no llorar.
Déjenme cantar para que la pena no duela tanto.
(«Maestra vida»)*

*La vida es un mercado,
estamos vendidos hasta los nietos...
(Horacio Zeballos)
(Escrito en el Sepa)*

EL VIEJO CUARTEL del POTAO SE HABÍA CONVERTIDO en centro transitorio de reclusión al que llegaban maestros capturados en todo el país. El gobierno militar mandaba aislamiento, así que los encerraron en una sola cuadra con mala luz y un techo de calamina medio desfondado, por el que aullaban desahogados los Fríos de San Andrés. Como de costumbre en octubre, los temblores de tierra visitaban la ciudad, pero ni siquiera entonces se abrían las puertas encadenadas, para que se salvaran de un aplastamiento. Salían sólo por las mañanas, a lavarse y usar los retretes del cuartel. Un rato los dejaban caminar en círculos. A esa hora se turnaban para limpiar los cilindros que servían de urinarios y ventilar el aire irrespirable de la cuadra. Después los encerraban hasta el otro día. Todas las noches llegaban detenidos. Sólo en el Potao, al comienzo sumaban ochenta. Los últimos en entrar iban agregando pedazos de historia que los demás desconocían. A la primera semana pasaban de doscientos. Miles habían visitado los calabozos del gobierno. Miles estaban marcados por huelguistas. Miles serían despedidos de sus puestos. Era una de las persecuciones más grandes del siglo en el Perú.

En realidad, no parecían presos. Más exacto habría sido darlos por desaparecidos. Las autoridades judiciales no conocían su apresamiento, ni lo

habían ordenado, ni se acusaba a los maestros de ningún delito. Ni siquiera habían firmado una declaración o respondido a un interrogatorio y El Potao no era una cárcel sino un cuartel asignado a las fuerzas policiales. Aún más, carecían de abogados. Sus familias no habían sido informadas. Tampoco el país. Ni una sola noticia había perforado el silencio militar. Nada. De acuerdo con las informaciones de periódicos y televisoras, no se había producido la huelga, ni nadie perseguía a los huelguistas como no fuese en la atormentada imaginación de quienes se amontonaban en El Potao.

Horacio Zeballos había sido el primero en llegar a esa prisión de paso. Después habían caído Callirgos y Gallardo. Nada se sabía de Sánchez Vicente. A la otra noche entró Julio Pedro Armacanqui. No demoró en aparecer don Teodoro Cárdenas Sulca. Siguieron Constantinides y Juvenal Ordóñez, ambos del sur. Gróver Pango llegó de Tacna. Los puneños, con Lipa Quina, Háwar Orihuela, Jaime Nina Chávez y Onofrio Coacalla fueron desembarcados de madrugada, aturdidos. Creían estar en Bolivia. Caían al amanecer, desordenando la quietud a palos del Potao. Tanteaban la penumbra que conducía a la cuadra, entraban por partes, fosforescían sus miradas hasta encontrar rostros amigos, se acercaban ayacuchanos y huancáinos de la tercera región, el primer grupo de cusqueños y apurimenses; más tarde entraban los norteños, muertos de fatiga los cajamarquinos. Todos sus nombres no entraban en una libreta y seguían llegando, algunos en pijama, encarcelados con lo que tenían puesto, sin saber por qué o hasta cuándo. Zeballos los recibía personalmente. «Soy su secretario general», repetía, aunque lo conocieran. Así dejaba establecido que seguía siendo responsable de todos ellos. Su mensaje no cambiaba. Los habían encarcelado por orden del gobierno. Que nadie se engañara. Los generales habían decidido que el SUTEP no debía existir. Y no existiría, a menos que ellos, los maestros, decidieran lo contrario.

La verdad, estaban prisioneros de cuatro paredes de silencio. Nada se escuchaba del mundo exterior. Ni una voz salía de los calabozos denunciando la persecución. Una semana después del paro nacional, la rebeldía de los maestros se diluía en el olvido. El gobierno militar se había negado a reconocer al SUTEP. Sólo habría diálogo con los antiguos sindicatos. Según el Ministerio de Educación, los sutepistas habían presentado «apenas» el 45 por ciento de las firmas de los trabajadores, a las que faltaban, en muchos casos, el número del documento de identificación o la huella digital correspondiente. Casi en la víspera del paro, los medios de comunicación del gobierno anunciaban con grandes titulares que el SUTEP utilizaba dinero de la central de cooperativas para financiar la actividad de los huelguistas. Después desaparecieron de las noticias. Ni una sola carta de rectificación fue publicada. El paro del 24 de octubre tampoco mereció un lingote de

plomo en los diarios peruanos. Nada se dijo de la metódica desaparición de los dirigentes sutepistas. Nadie se unió a la protesta de los familiares de los maestros que demandaban información sobre su paradero. Parecía una locura ponerse a luchar en semejantes condiciones. Casi toda la directiva nacional del SUTEP se encontraba entre rejas. Todos los intentos de pasar mensajes al mundo exterior habían fracasado. Sus carceleros eran veteranos de la campaña antiguerrillera de Púcuta y los Andes centrales. Odiaban a los comunistas. Una parte de los maestros titubeaba. Ni siquiera estaban en una verdadera cárcel y ya prorrumpían en lamentaciones. Querían rendirse, salir cuanto antes. ¿Pedía Velasco la cabeza del SUTEP? Que se la dieran, pues. Horacio Zeballos endureció su discurso. Llamaba a resistir. Entonces llegó el primer soplo: «el primer domingo de noviembre los llevarían al Sepa.»

La Isla del Diablo era un paraíso francés en comparación con la colonia penal del Sepa, instituida por el general Odría para castigar a los ofensores de la república peruana. Ni siquiera aparecía en los mapas. El Sepa era una prisión para los sentenciados a las penas más altas, en su mayoría asesinos o bandidos reincidentes, esa categoría de fieras humanas a la que llamaban «rematados», quienes ya nunca volverían. En efecto, del Sepa casi nadie había regresado para contar cómo era esa cárcel emparedada por una selva carnicera, donde los revoltosos concluían amarrados al árbol de la tangarana, con grandes hormigas que los devoraban crudos. Ahí habían estado presos los dirigentes de los sindicatos mineros y los rebeldes de Cobriza, a quienes habían soltado en agosto, algunos ya infectados por la lepra amazónica, con miradas turbias, silenciosos todos, a medio matar después de una temporada en el infierno.

No se equivocaba Horacio Zeballos al pensar que muchos dirigentes del SUTEP tenían que haberse salvado en la clandestinidad. Manzur, Rebaza, Esparza, Salazar Pasache no aparecían en el Potao. Tampoco llegaban Olmedo Auris, los más jóvenes. Muchos maestros de provincias habían tenido tiempo de esconderse. Se reagrupaban, dándose una nueva organización. En cuanto a Arturo Sánchez Vicente, estaba preso aunque lejos del Potao.

Otra vez sería Arequipa el centro de la protesta contra el gobierno militar. Manuel Jiménez, secretario sutepista de Arequipa, había burlado a los sabuesos de Seguridad del Estado. Hernán Vela Espinoza, secretario de defensa, también seguía libre. La organización provincial y por distritos se mantenía intacta. El jueves 25 de octubre habían caído el Gato Marroquín y una parte de la dirigencia arequipeña. El viernes, los sutepistas pasaban a la clandestinidad en Arequipa. El sábado, hasta los estudiantes estaban en sus catacumbas.

El gobierno militar siguió golpeando. No existía el SUTEP. Confirmado. El paro había tenido una intención subversiva. Ahora los

sutepistas podrían dar con sus huesos en largas prisiones, poco menos que por traición a la patria. Cuatrocientos maestros estaban presos, sin que se explicara su situación judicial. Dos mil habían sido interrogados. Cinco mil habían perdido sus empleos. Alberto Moreno, secretario general de Patria Roja, se encontraba en Arequipa cuando empezó la persecución de los maestros. Se había refugiado en la Universidad Nacional de San Agustín. Sólo quedaba una respuesta posible: un paro regional indefinido. A Manuel Jiménez, secretario arequipeño del SUTEP, lo buscaba la policía, lo mismo que a Bladimiro Begazo, que entonces dirigía la Federación Universitaria. Muchos maestros estaban marcados, así que las maestras pasaron a manejar los preparativos del paro indefinido, dirigidas por Juana Loayza Espinoza, que con sus ocho meses de gestación no proyectaba la imagen propia de una conspiradora. El jueves, día de las ánimas benditas, llegaron a la universidad delegados clandestinos del magisterio regional, de la Federación de Empleados Bancarios, de la central demócrata cristiana de trabajadores, del sindicato de la empresa telefónica y dirigentes ferroviarios y cervecedores. Esa noche acordaron el paro. Constituyeron el Comité de Defensa del Fuego Sindical, presidido por Justiniano Apaza, del Sindicato de Choferes. A pesar de lo avanzado de su gestación, Juana Loayza integraba el comité en representación del SUTEP. Nuevamente Arequipa olía a barricadas.

Entonces se quedaron sin dinero. El sindicato había renovado a sus dirigentes en setiembre. Al Gato Marroquín lo habían metido preso antes de que pudiese recoger los fondos sindicales y las cuentas que presentaba la antigua directiva de Elba Oviedo. La víspera del paro, el secretario local del SUTEP, Manuel Jiménez, decidió ignorar la seguridad y visitar a la Oviedo. Aunque estaba clandestino, invitó a salir al profesor Ochoa, presidente de la cooperativa magisterial arequipeña, y a Bladimiro Begazo, que debía cumplir funciones importantes a la mañana siguiente. Era el único que se había quejado: «¿Y la policía?» Jiménez contestó: «No pasa nada.» Estaban a domingo. Cierta espíritu de feriado parecía desmentir que se acercaba un conflicto. Bladimiro Begazo quiso decir que la casa de Elba Oviedo seguramente estaba vigilada, que daba lo mismo presentarse en la Prefectura. Al fin guardó silencio. En el último minuto se les sumó Hernán Vela, secretario de defensa del sindicato en Arequipa. Un chofer de taxi los recogió a las nueve de la mañana. Habían estado escondidos en un sótano de la Federación Universitaria. Aún perdieron tiempo, yendo a sus casas a cambiarse de ropas. Al fin visitaron a Elba Oviedo, en el barrio de Miraflores. El dinero estaba escondido, tendría que traerlo. Bladimiro Begazo protestó. Se habían vuelto locos. No podían estarse paseando en un taxi en la víspera del paro. La policía llegó al rato. Los sorprendió cuando bajaban por la avenida Goyoneche. El taxista fue el primero en entregarse. No les quedó otro

camino que salir mansamente con las manos en alto.

A las tres de la mañana del primer domingo de noviembre habían contado a los maestros en el Potao. Ochenta y nueve. Los dividieron en tres grupos. Horacio Zeballos y los dirigentes nacionales salieron con el primer grupo, antes del amanecer. ¿Dónde los llevaban? Los carceleros no hablaban. Nada más sonreían. Se inflaban sus correaes, el uniforme verde aceituna, les sudaban los pescuezos. Un enorme autobús con ventanas clausuradas se había estacionado en el patio del cuartel. La luz amarilla de un reflector cegó a Horacio Zeballos. Esposaban a los maestros conforme salían. Sintió una mordedura metálica aprisionando sus manos flacas. Aún no cumplía los treinta años y ya lo creían el hombre más peligroso del país. Al Sepa, a una cárcel en medio de la selva. Quizás al Frontón, la isla anclada frente a Lima. Siempre al peor sitio, los maestros. Siempre en secreto, con crecida escolta, oscuramente llevado de una prisión a otra, Zeballos. Supo que se inclinaba, como si trepara una cuesta, así, con toda esa luz en contra, empujándolo hacia atrás. Cumplían once días de encierro y ya su única ropa empezaba a romperse, apestaba a sudor viejo su camisa, ansiaba darse un baño con jabón, ser como cualquiera.

Nuevamente los contaron. Pasaban lista. Por razones alfabéticas, primero llamaron al profesor Armacanqui. El último, Zeballos. Se acomodó entre Carlos Gallardo y el corpulento Constantinides. Quedaron encerrados en un largo baúl metálico, con sólo rendijas para ver los fulgores de la ciudad en movimiento. Pareció que viajaban la mitad de la vida, hundiéndose en baches, latosamente por un pavimento arruinado y pedregoso. En realidad cumplían media hora de viaje, entre vehículos policiales cuyas luces de colores se perseguían por la lechosa claridad de la mañana apenas inaugurada. A las seis y cuarto, uno de los maestros creyó haber visto el aeropuerto internacional por una rendija. ¿Deportados? ¿Treinta maestros enviados al destierro? Imposible. Provoca rían un escándalo internacional. Horacio Zeballos se hundió en si mismo. Haber visto el aeropuerto significaba que acabarían en la única cárcel del mundo a la que sólo se podía llegar por avión: la colonia penal del Sepa.

El autobús carcelario se estacionó a las seis y media de la mañana en el Grupo Ocho de la Fuerza Aérea, una base que ocupaba gran parte del aeropuerto internacional de Lima. Ahí operaba el único escuadrón de rescate del país. Ahí estacionaban el avión presidencial. Por ahí llegaban y salían naves en completa reserva. Ahí los dejaron hasta las diez de la mañana, cuando la tropa los hizo bajar al trote, a gritos arreándolos hacia un búfalo militar de dos hélices, con bodega de carga. Quitaron las esposas a los maestros sólo para encadenarlos a los asientos laterales del avión. Otra vez pasaron lista. Un pelotón de sinchis se instaló en la bodega. Cerraron las puertas.

Mientras calentaban los motores y tomaban impulso para elevarse hacia la cordillera, Horacio Zeballos observó los rostros de sus jóvenes carceleros. Tenían los rostros pintados, en parte para inspirar horror, también para no ser reconocidos. Estaban armados como si fuesen a un combate. Sin embargo, detrás de esas máscaras de guerra no eran otra cosa que adolescentes convertidos en carniceros.

A cinco mil metros de altitud reventaban los pulmones. No llevaban oxígeno para los prisioneros. Amaratados por el frío, los maestros se abrigan pegándose unos a otros, hacían muecas para aliviar sus oídos. La cordillera subía a casi siete mil metros. A Horacio Zeballos le pareció que se quedaba dormido. Respiraba hilachas de aire, jadeando para retenerlas en sus pulmones enflaquecidos. Observó como salía sangre de las narices de otros maestros, gotitas primero, borbotones después. Se retorcián, encadenados al avión, sintiéndose morir. Cayó entonces por un espacio negro, en el que sólo existía el silbido de las hélices y la trepidación de los vientos encajonados por las montañas. Negro gris, oscuro aullido de la cordillera y toda su rocosa negritud. ¿Dónde estaba, por cuánto tiempo, Horacio Zeballos? ¿Qué destino tenía que cumplir? Un vaho vegetal lo revivió al rato. Esta vez el avión picaba hacia una llanura verde que se perdía en el horizonte. Un calor de horno se mezclaba a las últimas rachas andinas que habían quedado encerradas en el avión. Horacio Zeballos se retorció para observar el paisaje. Bajaban directamente a un espacio apenas visible, una franja pelada cerca de un río barroso, de aguas coloradas. Treinta y cinco minutos después de haber alzado vuelo en Lima, el búfalo militar aterrizó en la colonia penal del Sepa.

Abajo, rápido. Fuera, lejos del avión, desencadenados, en fila de a uno, atención, firmes.

A1 filo del campo, donde raleaba la maleza, unos seres barbudos, de inmundas trenchas y ojos turbios, se amontonaban para observar a los maestros.

El avión esperaba con los motores encendidos.

Guardias republicanos con fusiles militares vigilaban a los recién llegados. Los llevaron a la orilla del río Sepahua. Un sargento quiso esposarlos conforme subían a una canoa para diez ocupantes. Esta vez los maestros protestaron. Se volcaba una canoa y morían todos.

—¿Para qué necesitamos cadenas? —enrojeció Horacio Zeballos.

—Para que nadie escape —dijo el sargento.

—¿Escapar? —Horacio Zeballos miró en derredor. Inmensidad verde, ciénaga invisible, bosque impenetrable la selva que acosaba ese espacio apenas deshabitado que era el Sepa. Un aire abrasador quemaba sus pulmones. A Horacio Zeballos se le doblaban las piernas de la fatiga—. ¿Hacia dónde quieres que vayamos a escapar? ¡Vamos, di!... ¿En qué

dirección quieres vernos fugar?

El sargento bajó la mirada.

Pasaron el río de diez en diez. El infierno empezaba donde se unían el Sepahua con el Urubamba. Un hervidero de grandes lagartos protegía los pantanos. En la parte alta, donde el diluvio anual hacía rebrotar lo espeso de la selva, tardaban en aparecer los rústicos edificios de la colonia.

Media hora caminaron en silencio, jadeando a ratos, y ni una sola vez los republicanos habían sacado el dedo del gatillo. Avanzaban en fila de a uno, procurando no salirse de un estrecho sendero bien marcado por infinitos pasos en la maleza.

Una mugrosa ciudadela apareció al fin, vecina a un fuerte construido con troncos de árboles. Centenares de presos se aglomeraban silenciosamente para observar a los recién llegados. Parecían salir de otros tiempos, con barbas descontroladas y ropas oscuras, las melenas tiesas de tantísima mugre y colmillos que reían con fulguración carnicera en los rostros que se repetían, iguales por fuera y dentro. Nada decían sus miradas como no fuese un mensaje de almas muertas.

En la explanada central pudo ver Horacio Zeballos la amplitud de esa cárcel abierta. Ocupaba un triángulo entre los dos ríos y la muralla de la selva. Tenía el aspecto de un pueblo pequeño, con calles bien comarcadas. Al frente estaba la administración de la colonia, con las viviendas de los empleados y sus familias. De ese lado también estaban las casas de los oficiales de la Guardia Republicana. Seguía la escuelita para los hijos de funcionarios y colonos, una iglesia, la casa del cura, la posta médica y las oficinas de la capitania, junto a la cual se levantaba la torre de la radio. A la izquierda existía una hilera de cobertizos, donde almacenaban cosechas, dos de los cuales estaban ahora destinados a servir de vivienda a los maestros. Al centro había una cancha grande con un enorme árbol de mango y otro arbolito de aire siniestro, también encarcelado pues lo rodeaba una reja oxidada: la tangarana asesina. Era tan grande la explanada que también servía para que armasen los presos y hasta de campo de fútbol en la temporada seca. Del otro lado se veía la triste ciudadela de los presos comunes, es, en su mayoría limeños o chalacos que no querían convertirse en colonos y preferían estar ahí, en un barroso laberinto de chozas y covachas. Un poco más lejos estaba el cuartel de la Guardia Republicana.

Jefe supremo del Sepa era el capitán Salaverry, cuyos ojos redondos, medio amarillos, se clavaron en la mirada de Horacio Zeballos tan pronto empezó la inspección de los maestros acabados de llegar. No se había preocupado por abrochar el uniforme, el Capitán Salaverry. Usaba botas de caballería, sin espuelas, por temor a las culebras que chicoteaban por los lodazales del Sepa. Todo Salaverry tenía aire de pájaro, desde los brazos

en la cintura mientras hablaba a sus gobernados y los ojos, tan abiertos y saltones que casi nunca pestañeaban, hasta el pescuezo rojo, al que cólera o emociones ponían púrpura. Un pájaro en la manera de pararse, con una nariz que parecía un pico y la piel porosa y desplumada. Desde el primer día en que Salaverry había llegado a gobernar el Sepa, los presos le habían puesto el sobrenombre de Gallo Hervido. La verdad era que a Salaverry le encantaba vivir en prisión. No tenía como no hacerse rico a costa de tantísima miseria y una sensación de poder ilimitado acompañaba todas sus decisiones. Paseó ahora con pausados trancazos delante de los maestros. Gallo Hervido se veía desde dentro de sí mismo y desde los ojos de sus prisioneros, un poco como debía verse Dios, amnónimo y ubicuo, múltiple y unitario. Nadie más alto que Gallo Hervido en la prisión selvática.

—Les doy la bienvenida a nombre del Supremo Gobierno —sacó pecho, hizo relucir su plumaje oficial Gallo Hervido—, aquí van a estar depositados por órdenes del señor ministro del Interior. Se ha pedido extenderles ciertas comodidades que no pueden ser compartidas por el resto de los presos. La más importante, no van a vivir con los comunes sino en dormitorios separados, sólo para ustedes. Esto tiene que ver principalmente con su seguridad. Yo quiero que entiendan que peor que serpientes y tarántulas, más peligrosos que fieras monteses y lagartos son esos reclusos que ahora los observan y con los cuales no deben tener trato. Esa gente es la más peligrosa del país. No son seres humanos. Son seres bestiales, rematados, asesinos, altamente agresivos. Nosotros, las autoridades de la colonia y el gobierno al que representamos, nosotros no vamos a responsabilizarnos de lo que pueda suceder si se relacionan con ellos.

El capitán Salaverry les hizo entregar una cuchara, un tazón y un plato, todos de plástico; y dos metros de tocuyo para que cada quien se hiciera un colchón, rellenándolo con deshechos vegetales.

Entonces se oyó a Horacio Zeballos presentándose con toda cortesía. A nombre de los maestros agradecía el valioso obsequio del gobierno. Preguntaba cuándo podrían escribir a sus familias o enviar mensajes a través de la radio del ministerio. A la vez pedía información sobre los delitos de los que estaban acusados y si los jueces viajarían al Sepa a interrogar a los maestros. En fin, ni siquiera se les había permitido designar abogado defensor. Gallo Hervido replicó un «no me vengan con distracciones y tinterilladas» que dio por terminada la bienvenida al Sepa.

Un paro a medias empezó el lunes 5 de noviembre en Arequipa. La Federación de Trabajadores se echaba atrás. Pese a la represión, escuelas y colegios quedaron paralizados. Sin embargo, sólo dos de los dirigentes apresados el domingo parecían interesar al gobierno militar. Manuel Jiménez, secretario general de los sutepistas arequipeños, y Hernán Vela,

secretario de defensa, fueron despachados a Lima en un vuelo que despegó el lunes. A Pedro Ochoa, presidente de la cooperativa, lo dejaron libre a las veinticuatro horas. Bladimiro Begazo quedó preso mientras investigaban sus antecedentes.

Jiménez y Vela desembarcaban en el Grupo Ocho a la misma hora en que otros treinta maestros subían a un búfalo con destino al Sepa. Esta vez le tocaba viajar al Gato Marroquín, al que habían encadenado junto a Víctor Yupanqui Mantarí. Los llevaron por encima de la cordillera sin oxígeno, algunos de ellos medio desnudos, congelándose en lo más alto de la travesía. Se hundieron después en el insoportable bochorno de una selva inmóvil, con todo su aire estancado y sus aguas lentas. Esta vez no los habían cuidado sinchis sino viejos guardias republicanos, gente de presidio que también recibía salarios de hambre. Los propios guardias ofrecieron despachar cartas si los maestros estaban dispuestos a pagar el franqueo y una propina. Así fue como casi treinta cartas escribieron en toda clase de papeles, todas con el mismo mensaje «Nos llevan al Sepa.»

A los sutepistas que ya estaban en el Sepa no los dejaron acercarse a los recién llegados cuando acabó la perorata de Gallo Hervido.

—¡Aquí tienen que cuidarse porque no hay puertas, entran serpientes, arañas, alimañas, entran estas fieras humanas que son las más peligrosas de la selva!

A las tres de la tarde del lunes llegó el tercer grupo de maestros. Incluía a los arequipeños Jiménez y Vela. En total sumaban noventa y uno.

Sólo el martes pudieron reunirse. Les habían asignado dos cobertizos entre la población civil y los presos, apenas separados entre sí por una calle.

Tan pronto y ya se acostumbraban a la selva, la inmensidad verde, montuosa, densa que se perdía de vista cuando la miraban desde la colina, en la parte alta controlada por la Guardia Republicana. Pegajosos colores se atropellaban al atardecer, dulzonamente mezclados mientras se ausentaba la luz. Para ver, quedaba siempre la noche con toda su fosforescencia. Emitía palpitations de luz, respiraba el universo. Como un helado fuego blanco inflamaba distantes iluminaciones. En su primera noche del Sepa descubrió el Gato Marroquín que faltaban nombres para todas las estrellas que ardían sobre sus cabezas. Aún sin luna, su fulguración blanqueaba las sombras de la selva si estaba limpia de nubes. No era tiempo de lluvias, pero nunca faltaban inesperados chaparrones. Se desencadenaban tormentas en un abrir y cerrar de ojos y entonces se oscurecía el cielo y rachas huracanadas tironeaban de las melenas de la selva, explotaban truenos azufrosos a ras de inmensos cedros amazónicos, a veces chamuscando las copas, y hasta las alimañas quedaban inmóviles en sus refugios, como si aún más poderoso el viento pudiese arrancar raíces y diluirlo todo con sus furiosos torbellinos. Llegaban

y se iban las tormentas, rápidas viajeras repletas de reverberaciones, y quedaba en engañosa quietud la selva nocturna, pues ahí todo estaba en acecho, a saltos, devorándose la vida con afiladas fauces, exhalando pulsaciones, chirridos, voces de batalla, confundida la infinita voz de los insectos con la incansable parlancia de los presos. Lo único que no existía en una cárcel era el silencio. Gritaba la gente, se elevaban a coro sus lamentaciones, humana melancolía sobre un chicharroso sonido de fondo, la ululación de los Andes soplando sus alisios hasta las junglas bajas, apenas distinto el follaje del murmullo de los encarcelados cuyas culpas jamás dormían.

Se habría podido creer que amanecía más temprano en la selva del Urubamba. Un piquete de republicanos removi6 con sus culatas la fatiga de los maestros que al fin habían sucumbido al sueño. Los llevaban a la explanada, en la que humeaban latas con un cocido de cereal tan espeso como el engrudo. En una paila humeaba el té. Se trataba de la única cortesía gastronómica de la colonia penal del Sepa, pues en adelante tendrían que cocinar su propia comida los maestros. Horacio Zeballos se adelantó a los carceleros: Los maestros se darían su propia organización. Tenían que dividirse en dos grupos, para ocupar cada uno su respectivo cobertizo. Con Horacio Zeballos fueron los maestros de cuatro regiones andinas. El otro grupo lo integraron sutepistas de Lima y las cuatro regiones restantes. Con Horacio Zeballos estarían los maestros del centro y sur de la cordillera, aparte de moqueguanos, iqueños y tacneños. En el primer grupo, la conducción se encargaba a Zeballos. En el otro, la asumían Armacanqui y Callirgos. Las regiones se repartían los trabajos de la prisión. Una tendría que cargar y reunir víveres. Otra cocinaba. Otra más, limpiaba. Una cuarta región lavaba ropa. De la basura se encargaba otra región. El entretenimiento dependía de una región distinta. Al día siguiente cambiaban ocupaciones. Cada grupo, además, debía organizar sus propios debates políticos. Tres veces por semana, conferencia. Los sábados, cuando se juntaban los maestros, tendrían sesiones de música y veladas literarias. Los domingos, fútbol. Todas las mañanas, gimnasia. A trotar, tres veces por día. Tenían que fatigarse o perderían el sueño para siempre.

El jueves 8 de noviembre, un moreno alto y huesudo, de andar pausado y modales solemnes, llegó hasta el territorio de los maestros seguido por una comitiva de barbudos que traían largos sables cruzados a la cintura. ¡El negro Calavera! ¡El capo del Sepa! De cerca se descubrían cicatrices como cordones que galonearan su pellejo de mandinga duelista. Calavera sólo trataba con jefes. Gallo Hervido manejaba a los presos comunes a través de Calavera. Ahora tenía que conversar Calavera con el jefe de los maestros, demasiado numerosos y bien organizados como para que pudiese ignorar su presencia en la colonia. Uno de los secuaces que lo acompañaban preguntó

por el profesor Horacio Zeballos.

Empezaban a oscurecerse las mejillas con una barba todavía delgada. Su ropa adquiría un aspecto calamitoso. Horacio Zeballos sonrió al salir a la callejuela sin permitir que nadie lo acompañara. De inmediato sus ojos encontraron la mirada taciturna de Calavera y ambos se estudiaron con toda franqueza. Horacio Zeballos era solo un maestro de escuela primaria que no se dejaba intimidar. A su vez Calavera prefería respetar a los recién llegados, después de todo estaban ahí por sus ideas. Aceptaban la prisión por enfrentarse a los abusos del gobierno. También para Calavera la mala ley estaba de la parte de otros, los poderosos que eran dueños de sitios tan infames como el Sepa. Pero tenía que proteger su propio prestigio o moriría acuchillado por la espalda tan pronto dejase de estar protegido por el miedo del resto de los presos.

—Me dicen que usted está al mando de los profesores —se oyó hablar ceremoniosamente a Calavera—. Yo voy a tratar solamente con usted y usted conmigo.

—Me parece bien.

—Seguramente el capitán ha hablado mal de nosotros. Dice que somos peor que culebras.

—Así es. No se preocupe. No lo hemos creído. Nadie nos va a asustar.

—Deben tener cuidado con el capitán. Trabaja con un grupo de soplones que reparten los víveres. Toda la colonia está llena de informantes.

Horacio Zeballos agradeció los datos de Calavera.

—Si quieren comprar carne de monte, será mejor que me avisen —dijo Calavera—. No se vayan a envenenar.

Siete presos de cada diez estaban traspasados por la tuberculosis, dijo Calavera. Tenían médico en la colonia, aunque se marchaba en una embarcación del ministerio a recorrer la región de los Piros y aún más lejos, hasta el país de los Aguarunas. Dejaba a su familia en el Sepa pero entonces estaba prohibido enfermarse, pues sin médico pasaban a atenderse con los brujos amazónicos. Por cierto, obraban milagros con sus cocimientos de hierbas para curar cólicos, cicatrizar heridas y extirpar venenos. Pero en la selva a veces bastaba una gripe para matar a la gente. Calavera recomendaba que los maestros evitaran contagiarse de los males de la prisión, toseduras con sangre y fiebres vespertinas y todo un estado de pálida extinción, como una renuncia a la vida si es que sólo eso era vivir.

Después se fue Calavera con su aire chueco, sus brazos flacos, ese saludo suyo con la cabeza de costado. Detrás, en grupo, lo seguía la corte de asesinos.

—De aquí vamos a salir divididos —opinaba Constantinides.

Ya los apristas encarcelados echaban la culpa de sus penurias al espíritu intransigente de los maoístas. Tampoco faltaban maestros que se habían unido al COMUL sólo por seguir a la mayoría. Los maestros senderistas querían que sólo viviesen comunistas en uno de los cobertizos. Pero en los primeros días mandaba el espíritu de supervivencia, así que nadie pretendía establecerse por su cuenta, fuera de la unidad de los encarcelados.

El domingo 11 de noviembre la Guardia Republicana instaló dos ametralladoras en los nidos de la explanada central. En masa, los comunes ocuparon parte del parque. Al frente, como si fuese un brigadier, se aburría Calavera con su corte de asesinos. A la fuerza rezaba la colonia penal del Sepa. Primero misa, sermón, después alocución patriótica, saludo a la bandera. Más tarde, festival deportivo. Los maestros todavía se la pasaban de mirones. Salieron a formar, junto a los comunes.

Horacio Zeballos y Calavera intercambiaron un ceremonioso saludo.

—¿Tenemos capellán? —se interesó Zeballos.

—El cura Chinchurreta —explicó Calavera—. No se confie. Le cuenta las confesiones al capitán.

—Ah, ya.

Al otro lado de la explanada se agrupaba el personal civil. A Horacio Zeballos le llamó la atención que vistiesen de ciudad, con ajustados cuellos y corbatas anudadas a pesar del calor. Quienes no eran funcionarios podían usar guayaberas. Noviembre, mes visitado por lluvias pasajeras. Los ríos mostraban las raíces de los árboles alineados en sus riberas secas. A las ocho de la mañana empezaba a inflarse el bochorno de la selva. Apareció el capitán Gallo Hervido con su mujer y sus dos hijos. Después llegó aquella joven a la que contemplaron como si una diosa hubiese descendido en plena selva. Tenía el pelo castaño y la piel tostada, la mirada verde y los pómulos fuertes de las mujeres amazónicas, de esa región en la que se habían cruzado las sangres de colonos alemanes y croatas con aguarunas o asháninkas. No debía tener más de veinte años y era la esposa del médico, a quien había dado un niño que recién empezaba a caminar. La mitad de los maestros la observó embelesado, con ojos de estarla amando a primera vista. Después llegó Chinchurreta con sebosos atavíos litúrgicos, a celebrar su acostumbrada misa de campaña. Esta vez su mirada recorrió las maltrechas figuras de los maestros, que por cierto se habían convertido en las estrellas de la prisión, mientras ensayaba una bondadosa sonrisa para conquistarlos. Con gran astucia, Chinchurreta iba a dedicar sermón y reflexiones a la educación de los niños y al papel que jugaban los maestros, desde luego que asumiendo una posición gobiernista, única que estaba permitida durante las misas en la prisión. Era un raro espectáculo: aquí los fieles patibularios medio vestidos

con harapos, las bandas con sus sables cruzados a la cintura, los guapos con trapos chillones amarrados en las cabezas y, allá, por encima de una frontera invisible, las autoridades acabadas de lavar y planchar, el confiado personal civil, la sonrisa dominguera del capitán en jefe, los niñitos que retozaban y en derredor de todos, la fusilería de la Guardia Republicana, y más alto, dueño de dios y del perdón de los pecados, Chinchurreta, rápidamente derretido bajo el peso de brocados y ornamentos. Empezó con lentitud la ceremonia religiosa, pero fue apurándose conforme crecía el calor hasta volverse insoportable a campo abierto. A la sombra pasaba de treinta grados a las diez de la mañana y se acercaba a cuarenta en lo peor de la tarde. En situaciones como esa, Horacio Zeballos ponía a funcionar un artefacto de su invención, una cámara imaginaria de cine que fotografiaba a través de sus ojos. En vez de film imprimía memoria. Así, usando la mirada como un lente, capturaba visiones que más tarde reproducía con enorme exactitud. Esa mañana, mientras progresaba la santa misa, registró la selva al fondo, como un farallón hecho de árboles monumentales. Lo más común en el Sepa era la capirona, parecida al eucalipto, que usaban para alimentar fogones y cocinar. Más cerca retrató las casas del barrio civil, la capitanía, otros edificios de tablas y calaminas. No prestó mucha atención al sermón de Chinchurreta, al que plagaban citas de los Padres de la Iglesia, aunque su mirada se detuvo en un gran plano del rostro del cura, a quien enrojecía el esfuerzo, la presión sanguínea, el calor cada vez más violento de las diez y media, las once de la mañana. Al fin se fastidió Gallo Hervido, que carraspeó por lo bajo un mensaje a Chinchurreta. En tres frases el cura liquidó su piadosa perorata. Entonces crepitó una aguja sobre un viejo disco y por el sistema de altavoces se escucharon los acordes del Himno Nacional. Como si sus palabras carecieran de sentido, las gentes de ese presidio emprendieron con lamentable unanimidad el coro que empezaba así: «Somos libres, seámoslo siempre»... Los maestros sólo cantaron a partir de la primera estrofa. Al momento de repetir el coro, una parte de los comunes imitó a los maestros. Gallo Hervido percibió que un soplo insurrecto desordenaba la espesa monotonía del Sepa y se fue pisando furiosamente con sus botas de caballería aún antes de que se apagara el grito de «viva el Perú».

Esa tarde, mientras presos y republicanos jugaban un campeonato de fútbol, Calavera fue nuevamente en busca de Horacio Zeballos, ahora acompañado por un sargento de origen loreto. Se trataba de una conveniente transacción para los maestros.

—Yo tengo una hermana que es maestra. Y dos tíos maestros. Toda mi familia es del SUTEP —explicó el sargento.

Horacio Zeballos sonrió. Parecía demasiado bueno para que pudiese ser verdad.

—Mañana hay vuelo y yo salgo por un mes. Si ustedes me pagan el pasaje de Pucallpa a Iquitos ida y vuelta, les garantizo hacer llegar una carta adonde ustedes quieran en el país.

—¿Cuánto nos costaría?

—Dos mil quinientos —no titubeó el sargento.

—Voy a ver si puedo reunirlos. ¿Qué clase de garantía me ofrece?

—Mi mujer y mi hijo se quedan en el Sepa. Y yo tengo que regresar en un mes. No lo voy a engañar.

Los ojos de Calavera dijeron a Zeballos que estaba bien, el sargento era de confianza.

La colecta pasó de tres mil soles. Gastaron una hora decidiendo a quien escribirían, pues el compromiso se refería solamente a una carta. Al fin eligieron el Comité de Defensa del Fuero Sindical. Horacio Zeballos confiaba en sus paisanos. Además, en Arequipa seguía escondido Alberto Moreno.

«Compañeros trabajadores de todo el país. Estamos en el Sepa por el único delito de amar a nuestra patria y practicar libertades consagradas por nuestra constitución y las leyes.»

«Hemos sido enviados a una prisión para sentenciados sin que exista denuncia judicial en contra nuestra, sin haber podido designar abogados defensores y sin que se haya notificado de nuestro destino a nuestras familias.»

Al día siguiente resultaba difícil pasar los puentes de Arequipa. Radio Liberación, del FER arequipeño, transmitía día y noche llamando a la huelga y, con frecuencia, pidiendo la insurrección contra la dictadura militar. El paro indefinido entraba a su segunda semana fortalecido por la solidaridad de cada vez más sindicatos. El 5 de noviembre no pasaban de diez, además de los maestros. Al otro lunes sumaban cuarenta sindicatos huelguistas. A la III Región Militar volvía a escapársele el control del sur. En esa parte del Perú se había establecido un conjunto de instalaciones y bases militares que apuntaban a Chile, desde setiembre gobernado por Pinochet. Velasco estaba furioso con los maestros que instigaban el paro indefinido. Pese a todo, prefirió dar una amnistía que no incluyó a los que ya estaban presos. Ese lunes, cuando Bladimiro Begazo llegó a Moquegua para ser interrogado por Seguridad del Estado, se encontró súbitamente en libertad gracias al perdón presidencial.

Volvió el miércoles en la noche a una ciudad impregnada por la pestilencia de los gases lacrimógenos. En la Plaza de Armas se obstinaba por imponer respeto todo un pelotón de guardias de asalto. Estudiantes y palomillas los molestaban a pedradas. De rato en rato, exasperados, los guardias fusilaban la oscuridad y los muchachos se echaban a reír. Arequipa daba la impresión de ser una ciudad sitiada por el ejército, pues en derredor

de ella existían puntos de inspección y estaban desplegadas fuerzas blindadas y varios batallones motorizados. En realidad, la gente se movía libre y presurosa, más bien invisible en las frías noches de noviembre. Bladimiro Begazo fue directamente a la Universidad. Desde ahí seguía transmitiendo Radio Liberación con noticias de la huelga y comunicados de los sindicatos sureños. De nada había servido la amnistía.

Tres días más tarde, Justiniano Apaza recibió la carta del Sepa. Contenía noventa nombres de profesores enviados a la selva.

—¡Confirmado, los maestros en el Sepa! —se oyó de inmediato a Radio Liberación.

Associated Press recogió la noticia y la despachó al extranjero. Al fin se confirmaba el paradero de una parte de los maestros huelguistas. ¡La colonia penal del Sepa! Un rato después la prensa extranjera hacía contacto con los dirigentes mineros que habían estado en el Sepa hasta agosto de 1973. Sí, en verdad era un infierno. Durante diez meses habían estado presos con quinientos asesinos, condenados a sufrir penitenciaría por veinticinco años o más. La vida no valía dos centavos en la selva. Muchos de los presos políticos habían regresado enfermos, sólo para encontrarse despedidos de sus empleos, abandonados por los seguros de salud. El Sepa se convertía en una herramienta de persecución política. Los mineros pedían que las organizaciones defensoras de los derechos humanos se interesaran en sus casos. Un despacho afirmaba que el Sepa se había convertido en la cárcel personal de Velasco. El Comité de Defensa del Fuero Sindical exigía en Arequipa una explicación pública por parte del gobierno y más sindicatos se unían al paro. Mientras tanto Radio Liberación no descansaba. La noche del viernes, un grupo de enmascarados dinamitó la antena. Milagrosamente no se derrumbó.

La antena se inclinó, sin caer del todo. Una de las patas se mantenía en su sitio. Era un buen retrato de una demolición. El pueblo se indignó. Los muchachos de la radio universitaria echaron la culpa directamente al gobierno militar. «No tiene la verdad para debatir, por eso quiere callarnos.» Y después: «¡Pueblo de Arequipa, todos a salvar la radio de la juventud y de las causas populares! ¡Hay que enderezar la antena y protegerla!» Los universitarios pedían piedras, cemento, ladrillos, brazos que ayudaran. Esa misma noche llegaron tres mil personas cargadas de materiales. Al amanecer del sábado habían echado sogas para sostener y enderezar la antena. A las diez y media de la mañana, la pequeña torre volvió a quedar de pie. Ahora reforzaron su base y la rodearon con una pared. Ese fin de semana se unieron al paro ochenta sindicatos. A los quince días de conflicto habían conseguido paralizar la ciudad. El martes 20 de noviembre se reunió una multitud de treinta mil huelguistas para marchar por Arequipa, exigiendo la libertad

de los maestros en el Sepa y que se dejase sin efecto el despido de cinco mil profesores. La marcha demandaba, además, respeto por el fuero de los sindicatos, pues en todo el país perseguían a los dirigentes. Mientras se desarrollaba la protesta pública, cada diez minutos Radio Liberación repetía la lectura de la carta del Sepa y ametrallaba noticias: el paro se generalizaba en el sur, ochenta sindicatos apoyaban a los maestros el comité arequipeño llamaba al pueblo a marchar todos los días, y en Moquegua proponían cerrar la carretera Panamericana.

A las siete de la noche, mientras crecía la marcha, los tanques encendieron sus motores y se dirigieron a la Universidad de San Agustín. Trescientos guardias de asalto cumplían la orden de echarle candado a los claustros. Tres mil soldados apoyaban la operación. Los de Radio Liberación alcanzaron a denunciar que los blindados atacaban la Universidad. Alberto Moreno escapó a tiempo de las tropas que entraban al trote. También pudo huir Bladimiro Begazo. Otros caían mansamente. La mitad de los dirigentes de la Federación Universitaria, los que manejaban Radio Liberación, quienes servían de enlace entre los sindicatos huelguistas: casi todos cayeron presos. Pero en sus últimos minutos Radio Liberación volvía a llamar al pueblo para que defendiese su universidad. Entonces se dividió la marcha. Una parte se dirigió a San Agustín, otra fue a desordenar el centro de Arequipa. Una enfurecida muchedumbre salió a defender a los estudiantes. Pasaban de diez mil personas las que marcharon finalmente a liberar San Agustín. Entonces se retiraron los guardias de asalto. A la media hora, el ejército se evaporó de las calles. A la media hora regresó al ataque la Guardia de Asalto. Los huelguistas y unos tres mil estudiantes estaban en la universidad cuando retumbaron los mosquetones de los guardias. Bestias, disparaban al cuerpo. Cayó fulminado Freddy Ilacóndor Jerí, paisano del Gato Marroquín. Le estallaron el cráneo al autobusero Juan Mendoza. Desangraron sobre los adoquines a una pobre mujer que sólo quería irse a casa. Cayó Pedro Chahua con las piernas acribilladas. El profesor Postigo consiguió recogerlo en una moto. Cinco muertos en la cuenta oficial. Once, según los médicos del Hospital Goyoneche. Treinta, según el Comité de Lucha por el Fuero Sindical. Faltaban treinta, era todo lo que sabían.

EN LAS ESCUELAS NORMALES CATÓLICAS, los maestros aprendían a coser botones y a tejer con agujas y telares. En ese tiempo, los conocimientos que Horacio Zeballos había adquirido con los salesianos arequipeños eran constantemente requeridos para salvar ropas que se desintegran. Aún no se admitía oficialmente que estaban en el Sepa, así que mal podían recibir ayuda o correspondencia en los difíciles vuelos

quincenales procedentes de Lima o Pucallpa. El mal tiempo impedía con frecuencia que los búfalos militares descendieran en ese aeropuerto que era apenas un campo rectangular, estrecho, al que los presos debían pelar la maleza tan pronto lo mojaban las lluvias. Encontrar el Sepa en la inmensidad vegetal de la selva amazónica ya era un prodigio para los navegantes. Aterrizar no siempre era posible. Entonces los aviones seguían de largo, con sus pilotos perseguidos por aguaceros y rachas de viento capaces de hundir sus naves en una jungla inexplorada. De ahí que los maestros hubiesen sobrevivido con solo la ropa que tenían puesta cuando llegaron a la prisión, hasta convertirse inexorablemente en una comunidad de seres semidesnudos, a los que empezaban a crecer barbas realmente fantásticas. Las regiones seguían encargadas de los trabajos comunes en los cobertizos de los maestros. Pero así como Horacio Zeballos y quienes habían sido normalistas salesianos eran buenos remendones y hasta eximios cocineros, los maestros procedentes de las grandes ciudades desarrollaron diversidad de talentos comerciales. Justamente el martes 20 de noviembre, que terminaba sangrientamente en Arequipa, habían invertido mil soles en un radio a baterías.

Al anoecer se llenaba la atmósfera con voces en todos los idiomas. Entraban con facilidad «La Voz de América» y la BBC, Radio Habana a partir de las seis de la tarde y todo el día unas cuantas emisoras limeñas, la más poderosa de las cuales era el vocero del gobierno militar, Radio Nacional del Perú, por cuyas ondas se derramaban constantes elogios al señor presidente de la república y sus ministros. Atardecía el martes cuando los maestros se amontonaron en derredor de su emisora para estrenar la búsqueda de noticias. Unos pedían Radio Habana. A veces, a medianoche, entraba una voz remota desde Pekín. Otros se contentaban con las noticias de Lima. Instalado en los controles, el Gato Marroquín insistía en capturar la pequeña voz de Radio Liberación arequipeña.

Nadie se acordó de mirar el reloj. En masa los insectos llenaban la noche del Sepa con sus chirridos. De pronto se oyó una voz que leía la carta escrita por los maestros desde el Sepa. No era un voz complaciente o informativa. Era una voz, colérica. Esas palabras las enviaban los maestros sepultados en la selva, metidos en una prisión para sentenciados peligrosos, destino que finalmente quedaba al descubierto a pesar del mentiroso silencio gubernamental. Arequipa estaba en huelga exigiendo la libertad de los encarcelados. El paro se extendía a todo el sur del país. Ochenta sindicatos participaban. Pronto serían doscientos sindicatos. Las organizaciones internacionales que defendían los derechos humanos va estaban informadas. El SUTEP había contratado los servicios del abogado Alfonso Barrantes. El gobierno militar había metido tanques y tropas a la Universidad Nacional de San Agustín, pero el pueblo había rechazado la captura policial de los

claustros. Radio Liberación protestaba por la rápida matanza arequipeña. La voz habló de treinta muertos y doscientos heridos. Después se perdió la pequeña voz rebelde, caprichosamente succionada por un ventarrón de ondas y sonidos incomprensibles.

¡La carta había llegado a destino sólo para multiplicarse en diversidad de denuncias que salían al extranjero! Los maestros reían, se daban de abrazos. Repetían y memorizaban lo que acababan de escuchar, sabiéndose fortalecidos en su inmediata confrontación carcelaria. No estaban solos.

No podían saber que al día siguiente los huelguistas arequipeños habían decidido negociar con el gobierno militar. En los calabozos de la ciudad se amontonaban quinientos detenidos. Una plaga de despidos amenazaba a los sindicatos que habían expresado solidaridad. Al cabo de siete horas de conversaciones, el jefe de la III Región Militar informó a los representantes de los trabajadores que quedaba sin efecto el despido de cinco mil maestros. Pero los que estaban presos, tendrían que seguir en el Sepa y en otras cárceles del país.

Unos días más tarde corrió la noticia: en el siguiente avión llegarían los abogados de los maestros. También viajaría un juez militar. En el Perú, los tribunales castrenses no existían para atender los asuntos propios de la Fuerza Armada. Ante la justicia militar eran forzados a comparecer civiles por diversidad de contiendas políticas y hasta diferencias de opinión o ideología. Por supuesto Calavera se había enterado antes que nadie en la colonia penal. Explicó a Horacio Zeballos que los abogados se llamaban Barrantes y Martínez. Un mes después de haber sido encarcelados, los maestros prestarían su primera declaración judicial.

Parecía que se condensaban sus formas y se extinguían los fantasmas que habían sido desde octubre. De nuevo tenían destino, huellas digitales, fotografías de frente y perfil, número carcelario y suspendida libreta electoral. En fin, volvían a ser maestros. Por la tarde, el cura Chinchurreta había anunciado que en el avión llegaban paquetes y cartas de sus familiares. Un grupo de maestros quería celebrar una fiesta. Seguramente saldrían libres antes de la navidad.

Alfonso Barrantes, abogado, que había sido presidente de la Federación Universitaria de San Marcos cuando los estudiantes echaron a Nixon en 1957, defensor de sindicatos y políticos de izquierda perseguidos, había pasado por el Sepa a propósito de la gran redada navideña de la junta Militar del general Lindley, a fines de 1962. Había sido inquilino y regresaba como visitante. Su existencia política se había originado en el APRA, de la que se había apartado a fines de los años 50 para instalarse en la vecindad del Partido Comunista (todavía sin dividir), con uno de cuyos líderes, el médico Asunción Caballero Méndez, había compartido calabozos y el viaje a la selva.

Aún no se le consideraba presidenciable, pero ya tenía ganada celebridad judicial como defensor de esas causas imposibles que eran los comunistas y socialistas perseguidos. Claro que no era lo mismo estar presos con Lindley que con Velasco. Barrantes no se engañaba. Para empezar, el búfalo militar era un avión moderno, comparado con el quejumbroso aparato con alas de murciélago en el que había hecho la primera travesía. Lo bajaron con su equipaje junto al Urubamba a las ocho de la mañana del 26 de noviembre. El juez de la corte policial, sus ayudantes y el otro abogado contemplaron con preocupación la muralla verde que los rodeaba. Sólo subiendo a los cedros amazónicos era posible formarse una idea de la inmensidad del horizonte. En ese momento recordó Barrantes la sensación de asfixia que le había causado el Sepa y que aún lo acosaba, en ciertas noches agobiantes de verano.

La recordaba igual, una prisión sin paredes, con los presos moviéndose libremente en las zonas autorizadas. Llegaban empañados en sudor por la caminata desde el campo de aviación, acosados por la curiosidad de los presos. La Guardia Republicana condujo a los abogados directamente a la Capitanía, donde esperaba Gallo Hervido perfectamente uniformado. Tenían cinco días para interrogar a los maestros, presentar la defensa y marcharse. El avión pasaría a recogerlos a las nueve de la mañana del sábado primero de diciembre.

Los abogados conferenciaron. Cinco días no parecía mucho tiempo para desarrollar la instructiva de noventa y un inculpados. VI juez estuvo de acuerdo en preparar un interrogatorio escrito, como un examen escolar, a fin de obtener las declaraciones firmadas de los maestros.

Horacio Zeballos no toleraba ese estilo de administrar justicia. Sólo ahora conocía la acusación y no se sentía culpable de nada. En efecto, a los maestros se les había metido presos por «sabotaje a la reforma educativa», incurriendo en «actividades subversivas contrarrevolucionarias». Un misterioso atestado policial los acusaba de almacenar explosivos y armas de fuego. Con toda franqueza, Horacio Zeballos prefería iniciar de inmediato una huelga de hambre indefinida, de la que pudiesen informar sus abogados al regresar a Lima, sin rendir las declaraciones que la justicia militar necesitaba para seguir procesándolos en ausencia. Pero la mayoría de los encarcelados se había mostrado partidaria de someterse a los tribunales y salir libre o conseguir el traslado a Lima antes de la navidad.

De ahí que Horacio Zeballos pidiera la designación de delegados que se reunieran formalmente con los abogados. Constantinides y el Gato Marroquín fueron elegidos para el primer encuentro. En realidad, los doctores Barrantes y Martínez sólo podían señalar a los maestros los peligros que acechaban al prestar las instructivas. Fronteras verdaderamente sutiles, a veces invisibles, separaban a culpables de inocentes en la república militar.

La práctica de la lucha de clases se consideraba delito de insurgencia. Pero el conocimiento y hasta la simpatía con los conceptos no merecían castigo alguno. Por presión de Sendero Luminoso, en los estatutos del SUTEP se mencionaba la lucha de clases, así que bastaba ser sutepistas para que se les atribuyera la condición de subversivos. Pero la confrontación de ideas no implicaba delito. Así, pues, tenían que responder: «Yo defiendo el principio de la lucha de clases.» No violaban la ley ni faltaban a la verdad.

Tan importante como la aparición de los abogados había sido la primera entrega de paquetes y cartas enviadas por las familias de los maestros a través del Ministerio del Interior. Ropa limpia, jabón, medicinas. También les mandaban dinero y víveres. No todos recibían encomiendas, así que decidieron reunir y compartir. Horacio Zeballos se preocupó. Los maestros empezaban a acomodarse a la prisión. Aceptaban que el Sepa iba a ser su domicilio por una larga temporada. Corrían peligro de acabar sometidos.

Tan pronto se marcharon los abogados y el juez, el amistoso Calavera informó que Gallo Hervido no había entregado toda la correspondencia y que se estaba quedando con la mejor parte de las encomiendas. De nuevo designaron a Constantinides y al Gato Marroquín para que dialogaran con la Capitanía. En respuesta, Gallo Hervido prohibió que escucharan radio en las noches. En los primeros días de diciembre empezaron a achicarse los víveres que la prisión entregaba a los maestros: frijol, manteca y yuca. El martes 4 de diciembre apenas alcanzó la comida. El miércoles volvieron a adelgazar las raciones. El jueves sólo comieron ochenta. El viernes discutieron la propuesta de Zeballos: una huelga de hambre.

No era un debate tranquilo. En realidad, el SUTEP estaba lleno de complicaciones. La unidad no era perfecta, menos aún una asamblea que tenía lugar en el Sepa. Los maestros senderistas acusaban a Horacio Zeballos y a Patria Roja de aventurerismo. Los de Patria acusaban a Sendero de asumir posiciones infantiles. Los apristas querían irse cuanto antes de la prisión, no se mostraban partidarios de originar conflictos. Otros maestros estaban furiosos por la prohibición de escuchar radio durante las noches. A la primera votación ganó la huelga de hambre. Los senderistas habían estado en contra, porque Marx no la consideraba un instrumento de lucha. Ahora dieron un vuelco. Muy bien, que hubiese huelga, pero huelga indefinida. Huelga a muerte.

En ese punto de la discusión apareció Gallo Hervido con treinta republicanos armados con fusiles.

—Esto es una reunión política, lo que está prohibido —se oyó al capitán que se paseaba con los brazos en jarras, desafiante—. Les doy cinco minutos para que se dispersen y vayan a sus cobertizos.

—Nadie se mueve— se oyó nítidamente a Zeballos. —Cinco

minutos— al capitán se le adelgazaban los labios casi transparentes de rabia.

—Todos en sus puestos— volvió a hablar Zeballos.

Nadie se había movido. Quedaron quietos, en cuclillas, sentados en tierra, atentos a las bocas de las armas que los apuntaban.

Gallo Hervido se marchó furioso. Fue a encerrarse en la Capitanía. Cinco minutos se cumplieron. Los maestros seguían sin moverse.

—Señor Zeballos —se acercó un sargento desarmado—. Venga conmigo.

Ya en su despacho, se quejó Gallo Hervido.

—Me hace usted quedar mal, señor Zeballos. Después están diciendo que soy abusivo y autoritario. Ahora los tendré que castigar.

—Tenemos derecho a reunirnos a discutir los asuntos que nos preocupan —se endureció Horacio Zeballos.

—¿Y cuáles son esos asuntos?

—La entrega de todas las cartas y encomiendas que nos han sido enviadas. Aumento de los víveres. Que se levante la prohibición de escuchar radio durante las noches.

—¿Y qué piensan hacer? —Una huelga de hambre.

—Mire, Zeballos, si quieren pasar hambre, no voy a oponerme. Vaya usted y acabe con esa asamblea. Tiene cinco minutos más. Usted mismo encárguese de mantener a sus maestros en orden.

Sabían bien que las huelgas de hambre podían durar una semana. Al cabo de dos días empezaba el aletargamiento del organismo. A los cuatro se reducían las necesidades metabólicas. Al séptimo día se empezaba a morir. En sus cobertizos, los maestros habían dejado de moverse. Se la pasaban tendidos, silenciosos. La mayoría ayunaba, otros los atendían. Asustado, alguno de los funcionarios avisó por radio a Pucallpa. Mientras tanto en Lima no cesaba la protesta por la prisión de los maestros. Llovían cablegramas de queja desde el extranjero. El conflicto generaba malestar en los aliados de Velasco, los países No Alineados. La noticia de la huelga de hambre llegó finalmente al Ministerio del Interior. Se cumplía el quinto día de ayuno. La jefatura militar de Pucallpa hizo comparecer inmediatamente a Gallo Hervido. Los maestros lo vieron pasar con el pecho inflado y el pescuezo rojo como siempre, con sus botas de caballería y unas espesas gafas contra el sol. Se habría creído que desfilaba para beneficio de sus presos. Un avión lo recogió y no se supo más de él, hasta que al segundo día (séptimo de la huelga de hambre) oyeron a lo lejos el sonido de un aeroplano pequeño. Pero nadie vio regresar a Gallo Hervido. Había recibido una reprimenda en Pucallpa por provocar conflictos al estarse quedando con cartas y encomiendas de los maestros. Lo habían devuelto en el avioncito de unos misioneros y había preferido dar un rodeo

para entrar a su Capitanía por detrás. Esa misma noche propuso un período de pacífica convivencia. Recibirían sus víveres completos. Los maestros podían recoger inmediatamente los paquetes y ropas que les habían enviado de Lima al comenzar diciembre. Gallo Hervido no quería una nueva confrontación con los sutepistas.

La verdad, después del ayuno resultaba difícil tragar el mazacote de frijoles con yuca que se repetía como única dieta. Varios almacenes funcionaban en la prisión, por cuenta de las mujeres de los empleados, un negocio en el que participaba Gallo Hervido. Vendían arroz, manteca, chalonga. Los domingos se hacía feria. Los colonos del Sepa, dispersos en las chacras de la cárcel, se concentraban en la explanada con sus pequeñas cosechas. Llegaban indios piros y campas a vender frutas, pescados y carne de monte. Los presos comunes ofrecían apetitosos estofados con carne de gato, pues abundaban los gatos en esa comarca poblada de ratas. Parecía que sólo los maestros comían sin gusto en la prisión. El Gato Marroquín y Víctor Yupanqui Mantarí fueron comisionados para adquirir víveres extraordinarios y, sobre todo, para conseguir las recetas carcelarias. Pero no siempre los maestros aprobaban los resultados. Uno de los alimentos más finos del Sepa era la peligrosa carne de shushupe, aún más ponzoñosa que la cascabel, que se alimentaba con ratas y pululaba en las malezas próximas a la colonia penal. Una o dos veces al mes, mordían a un preso distraído y entonces comenzaba una inexorable y horrible agonía, con las pobres víctimas hinchadas hasta romperseles el pellejo y ponerse color carbón y apestar y en fin morir entre convulsiones y espumarajos. Pero la carne de shushupe era una delicada delicia, parecida al pescado fino o al pollo tierno, blanquísima, de agradable consistencia. Conjugo de limas agrias, que crecían silvestres, resultaba la máxima especialidad del Sepa: cebiche de serpiente asesina, espolvoreado con culantro salvaje y bien mojado enjugo de diminutos rocotos amazónicos. Marroquín y Yupanqui casi perdieron su empleo, pese a que los maestros selváticos y los del Callao y otros aventureros pidieron repetición, pues la mayoría prefirió abstenerse no tanto porque se tratara de serpiente sino por el peligro de la ponzoña. Los mismos escrupulosos paladares se abstendían de otro manjar del Sepa: el estofado de gato. Como la carne de monte, los gatos de la selva debían ser ablandados con violentas infusiones durante veinticuatro horas por lo menos. Como sus parientes de la ciudad, debían ser muertos por sofocación, así que era preciso cogerlos en trampas que abundaban en derredor de la prisión. Con el pellejo intacto, los chefs de la cárcel les practicaban una pequeña incisión en una pata para después inflarlos a fuerza de pulmón. Así separaban el pellejo y pelaban a la víctima sin maltratarla. De inmediato debían extraerle el espinazo (donde habían existido sus siete vidas), del que salía entonces un fuerte olor avinagrado,

que recordaba el hedor de antiguos zaguanes limeños orinados por los gatos. Mientras tanto se tenía que haber preparado una infusión con aceite, limas agrias, limones, aguardientes, pimienta, sal, rocotos, perejil, jengibre, culantro y aún más hierbas, según las combinaciones de cada cocinero, en las que eran sumergidas las presas por uno o dos días. Los colonos del Sepa también cazaban gatos, además de sabrosas huanganas y grandes ronsocos, que preferían vender en la feria dominical. Los maestros eran la causa de una inexorable inflación. Si antes los plátanos costaban un centavo, su precio había subido cinco veces para diciembre. Pero no siempre se podía conseguir carne de la selva, huangana o ronsoco, pavos selváticos, tortugas, huevos. El menú básico, perpetuo de la cárcel era frijol con yuca y plátano sancochado y a veces arroz, pequeño arroz selvático. Para el desayuno les daban café y catorce latas de leche evaporada, una lata para cada seis profesores. A toda hora, infusiones de hierbaluisa. A veces escaseaba la yuca, desaparecía la leche. Con las lluvias, hasta los plátanos desaparecieron. Nadie quería ir a traerlos del monte. Entonces tenían que sobrevivir sólo con frijol sancochado. Algunos maestros se dejaban vencer, rehusaban los alimentos, se hundían en el sopor de la muerte y la derrota. «Tenemos que comer», se escuchaba a Horacio Zeballos, «hemos venido a sobrevivir, nadie nos va a estar dando la comida en la boca.» El Gato Marroquín multiplicaba las recetas de la prisión. Puré de yuca, yuca frita, yuca rellena de frijol, pastel de frijol con yuca.

LA CORRESPONDENCIA PASABA POR LA CENSURA militar antes de llegar a la prisión, así que muchas veces se recibía borroneada o con tachaduras de espesa tinta negra. Pronto el uso había desfondado el pequeño radio comprado a los presos. Nuevamente quedaban aislados, sin otro puente de escape que una afebrada imaginación. Conforme se acercaba la navidad, crecía la desesperación de algunos maestros que habían llegado a pedir clemencia al gobierno militar. El capitán había dicho que quien renunciara al SUTEP sería perdonado. Tres, luego once, al fin dieciséis maestros decidieron escribir al jefe del gobierno militar, ofreciendo apartarse del SUTEP tan pronto los sacaran del Sepa para ponerlos en libertad. La aparición de apóstatas y disidentes tensaba al resto de los maestros. Miseria y desesperación hacían llorar a quienes querían irse. Se rendían a cambio de nada. En diciembre habían soportado, además, dos semanas continuas de mal tiempo. Las tempestades y las lluvias enfriaban la selva y muchos enfermaron de los pulmones. El pobre Constantinides cayó retorciéndose una tarde. Atroces convulsiones deformaban su rostro. Parecía epilepsia. Nunca antes le había ocurrido. Empezaba a sufrir dolores de cabeza y temblores. Nada apaciguaba la violencia de sus jaquecas. Jadeaba y aullaba en lo peor de los

ataques. Horacio Zeballos le ponía un pedazo de cuero entre los dientes, no fuese a triturárselos. Tampoco estaba bien, Zeballos. Sólo podía alimentarse de harinas, que le estaban prohibidas. Casi nada quedaba de su antigua y robusta condición. Al nuevo Horacio Zeballos le crecía una barba negrísima y estaba hecho de huesos que empujaban por el pellejo y las ropas. La falta de insulina lo atontaba, propiciando siestas excesivas y ausencias en las que se recluía en el cobertizo, con la cabeza apoyada en las rodillas, entregado sólo Dios sabía a qué atroces reflexiones.

Así llegó una vacía navidad, sin luces de colores ni familias, una fiesta hueca, apenas aliviada por una extraordinaria ración de cocoa y unos panecillos dulces horneados en la prisión. La navidad había sido como una línea fronteriza. Antes de cruzarla, podían pensar que el gobierno sólo quería amedrentar a los maestros. Después de una navidad sin amnistía, nada más quedaba la posibilidad del juicio militar y una larga temporada en el Sepa.

Enero había sido una mala época. Se hundían las esperanzas de muchos, vacilaba la unidad de los maestros. Cuando salieron quienes habían solicitado clemencia al gobierno, quisieron ablandarse los duros. Mala época, enero. Y mala prisión, el Sepa. Los más jóvenes maestros tenían que ser protegidos por sus compañeros de prisión, pues no faltaban presos comunes que los enamoraban e invitaban a visitar sus celdas. A los muchachitos los miraban como mujeres. Los piropeaban. A veces llegaban regalos tan misteriosos como escalofrantes, dirigidos a un maestro de rostro juvenil y enviados por un admirador de su mismo sexo. Así estaban organizadas las cárceles peruanas, para que hubiese machos-machos y machos-hembras. Presos amujerados se iban a establecer en las chacras con los varones. Cuando llegaba un nuevo lote de presos, de inmediato aparecían los capos a escoger pareja. Mala cárcel, el Sepa. No se cumplía una semana sin que los maestros viesan pasar a un preso medio muerto, al que cargaban rumbo a la enfermería. Desfilaban degollados, con los intestinos colgando, bañados en sangre. La chicha fabricada en la prisión había resultado violenta ese año, pues las bandas se habían acuchillado en su ciudadela al comenzar enero. Siete habían muerto y once agonizaban por culpa del odio entre limeños y chalacos.

Como la guillotina en las plazas de la revolución, el árbol de la tangarana crecía en la explanada central. Aún quedaban colonos en el Sepa que habían sobrevivido a ese castigo. La raíz del árbol servía de alimento y vivienda a una tribu de grandes hormigas rojas, carnívoras y venenosas. Bastaba mover la tangarana para que saliesen los insectos en son de guerra. A los castigados se les amarraba al tronco. Tan sólo debían soportar durante un minuto el ataque de las hormigas. Después llevaban a los infelices a la cuadra trece, larga y cascajosa, a que sobrevivieran la mordedura del hormiguero.

Dos semanas tenían que soportar la agonía, después de la cual lentamente recobraban las fuerzas, aunque siempre solían quedar desfigurados. Habían prohibido el tormento de las hormigas desde hacía diez años, pero el árbol seguía en pie, defendido por sus belicosos habitantes, como una advertencia a los presos a quienes soltaban desde las siete de la mañana hasta el atardecer, cuando pasaban la última lista.

Mala prisión, el Sepa. Grandes y veloces shushupes merodeaban el campamento, en busca de almuerzo. Pululaban enormes ratas originarias de la ciudad, a las que el sol y la vida selvática habían hecho enrojecer la dura pelambre. Por los cobertizos de los maestros pasaban duelistas acuchillados y también presos que escapaban y se habían ahogado, cuerpos a medio devorar por los lagartos, infelices inflados por el veneno de las culebras. Ni siquiera los muertos podían descansar en paz, pues las malditas ratas escarbaban todo el tiempo el pequeño cementerio, siguiendo el rastro de una inconclusa merienda de cadáveres todavía frescos.

Los que habían pedido perdón se fueron del Sepa, justo cuando empezaban las lluvias. El búfalo que los recogía se había elevado cuando el primero de los grandes aguaceros inauguraba la perpetua inundación de la colonia. El agua corría a chorros por los techos de palma y hojas de inguiri. Empezaba a caer agua a las diez de la mañana y no paraba el diluvio hasta las nueve de la noche. Aumentaban de nivel los ríos y se saturaban los fangales hasta que no podían chupar más agua, formándose entonces inmensos lagunajos en los que venía a reflejarse la luna amazónica, amarilla, enorme como una toronja en el cielo. Ojo con ictericia, la luna llena de la prisión. La chicharrería estallaba con la noche, tan pronto se secaban los cielos. Irritados insectos reconstruían sus territorios invisibles. La lluvia transformaba a los maestros, apagándolos. Gris monotonía, mojadas ondulaciones, diluvio que apenas respiraba: a ese tiempo lo llamaban invierno. Invierno en verano, sol al revés, luz húmeda que entraba hasta los huesos, helado resplandor de una tarde distante, inservible. Forzaba a los presos a encerrarse en sí mismos, a estarse quietos, a adivinar los truenos y olfatear los rayos antes de que estallasen y devastaran el mundo inferior.

De tan borroneada que les llegaba la correspondencia, decidieron los maestros pagar con la misma moneda a la censura militar de Gallo Hervido, que seguramente también revisaba las cartas que salían del Sepa. Un grupo de escogidos debía incurrir en supuestas infidencias, a fin de asustar al capitán. Una carta decía: «Muy querida esposa: es posible que sea la última carta que pueda escribirte, pues estoy en la comisión a 1a que me ha designado la asamblea, para organizar la fuga cueste lo que cueste, porque ya no se soporta más este encierro y aún tenemos fuerzas para organizar la insurrección interna y el escape al exterior.» Otros mencionaban «a los compañeros

que llegarán a ayudarnos del exterior». No faltó un maestro que escribiese sobre los comunes «que se sumaban a la causa». Aún más, un párrafo medio perdido insinuaba que la propia Guardia Republicana estaba pasándose a la insurrección. Como de costumbre, se acercaban guardias amistosos: «Se acerca el vuelo. ¿Hay correspondencia?» Cobraban un solcito, dos solcitos por meter los sobres en el fardo del correo interno, pero llevaban las cartas a Gallo Hervido. La posibilidad de un complot comunista le quitó el sueño. Duplicó a los centinelas, con lo que empeoró las cosas pues también desconfiaba de la tropa. Al fin comprendió que se habían burlado de él. Respondió con una racha de rumores verdaderamente malvados. La primera noticia falsa se refería al hundimiento del SUTEP, al que supuestamente abandonaban en masa los maestros de todo el país. La siguiente mentira hirió profundamente a Horacio Zeballos. Aseguraban que había muerto su mamá. Guardias amistosos informaban haber escuchado la noticia en la radio del Ministerio del Interior. La duda secó los ojos de Horacio Zeballos. Lo afirmaban los carceleros y lo desmentía su corazón. Al otro día llegó otra noticia parecida. Esta vez había muerto el papá de Callirgos. Un día más tarde daban cuenta del fallecimiento de la esposa de otro profesor. «¡Todo es mentira!» enfureció Zeballos, «¡están jugando con nosotros!» Entonces terminaron los obituarios radiales.

El domingo 24 de febrero llamaron a los maestros a formar en el patio frente a la Capitanía, del otro lado del mango monumental y de la tangarana.

Gallo Hervido salió con botas de montar. Esta vez jugaba con una fusta, como si estuviese a punto de subir a una cabalgadura y salir al trote del Sepa. Miró largamente a Horacio Zeballos, flaco y barbudo, de mirada desafiante. Después observó a los setenta y cuatro maestros que seguían en la prisión y empezó su discurso:

—No quieren creer y yo no voy a intentar convencer a nadie, pero la verdad es que el magisterio se ha cansado de ustedes. Como tenía que suceder, ha prosperado un entendimiento entre los maestros y el gobierno, sin que el SUTEP haya intervenido para nada. El sindicato de ustedes, la razón por la que están presos, ya no tiene importancia...

Una sonrisa burlona tironeaba en el rostro de Zeballos.

—Pero es asunto de ustedes, no mío. Yo voy a limitarme a mencionar el espíritu humanista que caracteriza al gobierno de la revolución peruana, antes de formular la siguiente propuesta: mañana mismo quedan en libertad los que ahora den cinco pasos al frente...

¿Qué había dicho? ¿Mañana, libres?

—...mañana se irán del Sepa completamente libres quienes den cinco pasos al frente, de ese modo pidiendo el perdón del gobierno.

Todos los maestros se miraban. Al centro, Horacio Zeballos siguió tiesamente de pie.

Un profesor mollendino salió de filas y contó sus pisadas, de una a cinco. Se le hundía la espalda bajo el peso de la traición. Otros dos maestros lo imitaron.

Gallo Hervido se paseaba frente a los presos. Con la fusta se iba golpeando las botas brillantes.

—Mañana salen en libertad los maestros que den cinco pasos al frente.

Cuatro más salieron de filas. Sumaban siete.

—Bien pensado, recibirán la libertad inmediatamente. No tendrán que seguir mezclados con el resto de los maestros. Dormirán con el personal civil de la colonia hasta que mañana se embarquen en un avión especial con destino a Lima.

Pasaron quince minutos. Sólo siete habían salido de las filas. Gallo Hervido miró repetidas veces su pesado reloj pulsera.

—Cinco minutos más para qué elijan la libertad o la prisión sólo Dios sabe hasta cuándo —se oyó su voz más ronca, encolerizada por el nuevo fracaso. La mayoría rechazaba el perdón.

Otros siete maestros dieron los cinco pasos al frente.

Catorce pedían libertad. Cincuenta preferían quedarse en el Sepa antes que humillarse ante el gobierno militar.

Se cumplieron los cinco minutos. Pasó un cuarto de hora. Al fin se dio por vencido. De mala gana ordenó a los catorce disidentes que pasaran a la capitania. Después mandó que los guardias recluyeran a los cincuenta maestros sutepistas en sus cobertizos.

Nadie hablaba. Todos pensaban en mañana, la libertad. Hasta Horacio Zeballos sentía arrepentimiento de su propia fortaleza. El Gato Marroquín moría por visitar a su familia. Constantinides necesitaba desesperadamente atención médica. Armacanqui se preguntaba si realmente tenía sentido seguir presos sos así, incomunicados, inútiles para ofrecer una confrontación definitiva. Hombres jóvenes en su mayoría, habían dejado amores, vidas por cumplirse. ¿Cuánto tiempo más tendrían que soportar el pudridero de almas que era la colonia del Sepa? Llegaría un avión especial, pasarían alegremente libres los traidores y ellos tendrían que seguir hundidos en el barro del diluvio universal...

—Corito, ¿no has pensado que con estas lluvias no bajan aviones?

—sonrió Horacio Zeballos al Gato Marroquín a quien la tristeza había desmoronado en el cobertizo.

—¿Crees que es mentira, corito?

—Claro, pues, ¿cómo van a darle órdenes al cielo para que no llueva

y baje el avión a llevarse a los traidores? Ni el gobierno militar tiene ese poder.

Al día siguiente llovió desafortadamente. Ni los pájaros volaban por el Sepa. No llegó el avión. Los catorce maestros «liberados» pasaron a instalarse en una casucha vecina al cuartel de la Guardia Republicana.

El diluvio no se detuvo en los últimos días de febrero. A comienzos de marzo pasó a llover en las mañanas, cuando se aventuraban los vuelos por encima de la cordillera. Como si se tratase de un castigo divino, se suspendieron los vuelos al Sepa. En la prisión se agotaron las latas de leche evaporada. Después faltó la yuca, debido al mal tiempo. Los colonos ni siquiera cosechaban plátanos, pues los senderos del Sepa se habían convertido en peligrosos lodazales y nadie quería arriesgarse a cargar fruta por unas monedas de recompensa. Sólo quedaba frijol y frijol. Y las infusiones de hierbaluisa.

Los maestros disidentes se habían encerrado en su casucha. Sólo tenían la amistad de sus propios carceleros. Se pasaban los días en sus hamacas, viendo caer el diluvio, esperando que llegara un avión imposible, cuyo recuerdo se desdibujaba en la memoria de los presos.

Una mañana preguntó Horacio Zeballos que pasaría si eran olvidados, simplemente. Mal tiempo, dos o tres cuartelazos contradictorios, una etapa de guerra civil, la capital distraída en catástrofes o hambruna. ¿Qué pasaría entonces con el Sepa? Un escalofrío recorrió a los maestros. Al principio no llegarían aviones, porque no habría aparatos disponibles. Después, porque ya nadie se acordaría de la colonia. Existirían por su cuenta o tendrían que perecer. ¿Para qué preocuparse más por esa comunidad de réprobos y asesinos? Gallo Hervido ascendería en su autoridad, iría ensanchando sus dominios a las tierras de los piros y aguarunas, nadie saldría nunca más de esa tierra cenagosa. Como una sombra cubría los rostros de los maestros. Constantinides hablaba entonces de facciones armadas, los sentenciados de Lima en contra de los rematados del Callao y todos contra la Guardia Republicana. Mala prisión, el Sepa. Quemaba sus almas.

En un mes de marzo sacudido por tempestades que amenazaban arrancarlos a todos de ese pobre pantano carcelario, Horacio Zeballos siguió enflaqueciendo. No siempre conseguía incorporarse al primer intento. Otros maestros tenían que ayudarlo. Se le acalambaban las piernas. Se las frotaban y le daban masajes. Al tocarlo se le sentía huesos y pellejo. Había llegado fuerte, se consumía de semana en semana, estaba convertido en una piltrafa. En las noches, a la luz de un lamparín, escribía en una libretita. Un día se atrevió a decir que escribía poesías. Prometió un recital cuando se calmaran las lluvias. Una tarde de tristeza, se echó un costal al hombro e improvisó a un personaje de comedia. Desde entonces los maestros pasaron a organizar piezas

de teatro. Escribían e interpretaban ellos mismos. Se juntaban por regiones para ofrecer parodias y sainetes. Después consiguieron una guitarra. Tocaba el Gato Marroquín y cantaba Horacio Zeballos. Se formó un coro. Surgieron barítonos y tenores. Con un peine y un papel, Horacio Zeballos imitaba a la perfección el sonido de las trompetas. Aparecieron diversidad de cacharros que servían para la percusión. Otras voces imitaban otros instrumentos. No terminaba marzo y las cincuenta maestros habían organizado «la orquesta de la fantasía» que, a lo lejos, sonaba como una bien disciplinada j)anda de músicos profesionales. En las noches, después del rancho, cuando la selva se amorataba y, lavado el cielo, reaparecía el resplandor universal, los maestros se dedicaban a la música. A la perfección interpretaban los chachachás de moda. Se ponían memoriosos con los valeses nacionales. Al final los alcanzaba la melancolía con una sucesión de huaynos. Horacio sentía ganas de llorar cuando cantaba «Jilguero mañoso». Hasta Gallo Hervido disfrutaba con esa retreta carcelaria. Pero todas las noches le malograban la audición porque antes de terminar, la emprendían con canciones prohibidas.

*A la huelga diez, a la huelga cien
a la huelga, madre, yo voy también,
a la huelga cien, a la huelga mil,
yo por ellos, madre, y ellos por mí.*

Y el coro insistía: *Huelga, huelga, huelga...*

Pero lo que más enfurecía a Gallo Hervido era la vieja canción de los partisanos.

*Soy comunista
toda la vida
Oh bella ciao, bella ciao
bella ciao, ciao, ciao
soy comunista
toda la vida
y comunista he de morir.*

Y al final, ya sólo la voz de Horacio:

*...Si oyes cantar a un jilguero
en el molle de tu chacra
no le tires con la piedra
como has hecho tú conmigo...*

Y la otra canción que se endulzaba en la voz de Horacio:

*Jilguero, jilguero mañoso
por qué dejas abierta, jilguero,
la puerta de tu jaulita,
jilguero...*

Decían que en realidad Horacio Zeballos le cantaba «Jilguero mañoso» a la esposa del capitán, una morena en el esplendor de los veinticinco años, que salía a regar sus plantas en ropas provocadoras y cuyos ojos relucían al encontrar la mirada abrasadora del barbudo profesor. Por cierto, el amor universal de los maestros seguía siendo la esposa del médico, cuya existencia en ese infierno resultaba inexplicable, pues era una joven llena de inocencia que criaba a dos pequeños hijos sin percibir el aliento a macho que se evaporaba del Sepa cada vez que ella salía a la explanada. Entonces llegó una nueva familia en pequepeque, una larga canoa con motor fuera de borda. Se trataba de un sargento de la Guardia Republicana que traía de mujer a una belleza india, de la tribu de los piros. La guarnición entera la codició desde que puso sus pies en el barro carcelario. En realidad no parecía tener aún edad de matrimonio y el sargento la vigilaba como una fiera. La veían moverse con levedad de fantasma, fascinada por las chucherías que vendían los presos y los sabores de la confitería selvática que se ofrecía durante la feria dominical. No tardó en precipitarse la desgracia pues Gallo Hervido, en verdadera ebullición por los encantos de la india, despachó al sargento en comisión a Atalaya, un viaje que tomaba un mes. El sargento se había despedido en la orilla del Sepahua con ternura desgarradora, pues sabía que entre los piros no existía la fidelidad conyugal y que, al ausentarse el marido, la joven india habría de cohabitar con otros machos sin ningún sentimiento de culpa. Aunque de lejos, los maestros observaban el público cortejamiento del capitán y las furias de su agraviada mujer. Pero la india no se sentía atraída por ese hombre de pescuezo rojo y pasó a favorecer a otro sargento, un moreno veterano en el servicio de cárceles y fronteras, un tipo realmente duro que se le cuadró a Gallo Hervido cuando quiso tomarla por la fuerza. En ese tiempo, a la mujer del capitán se le dio por pasear frente a los cobertizos de los maestros, donde era saludada y a veces atendida por Horacio Zeballos. Pronto se hicieron amigos. Con ese aspecto sombrío que imprimía a su rostro una larga barba negrísima, no había dejado de ser un seductor. Gracias a la influencia que la mujer seguía ejerciendo sobre Gallo Hervido, consiguió Horacio autorización para las veladas literarias y musicales a la sombra del mango monumental. Trastornada por los celos, deseosa también de entregarse a las turias de ese infierno, la mujer del capitán se mostró capaz de delatar las maquinaciones políticas de Gallo Hervido. Así se enteró Horacio Zeballos que otros maestros habían asegurado su defección en febrero, cuando los catorce «traidores» habían caminado al frente, pero se habían quedado atrás, sin atreverse a contrariar a la mayoría. Más tarde se habría de comprobar que era verdad, cuando uno de los emboscados enemigos quiso acuchillar a Constantinides al fin de un agrio debate en uno de los cobertizos.

El tiempo se les adhería, como impidiéndoles seguir viaje al futuro.

Mañana era simplemente la mañana, una repetición. Daba lo mismo vivir de memoria que verdaderamente: igual valían la vida antigua que la nueva. *La lluvia debe rezar tres meses de padrenuestros*, escribía Horacio Zeballos. *Los árboles se ratificaron de pie y un ramo de perdices se despeja en tu mirada*. No era más que un hombre solo y triste, prisionero de la selva y sus infinitos barrotes. *Eres el saldo de todo lo querido, el fósforo verde que prende la pradera*. Estaba enfermo y de algún modo ya conocía su muerte. No era raro anticiparse a la sentencia. Al contrario, tal descubrimiento confería una trágica serenidad a vidas por lo común arrebatadas. *La vida es un mercado, estamos vendidos hasta los nietos*, seguía escribiendo Horacio Zeballos. Inútil la vida, nadie llegaba jamás a ninguna parte. Sólo tenía sentido vivir en humanidad, nunca en hombre a solas. Vivir para después, jamás para ahora, que ya fue. Vivir en otros, no sólo en uno mismo. La libreta de Horacio Zeballos se llenaba de culebras de pantalones largos y el cielo se ponía su capote azul y con estrellas de general se marchaba a la guerra. Pegoteado de tiempo viejo, preguntaba el hombre barbudo cuándo llegarían las horas verdaderamente nuevas que diesen valor al calendario de lo desconocido. Cuándo la vida otra vez, los días irrepetibles, únicos, inolvidables, la verdadera existencia y su hija predilecta, la libertad. Marzo una palabra, una estación final de lluvias. En todo el hemisferio austral concluía el verano, en las montañas y la selva acababa el invierno, la época de lluvias, nuevamente se presentaba un mundo al revés, la otra república. No era tiempo transcurrido, marzo. En la cabeza de Zeballos existía como una parte de sí mismo. Marzo se ponía sus ojos para repasar la monotonía de la selva, la fuga de las culebras, la cortina de lluvia ondulando en las ventanas de la prisión. Llegaba abril, ya no se sabía si otoño o primavera, en qué país habrían de transcurrir esos treinta días que al fin sólo eran palotes rayados en las paredes y en las almas también a rayas de los reclusos. Habían empezado el sexto mes en la prisión, los pobres maestros. Seguían siendo nadie. Ni siquiera tenían número, como los otros presos. Nada sabían de sus procesos, ni habían tenido más noticias de los abogados. Seis meses y hasta los «traidores» seguían en el Sepa, en su casucha vecina al cuartel de la Republicana. Pero a comienzos de abril el diluvio quedó suspendido. Tan pronto estuvo seco el campo de aterrizaje, bajó un búfalo con pertrechos y los catorce maestros disidentes pudieron irse envueltos en vergüenza.

La orquesta imaginaria de los maestros redobló sus funciones para levantar el ánimo de quienes habían quedado atrás. La capitania dio permiso para la primera velada literaria y musical a la sombra del mango monumental. Seguramente por influencia de la mujer del capitán, se autorizaba la reunión a las siete de la noche, cuando enfriaba la selva. Aparte de algunas canciones, acompañadas con guitarra y cacharros de percusión, lo principal de la velada

fue un recital de Horacio Zeballos. Instaló una pequeña mesa y un lamparín y vistió sus mejores ropas. Hubiese ofrecido sus poemas en un gran teatro o en una universidad y no se habría preocupado más por los detalles. Entonces revivió su voz más profunda, la que todos habían escuchado en las contien- das de las plazas y en el desánimo vuelto valor y fuerza de multitud. Voz de trinchera que recogía palabras tiernas, la de Horacio Zeballos. Voz de cólera, también. Voz de no rendirse jamás de los jamases. Difícil no era vivir sino entender por qué se vivía. En la sombra de la explanada se agrupaban otros presos, también los carceleros, las mujeres de la colonia penal. Escuchaban esa voz imposible en el Sepa. *Los ríos son viejas lloronas que así nomás han venido, en sus orillas juegan los niños a los saltamontes. Y después: La tierra se regresa por las riberas, el pueblo pasa por el único camino libre de América.* Era verdad, no podían encarcelar sus almas. A los seis meses de estar en el Sepa empezaban a sentirse victoriosos, pues la prisión no los había doblegado.

*Ahora que los años
con sus rosas nuevas han venido
admite mujer querida
que siendo difícil olvidar, se olvida...*

Pálida noche con sus diamantes triturados, su infinito polvo le estrellas fosforesciendo, palpitando y bajo la encorvada copa del árbol de mango, junto a una lucecita amarillenta, el rostro barbudo se dibujaba con blancura indeleble: Horacio Zeballos había alcanzado la consagración como fantasma, alguien que fue y volvía, que siempre volvería...

*Maestro
en tu libro de lucha
he aprendido
que no traicionar es un mandamiento.*

A FINES DE ABRIL SE JUGABA UN campeonato interno de fútbol en el Sepa. Con ganas de reconciliarse, Gallo Hervido invitó a los maestros a presentar un equipo. También jugaban dos equipos de presos comunes, Veracruz y León del Sur, y uno de los colonos, que se presentaban reforzados por comerciantes de Atalaya y unos cuantos aguarunas, a quienes enloquecía el fútbol. Los empleados civiles tuvieron que conseguir refuerzos entre colonos e indultados que no se habían movido de la región. En fin, intervenía el poderoso equipo de la Guardia Republicana. La capitanía puso en juego un pequeño trofeo y obsequió uniformes baratos a reclusos y maestros. A falta

de zapatos se jugaba descalzos. Por suerte los maestros de educación física que estaban presos, habían mantenido en buena forma a sus compañeros. En el magisterio sobran jugadores. Horacio Zeballos los arengó con explosivos argumentos. «Vamos a demostrar quiénes son verdaderamente libres en prisión. Vamos a vencer.»

A fin de calentar el espíritu de fiesta, la «orquestra de la fantasía» se despachó un pasodoble y dos marchas la mañana de la inauguración. Después del Himno Nacional, cuyo coro los maestros seguían negándose a cantar, y de la bendición de Chinchurreta, desfilaron los equipos y empezó el juego. Se trataba de un torneo relámpago, en el que todos jugaban contra todos, un partido en la mañana y dos en la tarde. Así, por cuatro semanas, con una fecha última en que se definía al campeón. Más jóvenes y sanos, los maestros dieron rápidamente cuenta del Veracruz, la Guardia Republicana ganó al León del Sur, que había sido subcampeón el año anterior; y, en fin, como todos esperaban, los empleados civiles golpearon a los colonos y sus aliados aguarunas.

Nadie parecía contento. El capitán se había molestado con la barra de maestros que daba vivas al SUTEP. Hasta donde la autoridad entendía, el SUTEP no existía. Gallo Hervido había invitado a jugar a los maestros, no a los sutepistas. Uno de los sargentos se había acercado al Gato Marroquín, jefe de la barra, a decir que el capitán ordenaba no estar haciendo bulla por el SUTEP y el Gato había contestado velozmente: «Dile que no joda». Por cierto, Horacio Zeballos había tenido que cruzar la cancha y conferenciar a solas con el capitán, explicando que no lo habían querido ofender con semejante mensaje, pero que los maestros se consideraban una selección nacional del SUTEP y que jugaban como sutepistas. En caso contrario tendrían que retirarse del torneo. Gallo Hervido tuvo que inclinar la cabeza. Desde luego que los presos cruzaban feroces recriminaciones, pues sus dos equipos habían sido derrotados. En cuanto a los jugadores sutepistas, la mayor parte de ellos había acabado el juego con las piernas llenas de moretones y magulladuras.

—No hay garantías -se quejaban al hacerse la noche.

—El arquero me dijo: «si me haces gol, te corto» —se oyó a uno de los delanteros.

—Horacio, mejor será que hables con Calavera...

—Cuando se trata de fútbol, prefiero no meterme —había dicho Calavera ceremoniosamente—. Podemos evitar problemas fuera de la cancha, eso sí.

—Lo único que pido es que no entren a jugar armados. Que dejen los sables fuera de la cancha -Horacio persuadía con la sonrisa.

Al domingo siguiente, los sutepistas jugaron el match de fondo

con el León del Sur. Era un equipo de asesinos. Once rostros cruzados de cicatrices se amontonaron frente a los maestros. Infundían tantísimo miedo que hasta la Guardia Republicana les había cedido un gol el año anterior. El primer tiempo acabó en abultado empate: cinco a cinco. Durante el descanso los sutepistas expresaban preocupación. De nuevo los amenazaban. En el segundo tiempo, los presos se quedaron sin respiración. No podían alcanzar a los maestros. Se amorataban por la cancha viéndolos alejarse y cabrear y seguir haciendo goles. Acabó el partido once a seis.

Esa noche se atrincheraron, pues los hinchas del León del Sur habían anunciado que iban a hacerles una visita de «desagravio». Terminaba mayo. Otra vez llegaban vuelos de la capital. Los maestros recibían encomiendas, dinero, cartas anodinas. Seguían incomunicados, sin recibir noticias de sus abogados. Antes del último partido, que los sutepistas jugaban con la Guardia Republicana, la esposa del capitán se acercó a Horacio Zeballos para anunciar que «pronto los van a sacar».

Lo había dicho con cierta tristeza, pues la prisión no sería la misma una vez que se hubiesen ido los presos políticos. La mujer se escabulló después, sin que Horacio pudiese interrogarla, mientras los presos comunes se sumaban a la barra sutepista y un vocerío impresionante animaba a los maestros.

—¡Pásame la S, pásame la U! -¡Ese! ¡Uuuu!

—¡Pásame la T, pásame la E, pásame la P!

—¡Teee! ¡Eeee! ¡Pee!

Y todos a una:

—¡Sutep, Sutep, Sutep!

Gallo Hervido sonreía con una mueca.

Campeonaron los sutepistas. Recibieron dos pequeños trofeos. Uno por ganar el torneo, otro por ser los más goleadores. El segundo trofeo había sido obsequiado por la mujer de Gallo Hervido.

Pesaba cincuenta y siete kilos, Horacio Zeballos. A través de la piel se le contaban los huesos del cuerpo. Siete meses se cumplían sin que hubiese podido administrarse sus medicamentos. En el Sepa había envejecido veinte años. Estaba perdiendo la vista, rengueaba, sufría de jaquecas, había perdido el apetito. Otros habían enfermado de malaria.

Las fiebres intestinales postraban a la mayoría. Constantinides sufría nuevos ataques, gritaba enloquecido por el dolor.

La mujer del capitán había avisado que saldrían pronto. Muchos pensaron que era mentira. Pero al comenzar junio habían llamado a Horacio Zeballos a la capitania.

—Alisten sus cosas porque viene un avión para llevarlos a Lima.

—¿Saldremos en libertad?

—No lo creo —dijo el capitán—. Sólo es un cambio de prisión.

Pobre equipaje el suyo. Algunos no querían desprenderse de los cacharritos que habían comprado a los presos. Ni siquiera disponían de la ropa deshecha por el uso. Horacio Zeballos pidió que llevaran lo indispensable, a fin de regalar el resto a los presos más pobres.

Una corta temporada de lluvias se acercaba al Sepa. Apareció el avión y se fue. Se encapotaba el cielo. Por segunda vez corrieron con sus pobres bultos hacia el río Sepahua, pero tampoco aterrizó el avión.

Seis veces los hicieron formar para ir al aeropuerto.

Una tarde gris oyeron que un avión había tomado tierra.

—¡Cinco minutos para formar! —gritaba un sargento—. ¡Cinco minutos para irse o se quedan para siempre!

Maldito Gallo Hervido. En vez de usar el camino más corto, los despachó por el embarcadero del Urubamba. Se amontonaron en los pequepeques, preocupados por la fuerza de ese río mayor.

—¡Si la lancha se llena de agua, tienen que botar! —gritaba el maquinista— ¡O botan o los volteo, ya lo saben!

Cuatro pequepeques llevaban a los maestros. En el encuentro de ambos ríos descubrieron un turbio y enorme remolino. Las embarcaciones tenían que torcer apuradamente, esquivándolo y a la vez recibiendo el oleaje de través, de modo que empezaron a anegarse y los maestros a botar el agua con las manos. Al fin entraron al Sepahua y atracaron en la ribera cercana al avión. Personal del ejército y una veintena de guardias armados los esperaban.

—¡Arriba, arriba!

—¡Los últimos se quedan!

Se mordían los labios, jadeando por la ribera resbalosa.

Todo se detuvo en la selva en ese momento. Ni siquiera las hojas de los árboles se movían. ¡Tormenta! Así empezaba el mal tiempo. De un minuto a otro se apagaba la brisa y el mundo quedaba quieto. Después cambiaba de color el cielo, se oscurecían los bosques, caían goterones y súbitamente arremetía el viento y tronaban los cielos.

A lo lejos se veía la lluvia como una cortina de agua. El avión apuró sus motores y empezó a moverse por la pista, perseguido por los desesperados maestros. Lo abordaban como podían. Una vez dentro, ayudaban a los restantes. Muchos habían tirado sus magros equipajes con tal de no perder ese vuelo a la libertad. Dentro del avión, soldados con fusiles los empujaban a los costados de la nave. Llegaron a dar de culatazos a los últimos que intentaban trepar.

La lluvia les daba alcance.

El avión corrió a lo largo de la pista y tuvo que detenerse. Demasiado

peso.

—¡Bájense todos!— gritaba un uniformado.

No sólo llevaban a los maestros a Lima. Traían carga. Cincuenta cajas largas de madera.

—¡Bajen los bultos! —gritó Horacio Zeballos. En verdad, cada caja pesaba lo que un maestro.

El avión seguía carreteando. La tormenta se les venía encima. Los soldados querían arrojar a los profesores del aparato en movimiento. A su vez los maestros empezaron a tirar las cajas.

—¡Abajo esos presos!

Seguían cayendo cajas al campo de aterrizaje, por el que un puñado de amoratados maestros aún perseguía al avión.

—¡Bájelos! —gritaba el piloto.

Más cajas caían.

Formaron un callejón humano para empujar fuera la carga y para subir a los que se estaban quedando.

Ahora descubrió Horacio Zeballos que un coronel venía al mando. El ventarrón se había llevado su gorra de campaña. Volaban en círculos, a ras de los árboles, mientras se desencadenaba un aguacero que rápidamente borró su última visión del Sepa. Siete meses y medio habían cumplido de reclusión en plena selva. Esta vez viajaban en un Antonov de cuatro motores, una nave recién llegada a Sudamérica. En vez de subir más alto que la cordillera, continuaban volando pesadamente cerca de la selva, sacudidos por el mal tiempo. Acaso subieron a mil quinientos metros. Cuatro veces más alta, la cordillera parecía imposible de franquear.

Alguien se fijó en el reloj. Las cuatro y media de la tarde. A las cinco cerraban el tráfico aéreo por encima de los Andes.

—¿Por qué no suben? —se oía gritar al coronel por un teléfono.

Al rato salió uno de los pilotos.

—Se ha malogrado el hidráulico...

No podían recoger el tren de aterrizaje.

—¡Imposible pasar a Lima! ¡Tampoco podemos volver al Sepa!

—¡Entonces vaya a Pucallpa! —enfureció el coronel.

Pareció que iban a naufragar durante esa larguísima hora de vuelo al norte, mientras una inmensa tempestad los perseguía desde el sur. Caía el avión, crujían sus cuadernas, se cimbrecaban las alas, volvía a subir a medias enredado en la turbulencia selvática. Detrás de ellos se oscurecía el horizonte a ratos incendiado por una explosión de relámpagos.

A las cinco y media de la tarde bajaron al encuentro de Pucallpa. Tenía una buena pista de concreto. Varias veces rebotaron al tocar tierra. Al fin se detuvieron, cerca de un grifo, en un extremo del rústico aeropuerto.

Un desencajado piloto apareció entonces. Se dirigió a todos por igual, presos y militares.

—Señores, demos gracias a Dios que hemos llegado con vida...

Hasta los ateos se persignaron.

—Vamos a quedarnos en Pucallpa. Mañana vendrá otro avión para ir a Lima —agregó.

En la desordenada bodega del avión, soldados y maestros habían acabado por mezclarse, en confusión. Ahora la tropa volvía a desconfiar de los presos. Por suerte no estaban esposados. Horacio Zeballos percibía un cierto cambio en el trato que recibían. Acaso el gobierno militar necesitaba negociar con el verdadero sindicato del magisterio. Pronto lo sabrían.

Bajaron de diez en diez. Los centinelas no los perdían de vista. Marroquín y otros pidieron permiso para orinar unos pasos más lejos, contra la pared del grifo.

Al rato se reunieron con sus compañeros.

Somos profesores del SUTEP. Nos traen del Sepa. Avisen a los maestros de Pucallpa.

El mensaje en grandes caracteres quedó pegado en una de las ventanas del grifo al que se acercaban constantemente vehículos de servicio público.

Vigilados por el ejército, los maestros fueron a dar con sus huesos en un cobertizo de carga, cubierto con viejas calaminas desfondadas. Las distantes luces de la ciudad, el olor de la civilización que comenzaba, la promesa de la libertad, todo los inquietaba profundamente. Querían salir, acabar el viaje. Pidieron rancho. No probaban bocado desde la víspera y estaban muertos de sed. Pero nadie los esperaba. El coronel mandó decir que aguantasen. ¿O no los estaban sacando del Sepa por ser contrarrevolucionarios y enemigos del gobierno militar? Ni siquiera consiguieron cigarrillos. Se sentaron en hileras, siempre vigilados, a ver un crepúsculo rojo expandiéndose sobre la selva. Entonces oyeron acercarse un rumor a río fuera de cauce, desorbitado, una verdadera inundación de voces. Al rato descifraron los gritos: «¡SUTEP, SUTEP!»

Llegaban los maestros de Pucallpa, los estudiantes, los padres de familia. Aparecía gente de toda condición, de todos los oficios. Tres mil, cinco mil personas, mucho pueblo para la pequeña ciudad selvática. Habían leído el mensaje escrito en la ventana del grifo y toda la ciudad se movilizaba a recibirlos.

Reapareció el coronel.

—¿Don Horacio Zeballos?

Tanta fineza conmovió a los presos.

—Diga usted, coronel —se incorporó el secretario general del SUTEP.

—El pueblo de Pucallpa quiere invadir el aeropuerto para llevárselos, lo que yo no puedo permitir, usted me entiende.

—Lo entiendo, pero no lo puedo ayudar. Soy un pobre recluso.

—Vamos, don Horacio, usted podría pedir que se retiren.

—¿Por qué mejor no conversa usted con la gente de Pucallpa? Es con ella con quien debe parlamentar.

Se fue el coronel. Volvió al cuarto de hora.

—Don Horacio, quieren entrar. Han traído regalos y alimentos. Yo quiero evitar problemas. Nos vamos al cuartel de la Guardia Republicana y ahí podrán recibir visitas.

—Con todo gusto, señor coronel.

Rumbo a la ciudad, los camiones militares viajaron al paso de la multitud. Parecía una entrada triunfal. A las ocho bajaron los maestros en el cuartel de la Republicana. El pueblo se impacientaba por entrar. Seguía creciendo la multitud. Al fin dejaron Pasar a los visitantes. Les llevaban zapatillas, pantalones, camisas, jabón, comida, golosinas, latas de conserva, tabaco. Con los ojos hundidos por la temporada que habían vivido en el infierno, Horacio Zeballos pidió la asistencia de un médico y una desesperada ampollita de insulina.

La gente se había negado a irse hasta las tres de la mañana. Con los estómagos llenos, de nuevo vestidos, los maestros se desplomaron a descansar. Dos horas más tarde volvió el coronel.

—¡Llegó el avión! ¡Nos vamos!

Otra multitud, pequeña y aguerrida, esperaba en el aeropuerto, decidida a rescatarlos para siempre. Horacio Zeballos quería dar las gracias, pero tenían que aceptar su destino, ir a una nueva cárcel en Lima. Pronto serían puestos en libertad o al menos tendrían juicio y podrían defenderse. A todos, gracias. No los olvidarían. La gente ignoró los gritos de Horacio Zeballos e invadió el aeropuerto. Nuevamente los maestros debieron abordar el avión al galope.

A las siete de la mañana aterrizaron finalmente en el Grupo Ocho. Un enviado del Ministerio del Interior los recibió para explicar que estaban procesados en la zona militar de justicia. Los iban a recluir en la cárcel del Callao a la espera de su primera audiencia. Recibirían visitas dos veces por semana. Los maestros tomaron un autobús militar.

Dos amistosos avioneros informaron a Zeballos que la víspera se habían concentrado los maestros en la puerta del Grupo Ocho, para darles la bienvenida.

Al día siguiente apenas quedaba una maestra con un ramo de claveles rojos: Alicia Barrera, hermana de César Barrera Bazán. Sólo pudo arrojar uno de los claveles hacia el autobús que los llevaba al puerto.

El primer examen médico hizo que los doctores se preguntaran cómo había soportado Horacio Zeballos casi ocho meses sin insulina y sin dieta apropiada. Pesaba cincuenta y cuatro kilos. Necesitaba anteojos. Se cansaba con sólo leer unas páginas de un libro. A ratos se le doblaban las rodillas y lo atormentaban calambres en los pies.

Comparada con el Sepa, la cárcel portuaria era otra estación del mismo infierno, la cara de atrás de una sola moneda. Allá los presos se dispersaban en la colonia, los mataba la soledad. En el Callao existían amontonados en celdas de cemento, en un laberinto de cuadras y mazmorras donde la soledad era imposible. Cientos de ojos perseguían a Zeballos donde quiera que fuese. Hasta las defecaciones tenían que ser públicas. Habían asignado a los maestros un espacio propio, una pequeña cuadra en la que disfrutaban de cierta privacidad. Tan pronto fueron dejados en esa gran celda, se acercaron en masa los presos comunes. Mil trescientos desventurados aguardaban la inútil administración de justicia peruana. Algún día, la mitad de ellos sería encontrada inocente por los jueces, pero ya entonces habrían adquirido la maldad que conducía a los patíbulos. En la cárcel sabían que se trataba de maestros procedentes del Sepa. El murmullo de los encarcelados sonaba como un avispero encolerizado. Entonces abrieron calle y un grupo de muchachos entró con grave expresión a preguntar por el jefe de los maestros. Horacio Zeballos fue a su encuentro. Un joven semidesnudo, con un enorme sable cruzado en la cintura, saludó con una inclinación de cabeza. Nadie se daba la mano. En el puerto mandaban los jóvenes. Se identificó por su alias, Chupete. No tenía más de veinte años y mostraba orgullosamente un torso repleto de cicatrices. Cincuenta presos bien armados integraban su banda. Chupete era una celebridad. Mataba y asaltaba. Se había fugado de varias prisiones. Observó el lamentable estado de los maestros. No entendía de ideologías. Por algo los habían metido presos. Estaban contra la ley o el sistema, le daba lo mismo. En ese caso eran sus aliados. Explicó a Horacio Zeballos las leyes de la cárcel y le extendió su protección.

Al otro día, llegaron las visitas. Entró un médico para revisar a Horacio Zeballos. Centenares de maestros y maestras hacían cola para dejar alimentos a sus compañeros encarcelados. Nueve meses cumplían sin libertad. Por primera vez en tantísima ausencia sentían aprecio y casi recogimiento en el abrazo de los amigos y consuelo en las caricias femeninas. Entonces Horacio Zeballos confirmó lo que sospechaba: habían vencido. No importaba que presos, eran los ganadores. El gobierno tenía que negociar con el SUTEP.

Encuentros con Velasco

*Y en Dios me acuerdo primero, sólo en trance de morirme,
a veces cuando estoy triste mas nunca si estoy contento,
no dura el agradecimiento pa aquel que nos da la mano,
tan pronto nos sale el clavo, se olvida todo el sufrimiento...*
(«Maestra vida»)

*Al corazón no miden cadenas
ni con el oro quiebran amores...*
(Huayno «Remolinos»)

¿PARA QUÉ HABÍA MUERTO PABLO INZA EN COBRIZA? Para nada. Ocho meses habían pasado en el Sepa los dirigentes de los sindicatos de la Cerro Corporation que alentaban la expropiación de las minas. Los habían soltado a tiempo de mandar a los maestros a la selva. Los devolvieron a la dura calle, a la desolación, pues habían quedado sin trabajo y nadie quería darles empleo en el Perú. Estaban marcados para siempre con el estigma de la subversión. ¡Pobres cholos, pelearse con la Cerro Corporation! Ni siquiera los dejaban acercarse a las minas en busca de trabajo, pues de inmediato la policía los fichaba. Sin embargo, el 2 de enero de 1974, el gobierno militar había asumido el control de las minas explotadas por la Cerro durante 71 años. Entonces se supo que la historia de Cobriza había ocurrido cuando ya estaban en tratos la empresa y el gobierno militar, pues no era una sorpresa, como la del petróleo, sino un negocio cuyos términos habían convenido puntualmente. Se iba la empresa plenamente gratificada.

En realidad, el Perú compraba el negocio, una transacción multimillonaria que facilitaría la modernización corporativa de la Cerro y su alejamiento de una conflictiva realidad. Esta vez había llegado un numeroso séquito de generales y autoridades a recibir las minas entre himnos y aplausos. La gran ceremonia se había celebrado en el Sindicato de la Oroya, con asistencia de antiguos y nuevos funcionarios, trabajadores y toda clase de uniformados. En los discursos nadie mencionó al compañero Inza. Nadie se acordó de Cobriza.

Horacio Zeballos repasaba la historia de los últimos meses, todavía hospedado en la cárcel del Callao. Una dieta de proteínas y legumbres devolvía vivacidad al rostro ceniciento con el que había vuelto de la selva. En verdad, después de la Cerro, quedaban pocos negocios grandes que no hubiesen sido alcanzados por las reformas de Velasco. ¿Qué rumbo tomaría finalmente el gobierno militar? ¿Hasta qué profundidades del socialismo iba a atreverse el General Velasco? Las tendencias del militarismo manifestaban una voluntad comunista, liderada por el general cusqueño Leonidas Rodríguez Figueroa, y otra anticomunista, aunque aliada a gobiernos comunistas extranjeros, al mando de la cual se reconocía al nuevo jefe del Estado Mayor, Francisco Morales Bermúdez. En el centro de una futura tormenta, Velasco seguía imponiendo su rumbo nacionalista, con un propósito humanista tan intenso que no se explicaba por qué no había generado cambios mayores, más profundos aún que sus reformas. Una noche de discusiones políticas, Horacio Zeballos dijo que Velasco podía ser sincero, pero que nadie en su sano juicio debía creer que un ejército satélite de los Estados Unidos pudiese actuar con independencia. Los ejércitos latinoamericanos venían a ser subejércitos de Estados Unidos, la potencia continental en torno de la cual giraban los satélites armados, servidores de la causa anticomunista. El verdadero comandante militar del patio trasero sudamericano era el jefe del Comando Sur en Panamá, un estadounidense de apenas tres estrellas. A pesar de todo, el Perú se les volteaba. Fracasaban las guerrillas pero cada vez más resultaban favorecidos los movimientos políticos y las ideas izquierdistas. «Si no puedes con ellos, únete a ellos», había recordado Zeballos para explicar su tesis: el ejército de Velasco estaba suplantando la revolución por otra que dependía de los generales. Las organizaciones populares terminaban cabalgadas por una imaginaria insurrección cuyo dueño absoluto era el viejo sistema y sus mismas instituciones. En vez de combatir a las masas, se habían apropiado de ellas.

En verdad, el aparato de manipulación política del gobierno militar no sólo era el mismo, sino que había crecido considerablemente. SINAMOS tenía su propia central de trabajadores, la CTRP. Dirigentes de sindicatos se mezclaban con incógnitos agentes de los servicios de inteligencia que habían

penetrado el laberinto sindical peruano. A medida que el Ministerio del Interior ocupaba espacios antes reservados a SINAMOS para manipular directamente las organizaciones de base, centenares de informadores a sueldo se reportaban semanalmente en la DSE para delatar a sus propios compañeros. Expertos militares y navales dirigían la intervención de teléfonos en un edificio vecino al de la antigua ITT, también expropiada. En fin, SINAMOS se convertía cada vez más en un apéndice de la maquinaria castrense. Era parte del espionaje interno y de los experimentos psico-sociales, otra de las piezas que usaba el Poder Oculto para controlar los juegos de la política. El escondido centro de maquinaciones castrenses no había descansado mientras los maestros sufrían en el Sepa. Tampoco habían sido los únicos profesores que habían sufrido prisión. Cerca de trescientos dirigentes del magisterio habían pasado por diversas cárceles públicas. Mientras los sutepistas soportaban la represión, ya no SINAMOS sino el propio Ministerio del Interior y el Servicio de Inteligencia Militar organizaban el SERP, Sindicato de Educadores de la Revolución Peruana, cuyo nacimiento había tenido lugar en los bastiones de Horacio Zeballos, Arequipa y la IV Región. En su manifiesto de partida, el SERP se comprometía a aplicar la reforma de la educación. Por cierto, los «serpistas» se presentaban aún más radicales que los sutepistas, como si se tratara de una carrera hacia la izquierda en vez de una confrontación de ideas y actitudes. En efecto, el SERP se comprometía a unificar al magisterio nacional gracias a un «nuevo espíritu y principios revolucionarios con una actitud antiimperialista y antioligárquica», y se refería al maestro como «la piedra angular de toda transformación». También ofrecía conseguir una generosa reivindicación del magisterio «mediante su participación en la Revolución Peruana». Aún faltaba: el SERP se proponía «participar activamente en la Revolución, en cuanto (el maestro) es el líder social y el forjador de la conciencia nacional (que debe) participar activamente en los cambios estructurales que vive el país.» Los informes confidenciales sobre el SERP debían complacer a Velasco, que aceptaba crédulamente las supuestas verdades de sus servicios de inteligencia. El SERP era velasquista, disciplinado y mayoritario representante del magisterio. Después del congreso de constitución del SERP, habían informado a Velasco que la nueva organización tenía mil doscientos sindicatos de base, con sesenta mil maestros afiliados. Llovían favores sobre el SERP. Los «serpistas» disfrutaban de apoyo oficial, viajaban en avión, se alojaban en buenos hoteles, publicaban anuncios pagados en los diarios, los atendían funcionarios del Ministerio de Educación. En contraste, los sutepistas dependían de las colectas que hacían las bases y apenas si podían moverse por la penumbra nacional, acosados siempre por la vigilancia de la DSE. Pronto los dos sindicatos serían puestos a prueba. En mayo debían realizarse elecciones en trece de las

cooperativas magisteriales (no participaban Lima, Cusco e Iquitos, bastiones del sutepismo). La manipulación militar había terminado por creer en sus propios embustes. Habían reunido firmas de adhesión a fuerza de amenazas. A la hora de votar, los maestros lo hicieron en masa por el SUTEP. Después de contar los votos, sólo quedaba admitir que el SERP había sido mentira, pues habían ganado los candidatos sutepistas con el noventa por ciento de los votos. La vieja FENTEP tenía tres por ciento. El SERP naufragaba con un escuálido siete por ciento.

Velasco consideraba indispensable el respaldo del magisterio peruano. Tendría que tratar con los verdaderos dirigentes del magisterio. ¿Dónde estaban? En el Sepa, desde hacía ocho meses. No se habían dejado doblegar. Libres habían quedado unos cuantos dirigentes. A Manuel Esparza lo habían capturado a tiempo de enviarlo al Sepa. Aníbal Rebaza, Víctor Manzur y Néstor Vicente soportaban una larga clandestinidad. Debía existir considerable colaboración de maestros y preceptores en toda la república, pues el espíritu del SUTEP se mostraba fortalecido al cabo de tanta persecución. El único personaje visible todavía era Carlos Salazar Pasache, presidente de la central de cooperativas, a quien simplemente no habían podido meter en prisión. La verdad era que si encarcelaban a un dirigente, otro maestro tomaba su puesto. Humildes escuelas o grandes colegios, planteles de todo el país participaban de la resistencia. A mitad de 1974, con inevitable realismo, Velasco ordenó que sacaran del Sepa a los sutepistas.

Todo y nada había caído bajo control de los militares. Los principales bancos habían sido comprados por el gobierno, que además controlaba la banca de promoción. Seguros y reaseguros, financieras, el comercio exterior, las importaciones de insumos industriales, los almacenes de aduana, la totalidad de los puertos, los buques, el oro y el hierro, el transporte aéreo, la prodigiosa actividad pesquera, las plantas harineras, la producción de acero, los teléfonos, las comunicaciones internacionales, las microondas, el satélite, la electricidad, la distribución y venta de combustibles, el gas doméstico, la televisión, en buena parte la radio, el papel para periódicos, la venta de azúcar, el tabaco, los alcoholes: casi todo se había convertido en negocio estatal, con gerentes de uniforme y directorios nombrados por el gobierno. Lo tenían todo y nada a la vez, pues la república militar era producto de la fuerza. Su espinazo estaba hecho de puros decretos leyes. Nada había recibido la aprobación de un congreso o un referéndum.

Ya en la cárcel del Callao, Horacio Zeballos recibía información confidencial de algunos visitantes. Velasco había organizado un ejército realmente poderoso, con el mejor armamento que podía comprar a los soviéticos. En Moquegua y Tacna acampaban nuevas divisiones acorazadas y unidades de artillería. Los nuevos tanques debían aparecer por primera vez

el próximo 28 de julio, en el desfile de Fiestas Patrias. Entonces mostrarían pesados cazabombarderos de fabricación rusa capaces de volar a casi tres veces la velocidad del sonido. Buques de guerra acabados de construir navegaban armados con cohertería francesa y soviética. Se decía que Velasco planeaba recobrar la perdida provincia de Arica. Horacio Zeballos sacudía la cabeza. Acaso fuese verdad, todo era posible. Quedaban asuntos por resolver entre Perú y Chile. Velasco y Pinochet, dos generales en guerra. ¡Vaya una contienda! Más probable parecía que Velasco hubiese decidido apurar lo que faltaba de revolución, a fin de organizar la sucesión y colocarse en un rango superior y vitalicio. Nadie ignoraba el constante deterioro de su salud. Al jefe del gobierno militar se le endurecían las arterias. Tarde o temprano la enfermedad afectaría su capacidad de criterio. Entonces sería una locura dejarlo al mando absoluto de la república.

La víspera de ser puesto en libertad condicional, habían dicho a Zeballos que parecía estar en marcha la expropiación de los diarios de circulación nacional, incluido «El Comercio», poderoso decano de la prensa. Según todos los datos, serían entregados a comités controlados por el gobierno a fin de preparar su eventual transferencia a los «sectores organizados de la población», es decir, los que dependían de SINAMOS. «El Comercio» sería para los campesinos. El sector de la educación, (¿el SERP?) tendría un tabloide, («Expreso»), entonces administrado por un sindicato Unidad-sinamista. La expropiación de la prensa causaría seguramente un escándalo internacional. Los dueños presentarían sus quejas a la influyente Sociedad Interamericana de Prensa, el gobierno peruano sería criticado por otros gobiernos y la prensa mundial lo condenaría como la peor de las dictaduras. En trance tan peligroso, Velasco tenía que buscar la paz con los maestros. Ahora o nunca.

EL OFICIAL DE GUARDIA EN LA RESIDENCIA presidencial no ocultó su sorpresa esa mañana del martes 9 de julio. Por la calle de Polvos Azules se acercaba un grupo de visitantes poco comunes. En la sede del gobierno prevalecía un estilo militar y autoritario: cabezas medio rapadas, bigotes rectos y abundantes, mejillas rasuradas, zapatos brillantes, pantalones entubados, corbatas de colores austeros. Un ränger bien plantado, el jefe de los centinelas desconfió del aspecto anarquista y el desenfado de quienes se aproximaban a la puerta posterior. Venía al mando un barbudo de hombros levantados, que al principio parecía contrahecho, a quien flanqueaban un zambo atildado, de vestimenta gris a la moda, con pantalones marineros bien acampanados, y un hombre pequeño, de anteojos, con aire provinciano y doctoral. No todos venían de corbata. Uno traía una gruesa chaqueta con

forro de carnero. Otro estaba en camisa y chompa. Abundaban las barbas. Salvo el caballero pequeño y doctoral, todos mostraban enormes patillas. Cada quien caminaba a su paso. Traían zapatos de tacones gruesos, a la moda Makarios (parecidos a los que usaba el arzobispo-presidente de Creta), y varios empuñaban maletines que imitaban el célebre attaché del agente 007. Cuando llegaron a la puerta de grandes barrotes rematados con laboriosas lanzas de bronce, el oficial de guardia supo que olían a magisterio. No parecían peligrosos. Sólo uno de ellos se le acercaba en estatura. Los demás le llegaban al hombro. Miraron tensamente al oficial mientras el barbudo se identificaba.

—Buenos días, somos los integrantes de la delegación del SUTEP que viene a dialogar con el señor presidente. Yo soy el profesor Horacio Zeballos, secretario general.

—Lo estamos esperando, profesor Zeballos.

Los centinelas empujaron la pesada puerta palaciega.

—La cita es a las diez. Aún falta un rato —se preocupó Zeballos.

—Están a tiempo —siguió el oficial. Tenía insignias de capitán—. El presidente no espera.

Horacio Zeballos sonrió detrás de su espesa barba carcelaria. Pese a que había aumentado de peso, su viejo traje de maestro le bailaba en el cuerpo enflaquecido para siempre. No había tenido tiempo de hacérselo ajustar. De ahí que se le viera como una deformidad.

En el jardín del palacio presidencial no faltaban ovejas y pequeñas alpacas pastando, regaladas por comunidades campesinas agradecidas por la reforma agraria.

En lo alto de la escalera que llevaba a la residencia aparecieron uniformados. Velasco nunca había vivido en el palacio de los presidentes. Prefería su pequeña casa levantada en una urbanización de clase media. Sólo había usado el palacio como oficina o para reuniones de estado y recepciones. Sin embargo, a raíz de la enfermedad, cuando le amputaron la pierna, había trasladado su oficina del antiguo despacho de los presidentes a una ventilada habitación en la parte posterior, casi a la entrada misma de la residencia, pues se prestaba mejor para sus movimientos y tenía cerca un ascensor.

El maestro de primaria Horacio Zeballos entró por una calle curva y subió peldaños de mármol al encuentro del general Ibáñez, jefe de la Casa Militar.

Antes del último tramo, Horacio Zeballos se detuvo y miró en derredor. Vio el pequeño parque, los centinelas con ropas de combate, la guardia presidencial con su uniforme de otro siglo, la estación ferroviaria de Desamparados, los rastros de la pasada grandeza ferrocarrilera, las ruinosas fincas con balcones esponjosos que daban al río, la ribera cascajosa, el cauce

apenas húmedo del Rímac en invierno y, en fin, la casa de los gobernantes, la sede del poder supremo desde hacía cinco siglos. Ahí estaba la historia puesta piedra sobre piedra en lo que había sido el solar de Pizarro. Ahí comenzaban las distancias en la república. Ahí concluían las oraciones y las rogativas. Un golpe de viento trajo como un aullido hasta las orejas pálidas de Horacio Zeballos, tocándolo como una mano de hielo, para seguir de largo por los abismos interiores hacia los que siguió subiendo, sintiendo que la sangre cañoneaba en sus sienes. A su izquierda, Carlos Salazar Pasache. Al otro lado, el abogado del SUTEP, Alfonso Barrantes. Continuaban el tesorero de las cooperativas, José Jara Pantigoso, también Arturo Sánchez Vicente, con frondosa barba el maestro Callirgos, otros dirigentes sutepistas. Era más cristal la puerta de la residencia y más mármol el piso del amplio vestíbulo, en cuyas paredes se exhibían óleos indigenistas. Un poco más lejos vieron una ancha escalera que torcía hacia los pisos superiores y salones entreabiertos, alfombrados, en opulenta penumbra. Resultaba difícil creer que ese palacio perteneciera a los gobernados: veinte millones de parias.

Rara vez el general Ibáñez recibía a los visitantes. Para eso estaban los edecanes. En su uniforme relucían las insignias de general de división. Era paisano de Velasco y había sido su alumno en la Escuela Militar de Chorrillos. Servía al presidente con acorazada lealtad. Personalmente vigilaba la salud y la seguridad presidenciales. Estrechó la diestra flaca de Horacio Zeballos y condujo a los maestros a un salón austero, forrado en madera, en el que ya se habían dispuesto los asientos: SUTEP y gobierno militar frente a frente. Entonces apareció Velasco. Andaba con una pierna ortopédica, apoyándose en muletas. Antes de acomodarse, recibió el saludo de Horacio Zeballos. Se dieron la diestra y se miraron intensamente a los ojos.

Uno y otro sabían ver profundamente en las miradas. La mano de Velasco era fuerte, no se escurría en huidizos apretones. También Horacio Zeballos ofrecía la diestra con franqueza. Después de todo lo vivido, con la secreta certidumbre de que no habría de llegar a viejo, no tenía nada que esconder. Entró el ministro de Educación, el mismo general con cara de calavera, y otros uniformados, entre ellos el ministro del Interior, el general Richter. Al fin se sentaron y alguien dijo unas palabras que sonaban a monotonía. Pero en todo ese rato inaugural, la atención de Velasco estuvo concentrada en Horacio Zeballos y viceversa. Llegaba Horacio dispuesto a resistir, pues su razón negaba a Velasco toda posibilidad revolucionaria. Sin embargo, no dejaba de preguntarse por qué había llegado tan lejos Velasco, pues el Perú no volvería a ser el mismo después de su gobierno, no porque sus reformas fuesen eternas sino porque había abierto las compuertas de la libertad y la cultura. La época del oscurantismo se había desmoronado y las ideas prohibidas volaban libremente en el Perú. Las reformas acabarían tan pronto

fracasaran sus resultados económicos y sociales. El poder se transfería o no servía. Las reformas no podían perpetuarse siempre conducidas por tutores e intermediarios. Pero las cadenas de la ignorancia habían sido pulverizadas. En 1974 no quedaban libros prohibidos en el Perú. ¿Hasta dónde quería llegar realmente el General Velasco? ¿Cuáles eran las limitaciones de su liderazgo? Al cabo de unos minutos de acomodarse, Horacio Zeballos supo que Velasco no sería el primero en mostrar sus cartas.

Para los sutepistas, ese encuentro era todo un atrevimiento. La posición de Patria Roja no favorecía el diálogo, pues consideraba que el modelo velasquista reproducía el corporativismo instaurado en Italia por Mussolini y repetido por el fascismo en todas sus épocas y expresiones. Si bien el SUTEP mantenía constante comunicación con sus bases, realizando asambleas a las que a veces llegaban mil y hasta dos mil maestros, no había podido abstraerse de la enfermedad más común de la época: el ideologismo. Y para los principales «ideologizadores» de la izquierda maoísta, esa primera visita al palacio presidencial constituía una traición. Los senderistas emitían documentos acusando de entreguistas a Zeballos y su dirigencia, ciegos que favorecían a las clases explotadoras. A quienes aceptaban el diálogo los calificaban de legalistas y de renunciar a la lucha por los objetivos estratégicos de las masas. Zeballos había pedido ayuda a su propio partido. Patria Roja lo dejó en libertad. Lo que estaba en luego era el SUTEP, no el partido. Velasco llamaba a los maestros, no a Patria Roja. Horacio Zeballos aceptó preocupado, pues la oposición más dura se expresaba en su propia directiva a través de Arturo Sánchez Vicente y Abel Callirgos, también de Patria Roja. No los podía dejar fuera, pues eran subsecretarios. Antes del primer encuentro con Velasco ya sostenían que el secretario general quería entregarse a la dictadura, pese a lo cual también participaban. Horacio Zeballos había vuelto del Sepa como uno de los duros de su partido. Mientras no hubiese una revolución verdaderamente del pueblo, no podría darse en el mundo el indispensable jubileo universal. Pero la propagación revolucionaria debía sustentarse en el convencimiento y no en la imposición o la exclusión propia de los espíritus sectarios. De ahí que existiese en el SUTEP una tradición iniciada por él, de no expulsar a nadie por motivo de discrepancias. Además, las luchas por reivindicaciones a través de los gremios debían tener resultados concretos, que era preciso arrancar a los gobiernos. Como secretario general tenía la obligación de conversar con Velasco y agotar las posibilidades de una negociación que era una victoria para los maestros, pues empezaba al más alto nivel del gobierno. Los amigos de Horacio Zeballos habían acudido a muchas citas de Lenin para detener la avalancha de ataques, pues Lenin había sido uno de los más eficientes negociadores de la historia contemporánea. En fin, Zeballos tranquilizó a sus críticos asegurando que la conversación con Velasco sería un

evento transitorio, coyuntural, circunstancial, del que seguramente no habrían de derivarse compromisos o soluciones permanentes. Sin embargo, había sentido la fuerza personal de Velasco. Ambos se habían hipnotizado. Cuando escapó del trance, constató que la voz monótona pertenecía a la calavera ministerial. El mismo general que los había denunciado y perseguido, les daba la bienvenida.

Entonces habló Velasco, brevemente.

—La revolución que hemos iniciado quiere transformar el Perú, servir a los pobres y los humildes. Yo los he llamado a ustedes para que me ayuden. Yo sé que algunos de ustedes no están de acuerdo ni siquiera con empezar esta conversación. Sin embargo, quiero que los más recalcitrantes de ustedes vengan a discutir diariamente con nosotros, aquí y en el COAP, a fin de darnos luces mutuamente. Yo quiero hacer la revolución con los maestros.

Calló Velasco y su mirada buscó a Horacio Zeballos, invitándolo a tomar la palabra. Un mes atrás estaba en el Sepa. Y en la cárcel del Callao, hacía una semana. Ayer era un proscrito. Esa mañana se encontraba con libertad condicional. Velasco y su gobierno militar no parecían la misma cosa, pero el presidente toleraba los excesos de la represión militar. ¿Hasta cuándo iban a perseguir a los trabajadores, a los dirigentes populares? Horacio Zeballos habló de la Carta de los Derechos Humanos y de las garantías constitucionales. Se habría dicho que iniciaba un debate casi eclesiástico en torno al anunciado humanismo velasquista.

Los generales miraban a Zeballos como si personificara al diablo.

—Cholo, no me estés palabreando —interrumpió Velasco—!Dime, ¿qué quieren los maestros? Los he llamado para saber qué quieren y para pedir que me ayuden con la revolución.

—¿Y usted cree que no es serio hablar de los Derechos Humanos? —dijo Zeballos sin titubear—. Usted acaba de mandarnos nueve meses al Sepa. ¿Reprime a las personas por sus ideas políticas pero considera que es una broma hablar de los Derechos Humanos?

—Acaban de salir del Sepa, es cierto —intervino Alfonso Barrantes—. Y todavía hay maestros que están presos.

—Yo no los he mandado al Sepa. Este es el responsable —y señaló al general Richter, ministro del Interior—. Además, de vez en cuando hay que aplicar rigor. Cuando yo mataperreaba allá, en el barrio de Castilla, me caían mis tundas para corregirme. Yo estoy agradecido, porque eran golpizas de amor maternal.

—Eso no tiene nada que ver con nuestra prisión en el Sepa —insistió Zeballos—. Y usted no es mi mamá.

Esta vez Velasco rió. Era atrevido, Zeballos. No se le había achicado,

como el resto de la gente.

—Los maestros presentes han sido destituidos de sus puestos. Doscientos profesores siguen enjuiciados. Yo creo que con toda razón se sienten perseguidos —habló Barrantes—. Lo que se quiere es que suelten a los presos, se corten todos los juicios y se les reponga en sus puestos.

—Ajá. Eso quiere usted —Velasco miró fijamente a Barrantes—. Entonces se va a usted a quedar sin empleo.

—General, si no meten presos a los maestros, a los trabajadores, a los mineros, yo feliz me quedo ocioso. En buena hora.

—¿Mejor por qué no acabamos con los abogados en el Perú? —insistió Velasco.

—Tendría usted más trabajo.

—Casi no habría pleitos —sonrió Velasco, sin preguntar por qué.

—Pero todo tendría que arreglarse a balazos y usted no podría descansar —siguió Barrantes.

De nuevo se esparcieron sonrisas.

—No puede haber diálogo mientras los maestros son perseguidos —no se dejó distraer Horacio Zeballos—. Aprovecho el encuentro para pedir a usted que ordene cortar todos los juicios a los maestros del SUTEP. Es una petición concreta, señor presidente.

—¿No están libres? —Velasco miró a Richter—. ¿No habías dicho que ya habías soltado a todos?

—Sólo hay libertad condicional. Los juicios continúan. Velasco se dirigió al general Ibáñez.

—Encárgate tú. Que se corten los juicios. Hoy mismo y no quiero más cuentos ni leguleyadas. Tú mismo haz el anuncio —Velasco miró a Zeballos—. Ya está.

¿Eso era todo? Denuncias, atestados, instructivas, pruebas, testigos, procesos, escribanos, altos de papel membretado, una vida de alegatos y recursos, requisitorias y prisiones, ¿todo se disolvía en la nada con una palabra del presidente de la república? Ya está. Se acabaron los juicios. Pasemos a otro tema. Lo anterior no existía. Los maestros tragaban saliva.

—El año pasado se ofreció reincorporar a los profesores que habían sido despedidos después de la huelga, pero no se ha cumplido la promesa —volvió a hablar Zeballos—. Es otra petición concreta.

—Entiendo que han sido repuestos— se contrarió Velasco.

—No lo han informado bien, señor presidente.

Velasco observó los rostros inmóviles de los maestros. Estaban convencidos de su verdad. Con frecuencia el poder moría en la puerta de ese despacho, pues las órdenes ni siquiera llegaban a su destino. Había sido distinto cuando Velasco tenía dos piernas.

—Oye, Carpio, ¿quién tiene la razón? ¿Tú o los maestros? — se dirigió al ministro de Educación. Volvió a mirar a Zeballos—: Las promesas se cumplen o no se hacen. ¿Cuántos quedan subrogados?

—No hay casos pendientes —quiso argumentar el ministro.

—Más o menos trescientos —dijo Zeballos—. Sin contar con los traslados arbitrarios.

—Son 278 casos, para ser precisos —intervino Barrantes—. Seguramente no han informado bien al señor ministro. Aquí le entrego la lista y los datos de cada uno de los maestros despedidos sin reposición.

Las hojas de papel pasaron por las manos de Velasco que las dejó seguir hacia el ministro de Educación.

—La reposición de los faltantes no tiene por qué esperar —dijo el presidente—. En cuanto a los traslados, trataremos el tema en una próxima reunión. Quiero que me informen caso por caso.

—La realidad de la educación es distinta a la que nos pinta su gobierno —presionó Zeballos.

—Lo escucho —dijo Velasco.

Era una vieja historia: tráfico de influencias, venta de destinos, cuentas abultadas, aprovechamiento ilícito de los bienes estatales.

—No me hablen vaguedades —respondió Velasco—. No puedo hacer nada si no traen pruebas. ¿Ustedes conocen a los corruptos y pueden dar pruebas de su mal comportamiento? De inmediato los castigamos. Yo no he venido a gobernar para beneficio de los sinvergüenzas.

—Demandamos el pago de los haberes no recibidos por los maestros enjuiciados y perseguidos —se oyó a otro dirigente sutepista.

Velasco movía afirmativamente la cabeza.

—No me demandes tanto, que estoy escuchando con la mejor voluntad —dijo.

Habló después Salazar Pasache como presidente de la central de cooperativas. Nunca terminaba de liquidarse la Asociación Mutualista Magisterial, cuyos bienes debían ser transferidos a la central. Los liquidadores ni siquiera informaban a los maestros, que venían a ser los propietarios. Pidió a Velasco que diese un plazo final para resolver el problema.

Más tarde Zeballos recordó que los maestros no recibían aumentos desde hacía diez años.

—El problema es que son muchos maestros. Hay que tratar el tema dentro del presupuesto de la república. Para ocuparnos del nuevo salario del magisterio pediremos la asistencia del ministro de Economía...

Tenía la voz ronca, Velasco. Había dejado el cigarrillo, pero bebía una taza de café detrás de otra.

—Yo quiero hacer la revolución con los maestros. No puedo pensar

en una revolución con los maestros ausentes o en contra —siguió Velasco.

En ese instante, Sánchez Vicente dijo una pesadez. Velasco se hizo el sordo.

—El diálogo no ha terminado —se apuró en hablar Zeballos. — El diálogo continúa —dijo Velasco—. Nos reuniremos mensualmente los primeros martes de cada mes. ¿De acuerdo? Los sutepistas aprobaron.

Velasco volvió a dirigirse a Horacio Zeballos:

—Usted no tiene cara de ultra. Usted no se esconde. ¿Qué más quiere?

—El reconocimiento del SUTEP.

—Con la presente reunión y la continuación del diálogo, el SUTEP está siendo reconocido de muchas maneras.

—Queremos un documento oficial. Usted sabe que nada funciona sin papel membretado y sellos del gobierno. Se quiere negar nuestra existencia.

—No veo por qué no habría de ser reconocido. Claro, hay un problema con el nombre. Eso de sindicato único ignora a las demás organizaciones, como el SERP, por ejemplo. Ellos también quieren existir, lo mismo que ustedes. No pueden agarrarse toda la representación, porque no la tienen completa. Nos ocuparemos del tema en nuestro próximo encuentro.

A LAS SEIS DE LA TARDE DEL MISMO DÍA, el jefe de la Casa Militar había telefoneado a Horacio Zeballos para informar que se habían cortado los juicios a los doscientos maestros sutepistas. Al rato llamaron a una rueda de prensa en SUTEP. Avanzaba julio empujado por vientos de revolución, como si de tantas reformas y sacudimientos pudiese arrancar una de esas avalanchas de la historia cuyo destino resultaba inimaginable. El primer encuentro entre Velasco y SUTEP causó sorpresa y consternación. Horas después cortaban los juicios a sus dirigentes. Diarios y televisión mostraban al barbudo Horacio Zeballos sonriendo luego del diálogo con Velasco. En la conferencia de prensa, Horacio Cevallos había dicho que los maestros reunirían pruebas de la corrupción en el aparato educativo. Pedían reorganizar el Ministerio de Educación, empezando por las jefaturas zonales y regionales. Velasco solicitaba que fundamentasen sus denuncias. El SUTEP se proponía entregar pruebas en su próximo encuentro con el presidente de la república.

La reunión con Velasco era a la vez un triunfo y una preocupación, pues de inmediato se alzaron voces de descontento. ¿Ya lo ven? El SUTEP capitulaba. Negociar y traicionar era lo mismo. En vez de adoptar medidas de lucha, los sutepistas colaboraban con la dictadura militar. «Estamos buscando soluciones parciales y coyunturales a los problemas del magisterio», tuvo

que decir Horacio Zeballos. «El diálogo con el gobierno debe ser entendido como una modalidad de lucha, no para recibir dádivas sino para arrancar conquistas y defender indeseablemente los derechos de los trabajadores de la educación.» ¿Por qué se ha producido el diálogo? «Es una respuesta a la presión de las masas magisteriales.»

En la madrugada del 27 de julio, policía, servicios de inteligencia y auditores del gobierno tomaban posesión de los grandes diarios de circulación nacional. Al día siguiente, aniversario de la patria, la revolución de Velasco confirmaba su definición: autónoma, humanista y socialista. Se publicaba el Plan Inca, un proyecto de gobierno para muchos años. En la mañana gris del lunes 29 de julio, trescientos tanques de fabricación soviética participaban en la gran parada militar que presidía Velasco. Pesados cazabombarderos rusos rasaban sobre la ciudad a velocidades supersónicas. Por primera vez aparecían misiles y armamento sofisticado. Raúl Castro, jefe del ejército cubano, llegaba a Lima para una prolongada visita.

En el colmo del poder, Velasco recibió al SUTEP el lunes 5 de agosto. Esta vez llegaban trece dirigentes del magisterio y el abogado Barrantes. También ellos se sentían más poderosos. Ya eran libres. Trataban directamente con el presidente de la república.

El segundo encuentro, impregnado de formalidad, se desarrolló en el despacho presidencial, con asistencia del ministro de Educación y del influente general Graham, jefe del Comité de Asesores de la Presidencia, COAP. No faltaba el general Richter, ministro del Interior que los había encerrado nueve meses en el Sepa.

Lo primero que dijo Horacio Zeballos fue que se trataba de una reunión histórica.

Según los diarios del día siguiente, Zeballos había dicho las siguientes palabras:

—Quienes ahora estamos dialogando con usted, señor presidente, tenemos presente la realidad actual del Perú y coincidimos en los puntos básicos con los anhelos de la Revolución. Creemos que nuestra responsabilidad es colaborar con la Reforma Educativa a fin de que las nuevas generaciones de peruanos sean formadas de acuerdo con las transformaciones sociales y económicas que se están llevando a cabo.

Según los diarios, a su vez Velasco se había referido al Plan Inca, un plan de gobierno a largo plazo.

—Ahí está escrito que la Revolución anhela dignificar al maestro peruano. No entiendo como los maestros no pueden sentir que esta Revolución es suya. Las mayorías peruanas, ayer olvidadas y marginadas, respaldan el proceso y los maestros no deben estar en la vereda contraria.

Gobierno y sutepistas confirmaron su sinceridad antes de enfrascarse

en una densa conversación. Por delante se ocuparon de la reposición de los sutepistas despedidos a raíz del paro de octubre del año anterior. Las listas de ambas partes fueron confrontadas. En efecto, 278 maestros volvían al servicio. Velasco accedió a que se les pagasen los salarios devengados. En uno de los cortos recesos, firmó el Decreto Supremo respectivo. Victoria sutepista.

Después pasaron al reconocimiento del SUTEP. El gobierno militar objetaba la mención de la lucha de clases en los estatutos del sindicato. Tampoco podía considerarlo «único» sin traicionar al SERP y a los viejos sindicatos de primaria y secundaria, que se obstinaban en existir aunque hubiesen quedado sin afiliados. En esa parte de la reunión Horacio Zeballos se replegó, dejando que hablaran los subsecretarios, Abel Callirgos y Arturo Sánchez Vicente. También Velasco se convertía en espectador. Llevaba la discusión el ministro con rostro de calavera. Los argumentos de Sánchez Vicente irritaban cada vez más al general-ministro. Sonaban a provocación. Tocaban el tema del reconocimiento del SUTEP.

—¿Cómo va a ser un sindicato «único», si hay maestros que tienen otras organizaciones? —no salía de su argumento el general Graham, jefe del COAP—. Además hay maestros de varias clases...

—¡Somos sindicato único porque somos la mayoría, pues! — se fue de lengua Sánchez Vicente—. ¡Aquí el ministro de Educación, el general Carpio Becerra ha manipulado la formación de un sindicato fantasma que es el SERP que no representa a nadie!

—Un momentito —se oyó a Velasco—. Aquí estamos hablando respetuosamente. Yo no acepto excesos de ninguna clase. Los he llamado para desarrollar un diálogo amplio y generoso por ambas partes. Pero que nadie olvide que están en mi presencia y que yo soy el jefe del gobierno.

Sánchez Vicente se hundió en sí mismo.

La reunión había empezado a las 10 y 15 de la mañana. Casi a la una de la tarde concluía la discusión sobre el reconocimiento del SUTEP, nombrándose una comisión con tres representantes sutepistas y tres del Ministerio de Educación para que encontrara pronta solución. El último punto de la agenda se refería al salario de los maestros. Horacio Zeballos dijo que estaba pendiente un aumento considerable. Velasco recordó que una comisión preparaba el anteproyecto de Ley del Magisterio, que debía estar listo !para su debate con los maestros en el plazo de una semana. Ofreció tina solución integral, cuyas partidas respectivas se incluirían en el Presupuesto Bienal próximo a aprobarse.

El primer martes de setiembre volverían a reunirse el presidente y los maestros sutepistas. Terminaba el encuentro a las 2 y 25 de la tarde. Fotógrafos y camarógrafos se amontonaban en la parte posterior del palacio

presidencial. Velasco autorizó que entrasen y posó para la prensa con los dirigentes del SUTEP.

HORACIO ZEBALLOS HABÍA ADQUIRIDO IMPORTANCIA nacional desde su salida del Sepa y la cárcel del Callao. Se había convertido en principal interlocutor del general Velasco. En efecto, a nadie daba más importancia el presidente que a Zeballos y a los maestros. A ciertos colaboradores les había dicho el presidente que si campesinos y maestros hacían suya la revolución, ya nada podría detenerla. Crecía Zeballos y se fortalecía el SUTEP. El diálogo favorecía un intercambio de influencias. Cierta intensidad revolucionaria se propagaba desde las posiciones sutepistas. Para Velasco eran más importantes los hechos que las ideas. Desde luego, la creciente proximidad entre sutepistas y Velasco no era vista con simpatía por los soviéticos ni por ciertos sectores castrenses conservadores. La dirigencia moscovita de la CGTP jamás había conseguido sentarse mensualmente a discutir sus problemas con el presidente de la república, que aseguraba soluciones rápidas y la obediencia de hostiles burocracias en muchos ministerios. Los comunistas de Unidad, jefaturados por Jorge del Prado, habían conocido varias veces su propio calvario. En el pasado habían defendido los intereses populares a pesar de persecuciones, cárcel y balazos en la nuca. Ahora tenían que ser gobiernistas. Los negocios cada vez más importantes entre Moscú y Lima, sobre todo en el campo militar, impedían a los moscovitas toda posibilidad de rebeldía. La Unión Soviética tenía sus propios tratos con la Revolución de Velasco. Frente a los abusos o los errores del gobierno militar, los comunistas de Unidad tenían que agachar la cabeza. Y frente al SUTEP se convertían en los segundones del movimiento sindical. En cambio, los sutepistas habían defendido a todo trance su independencia y al salir del Sepa pasaban a negociar en el despacho presidencial y Velasco se fotografiaba con ellos. La Fuerza Armada también mostraba inquietud. Los generales realmente velasquistas no habían protestado, pero los conservadores aborrecían el crecimiento de una corriente maoísta en el Perú, sin entender que la militancia de ciertos dirigentes no significaba que ciento veinte mil maestros y cuarenta mil preceptores se hubiesen inscrito en las filas todavía clandestinas de Patria Roja. En fin, sabían cómo tratar con los moscovitas, convocando sobre ellos a los soviéticos, pero hasta bien asesorados servicios de inteligencia habían fallado en su intento por influir y manejar a los sutepistas. Unos y otros se daban cuenta de que el diálogo con Velasco fortalecía al SUTEP. Pronto empezaron a generarse conflictos para enfrentarlos. Era preciso provocar la división cuanto antes.

Tampoco faltaban intrigas y odiosidades en el Ministerio de

Educación, cuyos funcionarios veían al SUTEP como una obra del diablo. Estaban en contra los directores regionales y las jefaturas zonales de los núcleos educativos comunales, toda la burocracia cuya corrupción había denunciado el SUTEP. Pero acaso las contradicciones más peligrosas se daban en la dirigencia del SUTEP. Unos no habían considerado jamás la posibilidad de un diálogo directo al más alto nivel del gobierno militar. Otros se convertían en opositores enardecidos, para quienes el diálogo conducía irremediablemente a una traición. Sánchez Vicente mantenía una actitud constantemente provocadora frente a Velasco y sus ministros. En el sindicato de Lima, Sánchez Vicente y Callirgos coincidían con Sendero Luminoso al calificar el diálogo de entreguismo y claudicación. Obtenían soluciones a problemas nunca antes resueltos, pero al precio de sentarse con el enemigo. Para los intransigentes, Velasco no era más que un personero de la CIA, un impostor al mando de una revolución fraudulenta y mentirosa.

El primer lunes de setiembre, nuevamente entraron a la residencia presidencial los dirigentes sutipistas. Siempre barbudo, Horacio Zeballos había pulido su apariencia. En el rostro de Velasco se hundían los ojos, a consecuencia de la enfermedad que seguía royendo la claridad de su inteligencia. Esta vez Zeballos pidió una compensación por el aumento del costo de vida: tres mil soles mensuales. Podía otorgarse sin esperar la aprobación de la Ley del Magisterio. Sobraban razones, pues los salarios estaban congelados desde antes del gobierno militar y la situación de los maestros era insostenible.

—Esto es fundamental en nuestro pliego de reclamos —se oyó a Zeballos—. Los maestros pedimos atención desde hace siete años y queremos ser escuchados.

—Yo he escuchado —respondió Velasco— y habrá un aumento en el próximo Presupuesto Bienal. No puedo precisar el monto, todavía. En cuanto al reconocimiento del SUTEP, Velasco decidió limpiar el camino de una vez por todas.

—Encargo al general Valdez, subjefe del COAP y asesor legal de la presidencia de la república, que se reúna con el doctor Barrantes, asesor legal del SUTEP, hasta encontrar una salida.

—Pedimos que también se incorpore a nuestro dirigente, el señor Carlos Salazar Pasache —dijo Zeballos.

El general Valdez y Salazar Pasache ya habían tenido otras reuniones para resolver la transferencia de los bienes de la antigua Mutualista a la central de cooperativas.

—Precisamente mañana tenemos una cita —habló el general Valdez, que también hacía las veces de notario público y secretario del Consejo de Ministros.

Salazar Pasache abrió su portafolio y extrajo un proyecto de decreto supremo que viajó de mano en mano hasta llegar a Velasco, que leyó antes de pasarlo al general Valdez. Contenía la propuesta del SUTEP respecto de la Mutualista.

Los sutepistas entregaron más documentos que probaban la venta de colocaciones en el Ministerio de Educación. Un alto funcionario había cobrado tres mil soles por un nombramiento en Lima.

Velasco se indignó.

—Quiero una investigación sumaria por parte del Ministerio. Basta de contemplaciones.

Horacio Zeballos insistió en que aún existían maestros des-pedidos que no habían sido repuestos y ni siquiera figuraban en las listas del Ministerio.

—Parece que hay órdenes del supremo gobierno que no se cumplen.

Velasco lo miró fastidiado. Los ojos de Zeballos no huyeron. Militares y sutepistas los vieron enfrentarse silenciosamente. La verdad, estaban cansados. La reunión había empezado a las diez y media y ya daban las tres de la tarde. El grupo había bebido incontables tazas de café.

—La reunión de octubre tendrá que ser el segundo lunes, que viene a ser el 14 —se oyó al ministro de Educación, a la hora de recoger documentos y despedirse.

El tres de octubre se cumplía el sexto aniversario de la revolución de Velasco. Cinco días después se conmemoraba el Día de la Dignidad, también sexto aniversario de la ocupación militar de los campos petroleros. A su vez los maestros estarían ocupados con el Primer Congreso Pedagógico Nacional organizado por el SUTEP, que se reunía en la Universidad de La Cantuta entre el 2 y el 5 de octubre. Entonces sería presentado el anteproyecto de la Ley del Magisterio que preparaba el gobierno militar.

A LAS NUEVE DE LA MAÑANA DEL TRES DE OCTUBRE, la ciudad conoció un espantoso estremecimiento. Un trueno subterráneo se extendía por toda la costa central del país, entre la gran fosa marina de Mala y los abismos oceánicos de Chancay, sobre los cuales se extendía la angosta plataforma continental con todo su amontonamiento de ciudades, Lima y sus satélites, casi cuatro-cientos kilómetros de territorio en población. Nada existió a partir de ese momento, como no fuese un terremoto que subió hasta el grado seis. La gente escapaba hacia calles pronto cubiertas de escombros y gritaba con voces inaudibles, abrazándose en precarios refugios mientras una monumental polvareda se espesaba hasta tapar el sol de ese feriado político,

con desfile militar y corrida de toros. Célebres campanarios coloniales cayeron decapitados y viejos barrios cercanos a los morros del sur acabaron por desmoronarse, dejando al desnudo su antigua ingeniería de quincha y adobes fatigados. En el edificio del Congreso de la República, ocioso desde hacía seis años, el cataclismo sorprendió en plena sesión a centenares de delegados campesinos, en gran parte de la cordillera, que en vez de asustarse y escapar habían aullado vivas a la revolución y a Velasco antes de cantar el Himno Nacional. Tampoco corrieron los maestros que deliberaban en La Cantuta, en lo profundo de una garganta andina donde el terremoto golpeaba mucho más fuerte que en la pedregosa planicie limeña. En la universidad reventaban los cristales y rodaban su bitas avalanchas, una de las cuales llegó a cortar los rieles del transandino que pasaba por la espalda del campus. Unos veinte maestros sufrieron contusiones y cortes. Los habían atendido en el mismo sitio. La dirigencia del SUTEP no quería interrumpir las deliberaciones finales.

Tan pronto se aplacó la tierra, desesperados automovilistas enloquecieron por avenidas felizmente de asueto. Todos trataban de comunicarse con sus familias. Al sur de Lima se habían desplomado antiguos cementerios, dejando al descubierto vanidades, momias trajeadas de fiesta, cadáveres que habían sido importantes y que habían perdido hasta sus nombres. Morían dos veces, solo que ahora serían enterrados por las palas de los tractores del Ministerio de Fomento, no por respetuosos cortejos con cargado-res negros vestidos de frac. Aficionada a descifrar augurios, mucha gente entendió que la catástrofe anunciaba el comienzo del fin a Velasco. Tenía que ser una señal del cielo. Doscientos habían muerto y barrios enteros estaban destruidos. Las celebraciones por el sexto aniversario de la Revolución Peruana debieron ser postergadas una semana.

En el congreso de La Cantuta, los maestros habían generado su propio cataclismo. Bandera Roja y Sendero Luminoso habían coincidido en definir fascista al gobierno militar. De ahí que el anteproyecto de Ley del Magisterio fuese rechazado. Contribuía, al corporativismo mussoliniano propugnado por la dictadura, Vanguardia Revolucionaria afirmaba que el anteproyecto era «producto de la política conciliadora del gobierno militar reformista con el imperialismo que mantiene inalteradas las bases semi-coloniales del Estado.» Patria Roja sostuvo que era urgente elaborar una alternativa popular para una educación proletaria.

En realidad, los debates de los maestros en La Cantuta tenían poco o nada que ver con el pragmático diálogo que había conducido Horacio Zeballos con el presidente Velasco: corte de juicios, reposición de despedidos, reconocimiento del SUTEP, compensaciones económicas, aumento de salarios, recuperación de bienes por parte de las cooperativas. Aún más,

Velasco pertenecía a una república militar, autoritaria, que utilizaba una constitución conservadora, capitalista, de democracia representativa. Y los principales discursos de La Cantuta pertenecían a una sociedad inflama-da, en revolución, popular y comunista, a la izquierda de todo y todos, conforme era la propuesta simplemente agitadora de Sánchez Vicente y Callirgos. No quedó espacio alguno para una conciliación entre el congreso sutepista y los negociadores. Las primeras conclusiones se distanciaban definitivamente del diálogo. Para empezar, la educación dependía de la estructura económica de la sociedad y de la clase dominante. El Perú era una sociedad dividida en dos clases hostiles y la educación estaba al servicio de la clase explotadora, actuando como un transmisor ideológico para adaptar a la juventud al sistema dominante. La clase trabajadora debía rechazar los instrumentos de la clase explotadora, incluidos los ideológicos, culturales y académicos del imperialismo. La posición extrema proponía, además, expresar el apoyo del magisterio a la Revolución Cultural Proletaria China para diferenciar «a quienes plantean abstractamente el cambio educacional en función simple y llana de la misma educación.» Dicho de otro modo: confrontar a Mao con Velasco. ¿Para qué reforma de la educación si no podía ser transformada a menos que antes ocurriera un cambio social? Los acuerdos no admitían replica: «La lucha por una educación proletaria para el pueblo peruano es la lucha para (...) desarrollar los factores subjetivos que requiere la liberación nacional, la democracia popular y el socialismo.» En fin, terminó por imponerse la siguiente propuesta: “denunciar, desenmascarar y combatir la Reforma Educativa... y enarbolar, como alternativa, la lucha por una educación nacional, científica, democrática y popular.» Zeballos sacudía la cabeza. Por correcta que pudiese ser desde el punto de vista de la lucha por el poder, no era una propuesta que sirviera a un sindicato para arrancar reivindicaciones importantes y hasta su propio reconocimiento, en un trato directo con el jefe de un gobierno.

DOS DÍAS ANTES DE LA SIGUIENTE REUNIÓN con Velasco, el sábado 12 de octubre, la dirigencia sutepista convocó a una conferencia de prensa. Aunque ocupó un asiento importante, Horacio Zeballos pasaba a un segundo plano. Esta vez hablaba Sánchez Vicente. No anduvo en preámbulos. El Primer Congreso Pedagógico de La Cantuta había reafirmado una política de oposición al gobierno militar, a la reforma educativa y al anteproyecto de Ley del Magisterio.

—En el congreso han participado mil quinientos delegados de bases sutepistas —siguió Sánchez Vicente— que acordaron denunciar, desenmascarar y combatir la reforma educativa y su instrumento, el Decreto

Ley 19326. Como alternativa, el SUTEP va a presentar un proyecto que defina una educación científica, democrática y popular.

También habían acordado «luchar por un programa mínimo que contenga las reivindicaciones fundamentales en los aspectos económico, social, laboral, profesional, sindical y político.»

—Todo esto no significa que hayamos renunciado al diálogo con el presidente Velasco —dijo el subsecretario—. El SUTEP está listo para sostener un nuevo encuentro el próximo lunes, a fin de recibir respuesta a diversos planteamientos anteriormente ex-puestos.

—¿Qué harán si el gobierno no accede a sus peticiones? —Entonces habrá paro nacional, previa consulta con las bases —se oyó a Sánchez Vicente.

Horacio Zeballos se mantenía callado.

—No estamos de acuerdo con que doscientos sesenta y cuatro millones de soles en efectivo, que tenía guardados la Mutualista Magisterial, hayan sido convertidos en bonos estatales de dudosa cotización —tomó la palabra el tesorero de la central de cooperativas, José Jara Pantigoso.

Denunció después que el liquidador legal de la Mutualista estaba aprovechándose, pues cobraría 36 millones de soles por honorarios, equivalentes al ocho por ciento del valor de los bienes de la entidad, estimados en 450 millones.

Jara se mostró disgustado por la manera como se habían administrado los bienes durante el período de liquidación.

Terminada la rueda de prensa, los sutepistas distribuyeron una declaración firmada por el secretario general, respaldando a Jara y Sánchez Vicente. Reiteraba su voluntad de diálogo. Al fin lograron arrancar unas declaraciones a Zeballos.

—Las bases han fijado sus diferencias y discrepancias con la Ley General de Educación y el anteproyecto del Docente, por cuanto atentan contra los intereses del magisterio —dijo Zeballos—. Esta actitud antiimperialista y antioligárquica no puede ser tergiversada. Nuestras discrepancias son expresión de una posición clasista, independientemente de cualquier influencia extraña a los intereses de la clase obrera.

Al otro día se dio a conocer un comunicado del SUTEP con las conclusiones del congreso de La Cantuta. Consideraba que la reforma de la educación gobiernista era parte de toda una propuesta para desarrollar un capitalismo dependiente en el Perú, consolidando el poder económico y político de la burguesía financiera industrial «representada por la Junta Militar» y que también propiciaba «la neocolonización de nuestra Patria» para «impedir el desarrollo de la revolución democrática popular y el socialismo». Agregaba: «Por lo que se acordó: desnudar, desenmascarar y combatir

la Reforma Educativa.»

Como otras veces, la mañana del lunes 15 de octubre en que debían encontrarse con Velasco, llegó Horacio Zeballos al pequeño estudio del abogado Alfonso Barrantes. Ahí solían repasar la agenda antes de salir al cercano palacio presidencial.

—Va a ser una reunión difícil —dijo Zeballos.

—¿De verdad crees que nos van a recibir? —se sorprendió Barrantes.

Al rato llegaron otros dirigentes sutepistas. Traían la noticia definitiva: Velasco había cancelado el diálogo.

ASÍ FUE COMO EL SUTEP VOLVIÓ a ser una organización proscrita y perseguida. De la ciénaga del Sepa al palacio presidencial, pasaba ahora a la semiclandestinidad. La mala época peruana despedía un tufo a conspiración, no a confrontación sino a emboscada. Olía a crimen esa parte final de 1974. Por ese tiempo, Velasco se alejaba de la posibilidad de la grandeza, permitiendo un gobierno cada vez más autoritario y castrense. El pueblo era tropa, simplemente. Ni siquiera la Fuerza Armada, entendida como su totalidad combatiente, sino la cúspide militar, el Comando Conjunto de las tres armas se había adueñado de la soberanía para ejercerla sin consultar al pueblo, de modo que el gobierno militar iría quedándose solo, sin comprometer el respaldo de una porción consistente de los peruanos. Así como los sutepistas liderados por Sánchez Vicente habían subestimado la importancia de su diálogo con Velasco, a la vez que sobrevaloraban la fuerza del movimiento popular impulsado por los maestros, así también los generales empezaban a subestimar a Velasco, creyendo que el afecto popular podía ser transferido.

Entonces dispararon contra el comandante general del Ejército, Edgardo Mercado Jarrín, cuando viajaba de noche en compañía de los generales más poderosos, el predilecto de Velasco y ministro de Pesquería, Javier Tantaleán Vanini; y su cuñado, el general Arbulú. Volvían de un chifa nocturno. Detrás de su automóvil viajaban sus esposas y los vehículos de seguridad. Casi a medianoche se les había acercado un coche sin identificar y, a boca de jarro, los habían baleado con una pistola. Mercado Jarrín y Arbulú estaban ilesos. Tantaleán tenía un proyectil incrustado en el codo izquierdo. No se explicaba cómo habían salido con vida. Dueño de las comunicaciones, el gobierno achicó la noticia. ¿Quién fue? Un demente, un solitario. No se trataba de una conspiración. No tenía nada que ver con la política o las relaciones internacionales. Pero todos los automóviles del país tuvieron que pasar inspección y el Ministerio del Interior recogió íntegramente las armas

registradas por los civiles.

En ese ambiente se reinició el pleito del SUTEP con Velasco. Si no estaban en paz, tendrían que seguir en guerra. No terminaba el mes y los dirigentes del SERP pedían el reconocimiento oficial de 148 sindicatos de base en Lima. Los serpistas insistían: seguían siendo mayoría. El 20 de diciembre, el SERP solicitaba al Ministerio de Educación el reconocimiento oficial de sus sindicatos regionales. Una semana más tarde, la dirigencia serpista convocaba a una conferencia de prensa para afirmar que tenía el respaldo del 75 por ciento del magisterio.

CÉSAR BARRERA ESTUDIABA DERECHO EN SAN MARCOS y dictaba algunas clases en La Cantuta. Dividía su tiempo entre los estudios, la política y su vieja bicicleta de competencia, con la que seguía ejercitándose aunque sólo para estar en forma. Hasta que los sutepistas salieron de las cárceles y la clandestinidad, Barrera había tenido que dedicarse también al SUTEP. Durante la persecución habían estado al mando Manzur, Rebaza, Esparza y Salazar Pasache como dirigentes nacionales, pero ninguno de ellos podía moverse libremente por el país, así que habían encargado a Barrera la coordinación nacional del sindicato. Barrera no era agitador sino organizador. En verdad era un cazador. Había heredado la sangre fría y el espíritu metódico del célebre Chino Zenobio, capaz de seguir silenciosamente las huellas de una presa a lo ancho de la cordillera y no descansar hasta haberla hecho suya. Así que Barrera no sólo había viajado a informar a las bases, sino que había reconstruido la organización donde la encontraba abatida. Muchos dirigentes regionales habían acabado en prisión, no sólo en el Sepa sino en la inmensa cárcel de Lurigancho y en otros establecimientos, de modo que Barrera había trasladado la responsabilidad de varias regiones a los dirigentes de las provincias. En la segunda mitad del año, Barrera pudo reiniciar sus estudios y dedicarse nuevamente a la base sanmarquina de Patria Roja, minoritaria pero ruidosa, con la que se había propuesto el objetivo todavía imposible de capturar la Federación Universitaria. A un año del título de abogado, decidido a pedir matrimonio a su novia casmeña, César Barrera viajó a fines de enero al I Congreso del SUTEP en Trujillo.

Después de haber sido los principales opositores al diálogo con Velasco, Arturo Sánchez Vicente y los suyos cambiaban de opinión. Acaso habían llegado al límite por la izquierda, así que empezaban a dirigirse rápidamente a la derecha de Patria Roja. No tenía una concepción ideológica sólida, Sánchez Vicente, de ahí la naturalidad con que se deslizaba entre posiciones contradictorias. En realidad era un hombre de extremos, vehemente, de conocida beligerancia a la hora de los discursos. Agitaba

en cualquier dirección. Posiblemente no había perdonado su derrota en el congreso del Cusco. Acaso veía a Horacio Zeballos como un usurpador de su propio destino. En 1975 había decidido ganar la secretaría general a cualquier precio.

Al cabo de tres años, Zeballos quería dejar la secretaría general. No sólo estaba cansado. Aunque no lo dejara ver, se sentía censurado por el congreso de La Cantuta y todas las declaraciones posteriores que habían arruinado el diálogo con el presidente de la república. Lo consideraba una equivocación, pues estaban a un paso de ser reconocidos como sindicato. Había puesto a prueba su propio instinto político y su enorme capacidad para negociar y convencer. Presionado por el sector de Sánchez Vicente, el SUTEP había desperdiciado su primera victoria política. Después el sindicato quiso restablecer contacto con Velasco, que se había rehusado. Por cierto, nada era definitivo en las relaciones humanas, la gente estaba llena de sorpresas y Zeballos no lo ignoraba. Pero además necesitaba descansar, tomar distancia, de nuevo ser maestro. Alguien tenía que dirigir las universidades populares José Carlos Mariátegui, cuyos alumnos eran maestros y dirigentes de base o trabajadores. En los tres años transcurridos había cumplido cabalmente su compromiso con el magisterio, pues dejaba el SUTEP transformado en una institución. Ni una sola vez se había sospechado un fraude en las votaciones que aprobaban políticas o elegían dirigentes en todos sus niveles. En sus asambleas intervenían centenares, miles de maestros. Contaban con el apoyo de la mayoría de los padres de familia y de casi todos los estudiantes. El SUTEP había ganado autoridad moral y prestigio en el movimiento sindical y popular. No había podido completar su cometido Zeballos con los acuerdos que estaban a punto de aprobarse con Velasco. Sólo eso faltaba. En verdad, se había ganado unas vacaciones.

Abel Callirgos había llegado a principios de enero a fin de preparar la elección de Sánchez Vicente a la secretaría general. Se colocaban a la derecha del SUTEP, acaso para ganarse a las delegaciones que expresaban desconcierto por el fracaso de las negociaciones de octubre. El retiro temporal de Horacio Zeballos generaba un vacío peligroso para los sutepistas, pues la nueva derecha magisterial apelaba a todos los argumentos, incluso veladas amenazas de división, para obtener consenso y proclamar secretario general a un Sánchez Vicente que ahora sí estaba dispuesto a entenderse con el gobierno militar.

En ese ambiente viajó al norte Horacio Zeballos. Ya se encontraban en Trujillo otros dirigentes opuestos a la elección de Sánchez Vicente. La corriente contraria auspiciaba la candidatura de Carlos Salazar Pasache, cuyo prestigio al frente de la central de cooperativas era comparable al de Zeballos en el SUTEP. Víctor Manzur dirigía su campaña. Unos días antes

del congreso también apareció César Barrera, que venía de visitar a su novia en Casma y anunciaba su boda para después del congreso. El profesor Isaac Bianchi, líder sutepista trujillano, se inclinaba por Salazar Pasache, lo mismo que las delegaciones sureñas, desde Ica hasta Tacna. Cusco y Puno también. Sánchez Vicente traía el respaldo de Lima, cuyo sindicato manejaba. Pero los ánimos se caldeaban, alejándose de la posibilidad del consenso.

Mientras tanto, el Poder Oculto mandaba hostilizar el congreso de maestros. En los controles carreteros detenían a colectivos y autobuses en busca de armas de fuego. El Ministerio del Interior se refería a un supuesto plan subversivo en el norte del país. Un centenar de agentes de la DSE acosaba las primeras reuniones magisteriales. Los profesores Zeballos y Esparza pasaron tranquilamente desde Lima, a bordo del volkswagen de otro maestro, Demófilo Espinoza. En esos tiempos no pasaban registro los vehículos particulares. Se dirigían primero a Chimbote y después a Trujillo, pero la reunión con los profesores chimbotanos se había convertido en una manifestación pública. Unas diez mil personas se congregaban para conocerlo. En Chimbote el pueblo perdía la paciencia. Los ojos de abajo veían a Zeballos como un rival de Velasco. No atraía solamente por sus palabras sino por su conducta. El secretario general del SUTEP aceptó el reto chimbotano y su voz incendiaria estremeció el puerto. Lo pasearon en hombros y lo llevaron a conocer la extensa miseria de las poblaciones marginales. Chimbote tenía más desempleados que ninguna otra ciudad del país. Cuando al fin siguió viaje al norte, en Trujillo lo esperaba otra multitud. Pero los pobladores del valle del Santa no lo dejaron pasar sin que diese un pequeño discurso y aceptase una merienda ofrecida por el pueblo. A pesar de la insulina, Horacio Zeballos bebió cerveza y comió un picante. Antes de partir toleró un aguardiente de caña para asentar el banquete. Para Zeballos, veneno. Volvieron a secuestrarlo en Virú. A Trujillo llegó cuando daban las doce de la noche. La gente no se había marchado. Nuevamente dio un discurso político al rojo vivo. Casi a la una empezó el agasajo de las nueve de la noche, ofrecido por los maestros trujillanos. Llegaron guitarras y todos cantaron hasta el amanecer.

Al rato volvió a embarcarse en el mismo volkswagen para visitar Chiclayo, al norte, una indecisa base sutepista. De regreso a Trujillo, ya estaban presentes los setecientos delegados que asistían al congreso. Las sesiones arrancaron el 25 de octubre.

Pronto quedó definido el nuevo pliego de reclamos: aumento de tres mil soles, reconocimiento legal del SUTEP, reposición de los maestros que seguían subrogados, respeto a la estabilidad laboral, a la jornada de 24 horas de enseñanza, a la libertad de ideas, de expresión, de reunión y organización, cesantía a los siete años, jubilación por tiempo de servicios.

El acuerdo que no prosperaba era el de la nueva directiva nacional. Si se producía un enfrentamiento debía ganar Salazar Pasache pero Sánchez Vicente podía dividirlos. A su vez, Sánchez Vicente sabía que le faltaban votos para quedar primero, tenía que aumentar sus presiones. Horacio Zeballos propuso entonces un triunvirato.

¿Quién podía ser el tercero?

El domingo, Manzur y Salazar Pasache invitaron a César Barrera a comer un cebiche en uno de los balnearios trujillanos. Las playas estaban repletas de bañistas. La música de las rockolas se mezclaba festivamente.

Sánchez Vicente y Salazar Pasache podían ser considerados dirigentes históricos del SUTEP. El triunvirato debía completarse con un representante de la juventud magisterial que, además, pudiese ser el primero de los triunviros. En esa etapa el SUTEP necesitaba a un organizador que además garantizara la paz al interior del triunvirato.

—Hemos pensado en ti —dijo Manzur.

—Oye, esperen un momento. Yo tengo mi vida organizada. Me voy a casar en febrero...

—¿Y qué tiene que ver? —objetó Manzur.

Esa noche aceptó Barrera. Al otro día prosperó rápidamente la propuesta del triunvirato. Todos serían secretarios generales. Pero Barrera sería el primer secretario general, Sánchez Vicente el segundo y Salazar Pasache el tercero. Para el martes se había logrado el consenso. La votación eligió al triunvirato.

Terminado el congreso, Barrera viajó a Casma. A casi cinco años del gran terremoto, aún no volvía a ser una ciudad bien establecida, con cimientos para rato. Casma parecía un campamento transitorio. De la antigua Plaza de Armas sólo quedaban los árboles. Había triplicado su tamaño, con cincuenta mil refugiados de la cordillera que habían bajado a asentarse en los arenales contiguos a la ciudad devastada.

Volvía Barrera como primer secretario general sutepista. Empezaron a visitarlo profesores, lo saludaban camaradas. La incontable familia de Barrera se unió a los festejos. Pero lo más importante para Barrera era resolver el futuro con su novia. «Si no nos casamos en quince días, olvídame de mí», dijo ella. Estuvo de acuerdo. Tendría que viajar constantemente. Se casaban pronto o no lo harían nunca. Fijaron la fecha: 15 de febrero. Tendría tiempo Barrera de asumir formalmente el cargo.

Llegó a Lima en la tarde del martes 4 de febrero. Donde no hubiese semáforos se atoraba el tránsito. Rumbo al Parque Universitario, donde concluían los viajes interprovinciales, soportaron varios embotellamientos. Caminó hacia el SUTEP. En ninguna parte vio policías. No lo esperaban sino hasta la tarde siguiente, así que estuvo charlando con los maestros que

visitaban el sindicato y a las nueve se fue a la casa de sus hermanas en la avenida Colonial. Tampoco vio policía en las calles. Ni siquiera vigilaban patrulleros. Estaba agotado. Se acostó a la medianoche y durmió como un plomo.

CASI NADIE SABÍA QUE LA POLICÍA estaba en huelga desde el lunes 1 de febrero. No era una noticia que interesara al gobierno militar, así que no se habían filtrado datos a los medios. Anteriores intentos de huelga policial habían producido paros parciales que terminaban con feroces represalias, pues los huelguistas eran juzgados según el código militar. Pero ese lunes de febrero, la totalidad de los policías se había quedado en sus cuarteles, encerrándose en ellos con la simpatía y hasta la complicidad de los oficiales. Sus razones tenían: la Guardia Civil del Perú era una policía militarizada, a la que se encargaba inclusive combatir la subversión y que en casos de guerra iba a la primera fila de fuego. Sin embargo, recibía un trato de segunda clase por parte de la Fuerza Armada, que la consideraba simplemente auxiliar. A la hora de los grandes aumentos, la Guardia Civil no había sido Incluida. Los guardias trabajaban ocho horas diarias, estaban de retén otras ocho, tenían que pagar sus propios uniformes y hasta las balas que gastaban. Recibían un sueldo miserable y pedían aumento, trato militar. Sin embargo, la huelga policial parecía encajar como una de las piezas de una conspiración mayor, vinculada al Poder Oculto y sus nevaduras castrenses. Al amanecer del tercer día, mientras Barrera y toda la ciudad dormía, una división de blindados salió del Fuerte Rímac y se dirigió al Cuartel de Radiopatrulla, donde se habían reunido dos o tres mil huelguistas. A las cuatro de la mañana los nuevos tanques de origen soviético habían estrenado su armamento contra los torreones del cuartel insurrecto. Mil quinientos se rindieron. Otros mil escaparon. A las cinco y media de la mañana había terminado la operación. A las seis, dejando atrás a unos cuantos centinelas, el ejército regresó al Fuerte Rímac.

Debió ser realmente profundo el sueño de Lima al amanecer del 5 de febrero, pues pocos despertaron con las detonaciones y francamente nadie se preguntó si no estaba a punto de producirse una guerra civil. A la hora de siempre circularon autobuses y colectivos, dos millones de personas se dirigieron a sus fábricas y oficinas, los escolares a sus colegios, abrieron los bancos y almacenes. A Velasco se le informó que la operación estaba terminada.

Rumbo al Parque Universitario, esa mañana Barrera olfateó peligro. No era la misma ciudad de siempre. Un chofer le dijo que la policía estaba en huelga y que seguramente el gobierno iba a responder con la fuerza.

Barrera viajó a La Cantuta. Esperó al rector para decir que no podría seguir dando clases y propuso profesores de reemplazo a la directora del programa. Después visitó a los dirigentes de la Federación Universitaria. Casi al mediodía, un estudiante informó que algo muy grave sucedía en Lima. «Hay un levantamiento popular», dijo.

Dos de los muchachos decidieron acompañar a Barrera. No pasaron de los Barrios Altos. Vieron cuerpos tirados frente al Hospital Dos de Mayo. Los dejaban tirados en la puerta de emergencia y se marchaban. El vehículo en que viajaban se plantó antes de la Facultad de Medicina. Ardía una ambulancia en medio de la pista. A lo lejos, por encima de los techos, se veía crecer densas columnas de humo. Siguieron a pie. La gente huía del centro. Turbas descamisadas atacaban edificios públicos. De los cerros y barriadas marginales llegaba el populacho invitado a saquear la ciudad. Nadie quedaba en las calles que defendiese el orden público.

Conforme entraba al centro, Barrera veía más destrucción. Por la avenida Abancay se quemaban tiendas. No quedaba una vitrina sin romper. Los saqueadores arrancaban puertas de cuajo, devastaban los almacenes en cuestión de minutos. Junto a Barrera pasaba gente cargada de bultos, rollos de tela, televisores, comida. Se llevaban hasta los muebles y las cajas registradoras. En algunas puertas se amontonaban cadáveres, señal de que los propietarios se habían defendido. En la importante Plaza San Martín una hoguera calcinaba el Círculo Militar. Hacia el sur ardía el Centro Cívico y uno de los diarios expropiados. A esa hora, cerca del mediodía, unos doscientos automóviles habían sido incendiados. Quienes escapaban de las oficinas del centro, tenían que correr para salvarse. Bandas de saqueadores se atacaban entre sí. Barrera esquivó un combate entre turbas y subió unas cuadras antes de torcer hacia el local de la central de cooperativas. El Jirón de la Unión, las cinco cuadras que separaban la Plaza de Armas de la Plaza San Martín, estaba lleno de escombros. En todas las direcciones se veía cadáveres. Justo debajo del semáforo, una mujer mayor había recibido un balazo en la espalda y había muerto desangrada. Imposible saber quien disparaba.

A la hora en que Barrera saltaba sobre los vidrios rotos y los cuerpos detenidos, sintió acercársele el sonido de la guerra. Cuatro horas habían demorado en salir nuevamente los tanques a pacificar las calles. Toda la guarnición de Lima se ponía en movimiento para detener los saqueos y la destrucción que se habían extendido a los barrios populares. Columnas de blindados y carros con tropas habían recorrido rápidamente las calles principales. Al rato empezó la limpieza. Barrera llegó cerca de la central de cooperativas en el momento en que el populacho echaba a correr. Por instinto se tiró al suelo. Un estruendo peor que el de un terremoto cayó encima de él. Siguió un aguacero de escombros. La pestilencia de los explosivos llenó sus

pulmones. Un minuto después se atrevió a mirar. Desvalijaban una tienda cuando un la tanque se había detenido a mitad de calle. Los saqueadores quisieron huir. Era tarde. El tanque abrió fuego. Los proyectiles de calibre cincuenta abrían gruesos boquetes en las fachadas. La ráfaga despedazó a siete saqueadores. El tanque avanzó y Barrera pudo correr a la puerta de la central. Ahí encontró a Rebaza y a Salazar Pasache. A rachas crecía la crepitación de las ametralladoras militares. Las columnas de blindados tiroteaban a merodeadores v revoltosos. Por altavoces se ordenaba que la población volviera a sus casas. A fuerza de miedo tenían que dispersar a los millones de personas que se habían sublevado en la inmensidad de una metrópolis chata y hambrienta. Por la Colmena encontraron a otros dirigentes del SUTEP. Barrera, primer secretario general, y Salazar Pasache, tercer secretario general, debían separarse. Nadie podía adivinar qué ocurriría después. Pasaban a la clandestinidad.

Cuando esa noche Barrera se reunió con sus camaradas en un escondite de los Barrios Altos, los datos recogidos mostraban la posibilidad de un plan bien ejecutado detrás del saqueo y la monumental explosión de violencia, lo cual sugería una vinculación entre los dirigentes de la huelga policial, cierta oficialidad de la Guardia Civil y los agitadores que habían desencadenado el comienzo de la tragedia. Según testigos, todas las acciones habían sido coordinadas por motociclistas que vestían las mismas camisetas de colores y que llevaban a un pasajero en la parte posterior. A diferencia del piloto, el segundo de la motocicleta vestía una casaca liviana. En el Jirón de la Unión, una de esas motos se había detenido para que el acompañante extrajera una pistola ametralladora y quemara por la espalda a la multitud de oficinistas que salía de la ciudad. También habían inducido el saqueo. Grupos de incitadores recorrían las zonas comerciales rompiendo vitrinas y arrancando candados y rejas. Abrían las puertas y llamaban a robar. Numerosos incendios habían sido alimentados con gasolina en bidones que distribuían camionetas sin identificación. La falta de vigilancia policial y la lentitud con que se había movilizó la Fuerza Armada, explicaban por qué había crecido tan rápidamente la violencia. Una vez recogidos los informes, Barrera se preocupó. Tendrían qué buscar a un culpable. ¿Por qué no los comunistas y aún mejor los maoístas? ¿Y de paso, por qué no el SUTEP?

Los partes oficiales reconocían ciento y pico de muertos. Extraoficialmente se hablaba de mil. Camiones militares recogían cadáveres y los llevaban nadie sabía dónde. Frente a hospitales y asistencias públicas habían sido abandonadas víctimas incontables. Nadie quería comprometerse como testigo. Casi al pasar, dudosos samaritanos tiraban cuerpos sin vida y se iban. Al atardecer se multiplicaban los heridos. Por toda la ciudad zumbaban balas. Los altavoces repetían el mensaje: «todos a sus casas». Y después:

«devuelvan los bienes saqueados». La ciudad se encontraba bajo ley marcial. Se anunció el toque de queda a partir de las ocho de la noche. Sonaba como una batalla. Lima estaba ocupada militarmente.

A la mañana siguiente, los servicios de inteligencia tenían preparado el expediente que acusaba a los comunistas. Ni los moscovitas se salvaban. Los primeros informes que recibía Velasco parecían definitivos: una conspiración roja. Un intento bolchevique para tomar el poder. El diario oficioso del gobierno militar volteó la tortilla. Traía fotos de los agitadores ya identificados. El principal de todos era un joven aprista. Después aparecieron otros apristas y algunos personajes de alguna manera vinculados al ejército, como el hijo de un coronel de inteligencia. Un columnista de ese diario llegó a decir que la Guardia Civil estaba infiltrada por la CIA. El mismo diario afirmaba que el objetivo de la conspiración era Velasco. Entonces se reunieron delegados de organizaciones populares y sindicales, a fin de organizar su propia defensa. Pronto desbordaron a SINAMOS, que había prestado el auditorio. Se supo que una secreta asociación de capitanes y mayores del ejército enviaba a dos delegados no identificados. Al cabo de una larga pero ordenada asamblea, quedó constituido un comité de lucha. Sólo faltaba pedir armas para iniciar la guerra popular.

De inmediato Velasco desautorizó el funcionamiento del comité. La Fuerza Armada se bastaba para devolver el orden y profundizar la revolución. Un agitador aprista se asiló en la embajada argentina. Nadie más fue perseguido o enjuiciado. El gobierno militar pasó la página del 5 de febrero, como si nada malo hubiese ocurrido. Diez días más tarde, en una república sitiada, con toque de queda de diez de la noche a cinco de la mañana y las garantías suspendidas para rato, Barrera viajó a Casma y contrajo matrimonio, como estaba previsto.

A FINES DE FEBRERO VELASCO SUFRIÓ un derrame cerebral. Muchas miradas buscaron al sucesor por línea de mando: el general Francisco Morales Bermúdez, comandante general del ejército. Había sido ministro y amigo del ex presidente Belaunde Terry. No pertenecía al grupo original que había puesto en marcha la revolución velasquista. Ni siquiera se le consideraba amigo del socialismo. Detrás de Morales Bermúdez, el favorito de la izquierda gubernamental era el general Fernández Maldonado. Le faltaba antigüedad. Sin embargo, después del levantamiento del 5 de febrero, la Fuerza Armada no quería embarcarse en cambios peligrosos. El Comando Conjunto decidió esperar. Como la vez anterior, Velasco daba señales de recuperarse. Cuando se rumoreaba que estaba próximo a morir, Velasco reapareció para conversar con el visitante secretario de la ONU,

Kurt Waldheim, en su casa de Chaclacayo. Su dicción no era perfecta y tenía una leve parálisis en medio rostro, un ojo más grande que el otro, pero era nuevamente Velasco, conocía su poder y seguía dando las órdenes.

A ese Velasco a quien el mando empezaba a escapársele de las manos y que ya sólo despachaba en las mañanas, si estaba de buen humor, el aparato militar había informado que esta vez sí, el SERP había sacado de juego al SUTEP. Los maestros habían despertado de su error y se adherían masivamente al movimiento de Velasco. En realidad, la Fuerza Armada había decidido que ya tenía el país demasiado socialismo. Los enunciados revolucionarios eran reemplazados por los manuales de seguridad nacional. Cuando Chile propuso a Bolivia una salida al mar que lesionaba los derechos peruanos y la crisis subió de tono gracias a unas despectivas declaraciones de Pinochet, la Fuerza Armada recibió orden suprema de avanzar al sur. Las nuevas divisiones acorazadas encendieron sus motores en Moquegua y Tacna y el rumor se escuchó hasta el otro lado de la frontera con Chile. La escuadra navegó casi hasta tocar las aguas territoriales chilenas. A medianoche, los cazabombarderos supersónicos apagaban las turbinas. Llegaba la contraorden. Todos regresaban. No era guerra, todavía. Pero la decisión quedaba demostrada. Morales Bermúdez fue a entrevistarse con Pinochet y los generales se dieron un abrazo en la frontera. Por esos días, en una conversación con la prensa nacional y extranjera, Velasco señaló con un dedo a Morales Bermúdez y comentó: «Miren como disimula.» Otra vez dio muestras de incoherencia. A punto de cumplirse un siglo de la guerra entre Chile y Perú, revivía el espíritu bélico y se hablaba de un nuevo inevitable conflicto. El ejército organizaba batallones de reservistas. El 7 de junio, una multitud civil había jurado lealtad a la bandera, junto con los conscriptos y los militares delante del monumento al coronel Bolognesi, héroe nacional caído en el Morro de Arica.

El 18 de julio, con las elecciones para la Cooperativa Magisterial de Lima volvieron a medirse los sindicatos del magisterio. El SERP, que había clamado ser mayoritario, recibió 13.5 por ciento de los votos. El SUTEP arrasó en las elecciones y obtuvo 82.1 por ciento. La FENTEP se había reducido al cuatro por ciento. Tres días más tarde los serpistas se reunían para un congreso que era un funeral en vez de la esperada celebración.

A fines de agosto, nuevamente sucumbió Velasco a la tentación autoritaria y ordenó silenciar a sus opositores. Ya se había postergado la prometida transferencia de los grandes diarios. El gobierno militar prefería quedarse con ellos, designando administradores aún más complacientes o manteniendo a quienes no habían disgustado a los servicios de inteligencia ni al Poder Oculto. Primero golpeó a la derecha, clausurando revistas y semanarios derechistas y deportando a gente de prensa que se le oponía con

publicaciones diminutas. Después golpeó a la izquierda, ex-pulsando del país a personalidades que lo habían respaldado y mantenían una distancia crítica, o que influían en las organizaciones populares y las asesoraban, políticos y escritores que jamás aprobarían el volteretazo que se preparaba, pues Velasco había autorizado una limpieza general. Nada de comunistas o anarquistas. Tampoco intelectuales chúcaros o llenos de principios, incapaces de actuar con pragmatismo. Debía inaugurarse una etapa de consenso a patadas. El Poder Oculto exigía liquidar toda la impaciencia popular que las propias reformas habían generado. Seguridad del Estado allanaba domicilios y metía en prisión a nuevos sospechosos, esta vez a muchos que habían aceptado la revolución. Velasco había caído en la trampa. Se había quedado solo, sin otra fuerza que no fuese estrictamente militar.

El 29 de agosto, Morales Bermúdez dio un golpe interno desde la ciudad de Tacna. Fue presentado como un cuartelazo inspirado en la lealtad. Quería tanto a Velasco que lo sacaba de la presidencia para ponerse él mismo a fin de salvar su obra y al velasquismo no infiltrado. Habría más revolución con Morales Bermúdez. Acababa de cumplir una prolongada visita a Cuba y había convencido a Fidel Castro: eran patentes su emoción social y su voluntad revolucionaria. El pobre Velasco había perdido sus facultades. Morales Bermúdez conduciría la segunda fase del mismo gobierno revolucionario. No habría vuelta al pasado con Morales Bermúdez. El embajador cubano, Antonio Núñez Jiménez, un personaje muy popular en los medios políticos de Lima, pasó a hacerle propaganda. Mostraba una filmación de Morales Bermúdez en Cuba, como si estuviese revelando el verdadero rostro, la otra cara de la nueva moneda presidencial. El 29 de agosto de 1975 el pastel ya estaba cocinado. Los militares velasquistas habían cambiado de bando. El general Fernández Maldonado se instaló en el Fuerte Rímac a dirigir las operaciones. Velasco pudo llegar al palacio presidencial pero los mandos no respondían. Los teléfonos estaban muertos o nadie contestaba sus llamadas por el circuito confidencial. A lo largo de la mañana le fueron llegando telegramas: regiones y distantes guarniciones se sumaban a Morales Bermúdez. Peleaban una guerra de papel. Ganaría quien tuviese más fuerzas a su mando. Al mediodía, Velasco estaba derrotado. La Marina de Guerra y la Fuerza Aérea cambiaban de bando.

Velasco quedó a solas en su despacho. No se trataba de meditación sino de abandono. El fiel general Ibáñez aún gritaba sin nadie que lo obedeciera. Dos o tres generales habían llegado al palacio, dispuestos a pelear por su presidente. Pero ya no quedaba poder en la vieja residencia de los gobernantes. Nadie obedecía, así que Velasco decidió irse a su casa de descanso en Chaclacayo, donde esperaba su familia. Paracaidistas rebeldes ya habían tomado posiciones al interior de la casa presidencial.

A las ocho de la mañana Velasco había llegado como jefe supremo y en la tarde salía prisionero. Una multitud de fotógrafos se apretaba contra las rejas de la entrada. Demandaban unas palabras del viejo general. Morales Bermúdez había sido su hombre de confianza. ¿Que decía Velasco? Al salir para siempre, asomó por la ventanilla del auto para pronunciar estas palabras: «Cuiden la revolución.»

En la Plaza de Armas barrida por los vientos de un crudo invierno, sólo el eco del pasado respondió: «Revolución, revolución»...

La revolución al revés

*¡Y de pronto estalla la burbuja rosa! Y queda el gobierno
espantado con la noticia que marcha en la calle:
«¡Vamos a arreglar la cosa!» —orden de Golpe de Estado
decretan los generales.
¡Viva yo, viva yo!
(«Maestra vida»)*

Se me olvidó que te olvidé a mí que nada se me olvida...
(Grupo Folklórico Neoyorquino)

ROLANDO BREÑA ERA EL ÚNICO DE LOS DEPORTADOS de 1971 a quien no habían permitido volver al Perú. En vez de recibir un salvoconducto para viajar con Armacanqui y los otros desterrados, lo metieron en un calabozo, acusado de violar las leyes del exilio.

Estaba más flaco que nunca. Por suerte había nacido en la áspera y helada región andina de Huancavelica, cuyas gentes eran duras le matar, pero la falta de calefacción lo había maltratado durante el invierno madrileño. Breña sobrevivía con una comida diaria, en la pensión autorizada por el embajador Lindley. En el calabozo la pasó peor. Era un sitio estrecho, con poca luz, sucio, abombado, sin esperanza. ¿Todos volvían amnistiados y a él lo encarcelaban los franquistas? ¿Qué habrían informado las autoridades del Perú sobre Breña como presidente de la Federación de Estudiantes? En verdad eran tan atroces los datos de la policía peruana, que no querían tenerlo suelto en España. Se trataba de una fiera maoísta, fundador de brigadas subversivas, conspirador, terrorista. Lo habían empapelado. Le dieron una de esas celdas de alta seguridad, con cerraduras a prueba de fugas. Tampoco querían enemistarse con él. Disfrutó de tres comidas al día, sebosas pero forzudas, y, en el colmo de las atenciones, le dieron doble frazada. A los siete días lo sacaron a una oficina donde esperaban varios policías de paisano. Pertenecían a una brigada antiterrorista. Su jefe explicó que el gobierno franquista había decidido actuar con benevolencia en el caso de Breña. Simplemente lo echaban de España.

Mejor que no regresara nunca, pues no perdonaban dos veces. Lo llevaron a recoger su pobre equipaje. No tenía un centavo en el bolsillo. Un amigo de la pensión ofreció enviarle mil pesetas a la frontera. Al rato abordaba el tren a Irún. Lo llevaban vigilado, con esposas, como un asesino peligroso. A ratos se imaginaba a sí mismo, pequeño, más bien hambriento, miope y huesudo, custodiado por tres gigantes velludos y musculosos, con sus pistolas bajo el sobaco, y se preguntaba que podrían imaginar otros viajeros. El préstamo prometido viajó por telégrafo y llegó antes que Breña al final de la línea española. Recogió el dinero y el salvoconducto franquista. Hasta siempre, España. Acaso sólo hasta que muriese Franco.

Los franceses aceptaron a regañadientes. ¿Cuál sería su destino? París. Tenía que encontrar a su amigo Chingolo. No conocía a nadie más en Francia. Viajó de a pocos, contando sus monedas. Chingolo había sido sanmarquino. Eran hermanos del alma. La llegada de Breña fue una fiesta. Chingolo trabajaba de todo. Aún no habían empezado a odiar a los sudamericanos en Europa. Llevó a Breña a ganarse la vida en las ferias, a lavar platos por la comida en los restaurantes, a repartir propaganda por las calles, a cargar bultos en las estaciones de los trenes. También hacían trabajos de carpintería. Arreglaban puertas y ventanas, masillaban vidrios, pintaban casas. A veces visitaban a viejos residentes peruanos. Julio Ramón Ribeyro los contrató para que le pintaran su apartamento por 500 francos, pero su esposa no estuvo de acuerdo con el precio. Al llegar el invierno, el artista Alberto Quintanilla dio refugio a Breña en su atelier. Una celebridad, era dueño de un amplio estudio con espléndida calefacción, una cocinita y una refrigeradora que dejaba siempre llena de víveres. Breña entraba de noche, cuando ya el bueno de Quintanilla se había marchado, y partía antes que el otro llegase a trabajar.

Invierno en París. Como una oscuridad perseguía a Breña. No helaba lo mismo que en los Andes, a pleno sol. Cada noche batallaba con la tristeza. ¿Hasta cuándo duraría el exilio? Familia, amigos, todo se iba desdibujando en el afligido espejo de su memoria andina. Caminaba con los pies helados de un cachuelo a otro, hoscamente observado por su pobreza tercermundista. Se le subían los hombros a fin de abrigar las costillas con los brazos, el doctor Breña, bachiller en Literatura, abogado aún sin titular, dos años arqueólogo, pintor de brocha gorda en París, cuidador de automóviles. Una tarde que llegó temprano al atelier, la esposa de Quintanilla lo escuchó toser y le pidió el pañuelo: tenía manchas de sangre. Ella ejercía la medicina en un hospital parisino. ¿Desde cuándo tosía sangre? Había empezado en Madrid. Al día siguiente lo llevó a su hospital. El diagnóstico no tardó: tuberculosis bipulmonar. «De aquí no sales», dijo la señora Quintanilla.

Quedó internado. Chingolo visitaba. Los Quintanilla vigilaban su

tratamiento. Breña se angustiaba recordando su pobreza. No podía pagar médicos ni curaciones. Al cabo de unos días lo visitó una asistente social. Ya Breña hablaba francés con cierta soltura. «¿Quiere usted que la Prefectura de París pague la curación?», preguntó. Por supuesto, replicó Breña. Francia clasificaba la tuberculosis como una enfermedad social, así que la curaba el Estado.

Breña había pasado a un sanatorio lejos de París. Lo colocaron con otros extranjeros. Había de todo. Antiguos legionarios, muchos árabes, portugueses que habían sido mercenarios en el Tercer Mundo. A los seis meses consiguió pasar a un sanatorio parisino. Lo dejaban salir unas horas al día. Podría estudiar. Había recibido sus certificados de estudios peruanos y se matriculó en la Universidad de París, en Vincennes, para obtener la licenciatura en Derecho. La mayoría de estudiantes latinoamericanos lo acogió con afecto. Seguía siendo presidente de la Federación de Estudiantes del Perú. Aunque estuviese exilado, los sanmarquinos lo reelegían todos los años. Al fin se vinculó a los estudiantes franceses. Dejó el sanatorio, al que volvía mensualmente para constatar que la enfermedad estaba vencida. Viajó a Italia, Alemania, Inglaterra. Ofrecía conferencias, repartía volantes frente a la Embajada del Perú, organizaba manifestaciones contra la dictadura peruana, a las que asistían compañeros latinoamericanos y franceses. Aprobó exámenes y recibió la licenciatura. Al cabo de cuatro años, Breña se había convertido en un avezado sobreviviente. A pesar de todos sus naufragios se había mantenido a flote. Por cierto, la hermandad europea de maoístas no podía compararse a la poderosa organización comunista soviética, pero no faltaban camaradas y dondequiera que llegase le ofrecían un techo, una cama y un plato de sopa caliente. De tanto hablar francés, había dejado de pensar en castellano. Lo mismo le había ocurrido antes con el quechua. Procuraba no afrancesarse como ciertos peruanos afincados desde hacía tiempo en París. Breña quería volver. Y volvió. El 2 de setiembre de 1975, en la primera sesión del nuevo gobierno militar, se acordó dejar sin efecto las órdenes de extrañamiento. Tan pronto llegó la noticia, Rolando Breña se presentó en la embajada a exigir su salvoconducto de regreso.

A REY MUERTO, REY PUESTO. CUANDO VOLVIÓ Rolando Breña, descubrió una actitud de tolerancia en la gente común, cierta indiferencia. La verdad, pocos creían en las palabras de Morales Bermúdez. Era la misma revolución, había dicho, sólo una nueva fase del mismo proceso político. No cambiaban «los programas ni las bases ideopolíticas, sino los procedimientos», había dicho. Un raro país el Perú. Personalidades de todo el mundo estaban reunidas en Lima para la V Conferencia de los Países No

Alineados. Un presidente del Perú la había inaugurado, otro la clausuraba. Murió el rey, viva el rey. La misma ovación que había saludado a Velasco recibió a Morales Bermúdez al acabar la conferencia. La primera etapa estaba cumplida, comenzaba la segunda. Pasaban a «profundizar y consolidar el proceso y a efectuar importantes transformaciones en el campo político», según Morales Bermúdez. Habría «más participación de la civilidad y de las Fuerzas Policiales». En efecto, uno de los nuevos ministros pertenecía a la Guardia Civil. Otro era un paisano, el ministro de Economía, Luis Barúa Castañeda. Había dicho Morales Bermúdez: «La revolución se habrá consolidado cuando haya sido sustituida la escala de valores del capitalismo, cuando haya conciencia revolucionaria y cuando se comprenda que debe primar el interés de la sociedad y no el egoísmo individualista.»

Era distinto el país que esperaba a Breña. Prevalecía un espíritu autoritario que prefería la disciplina a la creatividad y que había acabado por producir monotonía, un tono estéril, una repetición fatigada, un solo color para todo, una desesperanza. Nadie dudaba, todos debían obedecer. En vez de verdadera emoción revolucionaria, propaganda. Todo reglamentado, en posición de firmes. El pensamiento, hasta la postura tenían su modo y su procedimiento. Todo un pueblo llevando el compás al caminar. Uno, dos. Revolución. No capitalismo, no comunismo. Uno, dos. ¿Y entonces qué? Nadie sabe. No importa. No se pregunta.

Profundizar, obedecer, servir. Patria, proceso, fases, uno, dos, éramos lo mismo, dos generales y una sola substancia, acaso si se agregaba el santo espíritu de la soberanía se obtendría el misterio de una nueva trinidad. Se habían gastado las pobres palabras de tanto usarlas, sin que la realidad expresara su significado: socialismo, humanismo, revolución auténtica, nacionalismo. Todo hueco, inútil, un cascarón vacío. Binomio pueblo-Fuerza Armada. Causáchum revolución. Suprimida la estabilidad laboral. Congelados los salarios. Prohibida la huelga. Uno, dos. La segunda fase simplemente cambiaría el estilo del gobierno. Eso era todo. Y en las calles, al filo de las veredas, gente que parecía saltar al abismo en vez de bajar a la calzada, suicidas urbanos con sus ojos hundidos por el hambre, números, masa de rasos que jamás era consultada, flacos y harapientos soberanos del Perú. Del destierro repleto de proteínas, de otra parte del mundo donde sobraban calorías y la gente ya no sabía en qué emplear su ociosidad, del exilio europeo al viejo barrio del SUTEP en el Jirón Lampa y a los dispersos locales de San Marcos, cuya centenaria casona había estado a punto de caer con el último terremoto, Breña registraba el abismo que se había abierto en vez de cerrar con la cicatriz de una verdadera revolución.

Tardó un mes en aclimatarse. Parecía que a nadie le había ido bien en el país de una fase a otra. No consiguió encontrar a muchos antiguos compañeros

de estudios. Otros descubrían amargamente que habían estudiado para nada, pues tenían que ganarse la vida como vendedores ambulantes o cargando bultos. Seguía la guerra al interior de la izquierda. La CGTP no asumía decididamente la defensa de los intereses populares. Palabras y palabras, cada vez más huecas. En vez de unirse, la izquierda no dejaba de dividirse. Ya existían veinte agrupaciones. Por cierto, semejante desintegración tenía el auspicio del Poder Oculto, cuyos filamentos se extendían cada vez más lejos, cada vez más cerca de las actividades clandestinas. El SUTEP activaba una nueva coordinadora del movimiento sindical, una entidad autónoma clasista más conocida por sus siglas, CCUSC, con el objetivo de presionar desde abajo una corrección en el rumbo de la pobre CGTP, que seguía amarrada al gobierno militar debido al «apoyo crítico» del Partido Comunista Unidad a la Segunda Fase. El SUTEP se había propuesto el rescate de la CGTP, así que el CCUSC debía ser transitorio, no convertirse en una institución paralela. Ya entonces empezaba a propagarse la prédica de Zeballos: sólo la acción producía unidad. Las ideas separaban, las conductas juntaban. También el SUTEP soltaba la iniciativa de apelar al paro nacional a fin de defender al pueblo de una represión cada vez más dura. Era preciso parar cien veces un día o cien días continuos, hasta que se rindiera la dictadura.

Rolando Breña pertenecía al pasado de la Federación de Estudiantes. Se lo tragó la clandestinidad mientras bajaba a re-unirse con los dirigentes de Patria Roja. En esos días quedó rota la ilusión de una tregua, con la desaparición de cuatro conocidos abogados que asesoraban a diversas federaciones obreras. El secretario general del sindicato minero de Cuajone, Hernán Cuentas, y el secretario general de la Federación de Mineros y Metalúrgicos del Perú, Víctor Cuadros, también se habían evaporado. Uno era trotskista, de las filas del POMR (Partido Obrero Marxista Revolucionario). El segundo estaba cerca del PC Unidad. Se los había llevado «la represión». No obstante, nadie informaba de su paradero. El Ministerio del Interior no tenía conocimiento. El Poder Judicial se encogía de hombros. No estaban en la Prefectura, ni en la DSE, ni en la DAS, ni en las comandancias policiales dispersas en Lima, ni en los puestos de la Policía de Investigaciones, ni en prisión alguna del país.

Breña fue enviado al sur, donde Horacio Zeballos extendía y reforzaba la organización sutepista y los bastiones de Patria Roja.

—¡Corito, hermanito, al fin has vuelto! —se alegró tantísimo de ver a Breña—. ¡Qué han hecho contigo, hermanito, dejándote sin patria!

Fueron a la casa de Zeballos. No andaban bien sus relaciones con la señora, pronto se habrían de distanciar. Se desaparecía, Horacio. Lo metían preso, viajaba, pasaba a la clandestinidad, de pronto regresaba. Lo quería marido constante, residente. Ya no era posible. Sin embargo, volvía a ella, a

pesar de amarguras y recriminaciones.

Breña contó sus experiencias.

—¿Te curaste? ¿Estás bien de salud?

—Tengo que cuidarme o pierdo un pulmón —dijo Breña. —¿Puedes beber?

—Un poco de vino.

Vio a Horacio Zeballos consumido por sus males.

—Me hubieses visto cuando salí del Sepa, puro hueso. Bastante muerto parecía, corito. Ahora ya voy viviendo. La lucha nos hace vivir, nos hace fuertes, hermanito.

Mientras daban cuenta de una merienda de rocotos y cuyes, liquidaron dos botellas de vino moqueguano.

—Estoy seguro que esos desaparecidos están verdadera-mente en el Sepa —dijo al rato—. Hay que seguir el patrón de conducta de los criminales, corito. La represión se repite lo mismo que Jack el destripador. Puede cambiar el cuchillo pero los cortes son idénticos.

Tres botellas más tarde, antes de ponerse a cantar «Jilguero mañoso», Horacio Zeballos dijo que la verdad se abría camino. Despacito se avanzaba. Algún día el pueblo tendría que creer en sí mismo y administrar directamente su propio poder, sin acudir a intermediarios, a mandatarios ajenos al pueblo. El 7 de junio de 1975, a menos de noventa días de que le dieran el golpe, Velasco había sido aclamado por una muchedumbre nunca antes vista. La agencia francesa de noticias calculaba que seiscientas mil personas lo habían seguido al palacio después del juramento de lealtad a la bandera. Desde los camiones la tropa saludaba al pueblo con el puño socialista en alto. Una parte de los peruanos quería creer en Velasco. Revolución, fases, uno, dos. Firmes. Habían sacado al viejo y mutilado general, sólo para decir que nada cambiaba. Pero el espejismo se había disuelto. Sólo quedaban dunas, distancias, neblina, la desolación de una dictadura militar que se extendía hasta el horizonte como un desierto inexplorado y sin final. Caían palabras huecas desde lo alto del gobierno militar, pero ya nadie las recogía ni les daba atención. El rostro del nuevo presidente llenaba con sus mensajes las pantallas de televisión a la fuerza, pues todas las estaciones y emisoras del país tenían que encadenarse. Sin embargo, su vozarrón pasaba de largo, como un viento cargado de sonidos sin significado. No recordaba bien cómo había terminado esa reunión, pero al día siguiente se levantó Breña con una jaqueca inolvidable y una sed de agua fresca que no se tranquilizó en varias horas.

En los meses siguientes habían trabajado juntos. Constantinides moría lentamente en Moquegua, con un tumor que le aplastaba el cerebro. Horacio Zeballos asumía el rectorado de la Universidad Popular José Carlos

Mariátegui, cuyo alumnado venía de las organizaciones populares. Por fin, en diciembre, el SUTEP había ensayado un paro, como quien se preparaba para una confrontación mayor. El Comité de Coordinación y Unificación Sindical Clasista, CCUSC, insistía en convocar encuentros boicoteados o simplemente ignorados por otras centrales y organizaciones. Aparecían los FEDIP, Frentes de Defensa de los Intereses del Pueblo. Pero mientras la dictadura se endurecía, la oposición se dispersaba con la levedad de la arena arrastrada por el viento. Suspendida la estabilidad laboral, las empresas despedían a los indeseables, quienes habían sido dirigentes de los sindicatos. Velasquistas, revoltosos, inconformes, comunistas, gente peligrosa: todos a la calle. Los trabajadores replicaban con huelgas y ocupaciones de fábricas y negocios. Se sucedían los enfrentamientos de obreros y sus mujeres con la odiada Guardia de Asalto. Al menos en el SUTEP estaban convencidos: las reformas de Velasco estaban condenadas a la liquidación. Lo de la «segunda fase» era una mentira. Aún más: Morales Bermúdez no se iría jamás por las buenas. El pueblo tendría que sacarlo.

Pronto se confirmó lo que había sospechado Horacio Zeballos: los asesores legales de los sindicatos estaban en el Sepa. Uno de ellos, Genaro Ledesma, visitaba por tercera vez el infierno carcelario de la selva. La primera, lo habían acusado de un complot verdaderamente fraguado por el Poder Oculto. La segunda había sido después de Cobriza, cuando lo incomunicaron ocho meses. Ahora cumplía al menos cuatro meses de aislamiento en la selva. En cuanto a Hernán Cuentas y Víctor Cuadros, habían logrado pasar una carta avisando que estaban en el Hospital de Policía, en plena huelga de hambre. Se desconocía su estado de salud.

Entonces se produjo un paro indefinido en Arequipa, con repercusiones en Cusco y Puno. Se parecía bastante al gran paro del sur organizado por los maestros. Interventían la Federación de Trabajadores de Arequipa, los cuatro sindicatos ferrocarrileros, la Unión de Telefonistas, los trabajadores de la electricidad y la regional sutepista, aunque los maestros estuviesen de vacaciones. Primero habían entregado un memorial a la Prefectura, junto con un pliego de reclamos. En febrero habían realizado un mitin en la Plaza de Armas. Una asamblea general de delegados envió una comisión a Lima, que no fue atendida por el Ministro de Trabajo. Dos días después empezó el paro indefinido. Ya entonces se habían adherido los mineros de Caylloma y el sindicato del Consorcio Majes, los sindicatos de Construcción Civil, los trabajadores municipales y de curtiembres, el sindicato de la Leche Gloria, de la Cervecería y los bancarios. Con los trenes detenidos y Arequipa inmóvil, el gobierno militar anunció que «estaba dispuesto a reanudar el diálogo».

Al día siguiente se dijo que el consejo de ministros había resuelto la totalidad de las demandas. El Ministerio del Interior «daría solución» a los

casos de los asesores legales y dirigentes «detenidos». El gobierno ofrecía no recortar el derecho a la huelga establecido por una ley de 1913. Respondía con promesas, sin sentarse a negociar con la Federación de Arequipa. Siguió el paro. Expertos en transmisiones del Ejército se hicieron cargo de la empresa telefónica. Sólo consiguieron restablecer el servicio de larga distancia para casos oficiales y de urgencia comprobada. Técnicos de la Marina de Guerra se encargaban de la planta eléctrica. El paro cumplió tres días. A la otra mañana se rumoreaba que la paralización se extendería a Moquegua y Tacna.

Acaso se había distraído el gobierno militar con la mal disimulada revisión de sus políticas. Si Velasco había tomado distancia de Estados Unidos, sin llegar a enemistarse, Morales Bermúdez se arrimaba a Washington urgentemente, que pareció encantado de recoger a su oveja sudamericana que casi, casi se le había descarriado. En febrero había visitado Lima el Secretario de Estado Kissinger. Una semana después lo hacía el presidente del BID, Ortiz Mena. A la otra semana llegaba Robert MacNamara, presidente del Banco Mundial. Sin embargo, en forma de lo más inconveniente crecía la protesta internacional por los abogados presos en el Sepa. En el colmo de las coincidencias, Genaro Ledesma había ganado un premio literario en el extranjero. Dos mil celebridades se adherían a un documento originado en París, exigiendo su libertad y la de sus compañeros. Entre los firmantes aparecían celebridades como Dalí y Picasso, amigos de Quintanilla; escritores como Carpentier y Cortázar; los peruanos Scorza y Ribeyro. Gracias a las organizaciones defensoras de los Derechos Humanos, toneladas de cartas de protesta abrumaban a senadores y congresistas estadounidenses. En Lima, las esposas de Cuentas y Cuadros habían conseguido llegar al pabellón donde estaban reclusos los dirigentes. Quisieron sacarlas por la fuerza pero ambas forcejearon y gritaron hasta ver a sus esposos, a quienes la policía sacaba con destino desconocido. Mientras crecía el escándalo, al quinto día Arequipa despertó completamente paralizada. Esa mañana, los moqueguanos anunciaban su propio paro. Antes del mediodía, el señor prefecto llamó al presidente de la Federación de Trabajadores de Arequipa. El gobierno negociaba. Sólo entonces se suspendió el paro.

Esa noche, un comando encapuchado atacó con fuego de ametralladoras la residencia de un almirante velasquista, José Arce Larco. En 1975 había neutralizado un intento de la Marina de Guerra para sacar a Velasco y acabar con su revolución. Esta vez el almirante Arce denunció que era el segundo intento de asesinato y que los autores pertenecían a la inteligencia naval, importante componente del Poder Oculto, además vinculados a una estación de la CIA que el almirante había desmantelado anteriormente. Señalaba que al mando de la operación terrorista había estado un comandante de Izcue, jefe naval bien conocido. De inmediato se reunió

el consejo de almirantes para declarar al almirante Arce de ser indigno del uniforme, retirarle sus condecoraciones y bajar su retrato en la galería de ministros navales. El mundo al revés...

Por supuesto, en 1976 los generales olvidaban lo que habían aprobado en 1975, como primer acuerdo del consejo de ministros de la segunda fase, reiterando la decisión de «respetar la libertad del ser humano, particularmente frente a toda forma de arbitrariedad e imposición.» Claro que ya entonces el gobierno había advertido que sólo se trataba de una «nueva oportunidad» y que sería «inflexible con quienes pretendan impedir el cumplimiento de los objetivos de la revolución.» A mediados de marzo de 1976, el jefe de SINAMOS había dicho: «El gobierno puede ser muy humanista, pero en cualquier momento va a ejercer su autoridad para sacar a la gente que le pone piedras en el camino.»

En abril se producía otro mensaje presidencial. Morales Bermúdez anunciaba que habían terminado las reformas. Sólo quedaba «profundizarlas». Tampoco ahora se podía saber qué era realmente la revolución de los militares, sólo lo que no quería ser: ni capitalista ni comunista, ni reformadora, ni populista, ni humanista desde luego. En el nuevo discurso asomaron símbolos y principios cristianos, aunque sólo como un adorno. El usurpador-presidente llegó a definir el método. Sería un proceso «gradualista, dialogante y autocrítico», para alcanzar eventualmente una posición «tercerista». Pero el grueso del mensaje trató duramente a los antiguos aliados marxistas, a la izquierda en su totalidad y ofreció extirpar a los infiltrados en el proceso.

EL PAÍS ENTERO SEGUÍA BAJO LEY MARCIAL y toque de queda. Lima estaba ocupada militarmente desde el levantamiento del 5 de febrero de 1975. A las nueve de todas las noches reaparecían las columnas de vehículos acorazados y los camiones con tropas. Radio y televisión recordaban a la población que nadie podía salir a las calles después de las diez de la noche. Sólo circulaban quienes tuviesen salvoconducto. Durante los primeros meses de toque de queda, las tropas disparaban al aire continuamente, de modo que parecía una ciudad en guerra. Con el paso de los meses, el asedio se volvía silencioso pero la gente sentía espesarse el peligro, así que trancaba las puertas y nadie se movía hasta las cinco en punto de la mañana, cuando el ejército y los infantes de marina volvían a sus cuarteles. A ratos, crecía el estrépito de los disparos y se escuchaban gritos, voces de mando. Algún infeliz transeúnte había sido sorprendido. A las tres de la mañana aparecía el llamado camión de los muertos, que recogía los cadáveres de la jornada. Un año después, la ciudad se había desfigurado a consecuencia del asedio. Muchos establecimientos nocturnos estaban quebrados. Otros cambiaban de

giro. Empezaban a cerrar chifas antes llenos de comensales a las nueve de la noche. En cualquier lugar, a toda hora, las casas particulares podían ser allanadas sin orden judicial. Con las garantías perpetuamente suspendidas, no se requería mandamiento de un juez para apresar a los ciudadanos. Tampoco era posible viajar por las carreteras del país sin identificarse ni evitar registros a la salida de cada pueblo. La Fuerza Armada había declarado la guerra a sus propios gobernados.

Pese a todo, César Barrera había aprendido a moverse con cierta soltura. No era difícil aprender la posición de los controles militares. En más de un año, la ocupación no había cambiado su rutina. Bastaba escurrirse unas calles más lejos, pues la repetición adormilaba a los centinelas. A veces, si tenía que viajar de noche con urgencia, Barrera prefería subir a su bicicleta de competencia y volar silenciosamente por la ciudad dormida. Ya de día, Seguridad del Estado se le pegaba a los talones. Todos los sindicatos y federaciones estaban vigilados por la División de Asuntos Sociales, que ahora dependía de Seguridad del Estado. El Poder Oculto se alimentaba, además, con las cotidianas delaciones de dos mil informantes, que recibían mil soles semanales por traicionar a sus sindicatos. Barrera, que se acababa de casar, había buscado vivienda aparte y terminó en Santoyo, verdadero barrio de valientes al que se ingresaba por una sola calle de guapos a la antigua, en cuya frontera se detenían prudentemente los sabuesos de la Prefectura. La última vez que había entrado la policía a Santoyo había sido después del célebre duelo de Carita y Tirifilo, allá por 1915. Un grupo de detectives había visitado el barrio a fines de los años 50, mientras perseguía al «Invisible», a pedido del propio Santoyo, pues era un asesino sin corazón.

Todos se conocían en Santoyo. Era un barrio de veras pobre, con viviendas de adobe, un sitio antiguo que se iba tugarizando, sin otro desagüe que las acequias que pasaban por el medio de las calles, como había sido antes en todos los barrios de Lima. Había tres maneras de entrar a Santoyo: por el cuartel de Barbones, por esa inmensa ciudad de muertos que era el Cementerio El Angel; y por atrás, donde Santoyo se tocaba con barriadas de pésima reputación. Por ahí entraba y salía el secretario general del SUTEP cuando había toque de queda. Excepcionalmente usaba la ruta del cementerio, que era más larga y bastante siniestra, pues al caer la noche se llenaba de cucarachas y no faltaban bandas de ladrones que saqueaban tumbas y que también desvestían a los vivos. Para el tránsito nocturno ayudaba el sindicato de panteoneros, que jamás se perdían en el laberinto de las tumbas. En Santoyo, Barrera era un hombre de respeto, no sólo por ser maestro sino por dirigente popular. Salvo gente drogada o embrutecida por alcoholes asesinos, los pobladores de la pobreza protegían a los jefes de sindicatos y federaciones. Llegaba Barrera y los guapos saludaban, buenas

noches profe, y a su manera describían a la gente extraña que podía haberse acercado al barrio durante su ausencia. Dicho de otro modo, las gentes de Santoyo cuidaban al dirigente de los maestros.

Desde que se había establecido en Santoyo, podía perderse Barrera a los agentes de la DAS y la DSE que preferían esperar emboscados en la avenida Grau, frente a Barbones. También vigilaban el SUTEP y la central de cooperativas. Barrera usaba otras rutas. Tenía que preparar al SUTEP para una guerra mayor. Salazar Pasache libraba su propia batalla en las cooperativas, a las que el gobierno no transfería el dinero que descontaba del salario magisterial. Sánchez Vicente se fortalecía en el sindicato de Lima y Abel Callirgos presidía la importante cooperativa capitalina. En cuanto a Horacio Zeballos, seguía dirigiendo la Universidad Popular que ya tenía dos mil estudiantes en todo el país.

Los antiguos dirigentes nacionales no podían moverse por las provincias sin que la policía los atrapara. Nuevos dirigentes emprendían la reorganización del sindicato, preparándolo para una larga confrontación con la dictadura. La persecución de 1973 había causado estragos. El sindicato empezaba a existir cuando le había caído encima la represión militar. De la antigua organización quedaba poco o nada en varias regiones. En otras sobrevivía un estado de ánimo. Tenían que apurarse, pues la dictadura ya había pasado a la ofensiva. Restringía el derecho a la huelga, modificando la ley de 1913. Suspendía la estabilidad laboral. Todavía peor, había empezado a evaporar a dirigentes de bases. Una mañana salían de su casa y jamás volvían. En fin, según la ley marcial, estaban prohibidas las reuniones de más de tres personas.

Barrera quería transferir fuerza y sentimientos sutepistas a otras organizaciones sindicales insatisfechas con la CGTP. En todo el país se generaban movimientos populares. En la región de Cajamarca, plagada de asesinos y ladrones de ganado, aparecieron las rondas campesinas. Hacían justicia en reemplazo de autoridades inmóviles o corrompidas. El gobierno quiso prohibirlas. Expresaban la voluntad unánime de los cajamarquinos y el pueblo protegió a sus ronderos. Ocurrió al revés: la policía debió retirarse de varias provincias. Las rondas aplicaban métodos inmemoriales de justicia para liquidar el bandolerismo. Al cabo de un tiempo, habían limpiado la región de delincuentes. En el Cusco, el pueblo de San Jerónimo había reunido una asamblea popular para rebajar el precio de los pasajes. Participaban obreros, comerciantes, agricultores, vecinos, toda la población. Asistían tres, cuatro mil personas, de todas las edades y partidos. En otras partes se formaban frentes de defensa de pueblos y hasta de provincias. Tenían que unirse frente a un gobierno sordo a las voces populares. Del mismo modo era imperativa la unidad de los sindicatos, no para servir a un partido político sino para

defender a los trabajadores y sus derechos. Para eso existía el CCUSC, para reunir a quienes se habían distanciado de la CGTP y presionar a la central fundada por Mariátegui a fin de que asumiera el liderazgo que demandaban sus bases y otras organizaciones.

En abril ya existía un SUTEP reforzado, capaz de sortear persecuciones y ponerse a prueba con un paro de un día. No faltaban razones. El empleo había bajado de 67 a 51 por ciento. Ocho por ciento de la población activa sufría absoluto desempleo. 41 por ciento sobrevivía gracias al subempleo: ocupaciones parciales o eventuales, con remuneraciones por debajo del salario mínimo. Cien mil peruanos había perdido sus puestos de trabajo desde la caída de Velasco. La moneda nacional se devaluaba continuamente pero los salarios estaban congelados. Se desplomaba el consumo, lo que a su vez generaba una crisis en las fábricas y más despidos, más desempleados. Cinco millones de aves sacrificadas se habían quedado sin vender después de que subiera el precio del pollo. Sólo se vendía carne de vacuno dos veces por semana. Desaparecieron arroz, azúcar, leche evaporada y kerosene a la espera de que se redujeran los subsidios. Los más pobres se alimentaban con sopas de avena y alimentos para ganado. El país temblaba cada vez que se anunciaba un mensaje de sucesivos ministros de Economía, pues casi siempre avisaba nuevas desgracias para el pueblo.

El escándalo internacional forzó la libertad de los abogados presos en el Sepa. Después reaparecieron Víctor Cuadros y Hernán Cuentas. Barrera visitó a los liberados. Una y otra vez repetía una propuesta de unidad. Genaro Ledesma no había perdido ni la serenidad ni el buen humor. Lo habían detenido el 4 de diciembre del año anterior, en plena discusión del pliego en las minas expropiadas a la Cerro. Cuando lo llevaron esposado al aeropuerto, supo que nuevamente su destino era el Sepa. La primera vez había estado un mes. De ahí lo habían trasladado a la isla del Frontón. En esa época era alcalde de su ciudad natal, Cerro de Paseo, uno de los sitios más altos del planeta. Indignados pasqueños lanzaron su candidatura a diputado. Salió elegido con abrumadora mayoría. Seguía en el Frontón cuando le entregaron sus credenciales del Congreso. Sólo entonces lo soltaron. La segunda vez había estado ocho meses, entre el 72 y el 73. La tercera vez encontró a viejos amigos y conocidos. A Ledesma siempre lo encarcelaban con los presos comunes, a los que daba asistencia legal. Lo recibieron jubilosamente. ¡Volvió el doctor! El propio Calavera acomodó a Ledesma. Hasta el Sepa había empeorado. Sufrían racionamiento de víveres, cada vez se distanciaban más los vuelos de Lima, nunca llegaba correspondencia. El médico se había marchado, dejando la colonia encargada a un sanitario de la Guardia Republicana. Y de nuevo demoraban en pagar sus salarios a quienes trabajaban en el aserradero y las instalaciones de la colonia. ¿Cuánto ganan? Veinticuatro soles, contestaron

los presos. En sus horas de humanismo, el gobierno había decretado que el salario de los presos no podía ser inferior al salario mínimo fuera de las cárceles. «Antes era veinticuatro soles», dijo Ledesma, «ahora son setenta soles. Los están robando.» Al otro día los presos se reunieron en asamblea general. Parecía un sindicato. No estaban informados de los aumentos, ni de la crisis económica en Lima, ni de leyes recientes. Seis meses habían trabajado con remuneraciones vencidas. Por unanimidad acordaron ir a la huelga. Pedían aumento y la renuncia del director tramposo, que no era otro que el mismo Gallo Hervido. Cinco meses más tarde, cuando habían llegado cientos de cablegramas del extranjero pidiendo su libertad, sacaron a Ledesma del Sepa con los otros abogados. Pasaron unos días en una habitación sin ventanas en el Hospital de Policía y al fin lo llevaron ante el ministro del Interior. «Pido disculpas. Nos hemos equivocado», dijo el ministro. Y agregó: «Todo el mundo tiene derecho a equivocarse.»

Los sindicatos del centro del país habían influido para que su federación se apartara de la CGTP. Barrera visitaba a dirigentes de todos los sectores. Sólo la defensa del derecho de huelga y la protesta por el despido masivo de obreros justificaba el paro nacional. El CCUSC creaba conciencia de lucha, sostenía que era preciso pasar a la acción. Se habían agotado las palabras. Al fin los mineros dieron su aprobación. Paro nacional. Ya eran dos grandes organizaciones que estaban de acuerdo.

En marzo, una parte del SUTEP empujó un paro nacional con un CCUSC todavía inmaduro. Fracasó. A pesar del estado de sitio, el sindicato sutepista de Lima, dirigido por Arturo Sánchez Vicente, y la Federación Minera convocaron a un mitin. También fracasó.

En esos días Barrera fortalecía vínculos con la poderosa Federación de Pescadores del Perú, que desde 1975 tenía una dirigencia clasista. Estaban decididos a luchar por sus derechos. Acordaron participar en el CCUSC y seguir creando conciencia para el paro nacional. Una vez que bases y federaciones estuviesen unidas por el mismo espíritu de huelga, demandarían que la CGTP coordinase los acontecimientos. Maestros, mineros, pescadores. Ya eran tres.

No se necesitaba mucha adivinación para conocer el futuro: aumentaría la represión. La segunda fase deshacía lo hecho por la primera. Los pescadores aceptaron la tesis sutepista: el pueblo sólo podría unirse a través de la acción. La palabra dividía, los hechos juntaban. SUTEP y federaciones veían acercarse peligros mayores, una gran persecución, acaso la liquidación de las dirigencias sindicales y aún de los partidos. Bastaba recordar la historia uruguaya. ¿Habían olvidado la experiencia chilena? Barrera proponía mirar cuanto ocurría en Argentina. Era un espejo del futuro nacional. Los generales peruanos tenían grandes vinculaciones con los platenses. Se consideraban

aliados. El presidente intercambiaba elogios con Videla. Al nuevo jefe de SINAMOS le decían «el Gaucho», porque había hecho sus estudios militares en Argentina. El Poder Oculito sonreía cuando jefes argentinos visitaban el Perú. Recién instalado, el gobierno de Videla soltaba los precios, congelaba los salarios e intervenía los sindicatos. En Argentina estaba suspendido el derecho de huelga, liquidaban la estabilidad laboral, frenaban el crecimiento económico y despedían trabajadores en masa. Videla había anunciado que el exceso de derechos reconocidos a la mujer argentina sería corregido, es decir, suprimido, y había autorizado el despido de los «familiares de guerrilleros», incluidos los sospechosos, con lo que se había inaugurado una nueva época de denuncias y delaciones. Al mismo tiempo Videla anunciaba una ley para promover las inversiones extranjeras y una «privatización global de la economía».

En verdad, mirar en el espejo propuesto por Barrera causaba espanto. Recientes leyes argentinas permitían aplicar la Justicia Militar a toda la población civil. Nuevas figuras penales habían sido creadas, con penas severísimas, incluida una forma de prisión perpetua, la reclusión indefinida, y la pena de muerte. Ofender la dignidad militar se castigaba con diez años de cárcel. Romper el parabrisas de un vehículo militar implicaba la pérdida de la libertad para toda la vida. También se había liquidado el derecho que tenían los presos políticos no procesados a irse al extranjero. Cinco mil quedaban atrapados para siempre. Antes de Videla había seis mil. Un mes después, llegaban a once mil. El régimen carcelario también se había endurecido. Los presos político-sociales sufrían aislamiento total. Salían de sus celdas apenas diez minutos diarios. Las visitas eran mensuales. No recibían periódicos, libros, correspondencia. No los dejaban escribir. Habían reaparecido las bandas de pistoleros que asesinaban a dirigentes populares. No se molestaban en firmar sus matanzas, como la triple A o el Comando Libertadores de América. Cien secuestros en cinco semanas, cuerpos tirados sobre las zanjas con un balazo en la nuca, desaparecidos. ¿Quién fue? Nadie. En un solo día: quince asesinatos. La policía dijo que habían sido «ajusticiados». Al día siguiente: diez cadáveres más. Sumaban quinientos al cabo del primer mes. Empezaban a trasladar presos políticos a los cuarteles y buques de guerra. Veintiocho de las uniones obreras argentinas estaban intervenidas. También la Confederación General de Trabajadores. Un dirigente gremial fue sentenciado a ocho años de cárcel por resistir el arresto e insultar a la Fuerza Armada. En Comodoro Rivadavia, seis jóvenes habían sido sentenciados a diez años por instigar la huelga. Diecisiete metalúrgicos de Córdoba estaban presos porque habían faltado al trabajo sin «causa justificada», lo que constituía un exceso sindical. En respuesta, los Montoneros Peronistas tomaban las armas. Argentina pasaba a la guerra civil.

PARA SUS AMIGOTES, EL GENERAL-PRESIDENTE se llamaba Don Pancho. Su abuelo, también militar, se contaba en la segunda fila de los héroes nacionales de la Guerra del Pacífico, en cuyo primer año Chile había destruido las ilusiones coloniales que emborrachaban a los gobernantes peruanos. La capital española de América del Sur había dejado de dar las órdenes después de la Independencia. Convertido en república, la última sudamericana, el Perú dejaba de ser una potencia. La guerra hizo que un remoto Morales Bermúdez llegara a ser presidente. Un hijo coronel, también presidenciable, murió asesinado. El nieto, Don Pancho, soportó los rigores de la orfandad, estudió con los jesuitas y en la Escuela Militar. Puesta a su alcance, no había dudado en agarrar la presidencia.

Los peruanos creían que Don Pancho iba a durar poco. Lo habían visto como un presidente transitorio, pues nadie creía que existiese realmente una segunda fase de la revolución velasquista. La mayoría nacional, que era civil, debía resolver su verdadero destino. Aunque todo se hubiese reformado, el rompecabezas nacional no impedía llamar a elecciones al cabo de un año. Vencidos los primeros meses de 1976, se pensó que el plazo sería de dos años, pero Don Pancho había resuelto quedarse indefinidamente en la presidencia. El Poder Oculto necesitaba no menos de una década para desarrollar la nueva república militar, una democracia supervisada que habría de transferir sólo una parte del poder a los civiles. En mayo salió Don Pancho en cadena nacional de radio y televisión para anunciar que la revolución continuaba sin plazo de vencimiento. Ni una palabra de futuras elecciones. El gobierno militar era perfectamente autónomo. No necesitaba pactar con ningún partido político. Esta vez el Poder Oculto había generado un Frente de Defensa de la Revolución, que debían integrar las organizaciones manejadas por SINAMOS. Don Pancho dijo que el Frente se convertiría en un amplio Movimiento Político de la Revolución Peruana integrado por campesinos, trabajadores y empresarios.

El mensaje causó consternación en todos los sectores, no sólo en los partidos de izquierda y en las organizaciones sindicales. Después de siete años y medio, la dictadura anunciaba su continuación indefinida. La fuerza militar se declaraba autónoma y omnipotente para detentar el poder absoluto hasta que le diese la gana. No necesitaba a los partidos ni al pueblo ni a nadie. No tenía fin.

LA HISTORIA TENDRÍA QUE RECONOCER MÁS TARDE que la única respuesta inmediata al «mensaje de la perpetuidad» correspondió

al SUTEP, que acordó un paro nacional de 24 horas para el jueves 27 de mayo. Tenían todo en contra. DAS y Seguridad del Estado acosaban a los dirigentes, seguían a los maestros que visitaban el Sindicato, interceptaban cartas y telegramas, monitoreaban teléfonos. SERP y FENTEP atacaban virulentamente a los sutepistas. Los medios de comunicación presentaban a los maestros como una amenaza de la «ultraizquierda aliada a la oligarquía imperialista». El aparato de propaganda estatal pedía a los padres de familia que no cayesen en el juego de los «malos profesores comunistas». Grandes anuncios en los diarios intentaban demostrar que el magisterio había recibido aumentos descomunales desde 1971. Según el gobierno militar, los maestros tenían los salarios más altos de la administración pública, pese a lo cual seguían protestando. También afirmaba que los aumentos recibidos por los maestros en los últimos cinco años daban un total superior al presupuesto de la república del año 1965.

Lo principal del pliego sutepista era un aumento de tres mil soles para compensar la violenta subida del costo de vida, cifra que se había estimado a partir de los datos oficiales, y un aumento de diversas bonificaciones que estaban congeladas. También pedía el nombramiento de profesores a los que se contrataba temporalmente y que ganaban menos, respeto al fuero sindical y libertad para los presos políticos y sociales. Exigía que el directorio del Seguro Social del Perú incorporase al delegado del magisterio, como mandaba la ley; que no se hicieran más descuentos por aportes a las cooperativas, pues el gobierno se quedaba con ellos; y que se reconociera la intangibilidad de unos dos mil millones de soles que ya habían sido descontados y que nunca se habían entregado a la central de cooperativas. No estaba en el pliego que los maestros pasaban a la acción opositora apenas nueve días después del «mensaje de la perpetuidad».

Barrera no esperaba una paralización total. El Poder Oculto los había bombardeado con propaganda adversa por todos los medios de comunicación. No convencía pero sembraba la duda. Nadie intervenía en una huelga si no estaba totalmente convencido. Como de costumbre, la Guardia de Asalto se estacionó desde el amanecer en las calles de Lima, para sofocar cualquier demostración hostil al gobierno. Pese a una montaña de contrariedades, al menos la mitad de los maestros de Lima había dejado de trabajar. Por cierto, el paro fracasaba en las grandes unidades escolares donde se ensayaba la reforma educativa de los militares, pues en ellas trabajaba la crema magisterial. En los barrios populares, el paro fue total. Lejos de Lima, los huelguistas habían sido reprimidos sin contemplaciones. Al menos diez dirigentes estaban detenidos. Al caer la noche, los maestros habían participado en un mitin con los pescadores, los metalúrgicos y los obreros textiles. Ya eran cuatro. Entonces empezó la lucha en Vitarte. Manufacturas Nylon, una de las

empresas más prósperas del país, producía fibra sintética usada por otras industrias textiles. Para ella trabajaban mil obreros y obreras del pueblo de Vitarte, a veinte minutos de Lima por la carretera Central. El conflicto empezó cuando la empresa no pagó los salarios de abril. Los trabajadores emprendieron la huelga indefinida. El Ministerio de Trabajo ordenó que la empresa pagara a fines de mayo. Tampoco pagó. Misteriosamente el 3 de junio el ministerio declaraba la ilegalidad de la huelga y la empresa despedía a doscientos trabajadores, incluidos los dirigentes del sindicato. A la mañana siguiente, cien guardias de asalto intentaron disolver los piquetes de huelguistas apostados en las puertas de la inmensa factoría. Estaban aporreando a los obreros cuando las poblaciones vecinas salieron a defenderlos. Al rato escapó la policía. Dejaban atrás a huelguistas con las caras rotas y las costillas rajadas. Todo Vitarte ayudó a bloquear la carretera Central.

A la una de la tarde avisaron que se acercaba una columna militar. Un batallón de la Guardia de Asalto venía con apoyo de tanquetas y helicópteros. Más tarde se supo que el gobierno había despachado 750 guardias a castigar Vitarte. Pueblo, barriadas, huelguistas, furiosas mujeres, todos defendían ingenuamente la carretera Central. La Guardia de Asalto los arrolló. A las cuatro de la tarde se contaban cuarenta heridos de bala en el bando de Vitarte. Una lluvia de piedras había tumbado a veinticinco guardias. Las pistas estaban intransitables, cubiertas con escombros de todos los tamaños. Al fin la Guardia de Asalto entró a Vitarte y sus barriadas. Tumbaba puertas para arrastrar a sus ocupantes a las calles. Buscaba a los huelguistas. Ocho mil pobladores se juntaron para echar a los atacantes que gasearon el distrito. Una niebla irrespirable impedía ver o respirar. Mujeres enloquecidas corrían con sus criaturas amoratadas en busca de aire limpio. Oscurecía cuando al fin se retiró la fuerza pública. Los de Vitarte apagaron sus luces. La población pasaba lista, contaba a sus desaparecidos. Ciento dieciséis faltaban. Estarían heridos o presos. Tal vez muertos. Trescientos se curaban en la posta médica o en las farmacias, o viajaban a atenderse en Chaclacayo y Chosica, lejos de la policía. Una asamblea de obreros y pobladores decidió continuar la lucha hasta las últimas consecuencias. Ya eran mucho más que cuatro.

Los graves sucesos de Vitarte, que siguieron por varios días, no merecieron ni siquiera unas palabras de solidaridad de los viejos partidos no marxistas, todavía desconcertados por el «mensaje de la perpetuidad», pues esperaban que, una vez corregido el rumbo nacionalista y comunión de Velasco, el poder volviese a la civilidad que ellos siempre habían administrado. En cuanto al Partido Comunista Unidad, seguía dando forzoso respaldo a la dictadura. Tenían que «defender las conquistas revolucionarias» manteniendo la unidad del «binomio pueblo-fuerza armada», lo que no sería fácil por el

descontento popular que causaban el alza del costo de vida y los despidos. La receta del PC Unidad era la siguiente: ampliar las relaciones comerciales con los países comunistas y aumentar la producción. Así se rompería toda dependencia con el imperialismo estadounidense. Vitarte mereció una breve declaración del partido, condenando la violencia policial. Nada más.

Pero la mayoría de la gente sintió indignación. En todos los niveles crecía la prepotencia oficial. Cada vez más peruanos sobrevivían a la contra del gobierno militar. Los pueblos de la carretera Central estaban sublevados. Para salir de Lima había que sortear sucesivos controles militares. Rumbo a la cordillera, se convertía en un país abierto. Casi no circulaban vehículos. Invisibles, los pueblos vigilaban las pistas de asfalto. Barrera y el pescador Nizama pasaron temprano al otro día. En Vitarte, zona industrial, no funcionaba una sola fábrica. Las tiendas de comestibles atendían por sólo media puerta. Todos los sindicatos se unían a la huelga de Manufacturas Nylon. Pero los dirigentes estaban en un lugar secreto, protegidos por la población. Fue preciso enviar mensajeros que anunciaran a los visitantes y esperar respuesta. Al fin los llevaron a las barriadas. Ahí conferenciaron. Más tarde se integró un comando de lucha en el pueblo de Ñaña. El sábado se reunieron la Federación Nacional de la Industria de Fibras Químicas y Afines, a la que pertenecía el sindicato huelguista de Vitarte; la Federación Minera, la Federación de Construcción Civil, la Federación de Agencias de Aduanas, la Confederación Campesina del Perú, la Federación de Pescadores del Perú y el SUTEP. Al rato llegó el Comité de Lucha Textil. Ya eran muchísimos dentro de ocho organizaciones. Daban su respaldo a Vitarte y acordaban pasar a la acción contra la dictadura. El domingo se adherían importantes sindicatos que estaban en des-acuerdo con la CGTP: Báyer, Yale, Philco, National, Moraveco, Toyota, la siderúrgica de Chimbote y veintitrés sindicatos de la carretera Central. También llegó el Cardenal Juan Landázuri, que visitó Vitarte y las barriadas antes de reunirse con los huelguistas y sus dirigentes. Allí, hasta los comunistas eran cristianos. El Cardenal dijo que la Iglesia asumía como propios los problemas de su pueblo y que estaba plenamente identificada con los pobres «especialmente cuando pasan por situaciones difíciles». Una misa de campaña reunió a una multitud en el barrio industrial. Por el aire todavía sucio de ponzoña policíaca, empujaba la brisa esperanzadora de una verdadera Iglesia popular. Eran realmente muchos cuando la Federación de Pescadores del Perú pasó a editar un semanario nacional, «El Amauta del Mar», que antes había sido un pequeño periódico gremial. El primer número, editado con medios artesanales, vendió cinco mil ejemplares. Se agotaron diez mil de la segunda edición. A la siguiente semana se imprimieron veinte mil. Ya entonces se había convertido en vocero de varias federaciones.

La edición fue incautada por orden de la Prefectura. Empezaba una gigantesca redada destinada a capturar a toda la dirigencia sindical. El Poder Oculto perdía la paciencia. Seguridad del Estado, DAS, servicios de inteligencia, soplones del Ministerio del Interior, Guardia Civil, nadie faltaba en la persecución ordenada por Don Pancho. Uno por uno caían los pescadores. Allaban sus casas, capturaban a sus parientes y amigos, vigilaban sus centros de trabajo. El Poder Oculto no sólo tenía interés en las federaciones, también quería a los conductores de sindicatos y bases. Pescadores, después construcción civil, más tarde químicos, nuevamente mineros y metalúrgicos. Cuando llegó el turno al SUTEP, el Poder Oculto parecía sufrir un empacho. Se había excedido. No tenía dónde meter a tantos presos. El último piso de Seguridad del Estado, especialmente acondicionado para aislar a los sindicalistas, parecía a punto de reventar. Sus jaulas de detención estaban repletas, de modo que mientras unos se sentaban, otros tenían que pararse. Después se llenaron los sótanos de la Prefectura. Pasaron gente al Potao, a otros cuarteles. Se hablaba de tres mil detenidos solamente en Lima.

Pese a la represión, los pescadores rehicieron rápidamente su organización. Tenían su propia ciudad en el Callao. Ahí sesionaban los sindicatos mientras vigilaba el vecindario. Los puertos seguían en crisis. Allegados del gobierno militar saqueaban Pesca-Perú. Después de la estatización, la empresa estatal había recibido buques y factorías de la más grande industria harinera del mundo. Los pescadores sabían que la estaban depredando. Se llevaban redes, macacos, motores, equipos de navegación. Acabaría irremediablemente sin repuestos ni maestranza. Si eso pasaba, ¿cómo se harían a la mar? Ni siquiera los dejaban manejar directamente su Caja de Pensiones, cuyos funcionarios eran designados por la dictadura. Ahí guardaban millones de soles que pertenecían a los pescadores. Sospechosamente esos fondos se hacían humo. A fines de agosto parecían haberse fatigado los rastrillos policiales. Ya entonces se había fortalecido nuevamente la Federación de Pescadores. En setiembre se declaró la huelga en todo el litoral. El SUTEP acordó paralizar un día a nivel nacional, en expresión de solidaridad y para exigir la libertad de varios miles de trabajadores presos.

Se sentía el peligro de la misma manera como uno se orientaba. La percepción de acechanzas invisibles era otro de los sentidos ocultos. A veces Barrera pensaba en una persona y al rato se encontraba con ella. La diestra se le iba al teléfono antes de que timbrara. También solía adivinar quién lo estaba llamando. Rara vez optaba por el camino equivocado y no tenía dificultad para escapar de nuevos laberintos urbanos. Intuición, sexto sentido, lo cierto era que algo avisaba dentro de Barrera si se acercaban peligros. Unos sabían escuchar esa voz interior, otros seguían de largo. Barrera cumplía con

mantenerse en una clandestinidad a medias. No siempre podía ser precavido, pues debía tratar con otras organizaciones sindicales y populares. Aún más, seguía dictando clases en el Labarthe. Un día después del paro de solidaridad la policía lo encontró. Los de Seguridad del Estado interrumpieron su clase para llevárselo en vilo, mientras los alumnos protestaban. No se le volvió a ver hasta después de navidad.

LA PRIMERA FASE HABÍA ROTO CON LOS EMPRESARIOS. La segunda se peleaba con los trabajadores. La primera había sido abiertamente hostil con los Estados Unidos. La segunda enfriaba sus tratos con la Unión Soviética. La primera había reformado casi todas las actividades económicas. La segunda saboteara las reformas. El gobierno militar presidido por Don Pancho había terminado de poner todo patas arriba. El Perú era «socialista» y no lo era, «humanista» y tampoco. Pobre país renegado, se le habían agotado las reservas monetarias y estaba peleado con todos. El Perú tenía una inflación de 42 por ciento anual, sólo inferior a la argentina, que ya había alcanzado tres dígitos. Ya entonces los despedidos pasaban de ciento cincuenta mil. Ni siquiera existían datos actualizados de desempleo y subempleo. No faltaban siete categorías de moneda extranjera, todas ficticias. El dólar valía 130 soles en los certificados de divisas. Se cotizaba a 210 soles en los certificados de depósito. Subía a 300 soles con el llamado dólar libre. Alcanzaba 400 soles en el mercado negro. La mitad de la población tenía una dieta insuficiente en calorías y proteínas. En abril de 1977 el gobierno se estaba quedando sin dinero, así que aumentaron los impuestos. La gasolina subió 40 por ciento; el diesel, 70 por ciento; el petróleo industrial, 80 por ciento. También elevaron los intereses bancarios al 30 por ciento. Llegaban misiones extranjeras a revisar la situación fiscal. Faltaban divisas. Sólo en cartas de crédito vencidas el país debía cien millones de dólares y quinientos millones a los proveedores de la industria nacional. Para intervenir en el salvamento de la república militar, el Fondo Monetario Internacional exigía más impuestos, gasolina más cara, una devaluación profunda que causara un shock recesivo. El déficit fiscal pasaba de los 30,000 millones de soles.

A los seis meses de cárcel soltaron a los dirigentes de los pescadores. A fines de enero de 1977 salió libre César Barrera. Los dejaban ir sin explicación ni disculpa. La policía los acusaba de innumerables delitos contra el orden público y el Estado. Sus casos quedaban en suspenso, de modo que podían ser vueltos a encarcelar por las mismas viejas denuncias. Daba pena el Perú al que volvía Barrera. Cada vez más se alejaba el pueblo de la felicidad. A falta de medios de comunicación libres, la gente daba sus opiniones en las paredes. Habían llenado la ciudad con mensajes

pintados a brocha gorda. Muera la dictadura. Viva el paro nacional. Morales traidor. A los costados de la carretera central, las tapias contaban la historia de las huelgas y protestaban por los abusos. Basta de masacres. Dónde están los desaparecidos. La represión había impedido que continuasen los acercamientos entre federaciones que seguían con la CGTP y las del CCUSC. Pero sus dirigentes venían de compartir los calabozos. Era verdad: la vida los acercaba, las experiencias y la acción conducían a la unidad. La palabra, los dogmas separaban. Salían de la cárcel con el mismo propósito: el paro nacional. El CCUSC había terminado por crear conciencia y determinación en las bases.

El país se había llenado de huelgas pequeñas. Las chancaban a la mala. Llovían cartas notariales de despedida y la DAS se llevaba a los revoltosos. Pero en las federaciones y sindicatos importantes sabían bien que había llegado la hora de una gran movilización. Cada vez más se necesitaba una demostración de rechazo popular a la dictadura panchista. El primer acuerdo se logró entre los mineros, los cerveceros, los trabajadores del agua potable, SEDAPAL, los pescadores del Callao y el SUTEP. En esos días se declaraba «la guerra de las tapias» pues el Poder Oculto, irritado por tantísima escritura en las paredes, había mandado cubrir todo con una espesa pintura gris, como la usada en los buques de guerra. Entonces salieron los sutedistas y sus aliados a pintar el mismo breve mensaje con pintura roja: PARO NACIONAL. En ese ambiente ocurrió lo que esperaba el CCUSC: las bases presionaron a la dirigencia de la CGTP para que obedeciera. Lo mismo ocurrió con las cien bases rebeldes de la CTRP gobiernista. El 5 de julio, el SUTEP volvió a paralizar por veinticuatro horas a nivel nacional. Nuevamente el paro funcionó a medias en Lima, pero en provincias fue total. Había servido de ensayo, pues habían participado otras organizaciones y los activos frentes de defensa, que movilizaban a poblaciones enteras. Barrera sabía que estaban listos. El pueblo quería paro nacional, no sólo las organizaciones sindicales.

El gobierno militar se había quedado solo. Podía conservar el mando de divisiones acorazadas y de infantería, seguir siendo dueño de cañones, buques y bombarderos supersónicos, podía tener toda la fuerza del mundo pero se había quedado sin pueblo, sin civilidad, sin legalidad, sin título de gobierno. Si no actuaba con rapidez, también se quedaría sin patria. En el vertiginoso tiempo que conducía al paro nacional, la dictadura licenció al civil ministro de Economía y puso a un general desconocido que anunció, en la noche del domingo 10, que bajaba el precio del pan y que pronto bajarían los precios de otros alimentos. Al día siguiente se celebraba una reunión definitiva del CCUSC en el sindicato de SEDAPAL. No bien habían empezado a informar sobre sus preparativos cuando llegó en pleno la directiva de la

CGTP, presidida por el veterano Isidoro Gamarra. No querían unirse sino impedir el paro. «Es una aventura», afirmaba Gamarra, «vamos a fracasar y entonces se habrá roto el diálogo con el gobierno.» Del lado del CCUSC se encontraban dirigentes de federaciones que se habían desafiliado de la CGTP y otros que aún pertenecían a la central moscovita. Aunque Gamarra acusó al SUTEP de aventurerismo infantil, Barrera contestó que habría paro nacional de todas maneras y que seguirían esperando la adhesión de la CGTP, pues ella debía centralizar a las organizaciones sindicales. Acordaron reunirse nuevamente el viernes 15.

El aparato de averiguación militar sorbía datos en todos los niveles. Se desparramaba con blandura de molusco, alargando sensores que recogían la misma respuesta en todas partes: la voluntad de detener la economía, parar en seco los transportes, abandonar las calles hasta que pareciera un país vacío, lo único que podían seguir gobernando los militares exclusivamente por el uso de la fuerza. Para el Poder Oculto era una confrontación definitiva, pues su proyecto de gobierno indefinido habría de desplomarse si el pueblo le daba la espalda por unanimidad. Con su espinazo militar y sus ramificaciones continentales, el Poder Oculto había ensayado una revolución dirigida, pacífica, falsificada. La revolución que no era ni lo uno ni lo otro, capitalista o socialista, tampoco había propuesto con claridad su anunciado tercer camino y era nada, nada revolucionario, sólo opresión, oscurantismo, corrupción en crecimiento y, para el pueblo, la negación de sus derechos, la infelicidad para todos, francamente una calamidad nacional. El Poder Oculto se proponía acabar con los partidos políticos, refinando la tosca apariencia de la actual república militar para que, a largo plazo, pudiese ser transferida a civiles siempre tutelados y así inaugurar una época de disciplina, con una sola doctrina impuesta desde arriba y sin opiniones capaces de inquietar la mansedumbre nacional. Y ahora, todo ese proyecto, la paz de los deudores y la servidumbre del subdesarrollo, todo peligraba en el país andino por culpa de un descontrolado paro nacional.

El viernes 15, antes de la reunión que debía confirmar la orden del paro nacional, el ministro de Trabajo citó a las centrales de trabajadores a su despacho, con excepción, por cierto, del CCUSC. Acudieron la CGTP, encabezada por Gamarra; la CNT demócrata cristiana, que era la más débil de las centrales; y la CTP aprista, a la que cada vez quedaban menos afiliados. El ministro anunció cambios en la política económica. Se estudiaba un rumbo diferente y no parecía justo que se presionara al gobierno. El presidente había ordenado reabrir el más amplio y constructivo diálogo con las organizaciones sindicales. Los dirigentes de las centrales sabían que la voluntad de paro seguía propagándose por sus bases y que resultaba imposible contener la acción de los trabajadores. Sin embargo, al cabo de cinco horas acordaron

realizar un último esfuerzo para iniciar negociaciones con el gobierno militar. Volverían a reunirse el martes 19, justamente el día en que debía producirse el paro.

Del ministerio pasó Gamarra a la reunión en la que esperaban el CCUSC, el SUTEP y las federaciones. Escucharon su informe con sombrío silencio. Por dos años la segunda fase había maltratado a los trabajadores, sin importarle que cada vez fuese más alta la mortalidad infantil, más terrible el desempleo y más abusivo y cruel el subempleo. Ciento cincuenta mil habían perdido sus puestos de trabajo. Sólo 45 por ciento de la población económicamente activa tenía empleo estable. El desempleo total se había elevado al doce por ciento. El resto pertenecía a los subempleados, a los cachueleros y eventuales, a quienes no llegaban a ganar un salario mínimo vital que francamente era de hambre. La lepra de la corrupción devoraba las ganancias de las empresas estatales, confiadas a los favoritos del gobierno militar que, además, boicoteaba abiertamente las reformas de la primera fase. Ahora, hundido en una pantanosa crisis financiera, con reservas negativas, endeudado y repudiado, ese mismo gobierno ofrecía negociar para después quedarse indefinidamente en el poder.

Se formó el Comité Unitario de Lucha. Al día siguiente regresó Gamarra, acompañado por un delegado de la CTP aprista. ¿Para qué arriesgarlo todo con un paro nacional? Lo más sensato sería sacar provecho a la debilidad del gobierno en la mesa de las negociaciones inmediatas. Obtuvieron una respuesta rotunda: «Ya está decidido. El paro no se discute.»

No tenía otra opción que sumarse al paro, la CGTP. Al fin dijo que sí. Y no quería. Tenían que estarla vigilando. En todo el país se había informado a bases y frentes de defensa que nadie traba-jaba el martes 19 de julio. Pero el lunes la CGTP llamaba a una asamblea para poner a votación si verdaderamente convocaba el paro. Ni siquiera había avisado al Comité Unitario de Lucha. Los dirigentes del SUTEP, que era uno de los ejes del movimiento, encargaron a Barrera que fuese de inmediato a aclarar la situación. Citó a los dirigentes de otras organizaciones. Se encontraron en una parquecito por la avenida Colonial, cerca de la Plaza Dos de Mayo, donde estaban los predios de la CGTP. Llegó Julio César Mezzich, de la CCP; Mateo Tincopa, de las cien bases rebeldes de la CTRP; Máximo Pascaya, de la Federación Minera; Ponce y Lecaros de los cerveceros. En pleno estado de emergencia, esa reunión al aire libre habría sido un bocado maravilloso para la DSE y la DAS. Decidieron dar un ultimátum a los camaradas moscovitas. Porque el resto de las federaciones y de las bases no renunciaba. Se separaron por unas cuadras para llegar a la CGTP. Entraron juntos. En ese momento presidía una reunión el secretario general de la Federación Bancaria. Se reunieron en el auditorio.

—¿Van o no van? —resumió la discusión Julio César Mezzich.

—Nosotros vamos —agregó César Barrera.

—Todo el país está a favor del paro —se oyó a Tincopa.

—La CGTP aprueba el paro —dijo el secretario general de los bancarios—, hoy ha quedado roto el diálogo con el ministro de Trabajo.

Sólo pedía ponerse de acuerdo sobre la conducción de la huelga. Como la organización más antigua, la CGTP debía estar formalmente al mando.

Barrera fue más lejos.

—Esperamos que la CGTP convoque el paro en el documento final —dijo.

—Con otras federaciones —aclaró Pascaya.

—No hay problema.

Desde la huelga general por la jornada de las 8 horas, en 1918, el Perú no había vuelto a quedar paralizado por acción de trabajadores y sindicatos. El paro de las subsistencias de 1919, conducido por los anarquistas Barba y Gutarra, había sucumbido bajo las cargas de caballería ordenadas por el gobierno. También habían concluido en el fracaso los paros contra la dictadura de 1932. En tiempos de Odría, una huelga en el sur había ayudado a liquidar políticamente al perseguidor de los opositores, el ministro de Gobierno Esparza Zañartu. Si esta vez paralizaban el país, se traerían abajo una dictadura militar.

Se sentaron a resolver las últimas diferencias.

En ese momento oyeron cómo la policía embestía contra las puertas de la planta baja. Las viejas paredes de la CGTP transportaban la trepidación de los golpes. ¡Seguridad del Estado! Cambiaron miradas. Estaban atrapados en el auditorio. No existía una ruta de escape.

De todos los reunidos, la DSE sólo se interesaba en Barrera. Después de un forcejeo lo cargaron en peso. Las camionetas de Seguridad del Estado esperaban en La Colmena. Ahí aguardaba esa pesadilla que era el mayor Fernando Reyes Roca.

—Pasa no más, Barrera. Quieren verte en la Prefectura. —¿Por qué me detienen?

—¿Y por qué no habríamos de hacerlo? —rió el policía.

LA TELEVISIÓN TRANSMITÍA MÁS O MENOS ÍOS mismos noticieros con distintos locutores. ¿Paro? ¿por qué habría de haber paro a la mañana siguiente? La población mantenía la serenidad, los obreros irían a sus fábricas, el gobierno militar garantizaba el orden público. Noche a noche se propagaban las imágenes de un país satisfecho con sus gobernantes. Por

cierto, la televisión no olvidaba mostrar continuamente a Don Pancho y a sus ministros, despachando mensajes o en asambleas llenas de uniformados, todos con sus quepíes elevadores, en verdad desmesurados, idénticos, tan marciales como inútiles. Pero esa noche a las once, el ministro del Interior salió a las pantallas para desmentir la gran paz panchista descrita por los lectores de noticias. El general Luis Cisneros Vizquerra, más conocido como El Gaucho Cisneros, denunció una conjura ultraderechista y ultraizquierdista para derribar al gobierno. Con voz dura dijo que la CGTP «no es ajena a esta conjura». Quería advertir que el gobierno realizaría todas las acciones necesarias para «contrarrestar la realización del paro». Mano dura en pocas palabras. Un rato antes del mensaje, trajeado de civil, se había reunido con los directores de diarios y revistas. La mayoría ya estaba parametrada por la Oficina Central de Información, una de las terminales de los servicios de inteligencia y del Poder Oculto, y sólo tres o cuatro asistentes conducían publicaciones temerosamente independientes. El Gaucho no anduvo en preámbulos. O se atenián al pacto de caballeros de no alentar la subversión, de respetar a Don Pancho y no insinuar divisiones en la Fuerza Armada, o los clausuraba indefinidamente.

No se había interrumpido el estado de sitio. Continuaba el toque de queda hasta las cinco de la mañana. El martes 19, las tropas no volvieron a sus cuarteles. También la Guardia de Asalto y nuevas fuerzas especiales de la policía se habían desplegado durante la noche.

Antes de que clareara el día empezaba a salir la gente para el largo viaje a las fábricas. Minutos después de que acabase el toque de queda, destartalados autobuses aceleraban por los barrios pobres a recoger pasajeros al vuelo. Pronto se agolpaba la gente en las esquinas y los vehículos se atolondraban mientras los tomaban al abordaje. Pero ese martes despertó Lima llena de prudencia. Se propagaban luces pequeñas por las barriadas, lamparines, fogones alimentados con kerosene, aquí y allá bombillas de 15 vatios, luz de pobres, amarilla, insuficiente, luz de penumbra, y la gente no salió en definitiva sino a mirar primero, a constatar si todo estaba en orden como prometía el gobierno o si en verdad había que parar en seco al Perú. Bucaneros urbanos, los chóferes de microbuses habían salido a ganar el doble o el triple, como solía ocurrir en las horas de emergencia: en vez de servir a la colectividad, se aprovechaban de ella. A las cinco y media aparecieron los grandes autobuses de la empresa «Lima Metropolitana», de propiedad social, esto es, de sus trabajadores. El paro parecía un fracaso. Pero en vez de aumentar, el tráfico fue disminuyendo. Hasta los micros desaparecieron después de las seis. Los ómnibus de «Lima Metropolitana» volaban a refugiarse en sus talleres, con las lunas perforadas a pedradas. En el trébol de Caquetá y la avenida Túpac Amaru, las grandes avenidas obreras del cono norte, la

multitud en huelga había castigado el atrevimiento de los microbuses piratas con fósforos y gasolina. En el cono sur, el pueblo había bloqueado la avenida Pachacútec. La carretera Central no se podía transitar. A una sola voz, Vitarte y sus barriadas habían salido a cortarla. Lo mismo ocurría en Chosica, donde las barriadas no permitían el ingreso de los camiones procedentes del valle del Mantaro. Tampoco podían circular vehículos por los barrios industriales que se acercaban a Lima a ambos lados de la carretera Central. Detrás de la ciudad antigua se juntaban los pobladores de los cerros para bloquear caminos. Los canillitas no distribuían los diarios de la mañana. Los mercados habían abierto sus puertas a las seis y las cerraban a las siete. Piquetes de huelguistas impedían el paso al terminal marítimo del Callao. Sólo la mitad de los vuelos había despegado del aeropuerto internacional Jorge Chávez. Entonces estalló la lucha en las grandes avenidas obreras. Guardia de Asalto y tropas del ejército intentaron abrirlas. Sobre la ciudad zumbaban helicópteros militares. Hasta la nueve y media de la mañana duró la refriega. A ratos se escuchaban balazos y caía gente herida o muerta. La furia popular echaba entonces a los uniformados. Hacia las diez de la mañana no habían abierto los bancos, estaban cerradas las oficinas. Aunque los habían amenazado con el despido, los empleados públicos tampoco trabajaban. La ciudad se encerraba en sí misma. El pueblo se retiraba lentamente con sus caídos. En el Cono Norte se contaban siete muertos. Al mediodía, la gran ciudad quedó en silencio, quieta, ausente. Todos los vehículos estaban guardados. Nadie salía a las veredas, ni siquiera a conversar con los vecinos. Pese a todo, se sentían millones de ojos observando desde la penumbra, invisibles, sorprendidos del poder que les confería haberse puesto de acuerdo todos, al menos por una vez.

La misma historia había ocurrido en Arequipa. Panaderías sin pan, trenes que no rodaban, teléfonos que no servían para llamar a otras provincias, puentes bloqueados. Los datos que llegaban a Lima eran terminantes. Paro total. En Moquegua hasta las moscas descansaban. También Cusco había parado por completo. En Puno habían bloqueado carreteras. Nadie había trabajado en las minas de cobre del sur. En los departamentos andinos nadie había trabajado, los almacenes estaban cerrados. También los puertos habían dejado de funcionar. Los propios trabajadores marítimos habían permitido ciertas maniobras en el Callao, a fin de que zarparan buques extranjeros. Las factorías pesqueras habían dejado de humear a lo largo del litoral. Para Chiclayo había sido un feriado, pues funcionaron los cines y abrieron restaurantes y mercados. El paro sólo había sido ignorado por los sindicatos de Centromín, ahora bajo la influencia de Sendero Luminoso y un desprendimiento de Patria Roja, llamado Puka Llacta, que se habían negado a sumarse a los «revisionistas» de la CGTP. Habían tenido que pasar sesenta años desde la lucha por las ocho horas para que volviesen a unirse las

organizaciones sindicales y populares.

No importaba la multitud de detenidos, las represalias, las nuevas cartas de despido. Expresión colectiva de repudio, el paro cruzaba el rostro de los militares como una bofetada. ¿De qué revolución podía seguir perorando Don Pancho, si tenía a la población de espaldas? ¿Gobierno indefinido en nombre de qué? Como una pompa de jabón se había deshecho la fantasía de la participación popular. Ya no era segunda sino última fase. El paro nacional había cambiado el rumbo de la historia peruana. En el colmo de la imbecilidad, los propagandistas del gobierno afirmaban que el paro había fracasado, cuando la población entera atestiguaba lo contrario. El Gaucho vencido no regresó a las pantallas de televisión. Por cierto, los periódicos atribuyeron la conducción del paro a la CGTP y a la CTP aprista, cuyos secretarios generales no vacilaron en prestar triunfantes declaraciones y a sugerir que estaba en marcha una alianza táctica entre las cuatro centrales (nadie mencionó al CCUSC) para aprobar una «plataforma común de lucha». Según la prensa parametrada, la ultra, esto es, el CCUSC, había estado contra el paro nacional. Sin embargo, Isidoro Gamarra, viejo líder de la CGTP, admitió que su central, a pesar de muchas vacilaciones, había hecho la convocatoria junto con otras federaciones y organizaciones.

CÉSAR BARRERA SEGUÍA PRESO DESPUÉS DEL PARO NACIONAL. Lo tenían en los calabozos de la Prefectura, a un costado de Seguridad del Estado. El martes 19 de julio olvidaron repartir rancho a los presos. Llegaban centenares de detenidos a los patios, donde pasaban una primera calificación. Los peligrosos eran enviados a un sótano. Otros pasaban a reunirse con Barrera en la Prefectura. Sólo una parte pasaba directamente a la DSE para interrogatorio. Al anochecer habían entrado casi mil detenidos. Los calabozos estaban repletos. Al llegar, muchos reconocían a Barrera. A veces golpeados, entumecidos por las esposas, friolentos, con hambre, los detenidos traían noticias victoriosas. El paro había sido total. En todo el país. Ni siquiera se comparaba a la huelga de 1918, que no se había extendido fuera de Lima. Un humor fúnebre prevalecía en la Prefectura. Para Barrera y los presos era una fiesta.

No iban a soltar a nadie hasta después del aniversario de la Independencia, así que Barrera se distrajo organizando a los detenidos y pasando mensajes al exterior. Ni siquiera lo visitaba un abogado. Estaba preso, simplemente. Por orden superior. No existía acusación, atestado, denuncia en contra suya. Por fin llegó el 28 de julio de 1977. Pegado a una reja, Barrera conseguía escuchar las voces que salían de un cascado televisor.

A falta de Congreso, el presidente dirigía su mensaje a los mandos

de la república militar. Asistían coroneles y generales. Los jueces supremos, también. Un poco de civilidad. Los ministros se acomodaban detrás del presidente. Un año después del mensaje de la perpetuidad, Don Pancho anunciaba que en 1978 se realizarían elecciones para una Asamblea Constituyente que debía instalarse en el segundo semestre del mismo año «con la misión exclusiva de elaborar la nueva Constitución, una Carta que asegure la continuación del proceso revolucionario, es decir, la instauración de una Democracia Social.» El Poder Oculto no quería que se le viera derrotado. Con su voz potente y su entonación de cuartel, Don Pancho dijo que «en 1980, indefectiblemente, se llevarán a cabo elecciones generales.» La revolución militar se acercaba a su fin. Otros modelos serían ensayados por el Poder Oculto y sus eventuales aliados. Pero la segunda fase se había agotado por la incapacidad de sus conductores y por la oposición popular. Don Pancho no devolvía nada a los peruanos, ni libertad ni democracia. No se iba voluntariamente. Lo echaban del poder.

10

**Sorpresas te da la vida
la vida te da sorpresas...**

*...Se nos trata desde lejos, con hipócrita respeto
No me quieren dar trabajo y no me quiero mendigando...*
(«Maestra vida»)

*...Esta tremenda hambruna
nada les importa...*
(Ranulfo Fuentes)
(«Año del hambre». Huayno)

EL FUTURO DEPENDÍA DE LA UNIDAD O la división de las organizaciones populares. Para Horacio Zeballos se trataba de mucho más que ganar butacas en la Asamblea Constituyente, a la que postulaban muchas personalidades de la izquierda peruana. Si no se consolidaba la unión transitoria conseguida en el paro total de julio de 1977, los sindicatos acabarían por ser aniquilados y dispersadas las fuerzas que defendían al pueblo. Aunque los militares dejaran el poder a los civiles, el Poder Oculto no habría de moverse. Seguiría existiendo bajo la piel de los acontecimientos, ahí donde se tomaban las decisiones profundas, para secretar sus conjuras confidenciales dirigidas a restituir la servidumbre nacional. Ni siquiera los muertos serían respetados, pues el Poder Oculto habría de liquidar tradiciones, modificar la cultura, disminuir la peruanidad, cambiar su historia hasta hacer del Perú un país sin pasado, sin fuerza, sin rumbo, confuso, sometido, desmoralizado, vuelto mercadería y mentira.

No entendió Zeballos que las fuerzas populares estaban victoriosas, pues realmente el paro había sido político, una protesta en la que había

intervenido la población mayoritaria, incluida la clase media, lo que se llamaba pequeña burguesía, además de poderosos movimientos regionales. Tan profundamente político había sido el paro que le había volteado la tortilla a los militares. Un año después del «mensaje de la perpetuidad» convocaban a elecciones por partida doble: de inmediato, para una Asamblea Constituyente que permitiese soltar vapor antes de que estallaran los calderos de la paciencia; y elecciones generales para transferir el poder en 1980. ¡No había necesidad de repetir el paro nacional! Las motivaciones sindicales habían sido rebasadas por la exasperación política de los ciudadanos. Ya no se discutían el reconocimiento del SUTEP o los aumentos reclamados por diversos sindicatos. La república militar había sido censurada. Llegaba el momento de gobernar. Tenían que asegurar una maciza representación que defendiese sus intereses cuando se escribiera la nueva constitución. En vez de CCUSC debían integrar un gran frente de defensa del pueblo en todo el país y pasar del paro a la movilización total, política. ¡Se necesitaba un CCUSC electoral y de gobierno!

Tampoco en Patria Roja percibían que no era el mismo país después de julio de 1977. Había cambiado el escenario, lo que a su vez generaba una nueva correlación de fuerzas políticas. Hasta entonces sólo habían peleado los sindicatos, las organizaciones populares y la izquierda. Por el nuevo horizonte volvían fuerzas que habían estado inmóviles durante el largo invierno militar. Corría peligro la izquierda de haber servido la mesa para que la derecha diese cuenta del banquete. Pero los maoístas no entendieron que la Constituyente era producto de la lucha popular, no de la voluntad de Morales Bermúdez. Confundían la realidad. ¿Para qué seguir con las huelgas si lo que estaba en juego era el poder político? El debate interno condujo al error de obsequiar el inmenso espacio ganado en julio de 1977. Patria Roja decidió no intervenir en las elecciones. Creyó que el movimiento social sobrepasaba el espacio de la Constituyente, así que decidió imitar a los bolcheviques de 1905 y boicotear la Asamblea. Si el pueblo y las bases sindicales habían obtenido la unidad necesaria para vencer en julio de 1977, los partidos de izquierda nunca se ponían de acuerdo por mucho rato. Se reunían y pronto estallaban polémicas y pleitos que sorprendían por su ferocidad. Cada agrupación tenía dirigentes que se mostraban principales y hasta superiores. Todos querían ser el orador de fondo. Todos pretendían presidir la mesa. Todos «ideologizaban» hasta transformar realidad en vaguedad, la vida en abstracción, en nube y neblina, al pueblo en argumento, todo salpicado con citas de Lenin y otros autores de los evangelios comunistas. La izquierda no era otra cosa que una larga confusión de discursos opuestos. Asombroso.

Pero la proximidad de elecciones revivía a los viejos partidos que ayunaban poder desde hacía diez años. No se permitían distracciones.

El APRA procuraba ocupar rápidamente el espacio que la izquierda dejaba vacante. Belaunde y Bedoya volvían a asociarse. Apoyado por los belaundistas, Bedoya iría a la Constituyente. Belaunde se reservaba para la presidencia de la república, además alentado por su antiguo ministro, el ahora «presidente» Morales Bermúdez. Visto a la ligera, era como si el antiguo teatro nacional volviese a encender sus luces y descubriera rostros coagulados que habían quedado ahí, quietos e inservibles, como figuras de un museo de cera, esperando volver a la vida con los acordes del vals de la Democracia Azul. Se nos viene el baile de las momias, decía Horacio Zeballos. Y esa actitud burlona era otra equivocación.

En diez años de dictadura, ninguna nueva fuerza política había podido organizarse. Hasta las instituciones ancestrales del Perú estaban debilitadas por las maquinaciones del Poder Oculto. Deshacían a Velasco, que había buscado intuitivamente la justicia. Para qué proclamas, expropiaciones, reformas, leyes cuyo cumplimiento nadie observaba. ¿Realmente dónde quedaba la integridad de las instituciones comprometidas en un proceso que concluía mintiéndose a sí mismo? El Perú había dilapidado sus reservas y pedido préstamos por ocho mil millones de dólares para financiar reformas que carecían de sentido si se volvía al pasado. Los militares habían expropiado y comprado empresas extranjeras cuyos dueños las habrían vendido barato y a plazos, simplemente porque los negocios mundiales cambiaban de modelo y aspiraban a ganancias más altas y a inversiones más rápidas y seguras. Estados Unidos se liberaba de sus viejos enclaves. El manejo de la nueva economía global demandaba movilidad y una caja bien alimentada. En todo caso, había dejado que le expropiaran las inversiones antiguas, que pasaban de cincuenta años.

DURANTE UNA DECADA LOS PERUANOS HABIAN pagado con sacrificios el precio de una revolución pacífica. Los devolvían ahora a un pasado que ni siquiera era el mismo. ¿Mentira el Perú, después de tantísimo camino? El nuevo modelo exigía países mansos, salarios de hambre, explotación generalizada, empobrecimiento ilimitado y silencio, acatamiento. El regreso a un pasado sometido sólo era el principio. Querrían llevarlo aún más lejos, a profundidades verdaderamente medievales, y el único que podía oponerse era el pueblo, según Zeballos, un solo pueblo en el Perú y en todas partes. Y sin embargo, el pueblo no intervenía directamente en las elecciones arrancadas a la dictadura. No tenía candidatos propios ni una organización parecida a la del CCUSC con fines electorales. El pueblo quería ser soberano pero no sabía gobernar.

TAMBIÉN HORACIO ZEBALLOS MENOS PRECIÓ la importancia política de su larga confrontación con la república militar. El boicot de Patria Roja determinó que las fuerzas reunidas en el CCUSC se dispersaran políticamente, cada quien por su camino, incluidas las bases magisteriales y todos cuantos habían seguido y respaldado al SUTEP durante una década. Esta vez el partido se ponía a la contra de la voluntad nacional. Los peruanos querían votar masivamente. Sólo el uso del sufragio expresaba el repudio nacional a la dictadura panchista. Así se aseguraba que los militares dejaran el gobierno en 1980. Cada voto expresaba el mismo mensaje: «Ni un día más.»

Solía recordar a Velasco. El General miraba a los ojos. Peleaba de frente. Quería ser justo. No quería niños analfabetos y sin zapatos. El mismo había sido un pillastre descalzo en su infancia pobre. Imposible negar que había dado la libertad a millones de yanaconas. Sólo por eso merecía no ser olvidado. Sin Velasco, el Perú aún no habría sido el país andino que era verdaderamente. Había muerto Velasco a los sesenta y siete años y el pueblo había salido en masa para acompañar su funeral. Cada viva a Velasco se traducía en un muera Morales Bermúdez, pues ya entonces se había generalizado en el país la idea de una felonía y hasta de una traición. Habían llevado a Velasco a la Catedral de Lima, frente a un palacio presidencial cerrado y silencioso. La tropa no dejaba que el pueblo entrase a la Plaza de Armas. Una corona fúnebre enviada por Don Pancho no había sido recibida por los deudos y estaba afuera, expuesta como la prueba de un agravio. No se atrevió el «presidente» de la segunda fase a presentarse en la Catedral. Cuando salió el cortejo, tropas de caballería cargaron a la antigua, con sables desnudos, intentando dispersar al pueblo que no se movió. El gentío se había liado a las trompadas con la Guardia de Asalto mientras colocaban el cajón en una carroza fúnebre. Por fin el pueblo se adueñó del ataúd y se lo echó al hombro, para llevarlo acongojadamente a pie hasta el lejano cementerio y más pueblo había esperado su paso, apretado en las calles, a lo largo de las avenidas, una multitud que realmente nunca antes se había reunido. Nadie había salido a protestar cuando el gobierno de Velasco había acabado en un acto de canibalismo castrense. Y, sin embargo, masivamente el pueblo daba su adiós a la persona de Velasco, su modo de ser peruano, su inclinación por la justicia.

ZEBALLOS REAPARECIÓ PARA EL II CONGRESO DEL SUTEP que se reunió en Puno a fines de enero. Era uno de los bastiones de Sendero Luminoso, que entonces intentaba copar la conducción sutepista aliada al grupo de Arturo Sánchez Vicente y a los pukallactas desprendidos de Patria

Roja en 1976. No se necesitaba mucho debate para definir la situación de los maestros a comienzos de 1978: la pasaban mal, cada vez peor. Por cierto el hambre visitaba sus hogares. Ya no tenían medios para adquirir libros, ni siquiera viejos, en los mercados de pulgas callejeros. Estaba prohibido enfermarse, llegar a viejos, aún morir, que hasta la muerte costaba demasiado en el Perú. Como de costumbre, el gobierno militar incumplía viejos acuerdos con el magisterio. Se encogía de hombros frente al sufrimiento del pueblo, seguramente ignorando que la primera responsabilidad del gobierno era el pan de los gobernados. La dictadura se enredaba cada vez más con la usura internacional. No podía pagar y seguía pidiendo prestado. O abría nuevos créditos para aliviar los intereses vencidos, sin liquidar las deudas antiguas. Hasta los empresarios entraban en crisis. La industria peruana necesitaba importar insumos por 60 millones de dólares mensuales y le daban quince. Las cartas de crédito protestadas a los industriales alcanzaban la barbaridad de 130 millones de dólares. Ninguna empresa extranjera aceptaba transacciones con el Perú a menos que se pagara por adelantado.

Los ricos se quejaban. Los pobres ni siquiera comían. El promedio nacional arrojaba un consumo de 1,700 calorías y 49 gramos de proteínas, por debajo del nivel mundial calculado por la FAO: 2,400 calorías y 56 gramos de proteínas. Se afirmaba que 25 por ciento de la población existía en condiciones de extrema miseria, una categoría que incluía a los nuevos pobres del planeta, cuyo consumo de calorías y proteínas era aún más bajo, realmente infrahumano. Cada ocho minutos moría de hambre un niño menor de dos años en el Perú. Y en Huacho, a dos horas de Lima, tenían que botar diez mil litros de leche diarios porque faltaba dinero y el consumo seguía bajando. Cada vez más pobres pasaban a vivir con sopas de nicovita, un alimento para ganado. Oficialmente los precios habían subido 152 por ciento desde que habían empezado a gobernar los generales. Cien por ciento correspondía a la segunda fase. En cuanto al magisterio, las prometidas reposiciones no se cumplían. De nuevo tenían los últimos sueldos del Estado. Les descontaban los días que faltaban por enfermedad. Otra vez se negaba la dictadura a reconocer la existencia del SUTEP. Los maestros acordaron una nueva huelga indefinida. Y eligieron a Horacio Zeballos para que los condujera en la época de lucha que había empezado.

EN POLÍTICA, LAS SITUACIONES DE VACÍO duraban poco. Se reordenaban las fuerzas. La gente buscaba otras opciones. El grueso de la población no tenía opinión articulada o constancia en sus preferencias. Nadie podía quedarse en la nada. No era posible dejar abandonada la realidad hasta más tarde. ¿Patria Roja boicoteaba? El pueblo seguía de largo. Tendría

que decidir entre otras propuestas. Por cierto, todas pretendían servir a los intereses populares. A falta de convicción, entraba a funcionar la propaganda. *Marketing* en vez de posiciones. *Focus groups* en lugar de programas. La verdad era que los partidos de la izquierda no tenían mucho que ofrecer. Estaban hechos para oponerse. No estaban preparados para ser alternativa de gobierno. Sus dirigentes se mostraban incapaces de cosechar la victoria política de 1977 y pasar a la conquista de la Constituyente. Después de todo, la revolución podía escribirse con cincuenta votos más uno. La izquierda tenía alma perdedora, Zeballos.

Tarde propuso un frente popular con cien candidatos salidos exclusivamente de las bases. Cien de abajo. Nadie de las dirigencias partidarias. Semejante idea fue rechazada.

Salvo el ex presidente Belaunde, Patria Roja y Sendero Luminoso, los demás intervenían. El aparente boicot belaundista servía para trasladar votos a Bedoya y conservaba intacto a Belaunde para las elecciones de 1980. Además, el ex presidente escapaba de una confrontación directa con el anciano Haya de la Torre, que encabezaba la lista del APRA en la candidatura final de su vida.

Los velasquistas-socialistas se postulaban detrás del general Rodríguez Figueroa. El Partido Comunista Unidad reaparecía con su secretario general, Jorge del Prado, en cuya lista figuraba Isidoro Gamarra, de la CGTP. La Unidad Democrático Popular, cuyo presidente era Alfonso Barrantes, inscribió una lista encabezada por el dirigente minero Víctor Cuadros, en la que figuraban dos celebridades de la izquierda, el veterano Carlos Malpica, fundador histórico del MIR, que había asesorado en su lucha a los pescadores del país, y Javier Diez Canseco, que representaba a Vanguardia Revolucionaria. En fin, estaba el FOCEP, Frente Obrero Campesino Estudiantil y Popular, una suma de raras concertaciones con un fin exclusivamente electoral, cuyo artífice había sido el abogado Genaro Ledesma y en el que intervenían los trotskistas de Hugo Blanco, los campesinos de Saturnino Paredes, el Partido Obrero Marxista Revolucionario de Ricardo Napurí y Hernán Cuentas, el Frente de Izquierda Revolucionario, y el Partido Comunista Bandera Roja. También postulaba Héctor Cornejo Chávez, líder de una democracia cristiana exánime, que había sido aliada de Velasco. Y no faltaban dos listas resurgidas de sus propias cenizas: una de odríistas y otra de pradistas.

Habían cambiado los horizontes del Perú después de julio de 1977. Se venía una Asamblea para ratificar o cambiar las leyes existentes. Nada más alto que una constitución. Cien congresistas tenían que componer el retrato del país futuro. Después, elecciones generales. La represión se marchaba a sus cuarteles. De nueva la civilidad sería dueña de su destino. Por cierto quedaba aún mucho tiempo para el cambio de gobernantes. Tampoco existía

seguridad de que el Poder Oculto no cambiase de parecer. Y el hambre se extendía en el presente, no dentro de dos años, así que las huelgas y las movilizaciones continuaban, sólo que en un ambiente distinto pues parte de la población parecía dispuesta a dar una tregua a la república militar.

El SUTEP había acordado una huelga nacional. Horacio Zeballos quería que empezara en mayo. Federaciones aliadas planeaban un segundo paro nacional de dos días. Muchos no podían entender la impaciencia del hambre. Seis mil dirigentes sindicales habían sido despedidos. El empleo bajaba vertiginosamente. Ya no sólo se trataba de reducciones de personal. Ahora cerraban empresas, colapsaban sectores de la industria, se hundían los establecimientos comerciales. La recaudación de impuestos estaba por los suelos. Las ventas también. En los barrios industriales sobrevivían gracias ala olla común. Madres desesperadas se organizaban en los cinturones de pobreza para compartir proteínas y evitar que aumentara la espantosa mortandad infantil. La república militar no soportaba las lamentaciones. El Poder Oculto exigía fortalecer aún más el principio de la autoridad. El gobierno debía responder con dureza. No era liviana la mano con que El Gaucho aplastaba las inquietudes populares. Por ese tiempo, en Argentina habían iniciado el exterminio de opositores, comunistas, peronistas, sindicalistas y otros seres que el Poder Oculto consideraba indeseables o incorregibles. Desaparecían de los cuarteles y las prisiones. Se evaporaban sin dejar rastro. Por el momento no se podía aplicar la misma receta en el Perú, en la víspera de que se reuniera una Asamblea Constituyente integrada por civiles. Pero nada impedía que El Gaucho arrollara a quienes desordenaban las calles y que la policía metiese bala a los revoltosos, evitando que se propagara una cierta vocación nacional por la anarquía y la montonera.

A fines de diciembre de 1977, los exasperados pobladores de Chimbote se reunieron en asamblea general: ¡diez mil personas! Todos traían asuntos sin resolver. El sindicato de los astilleros, los trabajadores de la Siderúrgica, la federación de pueblos jóvenes, todos se habían cansado de promesas y mentiras. El 28 de diciembre formaron el Comité de Coordinación de las Organizaciones Sindicales y Populares de Ancash. En otra asamblea en la Plaza de Armas, la multitud aprobó el pliego de reclamos del Pueblo de Chimbote. El 5 de enero se produjo un paro general de 24 horas, al que se sumaron pescadores y trabajadores de las factorías. Hasta las ocho de la noche había sido una ciudad desierta. A esa hora se produjo la tercera asamblea popular. Medio Chimbote estaba en la Plaza de Armas. Acordaron un segundo paro general de dos días. El pueblo marchó después a la comandancia, a exigir la libertad de 38 detenidos. Preocupadas por el tamaño de la muchedumbre, las autoridades los soltaron. Para la víspera del nuevo paro, El Gaucho había despachado refuerzos. Seguridad del Estado

quiso apresar a los dirigentes del movimiento desde temprano, pero el pueblo los rescató en todos los casos. Desde la víspera, la gente de Chimbote abrió zanjas en las principales avenidas y en la carretera Panamericana, para impedir el paso de vehículos. Al romper la mañana, nuevamente el puerto estaba detenido. Esta vez salían dos marchas populares a darse encuentro en la Plaza de Armas, una que partía de la Siderúrgica y los barrios industriales y otra que salía de los pueblos del sur. La primera había llegado demasiado pronto y la Guardia de Asalto la recibió a balazos. Eran diez mil que tardaron media hora en reagruparse. Entonces llegó la segunda marcha, con quince mil pobladores de las barriadas más pobres. La multitud volvió a rodear la comandancia, exigiendo la libertad de 46 detenidos. La comandancia prefirió parlamentar. Al rato soltó a veintiséis. Al segundo día del paro, la Guardia de Asalto intentó capturar el sindicato de la Siderúrgica. Los balazos mataron a una mujer y dejaron gravemente heridos a cinco obreros. La noticia encendió los ánimos y la gente salió a protestar. Se contaban siete desaparecidos. En la tarde se celebró una nueva asamblea popular en la Plaza de Armas. Doce mil personas desafiaron a la policía para acordar una huelga indefinida a partir del 23 de enero. Ese día debía empezar un paro nacional de dos días, que había sido convocado por la CGTP y un Comando Unitario de Lucha constituido a iniciativa de los prosoviéticos. Horacio Zeballos desconfiaba. ¿Por qué adelantarse a las propias organizaciones populares que querían un gran paro nacional en mayo? El CUL tampoco le parecía de fiar, pese a la presencia de federaciones aliadas de los sutepistas. Participaban sindicatos independientes, las cien bases rebeldes de la CTRP y organizaciones influidas por la UDP. El SUTEP no intervenía. Muchas fuerzas del CCUSC estaban ausentes. A César Barrera lo acababan de soltar y tampoco se sentía conforme con un paro conducido por una dirigencia tan escurridiza. No era un movimiento que nacía de abajo sino al revés. Por último, hacía tiempo que la CGTP había dejado de ser confiable. Como era de esperarse, El Gaucho había condenado el paro y amenazado a las centrales obreras. Se agotaba la paciencia del gobierno.

Horacio Zeballos seguía viviendo en la pequeña habitación del ruinoso local del SUTEP. Era un lugar húmedo y austero, cuyo mobiliario original había crecido con una mesa de sauce y varias sillas y hasta un pequeño ropero. Ahora tenía dos bombillas de luz. Todos los bienes de Zeballos entraban en una maleta. Era dueño de tres trajes y varias camisas, una de ellas nueva; un poco de ropa interior y sólo un par de zapatos. Le habían regalado un pequeño radio a transistores que usaba para oír noticias, y el sindicato había puesto a su disposición una vieja máquina de escribir portátil, en la que redactaba mensajes y pronunciamientos. Un grupo de maestras se ocupaba de arreglar su ropa. Lavaban las camisas, remendaban

sus calcetines, planchaban sus trajes. Otras atendían la alimentación de Horacio Zeballos. No debía consumir harinas ni azúcar. A veces se refería a ellas como sus ángeles sutepistas. En esa dura época ya se le había deshecho a Zeballos su hogar arequipeño. Hombre a la antigua, permitía que su corazón emprendiera vuelo sin sentirse arrancado de la familia que seguía bajo su constante protección. No era pasajera su soledad en el SUTEP, al que se acercaban a visitarlo amigos y dirigentes. La mañana del jueves 19 de enero despertó con la misma preocupación de otros sutepistas: no podían abandonar el paro nacional. Si llegaba a producirse, ninguna organización debía estar ausente. Sin embargo se preguntaba por qué se había adelantado la CGTP. Era tiempo de calor. Salió, con el saco en el brazo y las mangas de la camisa sin abrochar. Nunca más había recobrado su antiguo peso. En verdad, ya estaba habituado a ese nuevo cuerpo pálido y huesudo. Había decidido cambiar de domicilio por unas cuantas noches, hasta después del paro. Lo esperaba una reunión con sutepistas llegados de otras regiones. Coincidían las noticias: en todo el país avanzaban las coordinaciones para el paro del lunes 23.

Sin embargo, a media tarde, un grupo de dirigentes de otras federaciones entró furiosamente al SUTEP.

—¡Horacio, vendieron el paro!

—¡La CGTP lo suspende a pedido de Morales Bermúdez! —¿Y el CUL? ¿Las federaciones?

—¡No le han preguntado a nadie! ¡Es una traición!

—¿Están seguros? —Desconfió todavía Zeballos—. No vaya a ser otra bola del Ministerio del Interior...

—¡Está en marcha un comunicado, yo lo he visto! —aseguró uno de los visitantes—. Venimos de la CGTP. Ya está decidido...

—¡Van a darles sitio en la televisión! —dijo otro dirigente.

Al anoecer, cuando Barrera fue a reunirse con Horacio Zeballos en el SUTEP, la noticia volaba por la ciudad. El Partido Comunista Unidad y la CGTP se habían puesto de acuerdo con el gobierno. Justamente volvía de Moscú el general Richter, ahora jefe del Estado Mayor del Ejército, donde había renegociado la deuda peruana por sus adquisiciones militares. La Unión Soviética extendía enormes facilidades. Daba lo que le pidiesen con tal de no perder su espacio en el Perú, lo último que tenía en Sudamérica. No era de extrañar que abortara el paro, nada menos que a pedido presidencial.

—Yo creo que el paro murió antes de nacer —dijo Barrera. Horacio Zeballos pensaba lo mismo.

—Aún se puede ir adelante. Tiene que pronunciarse el Comité de Lucha —insistían otros dirigentes.

—Ya es tarde. Van a ver que se viene la represión.

Habían instalado un televisor. Con la misma voz autoritaria con que leían los mensajes del gobierno, los locutores de la televisión controlada difundían el comunicado de la CGTP.

—Por haber recibido una invocación del señor presidente de la república la Confederación General de Trabajadores del Perú ha resuelto suspender el paro nacional que debía iniciarse el próximo lunes 23 y reclama la comprensión de las organizaciones integrantes del Comando Unitario de Lucha por esta decisión no coordinada y solicita se adhieran a su decisión...

Lo repetían cada media hora. También lo pasaban las radios. —Es evidente: están de acuerdo con el gobierno.

—El fin de la CGTP —opinó un dirigente minero que visitaba el SUTEP.

—¡La CGTP no debe morir! —se oyó a Zeballos—. ¡Es la central de Mariátegui!

A las nueve de la noche volvían a suspender las garantías en todo el país.

Se decretaba el estado de sitio en Chimbote, con un toque de queda que empezaba a las nueve de la noche.

Los sutepistas decidieron esconder a Horacio Zeballos. Esa noche durmió en casa de Barrera, en Santoyo.

Solía viajar Zeballos en el esforzado volkswagen de un maestro que, en tiempos difíciles, hacía de taxista. A la mañana siguiente fueron a observar la cólera de los trabajadores reunidos frente a la CGTP en la Plaza Dos de Mayo. Sus gritos apenas se escuchaban en medio del estruendo de automóviles y autobuses. ¡Vendidos! ¡Traidores! No importaba lo que gritasen, el paro nacional había muerto. El aparato de propaganda de la república militar seguía machacando la repetición del comunicado. Llegaba a todo el país. Zeballos y Barrera dieron más vueltas por la ciudad. En la Federación Gráfica se habían reunido los delegados de 40 bases inconformes con la CGTP. En vano trataban de comunicarse con el Comando Unitario de Lucha, que había pasado a la clandestinidad. Con las cien bases de la CTRP escondidas, las otras centrales acabaron por adherirse a la suspensión de la CGTP. Se echaban atrás la CNT democristiana y la CTP aprista.

EL PUEBLO QUERÍA UNIDAD. Asociaciones de madres que administraban ollas comunes y de pobladores de pueblos jóvenes, campesinos sin tierra, las seis mil comunidades andinas, los sindicatos, todos coincidían en demandar a sus líderes que se juntaran para la próxima confrontación política. Arriba, los partidos populares seguían dispersos, salvo la pequeña

coalición del FOCEP y una fracasada alianza entre el Partido Comunista Unidad y la UDP. Abajo, nuevamente se daban encuentro las bases sindicales y populares. Existía, sin embargo, un profundo resentimiento contra el manejo de la CGTP. Al mes de echar abajo un paro nacional, la CGTP quiso orquestar otro, también de dos días. Fracásó. La dictadura sólo necesitaba esa demostración de debilidad para volver a la ofensiva. Usaba técnicas que el Poder Oculto había refinado después de ensayarlas en otros países. Así como se había llamado revolución a la antirrevolución castrense, ahora se promulgaba una «Ley de estabilidad laboral» que justamente imponía lo contrario. ¡Si el período de prueba antiguo era de tres meses, la nueva ley lo ampliaba a tres años! ¡De noventa a mil días! Peor todavía, convertía la huelga en falta grave. De haber sido un derecho conquistado en 1913, pasaba a ser causal de despido colectivo, pues significaba la disolución del vínculo laboral. De inmediato fueron despedidos cuatro mil trabajadores. Las huelgas de hambre empezaron en el sur y se propagaron a Lima. Arrestaban a los huelguistas y los llevaban al Hospital de Policía y al Hospital Militar. Pasaban de cien los ayunadores. Al principio no creía El Gaucho que pasaran hambre, que era pura propaganda contra la república militar. Sin embargo no mentían. Su nivel de proteínas estaba por los suelos. Ayunaban con obstinación de suicidas. No comían pero aceptaban líquidos y se dejaban inyectar suero. A comienzos de abril acordaron la huelga seca. Ya entonces parecían cadáveres con los ojos quietos desde el infinito sopor de sus vidas terminadas. Quedaban 78 dispuestos a perecer.

Sólo entonces se preocupó Don Pancho. Nuevamente se generaba un escándalo internacional, lo amenazaban con suspender la ayuda militar estadounidense, la mala fama entorpecía urgentes préstamos. Las familias de los huelguistas se refugiaban en las iglesias de Lima. El Cardenal Landázuri visitó a quienes ayunaban. Tuvieron que dejarlo entrar. Públicamente expresó congoja por la suerte que sufrían los desocupados. Dijo que los ayunantes estaban a un paso de la muerte. Muchos ya no podían ponerse de pie. Demandó una solución en nombre de Dios. Ahora retrocedió la república militar. Un sorpresivo decreto devolvió los empleos «solamente» a quienes estaban en huelga. Los otros cuatro mil siguieron despedidos, lo mismo que ciento cincuenta mil que antes ya estaban en la calle.

La política no conseguía calentar las plazas públicas lo mismo que las luchas populares. Los mítines electorales se efectuaban con raleadas audiencias. Por el contrario, cada protesta arrastraba a decenas de miles. En Chimbote, la infantería de marina había ocupado los astilleros y la Siderúrgica. En todo el país avanzaba la coordinación de fuerzas por parte del CCUSC. Las cien bases rebeldes de la CTRP y hasta el Comité de Lucha de la CGTP volvían a juntarse. El SUTEP tenía decidida una huelga nacional indefinida

a partir de mayo. A fines de ese mes tendría lugar un paro nacional de dos días convocado por las organizaciones clasistas, apenas una semana antes de las elecciones para la Asamblea Constituyente, previstas para el 4 de junio. Antes de que empezaran las clases escolares el lunes 2 de abril, el ministro Otto Eléspuru se reunió con los principales funcionarios del Ministerio de Educación. Lo habían designado para imponer la paz militarista en su sector. Dijo: «Me he impuesto la tarea de eliminar la política en el magisterio.» Al empezar abril, Seguridad del Estado vigilaba abiertamente a los líderes de la izquierda, aunque fuesen candidatos a la Constituyente. Bases y federaciones acordaban en Lima que el Comité Unitario de Lucha, CUL, coordinara la acción de las centrales de trabajadores, incluida la CGTP. Por las provincias seguía elevándose la presión del descontento popular. Pucallpa había estado dos semanas gobernada por un frente de defensa y nuevamente se agitaba. Entonces estalló el conflicto en Arequipa. Dirigida por Valentín Pacho, la Federación de Trabajadores de Arequipa decretó huelga indefinida a partir del 5 de abril. En los conventos de San Francisco y Santo Domingo se instalaban más huelguistas de hambre. En la ciudad detenida se sucedían refriegas con la Guardia de Asalto. Al tercer día se denunciaba que cuatrocientos huelguistas estaban detenidos. Pero la huelga continuaba...

HORACIO ZEBALLOS NO PODÍA IGNORAR la furiosa reacción de la dictadura frente a otra huelga nacional de maestros. El nuevo ministro era un tipo colérico, que no toleraba la desobediencia y actuaba como si toda la república fuese su cuartel y los maestros su tropa de rasos. Usaba espesos cristales para la miopía y era pequeño de estatura y rostro redondo. El uniforme se le veía estrecho, pues el general tendía a la gordura. Lo habían puesto en ese cargo para que sometiera al magisterio y, en vez de conseguir la paz, terminaba en guerra. El general Otto Eléspuru jamás había practicado la conciliación. En verdad estaba entrenado para lo contrario. Encima del ministro crecía la preocupación. Nada peor que una huelga de maestros.

Todo se había ensayado para voltear al SUTEP y se mantenía intacto. Pero 1978 traía una sorpresa para Zeballos. Cuando convocó a una Convención Nacional Extraordinaria que ratificara la decisión de ir a la huelga, el sindicato de Lima Metropolitana llamó a su propia asamblea regional el mismo día, a fin de decidir si participaba o no. Por cierto, el autor del evento paralelo era Sánchez Vicente, ahora candidato de la UDP a la Constituyente.

¡Se proponían boicotear la huelga desde adentro!

Sin los 35 mil maestros de Lima Metropolitana, la huelga no tendría el mismo efecto. Los medios de comunicación podían ocultar cuanto

ocurriese en las provincias. Sin huelga en Lima, el pueblo no creería que había huelga en el país. Una vez que la Convención Nacional confirmó el paro, Zeballos esperó rectificación por parte de la dirigencia limeña. Nada. Sánchez Vicente insistía en el boicot y se negó a firmar los decretos de huelga que enviaban a las bases. Después de casi seis años de acuerdos unánimes, una minoría disidente amenazaba al SUTEP. ¿Se trataba sólo de un personaje díscolo, temperamental, difícil de tratar? Antes se había puesto al colmo de la izquierda para romper con Velasco, ahora lideraba a los «derechistas» que buscaban un arreglo con los militares. Pero el pliego de reclamos del SUTEP nunca había sido atendido por el gobierno. Las peticiones básicas de 1972 eran las mismas de 1978, sólo que más abultadas. Los sueldos seguían congelados desde 1965. Pero en el último año, el dólar bancario había subido de 130 a 240 soles y los dólares negros se cotizaban por encima de 400 soles al principiar mayo. Los maestros demandaban un aumento inmediato de 9,000 soles y un salario mínimo de 17,000. El resto de las peticiones seguía igual. Con salarios de 1972, la mayoría de los maestros caía en la categoría de la pobreza nacional, al borde de ese otro abismo que era la extrema miseria. No se necesitaba hablar mucho para convencer al magisterio de ir a una huelga definitiva.

Las bases de Lima estaban de acuerdo con el paro, aunque el sindicato metropolitano no lo hubiese convocado. Ciertas formalidades eran necesarias. La dirigencia nacional carecía de medios para saltar por encima de un sindicato tan importante. Al SUTEP no le publicaban anuncios en los diarios, ni le contrataban espacio en radios o televisoras. Los mensajes tenían que viajar a pie hasta los sutepistas. Aún así, Sánchez Vicente podría distraer a las bases con órdenes contradictorias o simplemente causando confusión. Horacio Zeballos no creía posible que pudiesen impedir que los profesores de Lima se uniesen más tarde al paro o que llegasen a provocar una ruptura en el SUTEP, así que decidió aceptar el desafío.

Integrado el Comité Nacional de Lucha, el SUTEP confirmó que empezaba la huelga el lunes 8 de mayo. El sábado anterior resucitó el SERP para pedir diálogo al ministro de Educación. El domingo se difundía un comunicado oficial definiendo la ilegalidad de la huelga y advirtiendo a padres de familia y magisterio que no se dejaran sorprender por el SUTEP. Hasta ahí se repetía la rutina previa a todas las paralizaciones. Pero esperaban sorpresas a los dirigentes nacionales, pues resultó que los sutepistas de Sánchez Vicente también querían negociar, esta vez arrimándose al espectro de la FENTEP.

Empezó en Lima como una partida en falso. Hay huelga, no hay huelga. Nadie sabía bien cuáles eran las instrucciones del sindicato. En las principales unidades escolares, donde se ensayaba la reforma educativa con

personal vuelto a entrenar, pocos profesores se arriesgaron a faltar. Tenían los mejores sueldos del magisterio. Pero gran parte de los maestros de primaria suspendieron sus clases. En el resto del país, 80 por ciento estaba con la huelga. El abandono de aulas era total en el sur del país.

Los noticiarios de la noche y los diarios de la mañana mostraban escenas de Lima que confirmaban las noticias de la agencia de noticias del gobierno: la huelga había fracasado. El SUTEP estaba perdido. Al fin concluía la pesadilla de sus reclamaciones. El martes la propaganda insistió con un supuesto desbande magisterial. Otro comunicado oficial advertía que serían disminuidos los salarios de los profesores que no trabajasen normalmente. Decían que el general Otto Eléspuru se frotaba las manos en su despacho y comentaba: «Ya los tengo jodidos.» El miércoles salieron unos cinco mil maestros a reunirse en el Parque Universitario. La huelga se extendía por Lima Metropolitana. El Gaucho los hizo dispersar con caballería y manguerazos de agua. Una hora después regresaron. Entonces los gasearon sin misericordia. Pero ese enfrentamiento no apareció en las pantallas de televisión, ocupadas en seguir demostrando el fracaso sutepista. La propaganda afirmaba que en los colegios particulares la huelga había sido rechazada por unanimidad. Hasta que el jueves cayó una bien calculada puñalada en las costillas sutepistas: Sánchez Vicente anunciaba que el SUTEP tenía la intención de dialogar con el señor ministro.

Se rendía el SUTEP, según los diarios parametrados.

No se trataba de otro embuste gubernamental. Sánchez Vicente era uno de los dirigentes sutepistas más antiguos y conocidos. Provocaba desconcierto en los huelguistas.

—¡Teníamos a un chanchito Vásquez, ahora tenemos a un chanchito Vicente! —explotó Horacio Zeballos ante el Comité de Lucha—. ¡Esto es una conspiración muy peligrosa!

César Barrera pidió no perder la calma.

—No les importa tanto la huelga como dividir al SUTEP. Nos quieren quitar el sindicato.

—¿Cómo?

—Con una pelea entre dirigencias. ¿Qué hacemos si se va Lima Metropolitana a negociar por su cuenta con los militares?

¿Expulsión, cisma, división? ¿Cómo quieren llamarlo?

—¡Nadie va a seguirlos!

—No importa. Basta con que se lleven a una minoría. Las dirigencias no deben enfrentarse. No en estas circunstancias.

—Tiene razón —dijo Zeballos—. Hay que bajar directamente a las bases.

—Nadie puede impedir que las asambleas magisteriales decidan que

debe hacerse. Si van a surgir discrepancias, que los maestros escuchen y juzguen por sí mismos.

—¡Que las bases digan si quieren o no la huelga!

En el resto del país se fortalecía el movimiento. Se les venía encima el paro nacional. En ciertas regiones ya se reunían los frentes de defensa. En Lima, el Comité de Lucha celebraba asambleas masivas y despachaba emisarios para llamar a las bases. Los dirigentes nacionales rendían informes y entre todos evaluaban los datos del resto del país. En muchos colegios habían acordado parar un día, sólo por solidaridad, pero ese miércoles pasaban a la huelga. Ya el viernes, la paralización alcanzaba a tres de cada cuatro planteles de la zona metropolitana. Una gran asamblea dominical debía extender la huelga hasta las grandes unidades escolares, en las que no todos eran maestros privilegiados.

Horacio Zeballos se había mudado a un sitio clandestino por los Barrios Altos. El Comité de Lucha se encargaba de la seguridad de los dirigentes, así que los llevaba de un sitio a otro de la ciudad y hasta les asignaba domicilios de emergencia. Quienes conducían el movimiento no debían verse si los encuentros no estaban preparados con anticipación. Ese domingo era, además, Día de la Madre. Zeballos no tenía como comunicarse con Sabina Gámez, que seguía en Moquegua. Le había escrito una carta anticipadamente. Las familias procuraban reunirse en derredor de las madres. No tenía parientes en Lima, Horacio Zeballos. Su única familia en la ciudad eran los sutepistas. Sorpresivamente apareció César Barrera, que había ignorado todas las precauciones hasta dar con el escondite de Zeballos. Traía bajo el brazo un paquete de periódicos.

—¿Qué pasa, corito, qué te trae tan temprano? —se alarmó Horacio Zeballos.

—Suspendieron las clases en todo el Perú —Barrera desparramó los diarios delante del secretario general.

—Así que Otto Eléspuru se plegó a nuestra huelga —bromeó Horacio Zeballos—. Déjame ver...

—Hasta nuevo aviso —explicó Barrera—. Hasta las clases universitarias están comprendidas.

—Entonces no es contra nosotros —Zeballos se colocó sus nuevos anteojos de leer—. Se traen algo gordo. A lo mejor ya no hay elecciones, ni constituyente, ni transferencia...

Faltaban veinte días para las elecciones.

—Igual nos dejan en el aire —dijo Barrera.

—Sea lo que sea, la huelga continúa.

La población estaba distraída con la celebración del Día de la Madre. No obstante, una hora más tarde se reunía el Comité de Lucha.

Horacio Zeballos empezaba a armar el rompecabezas. La víspera habían anunciado que El Gaucho dejaba el Ministerio del Interior. También cambiaban al ministro de Economía. El Fondo Monetario Internacional mandaba a un nuevo sheriff a proteger sus negocios: Javier Silva Ruete, que había sido demócrata cristiano, belaundista, velasquista y que ahora se declaraba panchista. Había sido ministro de Agricultura con Belaunde. Velasco lo había enviado al Acuerdo de Cartagena. Debía prestar juramento al día siguiente. El reajuste ministerial incluía a otro civil, propietario de la industria cervecera del Callao, para que hiciera las paces con furiosos industriales nacionales. El nuevo Ministro del Interior era uno de los favoritos del Poder Oculto, el general Velit Sabatini, director del Servicio de Inteligencia del Ejército. El Gaucho regresaba al Ejército. Se había ganado las insignias divisionarias.

—Hoy suspenden las clases indefinidamente. Mañana estrenan ministros. Se supone que en tres semanas hay elecciones. El SUTEP está en huelga. Mañana debe empezar la huelga de los bancarios. Dentro de once días es el paro nacional. Chimbote sigue sublevado. Arequipa está que arde. La Oroya es un polvorín. Francamente demasiado... —dijo Zeballos.

—Se nos viene encima una catástrofe —no se equivocaba la intuición de Barrera—. Más represión, con toda seguridad.

—¿Una persecución al estilo argentino? —se preocupó otro dirigente.

Día de la Madre, 1978. La televisión transmitía cremosos homenajes a las madres peruanas. Benditas madres.

—Tendrían que suspender las elecciones —se oyó a Olmedo Auris Melgar.

—¿Y por qué no? —Rebaza era de los pesimistas.

—La economía no da más. El gobierno no tiene un real y necesita dinero.

Hay gente que quiere barrer con los subsidios aunque se jodan los pobres —insistió Zeballos en sus reflexiones.

—Un paquetazo —dijo Barrera—. Algo peor: un shock. —¿Un qué?

—Una bomba atómica —sacudió la cabeza Barrera—. Una explosión capaz de apagar el incendio porque consume todo el oxígeno. Como hacen con los pozos petroleros que se queman, pero aplicado al pueblo, como si los pobres fueran los responsables de la inflación. No se han atrevido a hacerlo en Argentina, pero la receta existe.

—El nuevo ministro tendrá que asumirla...

—No, no. No los van a quemar de entrada. Le dejarán el camino preparado para que haga de las suyas. Si hay paquetazo será antes del

juramento.

—Tal vez esta noche.

—La receta viene con un paquetazo represivo.

Los dirigentes sutepistas ya estaban clandestinos. —¿Y la suspensión de clases?

—Miedo a los muchachos —se oyó a un viejo dirigente—. Acuérdense con Odría, cuando subieron los pasajes. Los estudiantes salieron a quemar buses.

—También nos dejan sin huelga. Es como hacer huelga en vacaciones escolares.

Benditas madres peruanas, la televisión les daba serenata, los diarios les publicaban poemas y entrevistas. La madre más vieja, la que tenía más hijos, la más joven. La madre del año. Las madres de los gobernantes.

Omitían un reportaje a la madre más hambrienta. O la más triste. (Las cifras acusaban: la cuarta parte de los niños moría de hambre o a consecuencia de la desnutrición antes de cumplir dos años. Pobres peruanos inconclusos. Les habían negado todo, hasta la vida. Feliz día, mamá.)

—Aguantaremos —dijo Horacio Zeballos—. No vamos a retroceder. Haremos asambleas magisteriales todos los días. La suspensión tiene que acabar algún día. Entonces habrá huelga total.

La gente atribuía la suspensión de clases exclusivamente a la huelga de los maestros. Más se preocupaban por el cambio de ministros, que casi siempre coincidía con una racha de alzas y el empobrecimiento de la población. Pero esa mañana se llevaba a cabo una urgente reunión en el Ministerio de Economía, lo que fue informado por la CITE, el proscrito sindicato de trabajadores estatales. Daban los toques finales a un conjunto de leyes, preparando el camino que transitaría el nuevo ministro. La Federación de Gráficos estaba enterada de espacios dejados en blanco en la siguiente edición del diario oficial «El Peruano», para insertar, seguramente en el último minuto, decretos todavía confidenciales. Esa tarde, el Comité de Lucha preparaba la protesta sutepista frente al paquetazo que se aproximaba.

Feliz Día de la Madre. Se difundía un mensaje de la Primera Dama a las madres peruanas: «...Quiero hacerles llegar mi afecto más profundo ...a todas las madres del Perú, ya que su esfuerzo y abnegación contribuyen al engrandecimiento del país.»

Con las últimas noticias del domingo 15 de mayo, las televisoras dieron cuenta de una avalancha de alzas. Subían la gasolina corriente, el de gas doméstico, el kerosene, el petróleo, los combustibles industriales. También elevaban los pasajes urbanos. El litro de aceite embotellado llegaba a 184 soles. Los pobres compraban aceite a granel, que recogían en bolsas de plástico Tendrían que pagar 170 soles por litro, se disparaban el aceite, el

pan, los fideos de sémola, la leche. Al mismo tiempo el gobierno autorizaba un ridículo aumento de salarios: 1,500 soles mensuales a los empleados y para los obreros 50 soles diarios.

Una sensación de estupor creció por el país. El empleo se había reducido a un cuarenta por ciento de la población económicamente activa. El desempleo llegaba a un nivel inhumano: veinte por ciento. El resto era subempleo, cachuelos, ocupaciones marginales o eventuales, inseguridad, ingresos que no se acercaban al salario mínimo vital. Tres de cada diez parturientas sufrían anemia a la hora de alumbrar a sus hijos. La mitad de los niños peruanos pesaba menos de tres kilos al nacer. Los índices nacionales marcaban un ínfimo consumo promedio de 1,500 calorías y 30 gramos de proteínas diarias. En el Perú se gestaba una futura población de mutantes y atrasados mentales.

Feliz Día de la Madre...

Las existencias en tiendas y autoservicios debían venderse a precios antiguos, así que a la mañana siguiente la gente salió a gastar sus ahorros en subsistencias. En la cadena de supermercados estatales los anaqueles quedaron vacíos. No se encontraba una ata de leche en toda la zona metropolitana. Muchos almacenes cerraron por temor a un saqueo. Otros acaparaban. Venderían alimentos antiguos a nuevos precios. Temprano, la población parecía atontada. Era lo que se conocía como un «estado de shock». La mayoría se preguntaba cómo iba a sobrevivir. Casi no circulaban micros. A las once de la mañana había quedado bloqueada la avenida Túpac Amaru, que recorría el Cono Norte. La gente echaba grandes piedras y troncos sobre las dos pistas de asfalto sin saber para qué. En los ingresos de las barriadas hacían ha barricadas que pronto quedaban vacías. Querían protestar, pero nadie organizaba a la población. Lo mismo sucedía en la carretera Central. Estaba harto de la dictadura el miserable pueblo, el país hambriento. Al mediodía se vaciaban los sectores obreros e industriales de las avenidas Argentina y Colonial. Cerca del puerto, la Ciudad del Pescador se encerraba en sí misma. Un numeroso grupo de estudiantes de medicina se quitó las ropas para desfilan desnudos por la avenida Grau llevando en alto un cartel: «Así nos tiene el gobierno.»

El martes salieron los maestros a protestar por el centro de Lima. Coincidían con el paro de los bancarios. Pronto se produjo un cierrapuestas en el Jirón de la Unión. Estaba fresca la memoria del trágico 5 de febrero. Muchas empresas despachaban a los oficinistas a sus casas. Los piquetes de bancarios se juntaron a los maestros. A su vez arrastraban a gente sin ocupación, todos los desempleados que se concentraban en los parques. Por un rato jugaron al gato y al ratón con la Guardia de Asalto. Se dispersaban para reunirse en otra bocacalle, tratando siempre de acercarse a la Plaza de

Armas y al nervioso palacio presidencial.

En todo el país crecía la protesta. En la clandestinidad profunda, Horacio Zeballos veía como un nuevo gran paro nacional se preparaba solo. En el norte aprista, la ciudad de Pacasmayo había estado en poder de los pobres durante dos días. La inconformidad crecía en los antiguos latifundios azucareros. En la Panamericana norte, los habitantes de las barriadas asaltaban camiones repletos de víveres que pasaban a Lima. Habían desvalijado tráilers cargados con azúcar, arroz y productos lácteos. Cuatro estudiantes habían muerto en la ciudad andina de Huánuco cuando la policía dispersó un mitin a balazos. En Chepén, el pueblo protestaba de hambre; atacó la policía con gases y balazos. En la estampida cayeron niños, mujeres y pobres jubilados. Seis habían muerto pisoteados o asfixiados. Se contaban veinticinco heridos. Trujillo, ciudad natal de Haya de la Torre, durante medio siglo bastión del APRA, bloqueaba carreteras. El comando aprista no quería que nadie se distrajera con la violencia. Pronto habría elecciones. El partido pedía protestar con votos para el APRA. La furia popular podía más que tales admoniciones. Los miserables habitantes de la Esperanza asaltaban vehículos en la llamada Curva del Diablo. En la salida a Pacasmayo se reunían los hambrientos. En la ciudad no circulaban automóviles. La carretera quedó desierta. Centenares de camiones se habían detenido en los arenales, a esperar que pasara la amenaza del saqueo. Cinco vehículos incendiados en Chiclayo. En Chimbote se había retirado la infantería de marina cuando el pueblo salió en masa a protestar por las calles. Al sur, en Ica se habían repartido la carga de varios camiones con alimentos. La policía andaba con el dedo en el gatillo. La propia empresa nacional de ferrocarriles había interrumpido el tráfico de trenes entre Mollendo y el Lago Titicaca. En Arequipa continuaba el paro, sólo que ahora también cerraban los mercados. La carretera transandina se rompió en Juliaca. Tampoco se podía circular entre Cusco y Puno.

¡Y ni siquiera había empezado el paro nacional!

En los pocos días que faltaban se preguntaba Horacio Zeballos qué podría ocurrir de concentrarse la energía popular en una lista unitaria de candidatos a la asamblea constituyente. Acaso podían ganar la mayoría de los asientos. ¿Para qué? A veces creía vivir en dos países distintos. En uno se agigantaba el pueblo liderado por la izquierda en las protestas públicas y paralizaciones. En otro se achicaba la izquierda en la confrontación de propuestas políticas para la Asamblea Constituyente. En vez de proponer un país más justo y feliz, (que para ese resultado servían las constituciones), se perdían en «ideologizaciones» cada vez más complejas y confusas. La izquierda no polemizaba con la derecha sobre el modelo nacional. Prefería discutir consigo misma, de una agrupación a otra. Carecía de eficiencia política, la izquierda. Los elegidos para los privilegiados espacios forzosos

de televisión, apenas quince minutos de sintonía nacional, hablaban mucho y decían poco o casi nada que interesara al pueblo y a quienes no compartieran sus ideologías. Lo más terrible de todo: ni uno de los candidatos de izquierda había aportado una sola novedad para el futuro contenido de la nueva constitución. ¿Qué podía esperarse de ellos en la Asamblea? ¿Cuál era su proyecto de Estado? ¿Qué diseño iban a imprimir a la economía nacional? ¿Tenían verdaderamente un modelo de nación? Si los votos hacían innecesaria la violencia revolucionaria, ¿qué sociedad justa y novedosa resultaría de la nueva carta magna? Ninguna. No había oferta. Ni una palabra. No se engañaba Zeballos: no lo sabían. La realidad peruana tomaba un rumbo distinto al de los textos de historia. Existía una poderosa tradición comunitaria en la sociedad andina. La república aristocrática y la república militar le habían negado espacio a las mujeres, que precisamente daban fuerza y orientación al país ancestral. Si quedaban cholos en el Perú, y además constituían mayoría, se debía al espíritu comunitario y a la fuerza de los ayllus que les había permitido sobrevivir al exterminio europeo. Era un fenómeno compartido por México y Perú, principalmente. ¿Qué propuesta organizaba ese pasado para lanzarlo como un desafío al porvenir? Era una izquierda opositora la que salía a ganar votos en las plazuelas, no una alternativa de gobierno.

Todo estaba listo para el paro que debía empezar el lunes 22 de mayo. Buena parte de ciento cuarenta mil maestros en forzoso asueto colaboraban en la coordinación final. En Arequipa no descansaba el paro. Aparecían nuevos frentes de defensa. Mientras tanto, el gobierno justificaba la liquidación de los subsidios. Necesitaba dinero para deudas contraídas a causa de las reformas, la compra de empresas extranjeras y un conjunto de grandes obras públicas: tres irrigaciones y la enorme central hidroeléctrica del Mantaro. Al suprimir los subsidios y subir los precios de los alimentos, tendría que aumentar la producción y entonces, algún día, existiría abundancia y precios baratos. Se trataba de «privaciones necesarias para invertir nuestros recursos en obras productivas que han de generar trabajo y la justicia social para nuestros hijos», afirmaba un comentario oficialista. Según la república militar, la única alternativa que tenía el pueblo era la siguiente: «Trabajo, producción y costo social.» Y luego: «Con algaradas, desórdenes y violencia no se consigue nada.» En fin, sostenía que sólo con el «reordenamiento de la economía» estaba garantizada la transferencia.

El jueves 18 la república militar tuvo que postergar las elecciones para la Constituyente hasta el domingo 18 de junio. El Jurado Nacional de Elecciones alegaba haberse demorado en la depuración de los padrones, como exigía la instalación de un sistema supuestamente sofisticado, «el más moderno de Sudamérica». En realidad las fichas seguían llenándose a mano. Un elefante apollado instalado en una viejísima finca del Paseo Colón,

la calle de la aristocracia hacía sesenta años, el registro electoral estaba constituido por una montaña de papeles amarillentos. La gente se encogió de hombros. Excusa o motivo verdadero, los comicios se podían atrasar catorce días. Nada importaba después de diez años del mismo gobierno.

— Se nos viene la guerra —pronosticó Zeballos en el Comité de Lucha. El gobierno se esforzaba por ganarse a la CGTP. El nuevo ministro del Interior amenazaba con represalias a los dirigentes rebeldes. Pero en la vieja central de Mariátegui ya no mandaban moscovitas ablandados. Tampoco existía el mismo espíritu de complacencia con los militares en el Partido Comunista Unidad. En la CGTP se daban encuentro dos tendencias: la que presionaba desde las bases y la que había suspendido el paro de enero. Además, la verdadera fuerza del movimiento estaba concentrada en el Comité Único de Lucha, donde la CGTP se hacía representar por la línea dura.

— Hay que estar preparados para cualquier sorpresa —se escuchaba a Zeballos. Casi en la víspera, los blandos de la CGTP nuevamente querían negociar con los militares. Fueron rebasados por sindicatos y federaciones.

Las cien bases rebeldes de la CTRP (más de cien sindicatos que se habían separado de la central militarista y se coordinaban por su cuenta) suscribían la convocatoria con la CGTP.

Se agotaba el tiempo. El jueves 18 la CTP aprista pidió a sus bases que ignorasen el paro nacional. La CTRP oficialista, la vieja directiva que se había quedado sin bases, anunció que no había llamado a «detener la producción».

Nuevamente se enfrentaban los sindicatos a la dictadura. Muchos creían que sería la última batalla...

AUNQUE INTENTARA DISIMULAR, Don Pancho tenía miedo del pueblo. Tal vez a su conciencia, cómo saberlo. No quería morir. Lo espantaba el juicio final. Cuando se movía por la ciudad, la Guardia Civil bloqueaba puentes y bocacalles un buen rato antes de que pasara a escape la caravana presidencial. A veces interrumpían el tráfico hasta un cuarto de hora, esperando al jefe supremo. Policías armados hasta los dientes vigilaban a los transeúntes si se acercaba Su Excelencia. Por delante aparecían exhalados motociclistas. Unos minutos después seguían dos patrulleros. En las intersecciones importantes se estacionaban más motociclistas de la Guardia Civil. En lo alto de los viaductos y en ciertas azoteas se instalaban policías con equipos de radio y fusiles. Sólo entonces se aventuraba a viajar la majestad presidencial. Una columna de patrulleros y vehículos de Seguridad del Estado abría calle con las sirenas al tope y sus luces giratorias inflamadas. Seguían negros vehículos sin placas con personal militar de inteligencia.

Los autos presidenciales, después. En uno de ellos debía esconderse Don Pancho. Lo escoltaban más autos del ejército y patrulleros. La caravana suprema volaba con los aceleradores a fondo. Conforme seguía de largo, se le agregaban los motociclistas de la Guardia Civil.

Así se había convertido en una rutina el paso de Don Pancho entre el palacio y su casa en San Isidro, donde dormía para parecerse a Velasco. Tendía a la corpulencia. Su rostro mofletudo que adornaban una nariz afilada y una boca grande, aparecía a diario en las noticias y estaba colgado por todo el país, pues su fotografía oficial debía ponerse obligatoriamente en las dependencias gubernamentales y en los sitios públicos, a fin de que nadie olvidara quien mandaba en el Perú.

El viernes 19 de mayo ordenó Don Pancho el aplastamiento de sus opositores. Esa noche colocó el territorio nacional en estado de emergencia, suspendió las garantías constitucionales, entregó el mando político-militar a los comandantes de las Zonas de Seguridad Nacional, dispuso que el Comando Conjunto ejecutara los planes de defensa interior, prohibió la publicación de revistas y periódicos que no estuviesen parametrados y suprimió los espacios políticos en la televisión. Desde luego quedaron prohibidas las reuniones y hasta el libre tránsito de personas dentro del país.

Faltaba un mensaje a la nación. A la noche siguiente se instaló Don Pancho en el salón Túpac Amaru para «dialogar» con mudos gobernados que lo escuchaban forzosamente por la cadena nacional de radio y televisión. Todas las pantallas mostraban sus célebres facciones. Todos los parlantes repetían su vozarrón. Se dirigió a los oprimidos ciudadanos de esta manera: «queridos amigos». Dijo que el Perú ya había tenido muchos «mensajes formales». El sólo quería transmitir «nuestras ideas, nuestros pensamientos, nuestras preocupaciones». Y despachó después una frase realmente notable: «Todos sabemos que nuestra patria está pasando por momentos difíciles.»

La pobre patria estaba en huelga, con hambre, sin libertades, bajo estado de sitio, manejada como un cuartel, pignorada, sin trabajo estable, con sueldos rastrosos, mendigando la renovación de sus deudas en el extranjero, llena de elefantes blancos, con niños que se le morían desnutridos o de diarrea, desinformada, francamente harta de tanta usurpación. Era un desastre la pobre patria, no sólo pasaba un rato difícil.

Continuó el monólogo supremo recordando que primero estaba la peruanidad y después las ideologías. Las medidas económicas eran duras pero «tenemos» que aceptarlas. «Ha habido una, yo diría, natural reacción de nuestra población», admitió el vozarrón. Pero de inmediato atacó a los «agitadores profesionales... ligados en pensamientos ideológicos y políticos bien definidos» que habían intentado romper el orden público. Responsabilizó a la extrema derecha y a la extrema izquierda. La prensa y la televisión —que

dependían del propio gobierno— habían incurrido en exageraciones. Los espacios políticos electorales habían servido para difundir ideas de «extrema izquierda no constructiva», error del que también participaban, era triste decirlo, personas formadas en «el espíritu de los hombres de uniforme que quieren a su patria». (Se refería a generales y almirantes velasquistas.) La Fuerza Armada abría un espacio nuevo «en forma democrática» y pretendían dividirla con «críticas destructivas». Demandó a todos los partidos políticos el abandono de la demagogia. Ninguno había presentado un «planteamiento serio para el futuro del Perú»... «como es nuestro deseo».

La emprendió después contra las publicaciones independientes que acababa de prohibir, acusándolas de sensacionalismo. «No deseamos de ninguna manera que nuestros propósitos y objetivos políticos que conscientemente hemos pensado para nuestro Perú, sean tergiversados.» Para Don Pancho, los medios no debían emitir «juicios subjetivos» sino atenerse a la visión objetiva de la realidad. Nada, pues, de opiniones y subjetividades. Nada de frases llamativas. La patria necesitaba un lenguaje directo y militar.

Advirtió nuevamente que sin estabilidad no se podía transferir el poder político a los civiles. La libertad no nacía de los gobiernos débiles sino de los gobiernos fuertes...

Para Don Pancho, no protestaba el pueblo. Era un pueblo bueno, manso, patriota y paciente. Lo soliviantaban los malos agitadores subversivos, con sus ideologías perniciosas y sus métodos siniestros, así que esa misma noche empezaba una redada de dirigentes sindicales, a fin de desarmar el paro nacional del lunes 22.

La actividad subterránea de las organizaciones populares confirmaba el paro. Los militares anunciaban represión total. La huelga se convertía casi en una guerra civil.

La noche del domingo se dio a conocer un sombrío comunicado militar.

COMUNICADO N° 1 ZSNC-ZSNL

Los comandos de la Zona de Seguridad Nacional del Centro y Zona de Seguridad Nacional del Litoral, comunican a los ciudadanos lo siguiente:

El Estado de Emergencia y la Suspensión de las Garantías Individuales establecidos mediante DS 011-IN de fecha 18 May-78, imponen normas de conducta que los ciudadanos están obligados a cumplir.

Durante la vigencia del mencionado Decreto Supremo, la autoridad político-militar extremará las medidas de seguridad para mantener el orden público.

Aparecía en las primeras planas parametradas, cerca de titulares que anunciaban normalidad y paz pública. FUERZA ARMADA ASEGURA EL ORDEN. Un tabloide anunciaba el futuro: PUEBLO REPUDIA EL PARO. Otro más aseguraba: PERUANOS PREFIEREN TRANSFERENCIA DEL PODER. Uno de los tabloides nacionales aseguraba que los sondeos de opinión daban respaldo total a Don Pancho después de su mensaje. Otra encuesta anunciaba el fracaso del paro. Un editorial decía: «La sinceridad revolucionaria con la que el Presidente se dirigió al país anteanoche, la esperanza infundida para vencer este tiempo de crisis y el llamado para que todos los peruanos enfrentemos la situación con dignidad y coraje, han tenido el inmediato respaldo popular.» Pero las pobres ediciones parametradas no llegaron a circular. Las carreteras estaban bloqueadas y los canillitas limeños optaron por la prudencia. A las ocho de la mañana no se veía por las calles a un solo vendedor de periódicos.

Desde la noche anterior se paseaban por la ciudad columnas de tanques y carros acorazados. Las zonas residenciales estaban custodiadas por paracaidistas. Hasta las tropas especiales de la Fuerza Aérea habían salido a patrullar probables sitios de conflicto. La infantería de marina se encargaba de los barrios industriales cercanos al puerto, reforzada por carros anfibios de combate. Todas las unidades del Fuerte Rímac y del complejo militar de Chorrillos habían sido desplegadas. La Guardia de Asalto y un batallón de infantería motorizada se encargaban del centro de la ciudad. No quedaba un policía acuartelado. Tan pronto salió el sol, se esparció sobre Lima el rumor de los helicópteros que vigilaban desde el aire.

La ciudad de cuello blanco y corbata apenas si se movió de casa. Uno que otro intrépido autobús circulaba por las avenidas principales. Sonaba a guerra, el Perú. No abrían las tiendas, no se había horneado pan esa madrugada, nadie creía en los comunicados oficiales. Los audaces viajaron a visitar sus centros de trabajo, pero nada funcionaba, ni centros comerciales, ni bodegas de barrio, ni bancos, ni restaurantes, ni dependencias públicas. A falta de discado automático, era imposible telefonar al extranjero. La Marina de Guerra manejaba las comunicaciones con provincias. Sólo cuatro vuelos habían sido atendidos al amanecer en el aeropuerto internacional. Se frustraban cuarenta aterrizajes. Los aviones extranjeros tenían que abastecerse en la base de la Fuerza Aérea de Paracas, al sur de Lima. No salían ni llegaban buques. No rodaban trenes. Ni siquiera abrían las oficinas del gobierno. Las salas de cine habían cancelado sus funciones. No circulaban microbuses. A media mañana empezó el éxodo de quienes habían intentado trabajar en el centro de Lima. Ya no circulaban vehículos particulares. Los de servicio público habían desaparecido. Al mediodía quedaban desiertas las principales

avenidas. Como en julio de 1977, parecía una ciudad abandonada.

La otra ciudad, la metrópolis obrera, la capital de la pobreza con sus cerros llenos de famélicos desempleados, había logrado bloquear avenidas y carreteras a pesar de la ocupación militar. En el Cono Sur, el pueblo bajó de las barriadas de Pamplona para clausurar la Panamericana, a un kilómetro del puente de Atocongo, donde se estacionaba el ejército. Una densa multitud impedía el paso de vehículos por la avenida Pachacútec. También el Cono Norte se aislaba. Varios kilómetros de la avenida Túpac Amaru habían quedado intransitables, cubiertos de piedras y botellas rotas. El pueblo avanzaba por las vías obreras e industriales. Perú, Zarumilla, Caquetá, Dueñas, los puentes sobre el Rímac, la avenida Argentina, después la Colonial, hasta la ruta del aeropuerto iban quedando interrumpidas. También la carretera Central, entre Santa Anita y Chosica. A la espalda de Lima, no lejos del palacio presidencial, un populacho hambriento bajaba de los cerros a saquear tiendas de abarrotes. Militares y policías habían lanzado su primera ofensiva a las siete de la mañana. El viento esparcía el olor de los gases por toda la metrópolis. Las tanquetas policiales no consiguieron llegar a las barriadas de Vitarte. El pueblo había abierto fosos para defenderse. Después de la nueve de la mañana, una inmensa multitud se había reunido en la avenida Pachacútec. La entrada del ejército generó un enfrentamiento bastante desigual. De un lado tronaban las ametalladoras y la fusilería, del otro zumbaba una lluvia de piedras. Había sido imposible contar muertos y heridos, pues la tropa los había recogido antes de regresar al Puente Atocongo. Sólo quedaban manchas de sangre oscureciendo el polvo que cubría las barriadas.

El Comando Unido de Lucha iba juntando retazos de información. Los chasquis sólo se acercaban a diversos escondites. Otros recibían los datos para entregarlos a nuevos intermediarios. El CUL funcionaba por partes, de modo que si la policía lograba entrar a la clandestinidad profunda del movimiento, no atraparía a todos los dirigentes de una sola vez. En esa telaraña establecida en el mundo invisible de barriadas y comunidades marginales, en esa catacumba actual estaba instalado César Barrera desde la antevíspera, aunque la policía juraba haberlo visto en la plenitud de los desórdenes del distrito de San Martín de Porres, donde muchas tiendas habían sido saqueadas. La DSE también creía haber identificado a Horacio Zeballos cerca de las turbulencias sanmarquinas, a las que se habían unido maestros y estudiantes de asueto. Pero Zeballos debía seguir en un céntrico escondite conectado al SUTEP y Barrera no se había movido de uno de los comandos del CUL, instalado en la ciudadela que trepaba por el cerro San Cristóbal. En la tarde del lunes 23 de mayo quedaba confirmada la paralización de Lima y Callao. Todos habían vuelto a sus casas. Ni siquiera miraban por las

ventanas. Nada se movía en las calles. Las únicas puertas abiertas pertenecían a los hoteles de cuatro o cinco estrellas, cuyos ocupantes se aburrían frente a televisores grises, condenados a consumir bocados fríos y a escuchar los cuartelarios comunicados del gobierno.

COMUNICADO OFICIAL N° 2 ZSNC-ZSNL

Los Comandos de la Zona de Seguridad Nacional del Centro y de la Zona de Seguridad Nacional del Litoral, comunican a la ciudadanía lo siguiente:

Estando vigente el Estado de Emergencia y la Suspensión de las Garantías Individuales, se han producido en las ciudades de Lima y Callao respectivamente, hechos que obligan a implantar el Toque de Queda a partir de la fecha y hasta nuevo aviso, desde las 2400 horas hasta 0500 horas del día siguiente, con el objeto de preservar el orden público, la integridad física de las personas y la propiedad privada.

Lima, 22 de mayo de 1978.

Los integrantes del CUL no podían saber que ese mismo día se intensificaban las negociaciones entre una misión peruana y los acreedores estadounidenses. La eliminación de subsidios y el paquetazo del Día de la Madre ayudaban a demostrar la buena voluntad peruana de generar recursos y ponerse al día con la deuda externa, atrasada desde 1977. Los países socialistas habían otorgado un nuevo plazo de siete años adicionales. La deuda restante, unos 5,500 millones de dólares, generaba obligaciones de mil millones anuales. El 45 por ciento correspondía a deudas con gobiernos occidentales y cinco por ciento con las agencias internacionales y organismos multinacionales. La otra mitad se dividía casi en partes iguales, una con la banca privada estadounidense, otra con la europea. Con la oferta de extraer nuevos recursos a su población, el gobierno militar pedía postergar el pago de 250 millones de dólares que correspondían a los bancos de Estados Unidos. Solicitaba al FMI ayuda adicional por el mismo monto. Al otro año podrían exprimir aún más a los peruanos.

Esa medianoche se oyó crecer la crepitación de una batalla por la gran ciudad. En todos los puntos de vigilancia las tropas disparaban al aire, amedrentando a la población. Ya entonces los dirigentes del paro habían cambiado de escondite. El CUL evaluaba los datos nacionales. Paro total en todo el país. En todas partes se habían registrado protestas contra la república militar. Aunque el APRA le había dado la espalda al paro, en el norte aprista nada había funcionado. En Barranca habían apedreado las tiendas que intentaban abrir al público. En Huarmey habían quemado la sede provincial de SINAMOS. Chimbote reportaba manifestaciones contra el

gobierno. Nadie había trabajado en Trujillo. Cinco mil campesinos habían interrumpido la carretera panamericana que salía al norte. La policía había reprimido a los campesinos de Chepén. Veintitrés heridos. En muchas partes habían bloqueado la carretera Panamericana. La república militar contestaba a balazos. Paro total en las haciendas azucareras. Se habían producido apagones en Huancayo, Arequipa y Puno. No corrían trenes a La Oroya. La protesta dejaba un reguero de víctimas. La suma resultaba terrible: cien muertos, trescientos heridos. Los datos oficiales desinflaban los hechos: 12 muertos y 47 heridos. La culpa de todo la tenían los agitadores.

Elecciones en la República Militar (Los candidatos del pueblo deportados)

*A tu escuela llegué sin entender por qué llegaba.
En tus salones encuentro mil caminos y encrucijadas,
y aprendo mucho. Y no aprendo nada...
¡Maestra vida camará...
Te da, te quita, te quita y te da!
(«Maestra vida»)*

ANTES DEL PARO NACIONAL, EL ABOGADO LEDESMA había visitado las minas de Cuajone, en el sur del país. Los trabajadores querían sindicato y no tenían quien los organizara. La empresa no dejaba entrar a gente extraña. Sólo ingresaban obreros o invitados. Las puertas tuvieron que abrirse para la campaña electoral. Con el pretexto de ganar votos, Ledesma entró a Cuajone, llamaron a una asamblea y se formó el sindicato. El paro forzó a Ledesma a quedarse en Arequipa. Hasta el martes no pudo viajar. El gobierno denunciaba toda clase de conjuras extremistas ya no contra la república militar sino en perjuicio de la Constituyente. Las organizaciones populares desafiaban el estado de emergencia y cumplían el segundo día de paro nacional. Totalmente controladas por el Poder Oculto, prensa y televisión disimulaban la verdadera dimensión de la protesta. A los tres días no se conseguía aún contar a los muertos. Un enorme helicóptero del ejército se había estrellado el martes, en pleno reconocimiento de la carretera Panamericana al sur. Habían muerto el comandante general de los paracaidistas y siete acompañantes de alto rango. Ocho más quedaban malheridos. Los comunicados militares culpaban a los extremistas. No parecía

un buen ambiente para seguir en campaña política. Después de tres visitas al Sepa, Ledesma desconfiaba de los gobiernos militares. El miércoles tomó el avión a Lima y se dirigió tranquilamente a su casa. No llegó a la puerta. Un grupo de tipos fornidos lo metió en una camioneta. No parecían de Seguridad del Estado y Ledesma se alarmó. Acaso se trataba de un secuestro. Paseos así terminaban en la Argentina con un balazo en la nuca.

—Oiga usted, yo soy candidato a la Constituyente—quiso protestar—

. No pueden detenerme.

Ni siquiera contestaron.

—¿Dónde me llevan?—insistió.

Al rato respiró aliviado. Entraban a la Prefectura. El personal de Seguridad del Estado se derrumbaba de cansancio. Después del paro nacional, los calabozos reventaban de prisioneros. Las oficinas servían para todo. Vio a gente esposada, a la que habían metido debajo de los escritorios. Cinco muchachos estaban acucillados en un pasillo, con los ojos tapados con franelas rojas, las manos esposadas y los pies encadenados. «Delincuentes subversivos comunistas.» Pensaba Ledesma que sería interrogado. Nadie se interesó por él cuando lo entregaron a un suboficial que bostezaba. Esperó de pie un rato interminable. Al fin una orden llegó de voz en voz y el candidato Ledesma pasó a un calabozo. Después del toque de queda se animó la Prefectura. Escuchaba risas, voces, músicas. Entraba y salía gente. A ratos la emprendían a patadas con un infeliz que aullaba. La mirada de Ledesma se cuadrículaba al observar las baldosas de dos colores, un infame tablero de ajedrez bajo sus pies cansados. En ese lugar los relojes no servían para nada. Primera lección: No existía el tiempo en las cárceles. Segunda lección: no debía dejar que lo asustaran. El miedo se transformaba en el peor de los suplicios.

En una habitación espaciosa con ventanas enrejadas, en el otro extremo de Seguridad del Estado, con escritorios aparentemente inútiles y ninguna silla, conversaban otros detenidos. El primero en llegar había sido el cusqueño Hugo Blanco. Tenía un aire de enorme fortaleza. Un mechón blanco asomaba en su espesa cabellera. Casi toda la vida había llevado la barba crecida, como los guerrilleros de la Sierra Maestra o las máscaras de conquistador que los wakchas, los parias andinos, usaban para bailar. Todo Hugo Blanco era hirsuto, desafiante, autóctono, subversivo. A medias misti, mestizo, se había pasado al bando de los indios. Compraba sus ropas en las ferias serranas o en La Parada limeña, pantalones listados que dejaban los tobillos al aire, camisas de tocuyo, chompas multicolores. Prefería las ojotas a los zapatos y en vez de cinturón llevaba un cordel a la cintura y a veces una faja andina. Encabezaba la lista del FOCEP, en la pequeña coalición montada por Genaro Ledesma.

Nadie habría de recordar más tarde el orden de llegada, pero otros personajes fueron apareciendo. En verdad representaban distintas posiciones de la izquierda peruana, una verdadera mescolanza sin mayores conexiones. Blanco era trotskista, aunque no de la misma agrupación que otro detenido, Ricardo Napurí. Ricardo Letts y Javier Diez Canseco venían de Vanguardia Revolucionaria y estaban ahora en la UDP. El abogado Díaz Chávez había estado preso antes, con Ledesma en el Sepa. No tardó en caer en la Prefectura. Humberto Damonte era un conocido hombre de negocios y editor comunista. Pepe Lucho Alvarado, sucesor de Damonte en la conducción de la Federación de Empleados Bancarios, venía de coordinar el movimiento campesino velasquista. Acababan de romper con la dictadura dompanchista. Después apareció Alfonso Baella, que no tenía nada que hacer en ese grupo pues dirigía un semanario opositor derechista. Al fin pasaron a Ledesma.

Sus ojos aguados parpadearon mientras intentaba descifrar el destino que esperaba. Seguramente los acusarían de la conjura extremista que, según el gobierno, había provocado el paro nacional, como si los peruanos no hubiesen perdido ya la paciencia con tanta ineptitud militarista. El solitario Baella debía ser la conexión con la extrema derecha. Ya entonces, los de Seguridad del Estado habían explicado que los iban a deportar a Panamá, gobernado por el General Omar Torrijos. Las negociaciones por la Zona del Canal habían endurecido transitoriamente la posición panameña. El General había abierto relaciones con Cuba, respaldaba la insurrección sandinista y se mostraba hospitalario con los rebeldes latinoamericanos que sufrían exilio.

—¿No nos dejan llevar ropa? —Ledesma conocía la importancia de tener una camisa de repuesto en la cárcel o en el exilio. Miró uno por uno a los detenidos y preguntó—: ¿Realmente qué hacemos aquí?

—¿Qué hacemos juntos? —sonrió Napurí. Seguridad del Estado había obrado un prodigio: reunir a la izquierda.

—Han dicho que están echando a varios militares y marinos velasquistas.

Salvo Baella, Alvarado y Damonte, el resto eran candidatos a la Asamblea Constituyente.

—A lo mejor suspenden indefinidamente las elecciones...

—Ojalá sea verdad y nos boten —dijo Ledesma—. No quiero regresar al Sepa.

A las tres de la mañana los sacaron por grupos. Volvieron a juntarse en el Grupo Ocho. Ahí funcionaba un pequeño terminal para los pasajeros de los vuelos militares. Más allá de la sala de espera, encerraron al grupo en una oficina con varios escritorios. Por las ventanas vigilaban agentes de Seguridad del Estado.

Letts había llegado último. Por la ventana de otra dependencia

saludaron de lejos los almirantes Arce y Faura, que también partían al destierro. Se habían puesto sus uniformes blancos con entorchados veraniegos. Faltaban dos generales del ejército, un mayor y un capitán velasquistas. Se les habían escapado a la policía. Seguramente les daban la oportunidad de solicitar asilo.

Esperaba un hércules de la Fuerza Aérea. Sólo faltaba la tripulación. Al entrar, los pilotos se cruzaron con Letts. Uno de ellos, con galones de coronel, había jugado básquetbol por el equipo de la Aviación. Se había enfrentado a Letts en la primera división.

—¿Qué hay, Letts?

—Cómo estás, Pérez. Ya estás de coronel.

—¿Qué pasa, hermano, te deportan?

—Nos mandan a Panamá.

El coronel se le acercó al oído.

Los llevan a la Argentina —murmuró—. El destino es Jujuy. Letts sintió que se le enfriaba el espinazo. La represión argentina alcanzaba su peor momento. La guerra más sucia de la historia aplastaba a las guerrillas y de paso aniquilaba a las organizaciones sindicales y populares. Peronistas, comunistas, gente progresista o contestataria, sindicalistas, intelectuales, gente que pensaba por su cuenta, todos eran el enemigo.

Simplemente los evaporaban. Por el Perú pasaban familias argentinas en fuga a cualquier región civil donde se respetara el derecho a vivir. Dejaban relatos escalofriantes. Se hablaba de cincuenta mil desaparecidos. La mitad debían estar presos en cuarteles e instalaciones castrenses. Nadie escapaba en caso de una acusación o una captura. La represión consideraba peligrosos a los recién nacidos. Mandar a ese grupo de peruanos era despacharlos a una muerte segura. Los llevaban a Jujuy, una región remota. Los Andes argentinos estaban salpicados de sangre.

—Tenemos que conferenciar —dijo Letts al reunirse con los demás—. Acaban de darme noticias.

Movieron los escritorios y se acuclillaron para que los vigilantes no los vieran discutir.

—No vamos a Panamá sino a Jujuy.

Explicó cómo se había enterado.

—Es el peor sitio, Argentina —comentó Hugo Blanco. Parte de su juventud había transcurrido en la ciudad de La Plata—. No tendremos garantías de nada en Argentina.

—Sólo nos quedan dos caminos —opinó Letts—. Dejamos que nos lleven mansamente o peleamos.

—¿Pelear? ¿con qué?

—¿Qué podríamos hacer? —algunos se quebraban.

—Capturamos el avión. Tomamos rehenes. Nos vamos a Panamá...
—Letts se dirigió a Napurí, que había sido de la Fuerza Aérea—. ¿Puedes con el hércules?

—Claro que sí.

—¿Y si fracasa? —se preocupó uno de los prudentes.

—Morimos en el Perú en vez de ser asesinados en Argentina. Votaron. La solución violenta perdió cuatro votos a cinco. En ese momento entró la policía a sacarlos.

—¡No se dejen! ¡Resistan!

Estalló la pelea. La policía tenía una mayoría de cinco a uno. Ledesma sintió que volaba por el aire. Pudo ver que sacaban cargado a Diez Canseco. Letts intentaba alcanzar la puerta de un baño, con la idea de encerrarse y resistir. Tenía a Hugo Blanco colgado de su espalda. Al fin todos fueron sometidos. De uno en uno los cargaban para subirlos por la puerta posterior del avión militar. No tenía asientos, sólo unos tubos y una lona para sentarse a lo largo del fuselaje, una fila a cada lado. Una vez puestos como fardos, les esposaban las manos a los tubos de acero. Al final aparecieron los blanquísimos almirantes, hasta ese momento acompañados por ayudantes navales. No los esposaron. En adelante quedaban solos, cargados de insignias. Un pelotón de agentes de la DSE se instaló a vigilarlos.

Jueves 25 de mayo. Siete de la mañana. Cerraron la bodega y silbaron las hélices. Aún se veía a Letts rojo de furia. Su esposa había muerto en un accidente hacía un año. Lo separaban de su hijo Rafael, que aún no cumplía nueve años. ¿Dos veces huérfano? Rabia y tristeza se leían en los ojos de los expulsados. Durante casi una hora volaron sobre la costa. Por diminutas ventanillas veían claramente el mar. Preferían seguir callados pero sus ojos preguntaban por qué al sur, pegados al océano. ¿Acaso los llevaban a Chile? ¿Un obsequio para Pinochet? Bajaron en una inacabable pista de hormigón, aparentemente en medio de nada: la Base de La Joya. Era una zona estrictamente secreta. De inmediato subieron a dos deportados más, Valentín Pacho, de la Federación de Trabajadores de Arequipa, y Justiniano Apaza, del Sindicato de Choferes. Ni diez minutos tardó la escala. Otra vez despegaron. Ahora subían más alto que los picachos andinos.

Era tierra de volcanes, abajo. La cordillera marrón, rocosa, se enfriaba por el horizonte, hasta cubrirse de hielos perpetuos. Sobre tales abismos congelados ni siquiera se atrevían los cóndores. No era una ruta comercial. Nadie más viajaba por esa región vacía, sólo ellos, encadenados a un destino sin nombre. Era inmenso, el Perú. Nadie jamás había calculado la verdadera extensión de ese territorio que subía y bajaba infinitas veces. Lo quebrado del horizonte multiplicaba las distancias. Por encima de una techumbre de nubes resplandecía un sol de oriente que calentaba uno de los

lados del avión. Se cruzaban las miradas de todos. A su modo, cada quién se despedía.

¡Candidatos a la Asamblea Constituyente! ¡Deportados! ¿Qué nuevo país podrían dejar escrito que fuese cumplido y respetado? Pobre patria cancelada, con sus ilusiones populares de saciedad y progreso. Al fin todo había sido mentira. Mentira el Perú republicano. Mentira próceres, mártires, sacrificios, leyes y leyendas. Ellos sólo querían que el Perú fuese verdad: una patria para todos. Hasta otra vez, tierra de la que estaban hechos. Hasta siempre.

PARECIAN UN TANGO, SUS PENSAMIENTOS. Al fin bajaron en un país agreste, andino, visitado por las lluvias. Debía ser un aeropuerto civil al que daban usos militares. El avión peruano se estacionó a un extremo de la pista. Los jefes de Seguridad del Estado bajaron por delante. Quitaron las esposas a los desterrados para que bajaran por la plataforma trasera. Al salir se encontraban ante un destacamento militar argentino que los apuntaba con sus fusiles. No estaban de paseo los soldados, distraídos, sino en actitud de disparar. A los almirantes se los llevaron en un jeep. Quedaban tres camiones cubiertos con lonas verdes y otro vehículo de comando. Un oficial sin insignias los hizo ponerse en fila de a uno. Entonces apareció el verdadero jefe. Por debajo del quepis le asomaban unos mechones de pelo. Debía tener una calva pronunciada. Los vigilaba con ojos claros, casi verdes, esa clase de pupilas peligrosas, sin definir.

—¡Escúchenme bien! —vociferó repleto de seguridad en sí mismo. Era el dueño de ese territorio—. ¡Ustedes son comunistas delincuentes subversivos del Perú!...

Nadie respiraba. El sol daba en el rostro de los recién llegados.

—...¡Esto es la Zona de Guerra Jujuy-Salta! ¡Yo soy el coronel jefe del Batallón Contrasubversivo de Montaña! ¡Y ustedes son mis prisioneros!

—Pero señor, nuestros países no están en guerra... —empezó a protestar un deportado.

—¡Silencio! ¡Ni una palabra, ni una pregunta, ni una murmuración! Se dejaron dividir en dos grupos.

—Tranquilito —murmuraba Hugo Blanco al hablador—. Nos matan y no pasa nada.

Cada grupo subió a un camión. Los obligaron a apretarse al fondo. Del otro extremo se colocaron soldados que no dejaban de apuntar con sus fusiles.

El avión quedó estacionado en esa parte del aeropuerto. Policías y aviadores peruanos se tomaban unas horas de descanso. El coronel los

invitaba a dar cuenta de un asado en Jujuy. Los prisioneros partieron en convoy. El tercer camión con tropas cerraba la marcha.

Al entrar en los camiones, cada uno había recibido una espesa frazada de lana gris, con unas franjas en los bordes que parecían la bandera peruana. Ledesma se había abrazado a ella mientras echaban a rodar por una pista bien pavimentada. En el Perú nadie tenía por qué saber dónde se encontraban. Acaso el gobierno revelara que los había deportado a la Argentina. Pero en Jujuy no concedían asilo político alguno. ¡Eran prisioneros de guerra! En el otro camión, Letts desconfiaba de sus custodios. Había observado demasiado rato los ojos de un soldado y le acercaron un fusil a la cabeza. «¡Mire a otra parte!» Al menos ya no estaban encadenados. Las esposas eran propiedad peruana y habían quedado en el avión. Viajaban en la penumbra, conociendo de oído: pasaban a otros vehículos, pero nadie se atrevía a ganarles la carretera. A los veinte minutos bajaron la velocidad. Salían del camino pavimentado para tomar una ruta campestre, llena de baches, mal afirmada. Cambiaron miradas de preocupación. Entonces se soltó uno de los bordes de lona y al golpear el viento dejó ver un paisaje agreste, con árboles y campos sin cultivar. Como una aparición inolvidable, Letts vio un ñandú que corría en la misma dirección que los camiones. No se pudo contener:

—¡Un ñandú! —gritó señalando hacia afuera. Nunca había visto uno en su vida.

Todos los fusiles se levantaron.

—¡Silencio!

Más tarde entendieron que habían tomado un atajo por las afueras de Jujuy, a fin de no pasear con los prisioneros por el centro de la ciudad. La entrada del cuartel estaba hecha de mármol. El nombre aparecía con letras de bronce. Los hicieron bajar cerca de la puerta principal. Siempre vigilados, pasaron a un vestíbulo embaldosado. Las paredes tenían grandes vitrinas con trofeos de guerra antisubversiva: jeans, camisas corrientes, mochilas, todo agujereado por las balas, pobres botas civiles, boinas, trapos en los que envejecía la sangre de la insurrección. Cada prenda tenía un cartelito con su historia.

Se alejaba el Perú como si hubiesen transcurrido muchos años en un país distante, sin carteros ni teléfonos. Se convertía en un paisaje de la infancia, el recuerdo de otras voces. Ni siquiera en Jujuy se sentía igual la masa de los Andes. Realmente casi todo el Perú era cordillera o existía a su sombra.

Ahí empezaban las llanuras y ellos estaban de paso o para morir, lo mismo daba.

Los dejaron en la enfermería. No estaba mal como prisión. Compartieron el rancho sustancioso de los soldados, cereales, papas, un trozo

de carne, un pan. Tenían un baño a su disposición y sobraban camastros. A la mañana siguiente los sacaron a caminar en un patio.

Los almirantes salieron a su encuentro.

—¡Buenos días, camaradas! —saludó Arce Larco jovialmente. El almirante Faura agitaba un periódico con una mano. —¿Qué tal los tratan, camaradas?

Hugo Blanco enfureció.

—¡Deje de llamarme camarada! ¡Ni yo soy su camarada ni nadie aquí se llama camarada porque además a los camaradas los fusilan! En el periódico aparecía una foto del hércules. Decía: «Extraño avión militar peruano». Preguntaba qué hacía en Jujuy y quiénes habían sido sus misteriosos pasajeros.

Cuando los volvieron a encerrar, Letts pidió hablar con el coronel en jefe.

—No se puede acercar —replicó un centinela.

—Demando que se acerque un oficial —protestó cuidándose de no levantar la voz.

Al rato se presentó un capitán. —¿Qué quiere?

—Papel y lápiz. Quiero escribir una carta a su coronel y a través del coronel, a las autoridades consulares.

El capitán asintió.

—Muy bien —contestó—. Tendrá papel y lápiz. Envíe la carta con uno de los centinelas.

Como Hugo Blanco, el candidato Napurí había vivido muchos años en la Argentina. La conocía mejor que el cusqueño. Se sentó junto a Letts cuando llegó el papel.

—Escribe corto y preciso —aconsejó Napurí—. No te olvides que son militares. En vez de protestar, haz peticiones concretas.

—Somos ciudadanos peruanos deportados por nuestro gobierno. Queremos saber por qué estamos presos...

—No, no. Mejor pon «retenidos». No conviene presos en lenguaje militar.

—...por qué estamos retenidos y exigimos respuesta...

—A un coronel no se le exige nada, a menos que seas general. Usa «demandamos».

—...y demandamos respuesta a la cancillería argentina

—sonrió Letts—. Para que no se moleste el coronel...

—Muy bien.

—También pedimos la inmediata presencia de las autoridades consulares de la república del Perú. ¿Qué tal?

—Perfecto —dijo Napurí.

Los demás asintieron. Pero nadie, a ratos ni siquiera Letts, tenía fe en esa pobre carta que había sido entregada a los centinelas.

En la distancia, el Perú maltrataba sus memorias. La tierra perdida afilaba la idea de la ausencia hasta acuchillarlos por dentro. Nunca más volver, por ahora. Tendría que voltearse la historia para que les permitieran regresar. Mientras tanto estaban proscritos y además prisioneros. Se juntaban dos suplicios: el destierro y la cárcel militar. Al caer las noches, cuando las cornetas mandaban dormir, en el blanco calabozo de la enfermería Letts echaba su colchón al suelo, en parte por una lesión en varias vértebras, en parte por si llegaban a fusilarlos en la oscuridad, y se hundían todos en las silenciosas imágenes de la patria extraviada: Una claridad de la luz, una profundidad andina, un olor a desierto, el verde húmedo y lloroso de los sauces tristes que se miraban en los ríos, el resplandor de las retamas florecidas, diciendo ahora recuerdos en las cabezas de los deportados.

Hugo Blanco y Ledesma enfermaron de melancolía. A otros los ganaba el pesimismo. Napurí resistía a todo. Tenían que volver al Perú. Al fin dio su versión: «Nada estaba inmóvil en una prisión. O se ganaba espacio o se perdía.» Había sido aviador y conocía bien los modales castrenses, las actitudes de la superioridad. Elevó una petición: deseaban conocer los periódicos locales. Al otro día recibieron los diarios de Jujuy. No abundaban las noticias del Perú, pero dejaron de sentirse amputados de la realidad.

—Tenemos que pedir un asado —dijo después.

—Te has vuelto loco —dijeron—. ¡Quién va a pensar en comida!

—No entienden —meneaba la cabeza Napurí—. Es una forma de relacionarse.

Letts volvió a escribir una petición al coronel. Querían prepararse un asado y solicitaban las facilidades necesarias. No tardó la respuesta. Si los peruanos ponían dinero, el coronel mandaría comprar carne y carbón. Juntaron lo que traían en los bolsillos y pidieron el resto a los almirantes. Al llegar el sábado los sacaron al patio. Esperaban los componentes de un asado más bien suculento. Cuatro centinelas vigilaban. El resto del cuartel no se apartaba del Mundial de Fútbol que se jugaba en Argentina. Sobre unos ladrillos montaron la parrilla, encendieron el carbón y empezaron a brasear varios kilos de carne y chorizos. No les estaba permitido conversar con los centinelas, pero al fin se acercaron dos soldados a darles enseñanzas sobre un buen asado.

Esa tarde enviaron otra petición escrita al coronel: querían ver por televisión un partido en que jugaba Perú.

Otra vez concedido.

La primera carta dirigida al coronel jefe del Batallón Contrasubversivo de Montaña había seguido viaje hasta el escritorio del jefe de operaciones,

luego al estado mayor de la región militar correspondiente y después había pasado a Buenos Aires, donde rebotó hacia la Cancillería y a la Policía Federal. A mitad de la siguiente semana aparecieron en Jujuy dos atildados caballeros de Relaciones Exteriores y tres interrogadores de la Policía Federal. Entrevistaron a los deportados uno por uno. La primera pregunta era para reírse:

—¿Qué hace usted en Argentina?

La segunda parecía definitiva:

—¿Quiere quedarse o salir de la Argentina?

Sólo tres pidieron asilo: Baella, Pacho y Apaza. Los demás preferían ir al extranjero. Tendrían que esperar. La Oficina Mundial de Refugiados de las Naciones Unidas se encargaría de sus casos. Mientras tanto, los llevarían a Buenos Aires.

ALFIN SALDRIAN EN LIBERTAD. Quedarían expuestos a los peligros de la represión, pero Ledesma confiaba en la protección de las Naciones Unidas. En alguna parte del mundo les abrirían las puertas. Se preguntaba cuándo volvería a reunirse con su familia cuando subió al pequeño avión de la Policía Federal en Jujuy. Los tres que se asilaban en la Argentina habían salido por delante, lo mismo que los almirantes. El resto formó dos grupos. A Ledesma se lo llevaron en el primer vuelo. Pronto entendió que no había cambiado su condición de prisionero: lo esposaron al asiento.

Viajaban a menos de dos mil metros de altitud. Veía alejarse la cordillera y aplanarse el paisaje hasta ser todo llanura y todo río y después todo metrópolis, muchas ciudades que habían acabado por juntarse hasta llenar el horizonte. El pequeño avión se dejó caer después en un campo tan corto que a Ledesma le pareció una cancha de fútbol instalada en plena urbe. Un vehículo celular se les acercó tan pronto se detuvo la hélice. Era una prisión con ruedas, sin ventanas atrás. Ledesma salió por delante. Lo encerraron con las esposas puestas. Hugo Blanco no se le despegaba. Iban juntos en la lista del FOCEP para la Constituyente. Fue un viaje corto, sin que estorbara el tránsito pesado de las once y media de la mañana. Estaba oscuro cuando abrieron la puerta del calabozo rodante. Habían llegado a un sótano profundo, mal iluminado. Nuevamente los apuntaban fusiles automáticos. Los metieron en un ascensor que parecía una jaula. No se detuvo hasta el piso doce. Pensaban encontrar oficinas, pero se trataba de una nueva prisión. Ledesma había leído denuncias de torturas en un misterioso edificio céntrico de la Policía Federal en Buenos Aires. Hacía cuatro meses, los montoneros habían dejado una bomba en uno de los pisos que servía de comedor y habían desintegrado a un buen número de carceleros y verdugos. Cambió miradas

con Hugo Blanco. Los hicieron pasar por dos rejas, a la oscuridad después, un pasaje largo, que olía a desinfectante. Los fueron acomodando en celdas sin luz, altas y angostas como tumbas. Se oyó caer pesados cerrojos y quedaron solos.

Faltaban dos semanas para las elecciones en el Perú. Recordaba que era de día, Genaro Ledesma. ¿Cuánto rato estuvo inmóvil en la oscuridad? Se le había extraviado el tiempo. Al salir de Lima lo habían dejado sin reloj. Hundido en una noche ininterrumpida, lo único que daban los relojes en esa prisión eran números que carecían de sentido. Nada podía dar a Ledesma una imagen de las horas faltantes o una referencia de la cantidad de vida que transcurría entre un dígito y otro. No transcurría el tiempo fuera sino dentro de él. La muerte debía estarse inmóvil para ser eterna, así que Ledesma se sentía casi muerto y ya enterrado en ese lugar desconocido. Al fin empezaron a separarse los barrotes de la oscuridad y pudo reconocer cierta penumbra en el pasaje central al que daban las celdas y hasta consiguió ver el fondo del calabozo y pudo medir su encierro con la imaginación. Debían dilatársele las pupilas a la amplitud extrema, como a los gatos, pues siguió viendo en la oscuridad: la tarima estrecha, una frazada, el vertedero que servía a la vez de lavatorio y retrete. No quedaba más en el calabozo. Aún después olfateó las paredes y supo que estaban acabadas de pintar, casi frescas.

¡Trece días faltaban para las elecciones!

El invierno argentino congelaba los calabozos. Ledesma venía del frío. Había nacido en Cajabamba y vivido muchos años en las alturas de Pasco, por encima de los cuatro mil metros sobre el nivel del mar, una región barrida por los ventarrones andinos, con punas manchadas por una nieve costrosa, que nunca se derretía, y lagunas escarchadas, que visitaban patos salvajes y aves raras y hermosas que llegaban desde el Hemisferio Norte. Ledesma era maestro de secundaria y había completado sus estudios de leyes en Trujillo. No le alcanzó el dinero para graduarse de abogado, así que había vuelto a Cerro de Pasco para enseñar en el Colegio Daniel A. Carrión. En la noche de la prisión argentina, tratando de recoger todo el calor de su cuerpo cansado, se veía Ledesma en plena juventud, a la vez profesor y alcalde de Cerro de Pasco, donde el primer vecino era la Cerro Corporation, dueña de las minas, haciendas, mineros, autoridades y justicia. La Cerro era el primer contribuyente del país. El veinte por ciento de las exportaciones del país correspondían a la Cerro. A fines de los cincuenta era una de las empresas propietarias del país andino. En vez de recibir al gerente de la Cerro en la alcaldía, Ledesma había tenido que visitarlo en su oficina para dejarse felicitar por haber sido designado alcalde de toda la provincia. Algo de veinte años habían transcurrido y Ledesma se recordaba el mismo, de rostro coloradote y alargado, antes flaco y con la misma actitud corporal siempre, como si llevara

un bulto cargado a la espalda. Cada año subían un poco más sus hombros, pues eran más pesadas las penas que debía llevar consigo, no las propias, había sido siempre un hombre razonable, casi feliz, sino las ajenas, ya que en pocas partes del mundo había tanto sufrimiento como en las minas y en las haciendas de Pasco y Huánuco, para no hablar de todo el Perú. Se acordaba de sí mismo y de la mujer a la que tanto amaba, de sus amigos comuneros, de las historias que a comienzos de la década se habían publicado gracias al poeta y novelista Manuel Scorza; y de las historias que aún faltaba por contar. Hundido en la prisión argentina, no podía saber Ledesma que Scorza había renunciado a participar en las elecciones, en uno de los primeros sitios del FOCEP, indignado por el destierro de sus compañeros de lista, pese a lo cual no se le había retirado su candidatura. El jurado Nacional de Elecciones forzaba a Scorza a intervenir en los comicios.

En aquella región donde la Cerro Corporation era dueña de todo, Ledesma se había puesto de parte del pueblo. Los humos de la Cerro habían arruinado grandes extensiones de pastos. La compañía compró tierras muertas a precio de remate. Una vez que limpió los humos de las fundiciones, resucitaron las tierras y nació la poderosa división ganadera de la Cerro. El negocio se expandió gracias a un cerco de alambres de púas que engullía tierras que pertenecían a las comunidades, a los ayllus, desde tiempos inmemoriales. También los hacendados devoraban pampas y punas comuneras. La hacienda Paria se comió a la pequeña comunidad de Rancas. Pacoyán, Uchumarca y Chinche se repartieron gran parte de la comunidad de Yanahuanca. A lo largo y ancho de los Andes había ocurrido lo mismo con más de cuatro mil comunidades. Reclamaciones y litigios terminaban siempre en contra de los comuneros. ¡Scorza solía recordar que jamás un indio había ganado un juicio en el Perú! En 1960, la gente de Rancas perdió la paciencia. El presidente de la comunidad, Alfonso Rivera Rojas, decidió recobrar la pampa de Rancas, usurpada por la hacienda Paria. Empezaba una insurrección que se extendería por la cordillera y a otros tiempos. Acaso con Rancas nacía la futura revolución de Velasco.

El 2 de mayo de ese año, la Guardia de Asalto se presentó en la pampa al mando del mayor Baudenay. Eran 70 guardias con mosquetones y ametralladoras que la emprendieron a balazos contra los comuneros. Cuatro murieron ese día, incluido el presidente Rivera, y más de veinte resultaron malheridos. Los habían llevado al hospital Carrión, en Cerro de Paseo. Rancas quedaba en su provincia, así que Ledesma salió exhalado, para impedir que continuara la matanza. Ya la noticia había llegado a las minas cercanas y los mineros salían con dinamita para volar a los policías.

¿Cómo olvidar el encuentro con Baudenay? Se apuraba la tarde y se encapotaba el cielo sobre las punas. La Guardia de Asalto se había llevado

a muertos y heridos, pero quedaban tendidas sobre el ichu las vacas y las ovejas fusiladas, el hambriento ganado que los comuneros habían llevado a pastar. Los vientos de la desolación golpeaban al alcalde Ledesma, que intentaba parlamentar en compañía de varios comuneros.

—En nombre del pueblo, exijo que detenga esta matanza.

—Si tiran piedras, tenemos que disparar —había dicho Baudenay. Detrás de él, en una mula inquieta, se veía a uno de los abogados de la Cerro Corporation.

—Le pido que se retire. Ya se ha sufrido lo suficiente.

—Yo cumplo órdenes. El señor prefecto manda el desalojo.

—¿A quién defiende usted? —Ledesma enrojecía de cólera. ¿Está usted al servicio de gringos o de peruanos? ¿Quién le ha dado el uniforme?

Las miradas comuneras odiaban a Baudenay que prefirió retirarse. La presencia del alcalde provincial de Cerro de Paseo no estaba incluida en el libreto del desalojo. No quería testigos, así que a las cinco de la tarde se había marchado con la Guardia de Asalto a la casa del hacendado de Paria. Los comuneros pasaban lista en la pampa. Faltaban treinta. Se los habían llevado detenidos. Pidieron al alcalde Ledesma que intercediera por ellos y todos emprendieron la marcha a pie. Estaban a veinte kilómetros de la ciudad.

A veces el Perú perdía la paciencia. Entre los años 45 y 48, un sistema de controles forzaba a cumplir colas interminables para conseguir víveres y combustibles. Eran tiempos de acaparamiento y mercado negro. Sólo los pobres tenían que fatigarse. En Cerro de Pasco, el prefecto Tovar ejercía poderes dictatoriales. Todos sabían que era el principal acaparador. Un día agredió a puntapiés a una pobre mujer que protestó en público. La tiró al suelo y la siguió pateando. El pueblo lo persiguió hasta la Prefectura. Después de una refriega, la gente entró al despachó, capturó a Tovar y lo sacó a rastras a la plaza. Ahí lo despachurraron a puntapiés. La piltrafa se exhibió después, colgada de un farol.

Esa noche de 1960, cuando llegaron los de Rancas, ya esperaba una multitud de mineros que sitiaba la Prefectura. El alcalde Ledesma pidió una tregua y entró a ver al prefecto.

—Haga usted algo, señor alcalde, llévase a esa gente. —Es usted un irresponsable, señor prefecto.

—¿Qué quieren de mí?

—Deje libres a los detenidos de Rancas y se van los comuneros.

—Imposible. Ya los entregué a la autoridad judicial de la policía.

—Usted es el prefecto. Ordene, es la primera autoridad.

Afuera crecía la multitud. ¡Que se vaya! —gritaban primero. Después:

¡Muerte al prefecto!

Llamaron a la comandancia policial pidiendo a los presos. No estaban. Los habían enviado a Huánuco. Los gritos pedían muerte, muerte. La gente se acordaba de Tovar. Llamaron a Huánuco, cuyo jefe se negó a liberar a nadie. Muerte, muerte. Llovían piedras sobre los techos de calamina. La gente empezaba a trepar por la fachada. Fosforescían relámpagos en un cielo borrascoso.

—¿Qué puedo hacer? —lloró el prefecto.

—Si entran, se hará justicia —dijo Ledesma—. Espero que no me incluyan a mí.

Al fin decidió enfrentarse a la multitud y salió por la puerta principal.

—Estoy de acuerdo con ustedes, pero debemos irnos. Vamos a la Municipalidad, que pertenece al pueblo...

La multitud caminó las tres cuadras que la separaban de la Plaza Chaupimarca. Se improvisó un mitin. Hablaron los de Rancas, después otros comuneros, la gente de las minas. Querían matar gringos en el barrio de La Esperanza, un paraíso con chalecitos a la americana y jardines de césped aclimatado a la puna. A su vez Ledesma aconsejó controlar la cólera y no administrar venganzas.

—Si matamos a un solo gringo, vendrán muchos policías. Será malo para Rancas y para todas las comunidades. No dejarán piedra sobre piedra en Cerro de Pasco.

Propuso abrir juicio. La Municipalidad correría con todos los gastos de un solemne velatorio a los comuneros muertos y el funeral en Rancas. Además se encargaría de curar a los heridos. Y cuatro calles principales de Cerro de Pasco llevarían los nombres de esos héroes campesinos.

Con Rancas había empezado todo. Seguramente Rancas estaba al principio de todo un laberinto político que había conducido a Ledesma a la maldita prisión en Buenos Aires. En esa celda negra, los ojos de Ledesma se agrandaban hasta reconocer inscripciones debajo de la pintura fresca en las paredes. Debía ser otro día cuando encendieron las luces y apareció un carcelero con un enorme balde, del que repartió tazones con un mazacote de fideos helados sin sabor a nada. Se pegoteaban al paladar como un engrudo. Hambriento, Ledesma se esforzó por tragar la bazofia carcelaria. Sintió sabor a sebo, a viejo. Al menos no tenía el gusto alcanforado de la paila en las cárceles limeñas. En ese rato pudo descifrar los mensajes dejados por los antiguos ocupantes de su celda. Se le enfrió el espinazo. *¿Hasta cuándo Dios mío? ¡Misericordia, Señor! Siguió delectando. ¡Madrecita mía, pon fin a mis sufrimientos! Y otra: ¡Regálame la muerte Dios mío,* Y en varias partes una sola palabra: *Piedad.* La repetían en todos los tamaños, *¡piedad piedad*

piedad! Entonces reapareció el carcelero, a recoger los tazones de lata. A través de las rejas pudo ver Ledesma que devolvían las sobras al balde con el rancho viejo. Debía ser de mañana. El carcelero no contestaba las preguntas de nadie. Dejó el balde en medio del pasadizo y se fue. Un minuto más tarde volvieron a apagar las luces.

Acaso faltaban doce días para las elecciones en el Perú. Atrapado en la tiniebla, Ledesma intercambió lacónicos mensajes con su vecino Hugo Blanco. Después pensó en la mujer a la que amaba, comunera. La había conocido después de Rancas. Y es que la matanza de Rancas había conmovido al país. El 4 de mayo se había congregado una muchedumbre que desbordaba los límites de la ciudad, con delegaciones de toda la región. Se presentaban comunidades de Junín y Huánuco, grupos que llegaban de Huarochirí, de la distante Huancavelica. Los cuatro ataúdes viajaron entonces de la Municipalidad al rústico cementerio de Rancas, en hombros de un gentío que llenó los veinte kilómetros de carretera, pues el alcalde Ledesma había mirado atrás y visto que aún no terminaban de salir comuneros de Cerro de Pasco cuando los primeros ya entraban a su destino. ¡Pobre presidente de la comunidad de Rancas! ¡Para impedir el desalojo se había envuelto en una bandera del Perú! ¡No se atreverían a dispararle! Baudenay no se conmovió y el embanderado presidente cayó cribado a balazos. Esa misma bandera ensangrentada le servía de mortaja. Los campesinos lo declararon héroe nacional, pues al defender su parcela, defendía al Perú. Empezó una huelga de protesta en las minas. La CTP aprista ordenó un paro nacional el 5 de mayo. Al otro día interrogaron al alcalde Ledesma. Un coronel lo acusaba de incitar lamentables actos de violencia. Habían grabado su conversación con Baudenay en la pampa de Rancas. ¿Al servicio de quién, la policía? ¿De gringos o peruanos? El coronel aconsejó que pidiese su traslado como maestro a un lugar distante. Váyase lejos o aténgase a las consecuencias. Primero se había escondido en Rancas. Un baqueano lo llevó después por la Cordillera de la Viuda, un camino que sólo conocían pastores o mineros. Deshacía el camino que había seguido Bolívar para llegar a la pampa de Junín. Pasó a Canta y de ahí a Lima, donde pidió garantías al gobierno. Al volver, el pueblo pasqueño lo había aclamado. Viajó a Huánuco como alcalde. Ahí cayó preso, mansamente. Dos meses había estado encarcelado. Cuando lo soltaron ya no era alcalde y había perdido su empleo de maestro.

De no haber sido por Rancas, no habría tramitado su título de abogado. Las comunidades pedían que las defendiera. Pagaron sus gastos cuando regresó a la Universidad de Trujillo. Instaló su bufete en Cerro de Pasco a comienzos de 1961. Después de Rancas, muchas comunidades andinas habían resuelto recobrar las tierras que les habían usurpado. Tenían títulos de hasta tres siglos de edad. La corona española había reconocido

sus propiedades. Pero un decreto de San Martín suprimió la vigencia de los títulos coloniales y la república había olvidado extender nuevos títulos a los indios, facilitando así un largo y continuado despojo. El 25 de noviembre de ese año, la comunidad de Yanahuanca recuperó las tierras que le habían arrebatado las haciendas Pacoyán, Uchumarca y Chinche, la última de ellas propiedad de un ministro de estado. No era una comunidad pequeña, como Rancas. Tenía diez mil comuneros, Yanahuanca, con una fuerza de caballería de mil quinientos jinetes, gente de la puna, guerreros de los abismos, al mando de comuneros licenciados del ejército. Sus jefes eran sargentos, La Rosa Capcha y Fermín Espinoza, al que llamaban Garabombo, con la infantería; y Exaltación Travezaño, con la caballería. En un solo día, los tres latifundios quedaron ocupados. La noticia voló por la cordillera, animando a otras comunidades a tomar haciendas. En Lima, la Federación de Estudiantes del Perú dio su respaldo a los comuneros de Yanahuanca. La presidía un estudiante de medicina, Max Hernández, que convocó a un mitin el primero de diciembre en la Universidad de San Marcos. Esa noche cayó preso Ledesma.

Lo que había empezado en Rancas, crecía con Yanahuanca. El gobierno despachó a mil quinientos guardias de asalto para desalojar a los comuneros de Yanahuanca y acabar con la insurrección de los serranos. Veintidós muertos, cien heridos. Decían que el poncho de Garabombo tenía once agujeros de bala, sin que él hubiese sufrido un rasguño. Por eso le atribuían el don de la invisibilidad. Tantísimos soldados y la caballería campesina de Exaltación Travezaño los había acorralado a hondazos contra una laguna. En Chinche, la Guardia de Asalto tuvo que huir de hondazos y avalanchas, tal como había ocurrido con las tropas chilenas hacía ochenta años. Pero Ledesma seguía preso. De la Prefectura lo trasladaron a una celda de alta peligrosidad, «la cámara de gas», en la vieja Penitenciaría, donde encerraban a los peores criminales. Pasaban de treinta. Los fiscales habían pedido pena de muerte para ellos. Aparte de tres monstruos sexuales, el resto eran asesinos. Muchos tenían una víctima. Algunos debían dos vidas. Sólo uno estaba acusado de haber matado a cuatro. Ledesma había saludado ceremoniosamente, ofreciendo sus servicios de abogado. «¿A cuántos dicen que se ha comido, doctor?» —preguntó uno de los asesinos. «Veintidós ahora, —dijo Ledesma seriamente sin mentir, pues lo culpaban de los muertos de Yanahuanca y Rancas—, y cuatro hace dos años. Pero soy inocente.» Contestó un murmullo de aprobación. En esa celda, todos afirmaban ser inocentes.

Pobres asesinos. Sus expedientes andaban extraviados o se movían sólo si estallaba un escándalo en los diarios. Desde que se había devuelto la pena de muerte al Perú, sólo habían fusilado a uno y toda la población carcelaria

sabía que no era culpable, que pagaba un crimen ajeno. La ejecución sirvió de escarmiento nacional. Desde esa vez, los tribunales demoraban los casos con pena de muerte. No gustaba la maldita ley a los jueces. Hasta el próximo fusilamiento pasarían diez años. Mientras tanto seguían llegando candidatos al paredón. La única excepción era Ledesma, que de inmediato inició su trabajo de abogado, preparando apelaciones y bien fundadas peticiones de nulidad.

Aquella habitación de granito y cemento, con barrotes de acero fundido en Inglaterra hacía un siglo, poblada de hombres sin esperanza, barbudos y malcarados, constituía un recuerdo diurno, casi feliz comparado con la oscuridad argentina. En esa época lejana, que consideraba fresca e intacta en su memoria, habían anunciado a Ledesma una visita inesperada. Ocurrió un jueves. Al llegar a las rejas del patio, había visto a una jovencita que se le acercó resueltamente. «¿Doctor Ledesma?» Del otro lado de los barrotes, Ledesma se supo herido por la belleza y la voz de su visitante. «Soy de la comunidad de Vico y vengo de la Argentina. De paso a Cerro de Pasco me he enterado de su suerte. Vengo a saludar y a darle las gracias por defender a las comunidades.» Se llamaba Nelly Raraz y tenía veinte años. Se había recibido de enfermera en La Plata. La había amado con un corazón impaciente, Ledesma, con amor total, para toda la vida. La vio irse, sin saber si habrían de reencontrarse, con la imborrable emoción de haber tocado sus manos pequeñas a través de los barrotes. Y la seguía amando en la noche perpetua de esa prisión en Buenos Aires, ahora que ya tenían tres hijos. Seguramente estaría entregada a la defensa de Ledesma, si es que ya había seguido el rastro del desaparecido hasta ese edificio infame y sin escape.

EL PRIMER REBELDE HABIA SIDO HUGO BLANCO, que había desafiado el inmenso poder de la familia Romainville para organizar sindicatos en el gran valle de La Convención, donde habían gobernado los patrones con puño de hierro hasta los años 50. También Hugo Blanco había pasado por la universidad de La Plata. No era campesino, sino misti, un mestizo de la ciudad, un cusqueño que renunciaba a su condición para irse con los wakchas, los piojosos, los pobres indios yanaconas o arrendires, aún los parias que trabajaban para los yanaconas a cambio de un solo surco al año, una hilera apenas de maíz, doscientas mazorcas anuales para vivir. Los sindicatos habían reclamado las tierras y Romainville no había regresado, por temor a que los indios no hubiesen olvidado sus numerosas maldades, y Hugo Blanco había anunciado que el inmenso valle que bajaba de la cordillera a la selva, un paraíso terrenal rico en café y frutas, se convertía en «territorio libre de América», igual que la Sierra Maestra cuando los castristas combatían a

Batista. El día en que al fin Hugo Blanco cayó prisionero, un diario informó: «Ayer acabó una leyenda.» En realidad no había sido un guerrillero. Querían fusilarlo. Lo enterraron en el Frontón, la cárcel construida en la Isla del Muerto, frente a Lima. Ahí le dieron encuentro los trotskistas de la célebre banda roja» que por primera vez había asaltado bancos en el Perú para financiar la guerra subversiva. Velasco indultó a Hugo Blanco después de dar la ley de la reforma agraria. Se había juntado con Ledesma para organizar el FOCEP.

Visto fríamente, constituían un grupo muy peligroso. La historia de cada uno de los peruanos encerrados por la Policía Federal bastaba para una ejecución a la argentina, silenciosa, de madrugada. Pena que se trataba de peruanos deportados, célebres en su país, además candidatos a una Asamblea Constituyente. Los militares argentinos no compartían las debilidades de sus amigos peruanos.

No era que los carceleros se hubiesen ablandado. La sopa casi fría del almuerzo se había agriado cuando volvían a servirla en la noche, con todo el sebo coagulado. En las noches se repetían tandas de aullidos seguidas por tristísimas lamentaciones. Ya habían descubierto que se trataba de cintas magnetofónicas, aunque las voces originales seguramente habían sido reales. A voces se ayudaban a llevar la cuenta de los días y a separarlos de las noches. Sin embargo estaban ahí gracias a una gestión en la que había intervenido la Cancillería de Argentina. En alguna parte tenía que haberse extraviado su expediente. Al fin Letts volvió a pedir papel y lápiz a un carcelero con rostro de piedra. No sólo atendió su pedido. Le dio cinco minutos adicionales de luz para que escribiera su mensaje.

Esta vez Letts exigía comunicarse con los representantes de la Embajada del Perú.

En respuesta los llevaron a un baño con una ducha. A la mañana siguiente pasaron del piso doce al diez, a una sala grande, compartida por otras personas de acaudalada apariencia. Todos eran argentinos. Cambiaron saludos sin mucha cordialidad. Los carceleros advirtieron a los peruanos que les estaba prohibido jugar ping pong, que parecía ser el principal entretenimiento de los otros reclusos. ¿Y por qué están presos? —se interesó Letts en ellos. Respondieron que por delito económico. En otras palabras, habían robado al Estado. Dormían en celdas con calefacción y pasaban los días en esa sala con diarios y televisor, en la que humeaba una apetitosa cafetera y en la que había una máquina vendedora de chocolates y golosinas.

Letts volvió a la carga. Nuevamente escribió una misiva. Al rato apareció un jefe de la Policía Federal.

—¿Letts? —Yo soy. —¿Qué quiere?

—Exijo ver al embajador de los Estados Unidos o al cónsul de ese

país.

—¿Para qué?

—Para pedir asilo político.

Se marchó el policía. Los demás desterrados reían. Pero a las veinticuatro horas se presentó un uniformado coronel estadounidense. Saludó a Letts y le entregó su tarjeta. Tenía un nombre a propósito de la situación: John Bryan Blood.

—Pido mi asilo al gobierno de los Estados Unidos —dijo Letts con toda solemnidad-. Pido, además, que protejan mis derechos humanos.

—Voy a informar —dijo Blood.

Cada día mejoraba la situación de los peruanos. Letts insistía en usar un teléfono. Faltaban siete días para las elecciones en el Perú. A cada rato demandaba comunicación con las autoridades consulares peruanas. Hugo Blanco se sacudía de su melancolía. Javier Diez Canseco se sumaba a toda clase de reclamaciones. Pronto compartieron el rancho caliente reservado a los ladrones gubernamentales. Les dieron más frazadas. Podían usar el baño varias veces al día.

Pero Estados Unidos no aceptó a Letts, a menos que hiciera renuncia pública al uso de la lucha violenta en la política. Lo visitaba un alto funcionario. Letts contestó que había pedido asilo, no un acuerdo político. Al fin anunciaron al embajador del Perú, Felipe Valdivieso. Les había llevado dos botellas de whisky pero se las pidieron en la entrada. Valdivieso pidió un recibo, que pasó a manos de los deportados. Diplomático de carrera, tenía que sortear muchos peligros en el cumplimiento de su misión. Hasta ese día le habían ocultado el paradero de los faltantes, pues los demás ya estaban instalados en Buenos Aires, algunos de ellos en hoteles del centro. El general Videla mostraba mucha cordialidad, desde que los futbolistas peruanos se habían dejado golear escandalosamente para que la selección argentina pasara a la final de la Copa del Mundo. Valdivieso traía buenas noticias. Francia, México y Suecia extendían su hospitalidad a los deportados. La Oficina de Refugiados de las Naciones Unidas asumiría el costo de sus pasajes. Sólo faltaba definir sus respectivos destinos. Ledesma, Napurí, Letts y Diez Canseco eligieron París. Hugo Blanco dijo que iría a Estocolmo, donde ya era conocido. Tenía una joven esposa sueca y un hijo con ella. Los demás prefirieron viajar a México. Lo que no tenía explicación oficial era por qué los habían encerrado en esa cárcel vertical que la Policía Federal administraba sanguinariamente.

A partir de ese día fueron separados los de Francia y los de México. Hugo Blanco también se evaporó. Ya no volvieron a tener visitas. Faltaban dos días para las elecciones en el Perú cuando la Policía Federal avisó que se embarcaban a la mañana siguiente. La embajada del Perú enviaba un paquete

con ropa limpia.

En Buenos Aires, los deportados examinaron sus nuevas camisas. Muy grandes o demasiado estrechas pero no importaba. Estaban perfectamente limpias. Por ahora no importaba andar desabrigoados, pues pronto pasarían al calor del otro hemisferio. Reclamaron los documentos amarillos que las Naciones Unidas extendían a los refugiados. Aún los trataban como a prisioneros. Pero al menos los llevaron a esperar a un patio, donde dieron gracias por la bendición que significaba la luz solar. No habían visto el cielo desde el viaje de Jujuy.

Una señora locuaz esperaba el mismo autobús de la Policía Federal que saldría hacia el aeropuerto de Ezeiza.

—¿Y ustedes son peruanos? ¡Cuánto gusto! ¡Qué bien! ¡A fin nos vamos!...

No tenían ganas de conversar y la señora no se callaba.

—...Felizmente tengo parientes en Italia que me han comprado el boleto para salir de Argentina, porque ustedes deben saber que al menos eso está permitido. Si les compran el pasaje, se van. Si nadie puede pagar, se quedan...

Llegaba el autobús azul marino.

—...¿Y ustedes adonde viajan? Yo voy primero a Roma y después a Milán. ¡Verdaderamente qué suerte!...

—¡Ya, suban! —ordenó la policía.

Primero Ledesma, luego Letts, trabajosamente Diez Canseco, al fin Napurí. Se sentaron en la primera hilera de asientos. Después subió la señora locuaz que se instaló detrás de ellos para seguir conversando. Entonces la gritó un policía:

—¡Basuras, al fondo!

La mujer obedeció de inmediato. Se movía como un muñeco a control remoto. Aceptaba todo con humillado silencio.

Habían bloqueado las ventanas con latas, así que cumplieron a ciegas el largo viaje a Ezeiza.

Mañana elecciones, pensaba Ledesma. No todos los sectores de la izquierda participaban. Tampoco había sido posible juntar candidaturas. Después de haber compartido esa experiencia con personajes de otras agrupaciones y partidos, se dijo que no habría sido difícil concordar en los asuntos principales. Acaso la inminencia de un cambio político en el Perú apuraba su expulsión de Buenos Aires. Aunque les habían impedido seguir sus campañas electorales, Ledesma estaba seguro de salir elegido, claro estaba, siempre y cuando el Poder Oculto no hiciera trampa al contar los votos. Hugo Blanco era otra fija. Javier Diez Canseco gozaba de popularidad en las bases y Letts había trabajado mucho para sectores radicales campesinos.

Napurí era otro candidato con posibilidades de ir a la asamblea. De haber sido retenidos más tiempo en Argentina, ya no habrían sido anónimos desterrados sino diputados extranjeros presos, una situación más bien bochornosa. Mientras tanto los trataban a gritos, casi a las patadas. En Ezeiza otra vez los metieron a un calabozo. Cada quien rumiaba sus preocupaciones. Por suerte se habían llevado a otra parte a la pobre y locuaz señora argentina. Tal vez Hugo Blanco ya estaba en México, con el otro grupo de peruanos.

¿Qué podía cambiar en el Perú con la Asamblea Constituyente? Una vez elegida, ¿no sería la más alta expresión de gobierno nacional? ¿Qué podría existir encima de una asamblea soberana, elegida con poderes suficientes para escribir una nueva constitución? ¿Una junta militar de gobierno? La habían convocado sólo para producir una carta magna, pero sus poderes no podía verse limitados por un grupo de gobernantes sin legalidad en el mando. ¿Se atreverían a despacharlos a sus cuarteles? ¿Se produciría una definitiva confrontación con la república militar? ¿Habría por fin una definitiva república democrática, del pueblo y para el pueblo?

Vamos, rápido. No pierdan el avión. Anda atorrante, comunista de mierda, te salvás ché. Fuera leprosos de Argentina. Les dieron de empujones por los peldaños que conducían a la apacible promesa de una nave transatlántica de Air France. Arriba se alarmaron los tripulantes. El capitán del vuelo salió a la puerta. Tenía cierta corpulenta apariencia campesina y observó con disgusto la actitud prepotente de los policías.

Letts seguía reclamando la documentación de las Naciones Unidas. No le contestaban. El que estaba al mando se dirigió al capitán de la nave:

—Estos son deportados comunistas del Perú, gente peligrosa que deberá ser entregada a las autoridades policiales de Francia.

—No puedo creer que Air France sea una continuación de las cárceles argentinas —habló Letts en francés.

—¡Francia es un país de libertad, señor! —contestó el capitán, haciéndolos entrar—. ¡Bienvenidos a Francia!

Las azafatas sonreían.

—¡Champagne para los caballeros! —pidió el capitán.

Ledesma se sentó junto a Napurí, que también desempolvaba su francés.

Antes de despegar habían dado cuenta de dos deliciosas flautas llenas de champaña. Por la diferencia de horas, cuando llegasen a París, al día siguiente, aún no habría empezado la votación en Lima. Todavía tendrían que esperar para formarse una idea de la decisión final de cinco millones de peruanos.

La huelga de 81 días

*...pues más vale andar feo que flaco y sin comer
y aunque lo pueda entender sigo yo sin trabajar.
Y mi condición es seguir mi batallar
y el tiempo sigue pasando y yo riendo pa no llorar.
(«Maestra vida»)*

HORACIO ZEBALLOS SEGUIA AGITANDO LAS AGUAS mientras Don Pancho daba manotazos de ahogado. En verdad, si no continuaba la borrasca, acaso sobreviviera la república militar a sus propios errores. Don Pancho parecía haberse encariñado con la presidencia. Ciertos medios lo proponían como «candidato de unidad» en 1980, a la cabeza de una coalición patriótica integrada por los viejos partidos. Después de todo, se convertía en el «restaurador de la democracia». Otros querían hacerlo mariscal. Pero Don Pancho había tragado la amargura de los paros nacionales, expresión de repudio ciudadano, y no conseguía aplacar a los gobernados ni siquiera con el uso de toda su fuerza militar. Se hundía y pataleaba para seguir a flote, en cualquier dirección. Decretaba estado de sitio y el pueblo salía en multitud, a manifestarse contra el gobierno. Permitía que los precios se disparasen para luego echar la culpa a los especuladores. Deportaba a los candidatos de origen popular y emprendía desesperadas negociaciones con ciertos sindicatos. Duplicaba el precio de la leche y la rebajaba un sol. Permitía la escasez y perseguía a los comerciantes. Dictaba lecciones de moral pública y mandaba distorsionar noticias a la prensa que mantenía controlada. Caminaba al norte y bajaba al sur. Quería subir y rodaba por las escaleras. Denunciaba que el SUTEP tenía propósitos subversivos y autorizaba un entendimiento con los

maestros. La propia república militar comprendía al fin que Don Pancho estaba agotado, lo mismo que sus rabietas contra los maestros, pues el SERP había fracasado, la FENTEP no era más que un fantasma y los sutepistas no se habían dejado dividir por las maquinaciones del Poder Oculto. Con el pretexto del paro nacional, las clases seguían suspendidas. Se acercaban las elecciones. Trescientos periodistas extranjeros habían llegado a Lima. Crecía la protesta internacional por la deportación de candidatos a la Argentina. Forzosamente tendrían que reanudarse las clases el 31 de mayo. Y los maestros seguían en huelga. No era la misma huelga del 8 de mayo, cuando el sindicato de Lima Metropolitana se había negado a ser de la partida. Desde entonces, los maestros habían acudido a constantes asambleas, algunas con tres o cuatro mil participantes, en las que ventilaban sus diferencias y conocían la posición del SUTEP nacional. Los derechistas querían negociar. También la dirigencia que presidía Zeballos, pero desde una posición de fuerza, no débilmente. Suspender la huelga era lo mismo que entregarse. Nadie olvidaba que la dictadura venía burlándose de los maestros desde hacía cinco años. A fines de mayo, las bases estaban decididas a continuar la huelga hasta las últimas consecuencias. Tres días después del paro nacional, cuando acababan de llevarse a los deportados a Jujuy, un motociclista de la Guardia Civil estacionó su harley davidson frente al ruinoso local del SUTEP y entró con una voluminosa cartera bajo el brazo.

—¿En qué lo podemos servir? —se le acercaron las maestras que cuidaban el sindicato.

—¿El señor Horacio Zeballos?

—No, él no está. Casi no viene por aquí. —¿Los señores del Comité Nacional de Lucha? —No, tampoco están.

El pobre policía sólo era un mensajero. Tenía que entregar un sobre enviado por el Supremo Gobierno.

—¿Quién lo envía?

—El doctor Cardó, viceministro de Educación. Pero viene de Palacio de Gobierno.

Tenía el sobre en las manos, sin saber a quién dárselo.

Al fin lo tomó una maestra. No se preocupe usted, señor policía. Será entregado a los destinatarios. Váyase tranquilo.

No era una trampa. En fino papel de hilo, con el sello de la república peruana en oro, el sobre estaba dirigido al señor secretario general del SUTEP y al Comité Nacional de Lucha. Al rato pasó César Barrera a recogerlo. Siguió de largo. Se movían por toda la ciudad y en todo el país. Circulaban bajo las narices de Seguridad del Estado. Cada vez que se realizaba una asamblea, tenía que estar presente uno de los dirigentes nacionales. Barrera se había encargado de la organización y las comunicaciones. Horacio Zeballos dirigía

el Comité Nacional de Lucha. Sólo se daban encuentro en la clandestinidad. Fuera de ella, no debían juntarse por razones de seguridad. Si ambos caían presos, sería demasiada victoria para el gobierno.

—¿Qué te parece, corito? —comentó Zeballos cuando al fin pudo verse con Barrera.

—Que extiendan garantías —sonrió Barrera. El viceministro invitaba al Comité Nacional de Lucha a una reunión en su despacho—. Vamos y nos toman presos a todos.

—Tienen que reanudar las clases y van a hacer un papelón se frotó las manos Zeballos. Según la propaganda del gobierno, el SUTEP había dejado de existir y los maestros abandonaban la huelga. Como el SERP y la FENTEP ya no servían para nada, esta vez montaban una asociación nacional de padres de familia. El Poder Oculto ampliaba su repertorio.

El viceministro invitaba a una primera reunión en el Ministerio de Educación. Si los sutepistas acudían, el lunes empezaría la negociación a fondo. Quedaron en tomar un acuerdo en la canchita de San Fernando.

La Facultad de Medicina de San Fernando funcionaba desde principios de siglo en los viejos confines de Lima, vecina al Jardín Botánico y a un lúgubre depósito de cadáveres, al que llegaban, principalmente, los menesterosos del cercano Hospital Dos de Mayo, porque los muertos en opulencia no soportaban la vejación de las autopsias ni eran puestos en tinas de formol para acabar desmenuzados por futuros cirujanos. Pero la ciudad le había quedado chica al pacífico paraje universitario y desde los años cuarenta, cuando se produjo la primera explosión urbana en la otra orilla de la avenida Grau, quedó convertida en un lugar céntrico y popular. La morgue limeña seguía en el mismo sitio, más grande ahora y bien refrigerada, y casi idénticos muertos sin dueño se alineaban en salones que también se negaban a cambiar. Como una ciudad dentro de otra, pero de hacía un siglo, sobrevivían San Fernando, el jardín Botánico y otros pabellones. Por ahí entraban y salían los dirigentes del SUTEP para asistir a las asambleas celebradas en las canchas de deportes y a veces en los jardines donde los huelguistas servían, además, de la olla común. Domingos y feriados, los maestros organizaban parrilladas, almuerzos y hasta rifas que servían para recaudar fondos. El 29 de mayo se había reunido una verdadera multitud. No sólo asaban anticuchos y churrascos y vendían sabrosos tamales. El gobierno anunciaba que el 31 de mayo se reiniciaban las clases y maestros de todos los sectores querían conocer las directivas sutepistas.

Después de todo lo vivido, Horacio Zeballos había generado un sentimiento de familiaridad. Lo saludaban como a un pariente próximo, cariñosamente. Recibía abrazos, palmadas, lo llamaban por su nombre, sonreían. De casi todos se acordaba por sus nombres. Muchos lo habían

escondido en sus casas. Pese a toda la propaganda en contra del gobierno, sabían que les jugaba limpio. Horacio Zeballos disfrutaba en sus visitas a la canchita de San Fernando. Parloteaba con las maestras, piropeándolas. Averiguaba qué ocurría con los ausentes. Preguntaba por los maestros distantes. Al fin tomaba un megáfono y hablaba desde las barricadas, hasta incendiar las almas de los asistentes. En derredor de la Facultad se tensaban los sabuesos de Seguridad del Estado. El secretario general del SUTEP era la presa mayor de una cacería perpetua ordenada por el gobierno militar. Pero San Fernando era territorio hostil. Los estudiantes de medicina no dejaban entrar a los perseguidores. Aún si lograban pasar, sólo encontraban una multitud en lenta dispersión, que obstruía sus movimientos. Cien veces se había escapado el fantasma de Horacio Zeballos, cien veces regresaba a la canchita de San Fernando.

El domingo 29 podía creerse que Seguridad del Estado estaba de vacaciones. No se descubría uno solo de sus vehículos, siempre de vidrios ahumados, llenos de faros y antenas. Tampoco los mirones de costumbre, que se pasaban el día leyendo el mismo periódico sin cambiar de página. Sin la habitual confusión de autobuses y camiones, la avenida Grau se convertía en una arteria peligrosa para todos, pues tan fácil resultaba ver al barbudo Zeballos como a sus cazadores. En plena asamblea magisterial, mientras un magro asado a la peruana despedía apetitosas fumarolas, Horacio Zeballos se corporizó frente a sus colegas con una sonrisa de mago victorioso. A la una de la tarde lo siguió César Barrera. Como de costumbre, en la muchedumbre estaban representados todos los sectores del magisterio metropolitano. Juntos tomaban decisiones que de inmediato viajaban a las bases. Ese domingo se habló de la comunicación enviada por el viceministro de Educación, proponiendo entablar negociaciones. Los voceros de las bases coincidieron en calificar la propuesta como una treta.

Para empezar, el lunes 30 habría de exigir el gobierno que el SUTEP suspendiera la huelga, porque no le gustaba negociar bajo presión; y el martes 31 clamarían victoria cuando maestros y alumnos llenasen escuelas y unidades escolares. Reiniciar la huelga los devolvía al principio del conflicto. Acaso aprovecharan las negociaciones para atrapar a los dirigentes sutepistas. Esta vez ni siquiera los pondrían en el Sepa. Seguramente acabarían en Jujuy, como los candidatos a la Asamblea Constituyente. Pese a todos los argumentos en contra, Horacio Zeballos opinó que debían aceptar la cita del viceministro Cardó. ¿Cómo rechazar una invitación para solucionar la huelga? Una conversación no significaba sometimiento. Nadie levantaría la huelga si las reclamaciones finales del magisterio no quedaban satisfechas al cabo de cinco años de conflictos. Daban las cuatro de la tarde cuando Barrera llamó a los profesores que debían sacarlos de San Fernando. Una maestra en

volkswagen se encargaría de Zeballos. Barrera se iría en dirección contraria, a bordo de otro escarabajo.

—No, corito, nada de eso —protestó Horacio Zeballos—. Un viejo profesor del Ugarte nos invita a su casa, a una comidita. No podemos desairar, corito. Es su cumpleaños...

—No, pues, loco. Piensa en la seguridad.

—...Y nosotros ni siquiera hemos almorzado —siguió Zeballos con voz persuasiva—. Nos invitan a los dos y ya he aceptado, no me hagas quedar mal.

—Es que yo tengo que dejar una comunicación en el centro y no podemos andar juntos, está fregada la situación. Loco, nos atrapan juntos y la huelga se resiente.

—No va a pasar nada, hermanito. Ven conmigo, te llevo al centro y nos vamos a la fiesta.

Barrera se resistía.

—También nos tenemos que divertir, corito, no toda la vida es pasársela en huelga.

Al fin cedió César Barrera. Despachó a su volkswagen y se subió al de Horacio Zeballos.

—¿Dónde tienes que ir? —Cervera ha pedido información.

Se refería a Ricardo Cervera, jefe de redacción de «Ultima Hora». Los periodistas profesionales empezaban a sublevarse contra el muro de infamia impuesto por la OCI, producto de la censura militar acaso inspirada por el neblinoso Poder Oculto. Mentían y mentían sobre los maestros y los periodistas se reunían, acordaban no seguirse prestando al engaño. Se arriesgaban a acabar en la calle o incluso ir a prisión por subversivos si publicaban datos del SUTEP. Habían llamado a Cervera, que estaba dispuesto a informar sobre el diálogo propuesto por el Ministerio de Educación. La OCI callaba. Lo harían pasar por una filtración del propio viceministro. El volkswagen con la maestra, Zeballos y Barrera daba vueltas y vueltas por el centro de Lima. No veían nada más que calles despobladas, dominicales, familias apiñadas en las puertas de los cines, vendedores callejeros de golosinas. En los clubes departamentales se escuchaban orquestas regionales. La plaza San Martín se había llenado de paseantes y soldados de asueto, fotógrafos ambulantes y muchachas que coqueteaban. Entraron por la nueva avenida Emancipación. Nada sospechoso. Nadie vigilaba, nadie los seguía. Pasaron al jirón de la Unión. Todo tranquilo. El volkswagen se detuvo casi en la esquina, a media cuadra de la viejísima casona donde estaba «Ultima Hora.»

—Oye, loco, bajo un momentito y regreso —dijo Barrera empujando la portezuela.

—¿Cómo vas a ir solo, corito? —lo siguió Zeballos—. Yo también quiero saludar a Cerverita.

—No, pues, loco. Ya es suficiente barbaridad que estemos juntos aquí.

—Vamos, nomás. Hay que anunciar el diálogo con Cardó. Por último, ya estoy cansado de esconderme...

Caminaron tranquilamente hasta una enorme puerta colonial. En el segundo piso funcionaba «La Prensa» y «Ultima Hora» en el tercero. Se anunciaron en la portería y subieron después por una escalera rechinante. El tramo final era el más empinado.

Cervera esperaba en una sala de redacción con un mobiliario tan antiguo como la finca.

—¡La policía anda detrás de ustedes! —se alarmó Cervera. El Poder Oculto había sembrado agentes en todos los medios de comunicación. Si los habían visto pasar, seguramente avisaban a Seguridad del Estado.

—Tranquilo, Cerverita —sonrió bondadosamente Zeballos— Mañana tenemos diálogo con el viceministro de Educación. Venimos a darte la primicia. Barrera dio por acabado el encuentro. —Vamos, loco. Se pone peligroso.

Algo sentiría Zeballos que se le acercaba, porque dio una palmada al periodista y emprendió la fuga. Los atraparon en la puerta principal. Tantos agentes de la DSE se habían emboscado, que se los llevaron cargados, Zeballos primero y después Barrera, como santos en una procesión.

Acabaron en la Prefectura, en uno de los sótanos de Seguridad. Por primera vez Barrera observaba a Horacio Zeballos preso. No perdía su compostura. No sentía miedo. No se le extraviaba el buen humor. Miraba a los ejecutores de la represión con cierta lástima. Eran transitorios, seres rebajados, sometidos, forzados al crimen. Pareció que dejarían a los sutepistas en un calabozo, pero al rato los llevaron a una habitación del primer piso, pelada y fría, con tres sillas solamente, dos para ellos y otra para el interrogador. Sin embargo, en domingo hasta la represión descansaba y nadie llegó a preguntar nada.

A la mañana siguiente explotó el malhumor en lo más alto de la república militar. Invitaban al Comité Nacional de Lucha del SUTEP a una reunión en el Ministerio de Educación y la víspera metían presos a los dirigentes más importantes de la huelga. El SUTEP estaba en pie de guerra. En todo el país los maestros organizaban movilizaciones populares. Todo un mes habían fracasado la DSE y la DAS en dar con Horacio Zeballos y Barrera. Peor aún, ni siquiera habían comunicado su captura al Ministerio de Educación, de modo que cuando el Dr. Andrés Cardó Franco recibió a la delegación del SUTEP, sólo entraron dos maestros a decir que con Zeballos

y Barrera presos no sería posible conversar. El general Otto Eléspuru explotó literalmente. Su cólera con insignias divisionarias hizo llamear al todavía brigadier Velit Sabatini, ministro del Interior, cuyos gritos chamuscaron las orejas del inspector general Lezama, que a su vez hizo llover fuego sobre Seguridad del Estado, donde acabó calcinando a los pobres carceleros y al jefe de servicio.

—Tenga la bondad, señor Zeballos. Usted también, señor Barrera...

—Se mueven como cuyes —susurró Horacio Zeballos—. Ahorita nos sueltan.

—¿De veras lo crees?

—Claro, corrito. Sin nosotros, no hay diálogo. Al fin dio la cara un sudoroso comisario.

—Ha sido una lamentable equivocación, ustedes disculpen. La verdad es que ambos tienen requisitorias, quiero pedirles que arreglen su situación...

—Intentamos explicar que hoy teníamos cita con un ministro, pero nadie nos prestó atención —se quejó por quejarse César Barrera.

—Sí, sí. Yo lo siento mucho. Ustedes disculpen. Atravesaron el gran patio de la Prefectura con una escolta de la DSE, no fuesen a caer presos en la División de Asuntos Sociales. A la hora en que se embarcaron en un taxi, aparecía «Ultima Hora» con la doble primicia: el diálogo y la captura de Zeballos y Barrera.

EL DIÁLOGO ESTABA CONDENADO AL FRACASO. Tal como sospechaban los maestros, el gobierno militar pretendía que levantaran la huelga para negociar después a nivel del viceministro, que era un civil sin ese auténtico poder conferido por los uniformes verdes del ejército. Más aún, quien no tuviese insignias divisionarias resultaba finalmente un subalterno. En realidad se trataba de una nueva maniobra. Como los dirigentes sutepistas no estaban autorizados para levantar la huelga, el gran diálogo se redujo a un apretón de manos, media hora de preámbulos y una fría despedida. Una multitud de maestros había rodeado el Ministerio de Educación para defender a sus dirigentes si se atrevían a tomarlos presos. Los vieron salir serenamente. En ese momento, Horacio Zeballos se limitó a anunciar: «¡La huelga continúa!»

Esa noche, los lectores de noticias despachaban el discurso del Poder Oculto en las pantallas de televisión.

—Tras haber sido superados los motivos por los cuales fueron suspendidas, en todos los planteles de la república se reinician mañana las actividades académicas —se multiplicaban las voces del gobierno—. Cinco

millones de niños volverán a las aulas, de los que dos millones pertenecen a la capital.

Ni una palabra de los maestros en huelga o del encuentro del viceministro y los sutepistas.

—...Los alumnos contarán con las medidas necesarias de garantía frente a posibles eventualidades...

¿Eventualidades? ¿Garantías? ¿No vivíamos en la normalidad? ¿De quién habrían de proteger a los alumnos? ¿De sus propios maestros?

—...Sobre el particular, un comunicado emitido por el Ministerio de Educación señala que cualquier acción que perturbe el normal desenvolvimiento de las labores en los centros educativos, será sancionada en observancia con las disposiciones vigentes... A la mañana siguiente: huelga total en colegios y escuelas estatales de todo el país. Noventa y cinco por ciento de la enseñanza paralizada. En realidad se cumplían 23 días de huelga nacional. Ciento cincuenta mil maestros no habían cobrado sus viejos salarios de hambre. Ellos y sus familias tendrían que apelar a las ollas comunes para sobrevivir. El jueves primero de junio siguió la huelga con toda su fuerza. No se dictaban clases y el gobierno mandaba informar que el SUTEP estaba fracasando. El magisterio contaba con la simpatía popular y la propaganda del Poder Oculto decía que los padres de familia repudiaban a los maestros. El mismo día, el gobierno decretó el despido de todos los maestros que faltasen diez días consecutivos a sus centros de trabajo. Poco después se anunció que el lunes siguiente serían contratados nuevos maestros para llenar los vacíos que dejaran los huelguistas. El viernes dos de junio, los maestros llamaron a asambleas masivas en todo el país.

En la Ciudad Universitaria de San Marcos, en la ruta industrial que unía Lima con el puerto del Callao, se dieron encuentro ocho mil maestros y maestras. Después de numerosos engaños gubernamentales y propuestas para dialogar, el decreto que amenazaba a los huelguistas resultaba una infamia. La república militar aplicaba los preceptos de una mala guerra a los asuntos de gobierno. Continuamente transformaba la política en conflicto. El país estaba en paz pero vivía en guerra. Sufría una verdadera ocupación de sus propias fuerzas armadas. Pobre pueblo, lo trataban como un enemigo. Una cosa era desorientar y hasta engañar a un invasor de la patria y otra convertir la mentira en método de gobierno, como al fin lo habían impuesto los manipuladores «psico-sociales» de la república militar, que acaso creían estúpido al pueblo y en profundo atraso mental al magisterio. Esa mañana en San Marcos, en una intervención memorable, Horacio Zeballos recordó a los gobernantes que no existía posibilidad de honor en la mentira. La mentira no era otra cosa que la traición a las palabras pronunciadas por uno mismo. Y traicionar la buena fe de ciento cincuenta mil maestros, traicionar la

credulidad de trabajadores y campesinos, traicionar la esperanza de millones de peruanos quienes se ofrecían pan y daban hambre, todo eso empezaba a convertirse nítidamente en una peligrosa traición al Perú. ¿En qué clase de institución se convertían las fuerzas armadas que no tenían palabra? ¿Acaso podía darse valor a los juramentos de un gobierno mentiroso, no de mentiritas ocasionales o infantiles, sino embustero consuetudinario? Otras voces se alzaban con indignación. Muy bien, que cumplan su amenaza. Cuando ya no puedan abrir sus escuelas, saldremos a enseñar en las plazas públicas. A su vez, César Barrera pidió pasar a otra etapa de la lucha. Era preciso salir a las calles, agitar constantemente. Seguían llegando corresponsales extranjeros para informar sobre las elecciones y seguramente se quedarían para la instalación de la asamblea. Si la prensa nacional controlada por la OCI callaba la verdad, al menos se abriría paso a los medios extranjeros. También intervenían maestras. Exigían su sitio en las demostraciones públicas. No querían que los compañeros maestros las estuviesen protegiendo. Pedían primera fila de combate. Casi la mitad del magisterio era femenino. Ellas debían defender sus derechos. Se estaba nombrando comisiones para instalar ollas comunes en todos los distritos metropolitanos cuando arrancaron los desórdenes.

La asamblea había atraído a otra multitud de estudiantes universitarios. Ocho mil maestros: todos los sectores de la Gran Lima y del Callao estaban presentes. Cuatro o cinco mil sanmarquinos se habían agregado a la asamblea. Escuchaban y aplaudían. Otros veinte mil estudiantes se movían por el campus.

Desde la víspera se habían reiniciado los cursos en la universidad y al mediodía hormigueaban los muchachos en esa ciudad sin acabar. Entonces empezó el asalto militar. Por delante la Guardia de Asalto. Después las tanquetas de la Guardia Civil. Más tarde, refuerzos militares y navales. En medio de la confusión, unos doscientos agentes de la DSE y la DAS tenían órdenes de capturar a los dirigentes sutepistas.

Tomada por sorpresa con la invasión del campus, la gente se empezó a dispersar. Un maestro tomó el micrófono y, a pesar de los gases lacrimógenos y los balazos, impuso serenidad y llamó a resistir. La primera preocupación de los sutepistas fue salvar a sus dirigentes. Por suerte, Horacio Zeballos se iba después de hablar en las asambleas. Así lo disponía la seguridad del sindicato. Se marchaba en un volkswagen celeste abollado cuando llegaban los blindados y los camiones con tropas. A Barrera y Armacanqui, ambos del Comité Nacional de Lucha, los escondieron en los sótanos de las facultades. Los gases policiales se diluían pronto en la ventilada amplitud de la Ciudad Universitaria. La Guardia de Asalto cargaba y la dejaban pasar. Después llovían piedras a retaguardia. Los matones de la DAS regresaban con las

manos vacías. Por la avenida Venezuela, principal entrada al campus, los estudiantes lanzaron la contraofensiva. Quedó embotellado el paso de vehículos al Callao y a Lima. Devuelta la sorpresa a fuerza de pedradas, un centenar de policías fue a refugiarse en las huacas vecinas. En el interior, maestros y maestras se reagrupaban con ayuda de los universitarios. Durante cuatro horas estallaron gases y diluvieron piedras en la nueva ciudadela de San Marcos. Sólo cayó preso un dirigente regional. La Guardia de Asalto despachaba a unos doscientos detenidos rumbo a la Prefectura. Casi todos eran sanmarquinos.

A dos semanas de las elecciones, el lunes 5 de junio ya estaban en Lima los enviados especiales de algunos de los principales medios de comunicación extranjeros. Por cierto, «The New York Times» tenía un corresponsal permanente en América Latina, que cada mes o cada dos visitaba Lima. En la época de las guerrillas del MIR, en los años sesenta, «The Washington Post» había destacado en Lima a uno de sus principales redactores. Un conocido periodista de «Le Monde» pasaba intensas temporadas en el Perú. Existían, además, veteranos corresponsales de agencias noticiosas extranjeras. Pero la tormentosa decadencia de una dictadura que había alcanzado celebridad internacional con el General Velasco para acabar negándose a sí misma con Don Pancho; la constante protesta popular y la posible elevación del octogenario Haya de la Torre a la cumbre de la Asamblea Constituyente, pues el fundador del APRA encabezaba la lista de su partido, todo atraía urgentemente a famosos cazadores de historias instantáneas, que se convertían en veloces expertos sobre el Perú para alimentar una transitoria curiosidad mundial. Rara vez recogían opiniones realmente populares. Muchos se contentaban con escuchar a los taxistas. Dormían en colchones de cinco estrellas y absorbían datos y teorías de un amistoso conjunto de celebridades más bien académicas, casi siempre conservadoras y muchas veces adineradas. Ya insertados en la cultura del cebiche y el pisco sour, los visitantes solían escuchar el grito de multitudes cada vez más numerosas: *¡Las calles son del pueblo y no de los gorilas!* Acaso preguntaban: ¿Quiénes son? La respuesta era la misma, siempre: Los maestros en huelga. *¡Pueblo, escucha... Únete a la lucha!* Los maestros. Otra vez los maestros.

El hambre mordía a sus familias, pues nadie había cobrado los sueldos de mayo. Desde el lunes 5 de junio empezaban a funcionar las ollas comunes. Visitaban los mercados a pedir la solidaridad de público y comerciantes. Recibían ayuda de los sindicatos campesinos. También los padres de familia contribuían con víveres. Cada vez más estudiantes visitaban los sitios donde se refugiaban sus maestros en huelga. En grandes ollas de aluminio puestas sobre fogatas se cocinaba lentamente el cotidiano sancocado de la pobreza magisterial. A la vez seguían las asambleas en la

Ciudad Universitaria. Los sutepistas se preparaban para resistir. El martes empezaron los despidos. También se abría la inscripción de candidatos para ocupar esas vacantes. Nuevamente el gobierno calificaba la huelga de aventura política de la ultraizquierda. El miércoles amenazaba con más represión. El jueves cambiaba de dirección. El propio general Otto Eléspuru salía en cadena nacional de radio y televisión a anunciar que estaba listo el nuevo proyecto de ley del Magisterio, que los maestros detenidos quedarían libres, que no se descontaría los días de huelga y que serían revisados los casos de despido, todo esto como una prueba de la voluntad de diálogo por parte del gobierno. El mismo día habían llegado nuevos mensajeros del viceministro Andrés Cardó. Proponía al SUTEP iniciar un trato directo. Esa noche, el obispo de los pueblos jóvenes pidió solucionar la huelga.

Para Horacio Zeballos simplemente se repetía la historia. Otra vez encargaban al viceministro iniciar conversaciones. Faltaban nueve, ocho días para las elecciones. La república militar acababa de confirmar su inclinación represiva. Fracasada la dureza, los maquinadores gubernamentales apelaban a la persuasión y el embuste. Podía tratarse de un segundo engaño. El Comité Nacional de Lucha del SUTEP sesionó en la clandestinidad más profunda. Se había cumplido un mes de huelga. ¿Cuánto tiempo podrían resistir con ollas comunes? Pronto tendrían que organizar campamentos del desempleo. Las esposas de los profesores presos vendían humitas y alfajores en las puertas de los ministerios. De otro lado, en los últimos cinco años los reajustes salariales del magisterio se acercaban a 140 por ciento, mientras que el costo de vida se había elevado al 300 por ciento. Los maestros de primera categoría que enseñaban en grandes unidades escolares tenían un ridículo haber básico de 11,000 soles y la mitad los de tercera y los rurales. Un balón de gas costaba 350 soles, 140 soles un litro de aceite a granel, 40 soles la lata de leche y 12 soles un kilo de cebolla. Enseñaban y ya no podían comprar libros, ni siquiera de tercera mano a los ambulantes de la ciudad. Tampoco les estaba permitido enfermarse, salvo que se tratara de resfriados comunes o bacterias de cierta simplicidad, sensibles a lo más barato de las medicinas genéricas. Horacio Zeballos no sabía como resolver sus dudas: los maestros ya la pasaban mal. Si no protestaban, la iban a pasar peor. Un mes y un día eran mucha huelga para familias de modesta condición. Tampoco podían seguir como antes o quedar derrotados, pues los harían pasar más hambre y encima serían humillados. En cuanto a la segunda invitación que cursaba el viceministro Cardó, podía abrir la puerta a una esperada solución y también conducir a la captura de los dirigentes. ¿Quiénes irían? El Comité Nacional de Lucha tenía doce integrantes en Lima y doce más fuera de la capital, aparte de una secreta telaraña de rústicas comunicaciones que hasta el momento habían permitido la supervivencia del sindicato más grande del

país.

—Yo tengo que ir —dijo Horacio Zeballos. Era el más conocido, el secretario general—. No vayan a pensar que me estoy corriendo. Por último, si caigo preso, se reforzará la voluntad de lucha de los maestros.

Aprobado.

Otro dirigente nacional que había adquirido celebridad era el profesor Armacanqui. Decidieron que integrase la comisión sutepista.

La clandestinidad quedaba al mando de César Barrera y Salazar Pasache. Del Comité Nacional de Lucha no se movían Néstor Vicente, Víctor Manzur. Por los dirigentes provincianos designaron al trujillano Camilo Gil. Quedaban clandestinos Eulogio Lozano, el Gato Marroquín y Yupanqui Mantarí. El grupo negociador fue completado con jacinto Sandoval y Alejandro Apaza, del sindicato de Lima, y el asesor legal, Melecio Carrasco.

En el raro país que tenía a los maestros peor pagados de Sudamérica, el edificio más alto seguía siendo el Ministerio de Educación, con veinte pisos en los que anidaba una cuantiosa burocracia. De lunes a viernes era preciso hacer cola para abordar los ascensores. El sábado quedaba desierto. En el gran vestíbulo con frescos que constituían una alegoría andina del conocimiento humano, esperaban tres ujieres uniformados de azul. A las nueve de esa mañana del 10 de junio de 1978, a ocho días escasos de las elecciones para la constituyente, Horacio Zeballos entró resueltamente con sus cinco acompañantes. En uno de los pisos intermedios esperaba el viceministro Cardó Franco.

Los atendió con gentileza, caballerosamente. Por contraste se le veía perfecto civil, no como al general Rudecindo Zavaleta, que trajeado de paisano se le veía miliciano. Un hermano del general Otto Eléspuru, al parecer funcionario ministerial, integraba la delegación del gobierno, lo mismo que el asesor legal del señor ministro. En cuanto a Zavaleta, había sido jefe de los servicios de inteligencia. Ya en el retiro, cumplía encargos siempre importantes. Manejaba la central de las empresas azucareras expropiadas, influía en todo el sector de Propiedad Social. Antes había estado al mando de SINAMOS. Ahora, después del fracaso de los ministros de Educación, emergía como asesor. El viceministro Cardó Franco conducía la conversación pero parecía evidente que Zavaleta mandaba.

Se hubiese dicho que era la misma conversación de otras veces. Horacio Zeballos recitaba de memoria los puntos sobre los que existían solemnes acuerdos anteriores: semana de 24 horas de enseñanza, reposición de los profesores subrogados y trasladados, reconocimiento del SUTEP, libertad de los maestros detenidos, restitución del descuento por los días de huelga, fin de las represalias, nombramiento de los maestros que solamente

tenían contratos temporales. Del otro lado de la mesa subían y bajaban cabezas afirmativamente. Tantísimas veces se habían expuesto y aprobado soluciones a esos puntos que ya no quedaba nada por discutir. Tampoco fue difícil resolver las novedades: que reabriese la Universidad de la Cantuta, la igualdad de salario y beneficios sociales para los maestros de las escuelas fiscales y de los colegios particulares, estabilidad para los profesores de Educación Física, que los auxiliares de educación fuesen considerados docentes. En cuanto al aumento, fue aprobada la concesión del mismo y hasta la fecha, el 6 de julio, Día del Maestro, más no la cantidad que sería convenida en el desarrollo del trato directo.

Diecisiete puntos quedaban solucionados. Faltaban otros asuntos por discutir: que las bonificaciones transitorias pasaran al básico, la restitución de beneficios por lejanía del trabajo y riesgo de vida, mejoramiento de las pensiones para cesantes y jubilados, aguinaldos y ampliación de los servicios de la seguridad social. —Ya tenemos un cierto acuerdo —habló el viceministro—. Los primeros diecisiete puntos se van a materializar en el curso de la próxima semana.

—Sólo así podemos decir que hay un cierto acuerdo —sonrió Horacio Zeballos.

—Se normalizarán las clases a partir del martes próximo siguió resumiendo el viceministro. Día de mala suerte, un martes trece.

—Siempre y cuando se suscriba el acta con los acuerdos entre el Ministerio de Educación y el Comité Nacional de Lucha del SUTEP —volvió a precisar Horacio Zeballos.

—Muy bien. Tendremos reuniones permanentes a partir del martes, hasta resolver los temas que faltan —se incorporó el viceministro.

—Yo creo que debiera hacerse un anuncio sobre el acuerdo —quiso proponer Rudecindo Zavaleta.

—Cuando se firme el acta, no habrá inconveniente.

—Pero ya no hay nada que discutir sobre los diecisiete puntos —insistió Rudecindo Zavaleta.

—Falta firmar el papelito —esta vez sonrió Horacio Zeballos. Estaban en el piso ministerial. Salían de un salón de reuniones con paredes adornadas por retratos al óleo de todos los ministros de Educación republicanos. Atravesaron varias puertas. Antes de abandonar los predios ministeriales, Cardó Franco susurró en una oreja de Zeballos: «Tengan cuidado. A partir de aquí, están de su cuenta.»

—¡Corran! —gritó a los sutepistas. Salieron en estampida en el momento en que llegaba la policía. ¡Trampa! La puerta principal del Ministerio estaba llena de soplones. Volaron hacia un laberinto de pasajes. En realidad no sabían por donde salvarse. Con ellos corría Rudecindo Zavaleta con traje

de paisano. ¡Por aquí! —dijo el general, llevándolos al sótano. Metió a cuatro sutepistas en su automóvil y salió casi llevándose a los policías por delante. El asesor legal del ministerio trataba de sacar a Sandoval y Carrasco. Los tomaron presos. Escaparon Horacio Zeballos, Armacanqui, Apaza y Camilo Gil.

¿Existía acuerdo o había sido todo una burla? ¿No se habían estrechado las manos con toda formalidad, no habían anotado cada una de las coincidencias, no estaban citados a una solemne reunión con el general Otto Eléspuru el lunes en la mañana? ¿Qué hacía entonces la policía acechándolos al salir del edificio? ¿Cómo aceptar la excusa de que el Ministerio del Interior daba órdenes en desacuerdo con el Ministerio de Educación?

—Todo lo que quieren es que la huelga esté suspendida para el domingo 18 —se refirió Zeballos al día de las elecciones—. Ya me parecía que estábamos llegando a un acuerdo demasiado rápido.

—Hace seis o siete años que discutimos lo mismo —protestó Armacanqui. Todos se preguntaban lo mismo: ¿Qué hacemos?— Asistir a la cita —dijo Zeballos—. No vamos a ir solos, para que nos metan presos. Tienen que asistir los maestros en masa. Esa tarde, SERP y FENTEP expresaban respaldo al mensaje del general Otto Eléspuru. Los medios de comunicación acogían rumores de un levantamiento de la huelga magisterial. Para unos se había agotado, terminaba en la dispersión de los huelguistas.

Para otros, ya existía un acuerdo secreto. El SUTEP entraba en disciplina.

Hasta el lunes pareció que volaba el tiempo. En el tramo final de la campaña electoral, con gran parte de la izquierda ausente a la fuerza, apristas y bedoyistas agotaban sus argumentos en la búsqueda de votos. Por temor a la república militar, hasta los derechistas agachaban la cabeza frente al término utilizado por Don Pancho para definir el objetivo de la Asamblea Constituyente: no solamente dar una constitución sino dejar establecida una «democracia social», como si pudiese ser antisocial, una sociedad en contra de sí misma. Hubiese dicho «que parezca socialista» y habría sido más exacto, por lo que ninguno de los antiguos adversarios políticos de la dictadura se molestó en oponerse. No era velasquismo. Tampoco se trataba de la Segunda Fase proclamada por Don Pancho. Más bien parecía inaugurarse un neopanchismo bastante culebroso, realmente invertebrado, pues cambiaba de lado con graciosa naturalidad.

El gobierno se había mostrado amistoso con el SUTEP el sábado. Cuando Zeballos volvió el lunes al frente de la comisión negociadora, olfateó de inmediato que la situación ya no lo favorecía.

Acaso los gritos de unos diez mil maestros frente al Ministerio de Educación habían avinagrado el ánimo del general Otto Eléspuru. Tal vez

eran verdad los rumores de una grave reprimenda telefónica por parte de Don Pancho, que el señor ministro había escuchado con mejillas enrojecidas. ¿No era el suyo el único sector que no habían podido calmar hasta después de las elecciones? Posiblemente los negociadores no habían interpretado bien las órdenes superiores y se habían excedido con el acuerdo del sábado. A Horacio Zeballos no se le escapó la expresión de funeral que traía el viceministro Cardó. Al fin cortó el aire la voz del general Otto Eléspuru. ¿Qué extraño designio lo había colocado al mando de la educación y los asuntos culturales del país? ¿Quién había sido antes y qué sería después, Otto Eléspuru? No sabía disimular su enojo. Observó odiosamente a los maestros. Le causaban disgusto. Lo fastidiaba la barba de Horacio Zeballos. Se le había escurrido constantemente de toda clase de celadas. La voz del general Otto Eléspuru no se anduvo en contemplaciones.

—Señores maestros, estamos jodidos. El consejo de ministros me ha desautorizado para solucionar el problema económico del magisterio. En realidad, no tengo autorización para resolver los problemas en la forma en se había acordado. Es definitivo.

Cada una de sus palabras cayó en un pozo de silencio.

Al fin Horacio Zeballos se inclinó sobre la mesa de reuniones. Preguntó con cierta incredulidad:

—¿Cómo que desautorizado? —Así es. Nos han jodido.

—¿Y entonces por qué no presenta su renuncia? ¿Cómo va usted a seguir siendo un ministro desautorizado?

—¡Tenemos un acuerdo! —protestaba Armacanqui. —¡Señores dirigentes, déjense de cojudeces! ¡Ustedes tienen su problema y yo tengo el mío!

Cuando volvió a parpadear Zeballos, el señor ministro había desaparecido. Sus asesores escapaban por los pasillos. ¿Dejarse de cojudeces? Francamente habían llegado demasiado lejos. Cojudeces, seis años de promesas incumplidas. El hambre de los huelguistas, cinco millones de escolares sin clases, una mentira tras otra saliendo del gobierno... ¿cojudeces? ¿Pobres cojudos, los ciento cincuenta mil maestros?

—¡Vámonos de aquí antes que nos caiga la policía! —explotó Horacio Zeballos—. ¡Otra vez nos han engañado!

POR PRIMERA VEZ EN DOCE AÑOS, cinco millones de peruanos debían depositar sus votos en todo el país. También por primera vez votaban los ciudadanos mayores de 18 años. El 13 de noviembre de 1966 habían elegido alcaldes. El 18 de junio de 1978 elegirían una Asamblea Constituyente: cien ciudadanos que debían dar al país una nueva Carta Magna, un modelo nacional

renovado, una forma republicana más avanzada, acaso única, andina, realista, que por fin fuese reflejo y ordenamiento de la imperfecta sociedad peruana en vez de una imitación de constituciones extranjeras o la organización utópica de otra inservible república imaginaria. La inestabilidad peruana se expresaba en su abundancia de estatutos y constituciones, que repetían lo mismo: el deseo de volver a empezar, cada vez con seriedad y realismo. Y siempre fracasaban. Once cambios se habían registrado sólo en los cuarenta años iniciales de la primera república militar. San Martín había intentado ponerle cimientos a su última creación republicana, con un reglamento y un estatuto provisorio después. Al año se dieron las bases de la primera constitución, que el mismo congreso expidió a los once meses. A los tres años se aprobó la constitución vitalicia de Simón Bolívar, que estuvo vigente sólo 49 días. Siguió la razonable constitución de 1828. La Confederación Perú-Boliviana tuvo su propia constitución a partir de 1834. A la derrota confederada, siguió la constitución de 1839, que disfrutó de cierta longevidad hasta quedar interrumpida por el estatuto provisorio de Castilla en 1855, verdadero campeón del pragmatismo pues auspició una constitución liberal en 1856 y, después de cerrar el congreso con un candado, pasó a una constitución conservadora en 1860. Una nueva constitución liberal tuvo cuatro meses y medio de existencia en 1867. Revivió después la constitución de 1860. El dictador Piérola se dio un estatuto propio en 1879, a fin de tener «facultades omnímodas». Volvió a regir la constitución de 1860 hasta que otro dictador, esta vez civil, se hizo una constitución a su medida, Leguía en 1920. En fin, estaba vigente la pobre Constitución de 1933, escrita y aprobada mientras numerosos constituyentes apristas estaban presos o deportados. A la primera república militar le correspondían trece constituciones o estatutos y tres a la república aristocrática, incluyendo al modernizador de la aristocracia que había sido Leguía y a ese fiel mayordomo de los aristócratas en que acabó por convertirse Sánchez Cerro. La segunda república militar ensayaba ahora su primera constitución. Visto fríamente, no estaba mal para 157 años de vida independiente, con un total de cien gobiernos y sesenta y cinco gobernantes (sin incluir a cuatro extranjeros), con apenas 16 elecciones presidenciales, 25 golpes totales de estado y el resto producto de componendas, subgolpes, maquinaciones diversas y hasta de acuerdos entre caballeros.

Por suerte aún se contaban los votos a mano y se sumaban con papel y lápiz, en presencia de testigos. Lento pero más bien seguro se pudo vaticinar que la votación más alta había sido para Víctor Raúl Haya de la Torre y el Partido Aprista. La segunda correspondía al conservador Partido Popular Cristiano y su líder Bedoya. Después seguía el rebaño de partidos de la izquierda. En cuanto a Belaunde, el presidente derrocado en 1968, no había presentado candidatos, pero endosaba votos a su viejo aliado Bedoya.

En la izquierda, Patria Roja había insistido con el boicot. Ochocientos mil habían decidido no votar. El ausentismo era el más alto desde 1956, cuando se habían empezado a recoger datos estadísticos medianamente confiables. Quienes habían viciado o anulado sus votos pasaban del medio millón. Sumados a quienes votaban en blanco, venían a representar el 29.5 por ciento de la población electoral, cantidad superior a la votación obtenida por la lista ganadora del APRA que llegó al 24.9 por ciento de la población electoral y al 35.4 por ciento de los votos válidos. ¿Quién ganaba, quién perdía? ¿Qué significaba la voluntad expresada por el pueblo peruano después de diez años de segundo militarismo y de las enormes reformas impuestas por Velasco? ¿Quién era Haya de la Torre, qué había cosechado personalmente un millón de votos, equivalentes a 29.6 por ciento de los votos válidos?

Haya de la Torre había inaugurado una propuesta marxista en el Perú en la década de los años 20. Era trujillano, de origen a medias aristocrático, bien vinculado a la clase gobernante. Como presidente de la Federación de Estudiantes del Perú había servido de mediador durante la gran huelga de 1919 que arrancó la jornada de las 8 horas diarias y el derecho de huelga al gobierno del hacendado don José Pardo. En 1924 había insurgido en la vida política oponiéndose en las calles a la continuación de Leguía en el poder. APRA significaba Alianza Popular Revolucionaria Americana, un nombre que no dejaba espacio para muchas dudas. El APRA reclamaba una primera fundación en México, en 1926. Mariátegui establecía el Partido Socialista en 1928. A la caída de Leguía, en 1930, el APRA pudo funcionar como partido y el Socialista pasó a ser Partido Comunista Peruano. Haya se alejaba de la III Internacional Comunista, sin acercarse totalmente a la II Internacional. Ya sin Mariátegui, el Partido Socialista original se insertaba totalmente en la III Internacional Comunista en pleno estalinismo. Haya de la Torre había sido siempre la cabeza del movimiento que había fundado. En los años 20 había estado muy cerca de los bolcheviques. En México se había propuesto reunir a los grupos revolucionarios de América Latina (o Indoamérica, como prefería llamarla) en un gran movimiento continental. La III Internacional Comunista tenía sus propios planes. Terminada la época inaugural, de creación política, el comunismo ruso se transformaba en una religión aún más dogmática que el catolicismo del primer milenio. Haya de la Torre pasó a moverse por un indefinido espacio socialista latinoamericano. No era comunista para los comunistas. Para la derecha, era un comunista absoluto. Los diarios se referían al apro-comunismo y a la secta de los apro-comunistas, términos usados hasta la época de Odría. Los apristas constituían una suerte de logia, cuyo himno era la Marsellesa con letra peruana. En 1931 robaron la presidencia a Haya de la Torre. En 1932 estalló la gran insurrección de Trujillo. El usurpador Sánchez Cerro mandó fusilar a mil

apristas en un mes, seiscientos en la Portada de Mansiche y el resto en las ruinas de Chan Chan. En los valles azucareros y las haciendas trujillanas se contaban centenares de desaparecidos. El APRA reunió los nombres de seis mil víctimas de la represión sólo en 1932. Estallaron revueltas populares en varias ciudades andinas. Preso Haya de la Torre, lo quisieron fusilar. Una protesta internacional demoró la ejecución y Sánchez Cerro fue asesinado por un fanático aprista. Salió libre, pero pronto Haya de la Torre bajó a las catacumbas. Otro fraude impidió que en 1936 llegara a la presidencia un candidato apoyado por los apristas. En 1938 fracasó la «revolución de los espíritus» promovida por Haya. Tres veces salvó de ser asesinado en esa década. En 1945 el APRA había dado la presidencia a un jurista ingrato, con el que acabó en guerra política. Acusaban a los apristas de asesinatos políticos y propósitos terroristas. El 3 de octubre de 1948 se levantó la marinería aprista en el Callao. Fracasó el movimiento. El 27 de octubre tomó el poder Odría y desató la más grande persecución de apristas de la historia, de paso barriendo con los afiliados al Partido Comunista Peruano. Haya de la Torre se refugió en la embajada de Colombia. Odría le negó el salvoconducto, de modo que Haya de la Torre debió seguir encerrado casi cinco años en una habitación de la embajada. El gobierno le retiró entonces la ciudadanía, declarándolo indigno de ser peruano.

Hasta entonces había sido uno, el original, el revolucionario, internacionalista y antiimperialista. Había sido otro al salir al extranjero. Había revisado sus doctrinas. En ciertos aspectos daba una vuelta a la moneda: en vez de cara, sello. En 1956 se alió al último aristócrata, Manuel Prado, que intentó dejarle la presidencia. Haya de la Torre fue vetado por el Ejército. En 1962, golpe. Al otro año, elecciones. Belaunde a la presidencia. En el congreso se juntaron Haya de la Torre y Odría para obtener mayoría. Desde 1948, el APRA venía perdiendo a lo más atrevido de su juventud. Del APRA Rebelde resultó el MIR. Del APRA había salido Alfonso Barrantes, que ahora presidía la UDP, Unidad Democrática Popular. Del APRA se marchaban muchos de quienes habían sido perseguidos por Prado y Odría, sus familias, hasta sus descendientes. En ciertas regiones, especialmente en el norte del país, Haya de la Torre había sido como una santidad, pues se encontraba su retrato en los hogares humildes, alumbrado con una velita como las estampitas de los santos. ¿Qué lo hizo despertar, qué conmovió hasta los huesos al viejo rebelde? ¿La voluntad revolucionaria de Velasco? ¿El feroz contraste de un general del ejército que ejecutaba promesas que Haya de la Torre no había podido cumplir? Porque en los años 70 había vuelto a desandar el camino de los compromisos para emprender la ruta de la rebeldía. Con sus ochenta y dos años encima y un cáncer del que no se informaba, Haya de la Torre había demostrado por última vez su asombrosa

capacidad para cumplir una campaña política en un país con malas carreteras, presentándose en plazas públicas a cuatro mil metros sobre el nivel del mar o en la atroz sofocación de los pueblos tropicales. Dos veces había ganado las elecciones presidenciales. Una vez lo habían robado y la otra lo habían vetado quienes debían ser sus subalternos. Durante veintitantos años el APRA había estado prohibida. Los peruanos intuían que sería la última elección de su existencia. Haya de la Torre y sus acompañantes recibieron el 35.4 por ciento de los votos. Para nadie fue una sorpresa.

La votación que recibió Bedoya tampoco sorprendía. Por cierto, sólo la cuarta parte constituían votos originalmente bedoyistas. Su anunciada posición «social cristiana», competidora de la exhausta democracia cristiana original, no podía inspirar las posiciones ultraconservadoras que habían expresado sus voceros durante la campaña. El resto de los votos bedoyistas venía con seguridad de la cuenta pendiente que tenía el depuesto Belaunde con los electores. En todo caso, se había pensado que muchos más votos habrían de ser trasvasados por el belaundismo al bedoyismo. Más que sorpresa, resultaba una decepción. Pese a todo, la de Bedoya constituía la segunda fuerza de la Asamblea Constituyente, con 23.8 por ciento de los votos válidos.

Lo que no se decía era que tanto apristas como bedoyistas habían abrigado la esperanza de alcanzar mayoría absoluta. Y estaban lejos de esa mágica mitad de los votos. La verdadera sorpresa estaba en la votación de izquierda que, reunida, sumaba 29.8 por ciento de los votos válidos. Sin haber propuesto una verdadera alternativa de gobierno, sin ofrecer un proyecto de nueva constitución, sin haber sido capaces de darse la indispensable unidad y, por último, con sus principales personajes perseguidos o deportados, además boicoteados por Patria Roja y otros movimientos maoístas, recibían cinco por ciento más de votos válidos que los bedoyistas/belaundistas y quedaban a cinco por ciento del aprismo.

Después de Haya de la Torre y Bedoya, la tercera votación individual más alta la obtenía el trotskista cusqueño Hugo Blanco, del FOCEP, con 283 mil votos. La cuarta correspondía a Leonidas Rodríguez Figueroa, el general velasquista que encabezaba la lista del Partido Socialista Revolucionario, con 169 mil votos. La quinta pertenecía a Jorge del Prado, secretario general del Partido Comunista Peruano (Unidad), con 150 mil votos. La sexta votación más alta pertenecía a Genaro Ledesma, con 76 mil votos. Con el FOCEP debió salir elegido el novelista Manuel Scorza, a quien el Jurado Nacional de Elecciones no había borrado de las papeletas pese a su renuncia irrevocable; y otro de los deportados, Ricardo Napurí. A Javier Diez Canseco lo elegían con la UDP, lo mismo que al veterano del MIR, Carlos Malpica. Víctor Cuadros y Hernán Cuentas llegaban a la Asamblea Constituyente con la UDP y el

FOCEP, respectivamente, y con el PCP-Unidad lo hacían Isidoro Gamarra y el secretario de la Federación de Empleados Bancarios, Eduardo Castillo. En total la izquierda ponía 28 representantes en la Asamblea Constituyente, 37 el APRA y 25 el bedoyismo. El resto pertenecía a minorías.

LAS CALDERAS, INFLADAS POR LA IMPACIENCIA nacional, habían soltado un chorro de lo que había sido una presión casi insoportable y un sentimiento de incierta legalidad pacificó el alma de los peruanos después de las elecciones. ¿Qué autoridad podría pasar por encima de una Asamblea con los supremos poderes para dar una constitución? ¿Un general sin mandato que ocupaba la presidencia por la fuerza de las armas y contra el sentimiento popular? La posibilidad de una confrontación volvió a tensar a los políticos.

Mientras tanto, los sutedistas estaban totalmente ocupados en sobrevivir. Después del segundo fiasco, sólo les quedaba seguir la huelga verdaderamente hasta las últimas consecuencias. Las ollas comunes funcionaban en todos los distritos y en todo el país. Los estudiantes ayudaban a sus profesores en colectas callejeras. A diario recogían víveres que regalaban padres de familia y otros sindicatos. El Cardenal Landázuri pedía una solución al gobierno. La Conferencia Episcopal designó a una comisión mediadora para restablecer el diálogo entre el SUTEP y la república militar. Tres obispos se encargaban de interponer sus buenos oficios. Pese a todas las gestiones, a los cablegramas extranjeros, a la preocupación de diversas organizaciones europeas, al atraso que afectaba a cinco millones de alumnos y a la desesperación de los propios huelguistas, el gobierno seguía sordo, impasible Don Pancho, decidido el Poder Oculto a liquidar tan peligroso sindicato.

Horacio Zeballos pedía tranquilidad. La huelga pasaría los ochenta días cuando empezara a sesionar la Asamblea Constituyente. No quería arriesgarse Don Pancho a que el conflicto magisterial avivase el fuego de la justicia en los corazones civiles de tan poderosos asambleístas. La prensa extranjera no se movía de Lima, ahora esperando la instalación de la Constituyente y el mensaje presidencial del 28 de julio. Con todo en contra, la huelga no vacilaba. Los pocos que volvieron a clases confiados en el perdón de la dictadura, recibieron una piltrafa de sueldo. Les habían descontado dos tercios por estar en huelga. Con frecuencia se preguntaba Zeballos por qué odiaban al SUTEP los jefes de la república militar. ¿Porque nunca se había sometido? ¿Acaso se trataba de un asunto de prestigio para los señores generales de división? ¿Tal vez los enfurecía la imposibilidad de comprar el levantamiento de la huelga? ¿Se escapaban del manual de instrucciones,

los maestros? ¿Quizás el Poder Oculto mandaba reorganizar la educación a fin de tener un magisterio sin opinión propia, un mandadero intelectual? ¿Realmente interesaba al Poder Oculto que desaparecieran los analfabetos y que los jóvenes aprendiesen más y que algún día el pueblo peruano pudiese elegir libre y responsablemente el camino que creyera más conveniente para sus propios intereses?

Cuatro días después de las elecciones, el Comité Nacional de Lucha dio instrucciones para una escalada nacional. Dos mil maestras de luto desfilaron por primera vez en el jirón de la Unión y 73 maestros ocuparon la Catedral de Huancayo. A las profesoras las gaseó la Guardia de Asalto. Habían llegado a unos metros de la Plaza de Armas. Retrocedieron sin abandonar el Jirón de la Unión. Las mojaron con chorros de agua a presión. Las maestras seguían sin rendirse. Al fin la Guardia de Asalto tuvo que pegarles, derribarlas, llevárselas cargadas. Al otro día volvieron. Eran tres mil. Esta vez el público se ponía de su parte.

—¡Las calles son del SUTEP y no de los gorilas! —gritaban. Y después:

—¡Por más que quiso Otto, la huelga no se ha roto!

Los maestros de los colegios particulares cumplieron un paro escalonado que tomó a todos por sorpresa. De inmediato intervino el Consorcio de Educación Católica para impedir nuevas paralizaciones «ilegales». Pero las asociaciones de padres de familia de los colegios laicos suscribieron una petición al gobierno para que reanudase el diálogo.

Las maestras de luto se empezaban a adueñar del Jirón de la Unión. Los maestros efectuaban mítines «relámpago»: desaparecían antes de que llegase pesadamente la represión. Un numeroso grupo de profesores tomó la Catedral de Tarma. Otros ocuparon la Universidad del Cusco. En los días siguientes, los sutepistas tomaron iglesias en todo el país. Trescientos se instalaron en la Catedral de Arequipa.

El gobierno expidió entonces el Decreto Ley N° 22222, que mandaba reorganizar totalmente la educación pública en un plazo de noventa días, facultando al ministro del ramo a tomar cuantas decisiones creyera necesarias. Además militarizaban el Ministerio de Educación, nombrando a jefes del ejército para ocupar los puestos principales. El pobre viceministro Cardó estaba liquidado, desde luego. Lo sustituía un general de brigada en plena actividad.

Esta vez protestó el Cardenal Landázuri. Un paro general en el Cusco expresó el apoyo de la población cusqueña al SUTEP. El gobierno llamaba a las asociaciones de padres de familia, que designaron a una comisión para mediar en el conflicto. Pronto el Poder Oculto la convirtió en Federación Nacional de Padres de Familia y la aventó contra los maestros. Tres días

después la maniobra fue censurada y se creó la Asamblea Nacional de Padres de Familia, que pasó a apoyar a los sutepistas.

Cambiaban los gritos en las manifestaciones de maestros:

—¡La huelga es del SUTEP, el trato es con el SUTEP!

—¡Pueblo, escucha; únete a la lucha!

—¡La lucha es el camino, el SUTEP lo demuestra!

El Decreto Ley N° 22222 sólo consiguió irritar a los maestros y generar una creciente solidaridad nacional. ¿Hasta dónde podían llegar las odiosidades de Don Pancho y el Poder Oculto? ¿A militarizar la educación pública como quien controla ferrocarriles en tiempos de guerra? El 6 de julio, Día del Maestro, unos veinte mil profesores recorrieron las calles del centro. Nuevamente las maestras vestían de luto. Se agregaban a la marcha los padres de familia y estudiantes de secundaria. Como era habitual, la Guardia de Asalto intentó dispersarlos. Pero esta vez no querían llegar a la Plaza de Armas sino que se dirigían al viejo cementerio de Lima. Por los ruinosos balcones de los Barrios Altos, la gente tiraba flores o papel picado. Aplaudía el pueblo o se iba siguiéndolos. Por esas mismas calles, una multitud parecida había llevado en hombros el ataúd del novelista José María Arguedas, cubierto por una bandera peruana, mientras un edecán del General Velasco encabezaba el duelo y los estudiantes cantaban la Internacional. Ocho años más tarde, por esas mismas calles una muchedumbre todavía mayor, verdaderamente incontable, había mostrado su pena al pasar los restos del General Velasco, que con todos sus errores y toda su grandeza había intentado ser peruano y gobernar para los humildes. Por ahí marchaban ahora con sus cincuenta y nueve días de huelga los profesores de la zona metropolitana, con flores para los maestros caídos en su larga lucha por tener nada más que un sindicato y para guardar silencio ante la tumba del Amauta Mariátegui, sepultado en el Sector IV del cementerio del Presbítero Matías Maestro. Ahí los esperaban centenares de niños colegiales con flores blancas y, por cierto, delegaciones de federaciones y sindicatos amigos. En ese momento se dijo Horacio Zeballos que no podían rendirse. Una patria débilmente de pie, un país aún por existir los miraba con esperanza.

A partir de esa mañana, no descansaron las marchas. Los maestros venezolanos protagonizaron un paro de solidaridad con los maestros del Perú. Los sindicatos de maestros de España y Colombia hacían llegar donaciones para el sostenimiento de la huelga. En Suecia se realizaba una colecta pública para ayudar al SUTEP. El Comité Único de Lucha de la CGTP convocaba a un mitin en apoyo del magisterio. Las maestras de Lima marchaban de luto, ahora con cacerolas vacías. Grupos de estudiantes protestaban frente a la Embajada del Perú en París. Sesenta periodistas de los diarios limeños «Correo» y «Ojo» se negaban a someterse a las presiones de la dictadura

para tergiversar las noticias sobre el SUTEP y atacar a los maestros de acuerdo a instrucciones de la OCI y la Dirección de Asuntos Psico-Sociales del Ejército. Llovieron cartas de despido, contestadas con una huelga. A su vez quedó suspendida indefinidamente la publicación de esos diarios. Los trabajadores llegaron a tirar varias ediciones «populares» antes de sufrir un masivo asalto policial.

La propaganda orquestada por el Poder Oculto golpeaba sin misericordia al magisterio. A la república militar ya no le importaba la verdad. Sólo quería destruir la huelga. Afirmaba el gobierno que en aumentar los salarios de los maestros en los últimos tres años se había gastado más que en la construcción de escuelas de toda una década. Decía que cien mil maestros había recibido nuevo y costoso entrenamiento. Que los señores profesores vivían bastante bien en comparación con otros peruanos y que su huelga se debía exclusivamente a motivos políticos. Que el SUTEP era una organización totalitaria que jamás se había preocupado por el bienestar de sus afiliados. Que los padres de familia y los estudiantes censuraban a sus propios maestros. Que en pueblos del interior se había levantado la huelga. Que las asociaciones de padres de familia exigían la reanudación de las clases. Que maestros desilusionados con el SUTEP se habían acercado al general Otto Eléspuru a ofrecer un trato por separado.

¡Setenta días de huelga!

Víctor Raúl Haya de la Torre empezó a vestirse al amanecer del martes 18 de julio con la lentitud de un condenado a muerte. Había dormido menos de tres horas. Desde la persecución de 1932 se había acostumbrado a vivir de noche, no sólo porque era preciso vigilar, pues la policía reventaba posibles escondites en la paz de las madrugadas, sino porque le gustaba escuchar noticias europeas en un aparatoso receptor radial de onda corta. Ahora, cuando ya no quedaban libros que leer y toda su atención se concentraba en la inexorable expansión de la muerte interior, ahora se le extraviaba el sueño. En pleno invierno austral, un frío serrano crispaba las madrugadas de Vitarte. Nunca había necesitado estufas, pero ahora permitía que calentaran sus dos habitaciones personales, el dormitorio y la biblioteca, con su habitual amontonamiento de cartas sin contestar, fotografías, objetos personales y su vieja máquina de escribir portátil. Debajo de la cama escondía varias cajas de cartón que guardaban viejas postales, fotografías, cartas, hasta capillos y estampitas, todo en apretado desorden. Había demorado ochenta y dos años en sentir cansancio. Preso, asilado, desterrado, escondido la mayor parte de su existencia, estaba acostumbrado a la espera, había aprendido a ser paciente. De pronto se le acababa el tiempo, que siempre le había sido generoso. Mientras crecía la luz de ese martes 18 de julio, Haya de la Torre se dejó lavar y vestir con lentitud. Después de su primera deportación en los años 20,

de regreso de Moscú lo habían internado en un sanatorio para tuberculosos en Suiza. Antes de emprender la última campaña electoral de su existencia, decidió someterse a una revisión médica total. Haya de la Torre carecía de fortuna. Todas sus posesiones entraban en dos maletas. Esa vieja quinta en Vitarte, Villa Mercedes, pertenecía a parientes que se la prestaban. No tenía con que pagarse el viaje a una clínica extranjera. Un poderoso empresario aprista, Carlos Langbergh, lo llevó a Houston. Las radiografías pulmonares tomadas en diciembre de 1977 mostraban una minúscula oscuridad que escapó al ojo de los médicos: empezaba el cáncer. Siete meses después le devoraba la respiración.

Al fin quedó vestido, listo para la instalación de la Asamblea. El viejo teléfono de larga distancia que conectaba Villa Mercedes con la capital, había sido reforzado por una reciente línea del circuito confidencial de tres cifras. Mientras se esforzaba por tomar el desayuno, Haya de la Torre escuchaba a su secretario Idiáquez que recibía noticias de Lima. Los apristas habían asegurado su presencia en las galerías del Congreso y en la Plaza Bolívar. Sin embargo, no menos de diez mil maestros marchaban por el centro de Lima desde las ocho de la mañana, pidiendo solución a su huelga. Pese a que Haya de la Torre había exigido mesura y tolerancia cívica al Ministerio del Interior, por el centro de Lima se expandía el hedor característico de los gases lacrimógenos. No todos los deportados habían podido regresar para el martes 18 de julio. Hugo Blanco se había robado la película al volver de Suecia con el puño en alto, antes que ningún otro de los constituyentes elegidos en el destierro. Aún tenían que volver los que estaban refugiados en Francia y en México. A la hora en que llegó Haya de la Torre para presidir la sesión preparatoria de la Asamblea Constituyente, los maestros habían intentado llegar por varias rutas a las cercanías del Congreso. Las fuerzas de choque apristas no disimulaban su odio a quienes consideraban comunistas. Expresaban una actitud ordenada por el cada vez más poderoso Jorge Idiáquez. En junio, los búfalos, los *defensistas* del APRA, habían despachado a una clínica a cuatro maestros heridos de bala, con prudente calibre veintidós. El martes 18 de julio se habían establecido frente al Congreso y en casi toda la Plaza Bolívar. Más allá se desplegaban varias hileras de guardias de asalto. Mientras tanto, seguía creciendo la muchedumbre de huelguistas. No parecía una fiesta sino otro día de combates callejeros.

El comienzo de la Asamblea Constituyente había sido tumultuoso. Una guardia de paracaidistas militares había presentado armas a la llegada de Haya de la Torre. La banda de músicos tocó la Marcha de Banderas, reservada para saludar al presidente de la república. Una escolta partidaria rodeaba al jefe del APRA, casi llevándolo en vilo por los peldaños de mármol y alfombrados pasajes hasta la antigua presidencia de la Cámara de Diputados.

Ahí se desplomó exhausto Haya de la Torre. Pero nadie conocía su estado de debilidad fuera de un pequeño grupo de allegados. Idiáquez no se andaba en contemplaciones. Cerraba el paso aún a viejos líderes del partido. Mientras tanto, en las galerías se peleaban las barras apristas y bedoyistas, que sin embargo se unían para pifiar la aparición de los asambleístas de la izquierda. Una hora tardó Haya de la Torre en recobrar las fuerzas. Salió al hemiciclo como si subiera al patíbulo. No era ya el orador espléndido, el hipnotizador de multitudes sino un anciano de ojos líquidos y voz apenas audible, al que había reanimado su médico de cabecera. Una vez que juró Haya de la Torre, lo siguieron los secretarios de esa directiva transitoria y después los constituyentes apristas. Un hermoso crucificado asistía a la ceremonia. Era el mismo cristo ante el que se habían arrodillado todo un conjunto de próceres, traidores, iluminados, ladrones, falsarios, héroes, santos y perjuros, políticos de todas las edades y tendencias desde la inauguración republicana. Pese a la importancia de ese crucifijo que había conocido a Bolívar y a Luna pizarro, una de las pocas reliquias de los primeros congresos nacionales, Haya de la Torre y los apristas habían jurado sólo por la Patria, sin incluir a Dios en los negocios del Estado y la política. Los bedoyistas exigieron una Biblia. La ceremonia se interrumpió mientras sacudían el polvo de una gruesa Biblia traída de la biblioteca del Congreso. Se acercaba el mediodía. Los ojos de Haya de la Torre observaban vidriosamente a los constituyentes. Nuevamente necesitaba descansar. Antes de interrumpir la sesión hasta las cinco de la tarde, anunció que la Asamblea Constituyente pagaría los pasajes para el regreso de todos los deportados, aunque no hubiesen resultado elegidos. Pasado el mediodía, la multitud de maestros en huelga cargó desde el Ministerio de Educación, a cinco cuadras de distancia. Pasaban de veinte mil sutepistas los que arrollaron a la Guardia de Asalto y consiguieron acercarse a la puerta del Congreso. Ahí se armó una trifulca con un centenar de búfalos, lo que quedaba de la muchedumbre aprista. El estruendo de balazos en la plaza malograba la solemnidad de la jornada. Durante un largo rato quedaron dueños los maestros de la Plaza Bolívar.

Por varias bocacalles reapareció la Guardia de Asalto, cuyo cuartel quedaba a dos calles del Congreso. Mojaban y gaseaban a los huelguistas. Los matones del gobierno arrastraban por el suelo a las profesoras que no se les corrían. Entonces salieron a protestar varios constituyentes. A Hugo Blanco le cayó encima un chorro de agua a presión. Acaso trataban de llevárselo, pero varios uniformados no consiguieron sujetar al fornido cusqueño. Un jefe policial se vio forzado a parlamentar. Se retiró la Guardia de Asalto a las calles laterales y al rato los maestros abandonaron la Plaza Bolívar, llevándose a un centenar de contusos y maltrechas profesoras.

Quinientos profesores y profesoras habían entrado en huelga de

hambre en dieciséis templos de Lima y Callao que les dieron refugio. Veinte ayunaban en Chiclayo y diez en Chachapoyas. De Huacho, al norte; y de Mala, al sur, los maestros emprendían marchas de sacrificio violentamente reprimidas por la policía. En una de ellas había muerto el profesor Javier Ventura. Cincuenta más se negaban a comer en Ayacucho. Doscientos se sumaban a la huelga de hambre en varias iglesias del Cusco. Cien lo hacían en las catedrales de Iquitos, Pucallpa y Tarapoto. Cinco personas habían muerto baleadas durante una manifestación de apoyo al SUTEP en Yurimaguas. La huelga de hambre se extendía a Puno, con doscientos maestros y maestras que habían dejado de comer el quince de julio. Los sutepistas salían a las calles mañana y tarde. Las ollas comunes habían generado la solidaridad nacional. Las familias de los huelguistas vendían bonos de huelga en las puertas de los ministerios. Empezaban las colectas en los cinemas y en toda clase de espectáculos públicos. La calavera con un casco militar que mostraban los cartelones del SUTEP se popularizaba como representación de la dictadura militar. Seguían llegando donaciones internacionales para el sostenimiento de la huelga. Maestros de otros países realizaban colectas. En los países escandinavos, las noticias sutepistas provocaban asombro y cada día ocupaban más espacio en los diarios. Mil celebridades europeas habían dirigido un cablegrama a Don Pancho protestando por la violencia con que se trataba a los educadores. La resistencia a una dictadura sudamericana mediante el cierre de escuelas, empezaba a crecer como historia de actualidad en Francia, donde Sartre, Resnais, Duras, de Beauvoir y otros activaban un movimiento de solidaridad con el magisterio del Perú. Parecía un suicidio castrense, nada nuevo en una república frustrada por un militarismo al parecer incurable, pues nada resultaba más corrosivo para el pobre prestigio de la Segunda Fase que el abuso constante con los maestros. Cada vez aparecían más uniformes grises de estudiantes de secundaria metidos en las movilizaciones contra el gobierno. Subempleo y desempleo llegaban a la mitad de la población económicamente activa. Los salarios habían perdido casi tres cuartos de su antiguo valor. Seguían disparándose los precios. Y encima se interrumpían colegios y escuelas por más de dos meses. Los padres de familia también estaban furiosos. Por último, empezaba a cambiar una época. ¿Qué pretendía Don Pancho con su aparente odio a los maestros? Al fin, el lunes 17, víspera de la instalación de la Asamblea Constituyente, el general de división Oscar Molina Pallocchia, Primer Ministro y Presidente del Comando Conjunto de la Fuerza Armada, exhortó a maestros y padres de familia a conseguir un acuerdo que permitiese reanudar las clases a la brevedad posible.

El miércoles 19 de julio empezaron a sonar los teléfonos de centrales obreras y sindicatos. Llamaban del Comando Conjunto para hacer contacto con el Comité Nacional de Lucha del SUTEP. Ese día se realizaba un mitin

en la Plaza Dos de Mayo en conmemoración del gran paro nacional de 1977, que había precipitado el llamamiento a una Asamblea Constituyente. César Barrera no llegaba a sentirse confiado cuando a la mañana siguiente llegó al ala derecha del palacio presidencial, donde antes funcionaba el Ministerio de justicia, sintomáticamente suprimido por la dictadura, para dar espacio a las oficinas del Primer Ministro. Con Barrera llegaban Armacanqui, Alejandro Apaza y Víctor Quintanilla, del Comité Nacional de Lucha. Demasiado solemne para su gusto, Barrera avanzó con cautela por un ancho pasaje con baldosas negras y blancas, sólo para encontrar un despacho vacío. El general Gamarra, ayudante del Primer Ministro, explicó que la reunión tendría lugar en el Comando Conjunto, al comienzo de la avenida Arequipa. El propio ayudante llevó a los maestros en un vehículo oficial.

Un raro edificio, el Comando Conjunto. Alguna vez había sido escuela de ricos. En el centro de un patio habían levantado una capilla. Pasó a ser Ministerio de justicia en los años de Odría y la capilla se convirtió en teatrín, donde funcionaba la junta Calificadora de Películas, gobernada por la implacable señorita Tillit, mujer de amplia cultura y profunda religiosidad, que transaba con besos no mayores de quince segundos pero que cancelaba toda intención de nudismo. Por cierto, el gobierno militar de Odría disfrutaba con todo el cine prohibido, con funciones nocturnas en la antigua capilla o en la sala privada del palacio presidencial. Más tarde el presidente Manuel Prado había auspiciado un canje de locales entre los ministerios de Guerra y Justicia, a fin de sacarse de encima un vecindario estrictamente militar. Construido el nuevo gran ministerio en un inmenso terreno en Surco, había heredado el viejo local el Comando Conjunto de la Fuerza Armada, con poderes incrementados por el General Velasco.

De haber pasado un dedo por las paredes, Barrera habría recogido una sensación a pintura nueva. Los llevaron por un largo pasaje a unas escaleras. A trechos encontraban centinelas realmente fornidos, adversarios, tan hostiles que causaban preocupación. La tropa sólo cambiaba de cara frente a los jefes. La verdad era que los militares conducían el gobierno como si se tratara de una guerra. No conocían otro método que el castrense. Su lenguaje estaba repleto de abreviaturas y carecía de imaginación. Evitaban los adjetivos. Las cosas eran o no eran. Hasta el gris tenía que ser un solo gris. En la planta de abajo se percibía cierto olor a desinfectante. Arriba olía a cera acabada de cepillar. En efecto, los pisos parecían espejos. El general Gamarra los dejó en una habitación demasiado grande. El poderoso general Molina Pallocchia se tomó su tiempo. Apareció a los diez minutos.

Era un tipo grande y corpulento. Debía ser muy fuerte pero además había engordado. Tenía el rostro redondo, la cabeza casi pelada, calva o al rape, la boca pulposa, los ojos rápidos con cierta oscuridad profunda. Se le

veía verdaderamente inmenso. Le faltaba una conveniente voz de barítono. Detrás del primer ministro reapareció el rabioso general Otto Eléspuru, para quien esa negociación venía a significar una humillación política, y el silencioso general Velit Sabatini, ministro del Interior. Seguía presente el general Gamarra y otro general que había reemplazado a Cardó como viceministro de Educación. Cinco generales y siete coroneles contra cuatro maestros, pensó César Barrera. Sería difícil alcanzar un rápido acuerdo.

¡Setenta y cuatro días de huelga!

El discurso de Molina Pallocchia estaba repleto de lugares comunes: al interior del gobierno existía un profundo interés por resolver el problema, la crisis nacional demandaba sacrificios a todos los peruanos, primero estaba la patria, estaba dispuesto a conducir un diálogo patriótico y productivo, todo tenía arreglo en esta vida menos la muerte, no había peor sordo que quien no quería escuchar, la Fuerza Armada intentaba dignificar al magisterio, a Dios rogando y con el mazo dando, el Perú demandaba una tregua, a ver si celebraban en paz las fiestas patrias. El profesor Armacanqui asentía a ratos. Cuando Molina Pallocchia quedó en silencio, recordó que el mismo primer ministro había recibido al SERP, a la FENTEP, a una asociación magisterial González Prada y a una federación de padres de familia sin ninguna representación.

—La huelga la hace el SUTEP, señor general. En consecuencia, se tiene que tratar con el SUTEP, no con otras organizaciones que han acabado por ser fantasmas muy serviciales para el gobierno, pero nada más que fantasmas. Con el SUTEP está el 95 por ciento de los maestros a nivel nacional. La propia huelga lo demuestra.

Molina Pallocchia no quería reunirse solamente con el SUTEP. Recordó que también existía el Consorcio de Educadores Católicos y, por cierto, los padres de familia. Barrera dijo que le parecía bien, siempre y cuando participaran delegados de la Asamblea Nacional de Padres de Familia. No tenía nada en contra del Consorcio Católico. Sin embargo pidió una nueva reunión. Prefería explicar a sus bases el rumbo que tomaban las conversaciones.

El sábado 22 de julio llegó una nueva delegación de maestros, esta vez con Horacio Zeballos y Néstor Vicente, además de Armacanqui, Barrera, Quintanilla y Alejandro Apaza. También se presentaron tres representantes de los padres de familia y tres de los colegios católicos, además de seis generales, pues el ministro de Trabajo se había agregado al grupo, y todo un séquito de coroneles, ayudantes y diversos uniformados. En las primeras dos horas de reunión, todos se turnaban para hablar. A ratos servían tacitas de café bien negro y vasos con gaseosas sin helar. Más allá de las paredes se sentía que todo un aparato militar se arrimaba a escucharlos mientras

contenía el aliento. Usaban micrófonos y las intervenciones se guardaban en una grabadora. Después pasaron a hablar Molina Pallocchia y Horacio Zeballos. Uno se esforzaba por parecer duro, el otro por dárseles de blando. El militar ponía obstáculos al reconocimiento legal del SUTEP debido al nombre. —No debe ser sindicato único. Resulta antidemocrático.

Zeballos sonrió abiertamente a Molina Pallocchia. —Perdón, no he escuchado bien... ¿Anti qué, señor ministro? El militar dijo que existían otros sindicatos. Reconocer la existencia del SUTEP excluía antidemocráticamente a otras organizaciones magisteriales.

—Sin embargo aquí está el gobierno volviendo a conversar con el SUTEP, como antes lo hizo varias veces el General Velasco. Somos el mismo sindicato único cuyo reconocimiento legal ha sido ofrecido varias veces por este gobierno militar. Ahora resulta que no podemos avanzar en busca de una solución debido a que nos llamamos SUTEP en vez de SITEP, por decirlo de otro modo —Horacio Zeballos no se dejaba intimidar. Miró los ojos oscuros de Molina Pallocchia—. ¿Usted quiere o no quiere que lleguemos a un arreglo?

—¿Acaso no los he invitado a reunirse en el Comando Conjunto, con las más altas autoridades del gobierno? Lo único que no deseo, señor Zeballos, es perder mi tiempo.

Desde cercanas avenidas llegaban las voces de una muchedumbre de maestros en huelga.

¡Si falla Molina, la huelga no termina!

¡El SUTEP luchando, también está educando!

—Entonces busquemos las concordancias y vayamos arreglando las discrepancias sin hacer una cuestión de estado por cada una de ellas —propuso Zeballos—. Los maestros estamos decididos a hacer concesiones.

—¿De qué tipo?

—Económicas. No vamos a portarnos como ciegos ante la crisis fiscal.

¡La huelga cumplió setenta y ocho días!

Veinte de los treinta y nueve puntos del pliego original quedaban resueltos.

Ciertos temas aburrían a todos, militares y sutedistas, pues volvían a discutirlos por cuarta o quinta vez. Horacio Zeballos no estaba contento. De pronto avanzaban demasiado rápido. Molina Pallocchia pisaba el acelerador con excesiva vehemencia: quería acabar con el problema antes de que empezara la Asamblea Constituyente el 28 de julio. A lo mejor aceptaba de todo, solamente para hacerlos levantar la huelga. Una vez interrumpido el movimiento, sería difícil reanudarlo. Horacio Zeballos sorprendió al resto de los maestros para pedir un receso hasta el día siguiente, a fin de pedir una

consulta a las bases.

¡Te pasaste, loco! ¡Enfrías el diálogo justamente cuando el hombre está largando una concesión tras otra! Los demás negociadores del SUTEP protestaron tan pronto se reunió el Comité Nacional de Lucha con los delegados de las nueve regiones.

—Lo que pasa es que ustedes han olvidado cuántas veces hemos discutido los mismos asuntos con diferentes militares —quiso apaciguar Zeballos—. Conceden y conceden. Después firman papeles, estampan sellos, se dejan fotografiar. ¿Y cuándo han cumplido? Me parece que de pronto sale todo muy fácil, bien aceitado. Sólo quiero que tengamos una pausa y no nos dejemos llevar por el entusiasmo...

—Sólo podemos negociar —se fatigó Armacanqui—. No estamos llamados a cumplir la palabra ajena. Tenemos que negociar para beneficio del magisterio y cumplir con nuestra parte del compromiso. No podemos llegar más lejos, compañero.

Pronto, mañana, ya mismo: setenta y nueve días de huelga. Y después: Ochenta días de ollas comunes. Dos mil horas de incertidumbre. Seguiría luchando la gente, pero estaba agotada. ¿Cuándo habrían de detenerse? ¿A los tres meses, a los cuatro?

La tensión desgastaba a Horacio Zeballos más allá de lo que podían imaginar sus amigos del Comité Nacional de Lucha. Setenta y nueve días de vivir a escape, durmiendo en refugios de paso, siempre en movimiento, peligrosamente expuesto a los rencores del Poder Oculto. También él quería que acabase la huelga, pero la posibilidad de un nuevo engaño lo quemaba interiormente.

El martes 25 volvieron los maestros al Comando Conjunto, unos a negociar, otros a vigilar desde las calles, sin descanso enviando el mismo mensaje a gritos: *¡Si falla Molina, la huelga no termina!* Llevaba el peso de la negociación Horacio Zeballos y observaba a los militares reunidos en la otra orilla de la mesa de conferencias, tan escalonados en sus silencios y obediencias, tan deshumanizados por el sistema que debía manejarlos a totalidad, pues vivían y morían separadamente, en lo alto de su propia república, planeando y aprobando un mundo que sólo era consultado con otros como ellos, el universo armado al que pertenecían y en el que bien calculadas discrepancias producían el esporádico alivio de guerras limitadas, a plazo fijo, estrictamente lo necesario para mover las ruedas del progreso y la felicidad financiera. ¿Quiénes eran, cómo vivían, qué clase de niños habían sido, qué se escondía detrás de la máscara castrense de sus rostros, quién los elegía para el servicio y hasta cuándo, qué país querían verdaderamente o nada más obedecían órdenes y cualquier país les daba lo mismo, siempre y cuando se conservara el orden continental, la mala paz de la injusticia?

A ratos perdía la fe, Horacio Zeballos. Dejaba que Barrera y Armacanqui condujeran la negociación. Entraba en receso, reclinado en el sillón, con la barba hundida en el pecho, repasando mentones militares, nuca afeitada, bigotes cuadrados, caras inexpresivas. Los comandantes, ¿qué pensaban los comandantes? ¿Los capitanes, que podrían decir los capitanes? ¿Que estaba todo bien, que todo estaba? ¿Que las órdenes se obedecían simplemente, que a otros les tocaba pensar y decidir por ellos, que si había que matar, mataban y que si era cosa de vivir, vivían, así nomás de sencillo? A las tres de la tarde se produjo un receso. Volvieron a las ocho. De noche, los cuarteles tenían un aire de calabozo. Frío y exacto, vertical: todo tenía una etiqueta, un cartelito. Decía retén en la puerta del retén, polvorín en el polvorín. En el Comando Conjunto usaban letras de bronce, constantemente brillantadas por la tropa. Cada espacio debía tener un nombre o se convertiría en tierra de nadie, zona peligrosa, posibilidad del enemigo. No sólo se llamaban todas las habitaciones, sino que diversidad de flechas organizaban las pisadas, los sitios de espera, los rincones del ocio. Operaciones. Estado Mayor. Inspectoría. Ayudantes. Comunicaciones. Comando. Jefatura. Cantina. Al caer la noche prevalecía una luz amarillenta, cenital. Hasta la guardia cambiaba de uniformes. Después de las ocho, vestían de combate. Hasta Molina Pallocchia llegó con ropas de camuflaje. Mañana, 26 de julio. Ochenta días de huelga. Ochenta días perdidos por los alumnos. El SUTEP se comprometía a cumplir íntegramente el Programa de Estudios. No habría vacaciones de medio año. Tampoco se aceptarían recortes de horarios. En reciprocidad, el gobierno acordaba reintegrar en agosto los haberes descontados en mayo y junio. Pagaría puntualmente los sueldos de julio. A las once de la noche se definió la situación de los huelguistas: los despidos quedaban sin efecto, lo mismo que los traslados ordenados durante la huelga.

El miércoles 26 ya sólo quedaban dos asuntos pendientes: la parte económica y el reconocimiento del SUTEP. Se le agotaba el tiempo al Comando Conjunto. El 28 empezaba a sesionar la Asamblea Constituyente. En un plazo de dos años tendría que consumarse la transferencia a una teórica república civil. Molina Pallocchia aprobó la creación de un Fondo para el Magisterio, con rentas específicas que elevasen progresiva y rápidamente los ingresos de los maestros. Faltaba el aumento inmediato. Avanzada la noche se dieron encuentro gobierno y sutepistas en una cantidad fija: dos mil soles mensuales a partir de agosto a todos los profesores con cargo docente, por concepto de preparación de clases y evaluación de alumnos. En cuanto al reconocimiento del SUTEP, la república militar cedía nuevamente. Aceptado. El SUTEP existía. Sin embargo era necesario «actualizar y adecuar las disposiciones vigentes». Faltaba la revisión final del acta. Casi a medianoche se despidieron hasta la mañana siguiente.

Habrían podido ponerse de acuerdo sin siquiera llegar a la huelga, iba rumiando Horacio Zeballos rumbo a su escuálida habitación en el SUTEP. Ya no quería seguir escondido. Si esa noche lo tomaban preso y resultaba que la negociación había sido una farsa completa, iría sin protestar al Sepa si era necesario, asumiéndolo como un castigo a su propia ceguera. Molina Pallocchia quería firmar el acta con gran solemnidad, frente a la prensa nacional y extranjera. No sólo participaba el SUTEP en el convenio. También lo suscribían el Consorcio Católico y la Asamblea Nacional de Padres de Familia. Había vuelto a enflaquecer, de modo que se le salían los omóplatos por la espalda. Llevaba las manos en los bolsillos, con los brazos apretados a las costillas para irse abrigando cuando el viento barría las bocacalles. A las doce empezaba el toque de queda y por el centro se estacionaban tropas y blindados. Esta vez Zeballos llevaba consigo un salvoconducto firmado por el propio presidente del Comando Conjunto, pero prefería evitarse problemas y apuró el paso al llegar al Parque Universitario. Alguna vez había creído que no era difícil vivir y prosperar en el Perú. Esa noche en que otros maestros festejaban anticipadamente la victoria de su huelga, a Horacio Zeballos le faltaban respuestas. El sistema oprimía sin límite alguno. No parecía preocuparse por la reacción de los oprimidos. No existía justicia, piedad, fraternidad o clemencia. La esclavitud humana no tenía fondo.

A las tres de la tarde del jueves 27 de julio, a los 81 días de haberse declarado la huelga, el general de división Oscar Molina Pallocchia y el profesor Horacio Zeballos firmaron por delante el acta final. No alcanzaba el papel para que todos los presentes suscribiesen el convenio. Después se agruparon los generales en uno de los extremos de la mesa. Hicieron sitio para que entraran en la foto Horacio Zeballos y César Barrera. Entonces pasó la prensa y fogonearon las cámaras de los reporteros, echaron a rodar las filmadoras de la televisión.

—Bueno, señores, hemos terminado esta primera etapa del trabajo de esta comisión —habló Molina Pallocchia—. Creo que aquí ha habido un gran beneficiado y es el magisterio nacional. El Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, comprendiendo la importancia y trascendencia de buscar una solución integral al problema del magisterio y de la educación en general, ha constituido esta comisión que continuará trabajando dentro de las pautas que se han conversado...

Se escucharon aplausos. Los generales estrechaban la diestra de los sutepistas. Los fotógrafos no dejaban de trabajar. Sólo faltó un brindis, eso que se llamaba «un vino de honor». La huelga había terminado. El lunes 31 de julio recomenzaban las clases.

¿Hasta cuándo mentiras?
(Asamblea Constituyente y represión)

*A veces pa levantarme necesito que me ayuden
y aunque avergonzado estuve, doy las gracias y camino
y cuanto perro me encuentro la quiere cojear conmigo.*
(«Maestra vida»)

*...acaso tu no los ves, capital de la pobreza
ya están en la capital
escucha el grito valiente, capital de la injusticia.*
(Manuelcha Prado)
(«Marcha de sacrificio», canción)

DURANTE OCHENTA MINUTOS SE DESPACHÓ DON PANCHO un cuartelario discurso sobre la nueva república que debía ser legislada por la Asamblea Constituyente. Por tercer año acaparaba radio y televisión en cadena nacional para el mensaje anual a los gobernados. Los peruanos no ignoraban que a Don Pancho le había pasado lo que a la zorra de la fábula, pues informaba al país que las uvas estaban verdes. Don Pancho «había decidido» abandonar el poder supremo y que la Fuerza Armada volviese a sus cuarteles, pues consideraba cumplido con su deber: «la instalación de la verdadera democracia en el Perú.» Como no podía existir democracia en una colectividad dominada por grupos de poder, dijo que su gestión había generado una llanura de igualdad nacional. Que empezaba a irse. Que se sentía satisfecho. Que dejaba una herencia de libertad, además del Plan Túpac

Amaru, mamotreto planificador del país futuro, la democracia social que la Asamblea Constituyente debía elevar a institución. La voz tonante de Don Pancho llenaba uno de los grandes salones palaciegos con el público habitual de Fiestas Patrias: subalternos uniformados y sin uniformar, diversidad de autoridades, representantes de instituciones, informadores, asociados y ayayeros. No hubiese sido un usurpador, habría tenido que pronunciar su mensaje ante la Asamblea Constituyente. Ni siquiera por haberla convocado, se atrevió Don Pancho a visitarla el ese 28 de julio de 1978. Prefería la aceitosa unanimidad de su propia tropa política, donde sólo un suicida se atrevería a disentir. Don Pancho seguramente disfrutaba con su propia voz, pues realmente habrían bastado diez minutos para decir lo que dijo; y usó ocho veces más tiempo, para disimular cuanto no quería decir y no dijo.

Frente al palacio presidencial, la Plaza de Armas estaba desierta. No llegó el pueblo a saludar al gobernante, ni hubo multitud que verdaderamente celebrase otro aniversario de la Independencia. De mañana hizo frío y grisura, silencio, aburrimiento. De casa en casa y de ciudad en ciudad se repetía el vozarrón de Don Pancho a la fuerza. ¿Qué podían festejar los peruanos? ¿La libertad y la prosperidad de quién? En la tarde, el pueblo salió a reunirse frente al viejo edificio del Congreso. Ni siquiera ahí se respiraba a libertad. La Guardia de Asalto y tropas militares habían acordonado calles y clausurado el tránsito. Ni escarapelas, ni bandas de músicos, ni canciones de todos, A los indocumentados se los llevaban presos. Seguía siendo un país sin garantías, sin Constitución, vertical, manejado a dedo, militarizado. El usurpador no se había movido de la presidencia. Aún se gobernaba por decretos, no por leyes. Paradójicamente esa tarde empezaban las sesiones de la Asamblea Constituyente. En cierta forma, el país aceptaba la explicación que daba la república militar: «No se obedece una constitución que no sirve (o que no nos gusta), vamos a darnos una nueva constitución.» Desde ese 28 de julio de 1978 existiría un poder legítimo, un congreso elegido por el pueblo. Si la mañana olía a funeral, la tarde demandaba festejo. Sólo la maldita rivalidad de apristas y comunistas malograba a ratos la alegría callejera. Peleaban con ferocidad si se daban encuentro. Esa tarde chocaban multitudes. Un petardo estalló en plena plaza Bolívar. Al mando de las huestes apristas se había descubierto al más joven de los constituyentes, Alan García. La paz se impuso al avanzar la tarde. Llegaban todos a la avenida Abancay, ancianos incrédulos, padres que cargaban a sus hijos para enseñarles el rostro de la democracia, mujeres que aplaudían, pueblo que aún no creía en una futura transferencia de poder y quería constatar que era verdad la Asamblea Constituyente. Empujaba la multitud, para acercarse y ver bien, no equivocarse. A ratos aplaudía sin saber a qué.

Las de la Patria habían dejado de ser Fiestas por culpa de la miseria

y los estados de sitio, instalándose un humor sombrío en la ciudad visitada por circos pobres y macilentos parques de diversiones. No alcanzaba el dinero para nada, ni siquiera para matar el hambre. Pese a todo, la república militar fabricaba estadísticas espectaculares. No necesitaba la verdad. La verdad no intervenía en el método de sus expertos «psico-sociales». Mentían con cara de decir verdad. Pobre verdad, servía para engañar y distraer. Era un elemento más de la maniobra de combate, un instrumento, un señuelo, una basura la verdad. Según la propaganda oficial, la economía estaba en pleno crecimiento. ¡El desempleo había bajado al seis por ciento! ¡Los peruanos comían más proteínas que antes! El paraíso militar de Don Pancho estaba lleno de niños robustos, inteligentes, destinados a triunfar. Otras cifras perforaban la complicidad de la propaganda, acusando una realidad espeluznante. Ante ciertas organizaciones internacionales con observadores propios, el gobierno admitía una realidad distinta: La mortalidad infantil era de las más altas del mundo, 115 por mil antes de los cinco años de edad. En el cinturón de miseria limeña se había comprobado que la mortalidad alcanzaba índices inhumanos, como en Pamplona Alta, una barriada donde 250 de cada mil nacidos vivos estaban sentenciados a muerte por hambre o enfermedades infecciosas en la etapa inicial de sus desdichadas existencias. ¡Uno de cada cuatro! Nada mejoraba para los sobrevivientes. El 59 por ciento de los menores de catorce años sufría desnutrición. El seis por ciento llegaba al hambre de tercer grado, causante de lesiones cerebrales irremediables. La república militar tenía cuatro millones de niños famélicos, de los que doscientos cincuenta mil eran mutantes en pleno retroceso de la especie. La mitad de todos los que morirían en 1978 no habrían cumplido cinco años. El treinta por ciento de los difuntos nacionales tenía menos de un año de edad. Cuarenta y cinco por ciento de los muertos peruanos sólo habían conocido hambre, hambre permanente, hambre a morir.

Así era el Perú que debía ser nuevamente legislado, la pobre patria en andrajos, la república carnífera que había perseguido y desterrado sin tregua a Víctor Raúl Haya de la Torre. No iba a dejarse engañar al final de su vida: se le agotaba el tiempo. Cada palabra era la última, imborrable cada decisión suya. También para él era demasiado tarde. Como en los tiempos de persecución, había perdido el sueño, sólo que ya no le interesaban nocturnas noticias europeas que llegaban por onda corta, ni observar constelaciones con un ruinoso telescopio, ni siquiera leer o escribir cartas, ni hacer nada que no fuese estarse quieto, percibiendo la corriente de la vida, la cohesión de moléculas y la silueta interior de toda esa energía personal que le había sido confiada para que cumpliera con el deber de la existencia. Ya no importaban sus ganas de vivir. Tenía la muerte adentro. Aún no conseguía escucharla durante el insomnio. El oído humano era inservible para detectar a una

culebra en la oscuridad. Otro sentido más profundo avisaba el peligro. Así que esperaba el amanecer para levantarse con lentitud. Ahí, en las afueras de Vitarte, se escuchaba pasar los trenes que viajaban por la cordillera. La mañana se poblaba de sonidos campestres. En el espejo del baño observaba Haya de la Torre cada uno de sus ochenta y tres años sobreimpreso en la promesa de sí mismo, capas de existencia sobre el rostro original de modo que podía descubrirse en muchas edades, como si el reflejo fuese además su propia historia. No siempre estaba de acuerdo con su pasado, pues muchas veces había querido ser blando y hasta misericordioso, aunque no existiese espacio para la mansedumbre en la política. El gobierno de los hombres demandaba dar muerte y morir. No bastaba la comodidad de la justicia. Las conciencias tranquilas eran las primeras que sufrían servidumbre. Se observaba Haya de la Torre preguntando en qué parte de la vida se nos perdía la inocencia y dónde extraviábamos a Dios. Era dueño de nada, a los ochenta y tres años. Uno de cada cinco peruanos adultos creía que seguía siendo el mejor. Uno de cada tres había votado por él, encargándole personalmente la nueva Constitución. Podían amarlo y aplaudirlo, odiarlo, discutirlo y hasta despreciarlo, creer que se había traicionado, que había fracasado en ser mejor de lo que era, pero durante medio siglo había sido eje principal en la política peruana. El cambio profundo, la revolución popular, la defensa de la cultura andina, el reencuentro con el indio, la batalla por los derechos del pueblo, la huelga, los sindicatos, los frentes, las catacumbas, en casi todas las estaciones de la historia de esos cincuenta años se encontraba el rastro de Haya de la Torre. Dejó pasar las horas tranquilamente. Al caer la tarde, tendría que desempeñar la presidencia del único poder legal constituido en el Perú.

Acaso creían que no iba a morir nunca. Haya de la Torre sabía que el final galopaba a sus espaldas. Siempre más cerca el último día. Cada vez más mañana.

Desde las cuatro de la tarde no quedaba sitio para nadie en las galerías del Congreso. A las cinco, parecía que sólo faltaba Haya de la Torre, pero también estaban vacíos algunos asientos de la izquierda. Faltaban Genaro Ledesma, Hugo Blanco, Javier Diez Canseco, Ricardo Napurí, Hernán Cuadros y el cusqueño Antonio Aragón. Cinco minutos después de la hora entró Haya de la Torre. Vestía de azul. Permaneció de pie mientras un largo aplauso se escuchaba en el hemiciclo. En la última sesión preparatoria, lo habían elegido Presidente de la Asamblea. Nadie había votado en contra. Con todos sus errores y su grandeza, Haya de la Torre escuchó ese día una ovación y sus ojos se llenaron de lágrimas. Lloró esa vez y volvería a llorar una tarde al escuchar las atrocidades de la represión que también se cebaba en los niños.

Después de casi diez años de dictadura, Haya de la Torre declaró

instalada la Asamblea, cuyo poder, emanado del pueblo, no admitía condicionamientos ni parámetros.

Empezó por la respuesta a la convocatoria de los militares: «La Asamblea Constituyente tendrá como exclusiva finalidad la dación de la nueva Constitución Política del Estado, la que contendrá esencialmente, entre otras, las disposiciones que institucionalicen las transformaciones estructurales que viene llevando a cabo el gobierno revolucionario de la Fuerza Armada.»

Aunque procuraba evitar una prematura colisión directa con los generales, dijo Haya de la Torre con suficiente claridad:

—Lo mismo que la proclamación de la Independencia, hace 157 años, este 28 de julio la Asamblea Constituyente representa la voluntad general de los pueblos, que ha sido expresada en las elecciones del 18 de junio, así que funcionará sin más limitaciones que aquellas que ella misma quiera darse y se proclama libre y autónoma.

Se oyeron gritos de aprobación.

—La hora de las asambleas sumisas y de los parlamentos vasallos ha pasado —siguió Haya de la Torre. Y después—: Tenemos por delante el trabajo de redactar una nueva Constitución que debe ser realista para que tenga vigencia en el presente y en el futuro y que consagre la defensa de los derechos humanos, el derecho al trabajo, a la educación gratuita, a la vivienda y a la salud. Que plasme una justa redistribución de los ingresos y la supresión de la explotación del hombre por el hombre.

En el desierto sin esperanza de la república militar, el discurso del anciano corría como agua limpia a reabrir un cauce de libertades y derechos populares.

—Una Asamblea Constituyente no legisla para un partido político, ni para un sector sino para todo el pueblo —dijo el anciano presidente—. Yo planteo la necesidad de convocar a elecciones generales tan pronto se termine de redactar la Carta Magna y a elecciones municipales, cuando se tenga el articulado correspondiente.

LOS ELEGIDOS DEL FOCEP Y LA UDP PASARON la mañana ordenando los planillones con las firmas recogidas en todo el país respaldando lo que habría de conocerse después como la Moción Roja. Escucharon después el mensaje de Don Pancho. Más tarde se fue Ledesma a descansar en casa, con su esposa Nelly y sus dos hijos todavía pequeños. A ratos se preguntaba Ledesma cómo había podido convertirse en protagonista de la historia de su tiempo y qué raro destino lo comandaba a un constante subibaja de las cárceles a la celebridad y otra vez a la persecución y las catacumbas. Ese

28 de julio de 1978 no dejaba de acordarse del mismo día en 1963, cuando se incorporó a la Cámara de Diputados después de haber sido elegido con más de la mitad de los votos de Pasco mientras estaba en la isla carcelaria del Frontón. En su conquista de la presidencia de la república, Fernando Belaunde Terry había prometido reivindicar la peruanidad de las propiedades petroleras de la International Petroleum Co., más conocida por sus siglas, IPC, en el norte del país. Cuarenta años de litigio y estudio de un contrato original, permitían concluir que la IPC simplemente se había adueñado del petróleo hasta construir un verdadero imperio en el Perú. Ningún político había podido vencerla. En 1931, el joven Haya de la Torre había tenido que derribar las puertas y alambradas de la compañía para ingresar a Talara, una ciudad peruana gobernada por los gringos. El 28 de julio de 1963, Belaunde había ofrecido resolver la vergüenza del petróleo en noventa días. Pasaron novecientos y nada. Al fin se alcanzó una «solución» en 1968, que no reivindicaba sino que pactaba con la IPC. El gobierno perdonaba los devengados por impuestos. La IPC devolvía pozos exhaustos y se quedaba con la refinería y la venta de gasolina.

Al contrato firmado pomposamente en el palacio presidencial se le perdió la página once. El gobierno alegó que no existía. Pero Ledesma vio una copia de ella. La había llevado al congreso el diputado Mario Villarán, antiguo lugarteniente político de Belaunde que se le había separado por el incumplimiento de promesas: la del petróleo, primero; la reforma agraria, después. Belaunde había llegado a la presidencia poniéndose a la izquierda del APRA, sólo para pasarse a un territorio de componenda con la derecha. La página once contenía cifras, precios de petróleo, cantidades adeudadas por la IPC, todo escrito a mano, hasta la mitad del papel. Las principales autoridades del país, el embajador de Estados Unidos y altos funcionarios de la compañía se dieron encuentro en el norte, para firmar el Acta de Talara, con la que se intentaba acabar viejas y enojosas diferencias. Ante la Cámara de Diputados, Villarán demandó la nulidad del Acta de Talara. Llegó a decir: «Si no queda anulada esta misma noche, nada podrá detener un golpe de estado.» Quisieron callarlo con gritos de traidor y golpista.

Genaro Ledesma había viajado a Huánuco con su familia a la mañana siguiente, sin imaginar que aquella había sido la última sesión de ese Congreso. Tenía que defender a ocho dirigentes de la Comunidad de Quiparacra, para quienes el fiscal de Huánuco había pedido la pena de muerte. Los acusaban de asesinar a varios dirigentes de la Comunidad de Paucartampo por un pleito de tierras. Genaro Ledesma tomó el caso para evitar un fusilamiento. Había sido largo el viaje a Cerro de Pasco y Huánuco. A la otra mañana lo fue a buscar el director de la radio «Ondas del Huallaga».

—Hay golpe en Lima, doctor. Belaunde está preso y han clausurado

el Congreso —explicó el broadcáster huanuqueño.

Todas las emisoras del país estaban en cadena con Radio Nacional, que transmitía marchas militares y música de retreta. De rato en rato repetían el mismo comunicado: la Fuerza Armada había asumido el gobierno por la conducta traidora de los anteriores gobernantes en el tema del petróleo.

Al rato se presentó la policía. Genaro Ledesma ya no era diputado. No lo querían en Huánuco. Le dieron diez minutos para salir hacia Lima. En el viaje por la cordillera, la voz de Radio Nacional dio el nombre del nuevo jefe del gobierno: el general de división Juan Velasco Alvarado, presidente del Comando Conjunto de la Fuerza Armada. Después habían transmitido la juramentación. Se oyó a un desconocido funcionario de protocolo, Javier Pérez de Cuéllar, leyendo el acuerdo de los comandantes en jefe. La voz ronca de Velasco tronó después: sí, juro. Y al final de todo, el brevísimo y enigmático mensaje del nuevo presidente: «Yo sólo ofrezco tres cosas: sudar, sudar y sudar.»

Así había vuelto Genaro Ledesma a su actividad de abogado, en una oficina situada en el segundo piso del Hotel Richmond, un aderezado edificio de los años 20 encima del célebre Palais Concert, donde ahora dormían turistas pobres y mochileros. Ahí escuchó el 9 de octubre que una división motorizada al mando del general Málaga Santolalla ocupaba la ciudad de Talara, la refinería, los almacenes y los campos petrolíferos. Y de nuevo la voz de Velasco: «El petróleo de La Brea y Pariñas ha sido recobrado por el Perú.» Ledesma salió al Jirón de la Unión, por el que se propagaba una evidente excitación. En algunos balcones aparecían banderas peruanas. Se encontró con Ricardo Napurí y empezaron a discursar, reuniendo gente. Marcharon después hacia la Plaza de Armas, a expresar apoyo a Velasco. No pasaron de la esquina de La Merced. Los dispersaron con gases.

Otra historia empezaba. Velasco reformaba y excluía al pueblo. En su revolución sólo entraban soldados. O pueblo subordinado. La revolución velasquista se hacía para el pueblo pero sin el pueblo. Visto desde 1978, ¿qué había sido realmente Velasco? Ledesma lo veía como un ardiente nacionalista, un militar patriota, un hombre auténticamente popular. Velasco quería lo mejor para su país. El provinciano de tierra adentro había llegado a jefe supremo y no había gobernado para él sino para los oprimidos. Velasco había sido el revolucionario. La Fuerza Armada obedecía. Pero se había dejado rodear por jefes militares que alejaban al pueblo, la tropa civil. Velasco se había propuesto recobrar las riquezas nacionales. Lo que acaso era más importante para Velasco se había quedado sin cumplir: la recuperación de Arica. Sólo demandaba Arica, el Morro en el que se habían sacrificado los peruanos de Bolognesi, el patrono del Ejército, ante cuya memoria juraban conscriptos y uniformados lealtad a la bandera y al Perú. Las mismas palmeras crecían

en Tacna y en Arica, las mismas viejas casas se veían en las dos ciudades geográfica e históricamente inseparables, en las que ahora concluía el Perú y empezaba Chile por culpa de una mala guerra. Entonces corrió la voz Don Pancho que Velasco estaba loco y fue a darse abrazos con los jefes chilenos en la frontera. ¿Quién consiguió cancelar la orden de avanzar al sur cuando la impartió Velasco? ¿Quién otro podía hacerlo que no hubiese sido Don Pancho, el segundo del gobierno militar en 1975? Antes de consumar el golpe contra su jefe Velasco, Don Pancho había informado a la jefatura militar chilena en Arica que habría revolución. Decían que de haber fracasado, se habría refugiado en tierra chilena. Durante los años del «Panchato», el Perú había condecorado a Pinochet y a los más altos jefes chilenos.

No había sido fácil la vida para Ledesma mientras gobernaba Velasco. Cuando su gobierno le permitió salir del Sepa, después de la tragedia de Cobriza, lo enviaron al destierro. Un año había pasado en París gracias a la hospitalidad de Manuel Scorza. En 1975 había ido al Sepa por cuarta vez y de nuevo lo habían deportado. Al año siguiente viajó de Madrid a Quito en avión y se dirigió a Huaquillas en autobús, donde esperaba su esposa Nelly. Esa noche cruzaron por los matorrales de los contrabandistas. De pueblo en pueblo siguió hasta Lima. A la segunda noche de dormir en casa, cayó la policía. Tenía una peluda mascota, «Chumbeque», un perro bravo que era famoso en el FOCEP. Mordió a siete agentes de Seguridad del Estado mientras Genaro Ledesma escapaba. Había estado clandestino hasta que llamaron a elecciones para la Asamblea Constituyente. Presidía la lista del FOCEP cuando lo tomaron preso. Entonces sobrevino el destierro a las cárceles de Argentina. Estaba refugiado en París cuando fue elegido. El FOCEP recibía más de medio millón de votos. Scorza lo había llamado por teléfono desde Lima para darle la noticia. Cuando empezaron las sesiones preparatorias de la Asamblea Constituyente, aún no conseguían dinero los deportados para volver. Una mañana telefonaron a Genaro Ledesma desde la embajada del Perú. Por encargo del señor Haya de la Torre le habían girado un pasaje para que viajara a Lima. Una semana antes que Ledesma había llegado Hugo Blanco procedente de Estocolmo. El pueblo lo vitoreaba en las calles. A su vez Hugo Blanco organizó el recibimiento de Ledesma, que presidía el FOCEP. Cuatro horas había caminado del aeropuerto a la Plaza Unión, en medio de una festiva multitud.

Al día siguiente Genaro Ledesma visitó a Haya de la Torre en la presidencia de la Asamblea. Armando Villanueva y Andrés Townsend actuaban de secretarios del jefe aprista. Se preguntaba como sería, un anciano duro, una celebridad condescendiente. Por Haya de la Torre habían muerto miles y miles de apristas sin que jamás se hubiese escuchado un reproche de los deudos. Había sido la figura central en la política de medio siglo. Llegaba

ahora a buscarlo en la cima del poder.

Se abrieron las puertas y salió a recibirlo un anciano gordo con los brazos abiertos.

—Genaro, cómo está, cuánto me alegra que haya venido inmediatamente...

—Vengo a darle gracias por el pasaje —dijo Ledesma.

—Era una obligación de la Asamblea. Siéntese, siéntese... —eligió dos sillas iguales y se acomodó junto a Genaro Ledesma—. Usted tiene mucha fuerza en Pasco, pero ha nacido en otra parte.

—Así es, en efecto, doctor.

—No me diga doctor. Dígame Víctor Raúl. ¿Y dónde nació? —En Cajabamba.

Haya de la Torre daba la impresión de ser su paisano.

—Mi papá nació en Cajabamba —sonrió Haya de la Torre—Y mi abuelo también era de Cajabamba. Mi abuelo murió en la Batalla del Alto de la Alianza —se refirió a la batalla de la alianza peruano-boliviana contra la expedición chilena en 1880—. Debiera traerlo mañana al Panteón de los Héroes, pero me vería obligado a viajar en el mismo avión con Morales Bermúdez y yo no quiero estar con él. Ya será en otro momento. El abuelo seguramente puede esperar. No quiero que nadie vaya a creer, empezando por Morales Bermúdez, que va a ser posible manipular la nueva Constitución.

Una hora conversaron. A ratos se entreabría una puerta y asomaba Villanueva sin atreverse a interrumpir. Lo que más preocupaba a Haya de la Torre era defender la independencia de una Asamblea Constituyente que existía como una isla en medio de una dictadura. Tarde o temprano tendrían que negociar ciertos escapes a los militares, o no dejarían el poder.

—Va a ser complicado, Genaro. Yo quiero decirle a usted que el APRA siempre ha sido de izquierda. No nos ha dejado vivir la derecha. Hemos tenido que hacer concesiones terribles para no desaparecer. Todos hemos cometido muchos errores. No creo que sea el momento para estar dándonos golpes de pecho y sometiéndonos a mutuos exámenes de arrepentimiento. Es necesaria una alianza del APRA con la izquierda. Yo le ofrezco la segunda vice presidencia de la Asamblea y le pido que trabajemos juntos para dar una nueva Constitución verdaderamente popular... Genaro Ledesma tragó saliva. ¡Aliarse APRA y FOCEP! ¡Imposible! ¡Si se sacaban los ojos cuando se encontraban en las calles!

—Prefiero trabajar en el llano, Víctor Raúl —dijo Ledesma— Sinceramente lo prefiero así.

Llegó seis minutos después de Haya de la Torre ese 28 de julio de 1978 en que se inauguraba la Asamblea Constituyente. El rostro del anciano presidente aún expresaba cierta congoja. Su mirada entonces líquida y por

un rato borrosa, registró la aparición de Ledesma y Hugo Blanco. Cerca de ambos se acomodaba en su escaño Javier Diez Canseco. La izquierda no daba aún valor a la función de gobernar. Los partidos revolucionarios habían soñado siempre con la captura del poder, total poder, perpetuo poder del pueblo absoluto, masas borbónicas con gorros frigos y puños en alto. Para ellos, el gobierno era un subproducto. Tenían que inaugurar una lógica distinta, transitar otros caminos como el de la intermediación política, que era distinta a la lucha y la negociación sindical. Algunos constituyentes de la izquierda llegaban inclusive con cierta expresión de desprecio. No era una asamblea realmente popular. Apenas era un congreso permitido por la dictadura. No había sido un proceso limpio, con numerosos candidatos deportados, con el desconocimiento de figuras como Manuel Scorza y la abogada Laura Caller, defensora de causas perdidas, a quienes no se había retirado de la lista del FOCEP cuando renunciaron a raíz de las deportaciones, sólo para suprimirlos una vez elegidos, borrándolos igual que los votos que habían recibido. Como habían recibido votaciones altas, la maniobra no sólo eliminaba dos voces temidas por la dictadura, sino que rebajaba el número de representantes que correspondían al FOCEP. El registro electoral no había sido actualizado ni depurado en 1978. No habían suprimidos a los difuntos ni estaban registrados los cambios de domicilio ocurridos desde 1966, año de las últimas elecciones municipales. Tampoco habían votado los analfabetos, principalmente campesinos, que constituían la quinta parte de la población electoral. Ciertos izquierdistas llegaban a la Asamblea con alma perdedora: ¿La nueva Constitución acaso podría expresar intereses que no fuesen de la gran burguesía y el imperialismo? En fin, los generales no tenían por qué respetarla, nueva o vieja, pues la seguirían pisoteando cuando les viniese en gana. Sólo pretendían adquirir cierta legitimidad antes de una transferencia seguramente manipulada. La Asamblea Constituyente tendría que santificarlos. Asambleístas todavía a la contra, los del FOCEP y la UDP habían reunido decenas de miles de firmas en apoyo de la Moción Roja, que pedía todo el poder para la Asamblea Constituyente elegida por el pueblo y el fin inmediato del gobierno militar.

Hugo Blanco pidió la palabra. En la bancada de la izquierda mostraban una moción urgente. Las barras apristas no dejaban escuchar la voz del cusqueño. Haya de la Torre impuso silencio.

—¡Existiendo el mandato del pueblo, la Asamblea Constituyente debe asumir todos los poderes ejecutivos y legislativos de la Nación! —subió la voz de Hugo Blanco—. ¡Los militares a sus cuarteles!

EN 1978 LA POBLACIÓN MUNDIAL LLEGABA A 4,400 MILLONES de personas. Doscientas mil se agregaban cada día. Y para qué.

Dos tercios pertenecían al llamado Tercer Mundo. En la mitad del planeta sobraban alimentos. Faltaban en la otra mitad. Mil millones padecían miseria. Para dos mil millones casi no existían proteínas. Quinientos millones de niños crecían en virtual estado de abandono. La economía mundial daba muestras de locura. La gente perdía la fe en los instrumentos monetarios. El precio del oro cayó a los suelos, lo mismo que el promedio Dow Jones en 1970. Para detener la inflación, Nixon había congelado precios y salarios. Estados Unidos había devaluado el dólar al año siguiente y de nuevo en 1973, cuando suspendió el control de ciertos precios. Se precipitaban la guerra de los combustibles y la inflación mundial. El embargo árabe a los países desarrollados que apoyaban a Israel, reducía la oferta mundial de petróleo. Los productores simplemente cerraban los caños y los precios se disparaban a alturas nunca antes imaginadas. En medio año de crisis, treinta empresas petroleras confesaban haber duplicado las ganancias netas de todo el año anterior. En el mundo industrializado se detenía el crecimiento económico. Eliminaban los últimos controles de precios en 1974. El desempleo estadounidense llegaba a 9.2 por ciento en 1975. La quinta parte de la población de Estados Unidos vivía bajo el nivel de pobreza. La OPEP, que agrupaba a los países exportadores de petróleo, elevaba nuevamente el precio de los combustibles. Empeoraba la crisis. Quebraban grandes corporaciones, se devoraban unas a otras, se fusionaban, crecían, caían, revivían. La célebre Rolls Royce se declaraba en bancarrota, también la ciudad de Nueva York. La libra esterlina inglesa tocaba fondo. En 1977 empezaba a correr petróleo por el inmenso oleoducto de Alaska, pero al año siguiente nuevamente caía el valor del dólar frente al yen y el marco. El oro subía ocho veces su valor antiguo. La gran huelga del carbón establecía un récord de 110 días en Estados Unidos y la huelga de los impresores suprimía los diarios en Nueva York durante 88 días.

Hasta entonces había sido una década llena de contradicciones. Mientras Estados Unidos aumentaba los bombardeos en Vietnam, Kissinger preparaba la visita de Nixon a China en 1972. El año anterior había muerto Lin Piao. Leonid Brezhnev acumulaba todo el poder en la Unión Soviética. Reelecto por un alud de votos, Nixon tenía que renunciar por haberle mentado a su Congreso. Estadounidenses y aliados vietnamitas salían a escape de Saigón. En 1975 habían muerto Chiang Kai-shek, Francisco Franco y el emperador Haile Selassie. Al año siguiente moría Mao Tsetung. La rueda de la fortuna parecía girar cada vez más aceleradamente en un mundo lleno de incertidumbre y sufrimientos. La sequía mataba a millones de africanos. Sorpresivo y violento se desarrollaba 1978. En Argentina prosperaba la matanza. Sudáfrica emprendía su última larga lucha por la Independencia. Aldo Moro había sido secuestrado y ajusticiado por las Brigadas Rojas. Se

propagaba el terrorismo como arma política. El Líbano iba quedando en ruinas. En Bolivia se producía el 200° cuartelazo de su historia. La aviación castigaba con misiles a quienes se atrevían a protestar. Khomeini llamaba a la huelga nacional indefinida para echar al Shah. Se extendía la insurrección generada por los sandinistas contra medio siglo de dictadura somocista.

En el Perú había quienes querían expropiarlo todo, sin saber bien qué hacer con la riqueza acumulada a lo largo de su historia de sometimiento y despojo. Unos proponían una inmediata repartición entre los pobres. Otros se referían a una juiciosa redistribución de la riqueza futura. Los radicales preguntaban de qué futuro se hablaba, si cada doce minutos moría un niño por falta de alimentos o diarreas. Los hambrientos no tenían ni mañana, ni república, ni constitución que los protegiera. Otros replicaban: ¿Y después del reparto, qué? ¿Cómo reiniciar la producción y acumulación de bienes, de qué manera auspiciar el ahorro, en qué forma evitar la repetición de abusos históricos? Más numerosos eran los partidarios del modelo estatista, que convertía al gobierno en gran patrón nacional y supremo gerente de todos los negocios, aunque sin aclarar si las acciones de tal superempresa serían controladas por el pueblo o un partido político. También había quienes querían que nada perteneciera al Estado y pedían un país liviano de impuestos, generoso con las excepciones, manejado por dos leyes principales: la del más fuerte y la ley de la oferta y la demanda, generando un contradictorio capitalismo feudal, controlado por diversos señoríos empresariales que no responderían de sus actos ante nadie, ni siquiera ante un soberano. Existía, además, el poderoso grupo de los usureros, que alentaba el sueño del desarrollo al crédito y del consumo a plazos, bajo el supuesto de que futuras ganancias permitirían cancelar deudas, comisiones e intereses, aparte de comprar más desarrollo y mucho más consumo. No faltaban los soñadores que pretendían humanizar la sociedad, guardianes de sus hermanos, defensores externos de los oprimidos, que combatían a los caínes en nombre de una fraternidad sin método y hasta de un Dios sin iglesia, un pobre Dios solitario, abandonado por las instituciones humanas que se reclamaban propietarias y administradoras exclusivas de los poderes divinos. De todo tenía el Perú, menos un propósito central que afirmase su existencia. Estaba ahí, era todo lo que sabían los peruanos. Muchos confundían la idea del Perú con la masa de la cordillera, cuya edad se parecía bastante a la eternidad. Existiría siempre, a pesar de todos sus errores. Lo creían perpetuo e inmutable, pobre Perú que se venía deshaciendo igual que las montañas cuando bajaban a las playas.

Pobre polvareda nacional, lo único que no se discutía era la aparente confusión del pueblo. Nadie ofrecía una propuesta novedosa. Nadie mostraba un camino transitable para todos. Nadie miraba el porvenir con ojos propios. Nadie sabía qué hacer con esa Constitución en blanco, que a su vez habría de

generar la historia aún por ser vivida.

¿Qué era el Perú? Acaso no pasaba de ser un invento, una transacción política, una concesión al antiguo poder colonial que permitiese inaugurar una época de gestión americana. Ni siquiera era peruano el Perú, sino la posesión que se le había acordado a la capital española de Sudamérica, la Ciudad de los Reyes, como se llamaba verdaderamente, para que estuviese bien servida. Lima, republicana a pesar suyo, independiente al revés, siguió siendo la misma que había sido siempre: la capital de un imperio venido a menos, representante y administradora de un gran poder ahora imaginario, dueña de fuerza e influencia por delegación al fin de nadie, que al caer la noche nunca se preguntaba qué habría de desayunar cuando saliese de nuevo el sol. Millones de siervos y provincias se encargaban de servirle la mesa. Había seguido siendo española sin España, una ciudad de fantasía donde molduras y veleidades arquitectónicas se labraban en yeso y las murallas de aparente granito estaban hechas de barro seco. Una hacienda, el Perú. Sus siervos y tributarios, los peruanos de abajo, los cholos, sobre todo los indios, por cierto los negros y los chinos que habían sido los últimos en llegar. Siempre había sido una ciudad experta en absorber riqueza, en exprimir y exportar. No la preocupaba el futuro. Jamás había pensado que cambiaría el mundo. ¿Cómo podría quedar postergada o vencida si se había mantenido a la moda durante cuatrocientos años? ¿Quién se atrevería a desafiar su experta influencia? ¿Sus propios hijos? ¿Sus antiguos tributarios convertidos en extranjeros? ¿El populacho con gorro frigio? Aún después de la conquista de México, sólo el rescate de Atahualpa había multiplicado treinta veces la masa de moneda circulante en Europa. Los lingotes de Potosí habían incrementado mil quinientas veces la plata acuñada por las naciones europeas. Las cajas reales de Lima habían remitido a la corona española suficiente metal precioso como para cancelar dos veces la deuda externa del Tercer Mundo en 1978. La mitad del oro y las dos terceras de la plata enviadas por el Nuevo Mundo a España durante trescientos años, habían salido de las inmensas posesiones que dependían de la Ciudad de los Reyes. En esos tiempos, hasta el Océano Pacífico había producido un botín incomparable: quinientos millones de perlas. Las estribaciones andinas seguían vomitando esmeraldas en pleno siglo XX. En el XVI, cincuenta millones de indios trabajaban gratis y morían para aumentar la grandeza y prosperidad de la corona española. Hacia 1540 se había pagado veinte mil pesos de plata por un caballo andaluz en la Ciudad de los Reyes. El presidente de la audiencia se hacía transportar por cuatro esclavos en una silla de manos, para no salpicar de barro su traje revestido de perlas con hilo de plata. Lo manejaba todo, la Ciudad de los Reyes: la capitanía de Chile, el Alto Perú y los Andes argentinos, todo Ecuador y la mitad de Colombia, el viejo Imperio de los Incas y sus reinos vasallos,

un tercio de los territorios amazónicos, la navegación por el Pacífico hasta Panamá. Aún el despacho de riquezas a través del istmo panameño tenía que ser reportado a la Ciudad de los Reyes, que a nombre del Emperador vigilaba las rentas, cobraba tributos, proscribía a los contrabandistas, pagaba a los ejércitos reales en Sudamérica, inauguraba las leyes, emitía moneda y despachaba la suprema contabilidad para su revisión por los auditores de Sevilla. ¿A quién podía importarle el futuro en Lima? Era la otra patria del cacao que enloquecía a los europeos, del tomate que modificaba los gustos culinarios de España y sus posesiones en Italia, del maravilloso maíz, de mil ochocientas variedades de papa y del boniato, la patata dulce, el camote. Y en las tierras que dependían de la Ciudad de los Reyes, cuya extensión nadie había podido calcular, se aclimataban prodigiosamente los tesoros de Arabia, granos de café y cañas de azúcar que habían perecido en Andalucía y que sólo se habían salvado en las Islas Canarias. Todo se cosechaba en las posesiones de la Ciudad de los Reyes, canela, pimienta, nuez moscada, vainilla, frutos picantes, pistachos, nueces, castañas, almendras. Y maravillosas plantas medicinales, quinina para el paludismo, sangre vegetal para cauterizar heridas, floripondios adormecedores. Y vinos rojos, aguardientes de uva, cueros finos, pieles exóticas, maderas preciosas, cochinilla, hojas de coca para el cansancio y la vejez. En el otro lado del mundo, la Ciudad de los Reyes era sede y administradora del poder imperial. Por eso recibía a los vice-reyes cubriendo la inmundicia de sus calles con lingotes de plata grandes como adoquines.

¿Qué había sido el Perú para la Ciudad de los Reyes? ¿Qué podían haber sido el hambre de los wakchas, la pobreza de los indios, la soledad republicana, el desamparo de las provincias, el porvenir sin metrópolis y sin imperio para esa remota Ciudad de los Reyes que seguía aferrada a la víspera de la historia?

La habían forzado a ser republicana y ya no fue más ciudad de nadie, austrias o borbones, y tuvo que ser Lima, poco nombre para tantísima grandeza. En realidad no se había propuesto una nueva vida. Aunque muchas voces quisieron anunciar la idea del Perú, nadie propuso entonces una conducta nacional, un modo de ser únicos y distintos frente a otros países también en formación, pues los había defensivos o conquistadores, comerciantes, inventores, industriosos, hasta países santos, estados intocables y reverenciados. Lo único que no estaba permitido eran los países inútiles, rentistas, ociosos, llenos de soberbia, pobres países del pasado. Por cincuenta años lo habían manejado los militares de las guerras de la Independencia, no importaba de qué bando hubiesen sido, y después los militares de las constantes guerras internas. Los presidentes usaban los fondos nacionales como si fuesen propios. No faltaba dinero. Aunque los indios hubieran extraviado las

vetas, aún existía oro y mucha plata. La república militar cumplía veinte años cuando se descubrió el milagro del guano, el mejor abono del planeta. Por casi medio siglo, la agricultura mundial había pasado a depender del milagroso guano del Perú. En vez de vender guano al mejor precio, la república militar prefirió empeñarlo. No vendía al contado, pedía adelantos. Daba guano y solicitaba préstamos. Por cierto, consignatarios y prestamistas se comían crudo al desdichado país. Además, nadie pagaba impuestos. La fortuna del guano chorreaba por los presupuestos hasta empapar a todo el gobierno, a parientes, burócratas, legisladores, jerarquías y fiscales. El Perú tenía decenas de generales, centenares de coroneles, miles de comandantes y capitanes, la mayor parte en el retiro, jefes de una sola campaña, generales de una revolución, a quienes pagaban generosas pensiones vitalicias. Llegó a tener más oficiales en sus listas pasivas que tropa en actividad. Todo salía de los negociados del guano. El gobierno encargaba empréstitos siempre más grandes. Un solo contrato generaba fortuna para varias generaciones. El total de consignaciones y monopolios se acercaba a 200 millones de libras esterlinas, de lo que sólo quedaba una cierta memoria de grandeza en las cajas fiscales. En treinta años, las verdaderas ganancias del guano se habían establecido en cofres y bancos europeos, pertenecientes a intermediarios, consignatarios y banqueros. Al milagroso Perú le quedaban las deudas. Doscientos millones de libras equivalían a mil millones de dólares plata del siglo diecinueve. Por siete millones doscientos mil había comprado Alaska el gobierno de Estados Unidos en 1867. En 1803, Louisiana había costado 27.2 millones, incluidos los intereses. ¿Qué había comprado la primera república militar con mil millones? ¿Prosperidad, paz, justicia? ¿Palacios de cartón, besamanos, medallas, adornos, prestigio, rieles sin acabar? ¿A la hora de arreglar cuentas, no valían los ferrocarriles lo mismo que las deudas? ¿Cuánto había producido el salitre peruano, hasta que las combinaciones de John Thomas North lo convirtieron en el hombre más rico del mundo? Pobre país fabricante de fortunas ajenas y miserias propias. Mientras tanto, la vieja Ciudad de los Reyes perdía parte de su hacienda: Bolivia y además Tucumán; tierras ahora de Ecuador y Colombia, la mitad de su vieja Amazonía. Después le quitaron el imperio salitrero y los yacimientos guaneros del sur. Todos habían comido territorio peruano desde la Independencia; sólo faltaba Chile, que iba a duplicar su territorio a costa de Bolivia y Perú.

Durante los sesenta trágicos años del primer militarismo, nadie había propuesto que fuese verdaderamente un país el Perú. Sin modelo propio, resultaba una mala imitación afrancesada, con ínfulas platónicas y cavernosidades kantianas, instalada en la superficie del contrato social y del espíritu de las leyes, más bien una broma volteriana que un producto de la transformación mundial originada en las grandes revoluciones del Siglo

XVIII, una fantasía democrática, una usurpación organizada, un gobierno sin pueblo y sin cultura. Al menos el desastre militar de la guerra con Chile había permitido civilizar al Perú, generándose una república aristocrática que aseguraba cierta mínima estabilidad a sus instituciones. Una y otra vez volvía la pregunta: ¿Y para qué, el Perú? Si nadie se ponía de acuerdo, si no era republicana la república, si millones de indios continuaban en servidumbre, si la pobreza se heredaba como una esclavitud. ¿Para quién, la república peruana? Votaban los contribuyentes, quienes sabían leer y escribir, los doctorados, los pudientes, los blancos y quienes se les parecían. Perteneecía todo al Perú mínimo, erudito, católico, fanfarrón y por supuesto militar. Porque la república aristocrática tenía uniformados a su exclusivo servicio, la propiedad de los ejércitos, su aparato de averiguación e intriga, su estilo de dar y de quitar. En épocas difíciles, ponía militares por delante, pero se-guía siendo dueña del país y su destino. Cada cierto tiempo protestaba el pueblo, perdían la paciencia los indios, circulaban evangelios peligrosos. Entonces todo cambiaba un poco para que al fin nada hubiese de cambiar.

Al fin la república aristocrática había sido destronada por la pequeña república burguesa de los belaundistas y los caciques provincianos. Ofrecía reformas que no se atrevía a poner en marcha. La ópera populista describía un país inexistente, hecho de frases sonoras y palabras anticuadas. La república belaundista se contentaba con estar ahí, mirándose a sí misma. Algunos creían que el viejo poder militar había provocado la separación de la burguesía y los cacicazgos para herir de muerte a la república aristocrática, a la que antes servían, pues la nueva república burguesa carecía de fuerza para oponerse al poder castrense. Entonces se había generado el segundo militarismo. ¿Qué era o quería ser finalmente el Perú? ¿Socialista, federalista, centralista, democrático, presidencialista, unitario, capitalista? ¿De qué iba a vivir, la república futura? ¿Un país exportador de materias primas, vendedor de regalías, productor de medicinas amazónicas? ¿Qué podría asegurar bienestar, paz y justicia a sus pobladores? Sólo entonces valía la pena preguntar cómo debía gobernarse el país concreto, el Perú modelo. Y cuál debía ser la conducta nacional para que estuviese reflejada en sus leyes e instituciones.

VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE IMPUSO SU ESTILO personal a la Asamblea Constituyente que empezó a funcionar el 28 de julio. Sesionaba de noche, propiciando un intenso debate que llegó a cuestionar las raíces mismas del estado que conocían los peruanos. La conducción del Viejo era ejemplar: concedía igualdad de oportunidades a todas las voces, sin favorecer a su partido. Después de diez años de silencio y casi cuarenta años

de superficialidad parlamentaria, la confrontación de ideas se dirigía a las honduras nacionales. A ratos valía la pena preguntarse si no se reconectaba el país con su propia historia, interrumpida en 1931, cuando la policía allanó el anterior congreso constituyente para encarcelar o deportar a los congresistas críticos o enemigos de la dictadura sanchecerrista, con la bancada aprista en su totalidad. Durante el día se juntaban las comisiones. En ellas se trabajaba cuatro o cinco horas diarias. Las sesiones de la Asamblea arrancaban a partir de las seis de la tarde. A veces concluían al amanecer del nuevo día. Haya de la Torre escuchaba a todos con gran concentración. Apreciaba a los buenos oradores y el contenido de las intervenciones. Puesto que con frecuencia se hacían referencias al pasado, ciertos constituyentes atacaban antiguas posiciones apristas. Entonces Haya de la Torre hacía girar el sillón de la presidencia y daba la espalda a quien hablaba, aunque sin dejar de escuchar todos sus argumentos.

Desde la primera sesión quedó entendido que Haya de la Torre no había llegado a presidir la Asamblea al final de su vida para autorizar una Constitución tramposa, que extendiera un certificado de legalidad a diez años de gobierno dictatorial. El Viejo quería una Constitución para el pueblo. En lo que quedaba de 1978, no se cansó de tender puentes hacia la desunida izquierda de la época. Se interesaba en el FOCEP y la UDP. Ambos rechazaron el acercamiento del fundador del APRA. El FOCEP, un frente obrero, campesino y de estudiantes fundado en 1963 por Genaro Ledesma, había tanteado una alianza electoral con el PC-Unidad y el PSR de Leonidas Rodríguez Figueroa. Fracasó. Entonces se juntó Ledesma con Ricardo Napurí, que había sido del MIR antes de pasar por Vanguardia Revolucionaria, VR, y de ahí al POMR, Partido Obrero Marxista Revolucionario, de tendencia trotskista; y a Saturnino Paredes y lo que quedaba de Bandera Roja. Después llegó Manuel Scorza y se abrió el camino para la alianza con Hugo Blanco, lejano líder del FIR, Frente de Izquierda Revolucionaria, y jefe del PST, Partido Socialista de los Trabajadores, también trotskista. En marzo de 1978, el nuevo FOCEP se había inscrito con más de cien mil firmas. En cuanto a la UDP, más bien parecía ser una consecuencia de Vanguardia, iniciada en 1964 por un grupo heterodoxo en el que destacaban Napurí, que venía de ser asistente del Che Guevara en Cuba y aportaba una posición socialista-trotskista argentina; Jorge Villarán, líder de los trabajadores bancarios; Edmundo Murrugarra, apartado del Partido Comunista después de la fractura chino-soviética; y, por cierto, Ricardo Letts, importante disidente del belaundismo. Vanguardia se había definido como un partido de cuadros, no de masas. Visto de otro modo, era un partido mínimo dedicado a conectarse con las organizaciones populares, a las que acabó enganchado en vez de dedicarse a la lucha armada. En los puertos tenía importancia VR, lo mismo

que entre los mineros. Empezó la reconstrucción de la Confederación Campesina del Perú, CCP, de la que VR había desalojado a Saturnino Paredes. El más joven de los constituyentes de la izquierda, Javier Diez Canseco, había llegado a VR recién en 1969. Más tarde empezó a desmembrarse VR, pues se formó VR-Político Militar, con Julio César Mezzich, que acabaría aliándose con la insurrección de Sendero Luminoso. Un grupo maoísta se fue con Agustín Haya, Manuel Dammert y Santiago Pedraglio a formar el PCR, Partido Comunista Revolucionario. También se marcharon Napurí, Hernán Cuentas y Jorge Villarán, a constituir el POMR. En 1977 se había disuelto para formar la UDP con el MIR Norte y el MIR histórico, representado por Carlos Malpica; y con el PCR.

UDP y FOCEP, principalmente, llegaban con el impulso de las recientes luchas populares. Ambas organizaciones estaban vinculadas a federaciones y sindicatos, principalmente de mineros y campesinos. No era fácil trasladarse del movimiento popular al escenario estatal de la Asamblea Constituyente. De la lucha directa gremial y en los frentes regionales se mudaban a la actividad legisladora, a una función de gobierno. Del Comité Único de Lucha y los FEDIP, los Frentes de Defensa de los Intereses del Pueblo, pasaban a proponer y aprobar leyes o vetarlas. De las catacumbas salían a desarrollar una identidad política pública. El cambio generaba confusión interna. Ya no se mataba al enemigo, se debatía con él. La contienda legislativa no era una guerra. Existía la posibilidad de una democracia controlada por los votos y el convencimiento. Convertir la energía de las protestas populares en una fuerza política capaz de crecer como gobierno, era un desafío que concentraba la atención de los constituyentes. No todos parecían preparados. A poco de entrar, se apocaban celebridades. Venían de una sucesión de cárceles, paros nacionales, deportaciones y persecuciones, para sentirse arrastrados por un aluvión político. ¿Hacia dónde se iba a dirigir el Perú? ¿Qué clase de país iban a constituir?

Después de las primeras sesiones de la Asamblea Constituyente, el dirigente aprista Armando Villanueva había visitado a Alfonso Barrantes con un mensaje de Haya de la Torre.

Después de 1948, Barrantes se había alejado del APRA con su propio estilo, sin estridencias ni peleas innecesarias. Simplemente dejó de ser aprista. Se alejó de Haya de la Torre para hacer suyas las ideas de Mariátegui. El instinto de dispersión peruano preocupaba a Barrantes. Se decía que la política era una de las artes, porque debía dirigirse a conseguir la armonía humana. Debía atraer y reunir, la política. Muchos la entendían al revés, asumiéndola como el ejercicio de una religión. No bastaba con que fuesen creyentes. Militaban en ella con espíritu de inquisidores. Se la pasaban juzgando al prójimo. En vez de averiguar si existía una cierta comunidad de

destino, las izquierdas ideologizaban, proclamaban dogmas y carbonizaban a los herejes. Aunque los camaradas lo considerasen una abominación, existían otras izquierdas fuera de la multiplicación comunista. Considerado en frío, aún sobrevivía una izquierda aprista. Importantes sectores socialdemócratas se colocaban decididamente en la izquierda política de América Latina. ¿Cómo pasar por alto a la izquierda peronista que entonces soportaba una matanza en Argentina? La cruzada nacional sandinista contra la tiranía de los Somoza se había propagado a las comunidades de base cristianas, generando una izquierda cristiana que absorbía más fuerza de los evangelios que de los libros marxistas. Martín, uno de los comandantes del FSLN en 1978, en realidad se llamaba Gaspar García Laviana, misionero de los Sagrados Corazones que había empuñado el fusil. «La liberación de un pueblo oprimido es parte de la redención total de Cristo», había escrito. Los terceristas daban impulso final a la insurrección nicaragüense: «los otros sandinistas», quienes no eran comunistas ni nada más que patriotas del pueblo. Otros, nuevos, distintos. Pobre mundo en crisis, humanidad reducida a una conducta binaria: se necesitaba un tercerismo generalizado, aún sin definir. Barrantes había escuchado comprensivamente el mensaje de Haya de la Torre. Existía una poderosa corriente derechista dentro del APRA que prefería entenderse con los bedoyistas y la minoría conservadora. Presidente de la UDP, Barrantes estaba de acuerdo.

—Sólo hay un problema—dijo con su modo de hablar cajamarquino—. Desde hace cuarenta años lo más fuerte del APRA es el anticomunismo y, en la izquierda, el antiaprismo. No lo vamos a curar de la noche a la mañana.

—Habría que propiciar una reunión al menos —insistió Villanueva.

—No necesito comentarlo —se afirmó Barrantes—. Si yo me presento esta noche en la Casa del Pueblo, los búfalos me matan a patadas. Y si consulto el mensaje con mis compañeros, existe tal antiaprismo que van a creer que me he vendido sólo por haber hablado contigo.

Por cierto, la Moción Roja no había prosperado. No bastaban los votos de cien assembleístas acabados de estrenar para espantar a Don Pancho y su corte de generales. Ya era suficiente con que la Asamblea Constituyente se declarase libre, autónoma y soberana. Pero la Moción Roja fue usada por la izquierda, fuera de la Asamblea, para calificar a Haya de la Torre como un cómplice de la dictadura. En las sesiones continuaban integrándose las piezas de una nueva Constitución que colocaba al hombre antes que al Estado, no un ser teórico sino el peruano real, cuyos derechos describía y protegía como nunca antes había ocurrido, al menos en América Latina. «La persona humana es el fin supremo de la sociedad y del Estado», empezaba la nueva Constitución. La parte referida a los derechos humanos incluía, además, uno por uno, los artículos de la Declaración de los Derechos del Hombre

aprobada por las Naciones Unidas, aunque resultaran una reiteración, y contenía, desde luego, los derechos a la vida, al trabajo y a la educación. Reconocía el derecho de los trabajadores a organizar sindicatos, a la huelga y a intervenir en la conducción y administración de las empresas a través de la comunidad laboral. Reservaba al Estado una participación en la economía, a través de empresas estatales y la actividad planificadora, concediéndole una cierta capacidad para redistribuir la riqueza. Abolía la pena de muerte y fortalecía la división de los poderes del Estado. La nueva Constitución también satisfacía la vieja demanda de una república civil descentralizada, reordenando el país por regiones, cada una de las cuáles tendría su propio gobierno y rentas propias. Quedaba así diseñado un país que se manejaría en tres niveles elegidos por el pueblo: nacional, regional y local o municipal.

La lección política que dejaba Haya de la Torre en esos meses finales de 1978 tenía mucho que ver con su propio respeto por las ideas ajenas. No era una imposición la democracia, aunque se tuviese mayoría. Buscaba el consenso hasta cansarse. También concedía espacios a los bedoyistas y a ciertas iniciativas de la minoría ultraconservadora. En los debates ascendían unos y se desmoronaban otros. El encuentro entre Héctor Cornejo Chávez, principal personaje de la Democracia Cristiana, que además se había comprometido con la revolución velasquista, y Luis Bedoya Reyes, disidente que se había aliado con Belaunde al formar el PPC, Partido Popular Cristiano, permitió que aquel brillara y éste se eclipsara. Cornejo Chávez, de quien se burlaban diciendo que era jefe de cuatro gatos demo-cristianos, dictó cátedra sobre la Teoría del Estado y hundió en contradicciones al oportuno y jovial Bedoya, a quien se conocía como el Tucán. Feroz antiaprista, Cornejo Chávez había terminado por reconciliarse con el persona-je histórico que era Haya de la Torre, que a su vez le profesaba evidente respeto y no poca admiración. Una noche en que Cornejo Chávez desmenuzaba las posiciones bedoyistas, un asambleísta del PPC pidió una interrupción.

—No se la concedo —cortó la voz de Cornejo Chávez.

—Señor presidente —dijo el pepecista, un hombre tan torpe como adinerado—. Yo pido que no le siga dando al doctor Bedoya en el suelo.

La asamblea soltó la risa.

—Atenderé el pedido, señor presidente —siguió Cornejo Chávez—. No le daré en el suelo. Le daré en la jaula.

Otra noche, en una pausa de una intervención magistral, el profundo silencio de la asamblea fue interrumpido por un gracioso desde las barras.

—¡Miaaauuuu!

Haya de la Torre se molestó. Iba a tocar la campanilla para que se leyese el reglamento y desalojar las tribunas, pero Cornejo Chávez se le adelantó.

—No, señor presidente. Yo le ruego que no le haga caso. Debe ser uno de mis adeptos.

En fin, la nueva Constitución construía su propia defensa, estableciendo los únicos procedimientos para su modificación y eventual modernización. Ni plebiscitos, ni nuevas asambleas constituyentes, ni cuartelazos: nada servía como no fuese el procedimiento contenido en la Constitución misma. Los usurpadores serían castigados con severidad que incluía la confiscación de todos sus bienes. Reconocía, además, el derecho a la insurrección contra los usurpadores y declaraba que el Perú sólo reconocería la deuda externa y pública contraída por gobiernos constitucionales.

EN UN RAPTO DE EUFORIA INEXPLICABLE, Don Pancho soltó una frase memorable: «¡Los maestros, benditos sean!» Benditos los últimos del escalafón, benditos los salarios más bajos, benditos los despedidos. Benditos los que forjaban a niños y jóvenes a pesar de las aulas con frío y de los estudiantes con hambre y de las escuelas sin cuadernos ni carpetas. De todo tenían que aguantar las palabras exhaladas por Don Pancho, hasta tan hipócrita bendición, pues en realidad se la tenía jurada a los maestros benditos y su gobierno había incumplido todos los acuerdos suscritos por el general Molina Pallocchia en la presidencia del Comando Conjunto. Sólo el aumento de dos mil soles funcionó temporalmente. En diciembre también lo cancelaron. Nadie había sido repuesto, el SUTEP seguía sin obtener reconocimiento legal, toda la negociación había sido una mentira.

Mientras tanto continuaba la plaga de despidos. Se decía que veinte mil trabajadores quedaban mensualmente sin empleo. Cerraban fábricas o funcionaban a medio turno. Volvían a subir los alimentos. A la vez se autorizaba la importación de chocolates, licores, ropas y automóviles de lujo. La mitad de las criaturas seguía comiendo «nicovita» para pollos en los barrios de la miseria limeña y por avión llegaban quesos maduros y caviar fresco de París. En diciembre de 1978 el país estaba repleto de contrabando. Mientras avanzaban las sesiones de la Asamblea Constituyente, la república militar preparaba un golpe represivo contra las organizaciones populares. Alzas, abusos, hambre, desempleo y prepotencia: al fin consiguió Don Pancho que los trabajadores perdieran la paciencia. Centrales y bases independientes acordaron un paro nacional de tres días, del 9 al 11 de enero de 1979.

La captura de dirigentes empezó en Nochebuena. Desaparecían, los creían de viaje, se extraviaban en la oscuridad. Los iban atrapando de a pocos, selectivamente. En todo el país, veinte la víspera de Navidad. Otros veinte se perdieron durante la fiesta religiosa. Caía la segunda fila de dirigentes sindicales en todos los sectores, los que sostenían las huelgas cuando arreciaba

la represión. El último día de 1978 fueron reportados varios secuestros. El primero de enero, las federaciones pasaron revista en todo el país. - Faltaban cien, por lo menos. No los encontraban en las cárceles ni en los centros de detención habituales, así que los jueces se negaban a tramitar recursos de amparo pues estaban desaparecidos, no eran presos «político-sociales». La persecución pasaba a cebarse en el magisterio. Más de cuarenta dirigentes sectoriales se evaporaron durante la primera semana de enero. Entonces se repitió una vieja historia: la dirección nacional de la CGTP decidió suspender el paro, sin haber consultado con sus bases y federaciones. El anuncio se hizo en la mañana del 8 de enero. Al mismo tiempo se desencadenaba uno de los rastillos más grandes de la historia nacional.

La peor parte debió llevársela el SUTEP, pero la buena suerte protegió a muchas de sus personalidades. Se salvó Horacio Zeballos porque recrudescían sus males y lo habían llevado a dormir a casa de unos amigos. Cuando Seguridad del Estado llegó a Santoyo, escapaba César Barrera por el Cementerio El Angel. Otros habían adelantado la clandestinidad, como Armacanqui y Manzur. No faltaban quienes cayeron mansamente. El Gato Marroquín salió de su casa para encontrarse rodeado de detectives. Media directiva arequipeña terminaba en los calabozos. En el sur también caía gente de las federaciones que habían llamado al paro de tres días. En todo el país habían caído más de mil dirigentes sólo el 8 de enero. La redada había continuado una semana y la cifra subió a tres mil. Encarcelaban nada más. A todos los acusaban de lo mismo: conspiración contra el Estado, ataque a la Fuerza Armada, sedición. La dictadura no se molestaba en interrogar a nadie.

En la selva, casi todos los presos eran sutepistas.

Al profesor José Ramos Bosmediano lo capturó la policía en Yurimaguas, una localidad donde casi todos se conocían desde la infancia. En realidad había nacido en el caserío de Pobrealegre, en el distrito de Sarayacu, provincia de Ucayali, departamento de Loreto, el 29 de julio de 1942. Aparte de tener un nombre extraordinario, el pequeño caserío se levantaba en plena selva amazónica, en región de indios cocamas, un sitio que podía ser definido, además, como el fin del mundo. Por Ramos descendía de un obispo de origen mexicano que se afincó en Amazonas y después en Cajamarca. El padre del maestro había sido guardia civil hasta que se dedicó a cortar madera en la selva. Entonces conoció a la señorita Bosmediano, en realidad llamada Boumedienne, por un francés de las colonias que llegó a comerciar en Ecuador y dejó varias hijas en la amazonía peruana. La señorita Bosmediano, antes de conocer a Ramos, ya era maestra, médico, alcaldesa, escribano y hasta cura en los pueblos cocamas, pues si alguien estaba por morirse le administraba los santos óleos, bautizaba a los recién nacidos y a

falta perpetua de párrocos o misioneros, se armaba de solemnidad y casaba a las parejas que querían empezar una familia. Por cierto administraba medicinas de ambos mundos, substancias selváticas con sulfá y aspirinas. También escribía cartas, elevaba oficios, recursos a las autoridades, y, lo más importante, fundaba las escuelas. No quiso abandonar esa vida de servicio después de conocer al apuesto ex-guardia Ramos, así que conservó su existencia itinerante, llevando consigo a sus hijos, dos mujeres y un varón. Cocamas, cachibos, shipibos la llamaban para que organizara escuelas en sus pueblos. Una vez que la señora Bosmediano ponía en marcha el plantel, pedían el reconocimiento del Ministerio de Educación, que a su vez enviaba a un maestro con salario estatal. La señora Bosmediano trabajaba para las tribus. Durante los primeros diez años de su aventurera existencia, el profesor Ramos Bosmediano la había seguido por más de veinte caseríos en la región del Ucayali y después por el Marañón, donde se conectaron con los jíbaros, los que reducían cabezas. Se movía por la selva con la silenciosa facilidad de los nativos. En ese tiempo hablaba varios dialectos selváticos, todos influidos poderosamente por el quechua. No sentía muchas ganas de abandonar la primitiva libertad de las grandes selvas, pero cuando cumplió diez años fue despachado por su mamá a Contamana, único lugar cercano donde enseñaban hasta el quinto de primaria. A los trece años, el futuro maestro Ramos Bosmediano consideró acabada su educación y se fue a trabajar con un hacendado de Lisboa, una localidad sobre el Ucayali. Cuatro años de ahorros le permitieron viajar al pueblo de Requena, a educarse en un internado de curas al que llamaban «el reformatorio». Un año más tarde, gracias a la ayuda de su hermana mayor, acabada de recibir en una escuela normal, pudo trasladarse a Yurimaguas a terminar la secundaria. Aparte de los años que había pasado en la Universidad de Trujillo, el maestro Ramos Bosmediano, sutepista, casi no se había movido de Yurimaguas. En la mañana del 8 de enero, tres policías fueron a buscarlo a su casa temprano.

—¿Qué pasa, hermanito, me he vuelto peligroso? —quiso protestar.

—Ordenes de arriba. Todo el SUTEP a la cana —se encogió de hombros un sargento al que conocía desde su juventud.

—¿De qué me acusan?

—Ataque al Estado —dijo el sargento—. Nadie sabe bien qué quiere decir, pero así está en el telegrama: «ataque al Estado». ¿Qué habrás hecho, pues?

—¿Dónde me llevan?

—Te mandan a Iquitos.

¡Iquitos! Significaba varios días de viaje en la selva.

En Lima, esa mañana el abogado Alfonso Barrantes encontró a varios agentes de Seguridad del Estado en la puerta de su casa. Al rato llegó

un vehículo con el inspector Cubillas, hermano del famoso Nene Cubillas, goleador de la selección nacional de fútbol. Abogado del SUTEP, asesor de numerosos sindicatos, presidente de la UDP, Alfonso Barrantes entendió que lo llevaban preso. Intentó comunicarse por teléfono con alguno de los cuatro constituyentes de la UDP. «No sirve de nada, doctor. Son órdenes de arriba», explicó Cubillas. Para el inspector, encima de la Asamblea Constituyente estaba el Ministerio del Interior y más alto la Fuerza Armada, el Comando Conjunto y, encima de todo, como una cereza sobre la nata batida, Don Pancho, el presidente. Estaba en marcha una redada en todo el país. Los únicos que podían considerarse a salvo eran los constituyentes, pues disfrutaban de inmunidad. El resto de la izquierda estaba pedida por Seguridad del Estado.

No era primera vez que encarcelaban a Barrantes. Aunque no había sido candidato, disfrutaba de cierta celebridad. Cubillas lo trataba con evidente respeto. Casi no hablaron durante el viaje. La Prefectura no era su destino inmediato, sino la remota estación de Ate-Vitarte, a la que habían acoplado una pequeña cárcel secreta. De esa manera hacían desaparecer a los dirigentes populares, dejándolos en calabozos clandestinos sólo controlados por el Ministerio del Interior.

Daban las dos de la tarde cuando Cubillas invitó el almuerzo al abogado Barrantes.

—Muy bien. De acuerdo —dijo Barrantes, anticipándose a muchos días con el mismo seboso rancho de todos los presidios. Cubillas encargó pollo braseado con papas fritas y se sentó a conversar con su detenido. Barrantes quiso averiguar cómo se veía el porvenir—: ¿Y hasta cuándo van a tenerme encerrado?

—No lo sé, doctor. Parece que va para largo.

—¿Un mes, un año? ¿Varios años?

—No, no. Eso no —rió Cubillas—. El próximo año hay transferencia.

—Es que a lo mejor ya no transfieren nada —sonrió Barrantes.

Lo habían dejado cargar con un pequeño maletín que contenía sus útiles carcelarios: jabón, toalla, hojita de afeitar, algo de ropa limpia, una bufanda. Después de la merienda, el inspector Cubillas llamó al jefe de la estación de policía:

—Oye, mucho cuidado con el doctor...

—Entiendo, mi comandante.

—Mucho cuidado, yo voy a estar vigilando.

—A la orden, mi comandante.

Se marchó Cubillas y entonces descubrió Barrantes que el policía había entendido el mensaje al revés: no que cuidaran al doctor, sino que se

cuidasen de él porque era muy peligroso. Acabó en el peor de los calabozos, con doble reja.

Eran cuatro en esa celda a las tres de la tarde. En todos los calabozos de Ate-Vitarte no pasaban de veinte. En la noche del 8 de enero llegaron cincuenta. Doce se amontonaban en la misma celda de Barrantes. Unos tenían colchonetas, otros habían conseguido periódicos viejos, a la hora de dormir se colocaban en hileras. Seguían llegando presos. Como era costumbre, uno de los reclusos trabajaba de llamador. Anunciaba a los recién llegados por su nombre y apellidos; después, con un sólo grito carrasposo los pedía para interrogatorio. Dos semanas más tarde, la celda estaba repleta. Cada vez que intentaban meter a otro recluso, gritaban que estaban completos, que no quedaba sitio para nadie más. Debían pasar de doscientos en esa pequeña cárcel secreta y ninguno era de Ate-Vitarte sino de barrios distantes. Estaban presos por comunistas, definición que abarcaba a todos, desde velasquistas hasta senderistas, en su mayoría vinculados a sindicatos y federaciones. Los acusaban, por lo menos, de ataque a la Fuerza Armada y daños a la propiedad pública y privada. Veinte días se cumplieron. A mitad de la noche, atontados por el sueño, oyeron que el llamador recibía a un preso nuevo.

—¡Abimael Guzmán Reynoso! —anunció la voz áspera—. ¡Entra!

No se movió uno solo de los cuerpos tendidos en la penumbra. Nadie sabía quién era. Barrantes se acordó del profesor Guzmán. Lo había conocido en Huanta, en 1969, cuando había actuado como defensor del profesor Cárdenas Sulca. Se colocó los anteojos y lo observó de pie, inmóvil contra la reja, ciertamente intimidado, sin saber dónde acomodarse.

—¡Compañero! —llamó Barrantes—. Aquí entramos dos, compañero.

Abimael Guzmán pasó cuidadosamente entre cuerpos quietos y bien alineados, hasta encontrar la colchoneta de Barrantes.

—¡Acomódese aquí, compañero! —se arrimó Barrantes—. Ya usted sabe, espalda con espalda, como duermen los hombres.

—Gracias, doctor Barrantes —lo reconoció Abimael Guzmán. Daba cierta impresión de timidez. En realidad estaba lleno de cautela. Barrantes procuró taparse con la media frazada que ahora compartía con el jefe del PCP-Sendero Luminoso. Pasó un buen rato y supo que Abimael Guzmán no dormía. Se destapaba para rascarse continuamente. «Ya me fregué», pensó Barrantes, «el hombre está con piojos.» Abimael Guzmán leyó sus pensamientos.

—Tengo una enfermedad que se llama soriásis —dijo—. No se contagia, compañero.

Seguía preso Barrantes cuando soltaron a Abimael Guzmán a los ocho días. Al fin trasladaron a Barrantes a la Prefectura y volvió a encontrarse

con Cubillas.

—¿Lo atendieron bien, doctor? —se interesó el inspector.

—La próxima vez no me recomiende —sonrió Barrantes—. Pensaron que yo era de cuidado, no que debían cuidarme.

Que otra vez la dirigencia nacional de la CGTP hubiese traicionado un paro nacional, no parecía enfurecer a las bases como antes. Acaso no les dieron tiempo de reaccionar. De inmediato había empezado la persecución policial. Los partidos políticos estaban absortos en la nueva Constitución. El capítulo de los derechos había consumido gran parte de los debates. Resultaba grotesco que se aprobaran libertades en ese momento suprimidas por la dictadura, derechos que se cancelaban a los trabajadores. El país vivía dos realidades. La represión, ahora. Y la democracia que se estaba escribiendo para mañana. El diseño del futuro era el reverso del presente. La existencia simultánea de la Asamblea y la dictadura resultaba grotesca.

LA REPÚBLICA MILITAR HABÍA DESPACHADO al general Otto Eléspuru a cumplir quehaceres puramente castrenses. Lo reemplazaba el general José Guabloche, un puritano con insignias divisionarias, un verdadero inquisidor político. A fines de los años 60, cuando causaban furor los «cursillos de la cristiandad», Guabloche había sido de los jefes del ejército que experimentaron una resurrección religiosa. No todos podían ser cursillistas. Los elegían por ser ricos o influyentes, porque iban a heredar el reino de este mundo o porque estaban en pleno ascenso político y militar. Entre ellos no existían débiles ni oprimidos, ni por cierto ovejas descarriadas. Cursillistas sólo podían ser poderosos de ayer y de mañana. Una vez cumplido el ritual de la confesión pública de los pecados y de la reconciliación católica, los cursillistas seguían elevándose por la vida ya integrados a una hermandad más bien secreta, que en ciertos casos conducía a niveles superiores de una suerte de masonería católica interesada en el negocio mundial de la usura y la política, y a cierta inevitable simpatía por el militarismo franquista. Guabloche estaba poseído por un espíritu de cruzado. Sus infieles eran malditos comunistas, compañeros de viaje, hasta condescendientes liberales, quienes no creían que el mundo estaba sostenido por tres únicos pilares: dios, patria y familia. El espíritu guablochiano estaba tallado con el cincel de las encíclicas, a las que otorgaba infalibilidad a ciegas, valor de dogma. No faltaba a la comunión, lo mismo que Don Pancho, y estaba decidido a acabar con los sarracenos sutepistas. Llegaba Guabloche como un ángel exterminador cuyas órdenes eran definitivas: aplanar al SUTEP para siempre. El Poder Oculto había decidido no esperar a que hicieran huelga para perseguirlos. A raíz del abortado paro nacional de enero, los maestros fueron el plato fuerte

de la represión pese a que estaban de vacaciones. Ya en febrero, los dirigentes del SUTEP se movían clandestinamente. A comienzos de mes se realizó una asamblea nacional de delegados sutepistas en la inmensidad de la Ciudad Universitaria de San Marcos.

Llegaban de todo el país, pasando de un escondite a otro, para darse encuentro en la nocturna soledad sanmarquina. Estudiantes y sutepistas de Lima los conducían al lugar de la asamblea. Pasaban de cien. Los últimos en llegar dijeron haber visto a emboscados agentes de la DSE en el vecindario de San Marcos. Duplicaron a los vigías antes de sesionar. Por suerte, muchos de los detenidos a comienzos de enero habían salido libres al cumplirse un mes. En verdad, SUTEP y magisterio habían sido estafados con el solemne convenio de 1978. Pese a la palabra empeñada por el general Molina Pallocchia, nada se había cumplido. Ni uno solo de los maestros contratados había recibido nombramiento. Tampoco se habían interrumpido los juicios administrativos. Miles de sutepistas descubrirían que habían sido trasladados cuando confirmasen sus destinos en marzo. La Universidad de La Cantuta seguía recesada. El gobierno había suspendido el aumento de dos mil soles. Después, en medio de gran propaganda, concedió un «nuevo aumento» de dos mil cuatrocientos soles. Neto para el magisterio: cuatrocientos soles mensuales, equivalentes a un dólar noventa y ocho centavos. ¡Seis centavos de dólar al día! No alcanzaba para comprar siete tarros de leche evaporada o tres galones de gasolina corriente al mes. En 1978 el costo de vida se había duplicado. La inflación pasaba de 60 por ciento anual. A diario se devaluaba el sol. Ahora lo cambiaban por cinco milésimas de dólar. Daba y quitaba, quitaba y daba la república militar.

Esa noche los delegados reiteraron su aprobación al pliego de reclamos que por sexta vez presentarían al mismo maldito gobierno. A la vez decidieron solicitar los buenos oficios de diversas instituciones que auspiciaran negociaciones en vez de represión. Era de no creerlo: el gobierno militar había firmado un convenio sólo para que los maestros levantasen una huelga.

Conseguido el objetivo, los perseguían y encarcelaban. ¡De nada valía la palabra militar!

—Tenemos que hacer una huelga defensiva, simplemente para que no acaben con nosotros —reflexionaba Manzur, después de elegido un nuevo Comité Nacional de Lucha.

—Lo único que vamos a obtener son mentiras. Al menos sobrevivirá el sindicato hasta que haya elecciones —Horacio Zeballos empezaba a considerar que había sido un error no presentar una lista de maestros a la Asamblea Constituyente. Habrían podido obtener no menos de cuatro y acaso hasta ocho asientos. Poder político, sólo eso respetaban los militares. Los

sindicatos no tenían la importancia que creían los trabajadores. El pueblo se distraía peleando por un pliego de aumentos, en vez de concentrarse en una actividad política que le diese poder sin intermediarios. Entonces sí valía la pena sentarse a discutir—. Yo me avergüenzo de tener un gobierno militar, un comando de la Fuerza Armada tan cínico y mentiroso. Hay que darles el premio nóbel de la mentira, el óscar al tramposo del año. Con mentiras no se gobierna. Siento una duda terrible cuando me digo que estos mentirosos son los defensores de nuestra seguridad nacional. ¿Qué puede creer la Patria de un futuro manejado por gente falsa y mentirosa? Los niños, nuestros alumnos, que conocen la verdad de los hechos, ¿qué van a pensar más tarde? ¿Que la mentira vale la pena? Yo quiero denunciar la actitud mentirosa de la Fuerza Armada. Es preciso destaparlos ante el pueblo.

—¿Con qué medios? —se escuchaba la voz realista de Armacanqui.

—Aunque sea de uno en uno, pasándonos la voz, pero hay que arrancarles la máscara —insistió Horacio Zeballos.

Apenas corría febrero y ya la huelga estaba planificada en todo el país. «Algo eficiente le teníamos que copiar a la Fuerza Armada», decía Zeballos, «no todo iba a estar mal.» Tenían un verdadero plan de guerra para la huelga, que consideraba diversidad de contingencias. Podía caer el comando, pero el plan de guerra se mantenía. Si diez veces apresaban al Comité Nacional de Lucha, diez veces sería restablecida la dirección de la huelga. Mientras tanto, avanzarían una nueva consulta nacional. Se pronunciaban colegios y después sectores. Faltaban las provincias. Las regiones enviarían delegados a una última asamblea nacional que debería reunirse en abril.

Entonces avisaron que la policía empezaba a acordonar la oscuridad exterior. Aún no entraban a la Ciudad Universitaria.

—¡El material de propaganda! —se acordó Armacanqui.

El profesor Arnulfo Medina había salido con varios paquetes que contenían un mensaje sutepista a las bases.

—¡Se fue! ¡Ya salió!

Secretario general del más grande sindicato limeño, el de Comas, que también incluía los distritos de Carabayllo e Independencia, Arnulfo Medina siempre llevaba la propaganda a su sector y después la distribuía a otros sindicatos. Como era urgente despachar los comunicados impresos en mimeógrafo, se había apurado por salir de la Ciudad Universitaria. Unos estudiantes dijeron haber visto que se lo llevaban en un vehículo policial.

Eran malos días para César Barrera. Una mala hernia le demandaba operación, pero sería apresado tan pronto se presentara a pedir ayuda en un hospital. Ni siquiera los pacientes externos se salvaban de la revisión policial. El maestro Lucho Sulca, también vecino de Santoyo, mantenía informado a Barrera. Habían tenido que salir a escape de San Marcos después de la

última asamblea secreta. Arnulfo Medina estaba preso. No descansaban los allanamientos y registros. Al fin pidió César Barrera que buscara al doctor César Rojas Huaroto: ya no daba más con el dolor de la hernia. No lo dejaba caminar.

Lucho Sulca era un verdadero baqueano en la ruta del cementerio. Cerca de las grandes barriadas crecían cementerios populares, donde los propios deudos tenían que cavar las fosas para dejar a sus muertos. Pero El Angel era el único cementerio «oficial» de Lima Metropolitana. En el vecino Presbítero Maestro seguía sin agotarse la pestilente voracidad de la fosa común y los nichos «temporales» volvían a ser alquilados a los difuntos pobres. Pero en ninguna parte se recibían más muertos que en El Angel, donde la Beneficencia construía cuarteles de hasta doce pisos de nichos, como rascacielos horizontales de muriendas que iban quedando en el olvido, pues como todos sabían, ni siquiera los difuntos más ricos o poderosos tenían visitantes al cabo de unos años. Se había convertido en una ciudad dentro de otra, con algo de parques y avenidas que agotaban los nombres del santoral. Aunque en teoría sólo había tres entradas, en verdad había muchas maneras de entrar o salir, pues hasta un cementerio necesitaba muchas puertas falsas. Al caer la noche se clausuraban las rejas. Se lavaban y cambiaban de ropas los panteoneros, que, a falta de vestidos, guardaban sus pertenencias en mausoleos que sabían olvidados. Con la oscuridad aparecían millones de cucarachas, se pasaban el aguardiente los cuidadores, llegaban los ladrones de tumbas y a ratos cruzaban sombras clandestinas, gente que se escondía en los nichos vacíos, prófugos que pasaban de un barrio a otro. Lucho Sulca no necesitaba que lo guiaran por tan terrible oscuridad. Había cruzado a ciegas infinitas veces. Por esa ruta llevó al doctor Rojas Huaroto. Desembocaron en la parte de atrás de Santoyo. El médico revisó a César Barrera.

—Hay que operar —dijo preocupado—. Puede ser peligroso...

—No puedo —se quejó Barrera—. Me buscan en todas partes.

César Barrera era el organizador en el SUTEP.

—Yo me encargo —ofreció Rojas Huaroto.

Así fue como Barrera se convirtió en otra persona, un obrero con nombres distintos, que entró por el servicio de emergencia del Hospital Hipólito Unanue, el viejo sanatorio para tuberculosos de Bravo Chico, donde al día siguiente lo llevaron al quirófano para acabar con la hernia. Había sido una operación rápida y sencilla, pero debía quedarse unos días en recuperación. Como medio país reconocía su rostro, los amistosos cirujanos le vendaron la cabeza. Así, medio transformado en momia traumatizada, había hecho sus primeros ejercicios después de la operación, pasando muchas veces delante de los policías destacados en el hospital.

Mientras tanto, las furias de la dictadura hacían enloquecer a los

matones de la Prefectura. Ya no bastaba seguir el rastro de los sutepistas más buscados. Pasaban a patear puertas, a romper muebles, a pegarle a los parientes. Hijas y esposas soportaban golpizas por culpa de los ausentes. Mientras Barrera estaba en el hospital, todo un batallón de guardias y agentes de la Prefectura entró a lo bestia en la cooperativa magisterial en Lima. Buscaban al presidente del consejo de administración, Abel Callirgos, que había sido subsecretario nacional del SUTEP. Hasta 1978 había enseñado en el Colegio José Olaya, del Callao. Ese día Callirgos estaba en su oficina, en el quinto piso. La policía cargaba con todos, previa pateadura. A Callirgos lo arrastraron fuera de su despacho. Apareció muerto, estrellado contra el pavimento de la planta baja.

La noticia se propagó como una llamarada a todos los sindicatos: ¡Abel Callirgos asesinado! ¡Lo habían tirado por el pozo de las escaleras! La policía tenía su propia versión. Callirgos había intentado escapar y se había caído. Un accidente. Al fin la represión atrajo la atención de la Asamblea Constituyente. La dictadura se había adueñado del cadáver de Callirgos. Después de la autopsia, se vio forzada a entregarlo a sus deudos.

Esa misma noche salió Barrera del hospital. No podía ignorar que el verdadero objetivo de ese asesinato había sido Carlos Salazar Pasache, que había logrado escabullirse cuando se acercó la policía. Seguramente lo seguían buscando. Aunque los persiguieran, toda la dirigencia sutepista tendría que presentarse en los funerales. A César Barrera le tocaba organizar el escape.

Una multitud asistió al velorio en el propio local de la cooperativa, en el Jirón Ayacucho. Esa noche cayó preso Armacanqui. Los profesores querían guerra. Al otro día llevaron a Callirgos al SUTEP, en el Jirón Lampa. No sólo se habían movilizado maestros de todos los distritos y sectores. Por el Callao habían llegado dos mil estudiantes de secundaria. Se presentaban, además, delegaciones de otros sindicatos y federaciones. A la hora de salir, el gentío se apretaba a lo largo de casi tres cuadras en pleno centro. En ese momento emergieron Barrera y Salazar Pasache.

—Está lleno de soplones —murmuró Salazar Pasache. Habían acabado por conocer de lejos a los agentes de Seguridad del Estado y a los de Asuntos Sociales.

—Acabo de ver a Reyes Roca —comentó Barrera—. Lo han puesto al mando.

Mientras estuviesen protegidos por la multitud, no les importaba dejarse ver. A una señal de Barrera, ambos desaparecieron. Habían estado detrás del ataúd, en la primera fila de un furioso magisterio que clamaba justicia. Se evaporaron.

Más de doscientos policías acechaban a sus presas cuando el cortejo

llegó finalmente a su destino en el cementerio El Angel. Ahí reaparecieron quienes representaban a la dirección nacional del SUTEP: Manzur, Rebaza, Barrera y Salazar Pasache. No mostraban miedo ni preocupación por la policía. Tocaba hablar a Barrera, pero antes cantaron la Internacional así que aprovechó para ubicar a sus perseguidores. Pobres sabuesos, tenían que cantar con un puño en alto, poniendo cara de comunistas. Barrera descubrió al detective Velázquez. Había sido su alumno en la G.U.E. Labarthe. Lo conocían más por un tío futbolista, que estaba con la selección nacional. Más allá vio al «computador» Agüero, de Asuntos Sociales, célebre en la Prefectura porque memorizaba todos los rostros y nombres sobre los que pesaba una requisitoria. Más cerca, como si fuese uno de los deudos de Callirgos, se encontraba el Chueco Cornejo, el que siempre atrapaba a Horacio Zeballos. Tantas veces lo había tomado preso que ya eran amigos, al extremo de salir juntos a fiestas sin que se enterase la superioridad. Estaban todos, hasta el comandante Reyes Roca, con su puño cerrado y la Internacional en sus gargantas, así que a Barrera lo atacó la risa a pesar de la solemnidad y la tristeza del momento. Fue preciso concentrarse en un discurso corto y en el escape después. Megáfono en mano, un maestro hacía las veces de anunciador. Presentó a Barrera y después anunció que hablarían Salazar Pasache y Horacio Zeballos, que en realidad estaba ausente. Mientras tanto, Lucho Sulca y otros santoyinos sacaban a los dirigentes por distintas rutas por ese laberinto de cuarteles y avenidas de muertos. Terminado el funeral, la multitud demoró en disolverse, para cerrar el paso a los sabuesos. Tarde reaccionaron los policías. Todos los dirigentes habían desaparecido. Cuando Barrera por fin llegó a su casa en Santoyo, ya lo esperaban Manzur, Rebaza y Salazar Pasache. Dos amigos del Sindicato de Pescadores del Callao habían llegado a presentar sus condolencias. Traían consigo una bolsa de cangrejos y dos espléndidas cojinovas. Los principales de Santoyo también se acercaron a saludar. Aportaban dos cajas de cervezas. Por Barbones volvían a vigilar la DSE y el DAS. En el temido corazón de Santoyo, los maestros cocinaban y bebían con los pescadores y vecinos.

Se había puesto de moda «Pedro Navaja». Todo Santoyo cantaba la canción del panameño Rubén Blades. Eran años de bailar en enormes «salsódromos» hasta que el toque de queda hiciera callar a los músicos. A veces las fiestas seguían a puertas cerradas. Estaba prohibido reunirse para hacer política, no para bailar. «Pedro Navaja» se había convertido en una suerte de himno nacional de los barrios populares. Después de la salsa, emergía la chicha, emparentada con la salsa y la cumbia y a las músicas del norte mexicano, sólo que con alma andina. Se hacían famosos los Celestes, los Pasteles Verdes, los Chapulines. Empezaba a escucharse a Chacalón, estrella de barriadas y cerros de Lima. Carlitos Puebla y Los Compadres

habían llegado de Cuba para cantar en parques repletos de público. Pero de todo lo nuevo, «Pedro Navaja» era el favorito. Se escuchaba por las radios a transistores de los taxistas piratas, en los microbuses, en los talleres. Salía por las rockolas de los bares y prostíbulos. De memoria lo cantaban putas, transeúntes, huelguistas y hasta lo tarareaban los guardias de asalto antes de aporrear a los enemigos de Don Pancho. A decir verdad, en Santoyo había muchos que se sentían Pedro Navaja. En lo peor de la represión llegó entonces «Maestra vida». También el Perú estaba lleno de Carmelos, Manuelas y Ramiros. La misma rabia y la misma desolación se extendían por el resto del continente y, a pesar de todo, los pueblos querían paz y no guerra. Paz hasta que se agotara. A pesar de la guerra a eternidad que se había declarado a los pobres, preferían paz. Paz mientras hubiese paciencia.

Los santoyinos andaban medio de costado, a lo Pedro Navaja. Avisaban cuando estaba lejos la represión. Represión era todo: policías, camiones a los que decían caimanos, los carros que disparaban chorros de agua más conocidos como pinochitos, la captura a palos o mancada, el calabozo, el hambre, las pateaduras, la muerte. Todo estaba incluido en la represión. Andaba, se estacionaba, perseguía la represión. Había acabado por convertirse en una entidad tan principal como el gobierno, que no era todo el gobierno o el Poder Ejecutivo sino el presidente de la república y ciertos ministros, la Prefectura, la idea de la autoridad excesiva y el poder todopoderoso. Empezaba marzo y el perfecto olfato de Santoyo anunció que la represión se había marchado. César Barrera había ofrecido contestar esa mañana a las preguntas de un periódico izquierdista, uno de esos valerosos papelotes a los que perseguían los confiscadores panchistas, así que salió hasta Barbones, a estudiar el horizonte. Cierto. No quedaba ni rastro de la DAS y la DSE. Seguramente perseguían a otros o se habían cansado de montar guardia en el vecindario. Ya Barrera había advertido que bajaba la categoría de sus perseguidores y los vehículos que les asignaban. En lo alto de la represión llegaban a buscarlo en fornidas camionetas de doble tracción. Conforme se aburría la Prefectura, se achicaban y envejecían los automóviles. La última vez había intentado seguirlo en una carcocha ruinosa, ocupada por tres viejos vigilantes de tercera. Al fin desaparecían. Estaba de buen humor esa mañana, así que Barrera disfrutó de la caminata hasta el cercano Hospital Dos de Mayo. Ignoraba que esa mañana había empezado una huelga de los trabajadores de Salud Pública. La represión se había trasladado precisamente al barrio donde César Barrera iba a encontrarse con los periodistas. Dobló una esquina y se dio de lleno contra un emboscado piquete de la DAS: el negro Sánchez, el «computador» Agüero y su exalumno Velázquez. Quiso correr, pero ya lo habían rodeado.

—Profe, perdió. Tranquilo no más.

—¿Cómo ha sucedido? —Barrera estaba furioso consigo mismo.

—El hospital está en huelga, profe, y usted se ha dignado visitarnos.

—Mansito ha caído, como una mosca en la telaraña. —No nos van a creer en la brigada —reía el computador Agüero—. Barrera cayó a visitarnos...

Una hora después lo encerraban en Seguridad del Estado. Otra sorpresa esperaba: esa mañana había caído Manzur. Compartieron la misma celda. Armacanqui estaba preso en otra parte. En el cuartel del Potao tenían encerrado a Arnulfo Medina y a otros maestros. Seguían cayendo dirigentes en todo el país. El SUTEP ni siquiera había entregado la repetición de su pliego al Ministerio de Educación y ya media dirigencia nacional estaba entre rejas.

UNA TARDE A FINES DE MARZO EL VIEJO FUNDADOR del APRA recibió el aviso final. Tres semanas atrás había cumplido ochenta y cuatro años. Desde noviembre disimulaba constantes dolores en el pecho, aún si presidía la Asamblea. A veces ordenaba un corto receso o dejaba a Luis Alberto Sánchez al mando del debate para echarse a descansar en su enorme oficina del Congreso. Un médico del partido le inyectaba calmantes. Volvía después a seguir construyendo la nueva Constitución. Aunque focepistas y udepistas se habían incorporado plenamente a la función legislativa, no disminuían los ataques políticos de la izquierda a la Constituyente. Los comunistas de Unidad y el PSR coincidían entre sí pero no siempre formaban un solo bloque con el resto de la bancada popular. El FNTC, otra fuerza andina, estaba más veces a la izquierda que al centro y rara vez a la derecha. En el otro bando, los bedoyistas tenían que tolerar la realidad de un país ya reformado por Velasco. Que las hubiesen abandonado o que nadie se preocupara por la prosperidad de las reformas, no autorizaba a ignorarlas en la siguiente Constitución. En muchos casos, se trataba de reformas que el propio Haya de la Torre demandaba desde 1930. Que el encuentro de FOCEP, UDP y el bedoyismo no hubiese hecho estallar la Asamblea Constituyente, era el último milagro político que habría de reconocerse al talento personal de Haya de la Torre. Conversaba con todos, a todos convencía de la necesidad de avanzar. Y a toda marcha avanzaba la futura Constitución. Sola-mente un año tenían de plazo para escribirla, discutirla y aprobar-la. Haya de la Torre exigía elecciones generales para diciembre de 1979. También tenía que conversar con los jefes de la Fuerza Armada. Cada dos o tres semanas aceptaba reuniones con los comandantes generales. Siempre expresaban objeciones a los artículos que se iban aprobando o que estaban en preparación. Se-guían

siendo dueños del poder y de casi todo el gobierno. Haya no podía traicionar el contenido y la coherencia de la Constitución, pero también debía negociar el fin de la república militar. Al revés de lo que se afirmaba en los comunicados de las organizaciones populares, el Viejo pedía a la dictadura que detuviese la represión a fin de aliviar las tensiones dentro de la Asamblea. Volvía casi sin fuerzas a Villa Mercedes. Cada sesión traía sus torturas secretas. El Viejo no confiaba a ciegas ni siquiera en su propio partido. Esa tarde descansaba en la terraza de Villa Mercedes, con sus dos perros pastores echados a sus pies. Había comido helados de lúcumas y vainilla. En ese momento lo acompañaban el fiel Idiáquez y el más joven de los constituyentes, Alan García. Como una espada lo atravesó un dolor realmente sanguinario.

—¡Jorge! —alcanzó a gritar Haya de la Torre.

La espada se hundía una y otra vez en su pecho, por un costado. Era la misma y distinta la carnicería que sentía repetírsele en un pulmón que parecía en carne viva. Se le había vidriado la mirada. Se había arqueado con un espasmo de dolor. Por primera vez Idiáquez no sabía cómo auxiliarlo.

—¡Es muy fuerte! —pudo decir al fin Haya de la Torre—. ¡Es un dolor muy fuerte!

Al rato llegaron médicos del partido. Al fin se había reclinado sobre unos almohadones y parecía descansar el Viejo. Una semana antes le habían descubierto un derrame de líquido en la pleura, que a su edad sólo podía anunciar la existencia de un tumor. Era el mismo pulmón que dos veces había enfermado de tuberculosis. A la junta de médicos se agregaron dos familiares cercanos, Edmundo, único hermano que le quedaba con vida, y su sobrino Alfonso.

Ochenta y cuatro años de edad. Dos accidentes de aviación. Seis meses en una mazmorra subterránea, casi un año en una celda con un loco homicida, doce años de catacumbas, cinco años prisionero en una embajada, casi catorce años de destierro forzoso y diez de exilio voluntario, tres de legalidad, diez de silenciosa espera, dos veces presidente sin presidencia y dos *revoluciones* perdidas. Una vez lo habían querido fusilar. Había salvado de siete atentados y emboscadas. Más de cien conspiraciones habían planeado suprimirlo. Unos ocho mil aprietas habían dado la vida por el partido. Y el partido había replicado con insurrecciones que ni siquiera el Viejo había podido controlar. Toda la vida había estado a un paso de la muerte y ahora, ahora no quería morir. Había decidido seguir viviendo hasta que estuviese acabada la nueva Constitución. No necesitaba preguntar a los médicos para conocer el origen de esa muerte que se apuraba. Pobre muerte, siempre quería matar antes de tiempo, no fuese la humanidad a perderle el respeto. ¿En qué momento había empezado a destruirse la vida, si un año atrás lo habían examinado a fondo sin encontrar nada peor que su vejez incurable? El Viejo

dijo que quería regresar a Houston.

En realidad tocaba que la Asamblea Constituyente corriese con los gastos, pero Haya de la Torre se negó rotundamente a pedir nada, pues finalmente el dinero tendría que salir del gobierno militar. Volvió a intervenir el empresario Langbergh. Había invertido con fuerza en ciertas industrias peruanas. Se le conocían negocios en México e inversiones en Italia. Era un tipo atrevido, fachendoso, que se había hecho desde abajo. Su padre, Salomón, había inaugurado los anuncios luminosos con gas neón al comenzar los años 30. Había nacido en Viena, donde había aprendido los secretos del vidrio y el cristal. En sus ratos libres tallaba copas que obsequiaba a sus amigos. Salomón Langbergh había sido socialista en Austria. Su hijo Carlos, nacido en el Callao, había crecido aprista. Acababa de volver rico al Perú después de una ausencia de quince años. Como a fines de 1979, se encargó de organizar el viaje de Haya de la Torre con los médicos del partido.

Cada vez iba menos a las sesiones de la Asamblea Constituyente. Pasaba a presidir Luis Alberto Sánchez. Se rumoreaba que el Viejo estaba muy enfermo. Cáncer terminal. La enfermedad lo devoraba sin darle tregua. Pero una noche reapareció sorpresivamente. Con cierta dificultad se acercó al sillón de la presidencia. En silencio, asambleístas de todas las bancadas se pusieron de pie.

—Les ruego que tomen asiento —hasta la voz le había cambiado—. He venido a despedirme.

Nadie se atrevió a pronunciar una palabra.

—He venido a pedir que no desmayen. Seguramente con imperfecciones, pero estamos haciendo una gran Constitución para un país libre y justo, una Constitución capaz de envejecer y renovarse a sí misma y, lo más importante, de defenderse frente a los enemigos de la democracia. Pido a ustedes que sigan adelante. Queda Luis Alberto Sánchez como capitán de esta nave hasta que salga la nueva Constitución. Muchas gracias a todos.

Se había detenido en el Congreso antes de ir al aeropuerto internacional. La sesión quedó suspendida y los constituyentes fueron a buscarlo. Las puertas del despacho de la presidencia estaban abiertas. Haya de la Torre se había dejado acomodar en un sillón y tenía puesta la mirada en un horizonte lejano, acaso en el vacío. Veía sin ver a nadie, mientras los asambleístas se agrupaban calladamente en esa habitación enorme, con brocados de otro tiempo, donde el Viejo siguió muriendo, como si lo absorbiera un pasado vengativo.

Después se lo llevó la noche. Un remolino de memoria desordenaba las hojas secas en la Plaza Bolívar. Por última vez lo vieron irse a las dos de la mañana, por una ciudad que parecía abandonada. Cinco años de estado de sitio y toque de queda cambiaban para siempre las noches limeñas, quietas

ahora, despobladas, tristes, en silencio. La humedad de abril jabonaba veredas maltrechas y se empozaba en zaguanes peligrosos como cavernas a medio derrumbar, en los que se amontonaban niños famélicos, abandonados por sus padres a la mala de Dios. Encorvada ciudad, huesudamente arrimada a un pasado que nadie se atrevía a sepultar: dejó que se marchara Haya de la Torre dándole la espalda, como si nunca lo hubiese conocido y vitoreado.

Siguió sesionando la Asamblea Constituyente bajo la presidencia de Luis Alberto Sánchez. La dictadura endurecía la represión. Nada de huelgas ni oposiciones. Carceletas recién construidas en las estaciones policiales tenían presos a reventar. Se ponía de moda dar por desaparecidos a quienes caían presos, pues no se informaba de su destino a jueces ni a pobres familias que deambulaban de cuartel en cuartel y de una prisión a otra, pronunciando nombres que jamás obtenían una respuesta. Usaban la desdicha para presionar. El Poder Oculto utilizaba todo a fin de provocar errores y debilidad en quienes se atrevían a oponérsele. A veces soltaban a la gente de un gremio. Tarde o temprano volverían a tomarlos. Nadie sabía al caer preso si era para un rato o para siempre. En otras partes nadie regresaba. Tampoco era de confianza la república militar de Don Pancho. Los chilenos que habían escapado de Pinochet, salían en estampida del Perú. Se afirmaba que el Ministerio del Interior devolvía a Buenos Aires a los refugiados argentinos que caían en su poder. América Latina empezaba a contar a sus desaparecidos recientes. Pasaban de cien mil. Mientras tanto, los sandinistas conseguían establecer el Frente Sur, cerca de la frontera de Nicaragua y Costa Rica, y el fuego de una incontenible insurrección empezaba a chamuscar a los Somoza, dueños de ese país durante medio siglo.

Hacia cincuenta y dos años habían deportado por primera vez a Víctor Raúl Haya de la Torre. Lo bajaron del buque en Panamá. Quiso viajar a Nicaragua, unirse a Sandino, pero las autoridades estadounidenses lo hicieron tomar preso y despacharlo a La Habana. El viejo Ejército Defensor de la Soberanía estaba ahora a un paso de la victoria en Nicaragua. En el Perú, apristas y bancada de origen popular representaban dos tercios de la Asamblea Constituyente. Pero nunca terminaban las tiranías, ni concluía de aprobarse la humanidad del socialismo, ni existía verdadera santidad en los gobiernos, ni se agotaba el hambre, ni parecía posible aplastar la corrupción y la injusticia. Era de nunca acabar. Pobre Haya de la Torre, vencido cuando realmente más lo necesitaban. Un extraño destino lo había reservado para que presidiera el más alto congreso de su patria raída, saqueada, explotada, casi muerta, sólo para mostrar que era posible la democracia y reunir a quienes nunca antes se habían reunido, para que todos debatiesen la realidad y la posibilidad del Perú como país futuro.

En el hospital de Saint Luke habían fallado el diagnóstico. Esta vez

fue internado en el Anderson Memorial, donde examinaron las radiografías tomadas a fines de 1977. En ellas aparecía, insignificante pero nítido, un tumor en el pulmón izquierdo, el que había sufrido tuberculosis. En abril de 1979, el pulmón había colapsado. Un cáncer inexorable ocupaba su espacio. Cada examen resultaba un martirio, constante tortura la curación. Lo conectaron a un tubo que salía de la pared para penetrarlo por las costillas y succionar hasta que la pleura volviese a su lugar. Día y noche soportaba ese agujero con presión negativa, que sorbía sus entrañas y lo dejaba sin respiración. De otro lado lo llenaban con oxígeno, a fin de que se ventilara con un mínimo esfuerzo. Ochenta y cuatro años y tantísimo que contar y que olvidar. ¿Para acabar así había salvado de aviones caídos y emboscadas a balazos? Se sentía en una prisión sin escapatoria. Barrotes sus viejas costillas, sus ojos un cielo que se apagaba. Se reunieron eminencias con los médicos que lo habían acompañado desde el Perú. Todas las posibilidades fueron discutidas. Contrajo una infección renal a consecuencia de las sondas. Otra vez se juntaban los doctores. Lo bombardearon con antibióticos antes de someterlo a radiaciones de cobalto. Parecía increíble, pero después de la primera aplicación había mejorado. Pidió volver a Galveston, a un restaurante que había conocido en 1977. El empresario Langbergh consiguió vehículos. Dieron permiso a Haya de la Torre y se fue de paseo hasta el Golfo de México. A partir de ese día, lo sacaban a diarias excursiones en automóvil. Langbergh conocía bien esa parte de Texas. Haya de la Torre volvía a reír. Una noche Langbergh invitó al Viejo a un restaurante en el que servían comida italiana mientras cantaban fragmentos de óperas. Dos médicos los seguían adonde fuesen. Haya de la Torre afirmó rotundamente que no era posible juntar buena pasta con Verdi. Tendría que constatar. Con toda lentitud lo vestía su secretario Idiáquez cuando de pronto se le fueron las fuerzas. Se le agotó la existencia, no para morir sino para vivir como antes. Simplemente se rindió. No daba más. Esa noche pidió que lo llevaran de regreso al Perú.

LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE SAN MARCOS había sido construida con un estilo futurista que al final de los años 60 ya estaba pasado de moda. La pobreza nacional se reconocía en sus aulas pintarrajeadas con mensajes políticos y cada vez menos frases de amor. La ruina se propagaba a un mobiliario sin reparar y por ventanas con vidrios que al romperse nadie reemplazaba. Cada facultad era una ciudadela, orgullosamente defendida por sus alumnos. Los sabios del país no abandonaban San Marcos, la universidad más antigua del continente americano. Muchos echaban de menos los antiguos claustros en el centro de Lima, a los que un terremoto había dejado en trance de demolición. Pese a todo, el espíritu de San Marcos sobrevivía

a cataclismos y desgracias. Había sido y seguiría siendo un refugio para pensadores, filósofos, investigadores del pasado y gente contestataria, libre, maestros que dejaban crecer la inconformidad de los estudiantes por-que era necesaria la cólera nacional para rescatar alguna vez al Perú de su perpetua desgracia. Los mejores habían salido siempre de San Marcos. En la antigua casona o en el nuevo campus, la universidad había defendido su territorio de la prepotencia de los dominadores. La idea de la república había crecido luego de echar raíces en San Marcos. La propuesta de la independencia se había diseminado desde sus claustros. San Marcos se había opuesto al militarismo. No habían titubeado los sanmarquinos en alistarse y morir luchando contra la invasión chilena. San Marcos había alentado el desarrollo de las organizaciones gremiales a fines del siglo diecinueve. Aunque la república aristocrática controlaba la universidad, habían sido sanmarquinos los únicos que se unieron a obreros y anarquistas en la contienda por conquistar el derecho a la huelga. En 1924 los sanmarquinos habían desencadenado la protesta contra Leguía, no tanto porque se pretendía «entronizar» al Sagrado Corazón de Jesús en el Perú, forzando a los peruanos a una devoción que no todos compartían, sino en contra de sucesivas reelecciones de Leguía, que hacía cambiar la Constitución para seguir en la presidencia de la república. Rara vez se habían separado maestros y alumnos si se trataba de defender los fueros sanmarquinos. Para someter la universidad a sus designios, Odría había tenido que meter blindados en sus claustros de trescientos años. La nueva república militar también había pateado las puertas para atrapar a quienes encontraban asilo en la universidad. En la noche del sábado 26 de mayo, habían vuelto a reunirse los delegados del SUTEP en el campus con sus faroles apagados. Algunos habían entrado en la noche del viernes y esperaban escondidos a sus compañeros. Los muchachos de la Federación Universitaria de San Marcos montaban guardia en las puertas y vigilaban las inmediateces. Los sutepistas eran la gente más buscada por la policía en todo el país. Esa noche, todo podía suceder.

Esa noche, los delegados nacionales debía aprobar la resolución de huelga. Tendrían que conformar un nuevo Comité de Lucha, pues la represión ya había devastado la antigua organización sutepista. Presos Barrera, Manzur, Armacanqui, entre los más conocidos. En un calabozo el responsable de la propaganda, Arnulfo Medina. Incomunicados doscientos maestros en su totalidad dirigentes de diversos niveles.

El Gato Marroquín se había instalado en un sótano de la Facultad de Ciencias Económicas a esperar la hora de la asamblea. Había pasado los últimos controles de la carretera montado en lo alto de un camión repleto de carga. Desconfiado como los gatos, sospechaba de toda la humanidad mientras se movía por Lima. Todos lo conocían en Arequipa y no faltaban arequipeños

en Seguridad del Estado o en el DAS, ni en los servicios de inteligencia militares, que cada vez más se entrometían en asuntos de política interna. Hasta ese día, el Gato Marroquín había estado en la dirección sutepista de la poderosa IV Región de Arequipa, Moquegua y Tacna, que había entregado a su amigo Vladimiro Begazo para viajar a Lima, a incorporarse al Comité Nacional de Lucha. Desde el jueves estaba escondido el Gato Marroquín. Nada se sabía aún de Horacio Zeballos. El viernes se le había reunido Efraín Portillo Esquivel, secretario general de la V Región, integrada por Cusco, Apurímac y Madre de Dios. A diferencia de Marroquín, que había dado con sus huesos en el Sepa en 1973, el profesor Efraín Portillo se había salvado de la represión porque trabajaba en la provincia de Quispicanchis, lejos de la ciudad imperial del Cusco. En ese tiempo, los dirigentes intermedios del SUTEP cusqueño habían sido casi todos provincianos, maestros en pueblos pobres y en comarcas remotas, así que cuando al fin los rastreó la policía, ya habían desaparecido a ocupar los vacíos en la dirigencia nacional del sindicato. No tenía experiencia de mando, el profesor Efraín Portillo, pero había intervenido en las huelgas del 69 y el 71, así que subió por el sindicato regional a pesar de la persecución.

Estaban de acuerdo el Gato Marroquín y Efraín Portillo: mientras existiese dictadura militar, perseguirían al SUTEP. El único capaz de cumplir su palabra había sido Velasco, hombre de honor, y le habían roto el diálogo. En cuanto a la época de Morales Bermúdez, todo era una mentira. Mentira el respeto a Velasco, mentira la segunda fase, la continuación de un mismo gobierno, mentira su preocupación socialista, mentira su cristianismo, mentira el humanismo, mentira la profundización de las reformas, mentira sus compromisos, también mentira los acuerdos que hacía firmar al Comando Conjunto, mentira todo, simplemente. ¡Seis generales, ocho coroneles, catorce ayudantes, la prensa nacional y extranjera, todos posando con los maestros en la Presidencia del Comando Conjunto de la Fuerza Armada, después de un acuerdo que habían firmado de a mentira, sabiendo que nunca sería cumplido por el gobierno militar! Sin embargo, no quedaba otro camino que volver a la huelga. Las clases debían haberse prolongado hasta el 15 de enero de 1979, a fin de recobrar plena-mente el tiempo perdido por la huelga, pero Don Pancho había mandado acabar dos semanas antes, no fuesen a crearle problemas. Se cumplían siete años de engaños. Esta vez perseguían a los sutepistas desde el comienzo de las vacaciones. Ya nada le importaba al gobierno, como no fuese liquidar el sindicato. Registraban a lo bestia, rompían muebles, manoseaban a las mujeres, robaban enseres, rompían máquinas de coser, acuchillaban muebles, destripaban colchones. A una maestra que había protestado en Arequipa, le habían volado media dentadura de un solo culatazo. ¿Ante quién se protestaba? ¿A quién respetaban los hijos de puta de

la represión? Los defensores internacionales de Derechos Humanos escribían cartas nunca contestadas o pedían audiencias jamás concedidas. Hasta la Cruz Roja Peruana había sido intervenida por los militares. La habían convertido en uno de sus satélites, motivando el lamentable alejamiento de la Cruz Roja Internacional. En los partes policiales empezaba a usarse el término de «delincuente sutepista», de modo que ser maestro y tener sindicato se convertía tácitamente en delito. Ni siquiera vamos a conseguir un acuerdo, decía el Gato Marroquín, pero no tenían otro camino. Tampoco podían esperar sentados a que los despidieran y trasladaran y encarcelaran. Mientras la Asamblea Constituyente aprobaba los derechos de un país futuro, alguien tenía que enfrentarse a la dictadura en una actualidad de oprobio y vergüenza.

En la noche del 26 de mayo tuvieron dos asambleas, una abierta y otra secreta. A la primera asistían sutepistas de base y estudiantes sanmarquinos. La segunda se reunió en derredor de Horacio Zeballos, a quien acompañaban Froilán Dianderas, secretario de organización, y Waldo Alor, secretario de relaciones laborales. El Comité Ejecutivo Nacional del SUTEP había enviado al trujillano Camilo Gil García y a Eulogio Lozano Soria, selvático, que deberían tomar sucesivamente el comando de la lucha si caía Horacio Zeballos. En la penumbra de la clandestinidad debía permanecer estable Carlos Salazar Pasache. Después tocaba ascender a Néstor Vicente. Seguía el Gato Marroquín, con quien llegaba una nueva generación de dirigentes. De caer preso el Gato Marroquín tomaría el mando Soledad Lozano, una joven maestra trujillana que procedía de la misma base de su relevo, José Ramos Bosmediano, libre después de cumplir un mes en los calabozos de Iquitos. Además de confirmar la organización clandestina, los delegados firmaron el documento. Por contraste con otros papeles sutepistas, la resolución era breve y precisa. Pasaba inventario a los incumplimientos del gobierno y acordaba reiniciar la huelga nacional indefinida desde el lunes 4 de junio.

Sábado 26 de mayo. De visita en Colombia, Don Pancho afirmaba a la prensa continental que su gobierno era «el paladín de los derechos humanos» en América Latina. En Lima, los paladines del humanismo panchista pasaban al ataque. Nuevos blindados policiales derribaron rejas y puertas de la ciudad universitaria. La Guardia de Asalto bombardeó las facultades con nuevos gases que a la vez cegaban y causaban diarrea. Una nueva fuerza represiva inauguraba escopetas con cartuchos para cazar palomas. La asamblea pública de maestros y estudiantes se dispersó en busca de escondites o salidas. Caían en la emboscada tendida por Asuntos Sociales y Seguridad del Estado. Los detenidos sufrían una primera pateadura cuando los atrapaban. La Guardia no se perdía el placer de pisotear a los caídos. De ahí los subían como piltrafas a los camiones o «caimanes» que arrancaban

con rumbo desconocido. Los detenidos pasaban de doscientos. El Inspector Superior General Lezama, jefe de la represión, se observaba las manos vacías: puro maestro de base y estudiantes, ni un solo dirigente. El propio Don Pancho exigía que encarcelaran a Horacio Zeballos antes del lunes 4 de junio. Zeballos y todo el Comité Nacional de Lucha. Aún faltaba una semana, pero seguramente no volverían a reunirse completos como debía haber sucedido en San Marcos. El Inspector Superior General Lezama estaba furioso: habían volado todos.

En verdad, los jefes sutepistas habían salido caminando, casi en las narices de la represión. Estaban en otra parte. Además, los estudiantes habían organizado varias rutas de escape. Por ellas se fueron los asistentes a la asamblea secreta. El lunes 28 reapareció Horacio Zeballos en una conferencia de prensa clandestina.

—Hay trescientos maestros detenidos desde marzo, cuyo paradero no puede ser definido. El sábado han capturado a otros trescientos, que están depositados en el cuartel de la Guardia Republicana en Las Cibeles. Se da un trato verdaderamente salva-je al magisterio. Muchas maestras, compañeras nuestras, han sido maltratadas. Esto no es sino el comienzo de otra etapa de represión. El gobierno militar es capaz de todo con tal de quebrar nuestro movimiento. Nueve de cada diez maestros han aprobado la huelga nacional indefinida. Significa que en ella participan ciento cuarenta mil maestros, además de asistentes y trabajadores del sector Educación. El gobierno no ha cumplido con el acuerdo que firmó el año pasado. Es el mismo pliego que venimos presentando desde 1972.

Después habló la esposa de Armacanqui, que presidía el Comité de Familiares de los Desaparecidos. Dijo que el gobierno se negaba a dar el paradero de los maestros presos, alegando que no estaban detenidos sino «depositados».

A la misma hora, un grupo de maestros presentaba la resolución de huelga en el Ministerio de Educación. Cuando salían al Parque Universitario los atrapó la policía.

Empezó entonces el ataque masivo de la propaganda gobiernista. ¿Cómo pretendía hacer huelga el SUTEP si estaban presos sus dirigentes? No quedaba uno libre. Además, nadie los apoyaba. El anuncio de huelga era sólo una bravata. Una nueva «federación de padres de familia» condenó a los sutepistas. Luis Alberto Sánchez, presidente interino de la Asamblea Constituyente, dijo que era una huelga política y no merecía su apoyo. A nombre del APRA, Armando Villanueva censuró al magisterio. Los bedoyistas calificaron la huelga como una maniobra de la ultraizquierda maoísta. Por última vez resucitó el SERP asegurando que sus afiliados dictarían clases. Horacio Zeballos agonizaba. Estaba tísico, afirmaba una

publicación. Ya lo habían dado por muerto en 1973 y en Moquegua el año anterior. Un día antes, los voceadores de noticias afirmaban por la televisión parametrada que el SUTEP había fracasado. Con una bota pisándole el pescuezo, la prensa panchista había jurado el año anterior que se dictaban clases normalmente y que la huelga nacional indefinida del SUTEP era un cuento. Quedaba la prueba de sus enormes titulares. *Mayoría rechaza huelga de maestros. Clases no fueron paralizadas. Todos contra el SUTEP. Masiva concurrencia de alumnos en planteles de Lima.* Más tarde habían tenido que tragarse toneladas de mentiras al informar que el SUTEP conversaba en el Comando Conjunto, hasta llegar a la noticia del acuerdo que ocupó todas las primeras planas. Ya sabía la gente que los generales hablaban al revés. Parecían sufrir un cortocircuito cerebral. Dos meses atrás, los genios de la Jefatura de Asuntos Psico-Sociales habían anunciado abundancia de arroz en los mercados. Y desapareció el arroz. Nadie se sorprendió. Sobraba la leche. Y no había leche. El país en calma. Y medio Perú protestaba en las calles. No acertaban una. Estaban conectados al enchufe equivocado. Ahora afirmaba la propaganda que no había huelga de maestros. Significaba lo contrario.

Al cabo de cinco años de estado de sitio, la población se había acostumbrado a soportar la ocupación militar. Imposible salir de casa sin documentos, abrían la correspondencia, registraban a los viajeros, pateaban a los detenidos, patrullaba el ejército y la infantería de marina al ponerse el sol. De noche exigían salvoconducto. El lunes 4 de junio la gente se preocupó: pasaban de un estado de ocupación a los preparativos de una batalla. Tanques y tropas con arreos de combate amanecieron frente a los colegios. En ciertos planteles, a los que se atribuía una conducta rebelde, la policía encerró a los alumnos hasta las cinco de la tarde. En La Victoria, los estudiantes del colegio Labarthe, donde enseñaba César Barrera, se atrevieron a marchar por su distrito, gritando a favor de los maestros. Cayeron en una emboscada. Una parte escapó, otros acabaron en un corral callejero, con cincuenta guardias de asalto que los golpeaban con sus varas antes de meterlos en camiones y llevárselos presos. En la vieja Magdalena, guardias con aliento a cañazo habían atacado una marcha de maestras. Reían repartiendo puntapiés y garrotazos. Se llevaron a cuatro profesoras, con las ropas rotas y los rostros magullados. En una zona de peligrosa miseria, el distrito de Independencia, los tanques hicieron fuego con sus ametralladoras de cincuenta para dispersar al pueblo que los silbaba.

Mientras tanto volvían a subir la moneda extranjera. Un sol de Don Pancho compraba 4,5 milésimas de dólar. Dicho de otro modo, el cambio estaba a 220 soles y a diario empeoraba. El sueldo básico de los empleados públicos equivalía a 95 dólares mensuales, a los que se aplicaba casi un tercio de descuentos. El salario mínimo en la empresa privada andaba por

los 68 dólares al mes. Se estimaba un ingreso de un dólar diario para los subempleados. El gobierno decía que nadie ganaba menos de dos dólares diarios en ocupaciones eventuales. En diciembre de 1978, un pan costaba dos soles, 300 el kilo de fideos, 50 la lata de leche evaporada, 75 el kilo de frijoles, 180 el kilo de carne con hueso. Al reiniciar la huelga, la dictadura cortaba todos los pagos o reintegros pendientes y dejaba sin fondos a los maestros. Eran ciento cuarenta mil para-dos. Con sus familias, pasaban del medio millón. El inquisidor Guabloche se había propuesto el exterminio del SUTEP. No era una huelga indefinida sino una confrontación a muerte.

Otras huelgas se habían extendido con lentitud. La de 1979 se inició al tope. Nueve de cada diez maestros dejaban de dictar clases. Los estudiantes de secundaria habían organizado su propio comité de lucha. El Frente de Defensa de los Intereses del Pueblo, FEDIP, que agrupaba a numerosos frentes regionales y provinciales, anunció su respaldo, lo mismo que la Confederación Campesina del Perú, que aportaba víveres para las ollas comunes en todo el país. Siete años de incumplimiento en los acuerdos sumaban demasiado escarnio para que el pueblo no estuviese con los maestros. A pesar de tanques, gases, garrotes y calabozos, al cabo de una semana no se podía ignorar la huelga. Millones de escolares deambulaban con sus uniformes grises en forzosa ociosidad o intervenían en las protestas del magisterio. Una semana y ya fracasaba la represión. Un clandestino Horacio Zeballos conversaba con la prensa y la televisión extranjeras, visitaba asambleas, animaba a los piquetes de huelguistas. El Inspector Superior General Lezama se hundía en el ridículo. Había enviado a cinco mil policías y soplones en busca de Zeballos y ni siquiera se le acercaban.

A los diez días de huelga, la policía apeló a los disfraces. Detectives con uniforme escolar consiguieron la captura de un dirigente sutepista en Comas, el profesor Abner Velasco. Agentes de Seguridad del Estado pasaban lista en los colegios y recogían después las fichas personales de los maestros ausentes. Empezaban las redadas a domicilio. También los maestros se disfrazaban. Nunca faltaban delegados del Comité Nacional de Lucha a las asambleas de maestros. Las más concurridas tenían lugar en la cancha de deportes de la Facultad de Medicina de San Fernando, al filo de la avenida Grau, de espaldas a los Barrios Altos. La soplonería pululaba por el vecindario. A ratos bloqueaban las calles. Transeúntes sospechosos tenían identificarse, contestar preguntas. A veces acababan en la Prefectura sólo por vivir en esa parte de Lima. Los dirigentes sutepistas se turnaban para visitar San Fernando. Dos veces entró y salió Horacio Zeballos con ropas de mujer. A pesar de la barba, había escapado con un grupo numeroso de maestras. El viernes 15 de junio, cuando terminaba la segunda semana de la huelga indefinida, Horacio Zeballos se presentó trajeado con cierta elegancia, con

bien planchados pan-talones y un saco cruzado, azul marino. En realidad se había quedado sin ropa de tanto salir a escape y esa mañana habían tenido que vestirlo con casi todo nuevo. Unos cuatro mil maestros estaban reunidos para escuchar su informe y dar cuenta de la olla común. Los mensajes de todo el país alentaban a seguir luchando. Huelga total en el sur y en la selva. En el norte, 95 por ciento. Lima metropolitana era la zona más débil: ¡87 por ciento del magisterio estaba con la huelga! Por cierto, la república militar repetía viejos errores, sólo que con dureza guablochiana. La víspera habían sido despedidos 1,169 maestros. Según el comité de Lola de Armacanqui, sólo en Lima los maestros presos pasaban de seiscientos.

Los maestros salieron a protestar por la avenida Grau ese viernes por la tarde, provocando un embotellamiento de tránsito que sirvió para que Horacio Zeballos pudiese usar una ruta de escape. Olmedo Auris Melgar organizaba las fugas y los encuentros del Comité Nacional de Lucha. El domingo 17 de junio no permitió que Horacio Zeballos volviese a San Fernando, para una asamblea nacional de delegados de las asociaciones de padres de familia. A las seis de la tarde del lunes siguiente, Horacio Zeballos y Olmedo Auris Melgar entraron sorpresivamente a la cancha de San Fernando. Unos tres mil huelguistas aplaudieron al secretario general. Llegaban, se iban profesores. Ahí dejaban mensajes, recogían noticias, contaban sus experiencias, planeaban tómbolas, rifas, colectas. En San Fernando dejaban sus contribuciones otros sindicatos, grupos de padres, los propios estudiantes. Amontonaban leña para los grandes fogones en los que se cocinaba la olla común. Intercambiaban propaganda de diversos sectores y esperaban a sus dirigentes. Ese lunes, Zeballos traía datos de otras huelgas. Paraban los empleados del inmenso Banco de la Nación, que servía para recolectar tributos, y el poderoso Seguro Social del Perú. Seguía la huelga de los empleados de Salud Pública, así que pronto sólo funcionarían servicios de emergencia y clínicas privadas no asociadas al Seguro Social. Los discursos de Horacio Zeballos quemaban en la temprana noche limeña. Se aproximaba otro «paquetazo» de alzas. De un lado la república militar permitía el funcionamiento de una Asamblea Constituyente y del otro mataba de hambre al pueblo, cuando no lo perseguía a balazos. La teoría del Perú, expresada en la nueva Carta Magna, cada vez se alejaba más del país real, mugriento y haraposo, al que se negaban derechos y libertades.

—Tenemos un mal gobierno que es nuestro patrón y es un patrón mentiroso, un gamonal sin sentimientos, que sólo piensa en sus ganancias mal habidas, con el sudor y la sangre del pueblo. Mientras exista un Estado-Patrón dominado por militares que no tienen palabra, que no respetan las leyes de la república, que carecen de un elemental sentido de la ética pues mienten y mienten sin siquiera ruborizarse, golpean, encarcelan y hacen

matar sin remordimiento, nuestro sindicato seguirá luchando. Yo digo que los peruanos que vendrán, los niños del futuro, las generaciones que están en camino habrán de enterarse de esta historia y nos darán las gracias, porque en la hora más negra para los intereses populares, los maestros decidimos enseñar con el ejemplo. ¡También luchando el SUTEP está enseñando, compañeros! Barbudo y cada vez más flaco, con su voz de barricadas: pobre Horacio, avanzaba su muerte prematura. ¿O siempre se moría antes de tiempo? Había pasado el punto sin retorno, Zeballos. Pues era cierto: al fin habían constatado la temida sombra de la tuberculosis en sus pulmones y cada vez empeoraba más su condición diabética. Temprano ese año lo habían revisado amistosas eminencias de la Seguridad Social. Creían que en el Sepa había contraído una infección capaz de aniquilar las funciones de su páncreas. Lo que nadie se explicaba era de dónde sacaba fuerzas para conducir esa guerra política tan desigual, que lo forzaba a una existencia anárquica, sin horas fijas para nada, sin alimentos adecuados y muchas veces sin siquiera aplicarse medicinas elementales.

Desde su primera experiencia como maestro de primaria en el pueblito de Pitay, nada había malogrado la buena disposición de Horacio Zeballos hacia los niños, ni había perdido su vieja fe en la fuerza y la capacidad de los pueblos para mejorar sus condiciones de vida. A mitad de un conflicto podía descubrirse totalmente distraído con un grupo de estudiantes. A los treinta y siete años de edad recordaba por sus nombres y apellidos a decenas de miles de maestros de todas las regiones y pueblos del Perú. Conversaba con los huelguistas como si estuviesen en una reunión familiar en San Fernando. A Olmedo Auris Melgar no le gustaba quedarse demasiado rato. Con seguridad en la multitud existían soplones infiltrados. Largas visitas favorecían al enemigo. En la noche del lunes 18 de junio, Horacio Zeballos encontró, además, a viejos camaradas. Querían llevárselo a comer, a tomar unas cervezas.

Imposible. Al fin se dejó sacar pasadas las ocho. Podían usar dos rutas, la del Jardín Botánico y directamente la avenida Grau. Pasaban camiones y autobuses empujándose a bocinazos, se atoraban los micros. Las ocho de la noche se caracterizaban por su lentitud y el ruido francamente infernal del tráfico más pesado: por ahí subía parte de los vehículos que empezaban su largo viaje por la cordillera.

—¡Vámonos de frente, corito! —se encogió de hombros Horacio Zeballos.

Quería decir: vámonos por la avenida Grau, sin preocuparnos.

Olmedo asintió. Como era costumbre, saldrían mil o dos mil maestros a realizar manifestaciones contra el gobierno, los mítines-relámpago que avinagraban al general Velit Sabatini, ministro del Interior, que en pocos

meses había adquirido ese tono ácido de los atormentados por la dispepsia y las úlceras estomacales. Irrumpían los huelguistas, desordenaban la ciudad, atollaban calles, gritaban contra la represión y desaparecían antes de que la Guardia de Asalto pudiese acercarse. Entonces se reagrupaban en otra parte de Lima, para disolverse al rato.

Tomaron al vuelo el volkswagen de un maestro y se metieron en lo peor del tráfico de la avenida Grau. Dos semáforos más lejos doblarían a la izquierda. En cinco minutos nadie podría rastrearlos. No pasaron del primer crucero. Esperaba la policía. Dieron la vuelta con un chirrido de llantas. Todo era inútil. Atrás cerraban el paso varias camionetas de Seguridad del Estado.

—¡Dale, pásate! —gritó Olmedo Auris Melgar al conductor. Un vehículo policial los embistió de frente. Les dieron un topetazo sin mayores consecuencias.

—Ya está. Se acabó —dijo Horacio Zeballos fastidiado.

Olmedo no tuvo tiempo de contestar. Cubrieron sus rostros con unas capuchas antes de cambiarlos de vehículo. No podía ver Olmedo, pero se sintió llevado en vilo. Cayó en un espacio sofocante, apretado.

—¡Horacio! —gritó.

—¡Aquí estoy, coro! —escuchó distante la respuesta.

Se concentró Olmedo Auris Melgar en reconocer la ruta que seguían. Después de un giro en U, avanzaron a la Plaza Grau. A lo lejos oyeron las voces de un mitin, probablemente de maestros.

Varias vueltas a la plaza lo desorientaron. El paseo duró casi media hora. Al fin los bajaron. Estaban en la Prefectura.

Los captores mostraban a sus presas, frente al bloque de Seguridad del Estado. Había caído Horacio Zeballos, el más buscado del Perú. Otros policías aplaudían a los recién llegados. El jefe de la captura, un zambo fornido, agradeció con las manos en alto.

—Corito, mira qué importantes somos... —dijo Zeballos.

—No nos vayan a desaparecer —se preocupó Olmedo Auris Melgar.

—Peor para ellos —sonrió Zeballos—. Ni los muertos ni los desaparecidos acaban.

Salía a su encuentro el coronel Saquicoray, jefe de Seguridad del Estado.

Lo perseguía desde principio de año.

—Hola, Horacio, cómo estás —dijo con familiaridad.

—Yo estoy bien. La verdad, estoy muy bien. Me detienes a mí, ¿y qué vas a hacer con mis ideas?

—¿Por qué?

—Mis ideas vuelan. Están libres mis ideas, no las puedes atrapar.

El coronel Saquicoray sacudió la cabeza. Ya conocía esa canción. Los hizo llevar a una oficina del segundo piso. Ideas, ideas. Sólo de eso hablaban los revoltosos cuando al fin los capturaban. El coronel Saquicoray era un hombre práctico: ni los muertos hablaban ni los presos pensaban. Por último, ciertas ideas estaban mejor entre los barrotes de la incomunicación.

—¿Me vas a decir que no te importa estar preso? —zumbó el coronel cuando se sentó frente a los maestros.

—Me da lo mismo. Yo soy el más conocido. Pero hay ciento cuarenta mil maestros que pueden sustituirme.

—¿No querrás una cervecita?

—No tengo ganas de recibir cerveza de las manos de ustedes, porque están manchadas con sangre del pueblo.

El coronel Saquicoray soltó una risotada.

—¡Qué jodido eres, Horacio!

La plana mayor de la DSE imitó la risa de su jefe.

—¿Una gaseosa, entonces? —intervino un ayudante de Saquicoray.

—No me gustan las manos manchadas —insistió Horacio Zeballos—

. Sí te puedo aceptar si me atiende una de tus compañeras.

Otra vez reían.

Al rato entró una policía con una botella de agua mineral para Zeballos y una coca cola para Olmedo.

—Estamos enterados de tu mala salud —hablaba el coronel Saquicoray—. Debe ser muy duro para ti. Te hemos estado siguiendo durante meses. Sabemos cuáles son las medicinas que consumes. No te preocupes...

—Ustedes se preocupan por mí. Soy su dolor de cabeza. Te quiero decir que estás equivocado —se dirigió a Saquicoray—. No me importan tus ideas. No sé en qué puedes creer para permitir que se trate tan mal al pueblo. Pero estás equivocado si crees que por haberme atrapado, la huelga va a terminar. No soy el único responsable...

—Eres el jefe, no te engañes, Horacio.

—No hay jefes, en el SUTEP. Nadie es irremplazable. Somos miles de maestros los responsables de la huelga. Cae uno, otro toma su lugar.

—Es una guerra —dijo el coronel.

—¿Guerra? ¿Entre peruanos? No lo quieras pensar, cholo. Si fuese una guerra, hasta las montañas llorarían. Es una huelga, solamente. Nos han engañado, nos han mentido el año pasado. No cumplen, no tienen palabra. Los jefes de tus jefes no tienen honor. Los maestros pasamos hambre, lo mismo que los pobres guardias, los rasos, los vigilantes. Tu mismo ganas menos que un militar por ser policía. ¿No son todos coroneles lo mismo?

—Ya, ya...

—¿Cuánto gastan en gases lacrimógenos? A lo mejor puedes decirme. Todos los días botan miles y miles de bombas lacrimógenas en el país. ¿Por qué no ahorran? En vez de comprar gases podrían darle su aumento a los maestros y ya no habría huelga.

El coronel Saquicoray disfrutaba con ese encuentro. Mejoraba su hoja de servicios. Lo ponía rumbo a un ascenso. El Inspector Superior General Lezama tendría que premiarlo. Toda la división recibiría una gratificación.

—Los militares son tercos, tercos—seguía Horacio Zeballos—No entienden que la verdad está de nuestra parte. Al cabo de un tiempo, ¿quién recuerda los nombres de los generales de brigada o división? Nadie. ¿Los jefes de las regiones? ¿Los contraalmirantes y vicealmirantes? Nadie. Están cuidando la paz, según dicen. Usurpan funciones. Usan condecoraciones regaladas porque jamás han concurrido a una batalla. Se van directo al olvido. No significan nada para el pueblo. Ahora me tienes preso, eres dueño de la fuerza. ¿De qué te sirve? Mis ideas siguen su camino. Mi libertad me pertenece por dentro. No puedes impedir que piense lo que yo quiero.

—Yo te entiendo —dijo Saquicoray—. Es peligroso, fastidioso. Pero las ideas van presas contigo. Te encierro a ti y encierro tus pensamientos. Te pongo en una celda y ya no me importa lo que puedas pensar.

La plana mayor de la DSE mostró su aprobación. ¿Qué buscaba Zeballos, que lo dejaran irse? Esa noche habían jodido al SUTEP. Lo dejaban sin cabeza. Armacanqui, Barrera, Néstor Vicente, Manzur ya estaban adentro. Le habían cortado la última cabeza a la maldita serpiente comunista.

La república del hambre

(118 días de huelga que llevaron a la unidad)

*...paso afirmando, paso negando, paso con dudas,
entre risas y amarguras, buscando el por qué y el cuando.
(«Maestra vida»)*

*Entonces qué quieres, qué quieres que haga
que me ponga alegre como día de fiesta
mientras mis hermanos doblan las espaldas
por cuatro centavos que el patrón les paga...
(Luis Abanto Morales)
(«Cholo soy y no me compadezcas»)*

EN LA VISPERA DE LA LIBERTAD, EL MISIONERO Gaspar García Laviana, comandante Martín, fue torturado y asesinado por un coronel somocista al que llamaban «El Diablo», después de un combate en Los Infiernos, al sur de Nicaragua. Más tarde, en el largo y feroz sitio de Piedras Blancas, donde sandinistas y voluntarios de todo el continente acabaron por romper la resistencia de la dictadura, «El Diablo» cayó malherido. Lo llevaron a un hospital de la Cruz Roja en Costa Rica. Ahí murió después de arrancarse las agujas de las venas para no recibir una transfusión de «sangre comunista». El FSLN llamaba a la insurrección total. Somoza hacía bombardear los suburbios de Managua. Un milagro se producía en el continente. No habría invasión estadounidense. Aún más, Jimmy Carter exigía que los Somoza dejaran el poder. El martes 26 de junio, el Perú rompió relaciones diplomáticas con el gobierno de Somoza. A la vez despachaba a

un representante de alto nivel para reunirse con la Junta Sandinista en San José de Costa Rica.

Se habría podido creer que algo cambiaba en el Perú, cuyo jefe supremo, Don Pancho, era servicial amigo de Videla, Pinochet, Stroessner y otras celebridades de los subejércitos latinoamericanos que simpatizaban con Somoza. Pero el mismo día llegaban a la Cárcel de Mujeres de Chorrillos cuatro estudiantes sanmarquinas torturadas por repartir propaganda sutedista. Sus historias coincidían: las habían golpeado con toallas mojadas y hundido de cabeza en una tina repleta de inmundicias, habían jugado a la ruleta rusa con ellas. Dos semanas habían estado presas sin que nadie avisara a sus familias. Horas después se reunía el rector de San Marcos con la Comisión de Derechos Humanos de la Asamblea Constituyente para escuchar otras historias de alumnos recién liberados por la DSE, incluida una estudiante de abogacía, que habían sufrido diversidad de maltratos: golpizas, colgaduras, amenazas sexuales y tres semanas gratis de calabozo. En el colmo de las contradicciones, la Prefectura negó permiso a una marcha de solidaridad con el pueblo nicaragüense, que se realizó de todas maneras, a pesar de una represión realmente somocista en las calles de Lima.

El dólar saltó a 227 soles. Llegaban y salían vehículos oficiales en el palacio presidencial. El consejo de ministros había empezado a sesionar el martes y seguía reunido cuando terminaba el viernes. Olía a crisis, el Perú. La Asamblea Constituyente discutía los últimos artículos que aún quedaban sin aprobar. Seguía presidiendo Luis Alberto Sánchez. El viejo Haya de la Torre agonizaba en Villa Mercedes. Se había negado a usar una silla de ruedas al desembarcar de regreso. Sostenido por sus partidarios, había caminado del avión al automóvil, pero no había salido nunca más de esa casa campestre, convertida en un pequeño hospital para la muerte del patriarca. Aunque la nueva Constitución estaba casi lista, Haya de la Torre hacía falta en la Asamblea. El presidente interino tenía su propio estilo para entenderse con la dictadura. La posición del APRA se corría al centro y la derecha. Amenazaba con dividirse el interior aprista. Los herederos del Viejo toleraban que la dictadura postergara las elecciones a 1980, con un nuevo estatuto electoral preparado por los militares. Votarían los analfabetos, pero sólo a partir de 1985, cuando también entrase en vigencia el sistema de la segunda vuelta y la elección con mayoría absoluta. En junio de 1979 también estalló el escándalo de los secuestros internacionales. Agentes del ejército habían capturado a un refugiado argentino para enviárselo a Videla en Buenos Aires, donde lo «hicieron desaparecer». Primer caso probado. Otros argentinos se habían evaporado sin dejar rastro. Empezaban a llover denuncias.

En la primera noche de su captura se habían separado Horacio Zeballos y Olmedo Auris Melgar. Uno fue recluido en una carceleta en el

Hospital de Policía. Otro pasó por varios calabozos antes de acabar en Las Cibeles, la base principal de la Guardia Republicana. Olmedo Auris Melgar llegó como todos, sin equipaje ni frazada. Dio los mismos datos personales por cuarta vez desde que lo habían detenido. Ya lo habían fotografiado en la Prefectura. No terminaba de amanecer cuando lo introdujeron en un edificio con enormes ventanas enrejadas y apariencia de oficina. Hasta que su mirada se acostumbró a la penumbra, creyó que el piso se movía delante de él. Doscientos maestros dormían en apretadas hileras en el suelo, dándose calor unos a otros. Una pestilencia a sudor y orines golpeó al recién llegado. Empezaron a subir cabezas. Al fin se estiró la silueta familiar de César Barrera. ¿Qué pasó, hermano? ¿Cuándo caíste? Antes de ayer. ¿Y Horacio? También está preso. Un murmullo se propagó por la multitud medio acostada de maestros. Horacio Zeballos encarcelado.

—Que nadie se preocupe —subió la voz de Barrera—. Siempre hay relevo en el SUTEP.

Pero en sus ojos se vidriaba una súbita desesperanza. No importaba estar presos si Horacio dirigía la lucha en el exterior. Ahora observó la corpulencia de Olmedo Auris Melgar.

—Hay espacio para cincuenta y pasamos de doscientos —explicó Barrera—. Tendremos que acomodarte.

Horacio Zeballos había acertado cuando dijo a su compañero: «Fíjate qué importantes somos». La república militar había retenido la última avalancha de alzadas hasta tener entre rejas al secretario general del SUTEP. No quería exponerse el gobierno a provocar la cólera del pueblo si estaban sueltos los más grandes organizadores de huelgas. Supuestamente un mago estatal de las finanzas, que había sido ministro de Economía a comienzos del velasquismo, en realidad Don Pancho no daba pie con bola mientras una famélica multitud clamaba por pan y recibía miseria y cachiporrazos. Era un fracaso, Don Pancho. Podía correr solo y llegar último en una competencia consigo mismo. Aunque hubiese ingresado a la presidencia de la república por la puerta falsa, seguía siendo un segundón, más bien un perdedor: el pueblo lo pifiaba, lo despreciaban los velasquistas, se le caían los negocios públicos, crecían hambre y desempleo. Con toda su vanidad e incompetencia, la república panchista estaba empollando décadas de violencia y destrucción, un futuro de sufrimiento inimaginable. Ni siquiera había tenido el valor Don Pancho de liquidar de frente las reformas de Velasco. Prefería acuchillarlas por la espalda, dejándolas desangrarse entre el fracaso y el latrocinio. De paso hundía al país. Como el transitorio usurpador de la presidencia, su gobierno no cumplía ninguna promesa. La palabra de los conductores nacionales sonaba a moneda falsa. El ahorro nacional estaba liquidado. Nadie quería invertir en nuevas empresas. Engordaba la deuda externa y francamente sólo

prosperaban especuladores y usureros.

Año del hambre, 1979. El dólar se acercaba a 230 soles. «Hemos vencido lo peor de la crisis», decía Don Pancho. Viva yo. «El desempleo ha bajado a 7 por ciento.» ¡Qué maravilla! En Estados Unidos la crisis se expresaba con un desempleo del 10 por ciento. Viva yo. ¿Por qué se quejaban los peruanos? ¿Es que nunca estarían contentos con la prosperidad propia? ¿Cómo explicar tantísima huelga de bancarios, trabajadores de salud pública, mineros, de nuevo el magisterio? ¿Pura politiquería? Las cifras de la república militar sonrojaban a los expertos independientes. Si mentían en casi todo, ¿por qué no mentir en las estadísticas? Bastaba acomodar números, barajar categorías. El verdadero desempleo se situaba en el 17.5 por ciento ... ¡pero existían dos clases, uno público y oculto el otro! Los desempleados públicos «buscaban» trabajo. Los ocultos, «disimulaban» su condición o se habían dado por vencidos. Pasaban a mendigar, a rastrear basurales, a robar comida. Los «verdaderos» desempleados querían trabajar, todavía; representaban 7.2 por ciento de la población económicamente activa. Los ocultos, los parias, los que habían perdido toda esperanza, los «falsos» desempleados, los «desempleados voluntarios» llegaban al 10.3 por ciento y no se les tenía en cuenta. Año de la hipocresía, 1979. Desempleo: 7.2 por ciento. Parias: 10.3 por ciento. ¡Subempleados: 44 por ciento! ¿A quiénes se consideraba subempleados? A quienes trabajaban menos de 36 horas semanales y ganaban por debajo del «salario mínimo vital», doce mil soles o 52 dólares mensuales. Dicho de otra manera, los subempleados no llegaban a ganar un dólar 74 centavos al día. La verdad era que la mayoría se rompía los lomos por un poco de comida y un dólar diario, cuatro días por semana, así que sus ingresos rara vez pasaban de dieciséis almuerzos y veinte dólares mensuales. Por cierto, carecían de todos los derechos laborales incluidos en la nueva Constitución. Una vez revisadas las propias cifras de la república militar, resultaba que 61.6 por ciento de los trabajadores sufría desempleo o subempleo. Unos estaban condenados a muerte rápida, otros a muerte lenta.

La verdadera condición de supuestos privilegiados completaba la visión de la miseria peruana. Doscientos mil peruanos tenían empleo estable, con seguridad social, vacaciones y un sueldo promedio de 165 dólares mensuales. La vieja costumbre de repartir un mes de aguinaldo en Fiestas Patrias y Navidad empezaba a decaer debido a la crisis. Existían doscientos cincuenta mil obreros con un salario mensual promedio de 113 dólares, con seguridad social y dos semanas de vacaciones anuales. Por cierto, debían dar 9 por ciento de sus ingresos al Seguro Social y al reciente Fondo Nacional de Vivienda, que devoraba planillas a cambio de nuevas promesas que probablemente serían incumplidas. El total de trabajadores peruanos pasaba de seis millones. La población: 21 millones. Esto suponía que 3.5 personas

dependían de cada trabajador. Diez millones sufrían los estragos del desempleo y el subempleo. Millón y medio disfrutaban de la dudosa seguridad de sueldos y salarios cuyo promedio nacional no llegaba a 140 dólares mensuales, aproximadamente 78 centavos la hora. ¿Y el resto? La fuerza laboral «dependiente» sólo representaba el 16.2 por ciento de los trabajadores, de la que 45.5 por ciento tenía sindicatos y reportaba esos ingresos. Fuerzas Armadas y Policiales no aparecían en la estadística. Los empleados públicos percibían un sueldo promedio de 85 dólares mensuales, incluida gran parte de los maestros. Se estimaba que casi 300 mil dependientes carecían de organización y trabajaban 40 horas semanales por el «salario mínimo vital» de 39 dólares mensuales o 22 centavos la hora.

¡Faltaban los trabajadores supuestamente independientes! ¡E122.2 por ciento de los trabajadores! ¿Cuánto ganaban? Imposible calcularlo. Declaraban tener ocupación propia. Podían ser artesanos, vendedores, comerciantes ambulatorios, lavadores de autos, personas con ocupaciones secundarias, también campesinos, pescadores libres, gente con oficios diversos. Se acercaban a 1.4 millones de trabajadores, de los que dependían cinco millones de peruanos. Sus ingresos bajaban conforme empeoraba la crisis. Se suponía que ganaban más de 39 y menos de 165 dólares mensuales, aunque por cierto los profesionales también estaban incluidos en la categoría y era casi imposible estimar sus ingresos, pues rara vez extendían facturas o recibos a fin de evadir el pago de impuestos.

El reparto de la riqueza mostraba un país primitivo, gobernado por la ignorancia, incapaz de generar su propio desarrollo. Menos del uno por ciento de la población se llevaba el 75 por ciento de los ingresos. Dos por ciento se repartía otro 5 por ciento. Veinticinco por ciento de la población, 10 por ciento de riqueza adicional. En fin, el resto, apenas 10 por ciento de la riqueza peruana, se destinaba al 72 por ciento de la población. Explicado de otra manera: Quince millones de peruanos vivían bajo el nivel de pobreza, de los que seis millones sufrían «miseria absoluta». Los pobres recibían menos de cien dólares anuales. Los miserables: cero. Casi dos millones de familias percibían ingresos encima de mil y debajo de dos mil dólares al año. Cien mil familias registraban un ingreso anual de diez mil dólares o más. Mil trescientas familias tenían ganancias superiores a un millón de dólares al año. Ciertos cálculos indicaban la existencia de 24 multimillonarios. Antes de Velasco hablaban de cien.

Ya estaban muy mal las cosas y se pusieron peor tan pronto metieron preso a Horacio Zeballos. Volaron los precios de casi todas las subsistencias. El pan subió 31 por ciento; el arroz, 36 por ciento; la leche, 21 por ciento; el azúcar, 36 por ciento. Al otro día subieron los combustibles y al tercer día los fletes y pasajes. Antes de una semana, todo había aumentado de precio,

entre un tercio y la mitad más de lo que costaba antes. De la época de Velasco al cuarto año de Don Pancho, los precios de la canasta familiar habían subido 9.2 veces. En el mismo tiempo, sueldos y salarios habían perdido la mitad de su valor real.

La Asamblea Constituyente no podía intervenir. La gente estaba furiosa. La república militar acordaba una «compensación» de 13 dólares mensuales, unos 43 centavos por día. Se reunían federaciones y centrales obreras para discutir la conveniencia de un paro nacional. La única protesta que se escuchaba en las calles pertenecía al SUTEP.

El encarcelamiento de Horacio Zeballos no consiguió frenar la huelga de maestros. Camilo Gil Carrillo pasó a presidir el Comité Nacional de Lucha. Venía de Santiago de Chuco y representaba a la poderosa base de Trujillo. También entró el profesor Eulogio Lozano, que había sido fundador del sindicato en la provincia de Maynas, secretario general sutepista en la región de la selva y que ahora integraba el Comité Ejecutivo Nacional. Igual que Lozano, casi todos los dirigentes sutepistas en las poblaciones amazónicas eran de ahí mismo, gente habituada a viajar por ríos, bien conocida por toda clase de vecindarios. De ahí que los catorce maestros que habían viajado en junio de Pucallpa a Contamana, llevando instrucciones para propagar la huelga, hubiesen escapado de la policía pues el pueblo los había escondido y protegido a todo lo largo del río Ucayali hasta que volvieron a Pucallpa. Al día siguiente, martes 26 de junio, varios de ellos protestaban ante el Comité de Desarrollo de la Provincia de Coronel Portillo, pues les estaban reteniendo el pago de remuneraciones anteriores a la huelga. Los había recibido el ingeniero presidente. Así eran los órdenes de Lima: ni un centavo a los maestros. El ingeniero no manejaba directamente los fondos. Estaba de acuerdo con pagar los días trabajados. En ese momento el mundo explotó al interior del Comité. Más tarde se contarían 70 casquetes de bombas lacrimógenas arrojadas al interior del edificio. Cegados por una densa niebla venenosa, maestros y funcionarios no encontraban las puertas de escape. El pobre ingeniero se había amoratado cuando al fin llegó al aire libre. Conforme salían, un pelotón de sinchis los iba moliendo a culatazos. ¡Todos, funcionarios, burócratas, huelguistas, todos fueron golpeados salvajemente! El maestro Winderson Flores, de la escuela 354 situada en el kilómetro 10 de la carretera a Requena, tuvo la mala suerte de tropezar y caer encima de uno de los sinchis. Soportó una lluvia de culatazos. Ni siquiera se quejaba. Lo patearon hasta constatar que había perdido el conocimiento. A lo mejor se les moría y estaban rodeados de testigos. Arrastraron el desdichado Winderson Flores. A la mañana siguiente lo evacuaron a Lima sin avisar a su familia. Pucallpa despertó en pie de guerra. Delegados de los barrios pobres se reunían para preparar su defensa. En esa región del Ucayali, los

pueblos estaban bien organizados. Por décadas habían conocido el olvido del gobierno. La gente se unía para sobrevivir. Más tarde había crecido Pucallpa, convirtiéndose en una ciudad de frontera. Tenía carretera, no sólo el río. Pero estaba habituada a luchar por sus intereses, Pucallpa. Nada llegaba gratis a la selva. Existía el Comité de Coordinación y Lucha Barrial, el CCLUB, al que pertenecían barriadas y zonas de miseria, además de varios frentes y comités de defensa, el de los Trabajadores de Coronel Portillo, el Frente de Defensa del Campesinado, el Frente de Defensa de las Comunidades Nativas y, el más importante, el Frente de Coordinación y Lucha, que coordinaba a todos los anteriores. En la mañana del miércoles, los maestros salieron a protestar por las calles. Pucallpa saludaba con aplausos. En pleno centro, los sinchis tendieron una emboscada. Tumbaron a escopetazos a nueve maestros. A todos les dispararon al rostro, a quemarropa. Hermilio Vásquez, barbudo maestro del colegio Juan Velasco Alvarado, situado en una ribera del Ucayali, recibió tres disparos. Lo habían confundido con su hermano Manuel, secretario sutepista a la vez que del Frente de Defensa. Un ciego, dos tuertos, seis heridos, dos evacuados a Lima. No duró mucha la libertad de Manuel Vásquez. En la mañana del viernes lo secuestró la policía. A los ocho de la noche lo encontraron botado en un basural, desfigurado a golpes. Tenía huesos fracturados, traumatismos múltiples. Tardó seis días en recobrar el conocimiento. El sábado anunciaron las alzas. Debido a la distancia, los precios subían más en Pucallpa que en Lima. El pueblo bloqueó carreteras y aeropuerto el lunes. Empezaba un paro total. Precavidamente los sinchis se encerraron en su cuartel.

NUNCA SE LLEGARIAN A CONOCER LOS TÉRMINOS de la conversación entre el Cardenal Juan Landázuri y el dirigente sutepista Carlos Salazar Pasache en una amplia habitación que daba a la Plaza de Armas, mientras se extendía por la ciudad la habitual pestilencia de los gases y el sonido de los escopetazos. Los maestros salían diariamente a las calles. La represión también se cebaba en los estudiantes y hasta en las propias escuelas. Para demostrar que la huelga fracasaba, en ciertos colegios habían «dictado clases» policías con trajes de paisano. Los detenidos pasaban de tres mil. La mañana en que Salazar Pasache y Alfredo Rodríguez, ambos del Comité Nacional de Lucha, llegaron a la esquina del palacio arzobispal, vecino al que usurpaba Don Pancho, la Guardia de Asalto garroteaba a un centenar de maestras que habían intentado llegar a la Plaza de Armas por el lado opuesto. Alto y solemne, un hombre bondadoso que quería ser justo, los recibió el cardenal. Pertenecía a todos los peruanos, no sólo a los gobiernistas. Juan Landázuri, arequipeño, franciscano, había acercado la Iglesia al pueblo. Antes

había tenido otras reuniones con Salazar Pasache. El 178 había designado representante de la Iglesia al obispo Germán Schmidt, que asistió a las negociaciones en el Comando Conjunto y había firmado el acuerdo final, garantizando su cumplimiento. Landázuri no necesitaba que le explicaran las razones del SUTEP. Entre los huelguistas se contaba a un centenar de monjas y sacerdotes. La comisión sutepista para negociar con el gobierno incluía a una religiosa y un cura. Los jóvenes sacerdotes del Movimiento ONIS acababan de pedir públicamente un cambio en la actitud del gobierno. Afirmaba su documento: «...debemos revisar la calidad de nuestra solidaridad con los más pobres. La huelga magisterial, que se siente en todos los centros estatales de enseñanza escolar y en buen número de colegios particulares, es una expresión más de la lucha de los sectores empobrecidos de la sociedad que defienden reivindicaciones justas y luchas por hacer respetar los derechos ganados en la huelga del año pasado.» A comienzos de junio, el Cardenal Landázuri había dado el primer paso, ofreciéndose como intermediario para entablar una conversación con el gobierno. El martes 12 de junio, el Comité Nacional de Lucha había aceptado la mediación. Una semana después, José Guabloche, militar, dijo que no planeaba tratar con comunistas subversivos. La dictadura no respetaba nada. La Guardia de Asalto había entrado de noche a la Basílica de la Merced para desalojar y apresar a los maestros refugiados en el templo. En Puno, la policía había roto con un camión las puertas de una iglesia para llevarse a un grupo de huelguistas. En Villa El Salvador, dos monjas y un cura habían soportado una golpiza represiva. Los maestros, benditos sean. A fines de mes, el Cardenal Landázuri había vuelto a convocar a gobierno y maestros para encontrar la paz con la mediación de la Iglesia. Llegaba julio. Día del Maestro el viernes 6. La Asamblea Constituyente debía concluir sus sesiones el domingo 15. Las centrales obreras organizaban un paro de tres días para la tercera semana de julio. El 28 tendría que anunciar Don Pancho cuando serían las elecciones. Ese mismo día se esperaba que entrase en vigencia la nueva Constitución. Posiblemente Salazar Pasache explicó al Cardenal Landázuri que maestros de todo el país emprendían marchas de sacrificio a Lima. Empezaban las huelgas de hambre. Tenían datos, además, de una ola represiva aún más fuerte, destinada a suprimir el SUTEP para siempre.

Después de esa entrevista, el Cardenal Landázuri intentó mediar nuevamente. El general Pedro Ríchter Prada, sucesor de Molina Pallocchia, contestó a lo bestia: el Cardenal Landázuri debía dedicarse a los asuntos propios de la religión. Crecía el malhumor de los militares. Una huelga indefinida se declaraba en la Universidad Católica. Paralizaban las minas del centro. El Frente de Defensa se adueñaba de Pucallpa. Los colegios particulares cerraban 48 horas en solidaridad con el SUTEP. El miércoles 4 de julio,

el ministro Guabloche despachó un mensaje por el Día de los Maestros. Pedía diálogo sincero, franco y leal. A la mañana siguiente, dos diarios gobiernistas anunciaban que Guabloche conversaría con la dirigencia sutepista. ¿Los maestros estaban en el SUTEP o no? Guabloche no lo podía creer. ¿Reunirse con los malditos comunistas a solucionar una huelga, arrastrar su autoridad divisionaria como si fuese un estropajo? Guabloche vivía en otra dimensión de la república militar, en la que no existían sindicatos, con profesores que no eran sutepistas. Se sintió el hazmerreír del gobierno. La furia ministerial provocó espanto en su despacho y paralizó varios pisos del inmenso ministerio. Guabloche pedía la cabeza de los periodistas. Demandaba un nuevo jefe en la OCI verdaderamente capaz de manejar la información. La antigüedad permitió que Guabloche maltratara al recio general Estrada, veterano de Inteligencia que estaba al mando de la OCI, que a su vez destituyó y sancionó y gritó atrocemente a maltrechos subalternos, lo que trajo consigo una monumental reprimenda a los pobres parametrados. Antes de que se descubriese el error, diversos personajes habían celebrado la nueva actitud de serenidad del gobierno frente a la huelga. Después llamaron los ojillos miopes de Guabloche mientras dictaba declaraciones. Ni siquiera se presentó en televisión. Guabloche estaba demasiado alto para incurrir en desmentidos personales. Hizo enviar un comunicado oficial informando que el ministro de Educación «no puede ni debe dialogar con los políticos extremistas que integran el CEN del SUTEP, porque significaría que el gobierno estaría aceptando que la doctrina marxista-leninista constituye una solución adecuada a los problemas peruanos.»

El paquetazo de alzas se había ganado el rencor popular, así que cuando los sutepistas salieron a las calles el viernes 6 de julio, Día del Maestro, el pueblo acompañó sus movimientos. Por casi una hora se adueñaron de la Plaza de Armas, mientras Don Pancho pedía toda clase de refuerzos. La movilización más grande fue la romería a los cementerios vecinos, el Presbítero Maestro y El Angel. Casi al llegar, la multitud de maestros y simpatizantes fue atacada a escopetazos por la Guardia de Asalto. Las grandes ruedas de las tanquetas arrollaban a los lentos. Los gases entraron por las ventanas del Hospital de Santo Toribio, donde buscaban refugio varios centenares de maestras. Los guardias derribaron las puertas y las persiguieron con fuego de cartuchos. Cincuenta heridos. No disparaban a los pies. Apuntaban a los rostros y a los genitales. La lluvia de perdigones alcanzó a varios trabajadores del hospital y a una docena de aterrorizados pacientes. El pueblo de los Barrios Altos salió a defender su territorio, declarándose una batalla de casi dos horas, con la Guardia de Asalto que barría al pueblo y el vecindario defendiéndose a pedradas. Al fin una parte de los huelguistas consiguió dejar sus flores en la tumba de Mariátegui. De la vieja escuela de la Guardia Civil

salía al galope la policía montada, cargando a la antigua, con los sables desnudos. Camiones repletos de presos viajaban a la Prefectura. Al fin se dispersó la protesta en los Barrios Altos. Seguían las demostraciones en el centro. ¡Los maestros, benditos sean! ¡Mil encarcelados, trescientos contusos, ciento cincuenta heridos por disparos de escopeta, once tuertos y, confirmado, una maestra ciega!

Tanto mentía la república militar que había acabado por tragarse sus propios embustes. Don Pancho era un demócrata, un humanista amado por el pueblo. La mayoría de los maestros no pertenecían al SUTEP. No pasaban hambre los peruanos. El primer ministro Richter, prusiano andahuaylino cruzado con ayacuchano y general insumergible que había flotado hacia arriba con Velasco y aún más alto con Don Pancho, hasta ser comandante general del ejército, había dicho solemnemente que «las medidas económicas, no obstante las alzas que incluyen, permiten al pueblo recuperar progresivamente su capacidad adquisitiva.» Así que la economía de los hogares peruanos mejoraba, comía abundante el pueblo, respetaban a los ancianos y protegían a las madres solteras y a los niños. Ya no existía explotación del hombre en el Perú. El índice oficial de desempleo se mantenía en 7.2 por ciento. El cuento continuaba: La república militar había reorganizado el país, colocándolo en la vanguardia continental. A pesar de los excesos de Velasco, se caracterizaba el gobierno por su profundo humanismo y su espíritu patriótico y nacionalista. Las encuestas mostraban una réplica favorable: seis de cada diez ciudadanos daban su aprobación a Don Pancho. ¿Qué clase de información ascendía a las alturas del gobierno? ¿Error o mentira convertida en método político? ¿Tantísima mentira para que al fin la creyeran verdad? Los expertos «psicosociales» de la república militar debían atribuir a la masa un elevado índice de imbecilidad, porque ciertos mensajes resultaban intragables. La audacia en los embustes llegó al colmo en unas declaraciones del general Velit Sabatini, ministro del Interior, que empezaban con una vieja acusación: la huelga sUTEPista tenía una motivación política, no gremial. No estaban en juego las reclamaciones de los maestros sino los intereses de Patria Roja. A partir de esa afirmación, empezaban las novedades. Denunciaba una asombrosa conspiración, que comprometía inclusive a la prensa internacional, destinada a malograr la «imagen democrática» de los militares. Ciertas fotos publicadas por pequeños semanarios y también imágenes que salían al extranjero, intentaban atribuir una personalidad represiva al gobierno de Don Pancho que, lejos de reprimir, estaba reconstruyendo la democracia peruana. En realidad esas fotos se tomaban al producirse pequeños desórdenes provocados por agitadores profesionales. «No podemos hablar de represión en el Perú», dijo el general, «aquí no se producen torturas ni detenciones abusivas y arbitrarias de ciudadanos».

Asombroso.

En ese ambiente, incomunicado en el Hospital de Policía, Horacio Zeballos se declaró en huelga de hambre.

Tres días antes de que fuera aprobada la nueva Constitución, se supo que la dictadura quería modificarla. Nada de Derechos Humanos, civilización, garantías individuales. Nada que impidiera la represión. Antes Don Pancho quería limpiar el país de extremistas. Había dado aviso el primer ministro Ríchter Prada a Luis Alberto Sánchez, malhumorado presidente interino de la Asamblea. A solas habían intercambiado datos, uno para quejarse del contenido constitucional, el otro para avisar que la Constitución quedaría aprobada el jueves 12 de julio. De uno en uno se habían discutido y votado los artículos. Faltaba simplemente una sesión para votar el conjunto, un trámite más bien simbólico. Los supersticiosos no querían sesionar el viernes 13. La Asamblea tenía decidido promulgar la nueva Constitución, pues Don Pancho era un presidente de facto, un usurpador, y no había espacio para su firma en la nueva Carta Magna. La Asamblea Constituyente acabaría sus actividades con una sesión solemne el sábado 14. Al día siguiente terminaba el plazo para el que había sido convocada. ¿Ahora se les ocurría estar en desacuerdo a los señores generales? ¿No habían tenido periódicas reuniones con Haya de la Torre y después con el propio Sánchez y los dirigentes de los partidos no izquierdistas? El general Ríchter debió haberse encogido de hombros varias veces. Sugirió que él no tenía mayores críticas a la nueva Constitución. Echó la culpa a dos jefes poderosos: el general Rafael Hoyos Rubio, comando paracaidista que ocupaba la Jefatura del Estado Mayor del Ejército; y el general Luis Arias Graziani, comandante general de la Fuerza Aérea y actual presidente del Comando Conjunto. Ambos velasquistas.

Luis Alberto Sánchez se dio por enterado y pasó la información a un puñado de constituyentes, apristas y bedoyistas. No tardó en llegar una invitación para que la directiva de la Asamblea Constituyente se entrevistara con los jefes de la Fuerza Armada en un sitio casi inaccesible, el último piso de una rara torre de hormigón, sede del nuevo Ministerio de Guerra acabado de construir en un inmenso espacio rodeado por las urbanizaciones más caras de Lima. Las complejidades internas de ese conjunto de edificios, que el pueblo llamaba «pentagonito», no existían para el anciano Sánchez, cuya visión no pasaba de un metro de profundidad y otro de ancho. Se decía que en realidad Sánchez ya estaba completamente ciego, pero pretendía lo contrario. De ahí que usara los gruesos espejuelos de su última operación de cataratas. Lo más probable era que Sánchez pudiera separar luces y sombras. Veía mejor con la inteligencia que con esos ojos suyos gastados sin remedio. Por décadas había actuado como una suerte de Papa Negro del partido. En vez de decirle Su Santidad, los fundadores apristas lo llamaban Su Malignida

(título también atribuido a su esposa). Había nacido dueño de una memoria prodigiosa. En los comienzos del APRA, cuando era secretario de Haya de la Torre, habían tenido que escapar a escondites diferentes. Reunidos a los cuatro meses, Sánchez sorprendió a Haya de la Torre con una réplica en francés. El jefe del APRA era políglota notable. Antes de separarse, Sánchez sólo había dominado latín, griego y castellano. Había dedicado esos meses de encierro a aprender francés por su cuenta, con libros, sin profesores. No era perfecta su pronunciación, todavía, pero manejaba el idioma como una lengua materna. De todo había sido Luis Alberto Sánchez, abogado, político, historiador, novelista, literato, crítico, maestro, periodista, dos veces constituyente, varias veces senador, dos veces rector de San Marcos, deportado. Tenía fama de mujeriego y era dueño de un venenoso sentido del humor. La vez que un grupo de escritores visitaba su bufete en la quieta hora de la siesta limeña, se habían cruzado con una conocida artista de espléndida grupa. Al entrar al despacho, uno de los visitantes había dicho: «Que buena está su cliente, doctor». Y Sánchez, entonces septuagenario, había contestado con rostro inexpresivo: «No, no. Yo soy el cliente.» Destinado a vivir casi un siglo, esa tarde del lunes 9 de julio se acercaba Sánchez a los ochenta y parecía mirar un espacio vacío al frente, mientras el vehículo oficial tomaba el descenso por los subterráneos del «pentagonito», invisibles para él. Lo acompañaba el bedoyista Ernesto Alayza Grundy. Otros assembleístas viajaban en vehículos distintos. Se dejó guiar a un ascensor y sólo un cambio de oscuridad por luz permitió que adivinase haber salido al último piso del ministerio, único que tenía grandes ventanas.

Olfateaba el poder, sentía se le acercaban las intrigas, escuchaba lo más débil de los murmullos, el crujido de la ropa cuando otros cambiaban de postura, sabía defenderse Luis Alberto Sánchez. Hasta que la enfermedad lo había derribado, Haya de la Torre se encargaba de conversar con los mandos de la dictadura. Sánchez asistía, aunque rara vez hablaba. Ahora estaba al mando de los civiles. Por las presentaciones supo que estaban presentes los supuestos inconformes y jefes de comandos importantes.

—Quiero ser franco —dijo Richter—. Si no se revisan ciertos aspectos de la Constitución, pelagra la transferencia del poder el próximo año.

—¿A qué aspectos se refiere? —Sánchez no se escandalizaba.

—Las disposiciones transitorias.

—¿Y qué más?

—Aspectos políticos y sindicales.

—¿En concreto?

Sánchez ganaba tiempo al convertirse en interrogador del Primer ministro. Richter dejó que hablaran los bedoyistas.

—¿Está usted anunciando un veto a la Constitución que hemos

aprobado?

—No lo tomen a la tremenda. No se me había ocurrido usar un término tan duro. Hemos pedido esta reunión para ponernos de acuerdo. Se trata de colaborar en beneficio del futuro de nuestra patria.

—Tenemos observaciones —se oyó a otro jefe.

—¿Y por qué no dijeron antes que tenían observaciones? ¿Por qué recién ahora se les ocurre hablar? —Sánchez estaba fastidiado—. Si tan sólo leyesen los diarios, habrían tenido tiempo de saber lo que se estaba aprobando. Ni siquiera necesitaban mandar al servicio de inteligencia, ni estar oyendo los teléfonos del Congreso...

No podía ver sus rostros. Aún mejor: los imaginaba.

—¿Qué quieren, ahora?

—Hay que hacer cambios —se atrevió Ríchter.

—¿Y cuáles son esos cambios? —terció un bedoyista.

—Primero debemos saber si existe voluntad de cooperación —dijo otra voz militar, la más dura de todas.

—Hace unos días hemos agradecido al gobierno por habernos permitido sesionar con gran independencia —sonrió Sánchez a ciegas—. Significa que ya hemos cooperado mutuamente.

—Mire usted, doctor, con las disposiciones transitorias entran en vigor la novedad de los Derechos Humanos y otros asuntos que creemos necesario revisar, porque están muy bien en otros países, civilizados y desarrollados seguramente, pero que en el Perú, todavía no estamos para andar protegiendo a los extremistas. En todo caso, hay que postergar la aplicación. Primero limpiamos la casa y después ponemos las leyes.

Sánchez se rodeó de silencio. Al principio creyeron que estaba pensando la respuesta. Al rato todos entendieron que se negaba a contestar.

—Hay todo un movimiento extremista que es preciso eliminar —insistió la voz militar dura—. Con muy buena voluntad, nosotros entendemos, pero la Constitución de ustedes va a servir la mesa a los extremistas. Se van a banquetear con tantos derechos...

Ahí estaban, frente a frente, las dos repúblicas. La militar y la civil. ¿Dónde lo real, en qué parte la fantasía, qué espacio quedaba para el pueblo, quién habría de ser finalmente el soberano? ¿Para acabar en esa lamentable conversación se había llamado a una Asamblea Constituyente? ¿Verdad, mentira?

—Imposible —dijo al fin Sánchez—. Imposible modificar la Constitución.

—¿Por qué? —demandó la voz dura.

—Para empezar porque se necesitan 67 votos y no los hay de inmediato —dijo un bedoyista.

—Podrían sesionar diez días más —trató de acomodarse la voz dura.

—Imposible —repitió Sánchez.

Como si se hubiese enterado a pesar de su letargo final, esa noche empeoró el estado de Haya de la Torre. Empezaba a fallarle el corazón. La inmensidad de su figura daba paso a un ser huesudo, cubierto por una piel descolorida y vieja, que a ratos miraba con ojos excesivos, como si volviera de lugares remotos trayendo historias que no se atrevía a contar. Cada vez menos tiempo despertaba para atender los asuntos mundanos: su agonía, la tenacidad del dolor total, la percepción de otra entidad creciéndolo por dentro, echándolo de su pobre cuerpo, la muerte remolona, distraída, que se dejaba llamar sin apurarse. Y a lo lejos, como la cordillera azul, la idea del país y la revolución ahora inalcanzable. ¿Quién había sido realmente? En ese momento no tenía respuesta. Jadeaba, sorbiéndose a sí mismo, achicándose de estatura, penetrado por la constante crueldad de las agujas clínicas, la mitad o un tercio de lo que había sido. Aún no había formulado la acusación final contra sí mismo, la única y verdadera acusación, que cada quien tenía que hacerse ante el tribunal de los tiempos, fiscales sin reemplazo posible, pues no estaba permitida ni la trampa ni el prevaricato. A ratos, cuando regresaba de las alucinaciones que anunciaban el paso a través de la muerte, se preguntaban cuántos querrían ser sus defensores y cuál sería el balance final entre su soberbia y su humanidad. No terminaba de morir Haya de la Torre y pareció que se le apagaba el corazón, una jugada traicionera porque aún tenía que estampar su firma en la nueva Constitución.

Como era frecuente, el rumor se había adelantado a la noticia: ¡Murió Haya de la Torre! Empezó a congregarse una multitud frente a la finca campestre de Villa Mercedes. En la sede de la Asamblea Constituyente, se hablaba de un desastre final. Aún estaba en vigencia la maltrecha Constitución de 1933. La dictadura militar funcionaba de acuerdo a su propio Estatuto de Gobierno, que en la práctica era superior a la pobre Constitución. Se aprobaría ahora una nueva Constitución que debía ser promulgada para que entrase en vigor. Mientras no ocurriera, el Perú sería un país con tres cartas magnas y ninguna: francamente un país sin ley.

Si la dictadura tenía observaciones, también los asambleístas de la izquierda objetaban la nueva Constitución. A partir de junio habían empezado a juntarse fuerzas hasta entonces dispersas. A propósito del décimo cuarto aniversario de Vanguardia Revolucionaria se habían reunido delegados del Partido Comunista, MIR IV Época, PSR, PRT y VR-El Proletario, a discutir las posibilidades de un entendimiento futuro. Patria Roja había enviado un documento a esa reunión, expresando que no asistía por la persecución de la que era objeto. Unos días más tarde, Patria Roja había anunciado que pasaba a

intervenir en las elecciones que seguramente se realizarían en 1980. La había representado Rolando Breña, en una conferencia de prensa que se desarrolló en la Asamblea Constituyente y que acabó en pugilato con los matones de Seguridad del Estado, que querían secuestrarlo. Al fin había logrado escapar en el volkswagen de Javier Diez Canseco, con Genaro Ledesma soportando los puntapiés de quienes pretendían subir por la otra portezuela y con Diez Canseco acelerando por las veredas de la Plaza Bolívar mientras un policía le ponía el cañón del revólver contra la cabeza. Para desdicha del general Velít Sabatini, ministro del Interior del paraíso democrático peruano, trato tan bochornoso a dos asambleístas había sido retratado y filmado por medios extranjeros. La inmunidad de los elegidos por el pueblo no valía nada para las huestes de la Prefectura, que habían aporreado a Hernán Cuentas y metido preso a Víctor Cuadros. En viaje a Puno, la policía había apresado a Hugo Blanco en Arequipa, generándose un pleito que duró hasta que fue devuelto a Lima contra su voluntad. A las mismas autoridades que ahora perseguían a la izquierda, la nueva Constitución dejaba encargado que organizaran y condujeran las próximas elecciones generales. Aparte de ese motivo práctico, sobaban objeciones ideológicas. Se hablaba, además, de un pacto APRA-dictadura militar, que a la vez aseguraba un presidente aprista e impunidad perpetua para los conductores de la república militar. Al fin las fuerzas de la izquierda lograron ponerse de acuerdo en un punto: no firmarían la nueva Constitución. Habían aprobado la mayoría de sus artículos por separado, pero no pondrían sus nombres a la totalidad constitucional.

Un mes antes, los comandos militares habían presentado a la oficialidad subalterna su propia versión de la situación política y económica. Dos mil quinientos oficiales se habían reunido en el «pentagonito» para escuchar el informe del comandante general-primer ministro Richter. Lo mismo ocurría en todas las guarniciones del país. Los datos recogidos eran precisos. El Estatuto Electoral sería elaborado por el gobierno militar, lo que aseguraba mecanismos para influir y aún modificar los resultados. Los grandes partidos (aprismo, bedoyismo, belaundismo) se comprometían a respetar las reformas emprendidas en los once años de república militar. En otras palabras: no se investigaría el pasado, nada sería sancionado. En fin, la oficialidad de la Fuerza Armada recibiría un aumento general de 155 dólares mensuales, aparte de bonificaciones y más premios por servicios, a fin de absorber los efectos del paquetazo de alzas que se avecinaba. Al llegar julio, la república militar se sentía fortalecida por la lealtad de subalternos y tropas, que ahora trabajaban a tiempo completo en la persecución y represión de «extremistas», término que abarcaba a descontentos, huelguistas, despedidos, desempleados y hambrientos que se atrevían a mostrarse inconformes. El miércoles 11 de julio, mientras empeoraba la condición de Haya de la Torre, se hizo evidente a

Su Malignidad que los militares se habían burlado del APRA y sus promesas democráticas. Don Pancho tenía que haber llegado a un entendimiento con los belaundistas para atreverse a desafiar a la Constituyente. El ex presidente Belaunde no había participado en la Asamblea. Se conocían de antiguo. Don Pancho debía su primer empleo político a Belaunde. Belaunde debía su elección en 1963 a una intervención militar que eliminó una victoria aprista en 1962. Detrás de los belaundistas se movían los bedoyistas. Agonizaba Haya de la Torre sin haberse atrevido a designar un heredero político, así que su partido amenazaba romperse al menos en dos tendencias, una de izquierda y otra derechista. Don Pancho quería continuar como presidente elegido por el pueblo y dejar la presidencia a Belaunde al cabo de cinco años. Belaunde exigía el retorno inmediato a la presidencia. Después intentaría devolver el mando a Don Pancho. Se hablaba de un frente «salvador de la democracia», con belaundistas, bedoyistas, militares y Don Pancho. El verdadero temor de las fuerzas tradicionales y los uniformados de la Segunda Fase era la conformación de otro frente que incluyera a una izquierda unida, organizaciones populares, movimientos regionales, independientes, las comunidades cristianas de base y una marea nacionalista que redescubría el significado político de Velasco, cuya memoria removía sentimientos y conciencias en la silenciosa oficialidad intermedia del ejército peruano.

El jueves 12 de julio volvió de Villa Mercedes la excitada comisión presidida por el asambleísta Carlos Enrique Melgar. Traía el texto original de la nueva Constitución con la firma temblorosa de Haya de la Torre. Tenía las horas contadas, el Viejo. Firmó después Luis Alberto Sánchez. Siguieron apristas, bedoyistas y la minoría conservadora. A las siete de la noche, la Asamblea Constituyente aprobó la promulgación de la Constitución de 1979. Los integrantes de la Asamblea cantaron el Himno Nacional. Después Sánchez entregó el ejemplar de la Constitución al Oficial Mayor de la Asamblea, Luis Chacón, para que la entregara personalmente a Don Pancho en el palacio presidencial a fin de que los Poderes Públicos, instituciones y ciudadanos empezaran a darle cumplimiento. El sábado 14 sería de fiesta política. El domingo terminaba la Asamblea Constituyente.

Personudo y pausado, más bien pálido, como si nunca recibiese la luz solar, un ser inexpresivo, trajeado de sesión solemne, burócrata con alma y paciencia de magistrado, nadie mejor que el Oficial Mayor Chacón para cumplir tan honroso encargo de la Asamblea Constituyente, a la que había servido como antes al remoto Congreso de la República, guiando los debates por difíciles vericuetos reglamentarios. Tomó en sus brazos el cuerpo recién alumbrado de la Constitución y salió con dos uniformados edecanes de la presidencia de la Asamblea. Ese ejemplar representaba la voluntad soberana del pueblo del Perú, como la bandera nacional, así que la despidieron de pie

y la guardia le rindió un saludo militar en la puerta del Congreso. El Oficial Mayor Chacón abordó un automóvil oficial que aceleró hacia la Plaza de Armas. Diez minutos después llegaba el Oficial Mayor Chacón a un alto y penumbroso salón cercano al despacho presidencial. No estaba solo Don Pancho. Se escuchaban otras voces cuartelarias confundidas con su vozarrón. El Oficial Mayor Chacón esperaba entregar personalmente el ejemplar de la Constitución y hasta había preparado un emocionado discurso de sesenta palabras, pero Don Pancho ni siquiera asomó por una puerta. Un edecán pidió la Constitución y el Oficial Mayor Chacón fue enviado a sentarse en un sillón de tercera clase, lejos de las intimidades palaciegas. Por primera vez miró su reloj: las siete y media. A esa hora empezaban a retirarse quienes trabajaban en la sede del Poder Ejecutivo, misteriosos consejeros, servidores sin rostro, oscuros propagandistas, informadores, gente que salía de perfil por las puertas laterales. A partir de las ocho iban cerrándose las puertas. Desaparecían los centinelas con vistosos uniformes franceses de caballería y tomaban su lugar soldados con ropas de combate. A las nueve se preocupó el Oficial Mayor Chacón, porque a esa hora estaba prevista una recepción en la presidencia de la Asamblea Constituyente. A las diez de la noche, abandonado, pues nadie se preocupaba por darle conversación o invitarle una taza de café, el Oficial Mayor Chacón comprendió que estaba metido en el ojo de una tormenta.

Rodeado por los más altos jefes de la república militar y sus asesores jurídicos, Don Pancho había decidido escribir con su puño y letra las observaciones militares a la nueva Constitución y devolverla sin dar curso a la promulgación de la propia Asamblea. Significaba que Don Pancho desconocía la nueva Carta Magna, aunque esperaba que la arreglasen a su gusto. El país tendría y no tendría un cambio de leyes. Para empezar, Don Pancho no toleraba la vigencia inmediata de las disposiciones generales y transitorias que calificaba como actos de gobierno. Era evidente, además, la irritación que le causaban ciertos capítulos del texto constitucional. ¿Cómo podía aceptar garantías que estaban suspendidas desde 1975, como la inviolabilidad del domicilio y el derecho a transitar por el territorio nacional o a entrar y salir del Perú? ¿Cómo podía suscribir Don Pancho el derecho de los peruanos al bienestar propio y al de sus familias o considerar un delito la clausura de órganos de expresión o la cotidiana interferencia de las líneas telefónicas? ¿Toda persona debía ser informada de la causa de su detención y tenía el derecho de comunicarse y ser asesorada por un defensor de su elección desde el momento en que era citada o detenida por la autoridad? Observado. ¿Era nulo y punible todo acto por el cual se prohibía o limitaba la participación de los ciudadanos y los partidos en la política? Observado. ¿Prevalecía la Constitución sobre toda otra norma legal? Observado. ¿La

creación y el ejercicio de la actividad de los partidos políticos era libre y todos los ciudadanos tenían derecho de asociarse en partidos? Observado. ¿No existía pena de muerte salvo por traición a la Patria en caso de guerra exterior? Observado. ¿El Código de justicia Militar no se podía aplicar a civiles? Observado. ¿En casos de delitos comunes, los militares debían ser juzgados por tribunales civiles? Observado. ¿De haber incompatibilidad entre la norma constitucional y una ley ordinaria, el juez debía preferir la primera? Observado. ¿Se declaraba la libre transferencia de los bonos de la deuda agraria y su recepción obligatoria por los bancos del Estado para financiamiento de proyectos de desarrollo? Observado. ¿Condonaba la deuda agraria y declaraba la autonomía de las cooperativas agrarias? Observado. ¿Ratificaba el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos de las Naciones Unidas y la Convención Americana sobre Derechos Humanos de San José de Costa Rica? Observado. ¿Ratificaba el Convenio 151 de la Organización Internacional del Trabajo protegiendo el derecho a formar sindicatos y normando las condiciones de empleo en la administración pública? Observado. Derechos Humanos, civilización, libertad, garantías, derechos de los trabajadores. Observado, observado.

¿Democracia burguesa, con alma capitalista y sentimientos socialistas? Observada, maldita sea. ¿La había promulgado la soberana Asamblea Constituyente? La dictadura no ordenaba que se cumpliera. La dejaban colgando en el aire. Así de simple. ¿Y qué?

Daban las once y media de la noche cuando el Oficial Mayor Chacón recibió el ejemplar de la Constitución lleno de observaciones puestas por Don Pancho. Llegó al viejo palacio legislativo cerca de la medianoche. Habían dejado la puerta principal entreabierta, con una guardia armada al pie de la plaza. Sólo brillaban las luces del vestíbulo y del ancho pasaje de los pasos perdidos. El Oficial Mayor Chacón fue hasta su oficina. Los señores constituyentes se habían marchado a las diez. Los secretarios de la Asamblea esperaron hasta las once. Usó un teléfono directo para informar a Luis Alberto Sánchez.

—Acabo de regresar, señor presidente. —¿Y la Constitución?

—Está llena de observaciones. Parecen del propio Morales Bermúdez —resumió el Oficial Mayor Chacón.

—¿Se cumple o no se cumple? ¿Firmó o no firmó? —No firmó, señor presidente.

—Guárdela en su caja fuerte. Mañana veremos que hacer. Hacía tiempo que Genaro Ledesma había dejado de preocuparse por los viernes trece. Andaba el Perú patas arriba, así que todos los días venían con su porción de mala suerte, de lunes a domingo, rara vez con buena fortuna. A otros no les gustaba el trece, al extremo de que los edificios en Lima no lo

incluían en los ascensores, pasando del doce al catorce como si así dejara de existir. A Genaro Ledesma le daba lo mismo levantarse con el pie izquierdo o el derecho. Tenía creencias andinas. Mala suerte era que cantase la paca-paca o que volasen lechuzas en pleno día. Los ojos de un bizco traían desdichas y buenos negocios frotar la espalda a un chepudo. Ese viernes 13 de julio empezó al amanecer, con irritados timbrazos de teléfono. Volaba la noticia: la dictadura observaba la Constitución y la había devuelto a la Asamblea. Quería suprimir las disposiciones transitorias y dejar en suspenso todo lo relativo a los Derechos Humanos y las garantías constitucionales. Olía a golpe, a represión total. Genaro Ledesma era uno de los que habían iniciado la búsqueda de la unidad en la izquierda. Lo tenían marcado. Quería cambiar de casa, pero Nelly, su valerosa compañera, se lo había impedido. Prohibido correr. Si a los militares no les gustaba la Constitución, a lo mejor mandaban clausurar la Asamblea o la tomaban prisionera, extendiéndole la existencia a la fuerza y forzándola a introducir modificaciones.

Rumbo a la Asamblea, Genaro Ledesma escuchó por la radio católica el pronunciamiento de los obispos peruanos sobre la huelga magisterial. Pedían comunicación y diálogo entre gobierno no y maestros. También oyó un comentario sobre las observaciones a la Constitución. Debía haberlas publicado el diario oficial. Por la avenida atestada de autobuses que llevaba a la Plaza Bolívar, oyó Ledesma que Hugo Blanco había sido detenido por la policía de Brasil en el aeropuerto internacional de Río de Janeiro y que sería devuelto al Perú. Se sintió injuriado como presidente del FOCEP. Casi nadie faltaba cuando al fin entró a la Asamblea. Todos habían llegado temprano.

Haya de la Torre seguía muriendo sin poderse enterar de la suerte que corría su Constitución.

El cansancio demacraba al Oficial Mayor Chacón.

Luis Alberto Sánchez ordenó que el relator diese lectura a las observaciones del gobierno militar. Solicitó después la opinión de las diversas agrupaciones.

Por unanimidad, la Asamblea Constituyente acordó rechazar las observaciones. Quedaba promulgada la Constitución de 1979 sin modificaciones. Entraba en vigencia inmediatamente.

El presidente Sánchez pidió a Ledesma que se acercara al estrado.

—Creo prudente disolvemos de inmediato —dijo el sucesor de Haya de la Torre—. ¿Está usted de acuerdo?

—Me parece lo mejor, doctor Sánchez. No vayan a tomarnos de rehenes.

—Eso mismo he pensado. Nos vamos y se acabó. —Se acabó —repitió Ledesma.

—¿Puede coordinar la decisión con sus compañeros? —Con todo

gusto —dijo Ledesma.

Comunistas, bedoyistas, apristas, trotskistas, udepistas, pradistas, odríistas, focepistas: todos aprobaron. Ya existía Constitución. Estaba promulgada por la Asamblea soberana. Habían terminado su trabajo. Lo mejor sería dispersarse de inmediato.

—Señores, hemos acabado nuestras funciones legislativas. La Asamblea Constituyente se disuelve. ¿Los señores constituyentes que estén a favor?...

Todos votaron.

—...¿en contra?

Nadie.

Nuevamente de pie. Otra vez el Himno Nacional. Existía y no existía la Constitución de 1979. Promulgada por la Asamblea, debía entrar en vigor. Así mandaban los apoderados del pueblo. Don Pancho postergó el reconocimiento de la Constitución hasta que se produjera la transferencia del gobierno a los civiles. Mientras tanto seguiría gobernando con el Estatuto Militar y con la Constitución de 1933.

Después de cantado el Himno, se despidió Ledesma ceremoniosamente de los asambleístas de la izquierda. Al cabo de décadas de pelearse, habían trabajado juntos. La confrontación con la derecha no les había dado tiempo para ideologizar internamente y dividirse. Unos brillaban después de intervenir en victoriosos debates. Otros se habían eclipsado, como Saturnino Paredes; o disminuido en importancia, como el general Leonidas Rodríguez Figueroa, hasta entonces líder del velasquismo. Pero quedaba abierta la exigencia de la unidad. Tenían que llegar unidos a las elecciones de 1980. La meta era alcanzar el 40 por ciento de los votos. Se fueron dando apretones de mano. Otras preocupaciones esperaban en la puerta de la Asamblea, como la feroz represión que sufrían los sutepistas y el paro nacional que debía empezar el jueves siguiente.

EN LOS ÚLTIMOS DIEZ AÑOS, LA IZQUIERDA PERUANA había hecho explosión desde adentro, no sólo se había dividido, así que a la hora de reunirse, era preciso recoger infinidad de fragmentos, cada uno con su propia jefatura y numerosos lugartenientes. Todos reclamaban idéntica importancia y prerrogativas. Oscuros y volubles asteroides políticos exigían el estrellato en las próximas elecciones nacionales. De pronto dejaban de ideologizar. Discutían el reparto del futuro gobierno. Unos convocaban, otros acudían a todas las convocatorias. Unos pedían unidad, otros querían amontonarse en la primera fila. Casi nadie toleraba sentarse en segunda hilera, mucho menos atrás. De acuerdo con un raro sentido del protocolo, todos

querían ser el último orador y, por cierto, hablar más largo que el resto. La izquierda desunida estaba repleta de jefes y seres principales. Los primeros «encuentros unitarios» parecían concursos de Elocuencia. Así como antes habían ideologizado, ahora se entregaban a largos análisis de la realidad política y de la estrategia para conducir a las masas. Un sentido igualitario, no representativo de la democracia, permitía que organizaciones moribundas y partiduchos tomaran el mismo espacio que las grandes agrupaciones. A la iniciativa de la UDP, cuyo motor unitario resultaba ser Javier Diez Canseco, y al propósito de enmienda electoral y de reconciliación anunciado por la poderosa Patria Roja, siguieron diversos esfuerzos focepistas, en realidad actividades de Genaro Ledesma. Prosperaba la idea de la unidad y no llegaba a ninguna parte.

Pero un frente popular que incluyese a la Democracia Cristiana de Cornejo Chávez, a un numeroso grupo de disidentes belaudistas y al resurgimiento velasquista; en el que también participaran los partidos comunistas principales, Unidad y Patria Roja; y, además, el FOCEP, los trotskistas y la UDP con los sobrevivientes del APRA Rebelde; por cierto un movimiento que incorporase a las principales organizaciones del campesinado y al que se adhirieran las centrales obreras, los maestros y los intelectuales del país, ese frente que era el objetivo ya anunciado por Diez Canseco al cumplirse los catorce años de Vanguardia, se levantaba como una posibilidad que aterrorizaba a conservadores y que era una pesadilla en las noches de sueño quebradizo de Don Pancho. Seguía el Perú con dos constituciones y encima de ellas un Estatuto Militar, ya sin Asamblea, totalmente gobernado por una dictadura. Padres de familia y estudiantes se habían unido a los maestros para capturar colegios y evitar que los saqueara la policía que después culpaba a los huelguistas. En Las Cibeles, los maestros presos iniciaban una huelga de hambre. Horacio Zeballos cumplía una semana sin probar alimentos. Llegaban a pie delegaciones de maestros de todo el país. Las marchas de sacrificio encendían protestas y solidaridad a su paso por remotas regiones. Dos veces paró un día Arequipa en apoyo del magisterio. Cusco se detuvo dos días seguidos en favor de los maestros y preparándose para el nuevo paro nacional del 19 de julio.

Don Pancho ordenó poner en marcha los planes para un estado de guerra interior.

No era un año cualquiera, 1979. Ciertamente, se había promulgado una Constitución que la dictadura postergaba para otro tiempo. Además se cumplían cien años de la terrible guerra con Chile. Hacía un siglo, Bolivia había perdido todo su litoral y las riquezas salitreras y cupríferas de Atacama. El 4 de abril de 1879, Chile había declarado la guerra al Perú. No era fácil de olvidar. Aprovechando la asombrosa bancarrota de un país rico pero

corrupto, las fuerzas chilenas habían invadido el sur peruano y después Lima. Finalmente todo el país había sido saqueado por los invasores. A la capital le habían arrancado sus monumentos. Un chileno había gobernado desde el palacio presidencial y la bandera peruana había quedado proscrita, sustituida por los colores nacionales de Chile. En 1884, un tratado había cedido el territorio de Tarapacá. Pasaba a pertenecer a Chile por derecho de conquista. Además el Perú entregaba dos provincias sureñas, Tacna y Arica, en condición de rehenes. Seguían siendo peruanas pero sometidas a cautiverio. El plebiscito que debía decidir su destino nunca se realizó. Los peruanos de Tacna y Arica habían conocido servidumbre y persecución, aunque aferrados a su tierra, negándose a abandonarla. Sin plebiscito, a fines de los años 20 se apeló a una fórmula salomónica. Tacna para el Perú, Arica para Chile. No importaba que Arica fuese el puerto de Tacna. Nada importaba: ni el morro bañado en sangre de peruanos, ni las razones de derecho, ni las persuasiones de la diplomacia. Diez años antes del centenario, el general Velasco había decidido recobrar Arica. Muy bien, habíamos perdido Tarapacá. Pero aún podía reclamar el Perú sus derechos sobre Arica. Se contentaba Velasco con la vieja ciudad peruana y el morro. Desde la guerra de hacía un siglo, Chile se había esforzado por mantener una amplia superioridad militar frente al Perú. Velasco volteó la tortilla. Bajo su jefatura, además, los cholos se sentían invencibles. Lo mandaron al retiro, pobre loco de Velasco. ¡Creía en el Perú, amaba a sus héroes, era leal a sus instituciones! ¡Un demente intolerable! Desvaídas ceremonias en homenaje a los mártires peruanos de esa vieja guerra ni siquiera empezaron el 4 de abril, día en que Chile anunció el estado de guerra al embajador del Perú hacía cien años, sino el 15 de abril, al cumplirse un siglo del bloqueo de Iquique. Hasta la memoria nacional llegaba tarde con el gobierno de Don Pancho, el condecorador de Pinochet. ¡El amigo Pinochet! El 19 de julio, el armamento destinado a recobrar el Morro de Arica fue usado para aplastar el paro nacional.

Los carros blindados salían en columnas de combate, intercalados con camiones llenos de fusileros. Desfilaban de a doce, de varias veces diez, masivamente de a cien en las avenidas industriales. Pesados carros de asalto, impulsados por orugas, trituraban el asfalto de las calles céntricas. Nuevas tanquetas de fabricación alemana ocupaban los puentes y viaductos a las grandes zonas populares. La ciudad estaba habituada a la sorpresiva trepidación de los pesados vehículos de combate. No los habían fabricado para pelear dentro de las poblaciones sino al descubierto, contra otros blindados. La gente les había perdido el miedo después de tanto estado de sitio. Los paros nacionales se convertían en rutina. Vehículos acorazados contra pueblo. Una botella de gasolina en llamas bastaba para que retrocedieran los monstruos de acero. Desconfiaban de los agujeros en las calles. Se alejaban de las zanjas.

A veces la gente los dejaba pasar, cerrándoles después el regreso con toda clase de obstáculos. Desde el amanecer del jueves 19 de julio, el pueblo había bloqueado las carreteras en los conos Norte y Sur y las dos pistas de la ruta a la cordillera. Se quemaban barricadas de llantas viejas mojadas en combustible. Una multitud inmóvil observaba a las fuerzas represivas desde los cerros. En la avenida Pachacútec, que conducía al Cono Sur, la Guardia de Asalto quiso limpiar una de las pistas. El pueblo la corrió a pedradas. Al rato se presentaron blindados militares, ya no policías. La tropa traía órdenes de abrir fuego a la primera provocación.

En casa de los Peñaranda vivían dieciséis, doce hermanos de padre y madre, huérfanos todos, y cuatro compañeras de los mayores, dos de las cuales estaban embarazadas. Los Peñaranda habían sobrevivido a una avalancha de desgracias y tristezas, conservándose unidos. Los mayores habían trabajado para educar a los menores. Compartían la estrechura de cuatro habitaciones en San Juan de Miraflores, que empezaban a crecer pues al fin trabajaban casi todos. Sólo faltaba el menor, Johnny Peñaranda, que el sábado 21 cumpliría diecisiete años y que acabaría la secundaria en 1980. Nadie pensaba en trabajar ese jueves. Johnny salió a las diez y media de la mañana con su hermano Roberto, de 19 años, a mirar como marchaba el bloqueo de la cercana avenida Pachacútec. Llegaron a una esquina en el momento en que aparecía una columna militar, que la gente recibía con una rechifla y gritos de repudio. Entonces chasquearon balazos. La tropa tiraba de sus gatillos. Largas balas de FAL se desparramaron hacia la muchedumbre. Entre cuerpos tirados y gritos de gente indefensa, otro de los Peñaranda vio que la sangre manchaba a sus hermanos menores. Corrió a levantar a Roberto, herido por esquivarlas. ¡A Johnny, sálvalo a Johnny! —gritó desesperado. Una bala de fusil le había entrado de pleno en el pecho. Enrique Peñaranda cargó a su hermano menor sobre su espalda y corrió por la avenida Pachacútec hasta ser socorrido por un motociclista. Se acomodaron en la parte trasera para viajar a la Asistencia Pública. Johnny se movía como un monigote despanzurrado. Lo cargaron a una miserable sala de emergencia. Ni siquiera tenían médico esa mañana. Nada podían hacer ahí para cerrar el balazo. Le había deshecho el esternón y por el hueco parecían salirse los pulmones. Se desangraba rápidamente. ¿Ambulancia? Tardó media hora. Dos millones de personas que vivían en el Cono Sur carecían de hospital de emergencias. Recién al mediodía viajó Johnny Peñaranda a Miraflores. Miraba pasar el cielo con ojos de vidrio. Un médico con el mandil ensangrentado lo observó en la entrada. «Ha muerto», se limitó a decir.

Al Hospital de Emergencia de San Antonio, en Miraflores, llegaban heridos cada dos o tres minutos. Los traían ambulancias, taxis, cualquier clase de vehículo que se atreviera a circular pese al paro y la represión

desencadenada. Los médicos salían a la puerta para vigilar que la policía no secuestrara a nadie. Roberto Peñaranda, herido por varias esquirlas, tuvo que identificarse. Estaba furioso. «Nos han disparado a matar», dijo al médico y la enfermera que lo curaban. El doctor aconsejó que se callara. El hospital estaba repleto de soplones. Ordenó su traslado al Hospital Dos de Mayo para evitar que lo metieran preso así como estaba, aún sin cicatrizar.

Se habían vuelto rutina los paros, monotonía las ambulancias, repetición los matados, aburrimiento las nocturnas mentiras de la televisión: «Fracasó el paro, el pueblo no se dejó arrastrar por los provocadores. Han sido derrotados los enemigos de la democracia.» La gente salía a pelearse con el gobierno durante la mañana. Al mediodía se producía el cierrapuertas, quedaban abandonadas las calles, ni siquiera salían transeúntes. Con las rutas obreras bloqueadas, los barrios industriales tenían que darse un descanso forzoso. En la tarde nada se movía. Sólo en la noche se iluminaban las tiendas de los chinos de barrio y entreabrían sus puertas las farmacias, salían los vecinos en grupos a intercambiar datos y preguntarse hasta cuándo habría dictadura.

Por cierto los maestros habían aprovechado para pasearse por todas las calles del país, voceando sus demandas a la vez que confirmaban que su huelga seguía sin solución. Tan pronto veían carteles del SUTEP, se endurecía la Guardia de Asalto y se descontrolaban los jefes militares. Los atacaban a escopetazos. Usaban cartuchos cargados con perdigones pequeños. Una explosión cercana rociaba a varios huelguistas a la vez. Los tiros al rostro dejaban víctimas deformes, como si hubiesen sufrido un ataque de viruela. Muchos habían perdido temporalmente la vista. Los sutepistas llevaban una cuenta terrible: tres ciegos sin remedio, dieciséis tuertos, cincuenta maestros con los ojos sometidos a cirugía. Pese a todo, seguían saliendo. Los golpeaban y metían presos. Otros tomaban su sitio en las calles. Además de los profesores, protestaban los estudiantes. Hasta los padres de familia habían iniciado un ayuno de diez días en varias iglesias del país. Vestidas de negro, las maestras insistían todos los días en llegar a la Plaza de Armas. El jueves 19 de julio llegaron a media cuadra. El comando militar no esperaba tanto atrevimiento. Soltaron contra ellas toda la furia de la represión. Trescientas fueron arrastradas por calles laterales. No se sabía cuántas habían terminado en la cárcel pública de Chorrillos, después de visitar los calabozos de la Prefectura. Cien reportaron golpes y contusiones en los centros de asistencia médica.

EL PUEBLO DEL CUSCO NO QUISO ESPERAR HASTA el 19 de julio para demostrar su rechazo a la dictadura. El martes 10 se había realiza-

do un paro departamental en apoyo al SUTEP. El viernes anterior había sido el Día del Maestro y por todos los barrios habían salido marchas populares. Tropas y policías habían actuado tan violentamente, que el martes siguiente ya no sólo expresaban los cusqueños su adhesión a los sutepistas, sino que también protestaban por la violencia pública. Corría el segundo mes de huelga magisterial y ya nadie se acercaba a los colegios cusqueños. En esa parte del país se registraba una ausencia total de profesores y alumnos. El diluvio de alzas maltrataba a los provincianos peor que a los capitalinos, pues agregaba fletes más caros a los nuevos precios. El paro cusqueño del martes 10 de julio clausuró actividades comerciales y centros de trabajo. Hasta los vuelos llenos de turistas debieron ser suspendidos. Al revés de Lima, los paros empezaban con un profundo silencio en el Cusco. Se podía creer que la población ni siquiera respiraba. Después empezaban a llegar delegaciones de los valles y pueblos vecinos. Se movilizaban los campesinos. Aparecían banderas rojas y el arco iris del Tahuantisuyo. Mientras ascendía el sol por la incomparable cúpula azul del cielo cusqueño, salían a reunirse los barrios. Desde antes de que existiera la idea del Perú, en horas de conflicto la gente iba a reunirse en la huaccaypata, el enorme espacio central de esa ciudad sin tiempo, que se llamaba a sí misma el ombligo del mundo. En vez de permitir una tradicional asamblea de ciudadanos, la tropa recibió órdenes inútiles: impedir la protesta. Disolver a quienes caminaban tomados de los brazos y cantando.

Efraín Portillo había abandonado su escondite en Orcuto para filtrarse al interior del Cusco desde la víspera. Toda la noche habían estado abriendo a patadas las puertas de casas sospechosas, hogares obreros, casitas de maestros que vigilaba la policía. De acuerdo con los informes recibidos de Lima, los profesores cusqueños tenían escondido un arsenal de armas y explosivos que era preciso incautar antes de Fiestas Patrias, para impedir un levantamiento popular. Armados de valor a fuerza de aguardiente y coca, los subalternos de la DSE habían roto y volteado más de veinte viviendas, sin encontrar rastros de una santabárbara secreta. Más tarde empezaron las marchas. Bloqueaban caminos. Gritaban muera la dictadura, milicos a sus casas, basta de represión, el SUTEP luchando también está enseñando. Los malditos extremistas se adueñaban de la ciudad. Traían a la indiada con sus cuatrocientos años de rencorosa memoria. Las órdenes superiores fulminaban a los subalternos. Peligraba la integridad de la patria, la paz interior amenazada. ¿Dónde estaban los cabecillas? En Lima, el Inspector Superior general Lezama soportaba las reprimendas del general Sánchez Obregón, jefe del Servicio de Inteligencia del Ministerio del Interior y brazo derecho del ministro Velit Sabatini, que a su vez soportaban el enojo del general Brush, poderoso jefe del Servicio de Inteligencia Militar y de los «asuntos

psico-sociales», mientras todos dirigían sus miradas al general Matallana, jefe de la IV Región Militar, que gobernaba la cordillera sur desde el Cusco. Temprano lo había telefonado Guabloche, que podía saltarse los conductos regulares no sólo porque era divisionario sino por su antigüedad, que sólo se inclinaba ante el comandante general Ríchter Prada; y también había tenido que escuchar al general Otto Eléspuru, ahora inspector general del Ejército, que quería saber, sencillamente, quién gobernaba, si la Fuerza Armada o los malditos comunistas del SUTEP y los sindicatos. Al rato había entrado la voz colérica del general Monzón, jefe de la formidable Cuarta División acuartelada en Puno, frente a Bolivia, quejándose de que los huelguistas hubiesen cortado la carretera y la línea férrea entre Cusco y el Lago Titicaca, lo que ponía en peligro la seguridad nacional. El Inspector Superior general Lezama quería saber hasta cuando los sutepistas iban a burlarse del coronel Saquicoray, que ordenó a la jefatura cusqueña de Seguridad del Estado atrapar a todos los huelguistas que pudiesen, aunque no tuvieran cara de dirigentes. Finalmente las fuerzas de la IV Región Militar salieron al encuentro de quienes celebraban el paro regional. El maestro Efraín Portillo llevaba cuenta del endurecimiento represivo. En 1978, la Guardia de Asalto había mostrado cierta gentileza con las maestras. Aún antes, los pobres mercenarios del Ministerio del Interior no podían disimular una sensación de respeto por los profesores. En 1979 maltrataban a las sutepistas igual que a los varones. Se preguntaba Portillo si esos matones de uniforme pegaban igual a sus mujeres y a sus madres. Por cierto, las maestras se habían dejado arrastrar del pelo sólo al principio de la última huelga. Se defendían de muchas maneras. Meter alfileres en el peinado había solucionado los arranchones. A ninguna se le ocurría protestar con tacones altos. Cargaban sus carteras con objetos pesados, para usarlas como cachiporras. Las gaseaban sin misericordia, las llenaban de perdigonazos. Trataban de arrancarles las ropas para desnudarlas en plena calle. Los tiros de escopeta barrían a los maestros. De la espalda de un profesor habían extraído más de sesenta perdigones en el Cusco.

Portillo pudo sentir una bocanada de odio, el soplo del crimen, cuando esa prematura mañana del martes 10 salieron las fuerzas de la IV Región a limpiar calles y plazas.

Protestar y dispersarse, había pedido el maestro Portillo. No sería fácil. Al profesor Walter Carbajal le preocupaban los estudiantes. Enseñaba en la Gran Unidad Escolar Inca Garcilaso de la Vega y temprano había asistido a una misa en memoria de los maestros y obreros caídos en la lucha contra la dictadura. Después se unió a una marcha que pasó por la huacaypata. Al cabo de tantas huelgas y años de persecución, los maestros sabían como desaparecer y reagruparse y gritar y de nuevo disolverse, pero los muchachos y no pocos padres de familia rehusaban retroceder cuando

tropas y guardias de asalto se les ponían al frente. Esa mañana Carbajal había saludado al clandestino Portillo. La pasaba mal con la huelga, pues tenía tres hijos pequeños, el mayor de seis y el menor de dos años. Su mujer buscaba ocupaciones parciales. A veces ni lavando ropa o limpiando casas se podía ganar un poco de dinero extraordinario, pues había miles de mujeres con idénticas necesidades o tal vez peores. ¿Usted cree que al menos nos paguen las vacaciones? —había preguntado Carbajal. No sabía que responder, Portillo. Todo indicaba que la situación habría de empeorar. Se despidieron con un apretón de manos. Se fue Carbajal a protestar en nombre del magisterio y de sus hijos con hambre y de su propia vida que nunca obtenía un aumento de sueldo aunque siempre trabajase más que antes. Al rato acabó mezclado en una trifulca callejera con la Guardia de Asalto. Vio que maltrataban a un grupo de estudiantes y los quiso ayudar. Despachó una pedrada que rebotó con fuerza en el casco de un oficial. Quedó atontado. Walter Carbajal escapó con los estudiantes, sin sospechar que un grupo de soplones seguía su rastro. Terminada la marcha, el maestro se encaminó a su casa. Nunca volvió. Veintiocho años había cumplido el profesor Carbajal. Secuestrado en plena calle, acabó en un sótano de la Prefectura. Las órdenes no se discutían: «Tienen que hacerlos hablar». ¿Quiénes dirigían la huelga, dónde se escondían, quién les pagaba, dónde guardaban las armas y el dinero? Le aplicaron el viejo cepo volador, la colgada, lo hundieron en la tina de inmundicia, lo patearon en el suelo, lo pusieron bocabajo, le dieron de garrotazos.

Walter Carbajal gemía al principio. Escupía babas, sangre, lágrimas. Calló después. Tardaron en darse cuenta los policías que estaban torturando a un muerto.

En la jefatura de la IV Región Militar ordenaron ocultar lo ocurrido. ¿Qué se proponían? ¿Darle mártires al SUTEP y motivos para seguir la huelga? No señor, sí señor, no se preocupe mi general, lo arreglamos de inmediato. Esa mañana un camión había atropellado a un viejito frente a la cárcel de Q'engoro. Muerte instantánea. Cambiaron cadáveres. Desapareció el saco de huesos que era el anciano. En su lugar pusieron a Walter Carbajal, con el rostro en pedazos, la boca deshecha, los brazos rotos, las piernas marcadas a puntapiés. Un médico policial apuró la autopsia, lo que acabó por deformar lo que quedaba del maestro, pues lo abrieron como a una res, de paso botando vísceras heridas de muerte, y le destaparon el cráneo, bajándole el cuero cabelludo hasta tapan el rostro. «Muerte por atropello.» En cuanto al chofer, tuvo que aceptar el cambio de difuntos para no terminar desaparecido. Ya extendido el certificado de defunción, se dio aviso a la viuda. Nunca había faltado una noche entera a su casa el profesor Carbajal, así que los maestros andaban buscándolo. A la mañana siguiente lo encontraron, frío y desnudo sobre una mesa de mármol, en una morgue vieja con olor de

matadero. ¿Atropellado, en Q'eqoro, a las diez de la mañana? A esa hora estaba metido en la multitud sutepista. El sindicato pidió ayuda a los médicos del Cusco. Una comisión practicó una segunda autopsia. No había muerto aplastado por las ruedas de un camión. A la vez se recobraban las ropas que había tenido puestas Carbajal y que mostraban las salpicaduras de sangre causadas por la tortura. En fin, testigos del accidente en Q'eqoro revelaron que la víctima era un pobre viejo. Vieron fotos de Carbajal. No, él no había sido atropellado.

Asangre fría habían matado al profesor. Mentían después para proteger a los asesinos. La indignación creció por el Cusco. Seiscientos sindicatos y comunidades de la región firmaron una denuncia contra los responsables. También culpaban a la IV Región Militar. Miles de maestros y estudiantes acompañaron el velorio del joven maestro. Llegaron delegaciones de todas las provincias para el funeral. El general Matallana no quería manifestaciones, pero tuvo que dar permiso para que lo llevaran a enterrar solemnemente. Se hablaba de un rápido cambio de jefes en la IV Región. Matallana pasaría a un cargo decorativo en Lima. Antes de dejar la jefatura político-militar de la región, el general Matallana autorizó la ruta que debía seguir el cortejo fúnebre, por las afueras de la ciudad hasta encontrar el cementerio. La ciudad volvió a detenerse mientras miles y miles de cusqueños se echaban al hombro el ataúd de Wálter Carbajal y a pie lo conducían a un lluvioso camposanto. Efraín Portillo escapó de la clandestinidad para expresar una solemne promesa que tuvo al Cusco por testigo: el SUTEP cusqueño se encargaría de sostener y educar a los hijos de Carbajal. Palabra de maestros.

LA VISPERA DEL PARO NACIONAL en el Perú, un raro cortejo militar había llegado al cementerio de Managua, incluida una grúa que sirvió para extraer de un mausoleo el pesado sarcófago de acero con los restos de Anastasio Somoza, Don Tacho, el fundador de la dinastía. La enorme caja viajó rápidamente al aeropuerto internacional, en una operación dirigida por el propio general Anastasio Somoza II y auxiliada por su hijo, el célebre Chigüin, joven comandante de una fuerza de rangers que no rendía cuentas ni siquiera ante Dios. Medio siglo de dictadura se desmoronaba en todos los frentes. Bajo una intensa lluvia, a la misma hora los guerrilleros sandinistas se lanzaban al asalto de la comandancia de León y el fortín de Acosasco, usando malolientes fusiles que habían desenterrado de una fosa común, donde los había escondido un jefe somocista antes de huir. Media Managua estaba en poder de pueblo y sandinistas. En plena noche se embarcó Somoza con los últimos parientes que lo seguían, su amante Dinorah Simpson, ciertos fieles coroneles y el Chigüin. Al amanecer aterrizó en la Base Aérea de Howard, en

Florida.

Cincuenta años habían durado los Somoza. Alguien había dicho alguna vez al presidente Roosevelt que Don Tacho era un hijo de puta. Y Roosevelt había contestado: «Sí, pero es nuestro hijo de puta.» Abandonados por sus jefes, los somocistas secuestraban aviones en el aeropuerto para escapar, se metían pistola en mano a las embajadas. Al amanecer siguiente, los primeros rebeldes sandinistas entraron al cuartel general somocista en la Loma de Tiscapa. No habían terminado de quemar papeles ni de incinerar cadáveres de gente torturada. Al fin entraron los rebeldes al búnker del tirano. Sólo quedaba su uniforme de general cubierto de medallas, colgado de un gancho en la pared. Parecía que al escapar, lo hubiese abandonado Somoza como un pellejo que ya no le servía, la vieja piel de una serpiente.

En Lima, el Colegio de Abogados opinaba que las observaciones de Don Pancho carecían de valor y que legalmente había entrado en vigencia la Constitución de 1979. Aún peor, los ex constituyentes opinaban que Don Pancho era un ignorante, que sólo así se explicaban sus observaciones y que no acatará la nueva Constitución, que le tenía miedo al pueblo, que se las daba de valiente pero no se atrevía a polemizar con nadie, que no sabía dónde estaba parado, que su presencia en el palacio era ilegal, que era un gritón autoritario y nada más. Para el último 28 de julio de Don Pancho en el poder, viajaban a Lima los jefes de varios ejércitos, entre ellos el argentino. Las declaraciones sobre Don Pancho habían salido al extranjero tan pronto se disolvió la Asamblea Constituyente. Donde hubiese democracia, celebraban el desmoronamiento de Somoza. Tenía que caer. También tenían que acabar los desvaríos dictatoriales en América Latina. No estaban precisamente de moda los militares, así que atacaban agriamente a Don Pancho. Por segunda vez traicionaba una Constitución. Violaba los derechos humanos. Perseguida a los maestros. Se escondía de sus adversarios. Así eran todos: valentones encima de un tanque o seguidos por un batallón. A solas callaban.

Lo que pasó el domingo 15 habría de pertenecer al mundo de las suposiciones, siempre, pues ningún testigo directo se atrevió a revelar lo sucedido con lujo de detalles. Don Pancho se había reunido a almorzar con sus amigos, gente de uniforme o de gobierno, quienes residían en el piso más alto del rascacielos nacional. Debía haberse calentado la atmósfera en el viejo estilo de los cuarteles. Aseguraban que Don Pancho era aficionado al buen pisco, ni siquiera el célebre «Demonio de los Andes» embotellado especialmente para Velasco, sino de cosechas añejadas en barrilitos que nadie más podía beber como no fuesen un presidente y sus amigos. Ya en la comandancia general del Ejército, Don Pancho solía invitar a la prensa extranjera un explosivo aguardiente, en copas cuya dimensión preocupaban a los visitantes de paisano. A fuerza de uva se creía que había ocurrido el

tacnazo contra Velasco. A las seis, siete de la noche parecía haberse crecido Don Pancho, rodeado por comensales y camaradas. ¿Que no tengo yo el valor de polemizar con esos babosos? —podría haber dicho el dueño del gobierno. Una hora y media más tarde, posiblemente Don Pancho se sentía en condiciones de comerse crudo a cualquier adversario. Claro que polemizaba. Comunistas, apristas, belaudistas. Lo que quieran. Podía hacerlo. Aún más, lo iba a hacer. No sólo polemizaba. Ahorita mismo anunciaban la polémica con quien quisiera ponérsele al frente. Probablemente algunos intentaron disuadirlo. ¿Quién estaba al mando? Don Pancho. ¿Qué mandaba Don Pancho? Anunciar la polémica. Ahorita mismo. Que interrumpieran el programa «Contacto Directo». Que todos los canales diesen la noticia. Don Pancho quería escuchar el desafío.

El pobre mayor Johansson había sufrido un accidente de caballería que frustró su carrera militar. Se malogró la cadera, tuvieron que serrucharle un pedazo de pierna. Lo habían dado de baja pero nunca se alejó de su ejército. Johansson era de toda confianza. Sus camaradas de Escuela Militar ascendían, de pronto llegaban a puestos de gobierno. Un buen día lo hicieron presidente de Telecentro, la empresa que controlaba los programas de televisión. Johansson era puntual, cortés y honrado. No se le extraviaba un alfiler. Cumplía las directivas como todo un militar. Mandaban censurar y lo hacía, callar y callaba. Ese domingo estaba sentado en su oficina de Panamericana TV cuando lo alcanzó el teléfono presidencial. Don Pancho había decidido polemizar con apristas y comunistas. Se dijo más tarde que el propio Don Pancho se había adueñado de la línea para confirmar la orden suprema: «¡Anúncielo! ¡Quiero que todos lo sepan!» Al mayor Johansson se le había caído la cabeza sobre el pecho. A comienzos de julio habían prohibido que nadie de la izquierda fuese visto en televisión. ¿Y ahora Don Pancho quería presentarse a discutir de igual a igual con Hugo Blanco, Diez Canseco o Ledesma? ¿No exigiría su parte en la polémica Horacio Zeballos? ¿Don Pancho versus Rolando Breña? ¿Desarmado ante Malpica? ¡Había enloquecido el presidente! El mayor Johansson comprendió que era un error. Pero tenía que obedecer. ¿Anunciarlo ahora mismo? Así es. De inmediato. Interrumpan «Contacto Directo». Pasen un flash informativo por todas las emisoras. Orden suprema. El mayor Johansson cumplió.

Así fue como la voz oficial cortó programas para informar: «El presidente de la república acepta polemizar con los líderes de los partidos políticos de derecha y de izquierda.»

Empezaban a telefonarse los políticos y a darse la voz los vecinos, Don Pancho desafiaba a los políticos a polemizar, debía estar furioso el jefe de la república militar porque repetían el anuncio cada minuto, cuando sobrevino un súbito silencio oficial. Llegó y se fue el comunicado. Alguien

debía haber devuelto la cordura a Don Pancho. Se dijo que el general Estrada, jefe de la OCI, había gritado a su vez al pobre mayor Johansson. ¿Te has vuelto loco, Johansson? ¿No te das cuenta que el hombre está con sus tragos? ¿Cómo va a salir Don Pancho a polemizar con nadie en televisión? ¡Carajo, ni una palabra más sobre el asunto!

Después se distrajo el país con el paro nacional. Pese al despliegue masivo de fuerzas militares, el pueblo se había adueñado de las zonas pobres, después de bloquear avenidas y carreteras. Trasladaban al general Soriano Morgan de la División Blindada de Lima al Ministerio de Transportes y Comunicaciones. Tomaba el mando de los tanques el general Julián Juliá. Se reacomodaban ciertos jefes en todas las regiones militares. Nadie volvió a preguntar si Don Pancho insistía en polemizar. Haya de la Torre seguía muriendo. Rara vez salía del piadoso sopor que lo distanciaba de sus penas físicas. Una multitud aprista no abandonaba la carretera central, frente a Villa Mercedes. El 27 de julio llegó una caravana de vehículos oficiales. Bajaron el general Ríchter y el canciller civil Carlos García Bedoya. Condecoraban a Haya de la Torre con la Gran Cruz de la Orden del Sol. Ni siquiera podía recibirla. Se la pusieron encima, simplemente. El Viejo respiraba apenas, en la profundidad de un sueño que casi era la muerte. Perseguido, desterrado, privado de la ciudadanía peruana, encarcelado, vetado por los militares. Y le imponían una medalla en los minutos finales. Una medalla y un diploma por los servicios que había prestado a la Nación. A destiempo, todo a contramano, al revés de la historia, patas arriba el Perú con su república militar a cuestas.

En la noche del viernes circuló la noticia de una carnicería callejera en Puno. Se hablaba de siete muertos, entre maestros y estudiantes. Según los datos, Puno suspendía las fiestas e izaba banderas a media asta. En Huancayo, Genaro Ledesma anunciaba que diez maestros cumplían diez días de ayuno en esa ciudad. Su estado era crítico. No se tenía noticias de Horacio Zeballos, desde que había empezado su propia huelga de hambre. Javier Diez Canseco denunciaba 326 violaciones graves de Derechos Humanos que la Asamblea Constituyente no había podido investigar. En Lima, caían profesores, los fichaban, al fin tenían que soltarlos. Pero trescientos estaban «depositados» desde el verano, incluida buena parte de la dirigencia sutepista. Un alcalde puesto a dedo por Don Pancho había ordenado pintar todas las fachadas de Lima, para que se la viese decente al cumplirse un siglo de la guerra. En realidad mandaba borrar miles de inscripciones contra la dictadura. No quedaban medios de expresión más libres que las calles y las tapias, de noche pintarrajeadas con mensajes de libertad. Cien años atrás despedían al héroe Miguel Grau con un faraónico banquete, antes de enviarlo a un inevitable sacrificio. Gastaban en champaña y no le daban

balas. En vez de armas, discursos. ¡Ah, el Perú! Llegó despacio el último 28 de julio de la década de los 70. Durante mil años, los habitantes andinos habían celebrado el 24 de junio como una fiesta universal. Celebración del sol, de la fertilidad y las cosechas. España la convirtió en fiesta de San Juan. La república decidió celebrarse a sí misma, no la victoria final de Ayacucho, sino el comienzo de la independencia, su propuesta inconclusa, la promesa incumplida lanzada por San Martín desde el corazón monárquico limeño. Había sido tan incompetente la república desde sus comienzos, que ni siquiera se cantaba el Himno original sino una versión apócrifa y denigrante. Velasco había mandado suprimir la falsificación, pero a los peruanos les dio pereza aprenderse un himno distinto. Ordenó que se cantara la sexta estrofa en vez de la parte apócrifa. No le hicieron caso. Además, ¿no se trataba de todo un conjunto de palabras huecas? ¿Éramos libres de qué y desde cuándo? En fin, no todo eran fanfarrias y mala memoria. Subía inexorable el dólar y se llenaba el Cusco de gente rara, gurús y gringos barbudos que antes buscaban la verdad y la armonía en Nepal y los Himalayas y que ahora se establecían con sus mujeres pálidas y rubias en el Valle Sagrado de los Incas, pues el eje mágico del planeta se había trasladado a la cordillera de los Andes. Se nos venía encima la Era de Acuario. Mil años de iluminaciones esperaban a la humanidad. El último 28 de julio de la década, Don Pancho observó un horizonte bastante más cercano y anunció elecciones generales para el 18 de mayo de 1980. Dentro de un año exacto, un presidente elegido por el pueblo asumiría la conducción del Perú. También dijo que la nueva Constitución recogía «lo esencial» de las «conquistas» de la «revolución». No explicó por qué entonces la había llenado de observaciones y postergado por un año. «Se trata de un proceso que ha alcanzado su institucionalización. La Fuerza Armada ha cumplido su propósito.»

El domingo 29 de julio la música de las bandas militares se oyó de un extremo a otro de la avenida Brasil. La república militar en pleno sacaba pecho en el estrado oficial y en los batallones que desfilaban. La mitad de los noventa generales del ejército estaba en Lima, lo mismo que casi todos los almirantes y los jefes de la aviación. La gran parada era una de las fiestas anuales. El pueblo se congregaba a ver el paso de las tropas, vistosos bosques de banderas, carros acorazados, cañones de verdad. Salían vivanderas a ofrecer almuerzos al paso, turroneiros, cebicherías públicas, panes encebollados con pimentosas salchichas de incógnitos rellenos. Los niños compraban banderitas peruanas y se apretaban para observar el paso de recios uniformados. Bajo un toldo militar, Don Pancho disfrutaba de los placeres del poder en el palco principal, a la altura de la cuadra 26. Había llegado por el Hospital Militar, a trescientos metros de distancia, en una limusina a prueba de balas y seguramente de sonidos. La explosión de silbi-

dos no había llegado a herir las orejas supremas. Pero en la zona oficial no quedaba nadie que no fuese gobiernista. Casas vecinas y balcones habían sido ocupados por agentes militares y policías de la DSE para evitar protestas o un balazo escondido. Sólo se veía policías en los techos. Quienes vivían en esa parte de Lima, protestaban furiosamente. En el rostro de Don Pancho, las ojeras y los ojos bolsudos y cierto rubor inconfundible delataban que la víspera había estado de patriótica jarana. Después se relajó. Lo rodeaban embajadores, jefes de ejércitos visitantes, los generales que tenía al mando. Era la estrella del festejo, el centro mismo del universo castrense. A la hora del Himno Nacional, resultó evidente que Don Pancho no se sabía la sexta estrofa. Tampoco el general Guabloche. Medio que acabó en un murmullo el pobre Himno Nacional. Después Don Pancho dio permiso para que empezara el desfile. A ratos miraba techos y edificios cercanos con preocupada expresión. Mientras tanto, se extendía un rumor a fiesta. Cada 29 de julio, por dos o tres horas, parecía que el Perú se reconciliaba con sus uniformados. Marchaban bien, con voluntad de ganso, más bien a la prusiana que a la francesa. Primero los marinos, después los aviadores con su estilo aventurero y fanfarrón, las fuerzas auxiliares, hasta la Guardia de Asalto. Al final, el ejército, los más fuertes, los papacitos del desfile. Cerraba la poderosa división blindada con su nuevo armamento soviético.

Al final pasaba un tanque medio malgrado, tosiendo, buscando avergonzado dónde esconderse. Detrás, como siempre ocurría, trotaban chuscos entusiasmados, moviendo el rabo mientras olfateaban los cagajones dejados por la caballería. Entonces llegó la sorpresa. No había terminado la parada. Faltaba el SUTEP. Cinco o seis mil maestros invadieron la pista y arrollaron a un centenar de policías. Don Pancho escapó en ese momento por la parte posterior del estrado. Un Mercedes Benz blindado se lo llevó con el acelerador a fondo.

—Desfile militar, desfile popular —gritaban los maestros. Detrás de ellos se metió el pueblo.

Parecía haber engordado Don Pancho, pues durante el desfile se la pasaba tironeando el cuello de la camisa que lo apretaba. Después del paso de los blindados, el comandante general de la II Región Militar debía pedir permiso para retirarse. En vez de un jeep con jefes militares, los ojos nunca bien definidos de Don Pancho descifraron la palabra SUTEP repitiéndose en banderolas y pancartas. Fugó al instante. El resto de los poderosos no salió tan rápido. Varias hileras de guardias de asalto bloquearon entonces la avenida Brasil. Los ministros volaban a pedir vehículos por detrás del estrado. Embajadores extranjeros y altos funcionarios escapaban a pie. Hasta señoras bien empellejadas preferían trotar sobre sus tacones altos, sintiéndose perseguidas por los sansculottes del magisterio.

—¡Desfile popular, desfile popular! —crecía la voz de la multitud.

Los de esa parte de la avenida no eran los únicos sutepistas. Diez mil huelguistas entraban por batallones a partir de la cuadra dieciséis. Gritaban el nombre del SUTEP.

—¡Escucha Morales, el pueblo tiene hambre!

—¡El SUTEP luchando, también está educando!

A doscientos metros arremetieron las fuerzas del Ministerio del Interior. La gente se unió a los maestros. Cada cien metros emergía un nuevo batallón de sutepistas. Los estudiantes apoyaban la protesta. El tanque averiado había acabado por plantarse en medio de la pista central. Giraba su torreta y su cañón, con todos sus ocupantes encerrados. Quedó aislado por el gentío. Los huelguistas no se controlaron. Estamparon la palabra SUTEP con pintura blanca en medio del blindado. La multitud desbordaba a los policías. La trifulca deshizo gran parte de las tribunas, cuyos pedazos servían para compensar los garrotazos de la guardia. Por la cuadra siete, la protesta medía cuatrocientos metros. Más allá se unían al SUTEP otros gremios en huelga, un escalón con seis mil despedidos, también los familiares de los presos. Por la Plaza Bolognesi esperaban federaciones y sindicatos que habían hecho el paro del 19 de julio. Para entonces la protesta medía un kilómetro. Los agrupamientos militares se habían dirigido rápidamente a sus cuarteles. La Guardia Civil prefirió encerrarse en la Prefectura. El desfile popular siguió por el Paseo Colón y de ahí a la Plaza San Martín.

HABÍA SIDO EL MES DE JULIO MÁS COMPLEJO de las últimas décadas. Aún faltaba un acontecimiento que acabaría de enredar los asuntos públicos. El 2 de agosto, a las 10 y 45 de la noche, dejó de respirar Víctor Raúl Haya de la Torre. La enfermedad lo había consumido hasta reducir su tamaño. No sólo había disuelto su corpulencia, había roído su estatura. En realidad, el Viejo estaba terminado desde su regreso al Perú el 6 de abril. Finalmente la muerte había sido para él apenas una formalidad. Desaparecido el fundador y único jefe que había conocido, también su partido corría peligro de dividirse y morir.

DESDE HACÍA ONCE AÑOS, EL PERÚ SE GOBERNABA con leyes sin Congreso. El soberano estaba secuestrado, en silencio, quieto, intimidado. Su nueva Constitución existía en la memoria o la imaginación. Se administraba el Perú por el mandato de la fuerza. El ejercicio de incontables dictaduras había perfeccionado el uso de los Decretos Leyes. ¿Quiénes proponían? Los militares. ¿Quiénes debatían y aprobaban? Los militares.

¿Quiénes legislaban y a la vez ejecutaban? Los militares. Cada ministerio constituía un estado aparte, con su ministro-gobernante y su cuerpo de consejeros-legisladores. La bendición final de Don Pancho desencadenaba sorpresas como la andanada de «leyes» sobre el magisterio que soltó Guabloche el viernes 10 de agosto. Un solo mensaje se descifraba en los decretos: aplasten al SUTEP. Don Pancho pedía la cabeza del sindicato en el plazo definitivo de cien días. A Guabloche se le agotaba el tiempo, pues pasaría al retiro en enero de 1980. Después de la humillación sufrida durante la parada militar, los jefes de la república militar aprobaron una ofensiva de exterminio.

Para empezar, nada de diálogo. No se toleraban intromisiones. Nadie sería aceptado como mediador. El SUTEP no era otra cosa que una fachada de Patria Roja, organización política extremista que se mantenía en la clandestinidad con claros objetivos subversivos.

La primera de las leyes de Guabloche establecía varios niveles para la remuneración básica de los educadores. Otra creaba un fondo para el «fomento educativo». La tercera servía para promulgar la Ley del Magisterio. El gobierno afirmaba haber dado una «solución integral» a los problemas de los buenos maestros. Guabloche ni siquiera mostraba curiosidad por la opinión de los malos maestros, en realidad agitadores, enemigos de la patria, malditos delincuentes subversivos. Para los buenos maestros, la república militar cumplía un significativo esfuerzo. Los aumentos significaban un mayor gasto anual de 30 millones de dólares. No importaba, tratándose de peruanos patriotas y consecuentes. A pesar de la crisis, Don Pancho conseguiría el dinero necesario. Antes de Fiestas Patrias, Guabloche había «suspendido» las clases para dar vacaciones de medio año hasta el lunes 13 de agosto. De acuerdo con la propaganda, no quedaba nada que discutir. Los buenos, sumisos y leales maestros regresarían a dictar clases con el corazón satisfecho. Quedaría demostrado que el SUTEP era una patraña subversiva. Viva el Perú.

Viva yo, viva yo. Una vez publicadas las leyes, los sutepistas pudieron detectar la verdad de Guabloche y su aumento: 8.62 dólares mensuales para el 65 por ciento de los maestros; entre 20 y 25 dólares para los demás. Pero también incrementaban el trabajo del magisterio en ocho horas semanales. Casi treinta y seis horas mensuales, sólo en dictado de clases. ¡El colmo! ¡El aumento de trabajo era mayor que el aumento de salarios! ¡Proporcionalmente les rebajaban el salario en dos por ciento! Perdían, además, 220 dólares no cobrados en los meses de junio y julio.

Por cierto, se aproximaba una verdadera purga en el Ministerio de Educación, pues la república militar había dado facultades francamente omnímodas a Guabloche para liquidar al SUTEP y reorganizar todo el sistema.

Horacio Zeballos no estaba para huelgas de hambre. A los tres días de ayuno, habían empezado a inyectarle suero en el Hospital de Policía. Un diabético no podía chupar caramelos o recibir glucosa a la vena. Volvió a la dieta estricta con que lo alimentaban. Seguía incomunicado. Ni siquiera adivinaba en qué parte del hospital lo tenían recluido. Perpetuos centinelas impedían que asomara al pasadizo. Lentamente entró en confianza con los médicos. Uno de ellos intentaba convencerlo de que cambiase de vida.

—A este paso va a morir joven —decía el doctor, que no pasaba de cuarenta años.

—¿Y qué quiere, doctorcito? Ya viví treinta y siete años. Ya conocí la cárcel. No puedo abandonar a mis maestros. ¿Le parece a usted justo cómo nos trata el gobierno?

El médico sacudía la cabeza. No hablaba de política.

—No me haga preguntas —respondía—. Yo soy asimilado. Hasta uso uniforme.

Un día Zeballos le pidió que le regalara un cuadernito y un lapicito para unas cartas.

—No me vaya a meter en problemas, Zeballos —advirtió el médico. Le dio papel, bolígrafos, hasta sobres y estampillas.

Después de escuchar a Guabloche en la televisión el domingo 12 de agosto, Horacio Zeballos preparó un mensaje a los maestros.

Escrito a mano, el documento llegó esa misma noche al Comité Nacional de Lucha. Al amanecer se repartían decenas de miles de copias a mimeógrafo.

Horacio Zeballos se comunicaba desde la prisión...

Condenaba la brutalidad de la represión y el enfrentamiento entre policías y maestros peruanos. La dictadura había sembrado en la tropa un odio realmente paranoico contra los sectores populares y en particular contra el magisterio. ¿No estaban todos al servicio de la misma patria? Sin embargo se había declarado una guerra de los peruanos armados contra los desarmados. En fin, resultaba comprensible. Quienes estaban impedidos históricamente de demostrar razonamientos al amparo democrático y del respeto a la dignidad humana, no tenían otra alternativa que aplicar la fuerza como un derecho irracional.

Se refería después a la exposición de Guabloche. Había negado la existencia de la huelga como si los maestros fuesen habitantes de Marte o estuvieran en un circo sacándose la suerte. A la misma hora, otro canal mostraba la obra «Holocausto», sobre el exterminio de judíos por el poder fascista alemán. La historia era buena maestra: toda experiencia dolorosa, todo abuso de los poderosos, toda violencia contra la humanidad habría de ser debidamente juzgada. Al decir que no había maestros detenidos sino

agitadores presos, Guabloche se burlaba del país y hacía un payaso de sí mismo. Entre decisiones y contradicciones Guabloche sostenía que el acta de 1978, que había botado al basurero, sólo había conseguido una politización inadecuada, la consolidación sutepista y el desmejoramiento de la educación. Guabloche y la dictadura olvidaban que los maestros no se doblegaban. Los muertos de Juliaca, Sicuani, Cusco, Huaraz, Ayacucho e Iquitos, los numerosos heridos de gravedad como en Pucallpa, los ciegos y los tuertos y los que casi habían perdido la visión a escopetazos, los miles de despedidos y los incontables detenidos, toda esa gente que no contaba para Guabloche y que la dictadura ni siquiera consideraba maestros, ellos eran precisamente la demostración de que el SUTEP tenía una sólida conciencia de la importancia de su posición y sus luchas.

La supuesta escala de aumentos era nuevamente una mentira. Querían hacerlos trabajar más, ganando menos por cada hora de clase y dando gratis las horas de preparación de lecciones y calificación de exámenes. Mentían los militares a ver si los maestros se tragaban la patraña y suspendían la huelga.

«Pretenden tapar con una brochita de yeso todo el azul del firmamento», escribió Zeballos al magisterio. «Felizmente no somos empíricos en estas andanzas. El empirismo no es el burro de carga cabalgando con cualquier apóstol o predicador. Pues bien, ha llegado la hora de decirles basta, basta. La huelga continúa.»

Hemos pasado 73 días de sufrimientos, persecución e injurias. Es verdad que el chantaje económico y los tres meses sin sueldo nos golpean. Nos hieren en nuestros hogares, en nuestros hijos. Pero esa misma injusticia nos hace fuertes. Esa fortaleza contiene todo nuestro patriotismo y nuestra dignidad.»

«La dictadura quiere un magisterio sumiso, sin personalidad, cobarde, sin patria. Quiere un magisterio de pobres diablos. Olvida que quien no se defiende a sí mismo, menos defender a su patria. Este lunes 13 es un Día de Combate para el magisterio. Significa que emprendemos la segunda etapa en la lucha. Nuestra huelga es un éxito y se le sigue sumando el apoyo incondicional del pueblo. La desesperación en que cae la dictadura militar no tiene otra salida que la amenaza, la calumnia, la represión, el crimen. Nuestra posición no ha cambiado: demandamos la reposición, la libertad, la devolución de los días desertados, el reconocimiento del SUTEP y un real aumento de salarios. Exigimos que la dictadura deje de mentir. También enseñamos con nuestras luchas. El gobierno podrá tener la fuerza militar de la represión, pero nosotros tenemos la fuerza moral de la verdad, el amor al Perú y la decencia de nuestras conductas.»

CAMILO GIL GARCIA CAYO EL VIERNES 6 DE JULIO A fines de mes lo siguió Olmedo Auris Melgar. Entonces se hizo cargo de la presidencia del Comité Nacional de Lucha el Gato Marroquín. Quedaban pocos. Lo acompañaban el cusqueño Efraín Portillo y don Eulogio Lozano, dirigente selvático del SUTEP. Begazo dirigía el sur, no debía alejarse de Arequipa por el momento. Bianchi peleaba por el norte desde Trujillo. Quedaba gente liberteña en Lima, que había secundado a Camilo Gil, como la joven y aguerrida Soledad Lozano. José Ramos Bosmediano permanecía en Yurimaguas, apoyando la dirección de la huelga en la región selvática. El penumbroso Salazar Pasache seguía encargado de la diplomacia sutedista. Rolando Breña dirigía las coordinaciones del SUTEP con los partidos de la izquierda.

El Gato Marroquín había sido uno de los organizadores del «desfile popular» que siguió a la parada militar del 29 de julio. Conocía bien hasta donde llegaba la influencia de una masa. Varias veces había visto al gobierno encerrarse en los cuarteles del sur. El último domingo de julio había sido tan grande la muchedumbre en la Plaza Bolognesi, que la Guardia de Asalto no se había atrevido a enfrentársele y desapareció por la Prefectura. Desde su encierro, Horacio Zeballos llamaba a la lucha total para oponerse a la anunciada ofensiva del gobierno. El Gato Marroquín tenía que conducir una campaña nacional con captura de planteles, marchas de sacrificio y huelgas de hambre, además de soportar la persecución. Sabía a la vez que nada sería útil a menos que el SUTEP abriese cierta comunicación con la dictadura, la posibilidad de un entendimiento. De ahí que, luego de conversar con el Cardenal Landázuri, que oficiaba de mediador, hubiese pedido a la asamblea nacional de delegados que nombraran una nueva Comisión de Trato Directo integrada por maestros de base. Fueron elegidos Margot Lázaro, de Huaraz, que presidía; Hipólito Reyna, de Chachapoyas; el sacerdote Enrique Hernández, de Chosica; la religiosa Elsa María Gallegos, de Lima; y Víctor Huertas y María Luisa Carreño, por los colegios parroquiales del país. Tocaron muchas puertas, ninguna se abrió. Ochenta maestros se encontraban en huelga de hambre, refugiados en iglesias de todo el país. En el templo de La Merced, en Huancayo, diez maestros habían pasado del ayuno a la huelga de hambre seca. Dos habían sido evacuados de emergencia a un hospital. Nada le importaba al gobierno. El señor prefecto había resumido la actitud de Don Pancho: «Si quieren morir, que se mueran.» La policía dispersó a balazos una marcha sutedista en Ayacucho. Murió la maestra Cándida León Huamaní. Un nuevo tiroteo en Juliaca: un profesor al cementerio, siete heridos graves. Salió el SUTEP a las calles trujillanas. Las balas del gobierno tumbaron al maestro Tulio Prieto. El viernes 10 de agosto se había presentado la Comisión de

Trato Directo en el palacio presidencial. En la mesa de partes se negaron a recibir un documento que dirigían al jefe del gobierno. Tampoco dejaron salir a los seis maestros. Los mandaron a la Prefectura.

El Cardenal Landázuri envió un mensaje urgente al Gato Marroquín.

Tenían que verse. Habían llegado malas noticias. El sábado 11 de agosto se encontraron temprano en el centro de Lima. También asistió Salazar Pasache.

—Definitivamente el gobierno rechaza toda posibilidad de diálogo y no quiere mi mediación. Yo lo siento mucho —dijo el Cardenal. Treinta años atrás se le veía como un gigante que medía casi dos metros de altura. El tiempo, las preocupaciones, el peso de la desdicha peruana habían encorvado y hasta hundido en sí mismo al bondadoso franciscano. Prudente y verdadero, no hablaba formalidades eclesiásticas; se le salían los pesares del alma:

—Vean con sus propios ojos —pidió el Cardenal.

El Gato Marroquín leyó: *El gobierno no dialogará con el SUTEP ni con ninguna Comisión Ad-Hoc; la solución integral al problema de los maestros está en marcha con los dispositivos aprobados por el gobierno. No hay profesores detenidos sino agitadores políticos, que saldrán en libertad cuando existan condiciones sociales favorables. Los despedidos han sido cesados en aplicación de la ley, pese a lo cual se estudiará cada caso por si hubieran habido excesos.*

—Hice todo lo posible —se oyó al Cardenal—. No puedo seguir mediando cuando una de las partes se niega al diálogo en todas sus formas.

Tres horas después, la Nunciatura Apostólica recibía una carta que los maestros peruanos enviaban al Papa Juan Pablo II.

Su Excelentísima Santidad:

En nombre de los 140,000 hogares de los maestros peruanos que se debaten en la desesperada situación de no haber recibido sus salarios durante 65 días, de tener sus esposas o esposos encarcelados, heridos o desaparecidos, nos dirigimos a usted para que interponga sus buenos oficios a fin de ser atendidos en nuestras justas reclamaciones.

Es necesario señalar a Su Santidad que Su Eminencia, el Sr. Cardenal Primado del Perú, ha agotado sus gestiones sin respuesta positiva del gobierno que, en vez de aceptar dar solución al problema magisterial, continúa violando los derechos humanos en nuestra patria.

Más de cuatrocientos profesores se encuentran detenidos desde el mes de febrero sin ninguna acusación legal; hoy han detenido en el propio Palacio de Gobierno a la Comisión de Trato Directo del SUTEP que está integrada por tres maestros laicos y tres religiosos; más de 4,000 maestros están despedidos y cientos de domicilios de dirigentes son asaltados

diariamente so pretexto de búsqueda policial sin acusación alguna.

En espera de su pronta intervención pastoral como defensor de los derechos humanos, le renovamos el saludo institucional de todos los maestros del Perú. Atentamente.

Moisés Marroquín Roque

Presidente del Comité Nacional de Lucha del SUTEP.

El lunes 13 de agosto estalló la guerra. Guabloche ordenaba la reinscripción de todos los maestros. Los sutepistas redoblaban la huelga y pasaban a capturar escuelas, con la ayuda de estudiantes y padres de familia. Horacio Zeballos lo había llamado «Día de Combate».

Guabloche no quería creer en los reportes policiales. Ni un solo plantel había reiniciado calmadamente sus clases. Ya no sólo se le enfrentaban maestros, sino también estudiantes y familias. Los vehículos de la policía eran apedreados en las zonas populares. La Municipalidad y la Catedral del Cusco seguían en poder de huelguistas y ayunadores. Cusqueños y puneños habían aprobado otro paro regional en apoyo del SUTEP. La provincia de Ilo había despertado con estado de sitio y huelga general. La semana anterior, tropas de la USE habían emboscado una marcha conjunta de obreros de la Southern Perú y magisterio, capturando a noventa revoltosos, incluida la dirigencia completa del SUTEP en Moquegua. El pueblo había bloqueado las carreteras, para impedir que se llevaran a los detenidos, pero al fin intervino el ejército. Se conocía que al menos cuatro personas estaban gravemente heridas. Ilo, los campamentos, la zona comercial, todo había sido ocupado militarmente desde el jueves anterior. El toque de queda empezaba a las ocho de la noche. La población respondía con una huelga general indefinida. Arequipa amenazaba sumarse a la protesta. Al otro lado del país, en Tocache, una población de la selva dominada por un fabricante de cocaína al que llamaban «Vampiro», los jefes de la Guardia Civil habían expulsado al párroco Bernardo Vocking y a tres «religiosas sutepistas» por «apoyar la huelga magisterial y crear un clima de agitación negativo». A punta de pistola los habían subido a un camión, cuyo chofer recibió órdenes de no detenerse hasta Aucayacu. En la mañana del lunes los maestros habían capturado varios consulados extranjeros, además de las oficinas de la OEA en Lima. En todos los casos habían colgado carteles y banderas de propaganda en las ventanas.

Las enormes gafas para la miopía casi borran los ojos en el rostro macizo de Guabloche. En la vasta penumbra de un despacho dictatorial, construido con la grandeza propia de la época de Odría, un pequeño brillo de satisfacción podía descifrarse en las pupilas diminutas del ministro de Educación. Ciertamente el SUTEP no se rendía. Pero empezaba a rajarse la

masiva participación de maestros en la huelga.

Sesenta días sin cobrar debilitaban muchas voluntades. Nada de diálogo. Ninguna promesa gubernamental. Guabloche estaba decidido a despedir a todos los maestros si era necesario. Qué mierda. Se aprendería menos durante un tiempo. Empezarían a entrenar preceptores, llevarían gente de otras profesiones a enseñar secundaria, harían cualquier cosa con tal de acabar para siempre con el sindicato. Volvían a clases o los mataba de hambre y los marcaba como proscritos para toda la vida. Nunca nadie les daría empleo en ninguna otra actividad. La huelga había empezado con una adhesión del 95 por ciento. Bajaba ahora al 80 por ciento. Por primera vez sintió Guabloche que empezaba a derrotar al SUTEP. El tiempo, las necesidades, el miedo, el hambre, el cansancio jugaban a favor de la dictadura.

NI SIQUIERA CON EMPLEO ESTABLE ERA FÁCIL sobrevivir en el Perú. El dólar seguía subiendo. Andaba por los 240 soles. El costo de vida se elevaba a saltos de canguro. Nadie podía explicar por qué desaparecían súbitamente ciertos productos alimenticios. De pronto no había leche. Por cierto, todo se conseguía pagando el doble o el triple. En agosto de 1979, el Perú se quedó sin azúcar. Exportaba y no tenía para el consumo interno. Al cabo de unos días, como un favor a sus clientes antiguos, ciertos comerciantes vendían por la puerta falsa a cien soles el kilo. En Iquitos costaba el doble, es decir, cuatro veces el precio oficial. Caía en picada el consumo promedio de calorías. Los hijos de la pobreza pesaban cada vez menos al nacer. Apenas seis de cada cien recién nacidos pesaba tres kilos o más en los conos Norte y Sur o en las inmensas barriadas de la carretera Central. Los varones venían al Perú con cuatrocientos cincuenta gramos menos de peso que a otras partes del mundo. Las mujeres, cuatrocientos diez. El pueblo bajaba de estatura, mientras aumentaba en los países desarrollados. Frente a un océano prodigioso, con montañas que atesoraban todos los minerales y valles en los que se expresaban todos los climas del planeta, cruzado además por los ríos más caudalosos del continente, el Perú seguía muriendo de hambre. Sus factorías pesqueras alimentaban con grasas y proteínas a los cerdos y aves de Europa y Estados Unidos, pero la humanidad peruana tenía uno de los promedios más bajos del mundo en consumo de proteínas. No resultaba buen negocio ser peruano. Pobre país rico, tenía la marca sudamericana de mujeres muertas por sobrepeso y maternidad con anemia. Nunca ganaba una medalla olímpica pero nadie le arrebató el récord continental de huérfanos y criaturas abandonadas. Ocho de cada diez mujeres pobres perdían a sus convivientes: se iban con otras, desaparecían simplemente, rara vez volvían a conocer a sus hijos. Las mujeres mantenían en pie lo que quedaba del Perú. Trabajaban,

criaban, alumbraban con tenacidad asombrosa, morían, adoptaban hijos ajenos. Acaso el país conservaba intacta el alma del matriarcado incaico. Cada vez más hambre. También condecoraciones, banquetes oficiales, visitas al extranjero, fanfarrias, veintiún cañonazos. Cincuenta mil nuevos casos de tuberculosis anuales, hasta donde podía enterarse el Ministerio de Salud Pública. Informes médicos que el gobierno prefería ignorar precisaban que 15 por ciento de la población era portadora de la TBC, seiscientos mil solamente en Lima. La mitad sufriría los estragos de tan terrible enfermedad y 150,000 morirían sin haber recibido atención. Enfermaban pobres, desempleados, gente sin medios para comprar medicinas. Volvía la malaria al Perú. La terrible fiebre tifoidea. Hasta reaparecía la viruela. Hambre, peste, muerte. Parecía que sólo faltaba el jinete de la guerra para completar el apocalipsis panchista.

ACABADA LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE, las fuerzas de la izquierda flotaban en el espacio de las indefiniciones. No se unían, como pedía el pueblo; tampoco se dispersaban. Se dejaban llevar por el impulso de una votación cumplida e irrepitable, como planetas con órbitas organizadas a perpetuidad. Probablemente fuesen los próximos ganadores. En el peor de los casos, serían el segundo poder nacional. Por primera vez estaban firmemente de acuerdo: era indispensable la unidad. También se sentían casi propietarios del novedoso privilegio de gobernar. Todo o en parte, el gobierno concedía una actividad respetada y estable. Daba la ilusión de generarse a sí mismo, de modo que los mandatarios solían olvidar al mandante, el pueblo roto, el verdadero soberano. Los aspectos prácticos de la lucha electoral ocultaban con frecuencia el fondo ético de toda contienda política. El método no podía ser más importante que el objetivo: el bien común. No todos eran los mismos personajes de otros tiempos. Antes separados por diferencias realmente eclesiásticas dentro del socialismo, llenos de dogmas producto de la soberbia ideologizadora, luzbel explicando a su creador, pobremente humana la palabra antes que el hombre; ahora separados además por un conflicto de personalidades. ¿Quién era realmente el primero? Ciertos líderes no entendían que ninguna individualidad podía superar la fuerza de la unidad. Algunos se creían principales, elegidos para siempre, semidioses de una antigüedad vagamente republicana. Otros se consideraban ideológicamente más puros y superiores. ¿Quién habría de ponerse al mando?

La antigua Vanguardia Revolucionaria, insertada en la UDP, había propiciado los primeros encuentros «unitarios». Se habían juntado simplemente para constatar su diversidad y buenos propósitos. Más tarde identificaron cinco posibles coincidencias y anunciaron su propósito de

integrar proyectos para un gobierno socialista del Perú. Eran reuniones casi familiares. Procedían del mismo tronco político. En todo caso, sus ramificaciones tenían menos de sesenta años, cuando no apenas quince, la edad imberbe de las diferencias chino-soviéticas, o aún menos, como el Partido Comunista Peruano Mayoría, que se le había escapado al PCP Unidad hacía poco tiempo. Acaso el espíritu contestatario era más intenso en el bando de la UDP, al que se había acercado provisionalmente Patria Roja cuando anunció que emprendía el camino de la legalidad electoral. Desaparecida la fuerza de gravedad común que había sido la Asamblea Constituyente, los contradictorios planetas del FOCEP tendían a salir disparados al vacío de órbitas nuevas. En realidad, el FOCEP se había logrado por la prodigiosa paciencia de Genaro Ledesma, capaz de poner orden en un pequeño frente que incluía a dos tendencias antagónicas de trotskistas, a los maoístas de Saturnino Paredes y a fuerzas populares independientes del centro del país, gente de las minas y una parte del poder comunero andino. Empezó a estallar el FOCEP al día siguiente de terminada la Asamblea Constituyente. En cuanto al PCP Unidad y el Partido Socialista Revolucionario, PSR, que había presidido el general Leonidas Rodríguez Figueroa, se consideraban los herederos naturales de una corriente velasquista cuyas posibilidades habían quedado a la vista en las elecciones del 78. Aún no existía una izquierda unida pero tampoco estaba hecha pedazos. Parte de los trotskistas se iba con Hugo Blanco, parte con Napurí, pero ambos coincidían en dejar el FOCEP de Ledesma y ambos se acercaban a la UDP, que no había interrumpido una constante coordinación con los focepistas de Ledesma. Al final todo seguía más o menos lo mismo. La corriente jefaturada por Saturnino Paredes entraba en una etapa de franca extinción. Otras fuerzas emergían impetuosamente, Patria Roja convertida en propuesta electoral por primera vez; y Sendero Luminoso, con actitud de boicot y mal disimulado espíritu de insurrección. Faltaba mucho para la unidad, pero la unidad no era imposible. De ahí que el pueblo empezara a referirse a la izquierda, una sola en vez de muchas izquierdas.

Desde el Comando Nacional de Lucha, el Gato Marroquín observaba la distracción de las celebridades izquierdistas ante los rigores de una represión que se acercaba a la barbarie. La unidad se convertía en un debate en vez de ser una conducta. En julio habían fracasado los intentos de mediación por parte de la Iglesia Católica. La república militar había respondido finalmente al Cardenal Landázuri que no se metiera en asuntos políticos. Sólo en agosto, Guabloche hizo despedir a siete mil maestros. Otros mil habían perdido sus puestos en julio. Dos mil supeditados no habían recobrado sus empleos después de 1978. Diez mil profesores estaban en la calle. El comité de familiares de los presos y desaparecidos contaba más de cuatrocientos encarcelados en

la capital, mil en toda la república. ¿Y los partidos políticos? ¿Solamente preocupados por su tajada en las elecciones de 1980?

A los 84 días de huelga magisterial, representantes de todas las agrupaciones y partidos de izquierda decidieron sumarse a la lucha sutepista. A las cuatro de la tarde del lunes 3 de setiembre, cuando se cumplían 92 días de huelga, cuatro camionetas se estacionaron frente a la ruinoso casona de San Marcos y bajaron treinta y dos personas cargadas con frazadas y libros. Desde el último terremoto, hacía diez años, los viejos claustros no se usaban para nada. Los recién llegados se instalaron en el viejo Patio de Letras. Los guardianes sanmarquinos los fueron reconociendo: Javier Diez Canseco y Agustín Haya, de la UDP. Víctor Cuadros, ex-asambleísta, deportado, preso muchas veces. El veterano don Jorge del Prado, secretario general del Partido Comunista-Unidad. Róger Cáceres, líder de Juliaca y dirigente del FNTC. Genaro Ledesma, fundador del FOCEP. Rolando Breña traía la representación de Patria Roja. Delfina Paredes por Vanguardia Revolucionaria y Antonio Meza Cuadra, Paco Moncloa y Manuel Benza del PSR velasquista. Por el POMR, Magda Benavides y Miguel Rincón por el Partido Comunista-Mayoría. Y otras figuras menos conocidas, dirigentes de federaciones, representantes de los padres de familia, todos dispuestos a embarcarse en una huelga de hambre final, que forzara a la dictadura a conceder un arreglo a los maestros.

Una guardia personal acompañaba a los ayunadores. Al rato llegaron periodistas nacionales y extranjeros. Después apareció la Guardia de Asalto. Tres veces quiso sacarlos por la fuerza, pero estaban trancados por dentro y la Casona era inexpugnable. Entonces empezó el sitio. Nadie entraba, nadie salía, a pesar de las protestas de la prensa. Aún quedaban líneas telefónicas, así que los corresponsales dictaron sus despachos ...incluyéndose en la historia: habían quedado prisioneros de la dictadura. Antes de la medianoche, parte de los periodistas escapó por techos que amenazaban desplomarse. El resto salió en tropel, más tarde, usando una ruta de escape secreta.

A partir del lunes 10 de setiembre, los ayunos se extendieron a todo el país. Representantes de la Federación de Estudiantes del Perú capturaban la embajada de Suecia en el Perú, dirigidos por el hijo del canciller García Bedoya. A la huelga de hambre. Acompañado por varios integrantes de la Asociación de Abogados Democráticos, Hugo Blanco se instaló a ayunar en el Centro Federado de Ciencias Sociales de la Universidad Católica. En Trujillo, 240 maestros ocuparon la Catedral. Huelga de hambre. Diez escolares de los principales colegios de Huancayo se instalaban en la iglesia del Sagrario de Nuestra Señora de La Merced. Más huelga de hambre. Nueve maestros en la Iglesia de San Pedro de Cajamarca, cuatro profesores en la Catedral de Yurimaguas: ayuno, ayuno indefinido. Quince catedráticos y

escritores cusqueños encabezados por el poeta Luis Nieto se les unían esa misma semana, lo mismo que un grupo de escritores limeños, liderados por el novelista Gregorio Martínez. En Piura empezaron su ayuno Marcial Quintana, presidente de la Comunidad Campesina de San Juan de Catacaos, y Víctor Machado, presidente del Frente de Defensa de los Intereses del Pueblo en Piura. Todos pedían lo mismo: solución a la huelga del magisterio, que el sábado 15 de setiembre cumplía 104 días.

La reacción de Guabloche dejó perplejo al Gato Marroquín: despidió a cuarenta mil huelguistas. El gobierno se negaba a aceptar mediadores. Ya había despachado groseramente al Cardenal Landázuri. Tampoco prestó atención a una comisión de ex ministros de Educación presididos por don Jorge Basadre. «Diabloche» se endurecía todavía más. Seiscientos estudiantes habían sido expulsados de sus colegios por simpatizar con la huelga de sus profesores. Cada vez más maestros pasaban a reinscribirse. Marroquín no se equivocaba: abandonaban la huelga pero no se iban del SUTEP. Simplemente carecían de recursos para seguir resistiendo. Pero las huelgas de hambre en todo el país, el rápido deterioro de quienes ayunaban, su categoría política, las continuas protestas callejeras con que los sutepistas se enfrentaban a la Guardia de Asalto, la reunión de federaciones y centrales que decidió un nuevo paro nacional, la captura de más embajadas, el asilo en los templos, la insistencia de sacerdotes y obispos por conseguir una solución, todo produjo una verdadera tormenta de críticas y titulares adversos en el extranjero y condujo inevitablemente al aislamiento de los militares. Don Pancho se las daba de demócrata y en el extranjero lo ponían con Pinochet, Somoza y Videla. Por cierto, la defensa del SUTEP había generado el primer acuerdo de unidad en la izquierda. El 26 de agosto se habían reunido la UDP, el PCP-Mayoría, Patria Roja, el POMR, el PSR marxista-leninista (separado del PSR puramente velasquista), el FNTC de Róger Cáceres y los belaundistas rebeldes de Acción Revolucionaria Socialista, ARS, y habían firmado un «acta unitaria» para moverse en bloque a favor de las luchas populares y, sobre todo, de la huelga magisterial. El mismo día planearon las huelgas de hambre. Tres días más tarde, se habían sumado el FOCEP de Genaro Ledesma, el Partido Comunista-Unidad y el PSR velasquista. El mismo día que empezaban los ayunos, la «izquierda reunida» llamaba a una marcha en conjunto y a un mitin en una plaza de Lima.

No podía revelar el Gato Marroquín que ciertos «enviados» de la república militar habían iniciado un diálogo secreto con ese canciller sutepista en que se había convertido Salazar Pasache. Ya nadie creía en la palabra de los uniformados. Tenían que negociar en medio de gruesas contradicciones. ¿Cuarenta mil habían sido despedidos en setiembre y diez mil sumaban los maestros que habían perdido sus empleos hasta agosto? La república militar

aseguraba que sólo estaban despedidos 6,800 maestros. A la tercera reunión, Salazar Pasache había obtenido una promesa de libertad para todos los detenidos, devolución del 75 por ciento de los haberes sin percibir durante la huelga y una «reposición selectiva». La cuarta reunión se había realizado en una dependencia del palacio presidencial. Salazar Pasache no se había doblegado. Al salir fue detenido por la policía.

En todos esos meses, Horacio Zeballos había estado confinado en una pequeña habitación blanca, con una ventanita con barrotes y además una malla de alambre. Lo dejaban tener una radio portátil, algunos libros y una libreta donde llevaba un lacónico diario. En alguna parte escondía papel y bolígrafos para las cartas que constantemente enviaba a sus compañeros sutepistas. Vestía pijama y una bata de seda obsequiada por un camarada que había visitado China. La huelga cumplía 101 días y, en una gira a Huancayo, Guabloche había pedido diálogo con los «maestros responsables». Constataba la república militar que ni siquiera los maestros que se reinscribían dejaban de ser sutepistas. Después de mucha soledad, esa noche Horacio Zeballos recibió visitas inesperadas. El primero en llegar había sido el recién ascendido coronel Reyes Roca, al mando de Asuntos Sociales dentro de la aún más poderosa División de Seguridad del Estado. Por un rato hablaron banalidades: cómo estaba la salud, qué tal la habitación, se veía Horacio de buen semblante aunque pesaba tres kilos menos. Al fin dijo el coronel Reyes, como cosa suya: «Tenemos que acabar este enfrentamiento.» Horacio Zeballos asintió. Era verdad, no podía durar toda la vida. Pronto cumplirían diez años de pleito y ni una sola vez, salvo cuando Velasco daba las órdenes, el gobierno militar había cumplido la palabra empeñada. Pero Reyes no se refería a ninguna clase de acuerdo, simplemente quería detener la confrontación. Habría elecciones generales el 18 de mayo de 1980. Los elegidos asumirían el gobierno el próximo 28 de julio. Dijo que ya no creía posible que generales y maestros pudiesen ponerse de acuerdo. Ya estaba por llegar la democracia. Horacio Zeballos se mostró dispuesto a dialogar. Una hora más tarde llegó uno de los coroneles del COAP, el comité de asesores de la presidencia. Venía a proponer una tregua. Esta vez se había preparado Horacio Zeballos. Todos los dirigentes estaban presos. Ni siquiera habían respetado una cierta inmunidad para atrapar a Salazar Pasache al final de una negociación en el propio palacio presidencial. Los despedidos llegaban a cincuenta mil. ¿Que podían hacer los maestros como no fuese seguir en la huelga hasta morir?

¿Cuánto tiempo podían ayunar? El límite de los seres humanos parecía encontrarse en los cuarenta días. Jesús lo había hecho una vez. También Mahoma. Ghandi, dos veces. Cuando ocurrió el segundo ayuno de Ghandi, muchos lo habían acompañado alrededor del mundo para unir sus

sacrificios al suyo, pero todos habían tenido que abandonar antes de acabar el plazo. Cuarenta días de hambre demandaban una fuerza y una luz interior especiales, pues el organismo parecía enloquecer, se disparaban ciertas funciones y se producía la muerte. Quienes ya habían pasado por una huelga de hambre, recordaban que los más terribles sufrimientos se registraban entre el segundo y el quinto día. Podían beber agua azucarada, suero con glucosa, zumos de fruta. Chupaban caramelos. Eso era todo. Conforme se extendía el ayuno, el organismo toleraba menos líquidos. A partir del sexto día, empezaba una sensación de letargo. Nadie podía concentrarse en nada que no fuesen sus propias reflexiones. No leían, ni escuchaban música, ni hacían otra cosa que estarse quietos, bien abrigados con frazadas. En la Casona de San Marcos al fin entraban médicos dos veces al día. Pasaron diez días. Al mismo tiempo en que encarcelaban a Salazar Pasache, la dictadura mandaba abrir juicio a los huelguistas de hambre «por delito contra la vida». Doce estudiantes que tenían de doce a catorce años de edad, tomaron las oficinas de la UNICEF en Lima para iniciar una huelga de hambre apoyando al SUTEP. Lo mismo hicieron ocho jóvenes belaudistas que se instalaron en el Instituto Riva Agüero, de la Universidad Católica. A los once días de ayuno, los médicos ordenaron trasladar a Manuel Benza, del PSR, al Hospital de Collique. Se desmoronaba su salud a consecuencia de una enfermedad cerebral contraída hacia varios años. Más huelguistas de hambre entraban a las embajadas de China, Bulgaria, Italia y Suecia, donde los estudiantes de la Católica ya cumplían cuatro días de ayuno. Grupos adicionales de ayunadores lograban meterse a la UNICEF, a las oficinas de la OEA y la ONU, a once iglesias de barrios populares y a diversidad de instituciones. Arequipa, Ayacucho y Cusco iniciaban paros regionales de dos días. El gobierno soltó una andanada de alzas. Otra vez volaban los precios de los alimentos. La carne subía 40 por ciento.

A los doce días de ayuno, una ambulancia recogió de la Casona de San Marcos a Rómulo Quispe, dirigente de la Asociación de Padres de Familia. Sufría espasmos y se le acalambaban las piernas. Los médicos detectaron una falla cardíaca. Había perdido diez kilos de peso. Corría peligro de sufrir un infarto. También lo llevaron al Hospital de Collique, donde Benza seguía internado, negándose a ingerir alimentos. Ese viernes 14 de setiembre, cinco peruanos ocupaban una iglesia en Estocolmo para iniciar la primera huelga de hambre del extranjero en solidaridad con el SUTEP. El sábado, el primer grupo cumplía trece días de ayuno. Fueron evacuados César Mateu, del FOCEP de Ledesma, con edema pulmonar; y Fausto Espinoza, de la Confederación Nacional de Pueblos jóvenes, con problemas cardiovasculares. En la tarde reapareció una ambulancia para llevar al anciano Jorge del Prado, secretario del PCP-Unidad, cuya presión arterial marcaba dieciocho y a ratos veintiuno.

Estaba cerca de los setenta años y había perdido ocho kilos con el ayuno.

En la madrugada del domingo, Francisco Moncloa fue conducido de emergencia al Hospital Central del Seguro Social. Cumplía catorce días de hambre y mostraba una severa deshidratación, complicaciones cardíacas, pérdida de presión y agotamiento. Tenía 59 años de edad y se le veía hueso y pellejo. Delfina Paredes, del PVR, y otro padre de familia, salieron más tarde el domingo. A los dieciséis días de ayuno, siete más salieron de la Casona de San Marcos. El grupo de Hugo Blanco cumplía diez días en la Universidad Católica, igual que los dirigentes de la Federación de Estudiantes del Perú en la embajada de Suecia. El lunes 17 de setiembre se cumplió un nuevo paro de apoyo al SUTEP en Cusco y Ayacucho. En Lima, más estudiantes se sumaban a la huelga de hambre, tomando la embajada de España, la sede del Colegio de Abogados y una iglesia en Comas. El martes 18, un grupo de estudiantes mujeres se instalaba a ayunar en la embajada británica. El miércoles, más huelguistas tomaban la sede del Pacto de Cartagena. Sin embargo, a los diecinueve días de hambre, los médicos ordenaron evacuar a los once que quedaban en la Casona de San Marcos a diversos hospitales.

Terminaban con las huelgas de hambre o empezaría a morir la gente. Se cumplían 110 días de huelga sutepista. En las Naciones Unidas se aprobaba la petición de investigar la violación de los Derechos Humanos en el Perú y la Orden de los Dominicos anunciaba dos días de ayuno en solidaridad con los maestros. El miércoles 26 de setiembre, Don Pancho afirmó que su gobierno no trataría con el SUTEP. Se cumplían 115 días de huelga nacional. En el Hospital de Policía, los coroneles del COAP volvían a visitar a Horacio Zeballos. ¿Hasta cuándo seguiría la guerra entre dictadura y maestros? ¿Cuánto tiempo más creía el SUTEP que podría prolongar la agonía de los profesores que no cobraban? La sonrisa de Zeballos desconcertó a sus visitantes. Ya sabían bien los maestros lo poco que importaban en un gobierno militar. Reinscritos y quienes volvían a dictar clases, no abandonaban el SUTEP. ¿Quiénes estaban realmente derrotados? Tan brutal había sido la represión a los sutepistas, que las fuerzas políticas de la izquierda y las organizaciones populares se habían unido al menos durante veinte días de ayuno. La huelga fracasaba y sin embargo había conseguido la primera unidad de la izquierda. No se despegababa el SUTEP de la memoria de Zeballos. Recordaba rostros infinitos, mujeres de todas las edades, hombres de todas las condiciones. En el sindicato se habían dado encuentro profesores de pueblo y señoritas de una clase media que no siempre se había identificado con los intereses totalmente populares. Al cabo de siete años, los sutepistas conocían bien su ubicación dentro de la sociedad peruana. Los maestros se distinguían por su vocación de libertad, su espíritu de cuerpo y su estrecha identificación con niños y jóvenes que eran sus alumnos. La

suerte del magisterio había sacudido las conciencias de los estudiantes, que se habían organizado por su cuenta, lo mismo que los padres de familia, de los que existían asociaciones hasta en los sitios más remotos de la república militar que había intentado desconocerlas. Los del COAP traían una oferta mínima: serían revisados todos los despidos, a excepción de 1,800 casos de dirigentes. El resto, cinco mil cesados y cuarenta y cinco mil en trámite de desempleo, podrían quedarse en sus sitios. Un largo rato se hundió Horacio Zeballos en sí mismo. Desde los días felices en que enseñaba a los niños de Pitay, tantísimo sufrimiento había pasado frente a su existencia que a ratos se preguntaba si la vida valía la pena y si realmente eran posibles las soluciones políticas a esa contienda sin cuartel, aparte de una guerra popular. Volvió de a pocos, como si el pasado no quisiera despegársele del todo. Al fin movió la cabeza afirmativamente. Después de la traición panchista de 1978, el SUTEP había sufrido una severa derrota. Le parecía preferible dar por acabada la huelga y emprender la reconstrucción del poder magisterial.

SECRETARIO GENERAL SUTEPISTA DE TUMBES, el profesor Víctor Peña Neyra había dirigido la ocupación del consulado ecuatoriano, asunto que enfureció atrocemente a las autoridades militares tumbesinas pues la noticia fue recogida con enorme interés por la televisión del país vecino, que pasaba por encima de la frontera y ocupaba a plenitud las pantallas nacionales. ¡Todo un escándalo! Diez maestros habían entrado y Peña ofreció al cónsul que sólo se quedarían tres días. La verdad, los había protegido, pues el cónsul no permitió que el servicio de inteligencia peruano tomase nombre y fotografías de los maestros. Por cierto, fuerzas militares sitiaban el consulado de Ecuador, para impedir el escape de los profesores. El cónsul había pedido garantías a las autoridades tumbesinas. Obtuvo una respuesta negativa. Imposible proteger a quienes ocupaban un consulado extranjero. Tendrían que ir presos. Habían cometido diversidad de delitos. Aún peor, serían entregados a la justicia militar.

—Mire, yo no puedo estar enterado de los planes de ustedes para escapar —dijo el cónsul a Peña—. Pero será mejor que lo hagan bien, porque su gobierno está furioso con el SUTEP. Yo iré a Machala por veinticuatro horas, a partir de mañana en la noche. Lo que hagan en mi ausencia, no me importa.

Más tarde llamó a Peña para presentarle a un amigo, dueño de un circo colombiano que había llegado con una ruma de pasaportes. Pedía tránsito a territorio ecuatoriano. Tenía más de cuarenta artistas y trabajadores. Si se le sumaban los maestros, nadie se daría cuenta.

—El circo se va mañana —dijo el cónsul—. Los artistas pasarán a

recoger su documentación al anochecer. Podrían marcharse con ellos.

—Convenido —dijo Peña.

Después de tres días, las calles vecinas seguían acordonadas. El cónsul había anunciado que se iba por unos días a Ecuador. La policía se preparaba para asaltar el consulado en ausencia de las autoridades ecuatorianas. Atardecía la víspera cuando se amontonaron los trailers y carromatos del circo. Los propios artistas disfrazaron a los maestros. Al rato partió la caravana. En las afueras de Tumbes se bajaron los sutepistas.

Peña había tenido que escapar a Piura y después a Chiclayo y finalmente llegó a Lima en la mañana del domingo 30. Ocho días había viajado sobre la carga de los camiones para no ser interrogado por la policía. Fue directamente a la cancha de San Fernando. La multitud no había disminuido, pero traía otra expresión.

Se cumplían 118 días de huelga.

Sólo ahora se conocían los sufrimientos de los maestros encerrados en el cuartel de Las Cibeles, donde una huelga de hambre había conseguido que les abrieran las puertas para usar los baños, en vez de seguir obligados a usar hediondos cilindros puestos en el centro del galerón donde casi doscientos dirigentes cumplían siete meses de aislamiento.

Sirvieron a Peña una ración de la olla común. A las cuatro de la tarde avisaron que habían llegado los compañeros del Comité Nacional de Lucha.

—A nombre del comité, he venido a recomendar que levantemos la huelga a partir de la fecha —se oyó la voz cansada del Gato Marroquín—. Tenemos que pensar en todas las familias del magisterio. Son 118 días sin cobrar. Realmente ya no damos más. Además, si han despedido a cuarenta mil en un mes, ¿por qué no habrían de liquidar al resto cuando llegue octubre?

Se oían voces de protesta. Traición, traición. La huelga continúa. El SUTEP no se rinde.

—No es una rendición —insistió el Gato Marroquín—. Ni uno solo de los compañeros reinscritos por necesidad, ha querido renunciar al sindicato. Aquí no hay cobardes ni traidores. Es preciso pensar en la supervivencia.

—¿Qué dice Horacio Zeballos? —gritó un desesperado. —Yo sólo puedo hablar por el Comité Nacional de Lucha —contestó Marroquín—. Debemos levantar la huelga porque seguirá debilitándose ante la irracionalidad del gobierno. Los militares no aceptan conversar con nadie. Prometen diálogo y sólo están ganando tiempo.

Muchos no querían darse por vencidos. Las maestras lloraban de rabia.

Varios delegados pidieron que sólo se suspendiera, no que se levantara la huelga. Se fue haciendo un grave silencio después.

—Tendremos que comunicar a las bases —dijo Marroquín.

—¡No, no, no... que bajen los dirigentes!

Se amorataba el cielo de primavera encima de los viejos edificios de San Fernando, acentuando la melancolía de la derrota. Muy bien. A votar.

Los que estuviesen de acuerdo...

No querían, pero sus manos subieron con el doloroso convencimiento de que no existía otro camino.

A las siete de la noche del domingo 30 de setiembre, terminaba la huelga más larga en la historia del país.

Yunta del hombre y la piedra perdida (De la cárcel al Congreso)

*...la muerte es el mensajero que con la última hora viene
y el tiempo no se detiene ni por amor ni dinero...
(«Maestra vida»)*

*El hombre llega para continuar de nuevo
(J.C.Mariátegui)*

CERELINO ZEBALLOS ERA UN HOMBRE DE ORDEN, respetuoso de la autoridad, que muchas veces había sido jefe de gobierno en su pueblo, presidente de la asamblea de vecinos, juez, registrador electoral, gobernador y alcalde. Sin embargo, todos los hijos le habían salido revolucionarios y aunque el corazón de Cerelino no se atreviese a tanta rebeldía, cumplía rigurosamente con creer en ellos, pues les había enseñado a ser justos y a nunca mentir y siempre habían sido buenos de corazón, así que debían tener sus razones para ser como eran. Por cierto, el más famoso de todos había resultado ser Horacio, que a veces parecía seguir un rastro de futuro invisible para otros, pues no titubeaba en las encrucijadas ni se detenía a dudar de sí mismo o a darse lástima y confesar que había equivocado su destino. Cerelino lo veía en todas sus edades, distinto y el mismo, apurándose por una vida que cada vez se le hacía más corta, pues también para vivir era un extremista y vivía más por menos tiempo, como si la vida vieja fuese menos importante o poco confiable, en lo que sí le concedía razón, pues nadie la tenía comprada.

Todos los Zeballos habían sufrido persecución en los últimos años, unos por ser maestros sutepistas, otros por su militancia en Patria Roja, otros simplemente por un distante parentesco con Horacio, aunque fuesen apristas, como seguía siendo Cerelino, un aprista histórico, de toda la vida, lo mismo que otros Zeballos de la anterior generación, que también habían sido rebeldes a su modo, pues antes habían mirado al APRA tan peligrosa como ahora veían a Patria Roja, cuyo nuevo rumbo legal aún no comprendían bien en Carumas, el hogar de los Zeballos en las alturas de Moquegua. No era lo único difícil de entender en remotas regiones del país. Patria Roja intervendría en las próximas elecciones pero en sus comandancias provincianas la policía la consideraba proscrita. Existía el SUTEP pero el gobierno negaba su existencia. Horacio Zeballos era el secretario general del sindicato nacional de maestros, pero estaba preso e incomunicado desde junio. Más tiempo había estado perseguido que libre, Horacio Zeballos, al menos durante la década de los años 70. La División de Asuntos Sociales, que dependía de Seguridad del Estado, nunca se cansaba de visitar Carumas ni de registrar las casas de los maestros de Moquegua, como si a la fuerza hubiese de volver Horacio a esconderse en el país de su infancia cuando en verdad los Zeballos no se habían reunido completos desde hacía nueve años.

La desafortunada gran huelga había terminado el 30 de setiembre. Horacio Zeballos siguió preso. Lo que quedaba del Comité Nacional de Lucha, con el Gato Marroquín al mando, había tenido que viajar a las bases, a explicar por qué el SUTEP capitulaba sin que esta vez hubiesen obtenido un solo beneficio. Aunque se hubieran reiniciado las clases, la policía seguía buscando sutepistas. Hasta el ejército puso sitio a una asamblea de maestros en Sullana. Para entonces ya sabía Seguridad del Estado que el Gato Marroquín dirigía el sindicato. Una foto vieja de él sirvió para imprimir decenas de miles de volantes. Nunca faltaban soplones. Ese día delataron al Gato. No era el mejor sitio del mundo para escapar, Sullana, mucho menos aquella asamblea. Sólo existía una puerta y afuera esperaban hambrientos detectives. Marroquín se daba por perdido. Pasaban de mil los asistentes. La mitad eran maestras, algunas de ellas casadas con oficiales del ejército estacionados en la frontera con el Ecuador. Ellas habían llevado a Marroquín, ellas se encargarían de sacarlo. Mientras repetían discursos, lo habían vestido de mujer. Lo maquillaron y adornaron con una peluca pelirroja. Se le veía un tanto putarrona pero el Gato había desaparecido, se había evaporado el peligroso jefe sutepista y tomaba su lugar una maestra con aire de atrevimiento que patoneaba con tacones chuecos y piernas demasiado musculosas. Cantaban el Himno Nacional cuando las maestras salieron por delante, llevando a Marroquín en medio de todas. Pasó delante de los policías sin que ninguno sospechara. Más tarde lo habían escondido en la casa de un

coronel del ejército, cuya esposa había sido maestra por veinte años. El militar no estaba de acuerdo con el constante maltrato al magisterio. Al Gato Marroquín lo buscaban de Sullana a Piura. Habían bloqueado caminos y pedían identificación a los viajeros. Otros militares estaban comprometidos para ayudarlo a escapar. Almorzó y descansó en casa del coronel y después se lo llevaron en un vehículo de la Comandancia General de la I Región Militar, que nadie se atrevió a registrar.

Estaba seguro Cerelino Zeballos de que a su hijo lo mataban de a pocos en la prisión. Había sido un muchachote de anchas espaldas y buen apetito. La última vez lo había visto convertido en un saco de huesos, por cierto antes del actual encierro que parecía no tener fin. Aunque lo tuviesen en el Hospital de Policía, estaba preso, no internado, y la prisión, la vista de los barrotes, la imposibilidad de caminar libremente eran las armas que iban asesinando sin misericordia a Horacio Zeballos. Ahora, además, debía sentirse derrotado. La última promesa de los militares tampoco se cumplía, así que cincuenta mil despedidos estaban en el aire, no sólo mil ochocientos dirigentes. A diario se comunicaba Cerelino con la capital, para saber si habían soltado a su hijo. A comienzos de octubre salió una parte de los maestros del cuartel de Las Cibeles. En la izquierda, todos andaban distraídos con la posibilidad de un frente electoral que por el momento tenía tres cabezas, después de haber tenido siete. Parecían haber olvidado a los maestros presos. No salían Barrera, Armacanqui, Manzur, Auris Melgar, Camilo Gil. Y Zeballos, por supuesto. Treinta seguían encarcelados, sin proceso, ni siquiera con atestado policial. A fines de noviembre, Cerelino se presentó en Lima. Quería visitar a su hijo. En el Ministerio del Interior nadie daba la cara. El ministro Sabatini se le corría. Visitó el palacio presidencial. Sólo decir que se llamaba Zeballos y que era papá de Horacio le ganó un preocupado silencio. Escuchaba la misma respuesta, siempre: «Presente una solicitud escrita para pedir una audiencia, será contestada por conducto regular.» Varias veces quiso entrar al Hospital de Policía. Le exigían permiso superior. Una tarde ocurrió el milagro. En la puerta principal dijo a la guardia que quería visitar a Horacio Zeballos. Ah, sí. ¿Y usted quién es? Su papá. El jefe de la guardia sonrió. Parecía haber tenido trato con Horacio. Si era su papá, tenía que dejarlo pasar. Pidió documentos y despachó a Cerelino Zeballos con un centinela.

No tendría tiempo de contar nada, Cerelino. Y Horacio callaba a la hora de las penas profundas. Pero los vieron abrazarse y quedar así un largo rato, contenidos uno dentro del otro. Casi dos horas estuvieron a solas, en la pequeña celda hospitalaria. El padre quería contratar nuevos abogados. El hijo pedía paciencia. Tendrían que soltarlo pronto. En diciembre empezaba la inscripción de los partidos políticos para las elecciones del 18 de mayo. Horacio Zeballos sería candidato al Congreso. Lo mencionaban para una

probable fórmula presidencial. Sería imposible que siguiera encarcelado. Las preguntas lo desbordaban: ¿Mamá, los hermanos, los parientes moqueguanos, su primera familia arequipeña, sus hijos, los había visto, estaban todos bien? Sabina Gámez había enfermado del alma. Le había dado la melancolía. Tenía un modo triste, casi derrotado, para vivir y contemplar el paso de las cosas. En ciertas épocas ella había sido más fuerte que Cerelino. Al fin se había rendido. Ya no sería nunca más el mundo como lo había soñado. Los viejos envejecían, los hijos se dispersaban, las mañanas y las tardes se repetían, de pronto sentía llegar el cansancio tremendo de haber vivido. Por eso decían que al morir la gente soltaba siempre un ay final, un último suspiro de alivio. Horacio asentía. También él empezaba a conocer el peso acumulado de los días terminados. Tan sólo la memoria pesaba a veces más que una montaña. Acaso fue la vez en que más intensamente se miraron a los ojos, como volviéndose a conocer, y por un rato se sintió Horacio a salvo de todo, protegido por el viejo, como pronto habría de conceder en pleno llanto. Adiós papá, había dicho. No hasta pronto. Ni siquiera le dijo ya vuelvo, espérame. Le dijo adiós y su papá sonrió, puso su diestra en la cabeza de su hijo y con el pulgar le dibujó una cruz, como si lo estuviese bautizando. Entonces también dijo adiós, sin saber por qué.

Dos días más tarde, Cerelino Zeballos murió en Arequipa. Los maestros tuvieron que pedir al Cardenal Landázuri que intercediera ante el Ministro del Interior para que diesen salida a Horacio Zeballos y viajara al entierro de su padre. La república militar aceptó, siempre y cuando Zeballos pagara los pasajes de los policías que debían vigilarlo.

Bladimiro Begazo lo fue a esperar al aeropuerto con un pequeño grupo de maestros. Antes habían visitado las oficinas regionales de Seguridad del Estado. No estaban en huelga, por un rato habían hecho las paces con la represión. Juana Loayza, temida organizadora de toda clase de disturbios, pretendía que la DSE les entregara a Zeballos bajo palabra de devolvérselo después del funeral. Lo cuidaban como si fuese el principal de los enemigos públicos. A la escolta de Lima se agregaba todo un pelotón de policías arequipeños, al mando de un malhumorado mayor y dos tenientes serios pero novatos.

—Mire, señorita, llevamos al caballero a ver como entierran a su papá y de ahí pasa a un calabozo. Mañana temprano regresa a Lima. Esas son las órdenes.

—Aunque sea un rato —insistió Juana Loayza.

—De ninguna manera. Ni que estuviera haciendo turismo. Horacio Zeballos volvió a la realidad al ver a los maestros reunidos en el aeropuerto. Podía ser moqueguano, pero pertenecía a Arequipa. Su papá sería enterrado allí mismo. Gran parte de su familia tenía ahora residencia arequipeña. Y

esos maestros eran sus amigos y compañeros de toda la vida. Agradeció sus rostros compungidos, las sonrisas que intentaban animarlo. Ni siquiera se había dejado arrastrar por las penas de la memoria. Igual que Cerelino, en su último encuentro, percibía el peso de la repetición, las insistencias de una vida que al final no llegaba a ninguna parte y que Horacio no sabía vivir de otra manera. Creyó estarse separando de sí mismo durante el funeral, pues podía observar su tristeza desde afuera y sentirla adentro, ser ojo y visión a la vez, principio y final todavía incompleto, espera aún por ser vivida, padre que se continuaba a pesar de que el hijo lo llevaba a enterrar bajo el cielo inmensamente azul de la primavera arequipeña. A ratos se enredaban los ojos de Horacio en pequeños arruinados mausoleos, con ángeles abatidos y descoloridos rostros de difuntos cuyas estirpes habían terminado hasta que a todos se los tragaba el olvido. No éramos otra cosa que nombres vacíos, historias huecas, la mentira de los epitafios al cabo de unos años. Hubiese podido preguntar quién fuiste y muchas voces ásperas habrían contestado nadie o aún peor, nada. Nada de nadie quedaba con los pobres huesos y sus identidades transitorias. Quisimos ser y no era posible, podría agregar el viento de sus voces muertas y aflautadas. Nada ahora Cerelino, como no viviese multiplicado en su descendencia, en la que seguiría siendo hasta diluirse en la conformidad de los tiempos cumplidos.

Abrazó a sus hermanos. Su madre, Sabina Gámez estaba enferma en Moquegua. Los parientes lloraban al escuchar como el cajón raspaba el fondo rugoso del nicho. A Horacio se le habían secado los ojos. Dolía su mirada, pues la tenía cubierta por el grueso polvo de la pena aún no lavada por las lágrimas. Las detenía al filo de sí mismo, así vigilado por enemigos a quienes no quería conceder el espectáculo de una debilidad. Ni una sola vez lo habían dejado a solas para ser totalmente Horacio Zeballos, el que salía unas horas de la prisión para el funeral de su padre. La llevaba por dentro pero no solía hablar de la muerte. Prefería vivir y cantar historias para gentes como él, empeñadas en creer en el futuro socialista y en un final perfecto, tan conveniente, como cerrar un libro acabado de leer, como apagar una luz para siempre. Muerte comunista, igualadora, muerte sin contemplaciones. La pena por Horacio había matado a Cerelino. No hubiese viajado a golpear puertas en Lima y acaso siguiera con vida. Quedaba ahora de su cuenta, solamente padre, insuficiente así, perseguido, oscuro, desdibujado. Pobres hijos sin un padre residente, habitual, constante y confiable. Estaba hoy, se marchaba mañana. Hoy sí, mañana no, tal vez, ni siquiera sabía hasta cuándo. Le pesaba tantísimo el corazón que se le hundió el pecho y pareció que algo lo sostuviera por los hombros alzados, la espalda huesuda en actitud de levantar vuelo. Sombras azules manchaban la oquedad de su mirada negra. La calavera se le salía por ese rostro que el cansancio demacraba y al que

faltaba romperse, fluir en llanto, chorrearse para ser nuevamente humano.

Hasta nunca jamás, Cerelino. Taparon la tumba con una lápida. Se cumplía el ritual con experta prontitud. Un panteonero escribió los datos del difunto con pintura negra. Caligrafía de primaria, pensaron los maestros que intentaban rodear a Horacio Zeballos. De ahí a la puerta del cementerio, donde los deudos recibían el pésame de los amigos, se retiraron los custodios policiales. Fumaban a unos pasos de distancia. Bladimiro Begazo se le pegó a Horacio. El maestro Eloy Villanueva se colocó del otro lado. Cuando vio que los profesores Ángel Arroyo y Freddy Crespo encabezaban un callejón humano de sutepistas y la maestra Juana Loayza lo tomó de una flaca muñeca para sacarlo en estampida, comprendió que lo forzaban a escapar. «No digas nada», oyó en sus orejas la voz de Begazo. «Obedece y sal con nosotros.» No había pensado fugarse. Era cuestión de días su libertad. Tres autos esperaban con los motores encendidos. Los sutepistas se agarraron con los policías mientras el grupo de Begazo y Juana Loayza lo sacaban a empujones para meterlo en el segundo vehículo. Todos los vehículos de escape salieron al mismo tiempo. Tardaban los policías en subir a sus carros y perseguirlos. Los del SUTEP se fueron por la avenida Estados Unidos con el acelerador a fondo. Por ahí se fue de largo el primer automóvil. Los dos restantes tomaron a la derecha por la avenida San Martín. Más allá se bifurcaban los caminos. El automóvil que llevaba a Horacio tomó la avenida Bolívar en dirección de Sabandía y aún más lejos, a la barriada de Paucarpata. El tercer vehículo, que servía de llamativo señuelo, siguió a Socabaya. Los pobres policías se extraviaron. Una vez en Socabaya, cambió de vehículo Begazo para dirigirse a Paucarpata usando caminitos rurales. En la avenida Kennedy, la principal de la barriada, se abrieron las puertas de un depósito para esconderlo. De ahí pasó a «La Chambi», famosa picantería, cuya propietaria conocía a Horacio desde hacía veinte años. Era parienta de maestros sutepistas, «La Chambi», y ese día sólo funcionaba su negocio para recibir a Horacio Zeballos y sus acompañantes. A puertas cerradas se acomodaron a escucharlo y a darle compañía. Un piso rústico, apisonado, muebles hechos de sauce y paja por carpinteros de pueblo joven: Horacio se sintió devuelto a su país, de regreso al pasado. «La Chambi» lo esperaba desde que supo que le permitirían asistir al funeral. El último Cerelino lo había apretado entre sus brazos flacos, cuídate hijo, sin que Horacio presintiera que se estaban despidiendo hasta después de todo esto, la vida y sus complicaciones, la muerte tan necesaria y aún peor, el olvido que nos borraba, sabio e implacable. La humanidad dejaba un rastro de máscaras, imitaciones y a veces repeticiones, un pasado hecho de palabras e imágenes vacías, reverberaciones de lo que había sido la auténtica multitud de almas, la energía organizada, vacilante entre el bien y el mal inmediatos, la tumultuosa evolución en demanda de una existencia superior, una puerta

de escape, la idea y hasta la esperanza de Dios. ¿Y si en realidad estábamos prisioneros de una paradoja, si vivíamos en el revés verdadero, en la otra cara del espejo y era más vida la muerte y más muerte el amor? Adiós, Cerelino. Ninguna vida alcanzaba para que padres e hijos llegasen a conocerse, a darse por cumplidos. ¡Cuánto silencio, cuántas miradas desperdiciadas, cuántas ganas de hablar distraídas, cuánto haber sido sin ser lo que querían! ¡Cuánta ausencia ahora, padre perdido! Aunque se hubiesen visto tan poco en los últimos años, Cerelino Zeballos faltaba. Ya no estaría más ahí. Había pasado a ser un lugar vacío en las mesas, un silencio en las voces de la memoria, una conversación interrumpida que siempre habían dejado para más tarde, para otra vez. Sólo ahora, entre amigos de toda la vida, se atrevió Horacio a expulsar sus tristezas y lloró todo un río de lágrimas que mojaban sus pómulos andinos mientras recordaba las canciones de su infancia y los amores de su adolescencia y cuanto aún faltaba por delante y que ya no viviría, pues también a Horacio se le agotaban los plazos y hasta la paciencia. Entonces se le unieron las otras voces, la canción gruesa de Bladimiro Begazo, la voz aguda de «La Chambi», la tristeza de esas gentes de la cordillera que se juntaban a Horacio hasta sentir lo mismo, sentir diciendo jilguero, *pensarás que he venido por el camino más ancho, creerás que he llegado por el camino más corto, tú pensarás que te sigo como la sombra a su dueña, tú creerás que te sigo como el perrito a su dueño...*

No se atrevían a informar que se les había escapado Horacio Zeballos. Callaban de miedo los jefes regionales de Seguridad del Estado. Toda la policía había salido a buscarlo en Arequipa.

*...si oyes cantar a un jilguero
en el molle de tu chacra
ama runiwan chamqaychu
kikillanmi pawakunqa,
no le tires con la piedra
como has hecho tú conmigo...*

A las siete de la noche Horacio Zeballos se entregó nuevamente a la policía. Paró un taxi en la puerta de la comandancia y bajó como si llegase a una cita a la hora exacta. Desde otro auto observaban Begazo y los maestros. Antes de entrar, se volvió a mirarlos y levantó un brazo y un puño cerrado. Nunca antes lo habían visto tan flaco.

EN EL MINISTERIO DE EDUCACION LLAMABAN Diabloche al General Guabloche, no porque hubiese renegado de sus creencias religio-

sas ni aflojado en sus devociones realmente franquistas, sino porque había resultado un maquinador diabólico decidido a convertir la vida de los sutepistas en un infierno. Por cierto, hasta la rutinaria existencia de Guabloche había cambiado en su breve paso por el poder. Del cuartel a su casa, de la casa a la iglesia y otra vez al cuartel, de pronto hacía frecuentes escalas en ceremonias culturales y en amistosas embajadas extranjeras. Inauguraba temporadas de teatro, era el invitado de honor en noches de ópera o zarzuela, dedicaba enigmáticas miradas a las exposiciones pictóricas de vanguardia y era evidente su curiosidad al tratar con raras gentes barbudas y de pelos largos, dadas a la inconformidad y al verso libre, escépticos o abstractos, el reverso del bien afeitado general de división, que jamás parecía dudar de sí mismo o de las órdenes que cumplía y mandaba cumplir. Se contaba que durante una visita a la UNESCO, había escuchado con deleite una conferencia sobre la función de los maestros en la evolución de la inteligencia, así que al volver a Lima había designado a un nuevo Inspector General de Educación, el capitán de navío Carlos de Izcue, conocido experto del Servicio de Inteligencia Naval y uno de los organizadores del SERP.

Por cierto, tal contribución al contra-darwinismo no fue bien apreciada. Hasta el general Guabloche perdía poder conforme se iba cumpliendo el plazo anunciado por la propia Fuerza Armada para abandonar el gobierno. Tardaba la burocracia subalterna en responder sus timbrazos, sus órdenes se movían desgadamente. No sólo pertenecía a una dictadura en aparente extinción, Guabloche. También se acercaba inexorable su paso al retiro, cuando habría de transformarse en general de nadie. Pobres generales jubilados: adquirirían una civilidad hueca, una rara marcialidad con guayabera, un desconcierto si tenían que hacer cola. Suprimida la gorra, todos perdían estatura. El victorioso Guabloche observaba como avanzaban las clases escolares a pesar de las campañas electorales. Pronto habría exámenes escolares. Sin embargo, Guabloche se las ingeniaba para postergar la libertad de los maestros presos. ¿De qué estaban acusados? De todo y de nada. Horacio Zeballos no salía del Hospital de Policía. ¿Quién era? Un proscrito, un desterrado en su propia tierra, un inconforme, un tipo peligroso. Lo habían despojado de sus derechos. Ni siquiera le permitían la visita regular de familiares y amigos. También los maestros «depositados» en el cuartel de la Republicana sufrían incomunicación absoluta. Así terminaba la década de los 70. Se habría podido creer que el magisterio no valía nada, que el sindicato había desaparecido. Realmente el país se daba un respiro. Los militares estaban de salida. Dos años atrás la dictadura no tenía plazo final. Don Pancho presidía un gobierno superior, autónomo y perpetuo. Había tenido que tragarse hasta la última de sus palabras. En menos de cinco meses, elecciones. Con un nuevo gobierno civil acabaría formalmente la dictadura.

El pueblo había tenido que sacársela de encima. Cuatro veces había paralizado el país. Pasaban de treinta los paros regionales o departamentales. En dos años se habían registrado doscientas marchas de sacrificio. En un mismo día de 1979, se acercaban al millar quienes hacían huelga de hambre. El pueblo no se había dejado gobernar por los militares, así de simple. La gente estaba exhausta por una década de confrontación, hambre, huelgas, despidos, destierros y prisiones. Los panchos y guabloches disfrutaban de un rato de calma final, porque ya no parecía necesario seguir sufriendo y muriendo para devolverlos a sus cuarteles.

Durante esa tregua al final de la década, reapareció Guabloche en televisores encadenados a la red oficial, para explicar al país cómo había sido transformada la educación en doce años de república militar. No quiso recordar que la parte del presupuesto destinada a la enseñanza, 36 por ciento en 1966, estaba en 11 por ciento a fines de 1979, con sólo uno por ciento destinado al pago de maestros y a los útiles escolares. Anunció que el país tenía 60 mil analfabetos menos, pero no dijo que aún quedaban casi dos millones de adultos que no sabían leer ni escribir. Pasó por alto que el mismo gobierno militar había negociado y firmado un acuerdo con el SUTEP en 1978, para decir que la huelga de 1979 había sido estrictamente política. Guabloche odiaba a los sutepistas. Los culpaba de todo, incluida una evidente pérdida en la calidad de la educación. Nada dijo de un magisterio que era el peor pagado de Sudamérica, ni de la deserción escolar que había subido 48 por ciento entre el 75 y el 77 debido a la crisis económica y el desempleo, ni se le oyó explicar la confusión causada por los cuatro proyectos de ley del Magisterio que el mismo gobierno militar había redactado sin decidirse a aprobar ninguno. Se iba el pobre Guabloche con pisadas de ganso, una solitaria marcha de vencedores que sólo él podía creer verdadera. En diciembre se empezó a mencionar a Horacio Zeballos como una carta fuerte de la fórmula presidencial unitaria, con Hugo Blanco y Alfonso Barrantes. Varios maestros aún encarcelados serían candidatos al Congreso. Los cerrojos de la dictadura se abrían solos.

PARA LAS ELECCIONES GENERALES DE 1980 nadie se preocupó por las conductas. Estaba de moda la planificación, la programación de la existencia nacional. De nuevo prevalecía el país imaginario, que pasaba por alto las cuestiones de fondo. Nadie se acordó del racismo intolerable que deformaba la realidad, con su indiada subalterna, sus provincianos explotados, su ejército sin generales negros, su marina sin almirantes cholos, su congreso nacional sin gente verdaderamente quechua o aimara. Nadie enarboló la causa de los derechos humanos como bandera importante, si es que

no principal, después de doce años de militarismo. Nadie propuso instaurar una democracia a prueba de cuartelazos o intromisiones de grupos de interés nacionales y aún de influencias extranjeras. Nuevamente fueron olvidadas las raíces éticas y los valores morales del sistema democrático, sin los cuales todo gobierno perdía significado y legitimidad. Sólo parecían importar los programas, no su contenido sino apenas su existencia y su dimensión, pues los planes de gobierno habían empezado a medirse por volúmenes y metros de estatura.

En sus últimos días de encierro, lamentaba Horacio Zeballos la repetición de un error: otra vez ideologizaban a fin de sustentar diversidad de propuestas. No se apoyaban en la maltrecha realidad peruana sino de nuevo en la teoría, de modo que emergían planes de gobierno más bien académicos, provocadores, casi siempre causantes de discordia. Toda la izquierda reclamaba unidad mientras se dividía. Aún peor, Zeballos estaba convencido de la falta de utilidad de los programas. Antes de componer nada, necesitaban diagnosticar la realidad de un país hasta entonces imaginario. ¿Cuáles eran las verdades peruanas? ¿Qué proponía el propio pueblo? ¿Quién garantizaba una estabilidad indispensable para dar el gran salto hacia el progreso popular? Nadie. En una carta de diciembre comentó Horacio Zeballos: «Veo las próximas elecciones como si me observara en un espejo roto. Resulta imposible juntar los trozos de una sola imagen.»

Desde su forzado observatorio, al que empezaban a llegar cada vez más visitantes, a Horacio Zeballos le parecía contemplar una instigación al desorden político. Después de doce años de silencio, todos hablaban idiomas diferentes. ¿Quién provocaba locas ambiciones electorales? ¿De dónde surgía tantísimo presidenciable, cada uno con su símbolo y sus buscadores de firmas, sus cartelones y sus sonrisas? No se atrevía a criticar la honorable resurrección de Luciano Castillo, del viejo Partido Socialista del Perú, ni entendía por qué los trotskistas se paseaban con sus planillones pidiendo apoyo para Blanco y Napurí por separado, si aún sus partidos, el PRT y el PST, integraban el FOCEP. Lo exasperaba la pululación de ofertas inútiles, la voracidad electoral desconectada del pueblo, una verdadera explosión de ambiciones con nombres tales como el FUTT, Frente Unido de Trabajadores Transportistas; o el Movimiento Popular de Acción e Integración Social, PAÍS; la Unión Democrática Independiente Descentralizada, UDID; el Movimiento de Unificación y Desarrollo Regional, MUDR; el Movimiento de Integración Regional Americano, MIRA; o el Frente de Unión Nacional, FUN. En cuanto a los buscadores de la unidad izquierdista, pronto no habrían de ofrecer simplemente una imagen rota. Serían un espejo realmente triturado.

Después de tantas vueltas en eso que llamaban la rueda de la fortuna,

Horacio Zeballos sabía reconocer cuando subía y, la verdad, estaba en pleno ascenso, no importa que todavía recluso, mientras que la república militar continuaba cuesta abajo. Aún más importante, no habría más oportunidades para Don Pancho y sus generales. Con el tiempo que se les agotaba, bajaban siempre más rápido. Horacio Zeballos recobraba silenciosamente su antigua altitud de importancia ciudadana. Una mañana de diciembre acabó la incomunicación. Abrió la puerta y no estaban los centinelas. Llegó hasta la reja y lo dejaron continuar hasta un teléfono público. Nadie se opuso a que llamara al doctor César Rojas Huaroto, su médico, que entonces conducía el paso a la legalidad de Patria Roja junto con Rolando Breña. A partir de ese momento fue decayendo su condición de prisionero para convertirse en una celebridad bajo tratamiento. Rojas Huaroto lo visitó de inmediato. Pronto llegaron los «ángeles» del SUTEP, las maestras que habían cuidado de Horacio Zeballos desde su primera elección como secretario general. Aparecieron periodistas. Prometió entrevistas para otro momento. Se sentía volver a su patria después de un largo viaje a ninguna parte. Primero tenía que averiguar qué había ocurrido durante los meses de aislamiento. También debía conocer el rumbo que tomaría el SUTEP una vez terminada la dictadura. Seguramente sería necesario el alejamiento de Zeballos, pues el sindicato pedía reorganización desde las bases. Si el país había ganado las elecciones de 1980, los maestros habían pagado por ellas con la gran huelga de 1979 y con siete años de oposición a la dictadura. Ni siquiera les darían las gracias. Tendrían que rehacer el sindicato de las cenizas que quedaban. Pronto se sintió arrastrado por el ventarrón electoral. No podía negarse a participar, pues había sido uno de los principales defensores de la existencia pública de Patria Roja, lejos de toda sospecha de insurrección o clandestinidad.

Zeballos había aceptado el boicot de 1978 por disciplina. Se decía que en varias cartas al partido, en 1979 había demandado construir la unidad de la izquierda desde las bases, en vez de buscarla en dirigencias que rehusaban fundirse. La unidad a partir de las raíces debía generar una conducta política común. Por lo alto, se separaban las ideologías y se hacían competencia las personalidades. Como un frente popular o un solo gran partido, la nueva izquierda unificada no podría tener la cantidad de jefes y subjefes que ahora atiborran las reuniones que paradójicamente buscaban la unificación.

La década terminó con Horacio Zeballos todavía en el Hospital de Policía. Para entonces, ya estaban libres casi todos los dirigentes sutepistas que habían estado reclusos en el cuartel de la Guardia Republicana. Unos días más tarde habían «dado de alta» al secretario general del SUTEP. No quiso perder su tiempo protestando. Lo habían tenido preso sin que mediase un expediente judicial. Seguramente también se había evaporado el atestado «subversivo» con que la DSE metía en chirona a los adversarios del gobierno.

Lo habían aislado y ahora resultaba que lo estaban curando. Sólo faltaba que le presentaran una factura por servicios médicos. Doctores y policías, hasta enfermos y visitantes, todos se juntaron para verlo salir. Algunos lo miraban con temor, otros con simpatía. Tuvo la sensación de volver a una ciudad derrotada, Horacio. Habíamos perdido otra guerra los peruanos, esta vez frente a la miseria nacional, a la esperanza de una vida mejor, a la justicia anunciada por Velasco, el traicionado Libertador de los yanacunas. Nada más que justicia había prometido el General y ni siquiera él se había atrevido a romper todas las cadenas. Lo primero que hizo Zeballos fue visitar el SUTEP. Ahí se sentó un largo rato, a medias en el vacío de su alma ahuecada, sonriendo a las sombras que llegaban a saludar y abrazarlo, casi preguntándose por dónde habría de recomenzar su existencia, pues tan larga interrupción obligaba a un nuevo principio. Desde la muerte de Cerelino, se sorprendía Horacio al descubrir el hueso paterno en su propia postura, la forma de mirar y de sentirse triste y a veces de no ser o de ausentarse, la manera de ser de su papá. De pronto resultaba posible verse y ver a Cerelino de adentro y fuera, de ambos lados de la calavera repetida, tan común y humana, de manera que seguía siendo Cerelino en Horacio, muchos en cada uno y todos inconfundibles, no sólo inconclusos. ¿Cuántos millones de veces tendrían que morir los mismos para que al fin fuese distinta la humanidad?

Por ese tiempo Horacio Zeballos solía decir que no era posible ser maestro y estar conforme con un mundo de oprobio. Educaban y formaban a los niños para entregarlos a la explotación y la pobreza. Así se convertían en cómplices de un sistema que chancaba vidas, sólo para transformar la vieja servidumbre en nueva, una ilusión de libertad. Pobre patria estafada, hijos que heredarían la miseria... ¿cómo describir el verdadero destino al que conducían a una juventud sedienta de grandeza, ellos, miserables maestros negados por su propio país, esclavos de corbata? En la profundidad de Patria Roja hubo quienes descifraron cierto profundo desencanto en Horacio Zeballos, el que nunca se había dejado abatir. No era fácil transitar de la penumbrosa clandestinidad política al furioso mediodía de las elecciones. Cambiaban las funciones de todos. Unos subían, otros tenían que bajar. Perdía importancia el fornido Ludovico, el hombre fuerte de las catacumbas, que pasaba a ser simplemente Jorge Hurtado, un dirigente arraigado en las organizaciones obreras, un tipo valiente, de choque, con el instinto político necesario para situaciones de guerra. Ludovico existía para lo inmediato. Ascendía el misterioso Alberto Moreno, cuyo rostro nadie aún había fotografiado, el obrero de los Andes a quien Mao había aconsejado no copiar a la China sino encontrar el rumbo propio del Perú. Ni siquiera se tenía certeza de que fuesen verdaderamente su nombre y apellido. Llegaba de un pasado reciente, un ser nuevo, desdibujado por una bufanda de niebla andina. ¿De dónde venía? Huancavelica. Quedaba

en lo más alto de la cordillera, con valles estrechos que bajaban hacia la costa, llenándose de verdura incomparable. Alguna vez había hablado Alberto Moreno de las minas de Castrovirreyna. Podía atribuírsele una aparente mansedumbre. Sólo era prudente, un hombre que reflexionaba, capaz de escuchar, amable, que prefería convencer a imponer puntos de vista pues desconfiaba de la obediencia y le disgustaban los sumisos. En Patria Roja había sido instigador y organizador, secretario general, voluntad residente, consejero estable, y, sobre todo, explorador del futuro. En realidad estaba acostumbrado a los riesgos y tenía un firme convencimiento de la justicia de su causa. Horacio Zeballos apreciaba la rara combinación de respeto a los demás y firmeza en la conducta que caracterizaban a Moreno. Lo seguían. Por eso era el jefe, no porque estuviese dando órdenes sino porque iba por delante. Aún ahora, cuando el partido se legalizaba a plenitud, Alberto Moreno prefería la penumbra. Realmente nadie sabía qué habría de ocurrir mañana. La verdad, tampoco creía Horacio que fuese propicio el futuro para los intereses populares, ni siquiera para la constancia y limpieza del sistema electoral. Se reencontraron entonces, Zeballos y Moreno, frente a una década en blanco, los años 80. A veces se perdía el rumbo, después de una caída, y con Velasco habían desbarrancado al pueblo. Se daban un trato a la vez político y afectuoso. Moreno creía siempre, muchas veces Zeballos quería creer. Ambos buscaban lo mismo. La vida los había reunido. Coincidían en el espíritu sublevado ante un país de sufrimiento, no de felicidad o apenas de esperanza. Estaba prohibido soñar en el Perú.

Era tan terrible el Perú, que pese a ser los últimos en el presupuesto fiscal, en su peregrinaje los maestros constataban que eran peruanos privilegiados, pues siempre existían otros más y más pobres. Siempre quedaba alguien debajo del resto en el pozo sin fondo de la miseria nacional, seres apenas abrigados por infinitas hilachas, retazos de gente que sólo habían conocido hambre y desprecio y que manoteaban su soledad sin siquiera saberse parte de la humanidad. Los últimos de los últimos acuchillaban el alma de Horacio Zeballos. Al pasar, sus ojos se los llevaban retratados con toda su fealdad final, la inocencia en vano, abandonada, el bien inservible, el fracaso de Dios. Creía siempre Alberto Moreno y Horacio necesitaban creer. A solas posiblemente se concedían la revelación de sus dudas y por un rato compartían el alivio de ser unos comunistas sentimentales, pues las revoluciones también se comenzaban por amor, no sólo por convencimiento. Acaso la manera como se habían conocido, confiándose el mutuo cuidado de sus vidas, todo contribuía a la sosegada intimidad con que solían examinar el estado de las cosas y las promesas y amenazas del porvenir. Horacio consideraba necesario que nuevos dirigentes ascendieran a todos los niveles del SUTEP. Otra vez quería llevarse parte del sindicato la gente de Sendero Luminoso.

Lo mejor sería que César Barrera volviese a la secretaría general, esta vez sin triunviratos, con la misión de reconstruir la fortaleza sutepista. Estaba de acuerdo con Moreno en cuanto al futuro de Patria Roja. En vez de empujarla a una existencia diferente, lo mejor sería darle una segunda personalidad. De un día para otro no se podía modificar la estructura nacional de un partido político clandestino. Al comenzar 1980, Patria Roja se convertía en UNIR, Unión de Izquierda Revolucionaria. En su primer reencuentro, Alberto Moreno no titubeó en exigir a Horacio Zeballos que asumiera una conducción pública del nuevo partido. Se apuraban las negociaciones unitarias. Los trotskistas lanzaban la candidatura presidencial de Hugo Blanco. Alfonso Barrantes era propuesto por la UDP. En todo el UNIR no existía una celebridad que se acercara a Horacio Zeballos. Necesitaban candidato propio para discutir la fórmula final de la izquierda.

Se echó a reír. ¡Horacio Zeballos, presidente de la república, mucho gusto! ¡Pasen a clase los señores ministros! Al rato lo venció la melancolía. ¿El pueblo gobernándose a sí mismo? Imposible. Ni siquiera los dejarían acercarse a la residencia presidencial. Alberto Moreno permitió que soltara sus penas, todo el cansancio de una década en la que había estado perseguido y encarcelado. Razonó después con suavidad, un tono confesional que Moreno usaba para convencer y convencerse. Tenían que intentarlo. Existían para gobernar, no para oponerse a todos los gobiernos. Aún siendo oposición, tendrían que aprender a estar en contra desde el interior y no fuera de la legalidad política, pues las minorías no tenían por qué dejarse excluir o someter a la pasajera esclavitud de las mayorías, los carpetazos del congreso. Minorías y opositores intervenían en el manejo de la democracia representativa y usaban los espacios del gobierno para aumentar sus respectivas influencias. Hoy ganabas, mañana también. Clandestinos, medio desconocidos, después famosos, populares, más tarde celebridades: así tendrían que surgir los nuevos políticos de la entraña popular. No se fabricaba personajes en veinticuatro horas. Los nuevos tendrían que colgarse de la fama personal de Horacio Zeballos y todo el UNIR ponerse a recorrer el rumbo de la posibilidad del gobierno. Dicho con franqueza, Moreno no creía posible que la izquierda se juntara a tiempo de las elecciones de ese mismo año. Aún si se repitiesen los comicios para una Constituyente y se presentara siempre dividida, la distribución de los votos habría de ser distinta, modificada por las conductas que se habían observado en las sesiones de la Asamblea. Algunos ni siquiera repetirían victoriosas votaciones. Otros se habían despintado: no tenían preparación ni talento para el manejo parlamentario. Tampoco faltaban quienes habían olvidado su origen popular, para convertirse en fugaces gamonales de la política. Nada se repetía exactamente igual a la primera vez. Una lección elemental de Lenin,

además. Sin embargo todas las negociaciones unitarias se basaban en las cifras electorales de la Asamblea Constituyente, como si ellas fueran una roca inmovible sobre la cual debían construir la estadística y el diseño del futuro. Horacio aprobó las reflexiones de Moreno. Acababa de salir libre y ya había percibido cierta atmósfera de irrealidad. De eso se trataba: el reparto de lo imaginario, un gobierno aún por existir. Empezaban a pelear los espacios del Congreso como si hubiesen de ganar todas las diputaciones y senadurías. Moreno asentía. Otro error estaba en los programas. Proponían una sociedad revolucionaria aunque sin revolución. Planeaban gobiernos para los que no estaba preparada la constitución de 1979, que seguramente sería reconocida y activada por el gobierno elegido en 1980. Realmente no existía una voluntad de unificación en todos los partidos. Algunos querían aprovecharse de ella. Claro, siempre se podría eliminar a los aventureros, pero quedaba poco tiempo y toda limpieza sería calificada de cisma y se diría que toda unidad parcial había sido sectaria y dogmática.

El regreso de Horacio Zeballos tonificó al UNIR, que había pasado a entenderse también con el Partido Comunista Mayoría y FRAS. El Partido Socialista Revolucionario, expresión del velasquismo, estaba dividido. Una facción marxista-leninista se había apartado con el cusqueño Antonio Aragón. El resto tenía a otro cusqueño en la jefatura, el general Leonidas Rodríguez Figueroa, que se había unido al Partido Comunista Unidad para declararse herederos políticos del General Velasco. No eran los únicos, pues acababa de aparecer la Organización Política de la Revolución Peruana, OPRP, jefaturada por el general Javier Tantaleán, y también probaba suerte el MR3, Movimiento Revolucionario 3 de Octubre, del periodista Augusto Zimmermann, que había sido secretario de Velasco. Zeballos se dedicó a conversar con los trotskistas.

El mechón blanqueaba cada vez más la cabellera ensortijada y en desorden de Hugo Blanco. Aún no cumplía cincuenta años y se le veía en su apogeo, el pecho fuerte, las piernas bien plantadas.

Se movía acompañado por su joven esposa sueca, que llevaba al hijo de ambos en la espalda. En los primeros días de enero de 1980, había iniciado su campaña personal con una aparición verdaderamente espectacular, saliendo del Agua Dulce una tardecita de domingo, cuando medio millón de personas atiborraban el balneario. ¡Hugo Blanco! ¡Tenía que ser Hugo Blanco! Lo sacaron en hombros y lo pasearon por toda la playa mientras el pueblo aplaudía. A nadie le importaban las ideologizaciones de Hugo. Ahí lo tenían, peruano total, cusqueño, el primero que había desafiado el gran poder de los hacendados y los blancos. Se mostraba burlón, despectivo con los enemigos. Y cariñoso, atento con su propia gente, el pueblo. En el debate mostraba violencia. A solas lo ganaba el señorío cusqueño. Varias veces se

encontraron Hugo Blanco y Zeballos. No necesitaban testigos. Se daban un trato afectuoso, con mutuo respeto. No iban a pelearse. Horacio Zeballos quería unidad total. También quería que Hugo Blanco fuese el candidato de la izquierda a la presidencia de la república. Nadie cosecharía más votos que el rebelde cusqueño, siempre y cuando no se dispersaran los protagonistas de la izquierda. Hugo Blanco no quería nada con los generales, lo que incluía a los velasquistas del PSR. Toleraba a la facción PSR-ML, por su vieja amistad con Aragón. Habían sido del mismo barrio. Mucho camino habían recorrido juntos. Pero con el general Leonidas Rodríguez Figueroa y otros generales, nada de nada. Dudaba Hugo Blanco que el Partido Comunista Unidad se les acercara. En cuanto al FOCEP, tampoco podía intervenir en la unidad, sobre todo ahora, cuando se había definido «socialista-humanista» en vez de ser «marxista-leninista». En un congreso en el que habían terminado por quedarse a solas los focepistas originales, Manuel Scorza había criticado duramente a los partidos comunistas europeos, demandando a la vez un socialismo nacional construido en derredor del hombre y no para beneficio del Estado y un partido. Había dicho que en la Unión Soviética no se daba importancia a la persona humana y que francamente no valían la pena tantísimos sacrificios para acabar siendo propiedad de un Estado conductor y dueño de la política, servido por el hombre y no al revés. Hugo Blanco no se atrevió a reír de los acuerdos del FOCEP como lo hacían voceros de otros grupos comunistas, que lo calificaban de «socialismo vernacular» y a Scorza y Ledesma de políticos folklóricos. Hugo Blanco hablaba con respeto de Scorza, que había actuado siempre como un buen amigo en el extranjero. Muchas de sus observaciones sobre el comunismo francés eran acertadas. Pero Hugo Blanco prefería iniciar la unidad a partir de quienes se considerasen marxista-leninistas. De ahí valía la pena empezar. Así que también excluía al FOCEP de Ledesma, a la Democracia Cristiana, al FNTC de los hermanos Cáceres y a los belaundistas proscritos que habían formado Acción Popular Socialista, rebautizada como ARS por el jurado Nacional de Elecciones.

Tenía que volar Horacio Zeballos en sus gestiones, pues Hugo Blanco se le adelantaba constantemente. ¿Había insinuado Horacio una revisión del caso del PSR y los velasquistas? Uno de los seguidores de Hugo Blanco publicaba un ensayo definiendo al PSR de burgués y partido de derecha. El PSR respondía con dureza, afirmando que se trataba de una maniobra trotskista para frustrar la unidad. A ratos observaba Horacio Zeballos como seguían peleando todos contra todos y llegaba a dudar de los buenos propósitos anunciados por sonrientes compañeros. Otros compartían su actitud. Alfonso Barrantes, presidente de la UDP, salió a decir que «la unidad no se agota en 1980». Al menos el viejo MIR intentaba reunificarse

por gestión de Carlos Malpica, uno de sus líderes históricos, e insistía en la candidatura presidencial de Barrantes para unificar a la izquierda. Entonces fue que el Partido Comunista Unidad realizó su congreso, desde luego aprobando la candidatura de su secretario general, Jorge del Prado, que a su vez dio el primer gran paso unitario: ofrecía retirar su postulación y proponía una alianza imposible: ¡Unidad con trotskistas y maoístas!

EN LA PRIMITIVA INMENSIDAD DEL PERÚ, lo más importante para un candidato a la presidencia era que al menos su nombre fuese conocido, también su rostro si era atrayente y, de ser posible, que se recordara el nombre de su partido o de la alianza política que lo respaldaban. De ahí la ventaja incomparable que tenían los ex presidentes, cuyos retratos se exhibían obligatoriamente en los edificios públicos, cuarteles, escuelas, telégrafos y hospitales, y cuyos nombres aparecían en los textos escolares y eran memorizados como si fuesen deidades republicanas. Lo malo conocido era mejor que lo simplemente desconocido. Los mejores nombres eran cortos y simples, llamativos los rostros, simple y categórica la promesa electoral, ingeniosa la propaganda. Sólo darse a conocer constituía un prodigio en el Perú, donde un tercio de la población aún se encontraba fuera del circuito de las comunicaciones masivas. Viajar en avión a Ayacucho tomaba veinte minutos. Por tierra, casi un día, no importa que se usara la espléndida autopista de Los Libertadores. Los aviones tardaban una hora para ir de Lima a Arequipa, un viaje de quince horas por carretera. Pero de Arequipa a sus provincias altas se tenía que viajar hasta dos y tres días por carretera. Y de esas y otras provincias con frecuencia era preciso caminar hasta los distritos. En 1980 volvía Belaúnde, el presidente derrocado en 1968. Hasta las piedras recordaban su nombre y conocían su rostro. Entre las elecciones de 1956 y 1962 había realizado un peregrinaje nacional «pueblo por pueblo». Candidateaba por tercera vez. Cinco años había sido presidente. Sus mensajes tenían una simplicidad triunfadora. Trabajar y dejar trabajar. Un millón de empleos. Tenía experiencia de gobierno. En cuanto a los apristas, estaban divididos. El hosco Villanueva se quedaba con el partido. Salía Andrés Townsend con un puntapié en el fundillo, al cabo de un bochornoso congreso que empezó con el bofetón que había aplicado la viuda de Manuel Seoane, antiguo N° 2 del APRA, al rostro de Alan García, secretario de organización que favorecía a Villanueva. Los pleitos internos embrollaban el mensaje electoral aprista, que parecía equivocado: «el APRA es el camino». Y después: «Armando tiene fuerza para gobernar el Perú». Por ese tiempo Villanueva había adquirido cierto lánguido aspecto de triunfador y se mostraba dispuesto a entenderse con lo que se le había ocurrido llamar «izquierda responsable», en la que no

parecía incluir a Patria Roja por el momento. En cuanto al bedoyismo, esta vez se presentaba separado de los belaundistas, aunque más tarde hubiesen de juntarse. Bedoya traía al menos dos rostros electorales. Uno pertenecía al «centrista», casi un «tercerista» de inspiración cristiana, que aceptaba ciertas reformas y demandaba justicia en la redistribución de la riqueza. Ese era el Bedoya limeño que había rechazado «por igual» el comunismo estatista y el capitalismo liberal. El otro rostro era más bien provinciano y ultraconservador: coincidía a plenitud con el pensamiento de la Marina de Guerra que se reclamaba guardiana del pensamiento occidental y cristiano. Los tres, Belaunde, Villanueva y Bedoya, eran los candidatos más conocidos en todo el país, uno por haber sido presidente, otro por heredar de Haya de la Torre un partido de sesenta años, el último por haber sido aliado de Belaunde, candidato presidencial, ministro y alcalde de Lima.

Mientras tanto seguía apagándose la estrella política de Don Pancho y se acomodaban los altos rangos de la república militar para manejarse durante una nueva época. Cada vez se sentía más liviano y pasajero a Don Pancho, destinado a un raro espacio de la historia, cierto limbo donde eran puestos quienes habían sido no siendo, los que se habían negado a sí mismos, las vidas al revés, a la contra del destino. La fuerza castrense pasaba a concentrarse en el nuevo jefe del Estado Mayor, el general de división Rafael Hoyos Rubio, que a fines de 1980 habría de convertirse en comandante general del Ejército. El general Hoyos había designado a ciertos jefes de regiones: El Gaucho Cisneros en el norte, el general Ludwig Essenwanger en el Cusco, su cuñado el general Vinatea Almonte en la región amazónica. Don Pancho aún controlaba Lima y la poderosa III Región al sur del país. En las tres armas subían los duros, los peleadores en vez de los políticos, como si una guerra total fuese inminente. Esa disposición preocupó a Horacio Zeballos, pues resultaba evidente que la izquierda era el enemigo, aún más si conseguía unificarse. Cuando volvió a encontrarse con Alberto Moreno, había resumido sus opiniones con cierto desaliento: «Todos contra la izquierda.» Moreno no se dejó arrastrar. «Es posible que sean muchos contra la izquierda, pero el pueblo quiere estar con nosotros», había respondido con su fe acostumbrada. Las observaciones de Horacio Zeballos tenían alcances prácticos e inmediatos, pues el gobierno militar controlaba el aparato electoral, custodiaba las ánforas llenas de votos, constataba la legitimidad de las actas y, en fin, tenía su propio cómputo, bastante más veloz que el encargado al jurado Nacional de Elecciones, cuyos integrantes, además, eran personalidades de su confianza. Contra la opinión de muchos en la izquierda, Horacio Zeballos no creía que existiese un entendimiento entre la dictadura y un nuevo gobierno aprista. La vanidad de Villanueva se había inflado con sólo ser candidato a la presidencia, un honor siempre concedido a Haya de la

Torre. Ni siquiera había conversado con él. Nada más lo había visto pasar, con apariencia de jefe supremo. Se había distraído tanto con su propia elevación en el partido, que había concedido una separación a Townsend y los suyos, cisma que creían pasajero y al que se habían agregado dos de las principales celebridades apristas, el negociador Priale y Su Malignidad, Luis Alberto Sánchez. Desde luego, el golpe más fuerte sufrido por el APRA había sido la muerte de Haya de la Torre. No había dejado herederos. Su propia heredad no estaba claramente definida. Debido a ciertas imprecisiones estratégicas, los futuros apristas podían ser socialistas revolucionarios o irse por la derecha de los nuevos liberales. Al cabo de una semana de caminar por diversos territorios políticos, creía Zeballos haber identificado la fórmula auspiciada por la república militar: la reposición de Belaúnde en la presidencia, con un congreso controlado por la alianza habitual de belaundistas y bedoyistas. Los apristas tendrían que aceptar la salida por Belaunde, pues no sólo parecían decididos a ganarse la confianza de la Fuerza Armada sino que se sentirían inevitables sucesores del belaundismo en el siguiente período, a partir de 1985. Para entonces, además, el partido habría cicatrizado sus actuales heridas y tendría una nueva dirigencia consolidada, capaz de pactar sus términos de gobierno con la Fuerza Armada. Porque los dueños del gobierno seguían siendo los militares, según creía Zeballos. Ponían y quitaban presidentes. Daban paz o suprimían la confianza nacional. Vigilaban las elecciones y contaban los votos. Nadie jamás podría alcanzar la presidencia sin haber recibido aprobación y permiso de las «instituciones tutelares de la patria». Eso eran, pues. Los tutores de un pueblo al que seguramente creían incapaz de ejercer su propia soberanía. Mientras tanto, en la izquierda aún discutían qué hacer con el Estado, instrumento de explotación que debía ser modificado, suprimido, canjeado por otro, popular y revolucionario. No conseguían juntarse y ya les quedaba estrecha una constitución que ni siquiera había entrado en vigencia.

¿Realmente nada resultaba imposible en los negocios de la política? ¿Nada de nada? ¡Qué ganas de morir, Horacio Zeballos! Para muchos resultaba imposible creer un entendimiento entre los militares y el presidente al que habían depuesto en 1968. Borrosas fotografías recordaban a Belaunde sacado en vilo por el entonces coronel Rafael Hoyos Rubio, que tenía atrapado al presidente por fundillo y pescuezo. No se andaba en vacilaciones, el general Hoyos Rubio. Por un tiempo ministro de Velasco, había replicado con un «váyanse a la mierda» a las preguntas medio insolentes de unos periodistas. Como un reportero hubiese protestado, lo hizo visitar un calabozo por varias horas. Nunca más lo interrogaron de nada. ¿Qué habría pasado exactamente esa noche del 3 de octubre, cuando el coronel Hoyos entró al palacio presidencial a echar a Belaunde por la fuerza? No se sabía. El militar no hablaba,

el presidente no había querido recordar. ¿Y doce años después no sólo permitiría Hoyos el regreso de Belaunde, sino que estaba dispuesto a servir a sus órdenes directas como comandante general del Ejército? De todo se había visto en el Perú, reflexionaba Alberto Moreno. Los apristas aliados a Manuel Prado. Aún más tremendo: Haya de la Torre, Odría y Beltrán almorzando juntos. Todo era posible. La jefatura militar de Hoyos era precisamente la clave del retorno a la democracia. En efecto, no era Hoyos a quien se imponía vergonzosa tolerancia sino a Belaunde, que había sido el presidente vejado y destituido, sacado a empellones y enviado al destierro. Si Belaunde aceptaba que Hoyos estuviese al mando de la Fuerza Armada en su nuevo gobierno, no habrían de sentirse sometidos a nadie los generales sino al contrario, se mantendrían por encima del poder civil. Visto así, la fórmula belaudista reunía todas las ventajas para la república militar, que seguiría encima de la república civil. Belaunde era ampliamente conocido, podía prosperar la idea de una restitución política, había conservado su organización partidaria. Ya había pasado la prueba de permitir una campaña militar contra insurgentes comunistas. En fin, debía estar dispuesto a conceder la impunidad acostumbrada al gobierno antiguo, pues la paz y la continuidad democrática dependían que los gobiernos no se estuviesen escarbando suciedades delante de los electores.

Cuando Horacio Zeballos decía «todos contra la izquierda», no se refería únicamente al día de las elecciones, ni siquiera hablaba solamente de política. Perdían sus empleos tan pronto quedaban identificados. No conseguían trabajo, después. Jamás eran olvidados por la policía. Los consideraban subversivos si empezaban a reunirse. Quienes daban sus firmas a los partidos políticos de izquierda, de inmediato eran registrados como inconformes peligrosos por el Ministerio del Interior y los servicios de inteligencia, que además infiltraban agentes en las organizaciones populares y en las agrupaciones políticas, no sólo para identificar a genuinos militantes sino para empujarlos a situaciones críticas. Los provocadores jamás se daban por satisfechos. Eran intolerantes, francamente extremistas. Sembraban discordia en los debates. Pedían unidad y constantemente dividían. Por cierto, intentaban pegársele, hacerse sus amigos. A veces se les veía la cara de policías. O hacían demasiadas preguntas. Pero nadie sabía realmente quiénes eran los infiltrados y a qué alturas políticas podían haber trepado.

Estaba cansado, Zeballos. Se había mudado a un cuartito en casa de la profesora Cabezas. Aunque el verano austral empezaba en diciembre, a comienzos de enero de 1980 soplaban vientos helados, las tardes se cubrían de neblina, era preciso abrigarse al caer la noche. A nadie había dicho Zeballos que le habían anunciado la muerte, bien definida, que le quedaba una vida corta, a plazo fijo. No más de cinco años, había calculado el joven

médico con quien hizo amistad en el Hospital de Policía. Los dolores en las piernas anunciaban graves problemas de irrigación sanguínea. Había empezado a perder la vista, cada seis meses necesitaba anteojos más gruesos. Dependía de una dieta continua y de la hipodérmica con insulina. Pronto desarrollarían problemas renales y hepáticos. Tenía un páncreas inservible. Guardaba toda esa información como un secreto, a la vez que empezaba a considerar la necesidad de morir con cierta dignidad, no a pedazos como esos diabéticos que se dejaban gangrenar, ni dolorosamente estallados como ciertos exhibicionistas suicidas, sino a solas, en silencio, conservando una decorosa tranquilidad, algo de compostura. Lo peor eran las mañanas, cuando todas sus fuerzas reunidas no bastaban para que enderezara el tronco y saliese de su pequeña cama estrecha, apenas tibia, pues Horacio estaba casi siempre con frío, las manos huesudas en los bolsillos y el pobre pecho cubierto con chillonas chompas serranas. Se había vuelto impuntual en 1980, sólo por culpa de ese cansancio que muchas veces lo derrotaba. Una mañana despertaría sólo para saber que los plazos estaban finalmente cumplidos. Ya no iba a llegar a ninguna parte, Horacio Zeballos. Pese a todo, no se rindió.

A ratos se desbocaba el destino. Arrastraba a todos por rumbos inesperados. Entonces recobraba la alegría Horacio Zeballos. Por cierto el general Guabloche había pasado al retiro, pero seguía encargado del Ministerio de Educación. Supuestas victorias fiscales ni siquiera permitían asegurar un costo de vida estable a una población hambrienta, con índices de desempleo y subempleo cada vez más elevados. El pueblo andaba con los bolsillos vacíos y de nuevo los precios daban saltos, arroz, azúcar, leche, aceite, combustibles, lo más necesario volvía a volar por las nubes. Se agotaba el tiempo para consumir alianzas cuando se anunció en el Cusco la Unidad de Izquierda, integrada por el FOCEP de Genaro Ledesma, el Partido Comunista Unidad y el PSR de Leonidas Rodríguez. En Lima, Rolando Breña se reunió urgentemente con Horacio Zeballos. Atardecía el miércoles 16 de enero. A la mañana siguiente, debían presentarse con sesenta mil firmas que pedían la inscripción del UNIR como partido político al jurado Nacional de Elecciones.

—¿Qué pasa, corito? —se preocupó Zeballos.

Después de varios meses de tratos multilaterales, a los que cada agrupación se presentaba con rumas de declaraciones teóricas y programas, Hugo Blanco había aceptado entrar a los entendimientos bilaterales y respondía a una exigencia final de Javier Diez Canseco, a quien se había acercado mucho durante las sesiones de la Asamblea Constituyente. A partir de enero, ambos habían discutido los términos de una probable alianza entre el PRT trotskista y la UDP. Ese miércoles se habían encerrado los jefes de ambas agrupaciones.

—Blanco y Barrantes discuten la unidad y no estamos presentes —se fastidió Rolando Breña.

—Está bien, no importa. Lo más difícil es que ellos se pongan de acuerdo —dijo Zeballos. En verdad, la posición de Hugo Blanco le parecía bastante anárquica. Prefería que cada aliado concurriera con su propio programa. Llegada la hora de gobernar, la realidad y las masas mostrarían un solo camino. Sin embargo, no bastaba la confianza que mostraba el cusqueño por el instinto revolucionario del pueblo. UDP y PRT habían examinado sus diferencias hasta fatigarse. La UDP proponía un gobierno democrático-popular, con presencia de sectores de una burguesía nacional progresista. El PRT quería un gobierno de trabajadores que socializara la economía. Nada con los burgueses. En realidad, ambas posiciones reflejaban la principal diferencia que dividía a otras organizaciones, al extremo que se hablaba de una parte socialista y otra democrático-popular. Después de una reunión en la Confederación Campesina del Perú, en la que Vanguardia mantenía su antiguo liderazgo y a la que también pertenecía Hugo Blanco, Diez Canseco había forzado la negociación bilateral con el PRT. Por VR participaba Murrugarra. El lunes 14 habían firmado el acuerdo VR-PRT, una declaración política que sería la base para constituir una alianza más grande. El miércoles se juntaban Blanco y Barrantes. Al fin Barrantes aceptaba que el candidato a la presidencia fuese Hugo Blanco, a quien acompañaría como candidato a la primera vice presidencia, a la vez que encabezaría la lista de candidatos al Senado. Hacia el fin de la reunión, inyectó una dosis de suspenso a las coincidencias que resumían el encuentro: dejaría que la UDP y los demás aliados designasen a los candidatos a las vice presidencias. Entonces firmaron el acta de nacimiento de la Alianza Revolucionaria de Izquierda, ARI. En quechua, ari significaba sí.

Hasta la madrugada y en la tarde del jueves, los interesados en la alianza izquierdista pasaban de un cónclave a otro. Al día siguiente se vencía el plazo para inscribir partidos en el jurado Nacional de Elecciones. Entonces faltarían cuatro meses exactos para votar por un nuevo gobierno. A nombre del UNIR, Breña pidió una reunión el viernes temprano, en el pequeño bufete de Alfonso Barrantes. Entraban las Fuerzas Revolucionarias Antiimperialistas, FRAS, que incluían al PC Mayoría, y por cierto el UNIR, además del POMR. Los trotskistas del PST preferían buscar su propio camino. Al atardecer, ARI se ponía al rojo vivo, con cientos de personas agitando las calles. La decisión de una plancha presidencial quedó en suspenso. Una propuesta provisional incluía a Hugo Blanco, Barrantes y Horacio Zeballos como candidato a la segunda vice presidencia. Sin embargo, quedaba tiempo para las listas de candidatos, cuyo plazo vencía el 28 de febrero. A las seis de la tarde acordaron un primer reparto de candidaturas; 40 por ciento para

UDI y PRT, 60 por ciento para el resto.

Una hora más tarde, una multitud comunista emprendió la marcha hacia el jurado Nacional de Elecciones. Un nuevo nombre aparecía en los cartelones: ARI. Abundaban banderas rojas, la hoz y el martillo, los puños en alto. Cantaban la Internacional, se tomaban de los brazos, marchaban en disciplinadas hileras. Al centro, en la primera fila podía verse a Horacio Zeballos con su chompa de intrincados colores, larga la cabellera negra, frondosa la barba que le arrancaba desde lo alto de los pómulos, crecidas sus patillas, espeso el bigote, hasta las cejas más negras que de costumbre.

Se le veía pálido, con la cabeza hundida entre los hombros flacos. Estaba verdaderamente enfermo. Sólo Zeballos se abrigaba en esa noche de verano. El resto vestía guayaberas, camisas abiertas, junto a Horacio destacaba la explosiva apariencia de Hugo Blanco, que arrastraba a la muchedumbre hacia la puerta del jurado. A las nueve quedó inscrito el ARI con las firmas de los representantes de sus integrantes: PRT, UDP, UNIR, PC Mayoría y FRAS. La idea de la victoria se expresaba en el júbilo que los acompañaba. Juntos valían más que los apristas divididos y lo mismo que un Belaunde que intentaba ser restituido en la presidencia.

VEINTE DÍAS DURO LA ILUSIÓN DE LA UNIDAD. En uno de esos momentos en que solía adivinar el futuro, Horacio Zeballos comentó a Moreno que todos participaban pero que nadie creía verdaderamente en ARI. Ni siquiera les parecía demasiado bueno. No podía durar, así de simple. Parecía una de esas visitas forzosas, a casa de parientes o amigos que han vuelto de un largo viaje o que han sufrido una desgracia y necesitan acompañamiento. Se reunían los delegados de los partidos a no ponerse de acuerdo, francamente sin ganas de llegar al gobierno por la vía de las elecciones. De un lado afirmaban que era posible y de otro no creían en su popularidad. Se juntaban a jugar con los números, entre la estadística y la profecía electoral, un pasatiempo que había desplazado a las ideologizaciones como principal interés de la izquierda. A su vez Moreno creía percibir que las cifras de la Constituyente seguían distorsionando la realidad presente, confusión alimentada, además, por raras encuestas que ponían a Hugo Blanco por encima de Belaúnde. La unidad potenciaba la votación de izquierda, pero los integrantes de ARI no sabían repartirse la ganancia política. A Moreno lo desconcertaba el propio tope que ARI había impuesto a sus perspectivas: 20 por ciento de la votación nacional. A partir de ahí, configuraban las listas de candidatos y repartían espacios a cada uno de los aliados. Pero con 20 por ciento no alcanzarían a constituir un gobierno. Simplemente reflejaba la suma de los votos que habían recogido para la Constituyente. Estaban paralizados en un tiempo anterior, en verdad irrepetible.

Por primera vez se acercaba el trotskismo a un gobierno en América Latina, así que empezaron a caer de visita personajes de la IV Internacional, súbitamente interesados en el futuro del Perú. Una encuesta atribuía a Hugo Blanco 23 por ciento de preferencia entre los votantes de los pueblos jóvenes, ¡cinco puntos encima de Belaunde y casi diez arriba de Armando Villanueva! El resto de la izquierda no parecía existir, como no estuviese aferrada a la poderosa irrupción histórica de Blanco. Los trotskistas del PST se habían aislado con Enrique Fernández Chacón. En ARI quedaban el PRT de Blanco y el POMR de Hernán Cuentas, ambos trotskistas. Daban poder y estaban en minoría al interior de ARI, pues debían compartir el 140 por ciento de las candidaturas al Congreso con la UDP. El resto se lo llevaban otros aliados.

Nuevamente habían esperado a que casi vencieran los plazos para la negociación final. El viernes 22 de febrero, los integrantes de ARI se citaron en el pequeño local céntrico del PSR-ML, donde el Chango Aragón flotaba de Blanco a Zeballos y de Zeballos a Barrantes sin obtener la categórica respuesta unitaria: «No importa si el reparto de senadurías y diputaciones no es perfecto, lo que manda es la voluntad popular.» Tan pronto empezaron a sesionar, se hizo evidente que los trotskistas querían asegurar más y mejores candidaturas al Congreso. En realidad, todos querían lo mismo. Se habló de ratificar los acuerdos de enero. El POMR pidió después una gran asamblea de bases a fin de que ARI pudiese presentar una lista sin burgueses, sólo integrada por obreros y campesinos. En otras palabras, Hernán Cuentas proponía un congreso con representantes de todos los grupos aliados en el ARI, cuando quedaban cinco días para el final de todos los plazos. Se marchó el POMR y la sesión del ARI pareció zozobrar bajo un ventarrón de intrigas y desacuerdos.

El sábado 23 se confirmó la ausencia del POMR. A media mañana se informó que había cerrado trato con el PST de Fernández Chacón para constituir una candidatura alternativa. Zeballos entendió que tenían las horas contadas. Se marchaban los trotskistas. En la tarde se informaba que POMR y PST demandaban al PRT que se les uniera. No obstante, Hugo Blanco siguió al frente de ARI. En la penumbra de las negociaciones, exigía la mitad de las candidaturas con posibilidades de elección. Significaba rehacer todos los proyectos de listas y tolerar cambios con la pistola del ultimátum puesta contra el pecho.

Se hubiese podido pensar que nunca antes habían llegado a un acuerdo dentro de ARI. Horacio Zeballos callaba, permitiendo que la inagotable energía de Rolando Breña intentara soluciones imposibles. En realidad pensaba Horacio que hacía explosión la unidad de la izquierda y que ya nada podía impedir semejante cataclismo político popular. Como apoderado de UNIR, Breña atraía al Partido Comunista Revolucionario-

Clase Obrera a integrar un sub-frente de emergencia. Después salía disparado a entrevistarse con Ledesma, a quien habían echado con FOCEP y todo de la Unidad de Izquierda, ahora sólo constituida por el Partido Comunista Unidad y el PSR de Leonidas Rodríguez. Se extendía un ambiente de locura e irrealidad. Ledesma dijo que podía sumarse a las fuerzas de ARI, siempre y cuando él fuese el candidato a la presidencia. Desde luego daba por hecho que Hugo Blanco se marcharía de la alianza en los últimos minutos del plazo. Mientras tanto, en la trastienda de las negociaciones, seguía la disputa por las candidaturas. ¿Por qué unos más y otros menos?

Nadie discutía quiénes estarían más tarde al mando de ARI. Daba la impresión de que muchos peleaban por aumentar su tajada de gobierno. A la medianoche se dieron veinticuatro horas de tregua. Volverían a encontrarse el lunes 25, cada quien con una propuesta definitiva para el reparto de curules. Nadie se mostraba dispuesto a ceder. Otra historia los preocupaba. Mientras la intrasigencia trotskista provocaba el naufragio de la unidad, el PRT avanzaba con un nuevo frente que incluía al POMR y al PST. Hugo Blanco había interrumpido sus contactos con la gente de ARI desde el sábado. El lunes por la noche, Horacio Zeballos se marchó apesadumbrado. «Nos han estafado», escribió en una rápida misiva a sus compañeros de Patria Roja, «tendremos que ir solos.»

El jueves tenían que quedar inscritas las listas de candidatos. El martes en la tarde, los náufragos de ARI se juntaron en «un último intento de conciliación». El PSR-ML, realmente minoritario, renunciaba a tener candidaturas.

—Con toda franqueza, parece que nos estuvieran demorando para dejarnos fuera de carrera y llevarse toda la votación de izquierda como si siempre hubiese sido trotskista —se quejó esa tarde Horacio Zeballos. ¿Acaso no se reunían a diario sus antiguos aliados para acabar listas y fórmulas de gobierno? Ya estaban a martes. Quedaban dos días. Ya era tarde para negociar alianzas de sustitución.

La idea de una bien meditada maniobra, realmente una traición, malograba el humor de los reunidos.

Miraban de reojo a Zeballos.

—No tengo ningún interés personal en ser candidato a nada. Sería un hombre feliz si pudiese volver a mi escuela primaria y a mi sindicato. Pero nos han declarado la guerra. No basta con que seamos pobres. Quieren quitarnos lo que nos queda. Tenemos que defendernos de una agresión política y organizar la participación de los pobres en el gobierno o perderemos toda libertad y quedará confirmada nuestra condición de servidumbre. Aquí estamos los esclavos, intentando organizar nuestra defensa. Y no llegamos a ninguna parte porque hemos empezado a pelear en el reparto del mundo. No

tenemos nada y queremos más. Más de qué, me pregunto.

Zeballos se marchó al rato. Tampoco estaba Alfonso Barrantes. Hugo Blanco se comunicaba a través de mensajeros.

A las seis de la tarde se presentó Rolando Breña.

—Vengo a informar que UNIR se presentará con sus propias listas.

A las tres de la mañana, los sobrevivientes de ARI ofrecieron al UNIR amplio espacio en las candidaturas al Congreso. Tarde. UNIR se iba irremediablemente. A las cinco, los trotskistas anunciaban formalmente un nuevo frente y Hugo Blanco exigía que la UDP, las FRAS y otros grupos se sometieran a las nuevas condiciones. La plancha trotskista tendría por candidatos a Blanco, Napurí y Fernández Chacón.

En la mañana del miércoles, la UDP revocó la personería que había extendido a favor de Alfonso Barrantes y nombró en su lugar a Baltazar Caravedo. A la vez confirmaba que Barrantes sería su candidato a la presidencia.

Al mediodía, Barrantes explicó que no aceptaba ninguna candidatura.

La ilusión representada por ARI se había desmoronado completamente.

El 27 de febrero fue uno de los días más calurosos de 1980. A las tres de la tarde todo había acabado en el local del PSR-ML. Los últimos dirigentes que salían después de tres días de fracasos, observaron la totalidad del sol, ese tono festivo del verano en su mejor momento. Uno de ellos resumió entonces lo que todos pensaban: «¡Ahora, a la playa!»

El jueves 28 de febrero, Horacio Zeballos fue inscrito como candidato a la presidencia de la república por el UNIR. Completaban la fórmula Rolando Breña y el abogado Ángel Castro Lavarello.

TODOS HABIAN ESTADO DE ACUERDO en que era necesaria la unidad de la izquierda. Sin embargo, llegaban a las elecciones de 1980 en el colmo de las divisiones. Los trotskistas por un lado. El FOCEP a solas, lo mismo que la UDP. Los comunistas de Unidad con sus aliados velasquistas y, por otro rumbo, los maoístas agrupados en el UNIR. Lo que quedaba de la Democracia Cristiana radical no había logrado acercarse a nadie. También los belaundistas socialistas, los separatistas de Mario Villarán y Gustavo Mohme, candidateaban por separado. Varios meses se habían perdido en la búsqueda de la unidad imposible. El desastre final provocó una tormenta de recriminaciones. Ciertas bases criticaron a sus dirigencias. Tenían la culpa las burocracias partidarias, que a su vez acusaban de instigar la división a los intelectuales pequeño-burgueses.

Cada quien por su lado, los candidatos de la izquierda salían a ganar electores. Por encima de ellos tronaba la propaganda de los grandes partidos. Resultaba imposible calcular cuánto habían invertido en el negocio de gobernar el Perú. Nadie daba datos, pero chorreaban dinero las campañas de apristas, belaundistas y bedoyistas. En marzo ya parecía imposible sintonizar radios o televisoras y mantenerse a salvo de la publicidad política. ¿Quién pagaba y a cuánto ascendía la cuenta? Misterio. Pagaban los amigos. Se pasaba el sombrero. Un espléndido negocio era el Perú, con la economía negra más grande del continente. En abril, la trompetería política no daba tregua a los votantes. El país estaba plagado de cartelones y afiches. No quedaba un minuto disponible en las últimas dos semanas de campaña. El viernes 16 de mayo había sido vendido en su totalidad desde las cinco de la mañana. Por cierto, se usaba todo, incluidas las armas más sucias de la denigración pública. Como ya era costumbre, la propaganda mugrosa no se detenía en problemas estrictamente personales o familiares. Después de doce años de militarismo y de diecisiete años sin elecciones presidenciales, el belaundismo sacaba provecho al argumento del voto perdido. Votar por quienes no tenían realmente posibilidades de vencer era lo mismo que arrojar el voto a la basura. Hasta el voto aprista parecía peligroso. Belaunde ya había pasado la prueba. Había sido un buen presidente. Por lo menos había sido mejor que Don Pancho. Mantenía la simplicidad de sus promesas: un millón de nuevos empleos y trabajar, dejando que otros trabajaran, no como los militares que se la pasaban ordenando de todo a la gente. Volvía sin espíritu de revancha. Sería un presidente para todos. Tenía experiencia. Se votaba seguro y a ganador con Belaunde. Los belaundistas habían comprado tanta televisión, que lo mejor de los mítines provincianos de su candidato eran repetidos a la hora de las telenovelas estelares.

Se descubrió entonces que los magos estadounidenses del marketing político trabajaban en serie. La propaganda belaundista era exactamente igual a la del general Bánzer en Bolivia, a quien le atribuían lo mismo: nivel de estadista, honradez comprobada, experiencia de gobierno. A Bánzer sólo le faltaba la señora y el millón de empleos. En Bolivia bastaban quinientos mil nuevos puestos de trabajo. Los afiches del general boliviano eran una verdadera réplica de los belaundistas, pero su descubrimiento no había mortificado a nadie. Peruanos y bolivianos respondían a las mismas motivaciones. Una sola fórmula bastaba para manejar Sudamérica. Mientras tanto, los candidatos de izquierda tenían que pintarrapear paredes, cada quien inventando su propio mensaje. Se turnaban para utilizar ciertos espacios gratuitos en los medios bajo control del Estado.

Nadie los había auxiliado en el maquillaje de sus representantes. Tenían que aparecer tal como eran. Estampaban sus propuestas en baldíos

amurallados o en las paredes exteriores de las fábricas. Publicaban panfletos, pequeños semanarios, volantes con tintas de colores. Claro que la propaganda manejada por grandes agencias internacionales surtía efecto, pero Horacio Zeballos solía observar los ojos distantes de un pueblo quieto, que desconfiaba de la televisión y sonreía de las musiquitas con que intentaban venderle lo invendible: que los de arriba se preocupaban más por los de abajo. Que nadie cuidaba mejor a los pobres que los ricos. Que el reparto de la riqueza estaba bien y que sólo necesitaba pequeñas correcciones. Que el Perú era un país de oportunidades para todos, en el que nadie era rico y poderoso para siempre. Se había pasado la vida diciendo que debían confiar en el pueblo. Y en las manos del pueblo se encontraban ahora, en medio de una contienda adversa, sin dinero para competir con la propaganda de los poderosos. A veces ni siquiera les alcanzaba para tomar autobuses. Rara vez viajaban en avión. Las campañas pobres se hacían en volkswagen y colectivo. Con franqueza, nunca se había sentido a solas, Horacio Zeballos. Dondequiera que llegara lo esperaban maestros, amigos, gente que se le había encariñado a raíz de las huelgas. A diferencia de los candidatos poderosos, no tenía que demostrar su origen popular. Toda su existencia había servido al pueblo.

Entonces murió Sabina Gámez viuda de Zeballos. Murió de haber vivido lo suficiente. Murió de haberse ido tan lejos la familia, no de ella misma sino de lo que habían sido sus vidas en Carumas, pues Sabina había seguido siendo la misma madre moqueguana, la mujer que había parido a una familia de revolucionarios, la esposa que se había quedado sola y no se resignaba a la ausencia del inolvidable Cerelino. ¿Qué podían saber sus hijos de lo que había sido el padre Zeballos con sus espuelas de plata y sus mulas que no mostraban temor a los abismos andinos y todos sus arrieros con alma de bandidos que desaparecían durante meses en la inmensidad de la cordillera? ¿Acaso podrían imaginar el aliento de fuego de Cerelino cuando regresaba a preñarla o su ternura cuando se arrodillaba a pegar el rostro contra el vientre henchido de nuevas vidas? Se le había muerto Cerelino sin que ella pudiese compartir sus recuerdos con nadie, ni sus canciones, ni sus ojos negrísimos, ni su pasado aventurero, ni sus ternuras de hombre viejo, ni sus lágrimas por los hijos que habían partido o que estaban presos. Así que Sabina Gámez, moqueguana de trenzas oscuras que había inaugurado la edad de la melancolía, decidió morir y murió sin quejarse, de eso que llamaban cansancio del corazón. Se echó en su cama y cruzó los brazos, asumió la postura más adecuada y cerró los párpados y sólo entonces, llena de compostura, permitió que se hiciera la muerte. Sólo quienes ya habían partido podrían explicar que no era difícil: bastaba dejarse ir. Era suficiente aceptar el final. Hasta el ARI se había roto en esos días. Desde Arequipa intentaba comunicarse Begazo con su amigo Horacio. No lo encontraban en

ninguna parte. Había salido de Lima en campaña. Tendrían que perseguirlo con la mala noticia. Mientras tanto insistía en morir cada vez más Sabina Gámez. No titubeaban los difuntos. No concedían plazos. Una vez muertos, seguían muriendo atrocemente y era indispensable ponerlos bajo tierra o echarles candela para acabarlos. Cuando al fin supo Horacio que su madre había muerto, ya la habían enterrado. Begazo informaba que Vicente Rivera la había despedido por la Federación de Estudiantes. Otros habían hablado por el partido. La voz de la familia había sido de su hermana Antonieta Zeballos. Como una tumba vacía, su madre. Lápida que no tenía significado esa inscripción sin funeral, con una fecha desconocida y sin llanto. No llegaba a ser parte de su vida, la muerte de Sabina Gámez, y no era él más que el niño que se le trepaba, el recuerdo de un rostro desparramado en el regazo eterno de su madre ausente. Maldita muerte, sin la cual no valía la pena vivir. No llegó a tiempo Horacio Zeballos a Moquegua. En ninguna parte de su existencia lo habían esperado los trenes. Nunca coincidían los destinos para llevarlo a las regiones imborrables de la felicidad. Sólo eso había sido, un rebelde constante. Un inconforme que no llegaba jamás a ninguna parte. Lloró una, dos, cuatro, diez noches. Después se acordó de su propia muerte. La tenía encima, Horacio. Y no volvió a llorar.

NUNCA FALTABA UNA INVITACION DESPUÉS de los mítines LOS pueblos jóvenes preparaban sus agasajos. Una cervecita, un ponche, unos cuyes, un adobito. Tenían que calentar el cuerpo, fortalecer a los candidatos. Sacaban lo mejor de cada región para honrar a los visitantes. ¿Quién podría negarse a probar un aguardiente fino? ¿Y por qué no? - contestaba Horacio Zeballos. Cada ración de yonque lo remecía como un balazo al paladar. Los buenos piscos entraban en su organismo enfermo peor que cianuro en dosis letales. Bebía con ansias de morir y no moría. Otros se tambaleaban en derredor suyo y Zeballos, sólo ese pellejo y esos huesos y por cierto esos ojos de fuego y esa expresión desesperada, cuanto era todavía, lo que quedaba de Zeballos, su pobre cuerpo enfermo y aterido no caía nunca. Unos sorbos de muerte, proponían ocasionales anfitriones. Y Horacio agradecía, muy bien corito, hermanito, después de tí. Al final de la marcha con antorchas que había recordado el aniversario de Mariátegui, había bebido Horacio Zeballos con ansiedad final, con ganas de terminarse. Se le ajaba la mirada, absorbida por su calavera. Al fin se hundía en un silencio comatoso. Volvía, volvía siempre. En la gira que se extendió a los valles de Huánuco se había extraviado varias veces. Se iba de fiesta y llegaba a las concentraciones en el último minuto, justo a tiempo de soltar discursos terribles contra la propia izquierda y a veces contra el propio pueblo, pues

nadie habría de rescatarlo gratis de su miseria perpetua. ¿Es qué jamás habría de sentirse arrebatado por un sueño de verdadera libertad? ¿Habían dejado de creer en la posibilidad de la grandeza los peruanos? En los tablados mal iluminados de los mítines de pobres se le veía apenas sostenido por sus flacas piernas vacilantes, con sus ojos lanzando llamaradas al acordarse de la unidad fracasada. Ni siquiera habían podido reunirse en un rebaño, no en muchedumbre, mucho menos en coalición de partidos políticos. ¿A quién debían echar la culpa de su miseria sino a ellos mismos, y de todos los dirigentes al propio Horacio Zeballos, y de todas las épocas a la presente, a los hombres y mujeres de su generación que no habían sido capaces de los acuerdos más elementales para poner límite inmediato a la opresión y a salvo de hambre y humillaciones a sus propios hijos? En la penumbra de los desiertos marginales asustaban las ráfagas de su voz y la gente creía verlo crecer, subir por encima de los estrados y los cartelones, con la negra melena en desorden y la barba inmensa que le conferían un aire de profeta a quien estallaba la impaciencia, enfurecido porque el fracaso presente significaba la infelicidad de cientos de miles de niños del pueblo y, aunque la pobreza matase a diario, nadie vivía dos veces. No siempre recordaba que estaban a un paso de las elecciones y que él mismo era candidato a la presidencia de la república. Ni siquiera pedía que votasen por la propuesta del UNIR. Intentaba ordenar al pueblo que se echara a andar, que por sí mismo buscara un destino de justicia y abundancia. Huánuco, las cumbres de Pasco, la helada estrecha planicie de Junín, el Mantaro jubiloso, otra vez la cordillera dura y afilada, las costras de hielo en los bordes de los caminos en Huancavelica. No se le separaba Rolando Breña. Con frecuencia lo seguía el doctor Rojas Huaroto, personero legal del UNIR. Lo llevaron al norte. En el bastión aprista de Trujillo, casi media Plaza de Armas se llenó de público para escucharlo. En Chiclayo habían tenido que salvar a Horacio cuando la policía atacó a escopetazos la marcha final del UNIR. Un malhumorado prefecto les había cancelado el mitin en Cajamarca. Horacio Zeballos viajó entonces a Celendín y Cutervo. Lo llevaron al Cusco, donde esperaba un gentío tan grande como la huaccaypata. El 6 de mayo presidió un mitin en Tumbes. El miércoles 7 se presentaba en Piura. Después, Lima. Los partidos grandes se habían reservado fechas en la semana final de la campaña. Por razones de seguridad, no se permitían concentraciones adversas el mismo día, en una misma ciudad. El jueves 8 se presentaba UNIR en la céntrica Plaza San Martín.

A solas con sus compañeros, solía repetir Zeballos que esta vez el pueblo no perdonaría el fracaso de la unidad. Estaba seguro de que los partidos recibirían el castigo de una humillación en las ánforas. También creía que la sanción más severa estaría reservada a Hugo Blanco. No se había equivocado, Zeballos. El mitin de los trotskistas había sido una

vergüenza. En vez de hablar ante una plaza vacía, Hugo Blanco prefirió hacerlo en una calle lateral, con menos de tres mil oyentes. No era poco espacio la Plaza San Martín, principal escenario político de los años 50 y 60. Cincuenta mil personas la llenaban al tope. Apretadas, entraban cien mil. Los partidos grandes se habían mudado al cercano Paseo de la República, en el que cabían trescientas mil. En los mítines más grandes de la historia peruana, Haya de la Torre había reunido a medio millón en el Campo de Marte y a Velasco lo habían seguido seiscientos mil desde la Plaza Bolognesi hasta la Plaza de Armas. La noche del jueves 8 de mayo, a diez días de las elecciones, una cerrada muchedumbre se había congregado en la Plaza San Martín para escuchar a Horacio Zeballos. Pasaban de sesenta mil. Hasta los portales estaban repletos de público. No sólo se reunían porque fuese época de elecciones. Estaban ahí para aplaudir la vida de Zeballos, su pasado de maestro, las prisiones, las huelgas, la resistencia a esa dictadura todavía sin acabar, que habría continuado sólo Dios sabía hasta cuándo de no haber sido por la resistencia popular encarnada por Horacio. Plaza llena el UNIR. También la tendría la UDP y más tarde la Unidad de Izquierda. Sumadas sus multitudes, llegaban a doscientos mil. Y pronto, en el futuro cercano, serían muchos más, de una sola vez reunidos en más grandes escenarios. En esa noche difícil de olvidar, un campesino había subido al tabladillo para dar un abrazo a Horacio Zeballos y entregarle un fusil de madera.

Posiblemente esa rara imagen quedaría al final de Horacio Zeballos, el pelo en desorden, la fulguración de sus ojos alumbrando la inmensa barba negra, el cuerpo huesudo y un fusil que no disparaba en lo alto de sus brazos flacos.

Un tosco fusil sin balas, hecho de sauce.

En ese momento Horacio Zeballos se sintió alcanzado por la terrible paradoja que era su patria triste y harapienta. Paz sin justicia, derrota sin guerra, legalidad sin leyes. La revolución sin revolución.

Ni siquiera había cumplido cuarenta años y ya necesitaba morir, Horacio Zeballos.

NOTICIA

En las elecciones del 13 de mayo de 1980, la votación izquierdista más alta para diputados fue la del UNIR. Arequipa eligió diputado a Horacio Zeballos. Rolando Breña se convirtió en senador de la república.

Sumados, los votos para las listas parlamentarias de la izquierda llegaron al 19.0 por ciento. A la presidencia de la república, apenas daban 13.8 por ciento. Ganó las elecciones el ex-presidente Belaunde, con 45 por ciento de los votos; seguidos por Armando Villanueva del Campo, con 27 por ciento. Bedoya obtuvo el 9.6 por ciento.

El mismo día de los comicios se produjeron las primeras intervenciones armadas de Sendero Luminoso, dirigidas a frustrar la votación en zonas remotas de la cordillera.

El 28 de julio de 1980 Belaunde asumió la presidencia a oscuras. Sendero Luminoso había saboteado la red eléctrica nacional, dinamitando torres de alta tensión por primera vez.

Para la izquierda legal, el mensaje de las bases había sido claramente expresado. No tardó en formarse la Izquierda Unida, IU, integrada por UDP, UNIR, PCP - Unidad, PSR, PCR y FOCEP.

En las elecciones municipales del 23 de noviembre del mismo año, Izquierda Unida se convirtió en la segunda fuerza electoral del país, con 23.3 por ciento de los votos. Por primera vez la Tercera Internacional vencía en elecciones a los apristas de la Segunda Internacional.

Dos años después se declaró la guerra sucia. Empezaban a contarse los primeros de unos veinte mil desaparecidos y treinta mil muertos, resultado del terrorismo senderista y de la represión del Estado.

A comienzos de 1983, el salvaje asesinato de ocho periodistas en Uchuraccay, en la ruta a Huanta, limpió de testigos la zona de emergencia del centro del país.

Los Andes apestaban a muerte. La tierra vomitaba cadáveres.

César Barrera Bazán volvió a la secretaría general del SUTEP. Esta vez llevó a José Ramos Bosmediano como subsecretario. Por última vez intentó Sendero Luminoso adueñarse del sindicato de los maestros.

Horacio Zeballos viajó a curarse en la República Democrática Alemana. Al cabo de varias semanas de tratamiento, desapareció del hospital.

Esa noche fue encontrado cantando y bebiendo en una cervecería.

Volvió al Perú a tiempo de intervenir en la campaña electoral de 1983.

En las elecciones municipales de noviembre de ese año, Izquierda Unida cargó con 29.0 por ciento del voto nacional. Ganó en la mitad del país. Lima eligió a Alfonso Barrantes primer alcalde socialista de una capital en América Latina.

En 1984 prefirió morir Horacio Zeballos.

El gobierno belaudista reconoció finalmente la existencia del SUTEP.

En 1985, Izquierda Unida volvió a ser la segunda fuerza nacional en las elecciones presidenciales. Fueron elegidos senadores Rolando Breña y el doctor César Rojas Huaroto; y diputados, César Barrera, Bladimiro Begazo, Tany Valer y Justiniano Apaza, entre otros viejos amigos de Horacio Zeballos, el único ausente. Ese mismo año, Don Pancho quiso volver a la presidencia de la república. Su candidatura, presentado por el FUN, Frente de Unidad Nacional, acabó en el ridículo. No reunió ni siquiera al uno por ciento de los votos.

Guabaloche se perdió en el olvido.

Diez años más tarde, el pueblo ni siquiera recordaría los nombres de los generales y almirantes que habían usurpado el poder político.

No valían la pena.

Además, nunca nadie había sido sancionado por nada en el Perú, a excepción de los indios y los menesterosos. Simplemente el Poder Oculto cambiaba de ropas. La república militar emprendía la escalada antisubversiva. Se aligeraba de las funciones de la política, simplemente.

El pueblo seguía creyendo que era posible la democracia.

Aceptaba los resultados de las elecciones controladas por el Poder Oculto.

Era preciso seguir, construir, vivir, elegir. Necesario cantar, para que no doliera tanto el Perú, los años fracasados, la época perdida de Horacio Zeballos.

Maestra vida, camará. Te quita, te quita. Y no siempre te da.

Indice

- 1.- Bienvenida la muerte
- 2.- País donde nada se clava y todo se atornilla
- 3.- La revolución dividida
- 4.- La huelga traicionada
- 5.- Victoria popular en el sur
- 6.- Nace un sindicato
- 7.- Temporada en el infierno
- 8.- Encuentros con Velasco
- 9.- La revolución al revés
- 10.- Sorpresas te da la vida la vida te da sorpresas...
- 11.- Elecciones en la República Militar (Los candidatos del pueblo deportados)
- 12.- La huelga de 81 días
- 13.- ¿Hasta cuándo mentiras? (Asamblea Constituyente y represión)
- 14.- La república del hambre (118 días de huelga que llevaron a la unidad)
- 15.- Yunta del hombre y la piedra perdida (De la cárcel al Congreso)

NOTICIA

Impreso en los Talleres Gráficos
Asociación Editorial Stella
Av. Los Frutales N° 344 - Ate
Telfs: 4377323 - 4358654
Fax: 4372925
Apdo. 4414
Lima-Perú

“En los años 70, Velasco intentó la justicia en el Perú. Libertador de los yanacunas, no se atrevió a romper todas las cadenas. Fue traicionado por una contrarrevolución que instauró un segundo militarismo que dura hasta el presente. Esta es la historia de la resistencia nacional contra la dictadura y de la alternativa democrática popular que de 1980 a 1985 se convirtió en segunda fuerza electoral del país.



Todo acabará arrollado por la tentación militarista, la guerra civil y el suicidio democrático de 1992... Implacable, el pasado parece reflejarse en el país actual. La misma dictadura asoma del otro lado del espejo. Sólo cambian las máscaras, la música es la misma..." (Thorndike)